



ESCUELA DE DOCTORADO 'STUDII SALAMANTINI'

PROGRAMA DE DOCTORADO

ESTADO DE DERECHO Y GOBERNANZA GLOBAL

**Gobierno y posconflicto en Afganistán:
la tensión identidad-democracia.**

Director:

PEDRO T. NEVADO-BATALLA MORENO

Prof. Titular de Derecho Administrativo Universidad de Salamanca



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL





ESCUELA DE DOCTORADO 'STUDII SALAMANTINI'
PROGRAMA DE DOCTORADO ESTADO DE DERECHO Y GOBERNANZA GLOBAL

TESIS DOCTORAL

Gobierno y posconflicto en Afganistán: la tensión identidad-democracia.

Tesis Doctoral presentada por **MANUEL LÓPEZ-LAGO LÓPEZ-ZUAZO**, para obtener el grado de Doctor por la Universidad de Salamanca (España), dirigida por **PEDRO T. NEVADO-BATALLA MORENO** (Prof. Titular de Derecho Administrativo ~ Universidad de Salamanca).

2021



VNiVERSiDAD
DSALAMANCA

CAMPUS DE EXCELENCIA INTERNACIONAL



800 AÑOS

1218 - 2018

AGRADECIMIENTOS

Toda mi infancia la pasé en Salamanca. Muchos de mis recuerdos de entonces están relacionados con mi colegio, el CP Rufino Blanco, el parque de la Alamedilla y la antigua piscina del SEREM donde empecé a nadar. A Salamanca la recuerdo casi como lo es hoy, pues una ciudad tan antigua tiene la virtud de mantenerse sin grandes cambios a lo largo del tiempo. En Salamanca, conocí a los que considero mis mejores amigos, mis amigos de toda la vida. Mi madre y mi padre viven en Salamanca y, aunque desde hace más de tres décadas “abandoné” mi ciudad natal con una beca de natación, me sigo considerando salmantino. La eterna pregunta de que si uno es donde se hace o donde se nace tiene una respuesta muy clara a mi entender; yo soy salmantino, punto.

Mi “melancolía” salmantina tiene un gran peso en mi decisión de terminar mi segundo doctorado; ciertamente, el hecho de no haber pasado por la mejor Universidad del mundo me ha perseguido toda mi vida. Todavía recuerdo el momento en el que un amigo de mi padre me preguntaba que cómo era posible que me fuera a la Academia General del Aire, en Murcia, teniendo la Universidad de Salamanca a mi “disposición”. Tenía razón aquel hombre, pues todavía sigo sin tener una buena respuesta a esa pregunta. Así, este es el reto más importante al que me enfrento desde el punto de vista académico, por lo menos hasta ahora.

Quiero agradecer al profesor Pedro Tomás Nevado-Batalla Moreno por haber aceptado ser mi director de esta tesis; elegí una mala fecha para comunicarle mi intención de hacer el doctorado: el día de su cumpleaños. Espero que, con el tiempo, me perdone. Mi actual jefe, el coronel Evaristo Gutiérrez del Castillo también me animó a seguir este camino. A los dos, excelentes oficiales del cuerpo de Infantería de Marina, mil gracias; sin vosotros no hubiera sido posible.

Mi mujer también ha sido clave otra vez, pues es muy cierto que cuando uno hace una tesis algo descuida y, al final, la familia también hace algo de la tesis;

siempre “Carol”. Mi padre estará muy contento de que su hijo tenga la oportunidad de ser Doctor de la Universidad de Salamanca, pero estoy convencido de que el título le incomoda; todavía no ha sido capaz de pronunciar correctamente Afganistán, él siempre dice Agfajistán (sic). Sin embargo, tengo que decir que elegí este tema no para “disgustar” a mi padre, sino por haber estado de misión en las operaciones de ISAF y Resolute Support, que son las dos misiones en la que ha participado la OTAN en los más de veinte años de guerra en Afganistán.

En la guerra la victoria nunca es definitiva

Carl Von Clausewitz.

-Para conseguir la paz se necesita mucho valor, más que para hacer la guerra-

Papa Francisco I.

DEDICATORIA

A Gonzalo y Alfonso

RESUMEN

El 11 de septiembre de 2001, no de los terroristas más buscados de entonces, Osama Bin Laden, sorprendía a los servicios de inteligencia americanos y de todo el mundo con la ejecución casi perfecta de un ataque planeado durante meses: las Torres gemelas de Nueva York, el centro económico del mundo, se derrumbaban una tras otras. El mundo contenía la respiración y la geopolítica mundial cambiaría para siempre. En solo tres semanas, el régimen talibán era derrocado; la posterior fase de estabilización de Afganistán pretendía ser “un desfile militar”. Una vez la seguridad fuese implementada, la democracia vendría después. Un claro error. La seguridad nunca llegó, y Afganistán es hoy el país más azotado por el terrorismo del planeta.

La aparición de nuevas formas de “hacer la guerra” ha experimentado una notable evolución. Si bien la guerra es una continuación de la política y este postulado, como argumenta Clausewitz, es invariable, la “manera” de hacer la guerra ha variado continuamente, especialmente en los últimos años. Afganistán, ciertamente, ha sido un escenario en el que las nuevas formas de hacer la guerra han sido una clave en el fracaso del proceso de estabilización. La pregunta que se hacen historiadores y expertos, después de tanto esfuerzo, es cual fue la causa de ese fracaso.

La seguridad era un elemento importante en la estabilización, pero tanto o más era las distintas identidades tanto étnicas como políticas de Afganistán. Las influencias de las civilizaciones son claves para entender las identidades de las distintas zonas del mundo; entre ellas Afganistán. El contacto del ciudadano de Afganistán con los distintos “imperios” invasores ha moldeado la identidad política de la mayoría de sus ciudadanos y, paradójicamente, ha supuesto que exista una falta evidente de identidad nacional común.

La diversidad de Afganistán en cuanto a etnias supone que sea un país muy heterogéneo en ese sentido. La etnia, la lengua, la religión y la cultura son

elementos definidores del nebuloso concepto de nación; si existe mucha diversidad, como es el caso afgano, también existe una cuantiosa pluralidad en la identidad política. Así, es más complejo implementar una estrategia pos conflicto en aquellos lugares como Afganistán en el que existen enfrentamientos históricos entre las distintas identidades políticas.

La política de identidad empezó a tomar relevancia durante la segunda mitad del siglo XIX y tiene un gran protagonismo en esta tesis. La política de identidad se basa en búsqueda de reconocimiento de un determinado grupo como una comunidad significativa que influye en la política de una comunidad e incluso de un Estado. En Afganistán, las identidades políticas entran en conflicto con los valores occidentales que se basan en el imperio de la ley, los derechos humanos, el rendimiento de cuentas de los políticos y la participación política de sus ciudadanos. Esta forma de entender el funcionamiento de un Estado y la relación con sus ciudadanos se intentó exportar a Afganistán después de los Acuerdos de Bonn en el año 2004. Sin embargo, la mayoría de los ciudadanos afganos compartían como identidad política el derecho de la costumbre, representado por la ley Sharia y, en ocasiones, por una interpretación radical del Corán. Las Jirgas y las Shuras eran la referencia del ciudadano y no el parlamento o la Constitución. Así, ambas interpretaciones casi antagónicas de entender la vida política no tardarían entrar en conflicto. En el fondo, la tensión entre la identidad y democracia supuso que fueran dos conceptos irreconciliables en Afganistán.

Afganistán, después de veinte años de guerra, vuelve a estar en el foco de la actualidad mundial. El posible acuerdo de paz con los talibanes supondría un claro triunfo de estos últimos; la comunidad internacional sellaría la consecución de sus objetivos políticos por medio de años de guerra asimétrica en el que miles de afganos, civiles y militares, han sido víctimas de ataques terroristas, violaciones de los derechos humanos fundamentales, etc. Si los talibanes vuelven o no al poder lo sabremos muy pronto, lamentablemente.

ABSTRACT

On September 11th, 2001, one of the most wanted terrorists, Osama Bin Laden, surprised the American and worldwide intelligence services with the execution of an attack planned during months: the Twin Towers of New York, the economic center of the world, collapsed one after another. The world held its breath and world geopolitics would change forever. In just three weeks, the Taliban regime was overthrown; Afghanistan's subsequent stabilization phase was intended to be "a military parade." Once security was implemented, democracy would come later. A big mistake. Security never came, and Afghanistan is today the most terror-stricken country on the planet.

The emergence of new ways of "making war" (warfare) has experienced a remarkable evolution. While war is a continuation of politics and this postulate, as Clausewitz argues, is invariable, the "way" of waging war has continually evolved, especially in recent years. Afghanistan has certainly been a scenario in which new ways of waging war have been a key to the failure of the stabilization process. The question that historians and experts ask themselves, after so much effort, what was the cause of that failure. Security was an important element in stabilization, but as much was the different ethnic and political identities of Afghanistan.

The influence of civilizations is key to understanding the identities of the different areas of the world; including Afghanistan. The contact of the Afghan citizen with the various invading "empires" has shaped the political identity of the majority of its citizens and, paradoxically, has led to an evident lack of common national identity. The diversity of Afghanistan in terms of ethnicity means that it is a very heterogeneous country in that sense. Ethnicity, language, religion and culture are defining elements of the nebulous concept of nation; if there is a lot of diversity, as in the Afghan scenario, there is also a considerable plurality in political identity. Thus, it is more complex to implement a post-conflict strategy in which there are historical confrontations between the different political identities.

Identity politics began to gain relevance during the second half of the 19th century and has a great role in this thesis. Identity politics is based on the search for recognition of a certain group as a significant community that influences the politics of a community and even a State. In Afghanistan, political identities conflict with Western values based on the rule of law, human rights, and the accountability of politicians and the political participation of its citizens. This way of understanding a State and the relationship with its citizens was attempted to export to Afghanistan after the Bonn Accords in 2004. However, the majority of Afghan citizens shared the value of custom as a political identity, represented by Sharia law and sometimes by a radical interpretation of the Koran. The Jirgas and Shuras were the reference of the citizen and not the Parliament or the Constitution. Thus, both almost antagonistic interpretations of understanding political life would soon come into conflict. Ultimately, the tension between identity or democracy supposed that both were irreconcilable concepts in Afghanistan.

Afghanistan, after twenty years of war, is once again in the focus of world news. The possible peace agreement with the Taliban would be a clear victory for the latter; the international community would seal the achievement of its political goals through years of asymmetric warfare in which thousands of Afghans, civilians and military, have been victims of terrorist attacks, violations of fundamental human rights, etc. Whether or not the Taliban come back to power we will know very soon, unfortunately.

ÍNDICE

1	JUSTIFICACIÓN DEL TEMA	iv
2	MARCO Y FUENTES DE LA INVESTIGACIÓN	vi
2.1	MARCO TEMPORAL	vi
2.2	MARCO GEOGRÁFICO Y GEOPOLÍTICO.....	vii
2.3	MARCO TEÓRICO.....	xiii
2.4	MARCO REFERENCIAL.....	xxxiii
3	HIPÓTESIS DE TRABAJO Y PRINCIPALES OBJETIVOS A ALCANZAR.....	xlii
4	OBJETIVOS	xliv
4.1	Objetivo general	xliv
4.2	Objetivos específicos:	xliv
5	TESIS O PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN	xlvi
6	METODOLOGÍA	xlviii
	INTRODUCCIÓN	1
	CAPÍTULO 1	23
1	LA EVOLUCIÓN DE LA GUERRA HACIA UNA GUERRA ASIMÉTRICA E HÍBRIDA.....	23
1.1	Las guerras de la primera generación.....	27
1.2	Las guerras de la segunda generación.	29
1.3	Las guerras de la tercera generación.....	32
1.4	Las guerras de cuarta generación.....	34
	CAPÍTULO 2	49
2	AFGANISTÁN Y SU IDENTIDAD EN LA HISTORIA	49

2.1	Breve historia de Afganistán	52
2.2	La reciente guerra civil de Afganistán.	69
2.3	El fallo democrático afgano.	76
2.4	La guerra contra el terror.....	80
2.5	Afganistán después de la caída de los Talibán; el inicio de una gobernanza fallida.	82
2.5.1	El gobierno Transitorio de Afganistán	85
2.5.2	Primeras elecciones pos Talibán.	89
2.5.3	Un inicio sin identidad.....	91
2.5.4	La fallida consolidación democrática en Afganistán	101
2.5.5	La transición hacia el liderazgo afgano en.....	116
2.5.6	El acuerdo de paz.....	132
CAPÍTULO III		137
3	LA ESTRATEGIA OCCIDENTAL Y AFGANISTÁN.....	137
3.1	La Doctrina COIN.....	147
CAPÍTULO IV		161
4	EL GOBIERNO AFGANO Y SU IDENTIDAD.....	161
4.1	El estamento político de Afganistán	167
4.1.1	La Constitución de Afganistán	171
4.1.2	El poder legislativo en Afganistán.....	181
4.1.3	El poder judicial de Afganistán.....	187
4.1.1	El poder ejecutivo ejecutivo.	203
4.2	La economía en Afganistán.....	206
4.3	La seguridad en Afganistán.....	219

4.4	Etnia e identidad.....	230
4.4.1	Los pastunes.....	242
4.4.2	Los Tayikos de Afganistán.....	248
4.4.3	Los Uzbecos y turcomanos.....	251
4.4.4	La etnia hazara.....	253
4.4.5	Los talibanes.....	262
CAPÍTULO 5.....		271
5	IDENTIDAD O DEMOCRACIA.....	271
5.1	Política e identidad en Afganistán.....	275
5.2	La democracia y la identidad política en Afganistán.....	295
5.3	El choque de occidente con la identidad afgana.....	304
5.4	El pastunwali y los valores democráticos.....	315
CAPÍTULO VI:.....		324
6	CONCLUSIONES.....	324
Referencias.....		360

ILUSTRACIONES

Ilustración 1: mapa geográfico de Afganistán. Fuente: Free world maps	ix
Ilustración 2: Distribución de los pastunes a lo largo de la línea Durand, mapa de 1980.	xi
Ilustración 3: relación entre las civilizaciones de Samuel Phillips Huntington, como ejemplo de influencias en un sistema de sistemas	li
Ilustración 4: Relación de los Sistema de sistemas en un país x	liii
Ilustración 5: Metodología aplicada en la tesis	lvi
Ilustración 6: Metodología según los capítulos de la tesis.....	lvii
Ilustración 7: Porcentaje de años en el que las grandes superpotencias se enfrentaron unas a otras. Fuente Our world in data, https://ourworldindata.org/war-and-peace	34
<i>Ilustración 8: Porcentaje de victorias ganadas del actor más débil siglos XIX y XX. Fuente: https://www.slideshare.net/lscocyfairall/11-asymmetric-conflict</i>	38
<i>Ilustración 9: Tendencia de los conflictos desde 1946 hasta 2019. Fuente: Center for Systemic Peace; http://www.systemicpeace.org/conflictrends.html</i>	40
Ilustración 10: la trinidad de Clausewitz en un escenario asimétrico.....	43
Ilustración 11: Hitos en la historia de Afganistán hasta la invasión mongola. Elaboración propia.	55
Ilustración 12: Afganistán siglo XVIII hasta 1919	58
Ilustración 13: Evolución de Afganistán desde 1919 hasta el golpe de Estado Talibán	68
Ilustración 14: las relaciones geopolíticas en Afganistán (sistema de sistemas).	97
Ilustración 15: Apoyo de la población americana desde 2008 hasta 2012. Fuente: Pew Research Center	105
Ilustración 16: Estamento político de Afganistán; occidente vs tradición..	179
Ilustración 17: distribución étnica de la Wolesi Jirga, fuente: JSTOR.....	183
Ilustración 18: representación de la mujer en la Wolesi Jirga.....	184

Ilustración 19: Diferencias de los dos sistemas judiciales en uso en Afganistán	202
Ilustración 20: % variación renta per cápita de Afganistán 2007-2011 vs 2011-2016	208
Ilustración 21: Evolución PIB de Afganistán. Fuente FMI.....	209
Ilustración 22: Evolución del PIB de Afganistán en 2017. Fuente FMI	210
Ilustración 23: Número de empresas registradas desde 2007 hasta 2016. Fuente: Banco mundial.....	211
Ilustración 24: Aumento económico y per cápita 2007-2016. Fuente banco Mundial.....	212
Ilustración 25: Aumento de la pobreza de 2007 hasta 2017 en Afganistán. Fuente: Banco Mundial.	213
Ilustración 26: Aumento de la pobreza en Afganistán y comparación entre zona urbana y rural. Fuente: Banco Mundial.	214
Ilustración 27: Media de ingresos afganos según la "Asea Foundation" de 2019	216
Ilustración 28: Relaciones económicas de Afganistán interpretado como un sistema de sistemas. Elaboración propia. Fuente Bussiness insider.	218
Ilustración 29: Control de la población o influencia en los últimos años. Fuente SIGAR	221
Ilustración 30: evolución del número de hectáreas de opio plantadas en Afganistán. Fuente UNODC	224
Ilustración 31: control de distritos en Afganistán. Fuente: FDD's long war journal	225
<i>Ilustración 32: Identidades según factores intrínsecos y exógenos. Elaboración propia</i>	<i>237</i>
<i>Ilustración 33: distribución étnica de Afganistán. Fuente National Geographic.</i>	<i>241</i>
Ilustración 34: las relaciones entre las distintas etnias en Afganistán	261

Ilustración 35: Bajos en Afganistán, Paquistán e Iraq desde octubre de 2001 hasta octubre de 2019. Fuente: Departamento de defensa americano.....	264
Ilustración 36: Datos de heridos en combate y muertos en combate tropas americanas. Fuente: Departamento de Defensa EE. UU	264
Ilustración 37: Estructura de mando del gobierno Talibán. Fuente CFR	267
Ilustración 38: Zonas de mayor conflictividad en Afganistán. Basado en datos de National Geographic y GTR. Elaboración propia.....	269
Ilustración 39: Diferencias entre las identidades políticas occidentales e islámicas	302
Ilustración 40: Sistema de Sistemas en Afganistán.....	359

Lista de abreviaturas

AFN: afgani, moneda legal de Afganistán

ANA: Afghan national Police, Policía Nacional afgana

ANDSF: Fuerzas de Seguridad y Defensa Nacional afganas

COIN: Counter Insurgency Doctrine. Doctrina Contra-Insurgencia

DDR: Desarme, Desmovilización, y Reinserción

EE. UU: Estados Unidos

ISAF: International Security Assistance Force, Fuerza de Seguridad Internacional de la OTAN.

ISI: inter-intelligence Service. Servicio de Inteligencia de Pakistán

ISIS: Islamic State, Estado islámico.

ONU: Organización de las Naciones Unidas

OTAN: Organización del Atlántico Norte

PDPA: People's Democratic Party of Afghanistan, Partido Democrático de Afganistán

RS: Resolute Support Mission.

SIGAR: Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction, Inspector General para la Reconstrucción de Afganistán.

UE: Unión Europea

UNAMA: United Nations Assistance Mission in Afghanistan, Misión de Naciones Unidas para Afganistán.

URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas

USAF: United States of American Air Force, Fuerza Aérea Americana

USDOS: United State Department of State, Departamento de Estado de los
Estados Unidos

1 JUSTIFICACIÓN DEL TEMA

Afganistán es, sin lugar a dudas, un país de enorme relevancia geopolítica. Afganistán no sólo ha sido durante décadas un refugio para terroristas, incluido Osama Bin Laden, sino también un paradigma de cómo un pequeño país ha podido ir derrotando a numerosas potencias extranjeras que han intentado controlarlo o invadirlo. Así, a Afganistán se le conoce como “la tumba de los imperios”; ciertamente, no ha existido ningún imperio que no haya sufrido una contundente derrota cuando ha intentado intervenir el complejo país afgano. Sin embargo, más allá del término romántico que lo caracteriza, Afganistán se ha convertido en el país más peligroso del mundo según la mayoría de expertos, dejando a un segundo lugar a un escenario tan violento como lo es Siria. Afganistán, hoy en día, es el lugar más peligroso del planeta.

Lo que hace realmente particular a Afganistán es que los Estados Unidos, después de casi dos décadas de intervención, convirtiéndose en su guerra más extensa por delante de Vietnam, no hayan podido estabilizar la región y, paradójicamente, busque un acuerdo de paz en el que su enemigo número uno, el talibán, forme parte del proceso. Muchos expertos y académicos miran con asombro como los talibanes podrían volver al poder y, en esta ocasión, con el reconocimiento de la comunidad internacional como un actor legítimo para gobernar.

Si al final los talibanes forman parte de ese posible futuro afgano cabe estudiar la siguiente pregunta: ¿Qué ha fallado en la misión de reconstruir un Afganistán pos talibán? Muy probablemente, el estamento militar argumentaría su respuesta basándose en un enfoque de la seguridad. En este sentido, el análisis sería que los talibanes encontraron un valioso refugio en el vecino Paquistán al que no podían hacer frente. Paquistán al ser un Estado con armamento nuclear estaba fuera del alcance del poderoso ejército americano. Esta respuesta es un tanto

errónea. El principal problema de la aproximación occidental fue centrarse en el componente de seguridad y no en los problemas reales de Afganistán, por ejemplo: las divisiones étnicas, sus identidades políticas, la falta de identidad nacional, etc. En otras palabras, el enfoque durante el posconflicto afgano requería una visión mucho más amplia e integral que la que se llevó a cabo. El estudio de esta argumentación es ciertamente relevante pues existen escenarios parecidos, como lo es Siria e incluso Iraq, que requerirán una aproximación al posconflicto basada en numerosos elementos más allá que el componente de la seguridad.

Con la posibilidad de la firma de un acuerdo de paz, Afganistán vuelve a estar en el centro de la política mundial. Los talibanes, que en su día fueron derrocados por el ejército americano, vuelven a ser protagonistas de la política afgana como un invitado clave en la mesa de negociación. Estados Unidos podría poner fin a su guerra más larga pero también podría cerrar en falso la continuidad política de un Estado afgano que, al menos en el papel, es actualmente considerado como un gobierno "normal" por la comunidad internacional. Con la llegada del presidente Biden a la Casa Blanca, no está aún claro cuál será la política americana respecto a Afganistán durante los próximos años. En este sentido, un cambio de estrategia podría suponer una cancelación de las negociaciones y una vuelta a la violencia. Por otro lado, un acuerdo sin un compromiso firme y verdadero de todas las partes podría considerarse como una huida en falso de los Estados Unidos. Sea cual sea el desenlace del posible acuerdo de paz, Afganistán vuelve a ser un centro de la política internacional.

2 MARCO Y FUENTES DE LA INVESTIGACIÓN

2.1 MARCO TEMPORAL

La delimitación temporal de esta tesis consiste en estudiar los fenómenos seleccionados dentro de un rango de tiempo concreto. Debido a la limitación de tiempo y de espacio, no es posible abarcar un estudio más allá de un periodo de tiempo definido en Afganistán. Por ello, el marco temporal establecido para la tesis empieza con el derrocamiento del régimen talibán en 2001; seguido de la posterior fase de la estabilización de Afganistán y hasta las negociaciones el posible acuerdo de paz. Sin embargo, esta delimitación del marco temporal no significa que no se estudie un periodo más amplio de la historia de Afganistán, pues es clave en la tesis. La historia de Afganistán es un elemento imprescindible pues explica la evolución de las identidades tribales y sectarias a las que ha evolucionado el país debido a siglos de lucha contra invasiones extranjeras. Estas identidades sectarias y tribales han derivado en diversas identidades políticas que no es posible entender sin una revisión de los acontecimientos históricos claves en la sangrienta trayectoria del país. Sin embargo, el marco temporal referente al estudio de la economía, la seguridad, la política, etc., parte desde el año 2001, pues es el momento en el que se conocen más detalles y es, desde entonces, cuando se han realizado más estudios y publicaciones referentes a Afganistán. Anterior a 2001 es importante detallar los numerosos gobiernos fallidos de Afganistán y, especialmente, la influencia soviética a finales de los años setenta hasta la caída del muro de Berlín.

La historia de Afganistán está llena de décadas de violencia, de golpes de estado y de enfrentamientos que en la mayoría de los casos acabaron en guerras civiles. Por ello es importante visitar los periodos en los que las distintas etnias lucharon entre sí y, fundamentalmente, como distintos países y potencias mundiales

interfirieron en la historia afgana por motivos de búsqueda de poder. Esta interferencia de imperios a lo largo de la historia y sus correspondientes fracasos, ha supuesto que se denomine al país como “la tumba de los imperios”. Sin embargo, esta denominación, aunque pueda tener ciertas connotaciones aventureras y novelescas, ha sido también la propia tumba para Afganistán como nación. La inferencia extranjera ha supuesto que Afganistán no haya podido tener un gobierno fuerte que crease una identidad nacional, circunstancia que, en la actualidad, sigue siendo una de las claves de la falta de gobernanza.

El marco temporal, por lo tanto visita los momentos más importantes de la historia de Afganistán que tenga relevancia en la actualidad. Una actualidad que está dominada por el posible acuerdo de paz entre el Estado de Afganistán y los talibanes; lo que se ha denominado las conversaciones intra-afghanas. Este momento de la historia es el límite del marco temporal, por lo que no se realizará una investigación en prospectiva que se extienda más allá de un futuro muy cercano como consecuencia del citado acuerdo de paz.

2.2 MARCO GEOGRÁFICO Y GEOPOLÍTICO

A lo largo de su historia, el imponente paisaje de desiertos y montañas de Afganistán han puesto fin a muchas ambiciones imperiales; debido a sus difíciles accesos y extremas temperaturas. Debido a sus extremas condiciones climáticas, sólo un 12 % de la superficie de Afganistán es cultivable para grano. Circunstancia que no ocurre con el cultivo del opio, para lo que es uno de las mejores superficies del mundo.

Para el desarrollo de esta tesis, se establece como marco geográfico Afganistán y sus países limítrofes, especialmente Irán y Paquistán, pero especialmente este último. La longitud total de la frontera de Afganistán es de 3,436 millas; un 44 % de esa frontera (1,510 millas) es con Paquistán. En el oeste, Afganistán hace frontera con Irán; con un total de 582 millas. Un tercer país fronterizo es China, con la que comparte un total de 47 millas. Las 1,297 millas restantes limitan con los vecinos del norte; Tayiquistán, Turkmenistán y Uzbequistán. Ambos países,

Irán y Paquistán, tienen intereses geopolíticos en el país afgano. Estos intereses son totalmente opuestos: Irán defiende la influencia de las comunidades chiitas en el gobierno; mientras que Paquistán aboga por un gobierno islámico en contra de su eterno enemigo, la India.

Debido a sus particularidades geográficas, Afganistán es uno de los países de más difícil acceso del mundo; especialmente porque éste no tiene salida al mar. Las tierras altas centrales incluyen la cordillera principal del Hindu Kush, que es una parte de la cadena del Himalaya. Su área, de aproximadamente 414,000 km cuadrados, es una región de valles estrechos y profundos y altas montañas, algunos picos se elevan por encima de los 6,400 metros. Los pasos de alta montaña, generalmente situados de 3,600 a 4,600 metros sobre el nivel del mar, son de gran importancia estratégica e incluyen el paso de Shebar, ubicado al noroeste de Kabul, donde las montañas Bābā se ramifican desde el Hindu Kush hasta el histórico Khyber Pass, que conduce al subcontinente indio, en la frontera con Paquistán del sureste de Kabul, tal y como se puede apreciar en Ilustración 1.

El área de Badakhshān en la parte noreste de las tierras altas centrales es la ubicación de mayor número de epicentros; aproximadamente 50 terremotos que ocurren en el país cada año. La región de las llanuras del norte, al norte de las tierras altas centrales, se extiende hacia el este desde la frontera iraní hasta los montes del Pamir, cerca de la frontera con Tayikistán; que son en su mayoría llanuras y fértiles y montes que se inclinan suavemente hacia el Amu Darya (el antiguo río Oxus). En esta zona, la elevación promedio es de aproximadamente de 600 metros de altura. La región de las llanuras del norte está intensamente cultivada y densamente poblada. Además de suelos fértiles, la región posee ricos recursos minerales, en particular depósitos de gas natural. La riqueza de esta zona explica las influencias geopolíticas de los distintos actores que tienen intereses en Afganistán, como lo son Paquistán e Irán especialmente.

La meseta suroeste, al sur de las tierras altas centrales, es una región de altiplanos, desiertos arenosos y semidesérticos. La elevación promedio es de unos 900 metros. La meseta del sudoeste cubre aproximadamente 130,000 km cuadrados; una cuarta parte de la cual forma la región arenosa de Rīgestān. El desierto de Mārgow, más pequeño, de salinas y estepas desoladas, se encuentra al oeste de Rīgestān. Varios grandes ríos cruzan la meseta suroeste; entre ellos se encuentran el río Helmand y su principal afluente, el Arghandāb. La mayor parte de Afganistán se encuentra entre 600 y 3000 metros de altura. A lo largo del Amu Darya en el norte y el delta del río Helmand en el suroeste, la elevación es de aproximadamente 600 metros.



Ilustración 1: mapa geográfico de Afganistán. Fuente: Free world maps

Seguramente, el elemento más relevante del marco geográfico sea la línea Durand; una línea de 2640 km que, en 1893, sir Mortimer Durand, funcionario colonial británico, trazó para definir el extremo occidental de India, controlada por Gran Bretaña por aquel entonces y hoy en día Paquistán. La Línea Durand divide, en el lado este de Afganistán, áreas tribales de pastunes que los afganos consideraban, y siguen considerando, parte de su territorio; este territorio es denominado por los pastunes como “Pastuntán”. Cuando Paquistán se independizó en 1947, la vieja Línea Durand volvió a ser un foco de conflicto debido a los pastunes que allí habitaban; ya que muchos de ellos se consideraban afganos y no pakistaníes. En la Ilustración 2 se puede apreciar en verde la distribución de la etnia pastún a lo largo de la línea Durand que separa Afganistán de Paquistán. Esta presencia de la etnia pastún en Paquistán explica, como se detallará posteriormente, la relación de preferencia que tiene la etnia pastún en la zona oeste de Paquistán y que, en numerosas ocasiones, ha servido a los talibanes, de etnia pastún, como refugio e incluso como centro de operaciones el planteamiento de su estrategia asimétrica contra el poder militar americano.



Ilustración 2: Distribución de los pastunes a lo largo de la línea Durand, mapa de 1980.

Así mismo, Estados Unidos y Rusia se consideran como parte imprescindible de este marco geográfico. Ambos Estados han tenido una relevancia capital para comprender las dinámicas de la región. La Unión soviética primero y los Estados Unidos después han intentado sin éxito controlar el complejo país afgano.

Más allá de la geografía pura, la Geopolítica es una disciplina fundamental en esta tesis. La geopolítica tiene como objeto la búsqueda de las «causas» geográficas que estarían detrás de las relaciones entre Estados, o de las causas del comportamiento geopolítico de los Estados en la esfera internacional. Entre los geopolíticos más relevantes de la historia cabe destacar Halford Mackinder, John Agnew, como los más influyentes de las últimas décadas.

El término geopolítica se usó por primera vez hace más de un siglo por el politólogo sueco Rudolf Kjellen y, desde entonces, ha sido una referencia para el estudio de la influencia de los recursos naturales, la geografía, la religión, las etnias, etc., en la política tanto nacional como internacional. En esta tesis el término geopolítica se utiliza para referirse al modo en que distintos actores influyen en las políticas de Afganistán. Estos actores pueden ser grupos étnicos definidos; grupos terroristas como al Qaeda o el Estado Islámico; Estados que buscan proyectar su poder como Estados Unidos, Irán y Paquistán; corrientes políticas como el comunismo o la democracia liberal, etc. Siguiendo esta argumentación, en Afganistán influyen ciertas dinámicas que son exógenas a los propios ciudadanos, pero que pueden tener consecuencias muy grandes en el país, por ejemplo: las aspiraciones de los palestinos influyen en la identidad de los musulmanes y su percepción de occidente; las divergencias en la interpretación del Islam entre las ramas Suní y Chií tiene consecuencias directas en la etnia hazara; las diferencias entre los árabes y otros musulmanes que tienen una interpretación más radical de la Sharia tienen consecuencias socio-políticas en todo el país; y la profunda atracción que ejerce la democracia, en todo el mundo árabe, influye notablemente en la geopolítica de Afganistán.

Halford Mackinder tenía una concepción geopolítica del mundo dividido en dos campos, el "corazón" euroasiático ascendente (Heartland) y las "tierras marítimas" subordinadas. Al estudiar los requisitos previos para un acuerdo de paz estable durante la Primera Guerra Mundial, desarrolló una tesis en geografía política que había esbozado por primera vez en un artículo titulado "The Geographical Pivot of History". En él argumentó que el interior de Asia y Europa oriental, también denominada en ocasiones como Eurasia, se habían convertido en el centro estratégico de la "Isla del Mundo" como resultado del relativo declive del poder marítimo frente al poder terrestre y del desarrollo económico e industrial del sur de Siberia. Para Mackinder el papel de Gran Bretaña y Estados Unidos, era preservar un equilibrio entre las potencias que luchaban por el

control del “corazón”. Su más famosa frase es bien conocida en el ámbito de la geopolítica “Quién controle Europa del Este dominará el Pivote del Mundo, quien controle el Pivote del Mundo dominará la Isla Mundo, quien domine la Isla Mundo dominará el mundo” (Mackinder, 1887). En lo que respecta a Afganistán, el país se encuentra a caballo de esa zona que Mackinder denominó el pivote del mundo y la isla del mundo, de ahí su importancia estratégica durante siglos y siglos para los distintos imperios que utilizaban la geopolítica como referencia para expandir su influencia.

En resumen, Afganistán es una zona de amplio interés geopolítico. Históricamente, ha sido un área que ha sido invadida por numerosos imperios, desde Carlo Magno hasta los Estados Unidos pasando por los mongoles, indios y británicos. En la antigüedad, su posición geográfica era clave en las estrategias para controlar lo que después Mackinder denominaría “el pivote del mundo”. Los imperios rusos y británicos concebían a Afganistán como una zona frontera respecto a sus intereses en Eurasia por parte de Rusia y en la India por parte del Reino Unido. Durante la guerra fría Afganistán fue un territorio de preferencia en la expansión del comunismo, por lo que la Unión Soviética intentó controlar el país afgano. En la última década, han sido los Estados Unidos quienes han invadido Afganistán, bajo el pretexto de la “lucha contra el terror”, según afirmó George Bush tras el atentado de las torres gemelas. En resumen, Afganistán, a lo largo de la historia, ha sido una zona geográfica de una relevancia geopolítica preferencial.

2.3 MARCO TEÓRICO

Para la realización de la tesis se tendrán como principal referencias teóricas los estudios de los tratadistas clásicos de la naturaleza de la guerra; especialmente Clausewitz y Sun tzu. La naturaleza de la guerra es determinante para explicar los escenarios asimétricos presentados por los talibanes y Al Qaeda durante los más de diecinueve años de conflicto en Afganistán. Por otro lado, la identidad, entendida como un conjunto de rasgos o características que diferencian a unas

personas de otras, es una clave en esta tesis. Por lo tanto, autores como Platón (thymos o thymòs), Francis Fukuyama (identidad) y Samuel Huntington (como referente de las civilizaciones y geopolítica), son clave en este trabajo.

Para el estudio del Estado afgano es clave tener como marco teórico su sistema político, judicial y administrativo, que viene detallado en la Constitución afgana. Influída por una aproximación occidental, la Constitución tiene ciertos aspectos progresistas, como los derechos humanos, la presunción de inocencia y la elección de los gobernantes mediante elecciones que chocan con los valores tradicionales de numerosas comunidades afganas, muy influidas por la Sharia y la escuela jurídica de Hanafí. Por ello, existe una cierta contradicción, como se analizará más adelante, entre la Constitución y la cultura islámica tradicional. Para mayor complejidad en el estamento político y jurídico, el código de conducta pastunwali es también un referente entre los pastunes de Afganistán y Paquistán que, en numerosas ocasiones, contradice los principios de la Constitución afgana. Como marco teórico de esta tesis se han escogido los artículos de la Constitución más relevantes, así como las principales características de la Sharia y las particularidades del código pastunwali.

Es imperativo que la evolución de la estrategia americana en Afganistán sea parte del marco teórico. Sin esta evolución no sería posible comprender el porqué del posible acuerdo actual, ni tampoco la razón por la que los talibanes, muy probablemente, seguirán siendo el grupo más influyente como así lo eran antes de la invasión americana. La evolución de la estrategia americana, como ya se analizará en el correspondiente capítulo, ha estado muy marcada por los principios de del tratadista prusiano Clausewitz; mediante una aproximación centrada en el factor militar en la que se busca la derrota del enemigo en el momento decisivo, pero no la reconstrucción del país.

Uno de los libros más citados en los estudios militares es, sin duda alguna, “*De la Guerra*” de Carl Von Clausewitz. Aunque es una obra póstuma, (fue publicada por su mujer, la baronesa Marie Bruhl, una vez que Clausewitz ya había fallecido)

se ha convertido con el paso de los años en toda una referencia en las escuelas de estados mayores de todo el mundo. Ha sido tal su relevancia que incluso ha entrado en el mundo de los negocios y del liderazgo empresarial. Collin Powell, cuando era jefe del Estado mayor conjunto de las fuerzas armadas americanas, llegó a decir que Clausewitz había sido toda una revelación para él, y que le había ayudado para comprender la naturaleza invariable de la guerra. Sin embargo, ya mucho antes, Clausewitz había influido no sólo en las fuerzas armadas americanas sino en la mayoría de los modelos estratégicos militares del planeta. La búsqueda de la victoria definitiva y los centros de gravedad sería una de las claves de la estrategia norteamericana en Afganistán. Esta victoria definitiva que tantas veces consiguió Napoleón en sus conquistas europeas nunca lo sería en un escenario tan complejo como el de “la tumba de los imperios”.

“De la guerra” ha sido criticada por muchos estudiosos como irrelevante para los conflictos que enfrentan los Estados Unidos y Europa después de la Guerra Fría. La argumentación se basa en que los conflictos en los que se apoyó Clausewitz para escribir “*De la Guerra*” no tienen las mismas características que la guerra asimétrica que plantearon los talibanes y al Qaeda al ejército americano. Así, los críticos de Clausewitz afirman que sus tesis son demasiado racionales para el conflicto contemporáneo, y defienden que enfatiza la aniquilación del enemigo por encima de todo; lo que no se aplica a los actores no estatales, y especialmente en escenarios asimétricos.

Estas afirmaciones se basan en que la trinidad de Clausewitz puede ser una herramienta de reflexión sobre la guerra, entendida ésta como el combate, pero que en las “nuevas guerras” se caracterizan por “evitar el combate directo”, por lo que la teoría de Clausewitz no es ya válida. Sin embargo, como se discutirá más adelante, estas tesis de que Clausewitz no tiene cabida en la guerra asimétrica son totalmente erróneas. Cervantes acierta en su obra *Don Quijote de la Mancha* cuando afirma que “las cosas de la guerra, más que otras, están

sujetas a continua mudanza”. Clausewitz también lo argumenta cuando expone que la guerra es como un verdadero camaleón y que hay que entender el tipo de guerra en la que uno se aventura, siendo de especial relevancia el carácter de la misma; en otras palabras, las “cosas” de la guerra evolucionan pero no su naturaleza. La naturaleza de la guerra, entendida como la búsqueda de objetivos políticos, se ha mantenido invariable en toda la historia de la humanidad. Desde Carlo Magno a Hitler, pasando por Julio César y Napoleón. Sin embargo, lo realmente trascendente en cuanto a la naturaleza de la guerra y a la trinidad de Clausewitz es que el tratadista prusiano se apoyó en Platón y su descripción del alma humana del capítulo IV de la República. Por ello, refutar a Clausewitz es casi poner en duda su aproximación platónica, lo que hace que las críticas de los académicos anti-Clausewitz “roce el despropósito”.

En esta tesis se sostiene que Clausewitz tiene una gran cabida en la guerra contemporánea y, particularmente en la guerra simétrica; por lo tanto, es una pieza singular dentro del marco teórico. Los mayores críticos de Clausewitz simplemente no han entendido la trinidad que propone el tratadista prusiano y que explica la naturaleza invariable de la guerra. Esta naturaleza de la guerra es constante a lo largo de los tiempos y es aplicable también al posconflicto. Clausewitz defiende que la guerra cambia de carácter, y este carácter depende del momento de la historia cuando se desarrolle la guerra. El carácter de la guerra que estudia Clausewitz estuvo muy influenciado por las derrotas del ejército prusiano por el napoleónico; de ahí la relevancia que da a los centros de gravedad y a las condiciones decisivas. Pero la naturaleza de la guerra y su elemento político, como ya se ha comentado, es simplemente invariable. Esta eternidad de la naturaleza de la guerra es lo realmente relevante para este estudio. Por lo tanto, el carácter, entendido como la forma de realizar la guerra no es una referencia en esta tesis. Lo que es referencia, contrariamente, es la trinidad de Clausewitz que explica la naturaleza de todas las guerras, cualquiera que sea su contexto histórico.

La ya citada trinidad está integrada por tres elementos principales: el odio y la violencia, elementos que según el tratadista prusiano deben ser considerados como un ciego impulso natural del ser humano; el juego del azar y de las probabilidades, que hacen que la guerra sea una actividad desprovista de emociones en la que la suerte tienen un factor singular; y el carácter subordinado al instrumento político, que la inducen a pertenecer al ámbito de la racionalidad. De este razonamiento, argumenta Clausewitz, su más que conocida frase de que “la guerra es una continuación de la política por otros medios” (Clausewitz, 2010). Esta subordinación de la guerra como un instrumento de la política es uno de los principales razonamientos que explican la naturaleza del conflicto en Afganistán, como se argumenta en el apartado 1.

Haciendo aún más hincapié en la trinidad, el primero de los tres aspectos citados Clausewitz lo relaciona al pueblo. Para Clausewitz el pueblo destaca en su trinidad como el elemento de la irracionalidad y de la pasión; unos elementos que no se pueden controlar una vez se desatan y que tienen que existir ya en los pueblos afectados por la guerra. El segundo de los elementos lo describe como el factor de la probabilidad, concebida como lo no racional y que es representado por el estamento militar; el alcance que logrará el juego del talento y del valor en el dominio de las probabilidades del azar dependerá de la personalidad del comandante en jefe y del ejército. El último de los componentes de la trinidad se relaciona con la racionalidad que solamente corresponde al gobierno; en este caso el elemento político.

“El arte de la guerra” es un antiguo tratado militar chino que data del siglo quinto a.C. Este tratado militar, que se atribuye al antiguo estratega militar chino Sun Tzu, sigue siendo el texto de estrategia más influyente en Asia oriental y ha influido notablemente en el pensamiento militar occidental; paradójicamente, también tiene mucha trascendencia en el mundo de los negocios y la política. Líderes militares y políticos como el revolucionario comunista chino Mao Zedong, el japonés Takeda Shingen, el general vietnamita Võ Nguyên Giáp y el general

militar Estadounidense Norman Schwarzkopf se han inspirado en el libro de Sun Tzu. La trascendencia de este libro es que explica perfectamente las guerras asimétricas y, en particular, la naturaleza de la estrategia planteada por el régimen talibán y Al Qaeda para hacer frente a un ejército tan poderoso como el americano.

Entre las frases más citadas de Sun Tzu, muchas de ellas pueden ser referencia principal para esta tesis, por ejemplo: "Toda guerra se basa en el engaño; y la más conocida: "el arte de la guerra se basa en ganarla sin llegar luchar, venciendo al enemigo antes de entrar en el campo de batalla". El engaño es una máxima dentro de la teoría de Sun Tzu, de ahí cuando afirma que hay que "parecer débil cuando eres fuerte y fuerte cuando eres débil". Sin embargo, Sun Tzu parece predecir el desgaste americano en la guerra en Afganistán cuando argumenta en su libro que "no hay ningún caso de un país que se haya beneficiado de una guerra prolongada" o cuando afirma que "las tácticas militares son como el agua; porque el agua, en su curso natural, se escapa de los lugares altos y se apresura hacia abajo. Entonces, en la guerra, el camino es evitar lo fuerte y atacar lo débil". Sun Tzu, como uno de los más relevantes tratadistas de la historia forma parte del marco teórico de esta tesis, ya que Sun Tzu, como ningún otro explica la estrategia de Al Qaeda para "derrotar" al ejército americano.

Además de la racionalidad de los conflictos, es imperativo tener referencias relativas al choque cultural en el que entran los "imperios" cuando invaden o conquistan ciertas zonas del mundo. Afganistán, en este sentido ha sido uno de los países que más ha sido invadido por imperios en la historia reciente y pasada. En estas invasiones han entrado en contacto distintas civilizaciones que, irremediablemente, han generado guerras y conflictos a durante siglos en el país afgano. El choque de civilizaciones y reconstrucción del orden mundial es una expansión del artículo de Relaciones Exteriores de 1993 escrito por Samuel Huntington que planteaba la hipótesis de un nuevo orden mundial posterior a la

Guerra Fría. Antes del final de la Guerra Fría, las sociedades estaban divididas por diferencias ideológicas, como la lucha entre democracia y comunismo. La tesis principal de Huntington sostiene que, posterior a la Guerra Fría, "las distinciones más importantes entre los pueblos ya no son ideológicas, políticas o económicas, sino que son culturales". Para Huntington se producirán nuevos patrones de conflicto a lo largo de los límites de diferentes culturas, lo que él denomina líneas de fractura.

Huntington desarrolla un nuevo "paradigma de civilización" para crear una nueva comprensión del orden posterior a la Guerra Fría y llenar los vacíos de las teorías existentes antes de la guerra fría. Para ello, Huntington divide el mundo en ocho civilizaciones principales, de las cuales cuatro son claves para entender las identidades en Afganistán y, partiendo de ellas, las identidades políticas. Estas civilizaciones que han tenido contacto en Afganistán son las siguientes: la civilización Hindú, identificada como el núcleo de la civilización india; la civilización islámica, originaria de la Península Arábiga que se extiende por el norte de África, la Península Ibérica, Asia Central y substancialmente en Afganistán; la civilización Ortodoxa, centrada en Rusia; y como civilización clave la occidental, centrada en Europa y América del Norte.

Huntington refuta la idea de una hegemonía de la cultura occidental y el concepto de una civilización universal establecida y dominada por occidente. Huntington afirma que "la globalización está dominada por el mundo occidental, lo cual es "una fuente importante de resentimiento y hostilidad de los otros pueblos no occidentales contra occidente. La noción de una cultura única y universal no es útil para crear una explicación o una descripción del orden político global y es claramente una incongruencia en un escenario tan culturalmente fragmentado como es Afganistán. Huntington argumenta que las personas necesitan nuevas fuentes de identidad, nuevas formas de comunidad estable y nuevos conjuntos de preceptos morales que les proporcionen un sentido y un propósito; para él la

religión puede satisfacer estas necesidades y es una pieza clave en las civilizaciones; como así lo es también en Afganistán.

Las sociedades musulmanas, a diferencia de las sociedades asiáticas u occidentales, han afirmado su identidad cultural mediante el resurgimiento de la religión. Huntington sostiene que el resurgimiento del islam "encarna la aceptación de la modernidad después de la Guerra Fría, el rechazo de la cultura occidental y el nuevo compromiso con el Islam como guía para la vida en el mundo moderno. Para la civilización islámica, la religión es el factor principal que distingue la política y la sociedad musulmanas de otros países y es un elemento clave en Afganistán.

Huntington argumenta que el fracaso de las economías estatales, el aumento de la población joven y el estilo autoritario de gobierno han contribuido al resurgimiento del Islam en la sociedad. Huntington es una referencia porque defiende la relevancia del choque de culturas distintas, como lo ha sido el choque de la mayor parte de los ciudadanos afganos con la unión Soviética y los Estados Unidos; dos civilizaciones que intentaron imponer sus modelos a otra que se basaba en una cultura y tradiciones completamente distinta a la ortodoxa y a la occidental. La identidad religiosa se ha llevado al extremo en Afganistán por uno de los factores necesarios que argumenta Huntington, la falta de un Estado fuerte y la pobreza rampante del país. Aunque Huntington hace referencia a la identidad de las personas y especialmente a la influencia en las entidades de las religiones y, por lo tanto, de las civilizaciones, Francis Fukuyama profundiza más en las políticas de resentimiento basadas en la identidad.

La demanda de reconocimiento de la propia identidad es un concepto central que para Fukuyama explica con cierta certeza lo que está sucediendo en la política mundial de la actualidad. El reconocimiento universal en el que se basa la democracia liberal ha sido desafiado cada vez más por formas más específicas de reconocimiento basadas en la nación, religión, secta, raza, etnia o género. En algunos casos, estas formas de reconocimiento han resultado en un populismo

antiinmigrante, el surgimiento del Islam politizado, y la pugna a nivel mundial. Aunque Fukuyama se centra más en el surgimiento del nacionalismo blanco y en el nacionalismo populista, sus argumentos acerca del *thymòs*, entendido como la necesidad de reconocimiento de “los otros” hacia una determinada identidad, explican comportamientos de ciertas etnias afganas y su identidad política. Aunque distintos académicos argumentan que la principal causa de las políticas de resentimientos son los desastres económicos, Fukuyama afirma que el resentimiento en realidad surge de la demanda de reconocimiento y, por lo tanto, no puede satisfacerse simplemente por medios económicos.

Fukuyama, en “*Identidad*” argumenta que el sentido de nación es esencial para la democracia liberal, precisamente porque promueve el deseo humano de identidad, respeto y reconocimiento hacia los otros. Aunque llegar a una democracia liberal de corte occidental es una quimera en Afganistán, conseguir una identidad de nación es clave para que las distintas etnias afganas puedan convivir en paz, y que sientan un reconocimiento por los otros en lugar de un continuo enfrentamiento. Estos enfrentamientos son debidos a los escasos recursos del país, como resultado de una nefasta gobernanza que no proporciona una identidad nacional que reconozca a sus ciudadanos y que doblegue las políticas de resentimiento. Por este motivo las políticas de resentimiento que argumenta Francis Fukuyama son claves para comprender el choque entre Estados Unidos y los talibanes.

La estrategia americana en el enfoque del conflicto, estuvo muy enfocada en la derrota militar tanto de al Qaeda como de los talibanes. El régimen talibán “cayó” desde un punto de vista simétrico o convencional pero no cesó el combate; la guerra pasó de ser convencional para convertirse en un escenario asimétrico para el cual, muy probablemente, ningún ejército del mundo estaba preparado, tampoco el americano. La estrategia americana estuvo muy influenciada por una aproximación basada en los centros de gravedad de Clausewitz; sin embargo, no se basó en las máximas del tratadista prusiano cuando define la guerra como

una continuación de la política o cuando describe su eterna trinidad. La estrategia americana se basó en la búsqueda de acciones decisivas y de centros de gravedad basados en la capacidad militar del oponente.

Cuando la estrategia americana, basada en la derrota militar del enemigo, empezó a hacer notables estragos, comenzaron los cambios en la misma, pero siempre basándose en la derrota militar de los talibanes y al Qaeda; la reconstrucción del país estuvo siempre en un segundo plano y, el sector de seguridad sería el pilar de la estrategia. Las instituciones y los procesos de democratización del país chocaron notablemente con las identidades políticas de los ciudadanos afganos; en el que las etnias de Afganistán tenían un papel crucial. Los acuerdos de Bonn como referencia de Constitución para Afganistán colisionaron desde el primer momento con las tradiciones de la mayor parte de sus ciudadanos, lo que sigue suponiendo un claro motivo de conflicto en la actualidad. Unas tradiciones de siglos basadas en códigos ancestrales como el pastunwali o la Sharia no son compatibles con los valores occidentales democráticos; en este sentido existe un claro choque de civilizaciones. La aproximación occidental de los derechos humanos y de políticas liberales son consideradas por el mundo islam como un claro argumento de superioridad, lo que, en la mayoría de los casos, provoca un resentimiento hacia occidente y sus valores. La Sharia y el citado código pastunwali son una referencia en esta tesis; sin su análisis no sería posible entender la identidad política de las distintas comunidades afganas.

La actual Constitución de la República Islámica de Afganistán fue ratificada formalmente por el presidente Hamid Karzai en Kabul el 26 de enero de 2004. Como pieza angular de cualquier Estado es una referencia para comprender la organización del propio Estado, su política, la participación de la ciudadanía y la organización de sus instituciones. En otras palabras, la Constitución proporciona el marco de cómo Afganistán desea reconstruir el nuevo Estado. Si bien concede el derecho a la participación popular, aboga por una forma de gobierno altamente

centralizado y su sistema unitario, dejando de lado las ramificaciones políticas del nacionalismo étnico, lo cual ha supuesto serios desafíos para la construcción de la nación. Al igual que la Constitución americana, la afgana comienza con un “We the people of Afghanistan”. Sin embargo, también concede a la religión como el más alto principio de la organización de Afganistán. Esto se puede observar ya en cómo comienza el documento: “En el nombre de Allah, el Más Benefactor, el Más Misericordioso Alabado sea Allah, el Amador y Sustentador de los Mundos; y la paz y la alabanza sean con Mohammad, Su último mensajero y sus discípulos y seguidores”. La Constitución de Afganistán es una referencia del marco teórico, ya que explica el estamento político y jurídico del Estado afgano.

A continuación se detallan los artículos de la Constitución que tienen más relevancia en el estudio de esta tesis; bien sea por el componente político, jurídico o religioso, o bien sea por el de la identidad política que proporciona la Constitución:

- Artículo uno. Afganistán será una República Islámica, un Estado independiente, unitario e indivisible.
- Artículo dos. La religión sagrada del Islam es la religión de la República Islámica de Afganistán. Los seguidores de otras religiones serán libres dentro de los límites de la ley en el ejercicio y realización de sus rituales religiosos.
- Artículo tercero. Ninguna ley contraviene los principios y disposiciones de la santa religión del Islam en Afganistán.
- Artículo cuatro. La soberanía nacional en Afganistán pertenecerá a la nación, manifestada directamente y a través de sus representantes electos. La nación de Afganistán está compuesta por todas las personas que posean la ciudadanía de Afganistán. La nación de Afganistán está compuesta por las etnias pastún, tayiko, hazara, uzbeko, turcomano, baluch, pachaie, nuristaní, Aymaq, Arab, Qirghiz, Qizilbash, Gujur,

Brahwui y otras tribus. La palabra afgana se aplican a todos los ciudadanos de Afganistán. Ningún individuo de la nación de Afganistán será privado de ciudadanía. Los asuntos relacionados con la ciudadanía y el asilo serán regulados por ley.

- Artículo sexto. El Estado estará obligado a crear una sociedad próspera y progresista basada en justicia social, preservación de la dignidad humana, protección de los derechos humanos, realización de la democracia, el logro de la unidad nacional y la igualdad entre todos los pueblos y tribus y equilibrio del desarrollo de todas las áreas del país.
- Artículo Siete. El Estado observará la Carta de las Naciones Unidas, los acuerdos interestatales, así como tratados internacionales a los que Afganistán se ha adherido, y la Declaración Universal de Derechos humanos. El Estado evitará todo tipo de actividades terroristas, cultivo y contrabando de estupefacientes y producción y consumo de estupefacientes.
- Artículo dieciséis. De entre pashto, dari, uzbeki, turcomano, baluchi, pachaie, nuristani, pamiri y otros idiomas actuales en el país, pashto y dari serán los idiomas oficiales del Estado. En las áreas donde la mayoría de la gente habla en uzbeki, turkmani, pachaie, nuristani, baluchi o pamiri idiomas, cualquiera de los idiomas antes mencionados, además de pashto y dari, será el tercer idioma oficial, cuyo uso será regulado por la ley. El Estado deberá diseñar y aplicar programas efectivos para Fomentar y Desarrollar todos los idiomas de Afganistán. Uso de todos los idiomas actuales en el país será libre en publicaciones de prensa y medios de comunicación académico y nacional.
- Artículo veintidós. Cualquier tipo de discriminación y distinción entre ciudadanos de Afganistán será prohibido. Los ciudadanos de Afganistán, hombres y mujeres, tienen los mismos derechos y deberes ante la ley.
- Artículo veintitrés. La vida es un don de Dios y un derecho natural de los seres humanos. Nadie será privado de esto excepto por disposición legal.

- Artículo veinticuatro: La libertad es el derecho natural de los seres humanos. Este derecho no tiene límites a menos que afecte otras libertades así como el interés público, que será regulado por la ley. Libertad y la dignidad humana son inviolables. El Estado respetará y protegerá la libertad así como dignidad humana.
- Artículo veinticinco. La inocencia es el Estado original. El imputado será inocente hasta que el acusado demuestre su culpabilidad, mediante orden de un tribunal autorizado.
- Artículo Veintinueve. Se prohibirá la persecución de seres humanos. Nadie podrá ni ordenar tortura, incluso por descubrir la verdad de otro individuo que está bajo investigación, arresto, detención o ha sido condenado a ser sancionado a un castigo que sean contrarias a la dignidad humana.
- Artículo Treinta y Cuatro. La libertad de expresión será inviolable. Todo afgano tendrá derecho a expresar pensamientos a través del habla, la escritura, las ilustraciones y otros medios de acuerdo con disposiciones de esta Constitución. Todo afgano tendrá derecho, según las disposiciones de la ley, para imprimir y publicar sobre temas sin previa presentación a las autoridades estatales. Las Directivas relacionadas con la prensa, radio y televisión así como publicaciones y otros medios de comunicación social estarán regulados por ley.
- Artículo Treinta y Cinco. Para alcanzar objetivos morales y materiales, los ciudadanos de Afganistán tendrán derecho a formar asociaciones de acuerdo con las disposiciones de la ley. El pueblo de Afganistán tendrá derecho, de conformidad con las disposiciones de la ley, a formar partidos políticos, siempre que:
 1. Su manifiesto y estatuto no deberán contravenir la Santa religión del Islam y principios y valores consagrados en esta Constitución;
 2. Sus organizaciones y recursos financieros serán transparentes;
 3. No tendrán fines ni organizaciones militares o cuasi militares; y

4. No estarán afiliados a partidos políticos extranjeros ni a otras fuentes. No se permitirá el funcionamiento de un partido sobre la base del tribalismo, el parroquialismo, el lenguaje, como así como tampoco se permitirá el sectarismo religioso. Si un partido o asociación se constituye conforme a las disposiciones de la ley no se disolverá sin causa legal y orden de un tribunal autorizado.

- Artículo Treinta y Seis. El pueblo de Afganistán tendrá derecho a reunirse y manifestarse, de conformidad con la ley, para la consecución de legítimos y pacíficos propósitos.
- Artículo sesenta. El presidente será el jefe de Estado de la República Islámica de Afganistán, ejecutando sus autoridades en los ámbitos ejecutivo, legislativo y judicial de conformidad con las disposiciones de esta Constitución. El presidente tendrá dos vicepresidentes, primero y segundo.
- Artículo sesenta y uno. El presidente será elegido al recibir más del cincuenta por ciento de los votos emitidos por los votantes, mediante voto libre, general, secreto y directo. El mandato presidencial expirará después del quinto año después de las elecciones. Se celebrarán elecciones para el nuevo presidente dentro de los treinta a sesenta días anteriores al final del período presidencial. Si en la primera ronda ninguno de los candidatos obtiene más del cincuenta por ciento de los votos, elecciones para una segunda ronda se celebrará dentro de las dos semanas siguientes a la fecha en que se proclamen los resultados de las elecciones.
- Artículo sesenta y dos. La persona que se convierta en candidato presidencial deberá tener las siguientes calificaciones
 1. Deberá ser ciudadano de Afganistán, musulmán, nacido de padres afganos y no podrá ser ciudadano de otro país.
- Artículo sesenta y cuatro. El presidente tendrá las siguientes facultades y deberes (se detallan solo las más relevantes):

1. Supervisar la implementación de la Constitución;
 2. Determinar las líneas fundamentales de la política del país con la aprobación de la Asamblea Nacional;
 3. Ser el Comandante en Jefe de las fuerzas armadas de Afganistán;
 4. Declarar la guerra y la paz con el aval de la Asamblea Nacional;
 5. Tomar las decisiones necesarias para defender la integridad territorial y preservar independencia;
 6. Convocar la Loya Jirga excepto en la situación prescrita en el artículo 69 de esta Constitución;
 7. Nombrar a los Ministros, al Fiscal General, al Jefe del Banco Central, al Director de Seguridad Nacional, así como el Jefe de la Cruz Roja con el aval de la Casa del Pueblo, y su destitución y aceptación de resignación;
 8. Nombrar al Magistrado de la Corte Suprema así como a los magistrados de la Corte Suprema con el aval de la Casa del Pueblo,
 9. Nombrar, retirar y aceptar la dimisión y cese de jueces, funcionarios de las fuerzas armadas, policía, seguridad nacional así como de altos funcionarios según las disposiciones de la ley,
 10. Nombrar también a los jefes de los representantes políticos de Afganistán en los Estados extranjeros. como organizaciones internacionales,
 11. Aceptar credenciales de representantes políticos extranjeros en Afganistán,
 12. Respaldar leyes y decretos judiciales,
 13. Reducir e indultar las penas de acuerdo con las disposiciones de la ley.
- Artículo ochenta y uno. La Asamblea Nacional de la República Islámica de Afganistán, como máxima autoridad legislativa, manifestará la voluntad de su pueblo y representará a toda la nación. Cada miembro de la

Asamblea, al votar, juzgará de acuerdo con los intereses, así como los beneficios supremos del pueblo de Afganistán.

- Artículo ochenta y dos. La Asamblea Nacional consta de dos casas: Casa del Pueblo y Casa de Ancianos. Ningún individuo podrá ser miembro de ambas cámaras al mismo tiempo.
- Artículo ochenta y tres. Los miembros de la Cámara del Pueblo serán elegidos por el pueblo mediante libre y voto secreto y directo. El período de trabajo de la Casa del Pueblo terminará, después la divulgación de los resultados de las elecciones, el día 1 de Zaratán del quinto año y el nuevo parlamento comenzará a trabajar. El número de miembros de la Cámara del Pueblo será proporcional a la población de cada circunscripción, sin exceder el máximo de doscientos cincuenta individuos. Se determinarán las circunscripciones electorales, así como otras cuestiones relacionadas por la ley electoral. La ley electoral adoptará medidas para lograr, a través del sistema de electorado, una representación general y justa de toda la población del país, y proporcional a la población de cada provincia, en promedio. Al menos dos mujeres deberán ser los miembros electos de la Casa del Pueblo de cada provincia.
- Artículo ochenta y cuatro. Los miembros de la Cámara de Ancianos serán elegidos y nombrados de la siguiente manera:
 1. De entre los miembros de cada consejo provincial, un individuo será elegido por el consejo respectivo por un período de cuatro años;
 2. De entre los consejos distritales de cada provincia, una persona, elegida por el respectivos consejos, por un período de tres años;
 3. El tercio restante de los miembros será designado por el presidente, por un plazo de cinco años, entre expertos y personalidades experimentadas, incluidos dos miembros de entre los discapacitados y discapacitados, así como dos de nómadas. El presidente nombrará al cincuenta por ciento de estas personas entre mujeres. el individuo seleccionado como miembro de la Cámara de Ancianos perderá la

membresía a la Consejo relacionado, y otra persona será nombrada de acuerdo con las disposiciones de la ley.

- Artículo noventa. La Asamblea Nacional tendrá las siguientes funciones:
 1. Ratificación, modificación o derogación de leyes o decretos legislativos;
 2. Aprobación del desarrollo social, cultural, económico y tecnológico programas;
 3. Aprobación del presupuesto estatal y autorización para obtener u otorgar préstamos;
 4. Creación, modificación y / o abrogación de unidades administrativas;
 5. Ratificación de tratados y acuerdos internacionales o abrogación de la membresía de Afganistán en ellos;
 6. Otras autoridades consagradas en esta Constitución.
- Artículo noventa y uno. La Casa del Pueblo tendrá las siguientes autoridades especiales:
 1. Decidir sobre la sesión de aclaración de cada ministro de conformidad con el artículo Noventa y dos de esta Constitución;
 2. Decidir sobre los programas de desarrollo y el presupuesto estatal;
 3. Aprobar o rechazar los nombramientos de acuerdo a lo dispuesto en esta Constitución.
- Artículo noventa y cuatro. Ley será la que aprueben ambas cámaras de la Asamblea Nacional y el Presidente la respaldará, a menos que esta Constitución establezca lo contrario. En caso de que el presidente rechace lo que la Asamblea Nacional lo haya aprobado, el Presidente lo devolverá dentro de los quince días desde la fecha de su presentación, a la Casa del Pueblo mencionando los motivos de rechazo y, con vencimiento del plazo o si la Casa del Pueblo lo vuelve a aprobar con dos tercios de todos los votos, el proyecto se considerará refrendado y ejecutable.

- Artículo ciento diez. La Loya Jirga es la máxima manifestación de la voluntad del pueblo de Afganistán. La Loya Jirga consta de: Miembros de la Asamblea Nacional; Presidentes de las asambleas provinciales y distritales. Ministros, Presidente del Tribunal Supremo y miembros de la Corte Suprema, así como el abogado general participará en las sesiones de la Loya Jirga sin derecho a voto.
- Artículo ciento once La Loya Jirga se reunirá en las siguientes situaciones: Decidir sobre temas relacionados con la independencia, soberanía nacional, territorial la integridad y los intereses nacionales supremos; Enmendar las disposiciones de esta Constitución; Acusar al Presidente de conformidad con lo dispuesto en el artículo sesenta y nueve de la Constitución.
- Artículo ciento trece. El quórum de la Loya Jirga será completo para votar con la presencia de la mayoría de miembros. La decisión de la Loya Jirga, excepto en situaciones explícitamente establecido en esta Constitución, será adoptado por la mayoría de los miembros presentes.
- Artículo ciento dieciséis. El poder judicial será un órgano independiente del Estado de la República Islámica de Afganistán. El poder judicial estará compuesto por un Tribunal Supremo, Tribunales de Apelación así como los Juzgados de Primera Instancia cuya organización y autoridad serán reguladas por la ley. La Corte Suprema será el máximo órgano judicial, encabezando el poder judicial de la República Islámica de Afganistán.
- Artículo ciento diecisiete. La Corte Suprema estará compuesta por nueve miembros, designados por el Presidente y con el aval de la Casa del Pueblo, y en cumplimiento de las disposiciones del inciso tercero del Artículo Cincuenta y el Artículo Ciento Dieciocho de esta Constitución.
- Artículo ciento treinta y uno. Los tribunales aplicarán la jurisprudencia chiita en los casos que involucren asuntos personales de seguidores de la secta chiita de acuerdo con las disposiciones de la ley. En otros casos,

si no existen aclaraciones en esta Constitución y otras leyes, los tribunales se pronunciarán de acuerdo con leyes de esta secta.

- Artículo ciento treinta y seis La administración de la República Islámica de Afganistán, basada en las unidades del el gobierno central y las oficinas locales, se regirán de acuerdo con la ley. La administración se dividirá en varias unidades administrativas, cada una dirigida por un Ministro. La unidad administrativa local será una provincia. El número, área, divisiones y organizaciones provinciales relacionadas, así como el número de oficinas se regulará en base a la población, las condiciones sociales y económicas, así como la ubicación geográfica.
- Artículo ciento treinta y siete. El gobierno, al preservar los principios del centralismo, transferirá las facultades, de acuerdo con la ley, a las administraciones locales con el fin de acelerar y mejorar los asuntos económicos, sociales y culturales, y fomentar la participación de las personas en desarrollar la vida nacional.
- Artículo ciento treinta y ocho. Habrá un consejo provincial en cada provincia. Los miembros de los consejos provinciales de acuerdo con la ley, serán elegidos por cuatro años por los vecinos de la provincia, proporcionalmente a la población, mediante elecciones libres, generales, secretas y directas. El consejo provincial elegirá presidente a uno de sus miembros.

Además de la Constitución afgana es necesario comprender el código pastunwali, ya que es la referencia de la mayoría de la etnia pastún. El pastunwali, que se remonta a la era preislámica, es el código de conducta que todo pastún “orgullosa” sigue, viva en Afganistán, Paquistán o como refugiado en cualquier parte del mundo. El pastún nativo es independiente y leal al código pastunwali; que en ocasiones entra en conflicto la Constitución de Afganistán. En el contexto de esta tesis es importante comprender el código de los pastunes, pues es más que un mero código legal, sino que también establece cómo debe

ser la vida del pastún: su relación con Dios, con la comunidad, con la familia, etc. Los pastunes creen que su código social produce “hombres” que son superiores a los producidos bajo el modelo occidental, y no tienen ningún deseo de que forasteros ciudadanos occidentales (de la India, Rusia, etc.) les impongan un nuevo sistema social.

Por otro lado, la Jirga es una institución que los pastunes obedecen sin cuestionar. En las regiones tribales, la Jirga todavía se utiliza como tribunal para delitos penales. El respeto otorgado a los ancianos tribales es muy característico del código pastunwali. El código pastunwali, aunque tiene ciertas diferencias, en su mayor parte está en armonía con la ley Sharia.

La ley Sharia es el sistema legal del Islam. Se deriva tanto del Corán, el texto central del Islam, como de las fatwas, los fallos de los eruditos islámicos. Sharia significa literalmente "el camino claro y bien transitado hacia el agua". La ley Sharia actúa como un código de vida al que todos los musulmanes deben adherirse, incluidas las oraciones, el ayuno y las donaciones a los pobres. Su objetivo es ayudar a los musulmanes a comprender cómo deben llevar todos los aspectos de sus vidas de acuerdo con los deseos de Dios. Como cualquier sistema legal, la Sharia es compleja y su práctica depende completamente de la calidad y capacitación de expertos.

Los juristas islámicos emiten orientaciones y fallos. La orientación que se considera una decisión legal formal se llama fatwa. La ley Sharia divide los delitos en dos categorías generales: delitos "hadd", que son delitos graves con penas establecidas, y delitos "tazir", en los que el castigo se deja a discreción del juez. Los delitos hadd incluyen el robo, que puede castigarse con la amputación de la mano del delincuente, y el adulterio, que puede conllevar la pena de muerte por lapidación. La apostasía, o dejar la fe, es un tema muy controvertido en el mundo musulmán y los expertos dicen que la mayoría de los estudiosos creen que se castiga con la muerte.

Hay cinco escuelas diferentes de la ley Sharia. Hay cuatro doctrinas sunitas: Hanbali, Maliki, Shafi'i y Hanafi, y una doctrina chiita, Shia y Jaafari. Las cinco doctrinas difieren en cuán literalmente interpretan los textos de los que se deriva la ley Sharia. La más importante en Afganistán es la Hanafi. La escuela jurídica de Hanafi se desarrolló a partir de las enseñanzas del teólogo Imām Abū Ḥanīfah (en el año 700-767), convirtiéndose en el sistema dominante de administración islámica para los 'Abbāsids y los otomanos. Aunque la escuela Hanafi reconoce el Corán y el Hadith (narraciones sobre la vida y los dichos del profeta Mahoma) como fuentes primarias del derecho, se destaca por su amplia dependencia del razonamiento sistemático (ra'y) en ausencia de precedentes. Actualmente, la escuela predomina en Asia Central, India, Paquistán, en las zonas de los pastunes de Afganistán, Turquía y los países del antiguo Imperio Otomano.

2.4 MARCO REFERENCIAL

En esta tesis se entiende por marco referencial los documentos, estudios, informes, estadísticas, datos, etc., que apoyan y dan rigor a los argumentos esbozados en el trabajo. Para ello, tendrán especialmente las fuentes primarias respecto a las secundarias. Sin embargo, debido a las características especiales de la zona de estudio y a la falta de organismos oficiales gubernamentales afganos, en ocasiones será necesario apoyarse en fuentes secundarias. Por ejemplo, a la hora de medir el grado de satisfacción de la población afgana respecto a un determinado factor, no existe un instituto oficial del Estado afgano que proporcione estos datos; por lo tanto, en ese caso se recurre a "The Asia Foundation". Ocurre lo mismo en el caso de estudiar los datos económicos del país, pues son más fiables o más accesibles los proporcionados por el Banco Mundial que por el Ministerio de Economía de Afganistán. Estos dos casos detallados es la norma en cuanto a la búsqueda de datos estadísticos que apoyen los argumentos de la tesis. Por lo tanto, es imperativo detallar en este apartado las fuentes utilizadas y su grado de fiabilidad.

Teniendo en cuenta la fiabilidad de los datos, los informes emitidos, así como el prestigio a nivel internacional, se han escogido los siguientes organismos como marco referencial de esta tesis: El Fondo Monetario Internacional (FMI), El Banco Mundial, el CIA factbook, The Asia Foundation, El Institute for Economics and Peace, El Pew Research Center, UNAMA, SIGAR, OTAN y el USAID.

El Fondo Monetario Internacional (FMI)

El FMI es un organismo especializado del Sistema de las Naciones Unidas establecido en 1945 para contribuir al estímulo del buen funcionamiento de la economía mundial. Con sede en Washington, el FMI cuenta con 183 Estados miembros, casi la totalidad del mundo, incluido Afganistán. El FMI es la institución central del sistema monetario internacional, es decir, el sistema de pagos internacionales y tipos de cambio de las monedas nacionales que permite la actividad económica entre los países. Para ello, publica informes de datos económicos de todos los países del mundo, los cuales son una referencia para comprender la evolución de la economía y datos derivados como, por ejemplo, la inflación el tipo de cambio, los intereses de la moneda y su evolución, etc.

El Banco Mundial

El Grupo Banco Mundial, una de las fuentes más importantes de financiamiento y conocimiento para los países en desarrollo. Está integrado por cinco instituciones que se han comprometido a reducir la pobreza, aumentar la prosperidad compartida y promover el desarrollo sostenible. En el caso de Afganistán proporciona datos válidos relativos al PIB del país, la renta per cápita, la inflación, etc. Además de datos económicos, el banco Mundial también proporciona datos demográficos, de esperanza de vida, emisiones de CO₂, etc. Ante la falta de datos del Ministerio de Economía afgano, y la poca fiabilidad de los mismos, el Banco Mundial es una referencia para datos de ámbito económico y demográfico. Por otro lado, el Banco Mundial permite comparar países en

cuanto a datos económicos, por lo que es posible comparar Afganistán con sus vecinos más cercanos.

CIA factbook

El World Factbook de la CIA proporciona inteligencia básica sobre la historia, la población, el gobierno, la economía, la energía, la geografía, las comunicaciones, el transporte, el ejército, el terrorismo y cuestiones transnacionales para 266 entidades mundiales, entre las que se incluye Afganistán. El World Factbook tiene más de 65 páginas de orden de clasificación que comparan datos de países en campos específicos que son relevantes para esta tesis, como por ejemplo el ranking en el PIB, las características de las fuerzas armadas, la inflación, el nivel del desempleo, la integración de la mujer, etc. También proporciona mapas geográficos, físicos, políticos e incluso oceánicos.

The Asia Foundation

La Fundación Asia es una organización de desarrollo internacional sin ánimo de lucro, con sede en San Francisco, que se focaliza en el continente asiático. Tienen un total de 18 oficinas en 18 países que abordan los problemas críticos que afectan a Asia en el siglo XXI, especialmente en el sentido de la gobernabilidad, economía, medio ambiente, el desarrollo de la mujer y la cooperación internacional. La fundación realiza todos los años un informe que es una referencia para esta tesis, pues está basado en entrevistas a ciudadanos afganos en su propio país, titulado "Afghanistan in 2019, A survey of the afghan people".

El informe de la opinión afgana, es una encuesta basada en las opiniones del pueblo afgano; es un mapa del cambio social a lo largo del tiempo, que presenta una imagen clara de los avances y las brechas que los afganos perciben en una nación en rápida transformación. La encuesta, su decimoquinta edición, ha recopilado las opiniones de más de 129.000 afganos desde 2004 sobre la seguridad, las elecciones, la gobernanza, la economía, los servicios esenciales,

la corrupción, los problemas de la juventud, la reconciliación con los talibanes, el acceso a los medios de comunicación, la migración, la papel de la mujer y participación política. En su edición de 2019 (2020 ha sido imposible realizarla con precisión por la pandemia) se encuestó cara a cara a una muestra nacional de 17.812 afganos de más de 18 años de edad en las 34 provincias afganas, del 11 de julio al 7 de agosto de 2019. Debido a este formidable trabajo que se lleva realizando desde 2004, es una referencia válida y se considera como fuente primaria para la tesis.

El Institute for Economics and Peace

El Institute for Economics and Peace tiene su sede en Sydney. Sus investigaciones logran más de 20 mil millones de impresiones en los medios de comunicación en 150 países; su principal referencia de trabajo es en materia de seguridad, defensa y terrorismo. Cada año desarrolla índices globales y nacionales, calculando el costo económico de la violencia, analizando el riesgo y la fragilidad a nivel nacional. La investigación es utilizada ampliamente por gobiernos, instituciones académicas, grupos de expertos, organizaciones no gubernamentales y por instituciones intergubernamentales como la OCDE, la Secretaría de la Commonwealth, el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Para esta tesis son referencias los informes: Global Peace index y Global Terrorism Index.

Council of foreign Relations : Global Conflict Tracker.

El Global Conflict Tracker es una organización de expertos dedicada a las opciones de política exterior que tiene los Estados Unidos en el mundo. El centro analiza los países que tienen relevancia para los Estados Unidos y, como no podría ser de otra manera, Afganistán es uno de ellos. El análisis que realiza de Afganistán es bastante completo, especialmente en asuntos de seguridad y defensa. Además de ello, realiza entrevistas a los líderes más influyentes en el ámbito político de Afganistán, por ejemplo, Abdullah Abdullah o el actual

presidente Ganhi. Debido a la falta de declaraciones oficiales emitidas por el gobierno de Afganistán, las entrevistas realizadas por el centro a sus líderes políticos son referencia en el análisis de la situación política del país desde un punto de vista del poder ejecutivo de Afganistán. También el centro recoge las declaraciones de los distintos presidentes norteamericanos, George Bush, Barack Obama y Donald Trump respecto a la estrategia americana durante los años del conflicto.

El Pew Research Center

El Pew Research Center es un instituto de estadísticas que realiza estudios, publicaciones y estadísticas sobre los problemas, actitudes y tendencias que tiene mayor relevancia en el mundo. Para ello, principalmente hacen encuestas de opinión pública, investigación demográfica, análisis de contenido y otras investigaciones de ciencias sociales basadas en datos. El centro proporciona investigación de opinión independiente sobre las actitudes Estadounidenses sobre la política y los principales temas de política, midiendo las tendencias a largo plazo en los valores políticos y las prioridades de las políticas públicas. Aunque está muy centrada el sentimiento del ciudadano norteamericano en la política americana, realizan estudios referentes al sentimiento respecto a la intervención en Afganistán; especialmente si los americanos conciben la guerra de Afganistán como un éxito o un fracaso. Este dato es clave porque la estrategia americana se ha visto muy influenciada por el sentimiento ciudadano.

UNAMA (Misión de las Naciones Unidas para la Asistencia en Afganistán, United Nations Assistance Mission in Afghanistan)

UNAMA es una misión de Naciones Unidas de ayuda al pueblo de Afganistán. La misión de la UNAMA es ayudar al pueblo y las instituciones del Afganistán a lograr la paz y la estabilidad, de conformidad con los derechos y obligaciones consagrados en la Constitución afgana. Sus tres líneas principales se basan en apoyar los esfuerzos para lograr la paz y la estabilidad en Afganistán; apoyar los

esfuerzos para garantizar el respeto de los derechos humanos, el Estado de derecho y la gobernanza responsable Liderar; y coordinar la comunidad internacional en apoyo de las prioridades de Afganistán para promover la paz, la gobernanza y el desarrollo en beneficio de todos los afganos. Por lo tanto UNAMA recopila numerosos datos relativos a la gobernanza de Afganistán, así como datos de personas fallecidas debido a atentados y operaciones de las Fuerzas Armadas afganas, la policía y las tropas extranjeras.

Además de lo anterior, UNAMA es un marco referencial relativo a testimonios reales de ciudadanos afganos que detallan de primera mano los episodios y consecuencias de la guerra que se viven día a día. UNAMA también elabora informes y estadísticas del impacto de la guerra en los ciudadanos y en las instituciones afganas. Es especialmente relevante conocer, por ejemplo, el número de víctimas en el conflicto según el causante del daño; por lo tanto, se puede medir la efectividad de las fuerzas del Estado y su capacidad para evitar daños colaterales.

También dentro de la organización de las Naciones Unidas se encuentra el Centro Global de la Responsabilidad de Proteger, dentro de la norma de la Responsabilidad de Proteger, conocida como R2P, adoptada por la ONU en 2005. Este centro proporciona datos y eventos referente a violaciones del acuerdo de paz, el control de ciertos territorios de Afganistán por parte de los talibanes, crímenes contra civiles, ataques con IEDs contra las fuerzas de seguridad, etc. Además monitoriza la seguridad debido a la crisis del COVID-19. Este centro es de especial relevancia por su celeridad a la hora de publicar eventos que afectan a la seguridad y a la gobernanza del país.

SIGAR (Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán, Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction en inglés)

El Congreso creó la Oficina del Inspector General Especial para la Reconstrucción de Afganistán (SIGAR) para proporcionar una supervisión

independiente y objetiva de los proyectos y actividades de reconstrucción de Afganistán. SIGAR realiza auditorías e investigaciones para auditar la eficiencia y efectividad de los programas de reconstrucción y detectar y prevenir el desperdicio, el fraude y abuso en Afganistán. La dirección del SIGAR está formada por auditores, analistas, investigadores, abogados, expertos en la materia y otros especialistas que realizan un magnífico asesoramiento en numerosas áreas del Estado afgano.

SIGAR elabora un informe trimestral al Congreso de los EE. UU el cual es público. Este informe resume todas las auditorías y actividades de investigación llevadas a cabo por el SIGAR. El informe también proporciona una descripción general de las actividades de reconstrucción en Afganistán e incluye una declaración detallada de todas las obligaciones, gastos e ingresos asociados con la reconstrucción. Es especialmente relevante para datos de corrupción, personal activo en las fuerzas de seguridad, inversiones realizadas, gobernanza del Estado afgano, etc.

OTAN (Organización del Atlántico Norte)

La OTAN es una organización político militar que ha jugado un papel clave en el conflicto de Afganistán. Bajo el amparo de la OTAN numerosos países han participado en las dos misiones realizadas por la Alianza: la ISAF (International Security and Assistance Force) y RS (Resolute Support). La misión ISAF fue una de las coaliciones más grandes de la historia y es la misión más desafiante de la OTAN hasta la fecha. Aunque inicialmente el mandato de la ISAF se limitó inicialmente a proporcionar seguridad en Kabul y sus alrededores; en octubre de 2003, la ONU extendió el mandato de la ISAF para cubrir todo Afganistán (UNSCR 1510), allanando el camino para una expansión de la misión en todo el país. En su apogeo, la fuerza tenía más de 130.000 efectivos, con tropas de 51 países de la OTAN y países socios; debido a estos datos, es necesario tener a la propia alianza como una fuente primaria dentro de la investigación.

La OTAN publica regularmente los informes relativos a los resultados de las misiones llevadas a cabo, por lo que se considera fuente principal para conocer los objetivos de la organización y la aportación de los distintos países que formaron parte de las misiones. Aunque las misiones de la OTAN estuvieron enfocadas en el ámbito de la seguridad, el aporte y sus objetivos son una referencia dentro de la compleja misión del pos conflicto.

Departamento de Estado americano, USAID

USAID es la principal agencia de desarrollo internacional presente en más de 100 países en todo el mundo. El trabajo de USAID en Afganistán se basa en promover la seguridad nacional y la prosperidad económica invirtiendo en la agricultura del país. Al igual que el SIGAR, USAID realiza auditorías que detalla el proceso de la lucha contra la corrupción en Afganistán, el Estado de las subvenciones y donaciones realizadas en el país y sus resultados; por este motivo es una buena referencia para conocer el Estado de la gobernanza de Afganistán.

En resumen, se considera que las organizaciones y los institutos o centros anteriormente citados tienen los criterios como para considerarlos fuentes primarias y válidas; pasando a formar parte del marco referencial de este trabajo. Por lo tanto, en los capítulos de esta tesis se apoyaran los argumentos referenciando a datos, informes o entrevistas proporcionadas por ellos.

3 HIPÓTESIS DE TRABAJO Y PRINCIPALES OBJETIVOS A ALCANZAR

La primera hipótesis de trabajo se basa en confirmar la falta de gobernanza en Afganistán como consecuencia de una errónea estrategia primero militar y después política de occidente. Esta estrategia se basó en la derrota militar del adversario y en potenciar la seguridad del país; sin tener en cuenta la cultura afgana, su historia, costumbres, rivalidades étnicas etc., que son elementos claves para una efectiva y legítima gobernanza.

Una vez confirmada la primera hipótesis, se abarcara una segunda acerca de la falta de identidad del Estado afgano como principal causa de la decadencia de Afganistán. Durante la intervención americana, esta falta de identidad se ha visto agravada como consecuencia de una opinión pública que no concebía al Estado afgano como una herramienta de justicia social que pudiera promocionar una identidad común de todos los ciudadanos.

La tercera hipótesis de partida es que una estrategia de “abajo a arriba” basada en la identidad política del ciudadano afgano es más posible de que pueda tener éxito que una basada en la seguridad y en los principios occidentales. Esta posibilidad de acierto pivota sobre el thymòs de la mayoría de las etnias afganas; es decir, sobre el reconocimiento de todas las etnias como iguales sin que existan sentimientos de superioridad de unas sobre las otras.

4 OBJETIVOS

4.1 Objetivo general

Confirmar que la tesis de la investigación, que se basa en que la principal causa del fallo de la estrategia pos conflicto en Afganistán fue como consecuencia de una errática estrategia basada en la derrota militar del régimen talibán primero y posteriormente en el mantenimiento de la seguridad y la democratización del país sin tener en cuenta la identidad afgana y la falta de conciencia nacional reinante, la cual no se potenció por parte de la estrategia occidental.

4.2 Objetivos específicos:

Como objetivos secundarios de esta investigación se establecen los siguientes:

- Mediante la utilización del método descrito en el apartado número 6, confirmar o refutar las tres hipótesis de la investigación.
- Identificar los episodios más relevantes de la compleja y sanguinaria historia de Afganistán que justifiquen o aporten conocimiento para entender la situación actual.
- Describir la evolución de la guerra, focalizándose en la guerra asimétrica como principal característica de la guerra en Afganistán a partir de la caída del régimen talibán.
- Describir las identidades de las etnias mayoritarias de Afganistán.
- Describir el estamento político implementado con Afganistán y sus contradicciones con la ley de la Sharia y con el código pastunwali pastún.
- Describir el proceso político liderado por occidente que tenía por objetivo la democratización de Afganistán conjugando el islam y los valores liberales.
- Utilizar los clásicos pensadores militares como Clausewitz o Sun Tzu y académicos más recientes como Samuel Philip Huntington para comprender el desarrollo de los acontecimientos más recientes que han llevado a un posible acuerdo de paz en Afganistán.

5 TESIS O PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

La estrategia del posconflicto en Afganistán se basó en una implementación de la seguridad en Afganistán, sin tener en cuenta la falta de identidad nacional afgana como consecuencia de un país muy dividido étnicamente y de una extrema falta de gobernanza por parte del Estado durante toda su historia. La falta de identidad nacional ha supuesto que en Afganistán existan distintas identidades políticas que exigían un enfoque más integral en la estrategia de reconstrucción del país, en el que los ciudadanos y no las instituciones eran la aproximación clave para el éxito de la misión.

La tesis planteada se basa en los siguientes argumentos:

- La estrategia americana estuvo basada en la seguridad y por lo tanto el estamento militar lideró en todo momento la estrategia.
- La división étnica afgana era un elemento clave que suponía una estrategia más integral y no solamente basada en la seguridad.
- Existen numerosas identidades políticas en Afganistán que complicaron notoriamente la estrategia americana.

6 METODOLOGÍA

La metodología de este trabajo está diseñada según las tres hipótesis de partida y, especialmente, la tesis de esta investigación. Así, la tesis expuesta en el apartado 5 condiciona la metodología que se va a seguir en este estudio. Por lo tanto, la metodología que se explica en este apartado está en equilibrio con la tesis que se plantea en la investigación. No existe un método, o por lo menos no se ha identificado, que pueda cubrir los objetivos de este trabajo; por lo tanto, la metodología aquí expuesta es original de esta tesis. Una metodología basada en la complejidad de la zona a estudiar, como es Afganistán, las etnias del país, sus identidades políticas y la estrategia americana inspirada en valores occidentales. Debido a la complicación del estudio, el método expuesto en este apartado se basa en un enfoque sistémico, un sistema de sistemas en el que cada elemento de estudio influye en los demás. Por ejemplo, la etnia influye en la política, la falta de gobernanza influye en la economía y la religión influye en todo.

En la metodología de las ciencias sociales, para el estudio de los fenómenos, el enfoque analítico ha tenido mayor relevancia. El enfoque analítico se basa en considerar con gran detalle las diferentes partes que componen un fenómeno determinado. Sin embargo, al estudiar con gran detalle una parte se pierde la visión general o de conjunto del problema; pues existen numerosos factores que pueden tener gran relevancia en un determinado conflicto. Por ello, un enfoque analítico no es el más adecuado para el estudio de un país en pos conflicto o en guerra civil en el que influyen numerosas variables y que además están interrelacionadas entre ellas.

Es evidente que el elemento histórico es clave para comprender el problema de una región y el conflicto o conflictos que en ella existen. Es muy complejo, por no decir imposible, analizar con gran detalle la historia de un país. Sin embargo,

es clave poder identificar los elementos más influyentes en una determinada región o país de estudio que han tenido lugar a lo largo de su historia. En el caso afgano, su historia particular y los numerosos factores que influyen en la situación de caos actual son similares a un sistema de sistemas, en las que los distintos elementos influyen unos en otros. La historia influye en la política y en las relaciones sociales de las distintas comunidades que forman parte del complejo espectro social afgano. La deprimida economía también influye en las relaciones entre etnias y en la política del país. Numerosos factores influyen entre ellos, lo que supone un sistema de sistemas.

La utilización de la dinámica de sistemas permite maximizar la utilidad de la información disponible para analizar una determinada región y un país en estudio. Para comprender la situación actual de un determinado país es necesario analizar los distintos sistemas que influyen en el mismo, y cómo cada uno de ellos influyen los unos en los otros. Hay que tener en cuenta que se utiliza un modelo ideal, que no existe en la realidad, pues la realidad es mucho más compleja que cualquier representación que pudiera hacerse de ella. En efecto, todo modelo es una simplificación de la realidad y, por lo tanto, no puede detallar toda la riqueza de su complejidad.

En 1968, Ludwig von Bertalanffy publicó su Teoría General de los Sistemas, que se extendió por todos los rincones del mundo e impregnó todas las ramas del saber, incluidas las ciencias sociales. Su teoría se trataba, más que de un nuevo enfoque, de la aparición de un nuevo paradigma o modelo (Barea, 2019) en la que los distintos elementos de un sistema se interrelacionan entre sí e influyen unos en los otros. Una de las aplicaciones más importante de esta Teoría General de Sistemas es la dinámica de sistemas que, por ejemplo, se puede aplicar a procesos de gestión industrial, sistemas de producción y distribución eléctrica, problemas económicos, etc. Esta teoría de sistemas también ha tenido su aplicación en el planeamiento operacional, por ejemplo, en el planeamiento operacional de la OTAN.

El método de planeamiento de las operaciones de la OTAN destaca el Knowledge Development (KD), que se basa en el enfoque sistémico y el análisis de sistemas. El citado KD propone estudiar el área de operaciones mediante la construcción de modelos enfocados en seis dominios del “PMESII”¹. De esta forma se pretende alcanzar una visión sistémica del área de operaciones y analizarla como un «sistema de sistemas». En el análisis de sistemas que se realiza en la Comprehensive Operation Planning Directive (COPD) se propone construir una red que permita identificar las relaciones e interacciones entre los distintos elementos de un sistema, para saber dónde se debe actuar para producir un efecto determinado y poder predecir qué consecuencias tendrán determinados actos en el comportamiento del sistema. En la COPD se realizan diagramas de influencia, que de una manera visual explican las vicisitudes y particularidades de las relaciones geopolíticas que influyen en un país. Estos diagramas de influencia son una herramienta útil para el análisis de un sistema de sistemas. Por ejemplo, la Ilustración 3 es una gráfica en la que Samuel Phillips Huntington detalla las relaciones entre las distintas civilizaciones que él identifica en su libro “The clash of civilizations”. Esta ilustración podría ser más compleja si se añade, por ejemplo el elemento de las etnias, el económico, etc. Por lo tanto, a lo largo del estudio se detallaran ilustraciones que ponen de manifiesto la dificultad del pos conflicto en Afganistán, en los que numerosos factores influyen en la gobernanza, pues tienen un carácter transversal.

¹ Político, Militar, Económico, Social, Información e Infraestructura.

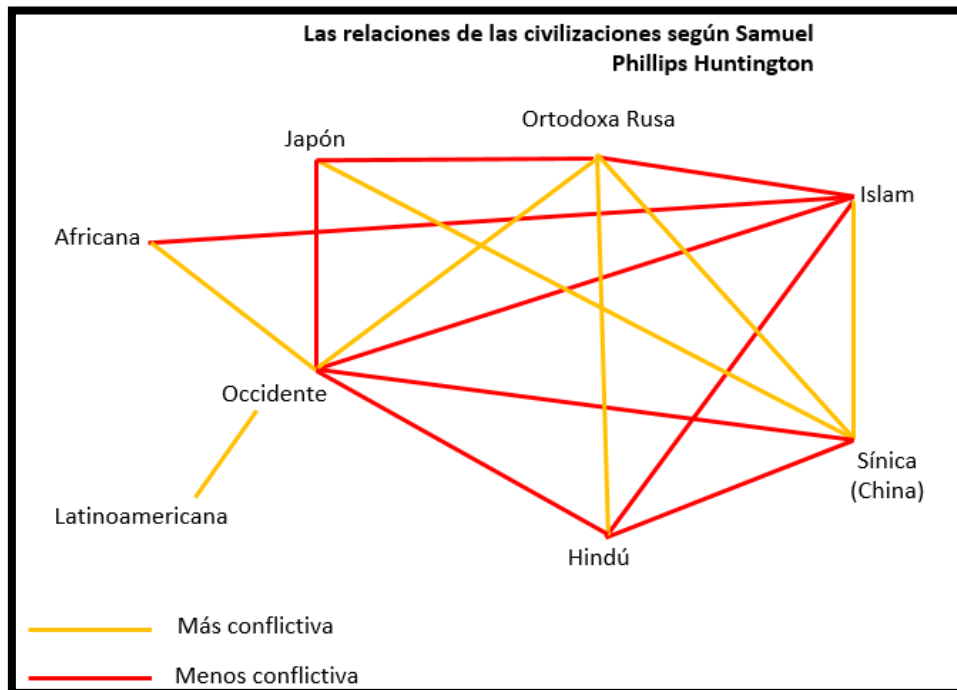


Ilustración 3: relación entre las civilizaciones de Samuel Phillips Huntington, como ejemplo de influencias en un sistema de sistemas

En el análisis sistémico es necesario definir con claridad la región que se está estudiando, esto es, diferenciar la región de estudio que queremos analizar de otras regiones, ya que solo así será posible identificar los factores más importantes que han de tenerse en cuenta (Ballesteros, 2016). Por lo tanto, la condición *sine qua non* de un estudio en el que influyen numerosas variables, un sistema de sistemas, de una determinada región o país es que esté definida para delimitar su campo de actuación, diferenciándola de otras regiones parecidas o adyacentes, sin que eso suponga desconocer las posibles interrelaciones entre ellas. Por lo tanto, no es posible estudiar solamente un país, en este caso Afganistán, como si fuera un elemento aislado. Existen otros condicionantes que influyen la dinámica de éste, por ejemplo, la relación con Paquistán y su frontera, el apoyo de este último a los talibanes a lo largo de la frontera común, etc.

Una vez delimitada la región, es necesario identificar los sistemas que la componen, que formarán un conjunto complejo de elementos en los que todos

tienen influencia entre sí y son de naturaleza dinámica; es decir, los elementos o sistemas cambian al relacionarse unos con otros. Por ejemplo, el factor económico de Afganistán, evidentemente, se ve afectado por los conflictos en la zona o por la influencia de Estados hegemónicos en la región. Así pues, “al analizar cada uno de los elementos del sistema y sus interrelaciones, tendremos todo el sistema objeto del estudio”²; esto es un sistema de sistemas.

En la Ilustración 4 se detalla un sistema de sistemas más complejo que el de las civilizaciones de Huntington, pues existen más elementos que el puramente civilizatorio. En este caso, además de las etnias, en las que sus relaciones ya son complejas en sí, se introducen parámetros como la relación con otros Estados que tienen intereses en el país. Estos estados pueden influir en el país bien sea por la afinidad con un tipo de etnia que se encuentra en él, por intereses económicos o por asuntos relacionados con la ideología. Cualquiera que fuera esa relación, se puede apreciar que la complejidad de las influencias en la zona hace que esta se parezca a un sistema de sistemas; en el sistema, por ejemplo, un elemento como el económico puede tener consecuencias en el étnico y, por lo tanto, desatar una crisis o un conflicto.

² Ballesteros Miguel Ángel, (2016). En busca de una estrategia de Seguridad Nacional. Madrid: Ministerio de Defensa, p. 28

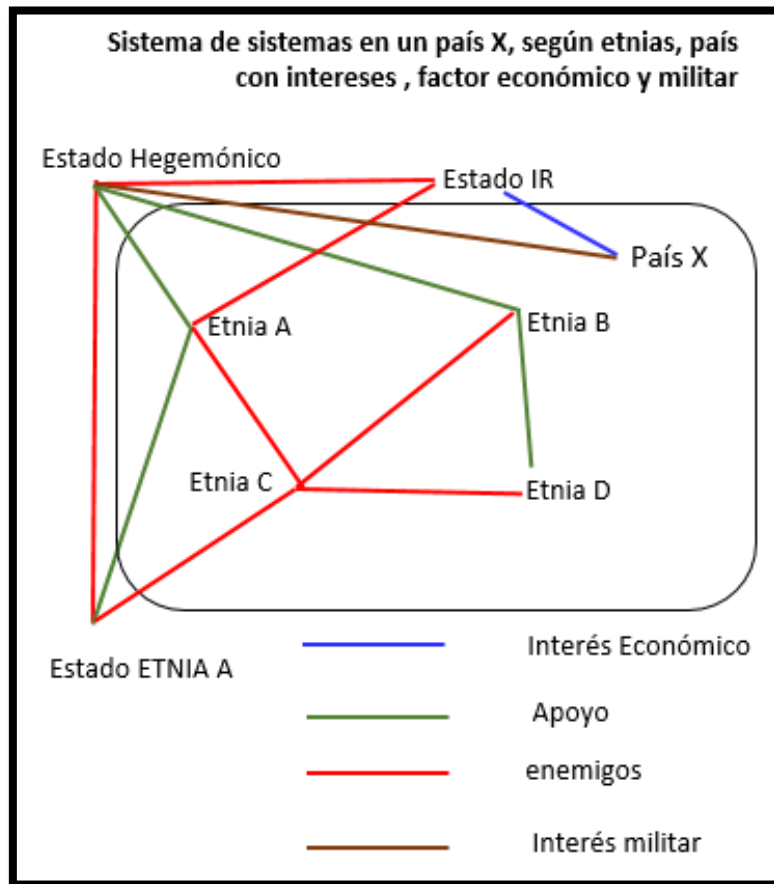


Ilustración 4: Relación de los Sistema de sistemas en un país x

Teniendo en cuenta lo anterior, la metodología a utilizar en la tesis doctoral se basará en un análisis de sistemas que forman parte de la complejidad de Afganistán. Inicialmente se utilizará una metodología descriptiva, especialmente en los capítulos que se detallan la historia y las etnias de Afganistán y sus identidades. Aunque la mayor parte de la metodología es descriptiva, durante el estudio se detallan aquellas circunstancias o elementos más significativos que tengan relevancia para las hipótesis de partida y la tesis que se defiende.

En el capítulo 1 se describen los aspectos más importantes de la evolución de la guerra, que es clave para entender la radicalidad y la estrategia militar de la insurgencia y de la situación actual a las puertas de un posible acuerdo de paz.

En el segundo capítulo se detallan los sucesos más relevantes de la historia de Afganistán que son necesarios para comprender la situación actual de hoy en día. Como se argumenta en este capítulo, Afganistán ha sufrido una historia llena de episodios violentos, como invasiones y guerras civiles que han hecho que haya sido imposible el consolidar un Estado estable durante un mínimo periodo de tiempo.

El tercer capítulo se analiza la estrategia americana después del derrocamiento del régimen talibán. Una estrategia que se basó en el mantenimiento de la seguridad en Afganistán, dejando de lado elementos tan importantes como la promoción de la identidad nacional o la participación de las distintas etnias por igual que forman parte del complejo puzle social que es Afganistán.

En el capítulo 4 se describe el estamento político de Afganistán, con especial foco en la Constitución afgana que establece los principios de la política de Afganistán. El sistema jurídico tiene una especial relevancia pues tiene una clara influencia occidental que colisiona con los principios de la interpretación radical de la Sharia y del código ancestral de la etnia dominante en la esfera política de Afganistán: los pastunes. Esta difícil conciliación entre el pasado y sus costumbres con los principios democráticos impuestos por occidente explican la polarización que existe hoy en día en Afganistán que se manifiesta mediante identidades basadas en las etnias que evolucionan a identidades políticas concretas. La existencia de códigos ancestrales, la Sharia y una Constitución al estilo occidental también suponen que se forme un sistema de sistemas en los que cada elemento condiciona a los otros y viceversa.

En el capítulo 4 también se describen las etnias dominantes de Afganistán que han evolucionado de distinta manera a lo largo de la historia, pero que conservan una identidad muy arraigada a una determinada comunidad o grupo. La lucha entre etnias es una constante en Afganistán que explica muchos de los episodios actuales en el país, así como la lucha de poder de las distintas comunidades étnicas. Al final del capítulo 4, además de un análisis descriptivo, se realiza un

análisis cualitativo de los parámetros o indicadores más determinantes que detallan la situación de un país en cuanto a su desarrollo y prosperidad. La consulta de fuentes reconocidas será clave en la metodología descriptiva por lo que se utilizarán principalmente fuentes oficiales detalladas en 2.4.

El último capítulo se analiza las identidades políticas que existen actualmente en Afganistán, como consecuencia de la historia particular del país, su distribución étnica y su reciente historia desde la invasión soviética y posterior americana. Las identidades políticas explican las luchas de poder en Afganistán, el apoyo de actores externos a ciertas etnias, la radicalización de los talibanes y la falta de identidad nacional en todo el país. Este capítulo es clave para responder si es posible una democracia en Afganistán.

En la Ilustración 5 se puede apreciar el resumen de la metodología utilizada en la tesis. En un principio se estudia la evolución del arte de la guerra, que es clave para comprender la estrategia planteada por los talibanes una vez fueros derrocados y la posterior estrategia americana enfocada en la seguridad. Posteriormente se identifican y se describen los hitos históricos más relevantes de la historia de Afganistán; véase la flecha azul en la citada ilustración. Estos hitos históricos son la consecuencia del origen del conflicto; que es por otro lado también la causa principal de la situación actual. La historia proporciona una explicación válida de la degradación en seguridad, vida social, y demás ámbitos en el Afganistán de hoy en día.

El círculo azul del centro de la ilustración representa la situación actual en Afganistán. Para poder comprender la situación actual es clave analizar la estrategia americana en el posconflicto, el estamento político afgano y su Constitución, sus etnias y las identidades políticas que condicionan el difícil proceso de paz en el que se encuentra Afganistán. En este proceso es donde se presentan las ilustraciones de sistemas de sistemas, en el que distintos elementos interaccionan unos con otros. En el lado derecho del gráfico se detallan las posibles soluciones al conflicto teniendo en cuenta todo lo analizado

en esta tesis y las conclusiones a las que se llega. El futuro, ciertamente, son las líneas abiertas a una continuación a esta tesis, que podrían responder a preguntas enfocadas en el devenir de Afganistán.

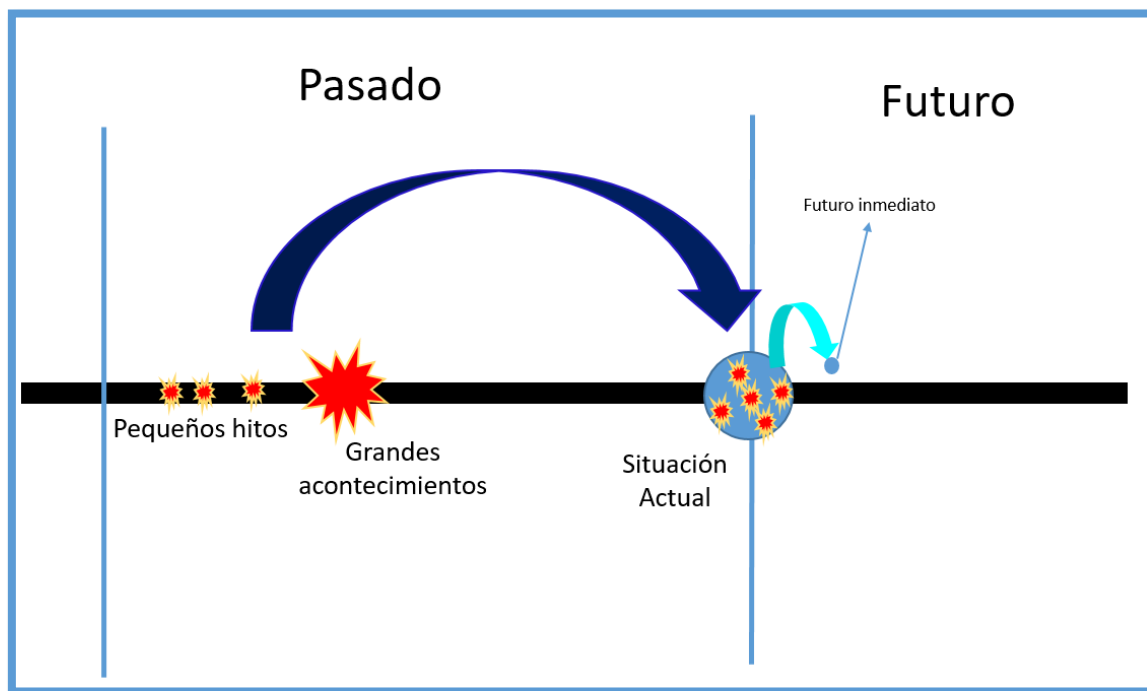


Ilustración 5: Metodología aplicada en la tesis

En la Ilustración 6 se puede observar los capítulos de esta tesis y su enfoque temporal. El capítulo 1 y 2 se enfocan en el pasado de Afganistán, desde casi Alejandro Magno, hasta la situación actual. El capítulo 3 estudia la estrategia americana desde el año 2001 hasta casi la actualidad. En capítulo 4 se estudian los gobiernos afganos más modernos, especialmente desde la caída del régimen talibán. Por último, el capítulo 5 se basa en el presente y en un posible futuro cercano de las identidades de Afganistán.

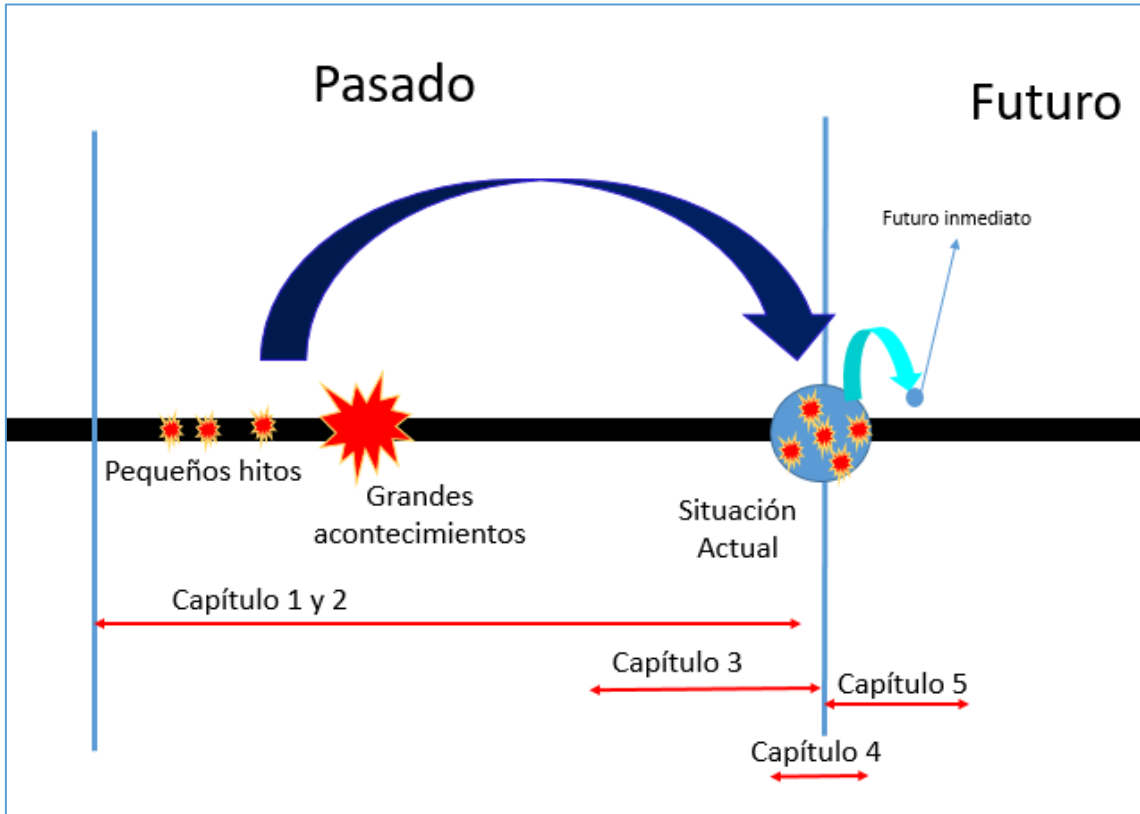


Ilustración 6: Metodología según los capítulos de la tesis

INTRODUCCIÓN

Las conversaciones de paz con los talibanes, anunciadas en febrero de 2019, han traído a Afganistán al foco de la actualidad mundial. Si los talibanes vuelven al poder mediante un posible acuerdo de paz, la comunidad internacional sellaría la consecución de sus objetivos políticos por medio de años de guerra asimétrica en el que miles de afganos, civiles y militares, han sido víctimas de ataques terroristas, atentados, persecuciones, violaciones de los derechos humanos fundamentales, etc. Actualmente, Afganistán es el país más azotado por el terrorismo del mundo, que además de miles de muertes, tanto de civiles como de miembros de las fuerzas de seguridad, supone alrededor de un 40% de pérdida de PIB anual.

El 11 de septiembre de 2001 la historia cambio para siempre; el centro comercial más célebre del planeta era atacado. Las torres gemelas en Nueva York, en pleno centro de Manhattan, se derrumbaban una detrás de otra; el mundo se paralizaba y una gran incertidumbre invadía la humanidad. La destrucción del World Trade Center, los daños al Pentágono, y la muerte de casi 3.000 ciudadanos estadounidenses, no podían quedarse sin una respuesta del Estado más poderoso del planeta. Se presagiaba una guerra que podía marcar un hito en la geopolítica mundial, y así fue. Recuperando las palabras de Vladimir Putin referente a la caída de la unión Soviética del siglo XX, Afganistán promete ser el acontecimiento geopolítico más significativo de la actualidad.

Uno de los terroristas más buscados del momento, Osama Bin Laden, sorprendía a los servicios de inteligencia americanos y de todo el mundo con la ejecución casi perfecta de un ataque planeado durante meses y que apenas había costado doscientos mil euros. Para huir de la justicia americana, el jefe de la operación se refugiaba en Afganistán, recibiendo la ayuda de un gobierno que hasta entonces era casi desconocido en el ámbito internacional: el régimen talibán. Como consecuencia del ataque, Estados Unidos (EE. UU) invadía Afganistán bajo el pretexto que el presidente de entonces, George Bush, denominó como la

guerra contra el terror (“war against terror”, por su traducción al inglés). Una guerra que dura hasta hoy en día, y en la que existe una posibilidad no remota de un acuerdo de paz entre todas las partes, talibanes incluidos.

A juzgar por la destreza con la que los EE. UU derrocaron al gobierno talibán, la posterior fase de estabilización auspiciaba ser “un paseo militar”. La derrota militar de los talibanes fue tan rápida y efectiva que numerosos académicos sugerían que la guerra de Afganistán había supuesto un nuevo modelo en el arte de la guerra: “the afghan model”; un modelo basado en la coordinación entre tropas terrestres indígenas afganas y el poder aéreo americano. Un modelo en el que no hizo falta un despliegue de tropas como el de las dos guerras anteriores del golfo. Sin embargo, la superioridad del ejército americano no supuso una fácil y victoriosa fase de estabilización y reconstrucción del país afgano; más bien la fase del posconflicto ha sido todo lo contrario, una trágica fase en la que la población ha sufrido las mayores consecuencias. Basada en una aproximación casi exclusivamente militar, la estrategia americana y occidental se focalizó esencialmente en potenciar la seguridad del país e implementar una democracia con tintes occidentales, basada ésta en un gobierno centralizado en Kabul, sin tener en cuenta las miles de particularidades de Afganistán, fundamentalmente la división étnica y tribal. La división étnica afgana es una de las características que más dividen a la política del país, en la que la etnia configura la política y no al contrario.

En los últimos años se ha prestado mucha atención a ciertas identidades colectivas: raza, etnia, nacionalidad, religión, género, sexualidad, etc. Existen numerosa literatura que estudian el fenómeno de las identidades y sus efectos en las distintas sociedades y culturas de todo el mundo. Este tipo de identidades se basan en el reconocimiento por la sociedad y el respeto hacia una forma de pensar y vivir de un grupo de personas a las que se les puede llamar comunidad.

Como se discute en 4.4 y visitando a Samuel Philips Huntington, la historia humana es la historia de las civilizaciones que “han proporcionado a las personas

sus identificaciones más amplias” (Huntington, 1993). Como consecuencia de ello, las causas, y las influencias de las civilizaciones son claves para entender las identidades de las distintas zonas del mundo; entre ellas Afganistán. En un nivel muy por debajo de las civilizaciones, las comunidades basadas en las etnias tienen una especial relevancia en determinados países del mundo, como sucede en la mayoría de países africanos y asiáticos. Las etnias potencian su influencia en Afganistán creando lazos comunes y definiendo sus relaciones con otras personas que pertenecen al mismo grupo (Friese, 2002)

En Afganistán, más que en cualquier otra parte del mundo, y debido a su historia sangrienta de revanchas entre etnias, el concepto de identidad y reconocimiento tiene una gran preeminencia. Cualquier etnia, por pacífica y ética que sea, busca un reconocimiento en la sociedad, lo cual no es otra cosa que una afirmación de su particularidad, de su identidad única y su diferenciación respecto a otras etnias. La diversidad de Afganistán en cuanto a etnias supone que sea un país muy heterogéneo en ese sentido. La etnia, la lengua, la religión y la cultura son elementos que definen el confuso concepto de nación; si existe mucha diversidad es muy complejo que se articule un concepto fuerte de nación. Como apunta Carl Schmitt: “Todo antagonismo u oposición religiosa, moral, económica, étnica o de cualquier clases se transforma en oposición política en cuanto gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y enemigos (Schmitt). Esta agrupación de “amigos y enemigos” es una característica de Afganistán; especialmente por la división étnica.

En Afganistán, se estima que la población pastún es de un 42%, la tayika un 27%, la hazara un 9%, la uzbeki un 9%, la turcomana un 3%, la baluchi un 2% y otros grupos que constituyen el 8% restante. Aunque no con tanta relevancia como la diversidad étnica, en Afganistán existen dos Idiomas principales: el dari (dialecto farsi, que lo habla el 50% de la población) y el pashtu (35% de la población). Además en Afganistán también se hablan distintos idiomas turcos (principalmente uzbeko y turcomano) y otros idiomas minoritarios como Aimaq, Ashkun, Baluchi, Gujari, Hazaragi, Kazaki y Moghili, Pashai, Nuristani y Pamiri

(alsana). Esta variedad étnica supone que sea muy complejo establecer un sistema político que represente a todas ellas y que no discrimine a ninguna en particular.

En general, la vida política del Afganistán siempre ha estado dominada por la etnia de los pastunes, que es común a la de la mayoría de talibanes. Los talibanes se consideran a ellos mismos como los verdaderos y legítimos gobernadores de Afganistán, pese a que fueron derrocados por el ejército americano y la Alianza del Norte en 2001. Posterior a su derroque, los talibanes han plasmado una gran maestría en el arte de la guerra asimétrica que, discutiblemente, les ha llevado a conseguir sus objetivos políticos. A pesar de que la guerra asimétrica pueda parecer un “invento” reciente, su ejecución data de años atrás.

La aparición de nuevas formas de “hacer la guerra” ha experimentado una notable evolución. Si bien “la guerra es una continuación de la política por otros medios” y este postulado, como argumenta Clausewitz, es invariable; la “manera” de hacer la guerra ha variado continuamente, especialmente en los últimos años. Recientemente se ha empezado a hablar de la *asimetría* en el conflicto, distinguiéndose entre un bando fuerte y un bando débil. El débil, para hacer frente al fuerte ha experimentado nuevas formas de “hacer la guerra” que huyen del combate tradicional. Los *medios* han cambiado, pero el problema es dilucidar si estos progresos han afectado también a los *modos* de hacer la guerra. Así, existe un profundo debate sobre si las llamadas nuevas guerras que argumenta Mary Kaldor son realmente nuevas o si, por el contrario, se trata una vuelta a las clásicas estrategias revolucionarias adornadas de postmodernidad. El uso del término 'nuevas guerras' Mary Kaldor lo justifica para hacer hincapié en que los enfoques del pasado ya no son válidos; las nuevas guerras tienen una lógica propia y diferente a las “guerras antiguas”.

El arte de la guerra, entendido como la manera de manejarlas y conducir los ejércitos, ha tenido una constante evolución, debido al ritmo frenético del

desarrollo tecnológico que empezó durante el período conocido como la Revolución Industrial, y más recientemente en la era nuclear y de la información; esta última muy en relación con el ámbito cognitivo y las redes sociales. Para “llegar a la mente del enemigo” ya no es necesario invadir un país, pues el ciberespacio ha roto fronteras.

En las guerras pre modernas los objetivos políticos eran también distintos, pues se buscaba la derrota completa del enemigo; entonces eran muy comunes escenarios de *guerra total* entre dos oponentes bien diferenciados, pero que tenían modelos estratégicos análogos. Contrariamente, en la guerra asimétrica, como se detalla en el capítulo 1, los objetivos no son la destrucción total del enemigo, sino mucho más específicos y elaborados; por lo que, por lógica consecuencia, las herramientas empleadas también son distintas. Los objetivos de la Rusia actual respecto a Europa difieren notablemente respecto a los de la entonces Unión soviética de Stalin, por ejemplo.

Las guerras asimétricas se caracterizan por combates muy largos en el tiempo, lo que en la mayoría de los casos suponen un agotamiento de uno de los bandos, normalmente el más poderoso. Rescatando al tratadista chino Sun Tzu, acierta cuando afirma que “ningún país se ha beneficiado nunca de una guerra prolongada”; es evidente que esta afirmación de Tzu es aplicable a las dos invasiones de Afganistán por parte de la Unión Soviética y los Estados Unidos. Debido a su prolongación en el tiempo las guerras asimétricas también se caracterizan por un gran número de muertos; ejemplo de ello son la guerra de Afganistán e Irak. Estas guerras se caracterizan por la dificultad de diferenciar entre combatiente o personal civil y la dificultad de dejar a la población de lado durante las campañas más violentas. En Afganistán, por ejemplo, el número de muertes civiles en los últimos diez años supera las 100. 000 víctimas. Este tipo de guerra asimétrica es clave para entender la complejidad del proceso de paz sin tener en cuenta a los talibanes, que no cesaran en su estrategia asimétrica hasta conseguir sus objetivos políticos; uno de ellos es, claramente, estar en la mesa de negociación del acuerdo de paz. Unos talibanes que empezaron a

alcanzar su maestría con la invasión de la Unión soviética en 1979 y su posterior retirada diez años más tarde.

El 24 de diciembre de 1979, un gran número de fuerzas aerotransportadas soviéticas invadían Afganistán. Una abrumadora mayoría de afganos se opuso al régimen comunista, ya fuese de forma activa o pasiva. Los "muyahidín" afganos (persona que hace el yihad) hicieron casi imposible que el régimen comunista mantuviera un sistema de gobierno local fuera de los principales centros urbanos. Al principio de su resistencia, los muyahidines se encontraban mal armados, pero en 1984 comenzaron a recibir una ayuda sustancial en forma de armas y entrenamiento de los Estados Unidos y otras potencias externas. Afganistán se convertía entonces como el centro de la lucha de dos imperios; la anterior rivalidad Británico-rusa pasaba a dar el relevo a la competición entre dos potencias que se repartían el mundo en plena guerra fría: la Unión Soviética y los Estados Unidos. Paradójicamente, los Estados Unidos estaban entrenando a quienes posteriormente serían sus mayores enemigos durante la invasión americana del 2001.

Entre 1979 y la retirada soviética de 1989 se perdieron unas 14.500 vidas soviéticas y una estimación de un millón de ciudadanos afganos. En las posteriores conversaciones de paz, los muyahidines no fueron parte de las negociaciones hasta que se alcanzó un acuerdo de paz en 1988. En consecuencia, y hasta ese momento, los muyahidines se negaron a aceptar los términos de las negociaciones. Esto fue un grave error que, como resultado, supuso que el enfrentamiento con los soviéticos derivase en una guerra civil, que continuó muchos años después hasta la llegada de los talibanes al poder. Contrariamente a un esperado proceso de paz con la "derrota soviética", la polaridad en Afganistán se intensificó. Los muyahidines que habían luchado ferozmente contra el imperio soviético sentían que no se les daba su "merecido" reconocimiento de años de resistencia y pérdida de vidas en su lucha o la yihad. El reconocimiento platónico del guerrero, el thymós, no se manifestaba en el lado

de los muyahidines que, en cierta medida, se sentían poco valorados a pesar de ser un elemento clave en la caída del régimen comunista.

Después de la retirada de la URSS, la situación seguía siendo muy caótica en Afganistán. A finales de 1994, una fuerza llamada Talibán, compuesta principalmente por refugiados pastunes y muyahidines que lucharon contra el Ejército Rojo, pasó a un primer plano en la geopolítica de Afganistán. Inicialmente, muchos afganos dieron la bienvenida a los talibanes como una fuerza para unir el país y acabar con décadas de enfrentamientos sangrientos entre los distintos grupos tribales; sin embargo, muy pronto el ciudadano afgano se daría cuenta del régimen tan fundamentalista y sangriento que querían implementar los talibanes.

Los talibanes intentaron promover una identidad nacional basada en una interpretación radical de la Sharia y en un fundamentalismo islámico muy conservador. Así, relativamente pronto perdieron esa inicial buena acogida. Para conseguir una identidad nacional homogénea era necesario mantenerse firme en los principios más severos de la Sharia y los talibanes eran el grupo idóneo para lograr ese objetivo. Aunque a los ojos de un occidental pudiera parecer un imposible, el islam se había mantenido en Afganistán durante siglos a pesar de invasiones de imperios de otras culturas; por lo tanto, para los talibanes el islam podía utilizarse como una herramienta para unificar un país y dotarle de una identidad nacional.

El 27 de septiembre de 1996, después de múltiples ataques intensos y sangrientos en Kabul, los talibanes se apoderaron de la capital y expulsaron a los miembros del gobierno afgano. A principios de 1997, los talibanes habían ganado el control de aproximadamente el 90 por ciento del Estado afgano. El nombre del país se cambió oficialmente a Estado Islámico de Afganistán y también se cambió la bandera. Los símbolos más importantes del Estado tomaban una forma que daba una identidad especial al nuevo país afgano. Los talibanes consolidaron constantemente el control sobre Afganistán a lo largo de

1998 y principios de 1999. En marzo de 1999, las fuerzas talibanes capturaron el área de Dara-e-Soof en la provincia norteña de Samangon, que estaban en manos de las fuerzas de oposición dirigidas por el tayiko Ahmad Shah Massoud, jefe de la Alianza del Norte y líder indiscutible de la resistencia.

La palabra identidad tiene una especial relevancia en esta tesis. Además del concepto de identidad, es capital entender el significado de identidad política. La identidad política está muy relacionada con la propia identidad de un individuo o comunidad, pero existe un matiz que contextualiza la segunda respecto a la primera. Por identidad se puede entender como aquellas características físicas o de personalidad que identifican a un individuo o que lo hace diferente de otros individuos. Para que un individuo tenga una identidad determinada tiene que poseer ciertas creencias, lengua, raza u otro elemento característico que lo distinguen o lo hagan distinto a otras personas o comunidades. En el caso de que exista una cierta homogeneidad en los individuos de un cierto grupo, este grupo también tiene una identidad común característica y, en cierto modo, particular. Por ejemplo, la etnia de un determinado grupo puede ser un factor para dotarles de identidad si existen otros grupos próximos a éste que son de otra etnia. Así, en Afganistán, los pastunes tienen una identidad diferente a los hazara, tayikos, uzbekos, etc. La etnia en Afganistán es un elemento clave porque supone que existan comunidades amplias que tienen una determinada identidad.

La política de identidad empezó a tomar relevancia durante la segunda mitad del siglo XIX y tiene un gran protagonismo en esta tesis. La política de identidad se basa en búsqueda de reconocimiento de un determinado grupo como una comunidad particular que influye en la política de una comunidad e incluso de un Estado. Este grupo o comunidad busca diferenciarse significativamente de otros grupos, normalmente porque sus miembros comparten una historia de injusticia y agravio. Cuando un grupo tiene una identidad política, su objetivo es explorar, actuar y buscar unos objetivos políticos que beneficien a la identidad de su grupo. En los últimos tiempos, numerosos grupos con una determinada identidad la han transformado en identidad política, al reclamar un cierto reconocimiento y

derechos políticos en la sociedad. Por ejemplo: el movimiento LGTBI, el Black Lives Matter, el feminismo, etc., han influido notablemente en la política de numerosos Estados. En Afganistán, debido a la singularidad étnica del país, los distintos grupos étnicos más significativos también han demandado su identidad política. En este sentido, la identidad política era una de las claves para tener éxito durante el periodo pos talibán. Sin embargo, en lugar de focalizar los esfuerzos en la identidad política de los distintos grupos de Afganistán, la estrategia americana se basó principalmente en la seguridad.

La estrategia americana, liderada por el ejército estadounidense, fue variando a lo largo del desarrollo del conflicto; sin embargo, su mayor obsesión estuvo siempre dentro del campo de la seguridad, dejando la reconstrucción política y de identidad nacional a un lado. Aunque muy probablemente el planeamiento actual de la estrategia estaría más dirigida hacia un enfoque más integral, en la que intervinieran más instrumentos de poder que sólo el militar, durante el conflicto de Afganistán se careció de una coordinación eficiente de los mecanismos y de las organizaciones que participaban en la reconstrucción. Consecuentemente, como se argumenta en el capítulo tercero, el enfoque basado en el instrumento militar fue una calamidad cuyas consecuencias duran todavía.

El presidente George W. Bush dio a conocer la estrategia de reconstrucción de Afganistán en un discurso en el Instituto Militar de Virginia una vez que el régimen talibán había sido derrocado: "Debemos ayudar a construir un Afganistán que esté libre de este mal y sea un lugar mejor para vivir, estamos trabajando dentro de las mejores tradiciones de George Marshall". Sin embargo, el escenario afgano era mucho más complejo que el europeo pos Segunda Guerra Mundial; un escenario para el que las fuerzas armadas americanas no estaban preparadas, ni tampoco la OTAN. Haciendo honor a su fama de "la tumba de los imperios, Afganistán fue una auténtica pesadilla para las sucesivas administraciones americanas que en ningún momento pudieron consolidar la paz.

INTRODUCCIÓN

La guerra es la base de la cultura del estamento militar; es la "*raison d'être*" de los ejércitos de cualquier parte del mundo. En el caso de los Estados Unidos, al igual que cualquier ejército occidental, es una organización diseñada para actuar en materia de defensa y seguridad mediante el uso de la fuerza si esta es necesaria. En la historia de la humanidad nunca ha existido un ejército que se prepare para el posconflicto en una determinada guerra; sus miembros no se preparan para que hagan de profesores, diplomáticos o bomberos que es lo que hace falta en el pos conflicto. Esa no es su "*raison d'être*".

En el caso de Afganistán, los soldados americanos siguieron los procedimientos de sus manuales militares y del entrenamiento que habían recibido, que no estuvo diseñado, lógicamente con el posconflicto fuera de lo que es el ámbito militar. La ejecución, desde un punto de vista militar, fue todo un éxito. En apenas tres semanas el régimen talibán había caído sin apenas bajas en el lado aliado contra el régimen talibán. Sin embargo, la operación, desde un punto de vista del pos conflicto, fue un fracaso.

La Operación Libertad Duradera entró en fase de ejecución en octubre de 2001; la maquinaria militar americana entraba en escena con el objetivo de derrocar al régimen talibán dentro de la estrategia contra "el terror". En la invasión se desplegaron equipos de la CIA y de las Fuerzas Especiales para identificar objetivos militares que posteriormente serían batidos por la Fuerza Aérea de los EE. UU. en coordinación con la alianza del Norte. El secretario de Defensa Donald Rumsfeld dejó en claro que a las fuerzas armadas estadounidenses no les interesaba "ir con grandes fuerzas convencionales" (Geoffrey Wawro, 2010). Por ello, Estados Unidos adoptó una estrategia que implicaba una mínima inversión de presencia militar para obtener la máxima recompensa, como así sucedió.

La eliminación de los talibanes y la captura de Osama bin Laden y otros miembros de la dirección de Al Qaeda fueron los objetivos principales de la estrategia militar americana. George Tenet, el entonces director de la CIA,

resumía la estrategia inicial americana: "No estamos invadiendo... no estamos ocupando, el Mullah Omar traicionó al pueblo afgano. Dejó entrar a estos forasteros. Ese es el problema". Con una estrategia basada en la seguridad, era de prever que el estamento militar liderara la campaña.

En las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, paradójicamente, el estamento militar tenía el poder de desestimar las reservas o desacuerdos con las agencias civiles; lo que confirmaba la prevalencia de una estrategia militar frente a cualquier otra. Los funcionarios del Pentágono abogaron por soluciones orientadas al combate, pero ignoraron los problemas políticos de Afganistán, la corrupción rampante, sus problemas entre etnias, etc. Básicamente, la estrategia planteada era muy simple: una vez derrocado el régimen talibán, la democracia vendría después. Sólo hacía falta convocar unas elecciones generales y el gobierno afgano constitucional estaría legitimado para la reconstrucción del país bajo el amparo de occidente.

En noviembre de 2004 Karzai era proclamado vencedor de las elecciones generales de Afganistán con un 55,4% de los votos dentro de un gobierno de coalición; se abría un periodo de esperanza en el país afgano. El entonces Subsecretario General de Operaciones de Mantenimiento de la Paz, Hedi Annabi, declaraba que "las elecciones, aunque no perfectas, fueron un buen augurio para la transición de los afganos hacia la democracia (Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, 2004)." Sin embargo, esa más que discutida legitimidad no bastaba por sí sola. Era fundamental que se aceleraran los procesos de reconstrucción y de creación de instituciones de Estado que pudieran garantizar la seguridad, implementar la gobernanza y sentar una base fiable para el desarrollo del país. Todo esto no ocurrió en Afganistán durante las casi dos décadas de conflicto; lo que ha supuesto que el país esté sumergido en una grave crisis social y humanitaria.

A pesar del esfuerzo y del capital invertido, los ciudadanos afganos siguen sufriendo las consecuencias de una débil y superficial misión de reconstrucción

de Afganistán en el posconflicto. Una misión que se podría calificar como fracaso a pesar de las ingentes cantidades de dinero y de personal invertidos, especialmente por parte de Estados Unidos. En octubre de 2020, Afganistán se encuentra entre los países con un menor índice de paz, con una corrupción descontrolada, un gobierno incapaz de frenar atentados terroristas que se suceden casi a diario y un futuro extremadamente incierto en el que existe una invitación a los talibanes a unirse a la mesa de negociación para poner fin a años de violencia. Paradójicamente, la percepción popular del Estado afgano ha ido degradándose desde la categoría de un elemento imprescindible para la paz hasta la de obstáculo más execrable, infame y fastidioso para el progreso de sus ciudadanos. En resumen, la aproximación al pos conflicto en Afganistán ha estado repleta de errores que pueden suponer un desenlace en un Estado fallido que se transforme en un lugar de reclutamiento de terroristas y un grave problema para la seguridad mundial.

En el decimoctavo año de la guerra, y en su quinto año de ser responsable de asegurar su propio país, las fuerzas y cuerpos de seguridad afganos siguen enfrentándose a importantes desafíos para controlar el territorio y defender los centros de población; mientras que los talibanes siguen disputando distritos y llevando a cabo ataques suicidas en las principales ciudades. Según estimaciones oficiales del gobierno de EE. UU., a fecha de 2019, solo el 53,8 por ciento de los distritos afganos está bajo control o influencia del gobierno; el 33,9 por ciento en disputa entre el propio gobierno y los talibanes y el 12,3 por ciento restante bajo control o influencia casi total de los talibanes. Las fuerzas de seguridad sufriendo numerosas bajas y, según estimaciones de funcionarios afganos, se estima que durante varios meses de 2018 murieron entre treinta y cuarenta miembros de las fuerzas de seguridad afganas cada día. Si bien en 2019 se registró un ligero descenso en cuanto a muertes totales derivadas de la guerra, con 3.403 civiles muertos y 6.989 heridos, las bajas civiles superaron las 10.000 personas por sexto año consecutivo; lo que elevó el total de víctimas civiles documentadas por la ONU desde 2010 a más de 100.000 ciudadanos.

Considerando los datos anteriormente esbozados, es fácil de entender que las últimas décadas de guerra y desorden hayan tenido un impacto devastador en el pueblo afgano. Millones de personas han muerto, millones más se han visto obligados a huir de sus hogares y la infraestructura del país prácticamente ha sido destruida. El tejido social del país está fragmentado y las instituciones estatales son poco estructuradas y frágiles. Se ha escrito mucho sobre la guerra en Afganistán y la narrativa básica del conflicto, de una forma u otra, se ha repetido en innumerables libros, artículos académicos y noticias. No obstante, por regla general, las voces de los ciudadanos afganos están ausentes en estos relatos y, sin embargo, es el pueblo afgano el más afectado por la violencia. Los talibanes, que emergieron del caos de la guerra civil, rápidamente capturaron territorio y prometieron seguridad a una población cansada de la guerra. En cambio, sus políticas represivas dieron como resultado un aumento de la pobreza, abusos generalizados de los derechos humanos, persecución étnica, asesinatos, y desplazamientos continuos y movimientos de refugiados hacia Paquistán, Irán y otros países vecinos.

Existen numerosos testimonios recogidos por la misión de Naciones Unidas en Afganistán (UNAMA) que demuestran una radicalidad y falta de moral rampante por parte de numerosos miembros de los talibanes. En agosto de 2019, por ejemplo, un ataque suicida “marca talibán” resultó en más de 91 personas muertas mientras celebraban una boda en Kabul. En 2019, la UNAMA documentó 460 víctimas infantiles (61 muertos y 399 heridos) de ataques suicidas; lo que supone un aumento del 67% en comparación con 2018. La violación y otras formas de violencia sexual contra niños y niñas son transgresiones graves del derecho internacional de los derechos humanos y representan graves infracciones de las normas humanitarias internacionales; sin embargo, estos hechos son el día a día en Afganistán y la mayoría se desenlaza sin un juicio justo. Existen cada vez más casos documentados de venta de mujeres a comandantes talibanes como si fueran mercancía al uso que, en algunos casos, son vendidas incluso por sus mismos familiares.

INTRODUCCIÓN

Tomando como referencia noviembre 2020, más de 157.000 personas han muerto en la guerra afgana desde 2001. Concretamente, más de 43.000 civiles han muerto, y en 2018 había casi 2,5 millones de refugiados afganos en todo el mundo, según la agencia de la ONU para los refugiados. Más de 2.400 estadounidenses han muerto y otros 20.000 han resultado heridos en las casi dos décadas que dura el conflicto. Como consecuencia de la participación de la Alianza, más de 1.100 soldados de la OTAN han muerto durante las misiones ISAF y Resolute Support. Los analistas estiman que alrededor de 45.000 soldados y policías afganos murieron en los últimos cinco años del conflicto. En el lado económico, se calcula que la guerra ha costado a los Estados Unidos alrededor de 2 billones de dólares, incluido el dinero usado en la lucha contra los narcóticos, el invertido en proyectos de desarrollo y en apoyo a las fuerzas de seguridad afganas.

Por si fuera poco el número total de muertes desde que comenzó la guerra, los talibanes también gozan de cierta ayuda internacional, principalmente de su vecino paquistaní y de parte de Arabia Saudí. Paquistán ha concedido refugio a los talibanes durante años y su servicio de inteligencia, ha proporcionado experiencia militar y asistencia para la obtención de información muy valiosa. Expertos aseguran que Paquistán anhela un gobierno afgano que incluya a los talibanes, que probablemente será más amigable con Islamabad que con Nueva Delhi. De hecho, funcionarios y políticos de Islamabad han temido durante mucho tiempo que su rival paquistaní, la India, ganara influencia en Afganistán.

Contraria a la postura de Paquistán, como no podía ser de otra manera, Nueva Delhi es un firme partidario del gobierno afgano y ha donado 3 mil millones para desarrollar infraestructura y potenciar negocios en Afganistán desde 2001. Sus principales objetivos son minimizar la influencia de Paquistán y evitar que Afganistán se convierta en un refugio seguro para militantes con una clara postura contraria a los intereses y seguridad de la India. Por ello, el gobierno indio no respaldó los esfuerzos de Estados Unidos para llegar a un acuerdo con los talibanes y no estuvo de acuerdo con legitimar al grupo como actor político.

Esta postura anti-talibán es ciertamente compartida por Irán, con lo que el escenario internacional cada vez se complica más y más.

El interés geopolítico y estratégico de Afganistán no ha dejado indiferente a las grandes potencias hegemónicas. Cualquier movimiento en falso para los intereses de Irán, China, Rusia y Estados Unidos podría modificar la balanza de poder en Asia; una región del mundo que, según numerosos expertos, será el centro económico en las próximas décadas. Ya sean por intereses de seguridad, como es el caso de Irán, o por económicos y comerciales, como es el caso de China, Afganistán es un país que despierta los intereses de las grandes potencias mundiales. Un Afganistán estable, próspero y alejado del terrorismo es, como lógica consecuencia, un interés de las grandes potencias mundiales.

Irán, de mayoría chiita, ha visto durante mucho tiempo a los talibanes, un grupo sunita, como un enemigo; especialmente porque ha recibido el apoyo de sus rivales iraníes como Paquistán, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos. Irán aceptó que Estados Unidos derrocaran a los talibanes en 2001 y ha apoyado al gobierno afgano desde entonces. Sin embargo, los líderes iraníes reconocen que los talibanes seguirán manteniendo poder e influencia en Afganistán, por lo que han comenzado a trabajar para mejorar las relaciones con ellos. El tráfico de drogas desde Afganistán a través de Irán y la adicción al opio en Irán son problemas en la relación de los dos países que pueden suponer un desafío para la seguridad iraní.

China y Rusia son dos actores geopolíticos que también tienen intereses en Afganistán. Moscú espera reavivar los lazos con Afganistán que estaban desgastados cuando se retiró del país en 1989 tras su ocupación durante una década. Los expertos argumentan que Rusia quiere asumir un papel de liderazgo en el proceso de paz y aumentar su influencia en Afganistán para contrarrestar la presencia de Estados Unidos y la OTAN en la región. De hecho, el Kremlin ha acogido varias reuniones entre delegaciones de los talibanes y representantes afganos durante el año pasado. China, por otro lado, también tiene intereses en

Afganistán. Los intereses del gigante asiático en Afganistán son principalmente económicos, ya que espera integrarlo en la Iniciativa “Belt and Road”: una colección de proyectos de desarrollo e inversión que recuerdan a la antigua ruta de la seda y que es una apuesta económica de dimensiones formidables. China es la mayor fuente de inversión extranjera del país y está interesada en aprovechar los vastos recursos naturales de Afganistán. Además, a Beijing le preocupa que los terroristas puedan usar Afganistán para establecer vínculos dentro de China. A fines de 2019, funcionarios afganos y talibanes asistieron a una conferencia en Beijing, y los líderes chinos apoyaron un acuerdo entre Estados Unidos y los talibanes para acabar con la guerra.

Expertos y académicos argumentan que los talibanes son más fuertes ahora que en cualquier otro momento en la memoria reciente; controlan docenas de distritos afganos y continúan lanzando ataques contra objetivos gubernamentales y civiles casi a diario. El reciente acuerdo firmado por la administración del presidente de Estados Unidos, Donald J. Trump, y los talibanes a principios de 2020, podría marcar una nueva etapa para el grupo militante, ya que muy probablemente tenga un papel líder en las negociaciones sobre el futuro de Afganistán. A pesar de las posibles buenas noticias, algunos expertos enfatizan que el acuerdo entre los Estados Unidos y los líderes talibanes es solo el primer paso para lograr una paz duradera. El mayor desafío, argumentan, será negociar un acuerdo entre el grupo fundamentalista islamista y el gobierno afgano sobre el futuro de Afganistán. Muchos afganos, agotados por una guerra que ha matado a miles de personas y obligado a millones a huir como refugiados, temen que la retirada de Estados Unidos pueda desencadenar un nuevo conflicto y, finalmente, permitir que los talibanes recuperen el control.

Tras nueve rondas de debates sin éxito plausible, los negociadores firmaron un acuerdo de paz en febrero de 2020 que aborda un alto el fuego en el que los negociadores acordaron una reducción temporal de la violencia y una retirada de fuerzas militares extranjeras, en las que Estados Unidos acordó reducir su número de tropas de aproximadamente 12.000 a 8.600 en 135 días. Si los

talibanes cumplen sus compromisos, todas las tropas estadounidenses y extranjeras abandonarán Afganistán en catorce meses.

Recientemente, el líder talibán Sirajuddin Haqqani ha escrito un artículo de opinión del New York Times, en el que afirma lo siguiente: “Si podemos llegar a un acuerdo con un enemigo extranjero, debemos ser capaces de resolver los desacuerdos intra-afganos a través de conversaciones; y garantías contra el terrorismo, que busca detener las actividades terroristas en el país, incluso por parte de Al Qaeda y el autoproclamado Estado Islámico”. Como parte del acuerdo, los talibanes garantizaron que Afganistán no será utilizado por ningún grupo terrorista que pueda amenazar la seguridad de Estados Unidos y sus aliados.

La implementación de un sistema de gobierno basado en principios democráticos y de buena gobernanza se torna un proceso complejo a raíz de los últimos acontecimientos sucedidos en Afganistán. Las elecciones de 2019 afganas se vieron empañadas por incontables problemas: solo 1.8 millones de los 9 millones de votantes registrados acudieron a las urnas; numerosos colegios electorales fueron atacados por talibanes y los resultados de las elecciones no se publicaron hasta meses después. Cuando el actual presidente Ashraf Ghani fue anunciado como el ganador, su rival, el presidente ejecutivo Abdullah Abdullah, cuestionó los resultados y afirmó que formaría su propio gobierno. Al mismo tiempo, los expertos aseguran que los talibanes cuentan en sus filas con aproximadamente sesenta mil combatientes que controlan muchos distritos en todo el país y continúan lanzando potentes ataques, incluso en Kabul y en las bases de seguridad afganas. Además de lo anterior, los talibanes tienen suculentos beneficios del cultivo de la adormidera y del tráfico ilegal de drogas, circunstancias que plantean más problemas al proceso de paz. A algunos analistas también les preocupa que los combatientes talibanes más radicales no acaten un acuerdo de paz y que prefieran continuar con la lucha armada para “solucionar” el conflicto.

Los países fronterizos con Afganistán, incluido Paquistán, que sirve como base de operaciones y campo de entrenamiento para líderes talibanes, podrían sentirse excluidos de las conversaciones y bloquear o poner trabas al acuerdo de paz. Además, la amenaza del terrorismo sigue presente, con más de veinte grupos terroristas operando dentro del país, según funcionarios afganos. Muchos de los grupos están alineados con los talibanes o al-Qaeda, y un posible resurgimiento del Estado Islámico es un motivo de preocupación de la comunidad internacional, teniendo en cuenta lo sucedido en Iraq unos años atrás.

Después de casi dos décadas de guerra, las fuerzas afganas de seguridad siguen sin controlar efectivamente su territorio; mientras tanto, los talibanes siguen aumentando su influencia y llevando a cabo ataques suicidas en las principales ciudades. Esta situación de inseguridad también afecta a otros ámbitos; como es la economía del país. La comunidad internacional y, principalmente los Estados Unidos, tienen un interés vital en mantener los muchos logros políticos, económicos y de seguridad logrados en Afganistán desde 2001. Sin embargo, un resurgimiento de la insurgencia talibán descontrolada podría convertir nuevamente a Afganistán en un refugio seguro para terroristas y en un Estado fallido. Además, la inestabilidad interna en Afganistán podría tener ramificaciones regionales más grandes, ya que Paquistán, India, Irán y Rusia compiten por la influencia en Kabul.

El escenario de las negociaciones no parece estar en un buen momento; a finales de 2020 los talibanes han reiterado en numerosas ocasiones su intención de matar a todo aquel que colabore con Estados Unidos "siempre que no se arrepientan y acepten un sistema islámico". La identidad política de los talibanes basada en una interpretación radical de la Sharia será una constante en las negociaciones y en su narrativa. Esta narrativa también parece ser un intento de inducir deserciones de las fuerzas de seguridad afganas, cada vez más debilitadas y sin la suficiente voluntad de vencer. Mientras tanto, el poder de negociación del gobierno afgano se ve socavado por las divisiones entre líderes

claves de la nación y de una falta clara de identidad nacional. La rivalidad entre Ghani y el principal negociador afgano, Abdullah Abdullah, es cada vez más grande, una división que los talibanes intentarán explotar en el desarrollo de las negociaciones.

El escenario presente y el futuro de Afganistán están envueltos en un sinfín de incógnitas; con identidades políticas muy encontradas y de compleja solución. Un acuerdo con los talibanes podría ser el inicio de una transición hacia una estabilización del país o, contrariamente, el comienzo de otra guerra civil sangrienta. Una guerra que, evidentemente, sería una clara amenaza para la seguridad internacional y un más que posible refugio para grupos terroristas. Cualquiera que sea la decisión finalmente adoptada, es de común acuerdo entre los expertos que el proceso de paz en Afganistán implementado por la comunidad internacional y liderada por los Estados Unidos no ha sido un éxito. Es evidente que Afganistán no ha tenido, después de dos décadas de misiones internacionales, miles de millones de dólares invertidos, elecciones democráticas y varios gobiernos con distintos presidentes pero muy centralizados, un episodio temporal en el que haya existido una gobernanza que le haya permitido proteger a su población y potenciar una identidad de Estado en todo el país. Por ello, es evidente que Afganistán es todavía un dilema de seguridad para muchos países de la región pero también para occidente.

A pesar de la inversión en capital humano, logístico y económico, después de veinte años la situación es la misma que al principio o incluso más peligrosa. Indudablemente, Afganistán no es el único país en esta situación de crisis política, social y económica. Otros países de la región, como Iraq o Siria están en una situación parecida. Por este motivo, y muchos más, es necesario examinar la estrategia del pos conflicto en Afganistán y sacar las lecciones aprendidas para poder resolver el conflicto latente y que Afganistán no se convierta en un país fallido y refugio de terroristas. Muy probablemente, durante esta investigación se concluya que una estrategia basada principalmente en la seguridad no es suficiente para estabilizar un país tan complejo como Afganistán.

Una estrategia integral en el pos conflicto se debe basar en las particularidades del país, en el que las identidades políticas son claves para entender la situación y enfocar el problema.

Afganistán es un claro ejemplo de choque de civilizaciones que han moldeado su historia y las identidades de sus distintas tribus y etnias. En los últimos años, el intento por democratizar el país mediante un modelo liberal supuso un enfrentamiento de las identidades políticas indígenas con la identidad política occidental. La democracia liberal chocaba de frente con las distintas identidades políticas de Afganistán, formadas a lo largo de los siglos y con un profundo sentido religioso en la interpretación de la política y de cómo se tiene que organizar un Estado.

En el año 1998 el escritor Amin Maalouf, premio Príncipe de Asturias de las Letras, escribía que «todas las matanzas que se han producido en los últimos años, así como la mayoría de los conflictos sangrientos, tienen que ver con complejos y antiquísimos contenciosos de identidad (Maalouf, 2009). En este sentido, también argumenta Luis Velasco que “ a lo largo de las últimas décadas el estudio de la asimilación de las identidades colectivas por parte de los miembros de las sociedades, ya sea de manera individual o gregaria, se ha convertido en un importante campo de estudio en todos los ámbitos de análisis de las ciencias sociales: politólogos, antropólogos, psicólogos e historiadores han identificado en el ámbito de creación de las identidades colectivas el origen de un gran número de conflictos políticos y sociales” (Velasco, 2018)

En Afganistán, el ámbito en el que se mueve una persona es muy pequeño, por lo que su identidad fuera de un determinado grupo es muy limitada. Su identidad se alimenta continuamente como la única realidad que existe, su estrecha comunidad, pues tiene muy poco contacto con el mundo exterior. La existencia de identidades excluyentes y tribales es una constante en países poco desarrollados y globalizados; como es el caso de Afganistán. El Estado no llega a los ciudadanos para que estos tengan una identidad política estatal o un

sentimiento de pertenencia a una nación. Por lo tanto, la identidad política de los ciudadanos está más ligada a una identidad étnica y tribal; no existe una identidad nacional que manifieste una homogeneidad entre las distintas etnias que componen el país afgano y que busquen un futuro compartido. Existen numerosas identidades políticas que, en la mayoría de los casos, buscan maximizarse a consecuencia de otras identidades políticas. El reconocimiento mutuo, como se discutirá en este trabajo, es esencial en la estrategia de reconstrucción de un Estado, especialmente en ciertos lugares en los que existen identidades contrapuestas, como es el caso de Afganistán.

En Afganistán, las distintas etnias principales, pastún, hazara, uzbeka o tayika, se consideran identidades políticas propias, pues cada identidad tiene su propia argumentación en cuanto a su reconocimiento como etnia desfavorecida que merece un reconocimiento de las otras. Este reconocimiento de las etnias como iguales, y de su *thymós* (el deseo del reconocimiento del guerrero según Platón en su libro *la República*), era un aspecto clave en la estrategia de reconstrucción de Afganistán que, sin embargo, nunca se tuvo en cuenta, pues ésta se basó en el fortalecimiento de la seguridad.

Estas aproximaciones basadas en una estrategia que únicamente se centra en las instituciones y, en la mayoría de las ocasiones, al estilo occidental, han sido un fracaso en numerosos casos; Afganistán es uno de ellos. Por ello, existe la necesidad de comprender el lugar de las políticas de identidad en los procesos de construcción del Estado, ya que es una aproximación más integral que aquella que se basa exclusivamente en la seguridad. Tener en cuenta las diferencias de las distintas identidades políticas que existen en un determinado Estado, es básico para comprender la diversidad social en la que los miembros de varios grupos desarrollan una comprensión mutua e integral de los problemas que conciernen a toda la sociedad.

El resultado de las elecciones presidenciales afganas revela dos puntos importantes que enfatizan la relevancia de la identidad política en el contexto de

las etnias. La mayoría de la población, a la hora de ejercer su derecho a voto, muestra más lealtad hacia su respectivo grupo étnico. Esto se debe a que el recuerdo de décadas de guerra y conflicto todavía domina gran parte del pensamiento y la toma de decisiones de la población civil. En tal contexto, votar por su respectivo candidato étnico tiene la ventaja de apoyar a un miembro interno contra un externo (Friese, 2002)

El régimen talibán, con su intento de fortalecer la dominación pastún y crear un Estado islámico, basado en su propia interpretación estricta de la Sharia islámica, intentó reforzar las políticas de identidad de orientación religiosa en Afganistán. Sin embargo, este intento talibán de unir las distintas identidades políticas terminó en fracaso. De hecho, las políticas de identidad étnica y sectaria han seguido siendo una característica dominante de la sociedad y la política de Afganistán en la década posterior a los talibanes.

CAPÍTULO I

1 LA EVOLUCIÓN DE LA GUERRA HACIA UNA GUERRA ASIMÉTRICA E HÍBRIDA

Así que la guerra no sólo es un auténtico camaleón, porque en cada caso concreto modifica en algo su naturaleza, sino que además, en lo que respecta a sus manifestaciones globales, en relación con las tendencias que en ella predominan, es una fantástica trinidad compuesta de la violencia originaria de su elemento, el odio y la enemistad –que han de considerarse un ciego instinto elemental–, del juego de las probabilidades y del azar –que la convierten en una libre actividad del espíritu– y de su naturaleza subordinada de herramienta política, que la hace caer dentro del mero entendimiento”

Car Von Clausewitz, De la Guerra

Los inicios del siglo XXI se han caracterizado, aparentemente, por la aparición de nuevas formas de conflicto armado en los que los modelos estratégicos de los contendientes han experimentado una notable evolución. Estas novedades, según algunos autores, podrían afectar tanto a los *finés* como a los *modos* y a los *medios* de resolver los conflictos. A pesar de estas novedades y de la evolución de la tecnología, la guerra es y seguirá siendo una continuación de la política y este postulado, como argumenta Clausewitz, es invariable. Sin embargo, la “manera” de hacer la guerra ha variado continuamente, especialmente en los últimos años. Así, hace ya más de una década se comenzó a hablar de la *asimetría* en el conflicto, distinguiéndose entre un bando fuerte, que normalmente actuaba de acuerdo a los principios de la guerra convencional, y un bando débil, que debía adecuar su estrategia a su particular situación de inferioridad. Con posterioridad, el fenómeno de las nuevas formas de conflicto armado ha ido tomando auge y ha ido recibiendo sucesivas denominaciones. Ejemplos de ello, entre otros, son las llamadas guerras de cuarta generación, las guerras compuestas, las guerras híbridas o, más en general, las nuevas guerras como argumenta Mary Kaldor.

Es innegable que durante periodo de la Guerra Fría pasaron desapercibidos muchos conflictos que podrían haber establecido una línea en la evolución en el arte de la guerra. También es innegable que los progresos técnicos, como tantas veces ha ocurrido en la historia, provocan la aparición de auténticas revoluciones militares. Sin duda que los *medios* han cambiado, pero el problema es dilucidar si estos progresos han afectado también a los *modos* de hacer la guerra. De este modo, existe un verdadero debate sobre si las llamadas nuevas guerras son realmente nuevas o si, por el contrario, se trata una vuelta a las clásicas estrategias revolucionarias adornadas de postmodernidad.

Como argumenta Mary Kaldor, las nuevas guerras son las guerras de la era de la globalización. Por lo general, tienen lugar en áreas donde los Estados autoritarios se han visto muy debilitados como consecuencia de la apertura al resto del mundo. En tales contextos, la distinción entre estatal y no estatal,

público y privado, externo e interno, económico y político, e incluso guerra y paz, es muy difusa. Para Kaldor, “la guerra es más bien una empresa violenta enmarcada en términos políticos” (Kaldor, 2013). El uso del término 'nuevo' Kaldor lo justifica para hacer hincapié en que los enfoques del pasado ya no son válidos; las nuevas guerras tienen una lógica propia y diferente a las “guerras antiguas”. Por lo tanto, es necesario un análisis muy diferente y una respuesta política integral. Sin embargo, para entender las nuevas guerras es necesario comprender la evolución de su carácter. Este es el objetivo del presente capítulo.

La naturaleza dinámica y cambiante de la disciplina de la historia militar está relacionada en gran medida con la rapidez del cambio de las propias fuerzas militares, especialmente de su tecnología que, de alguna manera, cambian la forma de realizar la guerra, también denominado el carácter o arte de la guerra. El arte de la guerra, entendido como la manera de manejarlas y conducir los ejércitos, ha tenido una constante evolución, debido al ritmo frenético del desarrollo tecnológico que empezó durante el período conocido como la Revolución Industrial, y más recientemente en la era nuclear y de la información; esta última motivada por la aparición de internet y sobre todo por las redes sociales. Repasando la evolución de la guerra durante la historia de la humanidad, las podemos dividir en cuatro grandes bloques: las guerras pre modernas, las guerras de primera, segunda, tercera y cuarta generación; estas últimas las actuales.

En cada grupo o bloque, los modelos estratégicos son distintos; empezando por modelos totalmente simétricos y muy análogos en las guerras pre modernas hasta modelos completamente distintos como es el caso de las guerras asimétricas y, más concretamente, en el caso de la guerra híbrida. En las guerras pre modernas los objetivos políticos eran también distintos pues se buscaba la derrota completa del enemigo y era común escenarios de guerra total entre dos oponentes bien diferenciados. Contrariamente, en la guerra asimétrica, como se analizará más adelante, los objetivos no son la destrucción total del enemigo,

sino mucho más específico, por lo que, por lógica consecuencia, las herramientas empleadas también son distintas.

Dentro de las guerras pre modernas se pueden distinguir cuatro periodos diferenciados, el paleolítico, el mesolítico, el neolítico y lo que se llaman las guerras de primera ola. Las guerras del Paleolítico se caracterizaban por ser alargadas en el tiempo, con una organización muy rudimentaria de las sociedades, en la que los vencedores no se adueñaban de territorios expulsando a sus enemigos. Posteriormente, en el Mesolítico comenzó la primera revolución tecnológica en materia de armamento, con la aparición del arco o la honda, que daba una ventaja considerable al bando que tuviera mejores arcos y flechas y sus “soldados” estuvieran más prestos en su empleo. Ya en el Neolítico se empieza a combatir de manera organizada y por territorios definidos, con un esfuerzo colectivo de las sociedades. Por aquel entonces, ya no eran solamente los guerreros quienes asumían directamente las consecuencias de la guerra, sino que también la sociedad en general se veía afectada.

1.1 Las guerras de la primera generación

Principalmente por el descubrimiento de la agricultura, las Guerras de “primera ola” se caracterizan por guerras entre ejércitos más o menos organizados. Las civilizaciones correspondientes a esa ola se encontraban apegadas a la tierra, por lo que querían defender su territorio ante cualquier invasión exterior. De ahí que fuera necesario que las sociedades agrícolas tuvieran que crear ejércitos organizados para defenderse de las agresiones externas. Para las civilizaciones agrarias asentadas, la infantería se convirtió en la referencia de la acción militar. La infantería empezó como grupos armados de soldados, normalmente campesinos, jerarquizados por debajo de los comandantes que lideraban los ejércitos. Normalmente estas guerras consistían en ataques fugaces, cuerpo a cuerpo, por unidades pequeñas. Los campesinos no combatían por una nación sino por un jefe guerrero local, que a menudo les pagaba con comida o incluso ropaje. Las causas de las guerras estaban relacionadas con la subsistencia, el territorio u odios ancestrales. En esta categoría hay coexistencia de varios tipos

de guerra; por ejemplo, la Guerra del Peloponeso entre dos imperios (Esparta y Atenas), las guerras púnicas, las guerras greco-persas, etc., y otras tribales de menor envergadura que eran las más frecuentes.

Las guerras de la primera generación se considera que tuvieron lugar a raíz del Renacimiento (1492) y la firma de la Paz de Westfalia (1648). El término de Paz de Westfalia se refiere a los dos tratados firmados el 24 de octubre de 1648 en la región de Westfalia. Con ellos se puso fin a la guerra de los Treinta Años en Alemania y la guerra de los Ochenta Años entre España y los Países Bajos. En estos tratados participaron el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (Fernando III de Habsburgo), la monarquía española, los reinos de Francia y Suecia, las Provincias Unidas (Países Bajos). Según la mayor parte de los historiadores la firma de la Paz de Westfalia dio lugar al primer congreso diplomático moderno y supuso un nuevo orden político en Europa central basado en el concepto de soberanía nacional, lo que daría lugar a que se estableciera el principio de que la integridad territorial; el fundamento de la existencia de los Estados. Así pues, se acabó con la concepción feudal, en la que territorios y pueblos constituían un patrimonio hereditario. Este tratado supuso el nacimiento del Estado nación. La Paz de Westfalia también supuso que la religión dejara de ser esgrimida como *casus belli*. A partir de entonces, eran los Estados los que declaraban la guerra para conseguir sus objetivos políticos.

Las guerras de la primera generación fueron en su mayoría guerra de carácter limitado que normalmente sucedían por intereses concretos ligados al territorio de los Estados; como por ejemplo la guerra de los siete años, que fueron una serie de conflictos internacionales acontecidos entre principios de 1756 y finales de 1763 para establecer el control sobre Silesia. También dentro de esta categoría se encuentran las guerras de sucesión, como la guerra de sucesión austriaca (1740-1748). Sin embargo, el *causus belli* más común fueron los conflictos por el territorio, como lo demuestran las guerras ruso-otomanas por Crimea, las guerras ruso-suecas, la guerra austro-turca, etc. Esta primera generación termino con la revolución francesa de 1789 que supuso el auge de

Napoleón Bonaparte como uno de los mayores estrategas y genios militares de la historia militar moderna. Napoleón sería la figura más notable de su época en la que el tratadista prusiano Carl Von Clausewitz se basaría en su eterna obra *De la Guerra*.

1.2 Las guerras de la segunda generación.

La segunda generación de guerras comienza con la revolución francesa y está completamente dominada por la figura de Napoleón Bonaparte. El 2 de diciembre de 1804, en la catedral de Notre Dame, fue nombrado Emperador; la historia de Europa y el arte de la guerra cambiarían para siempre. Consumado estratega, ganó buena parte de las batallas que libró, hasta las que llegaron sus dos grandes derrotas que supuso su declive, en Leipzig y Waterloo. Sus numerosas guerras europeas se convirtieron en las mayores operaciones militares conocidas hasta entonces en Europa; en ellas participaron un número de soldados jamás visto en los ejércitos de la época. Napoleón, su magistral ejército y el nacionalismo francés representaban una triada perfecta que fue objeto de estudio por Carl Von Clausewitz. Esta triada "Clausewiana" consiste en tres elementos principales: el comandante en jefe, la población y las fuerzas armadas (Clausewitz, 2010).

Como jefe de los ejércitos y emperador, Napoleón abordaba todos los aspectos de la batalla y de la vida política, "capaz de supervisar desde el programa de la Comedia Francesa hasta el frente de Rusia" y de "enviar órdenes de aprovisionamiento de sus residencias mientras departía con sus mariscales (Pascual, 2018). Con una inteligencia militar casi sin comparación buscó la eficiencia absoluta de sus ejércitos, logrando que sus tropas se movieran más rápido, llegaran más lejos y estuvieran allí donde no se las esperaba. La logística y las comunicaciones de los ejércitos de Napoleón fueron las bases de sus grandes victorias, además de ejércitos muy poderosos tanto en número como en armamento en comparación con el de sus oponentes; en julio de 1812 llegó a contar con casi 600.000 soldados.

Napoleón introdujo importantes cambios en la forma de hacer la guerra; en el carácter de la guerra. Napoleón creía principalmente en la movilización de grandes formaciones militares utilizando la geografía del terreno, una gran velocidad para maniobrar y llevar a las formaciones al lugar necesario de la batalla con el fin de sorprender a los enemigos cuando estaban separados o separarlos cuando estaban reunidos; Napoleón creía en atacar con gran concentración de fuerzas los centros de gravedad del enemigo, táctica que después describiría Clausewitz en *De la Guerra*. Por eso era importante moverse por la noche, produciendo la sorpresa al amanecer (Maontagut, 2018). Sin embargo, Napoleón no concibió o no supo enfrentarse a modelos estratégicos no simétricos, como fue el caso de España y el que propinó su caída, el invierno de Rusia. Estos modelos asimétricos han sido una de las principales características de la evolución del arte de la guerra y que ha sido el modelo escogido por los Talibanes y Al Qaeda para derrotar al ejército americano.

Especial interés respecto al carácter de la guerra es el modelo ciertamente asimétrico que tuvo que hacer frente el ejército francés en su ocupación de España. Convencido del apoyo de los dirigentes del Estado español, así como de la mayor parte de la burguesía, Napoleón estaba convencido que le empresa de ganar España sería “coser y cantar”. Sin embargo, el emperador no contó con la población española, que no iba a “vender tan barato” su pertenencia al imperio napoleónico. Desde la isla de Santa Elena, desde su exilio, Napoleón revisaba los errores que habían provocado su fracaso militar: “Todas las circunstancias de mis desastres vienen a vincularse con este nudo fatal; la guerra de España destruyó mi reputación en Europa, enmarañó mis dificultades, y abrió una escuela para los soldados ingleses. Fui yo quien formó al ejército británico en la Península” (Cervera, 2014).

Ciertamente, Napoleón no supo cómo afrontar otros enemigos que no fueran un ejército regular, lo que explica que tuviera más dificultades contra guerrillas, como en España, o frente a tácticas de tierra quemada, como en Rusia. La guerra en España costó al ejército francés en torno a 110.000 bajas a los

franceses, según los trabajos de Jean Houdaille. Una catástrofe militar que fue denominada como la “úlceras española” de Napoleón, y que junto a la “hemorragia rusa” llevaron al colapso del imperio napoleónico. Aunque la mayoría de los historiadores minimizan el papel de la guerrilla española y destacan la intervención del Ejército inglés en la derrota final de Napoleón, no es menos cierto que la existencia de esas guerrillas supuso un desgaste continuo al ejército francés, que no estaba preparado para este tipo de acciones.

Además de las guerras napoleónicas, dentro de esta categoría de segunda generación se pueden incluir la guerra de Secesión norteamericana, la guerra franco-prusiana e incluso la Primera Guerra Mundial. En esta categoría siempre existió un compromiso de la sociedad con la causa, pues los ciudadanos de los distintos Estados comenzaban a tener una cierta identidad diferenciada. El elemento de la pasión de la trinidad de Clausewitz, asociado al pueblo, tiene una gran trascendencia en la guerra simétrica; siendo en algunas ocasiones el factor más determinante. Una pasión que se escenifica en la resistencia al invasor, y por un deseo de vencer que multiplica la violencia que se desarrolla en el conflicto. En esta época, también relacionada con la irracionalidad y pasión de la trinidad de Clausewitz, es la explosión de los nacionalismos, una de las claves de la habilidad de Napoleón para reclutar unos ejércitos tan numerosos. Por ello, por ese sentimiento identitario comenzaron las guerras ilimitadas, también llamadas guerras totales, en la que la sociedad también sufría las consecuencias de los conflictos, con ciudades arrasadas, cosechas quemadas, etc.

Nace una época en la que es difícil llegar a un armisticio sin que se reconozca un vencedor y un vencido. En estas guerras tiene especial relevancia el empleo de la artillería, la táctica, las comunicaciones y la organización de los ejércitos. También es importante señalar la relevancia del ferrocarril para el transporte y la agilidad de las tropas en el campo de batalla. Sin embargo, lo más relevante de esta época es el nacimiento de la guerra de guerrillas en la que se enfrentan dos modelos distintos entre sí. Una guerra de guerrillas que sería el modelo talibán una vez derrocado por los Estados Unidos.

En esta época se enfrentan dos modelos estratégicos casi opuestos; por un lado, la evolución tradicional de los ejércitos, que basaban su potencial en el número de efectivos y los elementos de artillería, comunicaciones y logística, con una organización piramidal y una estructura diferenciable; por otro lado, un modelo de guerrillas en la que su organización es más horizontal, con una estructura difusa y compleja, sin claros líderes que se puedan identificar y con una voluntad de vencer que era superior a la de los ejércitos invasores. Esto es lo que se conoce como guerra asimétrica, que fueron claves en las guerras de tercera generación y es clave para comprender el conflicto existente en Afganistán.

1.3 Las guerras de la tercera generación

Las guerras de tercera generación se caracterizan por la proliferación de las estrategias asimétricas por parte de los oponentes, especialmente por parte de aquel que claramente era inferior a su adversario. A partir del año 1900, considerando solamente las diez guerras más destructoras del mundo, éstas dejaron casi 70 millones de muertos (Dominguez, 2018). La mayoría supuso cambios geopolíticos que en su día configuraron el mundo y que forman parte de la historia de la humanidad. La tercera generación de guerras se caracterizó por combates muy largos en el tiempo y por un gran número de muertos; ejemplo de ello son las dos guerras mundiales y también las de la antigua Yugoslavia. Estas guerras se caracterizaron por un aumento considerable de la tecnología, los sensores, las comunicaciones, y las armas inteligentes.

Una vez superadas las dos guerras mundiales, el mundo se volvió bipolar y la humanidad no ha vuelto a ser testigo de semejantes catástrofes que arrasaron más de media Europa; con casi 50 millones de muertos entre las dos grandes guerras. Paradójicamente, el periodo de la guerra fría entre los Estados Unidos y la temida Unión Soviética fue el periodo más pacífico del siglo XX, en el que Europa experimentó una transformación fabulosa con la creación de la OTAN y de la Unión Europea.

Una vez implantado el orden mundial de la guerra fría, el número de guerras y conflictos en el mundo ha ido en declive; según Steven Pinker, en su libro “*The Better Angels of our Nature*” la violencia ha caído exponencialmente y la humanidad se encuentra en una espiral hacia los valores de la democracia y de los derechos humanos. Sin embargo, el hecho de que ya no haya habido un enfrentamiento del calibre de la Segunda Guerra Mundial y de que sea muy improbable en el futuro, no significa que el mundo sea más seguro. Aunque el número de personas muertas en conflictos tiende hacia el mínimo histórico registrado, según numerosos estudios, el número de conflictos está en su punto más alto de la historia de la humanidad (Peace Research Institute Oslo, 2019).

Este incremento de conflictos es debido a la proliferación de estrategias híbridas y asimétricas que, sin ser tan letales en cuanto a número de muertes como un enfrentamiento tradicional, al final se obtienen los mismos objetivos políticos a un menor precio, lo cual los hace tremendamente atractivos. Contrariamente a esta opinión muy asentada en la sociedad occidental, aunque ya se habían utilizado anteriormente, el siglo XIX supuso la proliferación de las estrategias asimétricas como un nuevo carácter de la guerra, mientras que la guerra entre dos modelos simétricos, tal y como se aprecia en la Ilustración 7, está claramente en declive. Este tipo de guerras asimétricas e híbridas es lo que caracteriza las guerras de la cuarta generación, por ejemplo la de Georgia, Ucrania, Siria, Afganistán, etc.

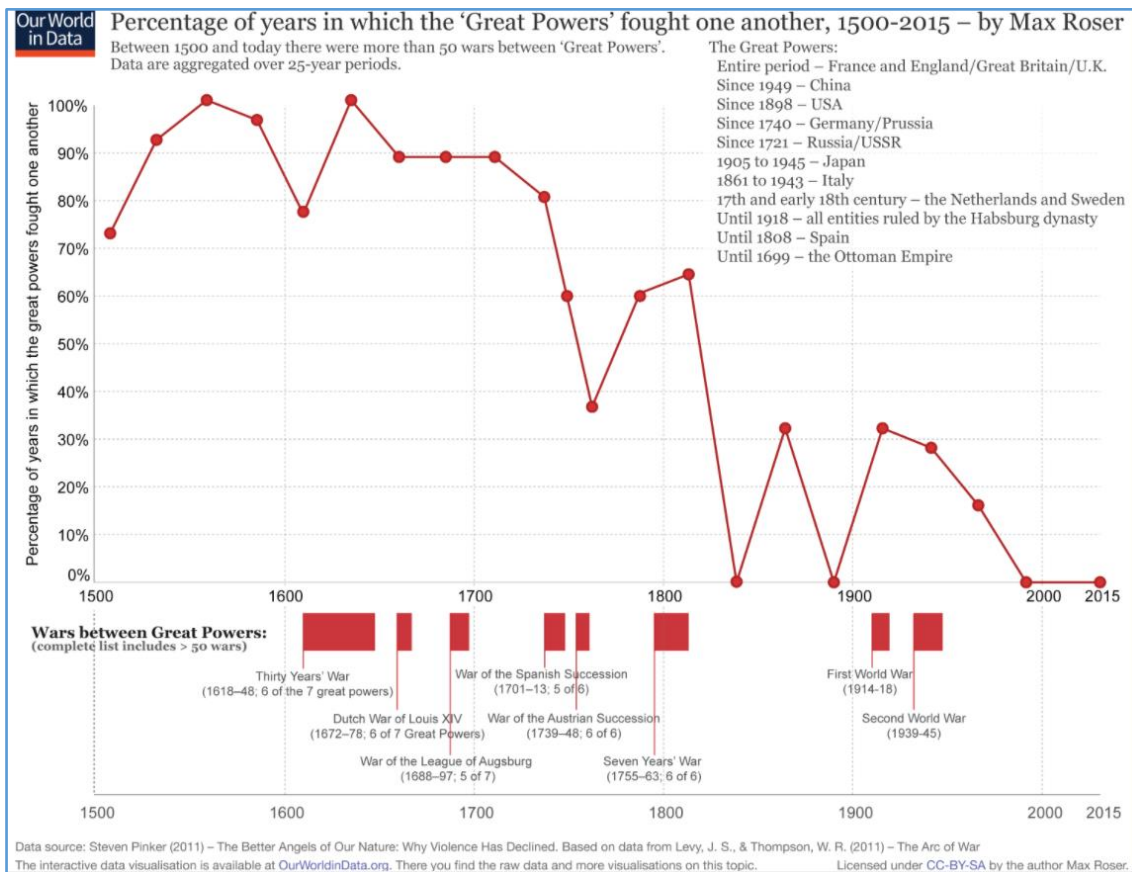


Ilustración 7: Porcentaje de años en el que las grandes superpotencias se enfrentaron unas a otras. Fuente: Our world in data, <https://ourworldindata.org/war-and-peace>

1.4 Las guerras de cuarta generación

Visto en el contexto de la historia militar, la guerra de cuarta generación plantea escenarios muy irregulares; no obedece a los estándares anteriores de entender la guerra. En las operaciones asimétricas existe un gran desajuste entre los recursos, los medios y las filosofías de los combatientes; en las guerras de cuarta generación la estrategia del más débil se basa en eludir una fuerza militar opuesta y atacar directamente a objetivos culturales, políticos o de población. Un enemigo que emplea tácticas propias de la cuarta generación asume que cualquier acción que ejecute es sólo una parte de una campaña sostenida al servicio de un objetivo político. Contrariamente a los defensores del pensamiento militar tradicional, los defensores de las guerras de cuarta generación evalúan el papel de las fuerzas armadas como crucial, pero también de importancia limitada

cuando se enfrentan a enemigos muy poderosos en cuanto a su poder militar (Chaleco, 2001). Características tales como la descentralización en las operaciones militares y la iniciativa se van instalando poco a poco en paso de la guerra de tercera a cuarta generación; sin embargo, en otros aspectos las guerras de cuarta generación marcan el cambio más radical desde la Paz de Westfalia. En la guerra de la cuarta generación, el Estado pierde su monopolio de la guerra, pues aparecen otros actores como grupos terroristas, paramilitares, guerrillas, etc., que también dominan el arte de la guerra y que suponen un potente oponente al tradicional ejército regular de los Estados. Por todas partes en el mundo, los ejércitos estatales se encuentran luchando oponentes no estatales como Al-Qaeda, Hamas, Hezbollah o las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Casi en todas partes, el Estado no está "ganado" este tipo de guerras. Este tipo de guerras es lo que se conoce como la guerra asimétrica.

La guerra asimétrica es una guerra entre oponentes cuyo poder militar relativo difiere significativamente; existe normalmente un ejército poderoso y otro irregular con carencia de medios; en el que la voluntad de vencer del elemento de la irracionalidad de la trinidad Clausewiana es clave. La población es un elemento clave en las guerras asimétricas que, en ocasiones, puede desequilibrar la balanza hacia un lado u otro. Las estrategias simétricas y asimétricas son claramente distintas; una se basa en la doctrina clásica de hacer la guerra y la otra en técnicas más próximas a la guerrilla, el terrorismo, la insurgencia, etc. A pesar de que los recursos de dos beligerantes difieren en esencia, una vez se inician las hostilidades, ambos interactúan e intentan explotar las debilidades más notables del otro.

El término de guerra asimétrica también se utiliza con frecuencia para describir lo que también se llama " guerra de guerrillas", "insurgencia", "contrainsurgencia", "rebelión", "terrorismo" y " contraterrorismo"; en esencia es un conflicto violento entre un ejército regular y otro irregular, con menos medios de personal y de material, pero resistente y motivado. En resumen, la guerra

asimétrica es una forma de guerra irregular en la que prima la voluntad de vencer y que se dilatan notablemente en el tiempo.

Los ataques terroristas del 11 de septiembre y la guerra en Afganistán se encuentran entre los ejemplos recientes más conocidos de guerra asimétrica. Afganistán sigue siendo el conflicto más sangriento en cuanto a número de muertes, con un 48% del total de muertes de los conflictos activos en el año 2018. Solamente cuatro países: Yemen, Siria, Somalia y Afganistán, representaron el 82% de todas las bajas relacionadas con la guerra en 2018. Pero la guerra asimétrica no es un concepto tan nuevo como los conflictos citados anteriormente, pues lleva practicándose siglos y ha sido estudiada por tratadistas militares de la antigüedad; por ejemplo, Sun Tzu.

La guerra asimétrica es tan antigua como la guerra misma y tan reciente como el último atentado terrorista. Una de las lecciones más relevantes del estudio de la guerra es que aquellos contendientes en inferioridad tendrán que utilizar estrategias asimétricas en un determinado momento y lugar si quieren ganar la guerra. El famoso estratega Sun Tzu, en el siglo IV a. C., argumentaba el uso de esta filosofía en su libro *“El arte de la guerra”*, en el que afirmaba que *“Las tácticas militares son como el agua; porque el agua en su curso natural se escapa de los lugares altos y se precipita hacia abajo. Entonces, en la guerra, el camino es evitar lo fuerte y atacar lo débil. Como el agua forma su curso de acuerdo con la naturaleza del suelo sobre el que fluye; el soldado trabaja su victoria con relación al enemigo al que se enfrenta”*. Esta afirmación de Sun Tzu es una de las claves para entender por qué y la esencia de un conflicto asimétrico; el oponente más débil huye de un enfrentamiento convencional, pues muy probablemente perdería el conflicto en un breve periodo de tiempo. Así mismo, el oponente asimétrico, como el agua, se adapta al entorno para mejor utilizar sus herramientas que tenga disponibles. Estas tácticas asimétricas han supuesto un claro cambio en el arte de la guerra en el que, en numerosas ocasiones, el oponente más débil ha podido ganar el conflicto.

En la Ilustración 8 se observa que el beligerante en inferioridad ha ido con ganando más y más conflictos hasta estar en una situación de casi paridad en la actualidad. Mediante el uso de estrategias asimétricas, el débil puede llegar a doblegar al poderoso. Ejemplos de conflictos en los que el más débil ha salido victorioso han sucedido durante toda la historia de la humanidad; sin embargo, caben destacar los siguientes conflictos donde se utilizaron por parte del oponente más débil estrategias asimétricas: las guerras coloniales americanas entre 1775 y 1881; la guerra de independencia española contra el todopoderoso ejército napoleónico francés entre 1808 y 1814; la campaña napoleónica en Rusia de 1812; la campaña rusa en la Segunda Guerra Mundial en la que La Unión Soviética realizó tácticas de tierra quemada conforme el ejército alemán iba avanzando hacia Moscú; las guerras de la antigua Yugoslavia entre 1941 y 1945; la guerra de Argelia contra Francia entre 1954 y 1962; y, quizás una de las más relevantes de todas debido a los contendientes que tomaron parte apoyando uno y otro bando, la guerra de Vietnam entre 1958 y 1975. La guerra de Afganistán tiene todos los componentes de una guerra asimétrica. Aunque en un comienzo el ejército americano derrotó al régimen talibán mediante dos sistemas más o menos simétricos, lo que ha sido la etapa de los gobiernos pastunes se ha caracterizado por una total asimetría en la que el componente del terrorismo ha tomado un especial protagonismo.

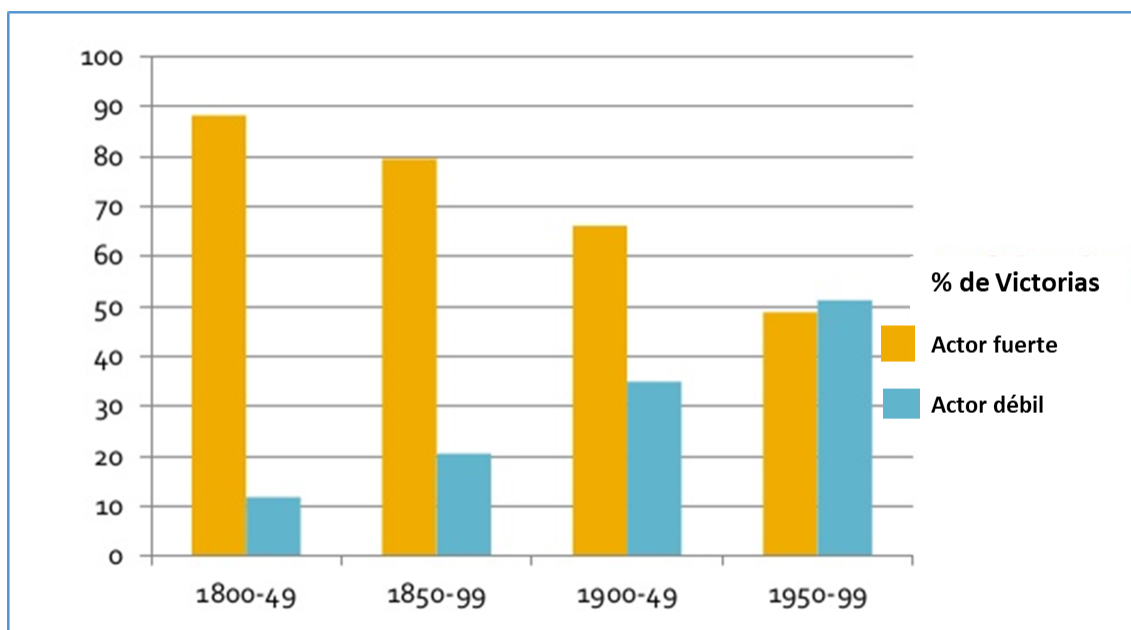


Ilustración 8: Porcentaje de victorias ganadas del actor más débil siglos XIX y XX. Fuente: <https://www.slideshare.net/lscocyfairall/11-asymmetric-conflict>

Cuando una democracia liberal se enfrenta a un adversario más débil desde el punto de vista militar, una ventaja del oponente es que utiliza una estrategia asimétrica, en el que el poder Estado democrático suele estar limitado por la sociedad; la sociedad limita los daños directos y colaterales tanto en forma de bajas sostenidas como infligidas. Esto es una máxima cada vez que una democracia, como es lo Estados Unidos, se enfrenta a un oponente que utiliza estrategias asimétricas. Para las democracias es extremadamente difícil escalar el nivel de violencia y brutalidad que pueda asegurar la victoria (Arreguín-Toft, 2005). Además, las guerras asimétricas son guerras prolongadas en las que las democracias se desgastan rápidamente y el tiempo corre a favor del oponente asimétrico; véase el ejemplo de los talibanes en Afganistán de cómo la opinión americana cada vez estuvo más en contra de la guerra hasta que, más de una década después, los EE. UU retiraron casi la totalidad de sus tropas.

En el ámbito de la opinión pública, un escenario similar al de Afganistán es el de la guerra Iraq; ambas guerras están a miles de kilómetros de distancia y son percibidas de similar forma por la sociedad americana. Durante el desarrollo de

la segunda guerra del golfo, la opinión americana e internacional era cada vez más reacia a seguir manteniendo una guerra tan lejana. El desgaste del adversario, especialmente cuando éste es una democracia liberal, es una de las mayores herramientas de poder que tiene el oponente más débil que apuesta por una estrategia asimétrica y duradera en el tiempo. Además, en un mundo híper conectado como en el que vivimos hoy en día, la capacidad de influir en la sociedad por parte del oponente es sumamente superior a lo que era en el pasado. Una foto de una violación del derecho internacional de la guerra, un incidente en la que unos soldados cometen un delito, etc., puede suponer un cambio radical de la opinión de la sociedad en un determinado momento, socavando, como lógica consecuencia, la voluntad de vencer de uno de los bandos.

El número de guerras entre Estados tuvo una significativa caída en la década de los sesenta; contrariamente, el número de guerras no convencionales o asimétricas tuvo un especial repunte en esa misma década. Una tendencia que no ha parado desde entonces y que, muy probablemente, sea la tendencia de los conflictos futuros, ver *Ilustración 9*. Los conflictos más duraderos también hacen honor a la lógica de la guerra asimétrica, como es el caso de Siria, Afganistán e Iraq. Muy probablemente estos conflictos se conviertan en latentes, en los que las democracias liberales tienen una posibilidad muy baja de resolver el conflicto por muy profunda que sea su implicación. Las democracias, al fin y al cabo, carecen de las herramientas para resolver estos conflictos y, en la mayoría de los casos, como lo demuestra Afganistán e Iraq, su intervención supone una radicalización aún mayor de los oponentes. Por lo tanto, es muy probable que en el futuro estos conflictos sigan su curso y que se alcance, en el mejor de los casos, acuerdos de paz o armisticios muy débiles, que no sean más que una transición temporal al reinicio de las hostilidades o, en los peores casos, al inicio de una guerra civil.



Ilustración 9: Tendencia de los conflictos desde 1946 hasta 2019. Fuente: Center for Systemic Peace; <http://www.systemicpeace.org/conflicttrends.html>

Como se ha visto, el conflicto asimétrico es una clara tendencia en el panorama internacional; cada vez los conflictos serán más entre actores estatales y no estatales, o entre dos actores no estatales. Sin embargo, el hecho de que sea la tendencia global, eso no significa que sea el único. La estrategia asimétrica en un conflicto es una herramienta que utilizan los contendientes que son más débiles para hacer frente a un oponente más poderoso. Ahora bien, los actores poderosos, como pueda ser Rusia o China, pueden también emplear estrategias que no sean simétricas o conforme a las estrategias tradicionales de la guerra. Además, este tipo de actores tienen a su alcance un mayor número de recursos

para intentar conseguir sus objetivos políticos. Rusia, por ejemplo, puede realizar campañas de desinformación, bloquear una resolución de las Naciones Unidas, utilizar sus recursos energéticos como moneda de cambio a favor de los intereses geopolíticos rusos, etc. Cuando un actor de estas características entra en escena su estrategia es más elaborada y potente que una estrategia asimétrica, pues el actor en cuestión tiene a su alcance un mayor número de herramientas, tanto militares como no militares. A este tipo de conflictos en el que se utilizan todas o algunas de las herramientas de poder (militar, político, económico, social, económico, diplomático) se denomina un conflicto híbrido. A pesar de la relevancia actual de los conflictos híbridos, éste no se considera como parte de este estudio, pues el conflicto que existe en Afganistán es asimétrico.

En resumen, el objetivo de ocasionar bajas es fundamental y permanente en la guerra, pero en el contexto de una guerra asimétrica, no prima la intención de acabar con las fuerzas rivales, sino la de condicionar las conductas políticas de grandes audiencias a través de otros medios como el miedo y la intimidación, y trasladar así una sensación de fracaso entre las filas del oponente. Revisitando la trinidad de Clausewitz, las estrategias asimétricas se basan en el elemento irracional, en la violencia, la pasión y la voluntad de vencer. Se puede resumir que un conflicto asimétrico tiene las siguientes características:

- El oponente que utiliza una estrategia asimétrica actúa con las circunstancias a favor; se retira mezclándose con la población civil y no entra en un enfrentamiento abierto tradicional.
- Es una guerra limitada para el fuerte, mientras es una guerra total para el débil, que tiene una mayor voluntad de vencer.
- La ideología es un elemento capital en la vertebración del más débil; la ideología se puede llevar hasta los extremos.
- Existe una “batalla” de la información; que se manifiesta en las narraciones, los discursos y las explicaciones que ofrece cada oponente.

- Estas guerras tienen influyen notablemente en la opinión pública, especialmente mediante el uso de las redes sociales e internet.
- Las sociedades desarrolladas se adaptan peor que las no desarrolladas a la incertidumbre de la guerra.
- El objetivo del débil es quebrantar la voluntad política de lucha.
- En este tipo de guerra es muy normal que concurra el fenómeno terrorista.
- La guerra asimétrica será la norma en el futuro de los conflictos en lugar de la excepción.
- Guerrillas, terroristas, pequeños grupos siempre encontraran formas de tomar ventaja contra ejércitos más poderosos
- Es muy complejo afirmar cuando concluyen.

En la Ilustración 10 se detalla las características de un escenario asimétrico según la trinidad de Clausewitz. En ella se puede observar los puntos más relevantes en cada vértice de la trinidad. En el lado racional se destaca la concepción de la guerra de los dos oponentes que plantean dos modelos estratégicos distintos; mientras que para el actor simétrico el escenario es una guerra limitada, con ciertas barreras y reglas de enfrentamiento en el combate, para el actor asimétrico es una guerra total, en el que se pone en juego todo, incluso la vida de los ciudadanos. Esta, sin duda, es una de las claves de las guerras asimétricas, pues normalmente el oponente más poderoso ve ampliamente limitada su capacidad de acción debido a las “leyes de la guerra”. Estas limitaciones no ocurren en el lado del oponente asimétrico; como ejemplo, en Afganistán Al Qaeda y los talibanes han utilizado minas, elementos explosivos escondidos (IEDs, por sus siglas en inglés) y terroristas suicidas que, en la mayoría de los casos, se cobran víctimas civiles inocentes durante sus ataques.

En el vértice irracional, la principal distinción entre ambos oponentes es la voluntad de vencer; en el caso de Afganistán es notable que la voluntad de vencer de los talibanes es superior a la del ciudadano americano. Esto se

manifiesta, principalmente, en la pérdida de apoyo a la intervención de los ciudadanos americanos durante el desarrollo del conflicto. El lado no racional es también un vértice con grandes diferencias. En el modelo simétrico responde a un ejército uniformado que es fácil de identificar y cuya estrategia está definida según la evolución del arte de la guerra; sin embargo, en el modelo asimétrico, los combatientes se diluyen con la población, la cual en numerosas ocasiones es utilizada como un escudo. Además, el oponente asimétrico utiliza técnicas de guerrilla lo cual lo hace muy peligroso y extremadamente difícil de identificar. Esta forma de lucha es característica de la guerra afgana, en el que los combatientes talibanes utilizan hospitales, colegios y edificios públicos para evitar ataques de las fuerzas armadas americanas, especialmente durante los ataques aéreos.

Trinidad de Clausewitz en un escenario asimétrico

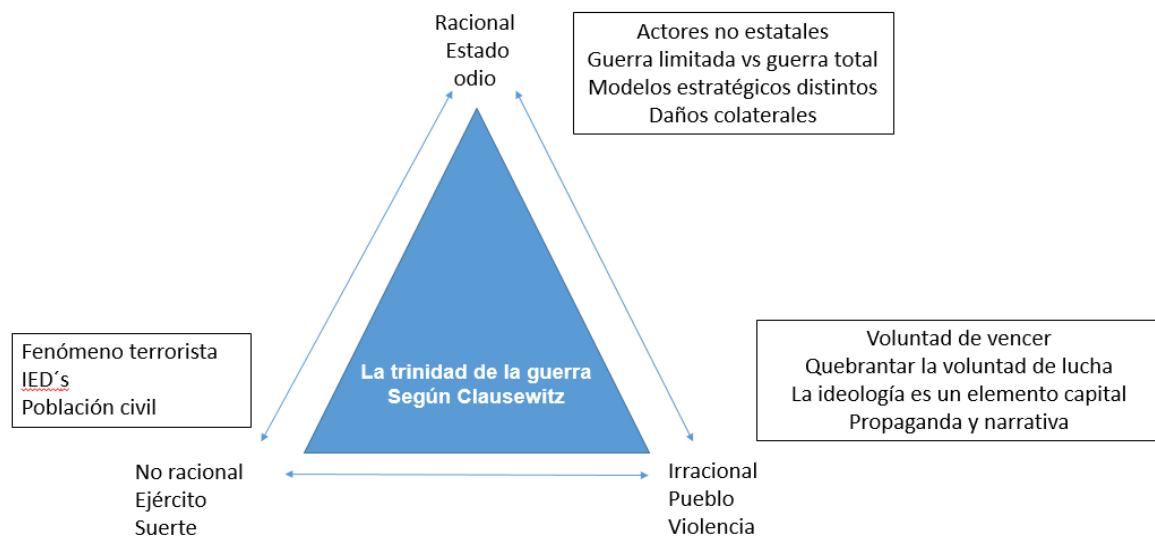


Ilustración 10: la trinidad de Clausewitz en un escenario asimétrico

Un paso más allá de lo que es la guerra asimétrica es guerra híbrida. En febrero de 2013, el General Valery Gerasimov³, jefe del Estado Mayor de Rusia y uno de los expertos más citados en lo referente a la guerra híbrida, durante un discurso en 2019, señaló que *“el papel de los métodos no militares en el logro de objetivos políticos y estratégicos sigue aumentando con el tiempo, empleando la fuerza militar únicamente cuando no sea posible alcanzar los objetivos establecidos por métodos no militares”*. En ese mismo discurso, pronunció unas palabras que quizás hayan sido las más comentadas en el mundo académico referente a la forma de hacer la guerra por parte del Kremlin: *“...desaparición de las líneas entre los Estados de guerra y de paz” en la que “el papel de los medios no militares para lograr objetivos políticos y estratégicos ha crecido y, en muchos casos, ha excedido el poder de la fuerza”*. A este tipo de aproximación para alcanzar los objetivos políticos, empleando tanto medios militares como no militares, se denomina estrategia híbrida.

Este tipo de “forma de hacer la guerra no entra dentro del estudio de este trabajo, debido a que ni los talibanes ni al Qaeda tienen las suficientes herramientas de poder como para ser capaces de plantear un escenario híbrido. Sin embargo, a continuación se detallan algunas de las particularidades de este tipo de “arte de la guerra”, pues en un futuro, si los talibanes llegan otra vez al poder en Afganistán, podrían tener los suficientes recursos como para plantear un escenario híbrido, lo cual supondría un escenario más complejo que el de una estrategia simétrica.

La “doctrina de Gerasimov” es considerada por muchos expertos como la articulación más útil de la estrategia moderna de Rusia, una visión de la guerra total que coloca la política y la guerra dentro del mismo espectro de actividades;

³ Gerassimov es un general ruso, actual Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Rusia, y primer Viceministro de Defensa, en sustitución de Nikolay Makarov. Fue nombrado por el Presidente Vladimir Putin el 9 de noviembre de 2012. Gerasimov que supuestamente concibió la "doctrina Gerasimov", que combina tácticas militares, tecnológicas, informativas, diplomáticas, económicas, culturales y otras con el fin de alcanzar objetivos estratégicos. Sin embargo, esto fue posteriormente retractado por el autor del documento original, Mark Galeotti, quien afirmó que la doctrina no existe

un nuevo enfoque de lo que es la guerra total en comparación con las dos guerras mundiales. El enfoque es complejo y en el que se integran todos los instrumentos de poder de un Estado, y se lleva a cabo en todos los ámbitos con una gama muy variada de actores y herramientas; por ejemplo, hackers, medios de comunicación, hombres de negocios, filtraciones, noticias falsas, etc., así como medios militares convencionales y asimétricos. Gracias a Internet y a las redes sociales (Facebook, twitter, etc.), el tipo de operaciones con las que los entonces equipos soviéticos de operaciones psicológicas vez sólo podían soñar, es decir, influir en los asuntos internos de las naciones sólo con operaciones de información, es ahora posible. Esto supone un cambio demasiado importante en el carácter de la guerra.

La doctrina Gerasimov construye un marco para estas nuevas herramientas, y declara que las tácticas no militares no son recursos de apoyo al uso tradicional de la fuerza, sino la forma preferida de proceder en el nuevo ámbito de la guerra. La confusión, desinformación, la “niebla de la guerra” que diría Clausewitz, además del caos es la estrategia que persiguen los actores que plantean escenarios híbridos. Gerasimov especifica que el objetivo es lograr un ambiente de inquietud y conflicto permanente dentro de un Estado enemigo (Gerasimov, 2016).

Ucrania quizás sea el ejemplo más claro de la aplicación de una estrategia híbrida por parte de la Federación Rusa en los últimos años. En el fondo no se trata de buscar una victoria total con un posterior desfile militar en el que las tropas son felicitadas por los ciudadanos y los gobernantes. La finalidad de una estrategia híbrida es alcanzar los objetivos políticos mediante el empleo de herramientas híbridas. Según algunas fuentes, durante las protestas de 2014 en Ucrania, el Kremlin apoyó a los extremistas de ambos lados del conflicto; es decir, fuerzas pro rusas y ultranacionalistas ucranianos, alimentando el conflicto que el Kremlin utilizó como pretexto para apoderarse de Crimea y lanzar la guerra en el este de Ucrania. Si se añade una fuerte dosis de operaciones de información, este confuso entorno, en el que nadie está seguro de los motivos y

objetivos de nadie, es un entorno en el que el Kremlin puede ejercer fácilmente el control.

Aunque la estrategia híbrida parece un concepto nuevo, existe el debate académico si la doctrina Gerasimov es totalmente nueva o lleva décadas apalancada en la propia doctrina rusa y en la anterior de la Unión Soviética. Algunos dicen que es simplemente una nueva y bien articulada versión de lo que los rusos siempre han hecho, o que Putin está sobrevalorado en sus acciones, o que la competencia entre las diversas facciones oligárquicas dentro del Kremlin supone que no haya una estrategia única y bien definida en las acciones del gobierno ruso. Los académicos no se ponen de acuerdo acerca de esto, pero la mayoría afirma que es en estos momentos, en la era tecnológica de internet y de las redes sociales, cuando Rusia tiene a su alcance las herramientas necesarias para implementar la “doctrina Gerasimov”.

Con la llegada de la era de la tecnología, es muy probable que la estrategia híbrida sea el nuevo modo de hacer la guerra; la cual simplemente refleja cómo el conflicto interestatal está cambiando en una era moderna caracterizada por profundas interconexiones de espacios económicos, de información y culturales, y por el costo cada vez más prohibitivo de los conflictos militares a gran escala (Mark Galeotti, 2020). Si esta forma de hacer la guerra ha estado durante años en la doctrina militar rusa, y si Rusia tiene la determinación de que esta sea nueva forma de alcanzar sus objetivos políticos, es muy probable que Rusia gane cada vez más poder internacional en los próximos años. La cuarta generación de la guerra ha supuesto que ciertos Estados, quizás menos equipados tecnológicamente, pero con una mayor disposición a utilizar todos los recursos y herramientas de estrategias de guerra más complejas, tengan más poder que nunca en la esfera internacional. Por ello, con la posible llegada de los talibanes al poder en Afganistán, esto supondría la disposición de más recursos y herramientas que les permitiría presentar escenarios híbridos a occidente.

Los conflictos de Ucrania y Georgia reflejan simplemente cómo el conflicto interestatal está cambiando. Es evidente que es un sinsentido gastar millones de dólares en una guerra convencional si se pueden alcanzar los objetivos políticos por otros medios. Por ello, los Estados, y aquellos actores que tengan las herramientas, utilizarán estrategias híbridas en los conflictos futuros. Se puede resumir que estas estrategias híbridas se caracterizan por emplear métodos no convencionales de naturaleza indeterminada y de difícil identificación y atribución, que buscan explotar todas las vulnerabilidades del oponente, incluidas las políticas, sociales, económicas o psicológicas. Además, se caracterizan por mantenerse fuera del enfrentamiento directo armado, mientras se debilita al adversario.

Este tipo de guerra es principalmente empleada por los Estados, no solamente por Rusia, para superar sus limitaciones legales y morales y poder enfrentarse a cualquier adversario mediante el empleo de tácticas irregulares para conseguir sus objetivos políticos. Dentro de estas tácticas irregulares están las campañas de información y desinformación que se extienden debido a la proliferación de las redes sociales e internet. Las campañas de desinformación son un pilar clave en las guerras actuales, especialmente para confundir como para desinformar a la opinión pública acerca del conflicto. Las campañas de desinformación, tendrán cada vez más relevancia en las guerras de cuarta generación, y son un elemento clave de la estrategia tanto asimétrica como híbrida.

En resumen, las estrategias simétricas e híbridas es muy probable que formen parte de los escenarios futuros de Afganistán. Los talibanes y al Qaeda seguirán proponiendo escenarios asimétricos hasta que consigan sus objetivos políticos; siendo uno de ellos llagar al gobierno de Afganistán. Muy probablemente, una vez que los talibanes estén en el gobierno y tengan numerosas herramientas de poder, tendrán la capacidad de proponer un escenario híbrido mucho más complejo que el actual, en el que una de las claves será la posible legitimidad del gobierno por parte de la comunidad internacional, lo que supondrá que la herramienta de la diplomacia esté en manos del nuevo régimen. Sea o no una

posible realidad lo sabremos en un futuro cercano cuando se firme el acuerdo de paz.

CAPÍTULO II

2 AFGANISTÁN Y SU IDENTIDAD EN LA HISTORIA

El primer hombre a quien, cercando un terreno, se lo ocurrió decir esto es mío y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: «¡Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!

Jean-Jacques Rousseau

En este capítulo se describe brevemente la historia más relevante de Afganistán. Principalmente se focaliza el análisis en la búsqueda de pequeños hitos que tengan cierta relevancia y que conduzcan al origen de la situación actual en Afganistán. Al igual que en todos los países del mundo, el ciudadano afgano tiene una concepción de que su territorio le pertenece por el mero hecho de su nacimiento en esas tierras. Contrariamente a los que argumenta Rousseau, el ciudadano afgano siente profundamente que Afganistán es su tierra y los frutos derivados de ella le pertenecen. Este sentimiento de pertenencia de un determinado espacio geográfico ha sido objeto de debate de muchos académicos y lo sigue siendo hoy en día; sin embargo, existe un cierto consenso en el que la introducción de la agricultura supuso que el hombre dejara de ser nómada y tuviera la necesidad de un espacio para desarrollarla; este fue un momento clave en la noción de la territorialidad que Rousseau identifica como el inicio de la sociedad moderna. Esta noción y el desarrollo de las sociedades en torno a Estados supusieron que el sentimiento de territorialidad se globalizara en todo el mundo y que los individuos y sociedades tuvieran que trazar líneas imaginarias para definir los Estados.

Pese a que Afganistán sea un país poco desarrollado, no ha estado al margen del concepto de territorialidad y, a raíz de las continuas invasiones de distintos imperios que ha sufrido durante siglos, el concepto de territorialidad ha estado muy presente en la mayoría de las etnias que dan forma a la compleja sociedad afgana. Tal y como predecía Jacques Rousseau, los afganos han defendido su territorio de invasiones externas y han desarrollado una identidad ligada a su tierra que ha supuesto que no puedan cooperar entre sí, pues las distintas etnias de Afganistán se ven a ellas mismas como los verdaderos salvadores del país contra los invasores externos. “El contrato social” no es posible en Afganistán porque el devenir de su historia está llena de desacuerdos y del desarrollo de identidades opuestas que no han hecho más que potenciar el sentimiento de una pluralidad competitiva en la que no es posible la cooperación para que todos sus

ciudadanos sean iguales en una república. Las etnias compiten entre ellas para ser los tenedores de la tierra que forma Afganistán.

2.1 Breve historia de Afganistán

Situado justo al noroeste de la India actual, Afganistán ha sido durante mucho tiempo la frontera noroeste y la puerta de entrada a la civilización india. Para esta tesis una civilización es una entidad cultural propia que se distingue por unas ciertas características de otras civilizaciones. Pueblos, regiones, grupos étnicos, nacionalidades y grupos religiosos, tienen todas culturas distintas con diferentes niveles de heterogeneidad cultural entre ellos. La cultura de un pueblo en el sur de Italia puede ser diferente de la de un pueblo en el norte de Italia, pero ambos compartirán una cultura italiana común que los distingue de los pueblos alemanes (Huntington, 1993). Una civilización es, por tanto, el grupo cultural de personas que tienen en común el sentido más amplio de identidad cultural. Una civilización se define tanto por elementos objetivos comunes, como el idioma, la historia, la religión, las costumbres, las instituciones, como por la identificación subjetiva de las personas que pertenecen a esa civilización. Sin embargo, las personas tienen distintos niveles de identidad: un ciudadano de Roma puede definirse a sí mismo con diversos grados de intensidad; por ejemplo como romano, italiano, católico, cristiano, europeo, occidental, etc. La civilización a la que pertenece es el nivel más amplio de identidad con el que un gran número de personas se identifican intensamente. Las personas pueden redefinir sus identidades y, como resultado, la composición y los límites de las civilizaciones cambian a lo largo de la historia. Según las civilizaciones de Huntington, el pueblo afgano pertenece a la civilización islámica. Sin embargo, durante muchos siglos Afganistán estuvo en contacto con otras civilizaciones, como la mongola, la india, la occidental, etc., que moldearon la identidad de sus ciudadanos hasta lo que son hoy en día.

En la antigüedad, diferentes emperadores indios gobernaron la región durante miles de años y sus estrechas relaciones con el resto de la India han sido bien documentadas por diversos historiadores. Las montañas Hindukush en el oeste

y los Himalayas en el norte y noreste sirvieron como fronteras para la India; siendo Afganistán una parte integral de los reinos indios en varios momentos de su historia. En el siglo IV antes de Cristo (b.C., por sus siglas en inglés), Taxila y Kandahar formaron importantes centros de comercio y educación para el imperio de Ashoka el Grande. De hecho, Taxila fue una de las primeras universidades que se fundó en la India. Por aquel entonces, toda la región del actual Afganistán y el norte de Paquistán se llamaba Gandhar, nombre de una importante corriente del arte indio, especialmente de pintura y escultura (UK essays, 2018).

El área de Gandhar también fue un centro importante para el budismo en sus y todavía se encuentran en la región varias estatuas antiguas de Buda y otros ingenios del budismo. La influencia india continuó, aunque de forma intermitente, hasta los tiempos modernos, cuando los reyes sijes⁴ gobernaron gran parte de Afganistán. De hecho, el famoso Panjsher Valley en el norte de Afganistán se deriva de Punjabi y significa el Valle de los Cinco Leones.

Afganistán también sirvió como puerta de entrada para las invasiones cuyo objetivo era la India; especialmente los conquistadores del centro y oeste de Asia. En 328 b.C, Alejandro Magno entró en el territorio del actual Afganistán para capturar Bactria (actual Balkh). Afganistán fue la tierra en la que Alejandro Magno se casó con Roxana, una princesa bactriana, y fue allí donde recibió una herida de la que nunca logró curarse totalmente. Según el historiador Guillermo Altares “fue una campaña que en algunos momentos podemos calificar de genocida, aunque no en el concepto moderno del término. Alejandro destruyó pueblos y ciudades, aunque los invasores macedonios no quisieran aniquilar a los nativos” (Altares, 2008).

⁴ El sijismo es una religión del Estado indio fundada por Gurú Nanak (1469-1540), que se desarrolló en el contexto del conflicto entre las doctrinas del hinduismo y del islam durante los siglos XVI y XVII en la región de Punjáb del Imperio mogol. El principal texto sagrado es el Guru Granth Sahib; cuyas creencias más relevantes incluyen la meditación espiritual constante sobre el nombre de Dios, ser guiado por el gurú en lugar de dejarse llevar por el capricho, la acción sincera al dharam (rectitud, deber moral), la igualdad de todos los seres humanos y creer en la gracia de Dios.

Las invasiones de los escitas, los hunos blancos y los turcos siguieron en los siglos siguientes. En 642 b.C., los árabes invadieron toda la región e introdujeron el Islam; un momento clave en la historia de Afganistán que todavía influye hoy en día, pues Afganistán es mayoritariamente un país de cultura musulmana que pertenece a la civilización islámica. El dominio árabe rápidamente dio paso a los persas, que controlaron el área hasta la conquista de los turcos Ghaznavids en el año 998 de nuestra era; lo que supuso otra vuelta al islam. Específicamente, Mahmud de Ghazni (998-1030) consolidó las conquistas de sus predecesores y convirtió a Ghazni⁵ en un gran centro cultural, así como en una base para frecuentes incursiones hacia la India.

Ghazni también se sintió atraído por los relatos de las riquezas indias y organizó varias incursiones en las profundidades de la India a principios del siglo XI, trayendo de vuelta toneladas de oro y piedras preciosas tomadas de los reyes y de los templos durante sus conquistas. Una de sus incursiones más famosas se llevó a cabo en 1025 en el templo de Somnath en Gujarat en el oeste de la India, que era uno de los templos más ricos de la India en ese momento.

Tras la efímera dinastía de Mahmud, varios príncipes intentaron gobernar secciones de la región hasta la invasión de la civilización mongola de 1219. La invasión mongola, encabezada por Genghis Khan, provocó la destrucción de muchas ciudades, incluidas Herat, Ghazni y Balkh, y el saqueo de áreas agrícolas fértiles. Tras la muerte de Genghis Khan en 1227 E.C., hubo una sucesión de pequeños jefes y príncipes hasta finales del siglo XIV, cuando uno de los descendientes de Khan, Tamerlán, incorporó Afganistán a su vasto imperio. Babur, descendiente de Tamerlán y fundador de la dinastía Moghul de la India a principios del siglo XVI, convirtió a Kabul en la capital de un principado afgano, lo que devolvió a Afganistán a la órbita india, un Estado que continuó más o menos ininterrumpido hasta finales del siglo XIX.

⁵ Gazni, es una ciudad de Afganistán, situada en el centro del país; su población es de 157.277 habitantes. Está conectada por carreteras con Qalāt-e Ġilzay al suroeste, Kābul al noreste y Gardez al este

En la Ilustración 11 se detallan los hitos más relevantes en la historia de Afganistán, entre ellos destacan la introducción del islam en el 648 B. C y la posterior consolidación de la cultura islámica mediante Mahmud de Ghazni en el año 998 de nuestra era.

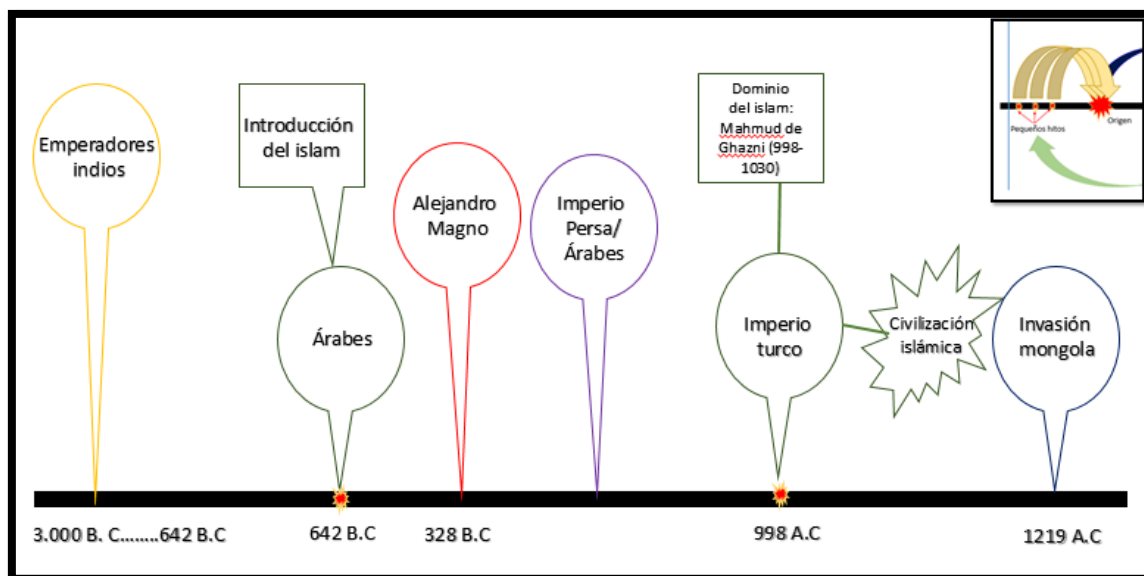


Ilustración 11: Hitos en la historia de Afganistán hasta la invasión mongola. Elaboración propia.

1747 fue un momento clave en la historia de Afganistán, tras la desaparición de la dinastía Moghul, Ahmad Shah Durrani se hizo cargo de Delhi. A menudo se le llama el fundador del actual Afganistán. A lo largo de su reinado, Durrani consolidó jefaturas, pequeños principados y provincias fragmentadas con una identidad de un único país. Su gobierno se extendió desde Mashhad en el oeste hasta Cachemira y Delhi en el este, y desde el río Amu Darya (Oxus) en el norte hasta el Mar Árabe en el sur. Todos los gobernantes de Afganistán, hasta el golpe de Estado marxista de 1978, eran de la etnia pastún de Durrani, y todos eran miembros del clan Mohammadzai después de 1818. Posteriormente, el conflicto geopolítico entre los imperios británico y ruso en expansión influyó significativamente en Afganistán durante el siglo XIX. Dos civilizaciones como la ortodoxa y la occidental entrarían en contacto con el ciudadano afgano durante casi dos siglos.

Ya en el siglo XIX, la historia afgana se puede entender como un juego geopolítico de las grandes potencias. La ansiedad y celo británico por los avances rusos en Asia Central y la creciente influencia en Persia fueron unas de las principales causas de las dos guerras anglo-afganas. La leyenda de Afganistán como “la tumba de los imperios” comenzaba a escribirse en las páginas de la historia; el imperio indio, mongol y británico serían los primeros en recibir dolorosas derrotas en sus incursiones en Afganistán. La primera guerra anglo-afgana no sólo resultó en la destrucción de un ejército británico, sino que hoy se recuerda como un ejemplo de la ferocidad de la resistencia afgana al dominio extranjero. El concepto de territorialidad comenzaba a formar parte del combatiente afgano, que tenía que defender su país de numerosas incursiones extranjeras a lo largo de la historia.

La Primera Guerra Anglo-Afgana (Pastún: *مکړج ړیډوم زیاند ګر-افغان د*), también conocida por los británicos como el Desastre en Afganistán (Burton, 2018), se libró entre el Imperio Británico y el Emirato de Afganistán desde 1839 hasta 1842. Los británicos intervinieron con éxito en una disputa de sucesión al trono afgano entre el emir Dost Mohammad (Barakzai) y el ex emir Shah Shujah (Durrani), a quien pusieron en el trono tras la conquista de Kabul en agosto de 1839. Sin embargo, la principal fuerza británica de la India fue aniquilada casi por completo durante su retirada de Kabul en 1842. Posteriormente, los británicos enviaron un ejército a Kabul para vengar la destrucción de sus fuerzas, derrotando a los afganos y demoliendo gran parte de la capital. Después de recuperar a los prisioneros británicos, se retiraron de Afganistán a finales de año. Dost Mohamed regresó del exilio en India para reanudar su gobierno.

Muchas voces en Gran Bretaña, desde Lord Aberdeen (Hansard, 1839) hasta Benjamin Disraeli, criticaron la guerra como precipitada e insensata; un juego geopolítico en el que la amenaza rusa estaba detrás de la acción inglesa y que fue enormemente exagerada en términos de seguridad. Efectivamente, dada la geografía afgana, las barreras montañosas casi infranqueables y los problemas logísticos suponían desafíos inabordables que hacían imposible una invasión

rusa. Sin embargo, las guerras anglo afganas fueron ejemplos relevantes de la lucha por la hegemonía geopolítica y de la competencia por el poder del siglo XIX; así como la lucha por la influencia en Asia Central entre dos imperios en expansión, como lo eran Gran Bretaña y Rusia.

La segunda guerra anglo-afgana (1878-80) fue provocada por la negativa de Amir ShirAli a aceptar una misión británica en Kabul. Este conflicto llevó a AmirAbdur Rahman al trono afgano. Durante el reinado de AmirAbdur Rahman (1880-1901), los británicos y los rusos establecieron oficialmente los límites de lo que se convertiría en el Afganistán de hoy. El final de la Segunda Guerra de Afganistán en 1880 supuso el inicio de casi 40 años de buenas relaciones entre Gran Bretaña y Afganistán bajo el liderazgo de Abdur Rahman Khan y Habibullah Khan, tiempo durante el cual los británicos pretendieron controlar la política exterior afgana mediante el pago de grandes sumas de dinero. Si bien el país permaneció independiente, bajo el Tratado de Gandumak (1879) se aceptó que en "asuntos externos " no tendría más relaciones que con la India" (Britannica, 2020), circunstancia que hacía clara referencia a una posible injerencia rusa. Por lo tanto, los británicos mantuvieron el control efectivo sobre los asuntos exteriores de Kabul durante años. Posteriormente, Afganistán permaneció neutral durante la Primera Guerra Mundial, a pesar del estímulo alemán al sentimiento anti-británico y la rebelión afgana a lo largo de las fronteras de la entonces India británica.

En la Ilustración 12 se detalla el origen de los problemas en la actualidad de Afganistán, que fue el inicio de lo que se puede llamar un juego geopolítico entre el Reino Unido y el imperio ruso de entonces. En 1839, por lo tanto, con la primera guerra anglo-británica da comienzo una lucha entre potencias por el control de Afganistán, dada su importancia geoestratégica. Esta competición fue clave para la posterior invasión de Afganistán por parte de la Unión Soviética en 1979. Una Unión Soviética que, en esa ocasión, no afrontaría como rival el imperio británico, sino que, en plena guerra fría, los Estados Unidos sería el

enemigo a batir. Sin embargo, antes de llegar a la guerra fría, Afganistán se enfrentaría al Reino Unido en la tercera guerra afgana.

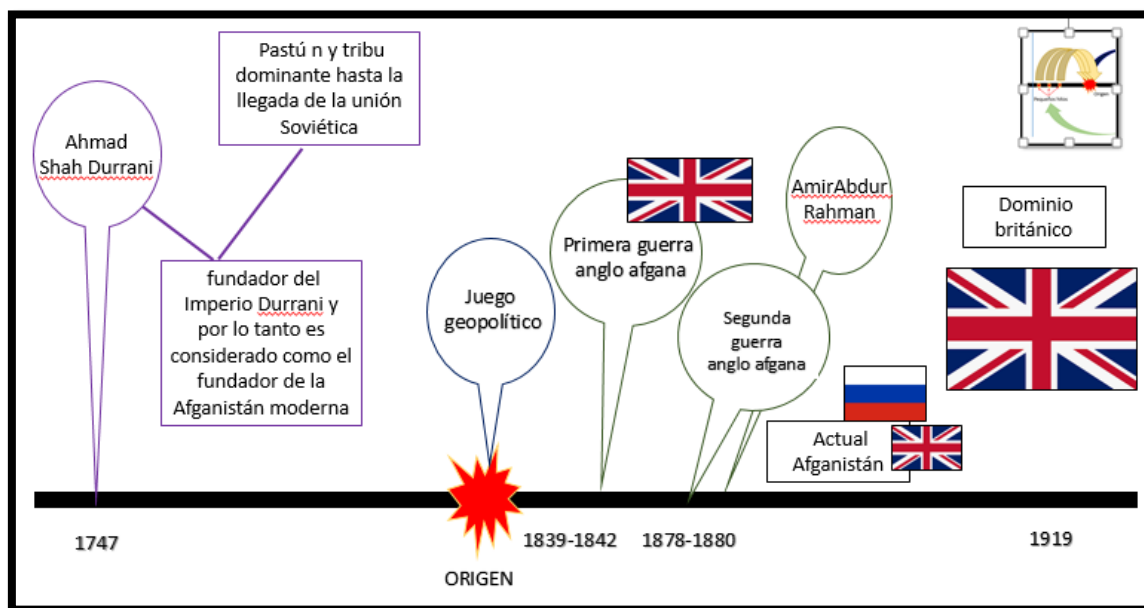


Ilustración 12: Afganistán siglo XVIII hasta 1919

En 1919, miembros de un movimiento anti-británico asesinaron a Habibullah, hijo y sucesor de Abdur Rahman. Consecuentemente, su tercer hijo, Amanullah, recuperó el control de la política exterior de Afganistán después de lanzar un ataque en contra de la India ese mismo año; lo que supondría la tercera guerra anglo-afgana. Después del conflicto, los británicos, exhaustos de la guerra, renunciaron al control sobre los asuntos exteriores de Afganistán, y firmaron el Tratado de Rawalpindi en agosto de 1919. En recuerdo de este evento, los afganos celebran el 19 de agosto como el día de la Independencia. Antes de firmar el Tratado de Rawalpindi con los británicos, los afganos celebraron un tratado de amistad con el nuevo régimen bolchevique de la Unión Soviética. Afganistán se convirtió así en uno de los primeros Estados en reconocer al gobierno soviético, desarrollando una “relación especial” entre los dos gobiernos que duró hasta diciembre de 1979, cuando la Unión Soviética invadió Afganistán.

En los años posteriores a la tercera guerra anglo-afgana, el rey Amanullah (1919-29) impuso una política para poner fin al tradicional aislamiento de su país. Para ello, estableció relaciones diplomáticas con la mayoría de los países de su entorno y, tras una gira de 1927 por Europa y Turquía (que había sido objeto de modernización y secularización bajo Ataturk), introdujo varias reformas destinadas a modernizar el país. Sin embargo, algunas de estas reformas, como la abolición del tradicional velo musulmán para las mujeres y la apertura de varias escuelas mixtas, alienaron a muchos líderes tribales y religiosos en contra de Amanullah. La debilidad del ejército bajo el gobierno de Amanullah puso aún más en peligro su posición; por lo que se vio obligado a abdicar en enero de 1929 después de que Kabul cayera ante las fuerzas lideradas por Bacha-i-Saqao, un guerrero tayiko. El príncipe Nadir Khan, primo de Amanullah, a su vez derrotó a Bacha-i-Saqao en octubre del mismo año. Con un considerable apoyo tribal pastún, Khan fue declarado como rey Nadir Shah. Sin embargo, cuatro años más tarde, un estudiante de Kabul, en busca de venganza, lo asesinaba.

Mohammad Zahir Shah, el hijo de 19 años de Nadir Khan, lo sucedió en el trono y reinó de 1933 a 1973; uno de los periodos más largos de estabilidad política en la historia moderna de Afganistán. En 1964, el rey Zahir Shah promulgó una Constitución liberal que preveía una legislatura bicameral a la que el rey designaba un tercio de los diputados. El pueblo afgano eligió otro tercio y las asambleas provinciales seleccionaron indirectamente al resto. Aunque el "experimento de la democracia" de Zahir produjo pocas reformas duraderas, permitió el crecimiento de partidos extremistas no oficiales tanto de derecha como de izquierda, en la que la Unión Soviética pudo influir notablemente. En lado izquierdo estaba el partido comunista, el Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA), que tenía ideologías cercanas a la Unión Soviética, y que tendría un papel protagonista en la futura invasión de la URSS.

En 1967, el PDPA se dividió en dos facciones rivales principales: la facción Khalq (Masses) encabezada por Nur Muhammad Taraki y apoyada por el ejército, y la

facción Parcham (Banner) dirigida por Babrak Karmal. La división reflejó profundas divisiones de tipo étnica e ideológica dentro de la sociedad afgana.

El primo de Zahir, Sardar Mohammad Daoud, fue su primer ministro de 1953 a 1963. Durante su mandato como primer ministro, Daoud solicitó asistencia militar y económica tanto de Washington como de Moscú e introdujo polémicas políticas sociales. El supuesto apoyo de Daoud a la creación de un Estado pastún en la zona fronteriza entre Paquistán y Afganistán aumentó las tensiones con Paquistán y, finalmente, fue sustituido en marzo de 1963. Pese a su destitución, la URSS ya había empezado a influir en numerosos líderes que, a posteriori, serían claves en la invasión rusa de Afganistán.

En medio de acusaciones de corrupción y malversación contra la familia real y las malas condiciones económicas causadas por la severa sequía de 1971-72, el ex primer ministro Daoud tomó el poder tras un golpe militar el 17 de julio de 1973. Daoud abolió la monarquía, derogó la Constitución de 1964, y se autoproclamó a sí mismo como primer presidente y primer ministro. Sus intentos de llevar a cabo reformas económicas y sociales muy necesarias tuvieron poco éxito, y la nueva Constitución promulgada en febrero de 1977 no logró sofocar la inestabilidad política crónica.

A pesar de la nueva Constitución y de la supuesta estabilidad política, la URSS no tardaría en entrar en escena; buscando explotar el creciente descontento de la población, el PDPA buscó el apoyo del régimen comunista de Moscú. Del 27 al 28 de abril de 1978, el PDPA ejecutó un golpe de Estado sangriento que resultó en el derrocamiento y muerte de Daoud y la mayor parte de su familia. Nur Muhammad Taraki, secretario general del PDPA, se convirtió en presidente del Consejo Revolucionario y primer ministro de la recién establecida República Democrática de Afganistán. La oposición al gobierno marxista surgió casi de inmediato; pues la ideología comunista chocaba con la identidad religiosa y tribal de la mayoría de las comunidades afganas. Esta reacción se debió en gran parte al hecho de que el PDPA impuso brutalmente un programa de "reforma" al estilo

marxista durante sus primeros 18 meses de gobierno, que colisionaba con numerosas tradiciones islámicas profundamente arraigadas. Dos civilizaciones chocaban profundamente; la islámica enraizada durante siglos en Afganistán y la influencia de la civilización ortodoxa que intentaba imponer el comunismo.

En el verano de 1978, una gran revuelta en la región de Nuristán, en el este de Afganistán, se convirtió en una insurgencia en todo el país. En septiembre de 1979, Hafizullah Amin, que anteriormente había sido primer ministro y ministro de Defensa, tomó el poder de Taraki después de un tiroteo en el palacio. Durante los siguientes dos meses, la inestabilidad plagó al régimen de Amin mientras actuaba contra los supuestos enemigos en el PDPA. Para diciembre de ese mismo año, la moral del partido se estaba desmoronando y la insurgencia estaba creciendo. La Unión Soviética actuó rápidamente para aprovechar la revuelta de abril de 1978. En diciembre de ese mismo año, Moscú firmó un nuevo tratado bilateral de amistad y cooperación con Afganistán; en el que el programa de asistencia militar soviética aumentó significativamente. La supervivencia del régimen dependía cada vez más del equipo y los asesores militares soviéticos y, con el tiempo, el ejército afgano comenzó a colapsar.

Ante una situación de seguridad cada vez más deteriorada el 24 de diciembre de 1979, un gran número de fuerzas aerotransportadas soviéticas, uniéndose a las miles de tropas soviéticas que ya estaban en el propio Afganistán, comenzaron a aterrizar en Kabul con el pretexto de unas maniobras militares. Dos días después, estas fuerzas de invasión mataron a Hafizullah Amin e instalaron a Babrak Karmal como primer ministro.

Tras la invasión, el régimen de Karmal, aunque respaldado por una fuerza expedicionaria de aproximadamente 120.000 soldados soviéticos, no pudo imponer su autoridad fuera de Kabul. Hasta el 80 por ciento del país afgano, incluidas partes de Herat y Kandahar, estaban fuera de un control gubernamental efectivo.

Una abrumadora mayoría de afganos se opuso al régimen comunista, ya fuese de forma activa o pasiva. Los "muyahidín" afganos⁶ (persona que hace el yihad) hicieron casi imposible que el régimen mantuviera un sistema de gobierno fuera de los principales centros urbanos. De acuerdo con el entonces Consejero de Seguridad Nacional de EE. UU Zbigniew Brzezinski, la ayuda de la CIA a los insurgentes en Afganistán fue aprobada oficialmente en julio de 1978 (Javert, 1998). La yihad fue incentivada por la administración Carter y la administración Reagan, que proporcionaron armamento militar, equipos modernos, información de inteligencia, recursos financieros y apoyo logístico a los muyahidines. Se estima que los Estados Unidos gastaron en apoyo a los muyahidines aproximadamente 40 mil millones de dólares, durante un periodo de 25 años (hiro, 1999); el juego geopolítico de la guerra fría abría un episodio clave en la historia reciente de Afganistán.

Como muestra del apoyo del gobierno americano a los muyahidines, el presidente Ronald Reagan dijo de ellos: "ver a los valientes afganos luchadores por la libertad contra modernos arsenales con simples armas de mano es una inspiración para aquellos que aman la libertad" (Ronald Reagan Presidential Library, 1987). Al principio de su resistencia se encontraban mal armados, pero en 1984 los "muyahidines" comenzaron a recibir una ayuda sustancial en forma de armas y entrenamiento de los Estados Unidos y otras potencias externas, como Arabia Saudí. Afganistán se convertía entonces en el centro de la lucha de dos imperios; la entonces rivalidad Británico-rusa pasaba a dar el relevo a la rivalidad entre dos potencias que se repartían el mundo: la Unión Soviética y los Estados Unidos. Sin embargo, los Estados Unidos estaban entrenando a quienes posteriormente serían sus mayores enemigos durante la invasión americana del 2001.

El descontento soviético y popular con el régimen de Karmal llevó a su disolución en mayo de 1986. Muhammad Najibullah, exjefe de la policía secreta afgana

⁶ Muyahidín es un vocablo que designa, en un contexto islámico, a la «persona que hace la yihad», es decir, «alguien que lucha por su fe»

(KHAD), reemplazó a Karmal. Najibullah se había ganado una reputación de brutal eficiencia durante su mandato como jefe de KHAD. Como primer ministro, sin embargo, Najibullah era ineficaz y dependía en gran medida del apoyo soviético. Socavados por divisiones profundamente arraigadas dentro del PDPA, los esfuerzos del régimen para ampliar su base de apoyo en el partido resultaron inútiles.

A mediados de la década de 1980, el tenaz movimiento de resistencia afgano, con la ayuda de Estados Unidos, Arabia Saudita, Paquistán y otros, suponía un alto precio a los soviéticos, tanto militarmente dentro de Afganistán, como también al complicar las relaciones de la Unión Soviética con gran parte del mundo occidental e islámico. Aunque las negociaciones informales para una retirada soviética de Afganistán se habían llevado a cabo desde 1982, no fue hasta 1988 que los gobiernos de Paquistán y Afganistán, con los Estados Unidos y la Unión Soviética como garantes, firmaron un acuerdo para resolver las principales diferencias entre ellos.

El acuerdo, conocido como los Acuerdos de Ginebra, incluía tres puntos significativos: los acuerdos exigían la no injerencia de Estados Unidos y la Unión Soviética en los asuntos internos de Paquistán y Afganistán; el derecho de los refugiados a regresar a Afganistán sin temor a persecución o acoso; y, lo más importante, un calendario que aseguró la retirada total de los soviéticos de Afganistán para el 15 de febrero de 1989. Entre 1979 y la retirada soviética de 1989 se perdieron unas 14.500 vidas soviéticas y un millón de afganos. En 2001, Milton Bearden resumía lo que fueron las intervenciones rusas y británicas cuando argumentaba que "si alguien reemplaza a un emir en Afganistán, tendrá que ser el propio pueblo de Afganistán. Cualquier duda respecto a esto se debe preguntar a británicos y rusos. (Bearden, 2001).

Paradójicamente, los muyahidines no fueron parte de las negociaciones hasta el acuerdo de 1988 y, en consecuencia, se negaron a aceptar los términos de los mismos. Esto fue un grave error que como resultado supuso una continuación

de la guerra civil, que no terminó con la retirada soviética en 1989. En cambio, la polaridad en Afganistán se intensificó. Los muyahidines que habían luchado ferozmente contra el imperio soviético sentían que no se les daba su merecido reconocimiento de años de resistencia y pérdida de vidas en el combate. El reconocimiento platónico del guerrero, el thymós, no se producía en el lado de los muyahidines que, en cierta medida, se sentía poco valorados a pesar de ser un elemento clave en la derrota soviética. Su percepción interior no correspondía con el reconocimiento exterior de la sociedad afgana ni de la comunidad internacional, hecho que explica las políticas de resentimiento y de revancha de sus sucesores, los talibanes.

El régimen de Najibullah, apoyado por la URSS, no se derrumbó hasta la desertión del general Abdul Rashid Dostam y su milicia uzbeka en marzo de 1992. Cuando los "muyahidines" victoriosos entraron en Kabul para asumir el control de la ciudad y el gobierno central; sin embargo, se produjo una nueva ronda de conflictos entre varias milicias, que habían coexistido con gran recelo entre ellas durante la ocupación soviética. Con la desaparición de su enemigo común, surgieron las diferencias étnicas, de clan, religiosas y de liderazgo de las milicias, y la guerra civil continuó. Ya no existía un enemigo común al que culpar; ahora empezaría a tomar el control de Afganistán un régimen mucho más radical y violento: los talibanes.

Con el fin de resolver estas diferencias, los líderes de los grupos "muyahidín" con sede en Peshawar acordaron a mediados de abril de 1992 establecer un Consejo de la Jihad Islámico interino de 51 miembros para asumir el poder en Kabul. El líder moderado, el profesor Sibghatullah Mojaddedi, presidiría el consejo durante tres meses, después de lo cual se establecería un consejo de liderazgo de 10 miembros compuesto por líderes "muyahidines" y presidido por el jefe del Jamiat-i-Islami y el profesor Burhanuddin Rabbani durante un período de cuatro meses. Durante este período, una Loya Jirga, o gran consejo de ancianos afganos, convocaría y designaría una administración interina para ocupar el poder por hasta un año, en espera de elecciones.

En mayo de 1992, sin embargo, Rabbani formó prematuramente el consejo, socavando la frágil autoridad de Mojaddedi. En junio, Mojaddedi se rindió al Consejo de Liderazgo, que luego eligió presidente a Rabbani. En agosto de 1992 estallaron intensos combates en Kabul entre las fuerzas leales al presidente Rabbani y las facciones rivales, en particular las que apoyaban al Hezb-i-Islami de Gulbuddin Hekmatyar. Después de que Rabbani convocara un consejo muy controvertido para extender su mandato en diciembre de 1992, los enfrentamientos en la capital estallaron en enero y febrero de 1993. El Acuerdo de Islamabad, firmado en marzo de 1993, que nombró a Hekmatyar primer ministro, no tuvo un efecto duradero. Un acuerdo posterior, el Acuerdo de Jalalabad, pedía el desarme de las milicias, pero nunca se aplicó por completo.

Después de meses de extrema violencia, a finales de 1994, una fuerza llamada Talibán, compuesta principalmente por refugiados pastunes y muyahidines que lucharon contra los soviéticos, pasó a primer plano en Afganistán, con la intención de instalar un gobierno islámico. Con una fuerte identidad arraigada de las continuas guerras de Afganistán y, ciertamente apartada de las decisiones políticas del país, los talibanes buscaban principalmente su reconocimiento por parte de la sociedad, que ellos consideraban como una deuda impagada después de los continuos esfuerzos y sacrificios contra el “enemigo invasor”. Los talibanes sentían que el orden internacional no respeta su identidad y costumbres centenarias y que Estados Unidos y sus aliados occidentales trataban de anularles; en el fondo su identidad choca profundamente con los principios occidentales de “la libertad del individuo y su derecho a elegir quien soy”. Debido a la falta de confianza en otras comunidades, los talibanes eliminaron sistemáticamente a todas las demás facciones y gradualmente tomaron el control de muchas de las provincias de Afganistán.

Inicialmente, muchos afganos dieron la bienvenida a los talibanes como una fuerza para unir el país y acabar con décadas de enfrentamientos sangrientos entre los distintos grupos tribales. Los talibanes intentaron promover una identidad nacional basada en la Sharia y en un fundamentalismo islámico muy

radical, por lo que pronto perdieron esa primera buena acogida. Ciertamente, los talibanes defendían postulados políticos y costumbres ancestrales que estaban arraigadas en gran parte de la sociedad afgana.

Existía, por lo tanto, una polaridad entre las continuas guerras contra los opresores extranjeros y aquellos que los habían apoyado, y los “verdaderos” indígenas genuinos de Afganistán que seguían los principios de la Sharia y no otros de imposición externa. Para conseguir una identidad nacional homogénea era necesario mantenerse firme en los principios más severos de la Sharia y los talibanes eran la comunidad perfecta para lograr ese objetivo. Aunque a los ojos de un occidental pudiera parecer un imposible, el islam se había mantenido en Afganistán durante siglos a pesar de las continuas invasiones de imperios de otras culturas; el islam podía utilizarse como una herramienta para unificar un país y dotarle de una identidad nacional. Sin embargo, esta sensación de unidad cambió drásticamente a lo largo de ese mismo año, ya que se emplearon duros castigos (incluidas ejecuciones) para imponer una estricta adhesión a un Islam fundamentalista.

En ausencia de un gobierno nacional, los servicios básicos eran inexistentes y la infraestructura estatal derrumbó casi por completo: en 1994, aproximadamente el 60% de las escuelas no tenían edificios. La falta de salarios regulares para la mayoría de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado significaba que dependían de robos y diversas formas de crimen organizado. Los muyahidines, vistos por muchos afganos como héroes durante la ocupación soviética, se convirtieron en impopulares y temidos por el caos que provocaron. El pillaje y los robos quedaban impunes y los talibanes implantaron una cultura del terror en la que salirse de la Sharia podía constituir el perder la vida.

En la Ilustración 13 se resume de forma gráfica la evolución política desde 1919 hasta la entrada del régimen Talibán. Como se puede observar, Afganistán nunca ha tenido un gobierno estable y ha estado influenciado, desde la caída del imperio británico, por la URSS y por EE. UU. En el siglo XX Afganistán ha vivido

decenas de conflictos tanto internos, que se pueden considerar como guerras civiles, como externos debido a las intromisiones de Estados poderosos como el Reino Unido o la Unión Soviética. Ninguno de estos Estados poderosos ha conseguido estabilizar Afganistán durante más de una década; durante todas sus invasiones los muyahidines han resistido al agresor externo, formando una identidad de protectores del país que, como tal, persigue el reconocimiento por el mundo exterior, circunstancia que nunca ha sucedido.

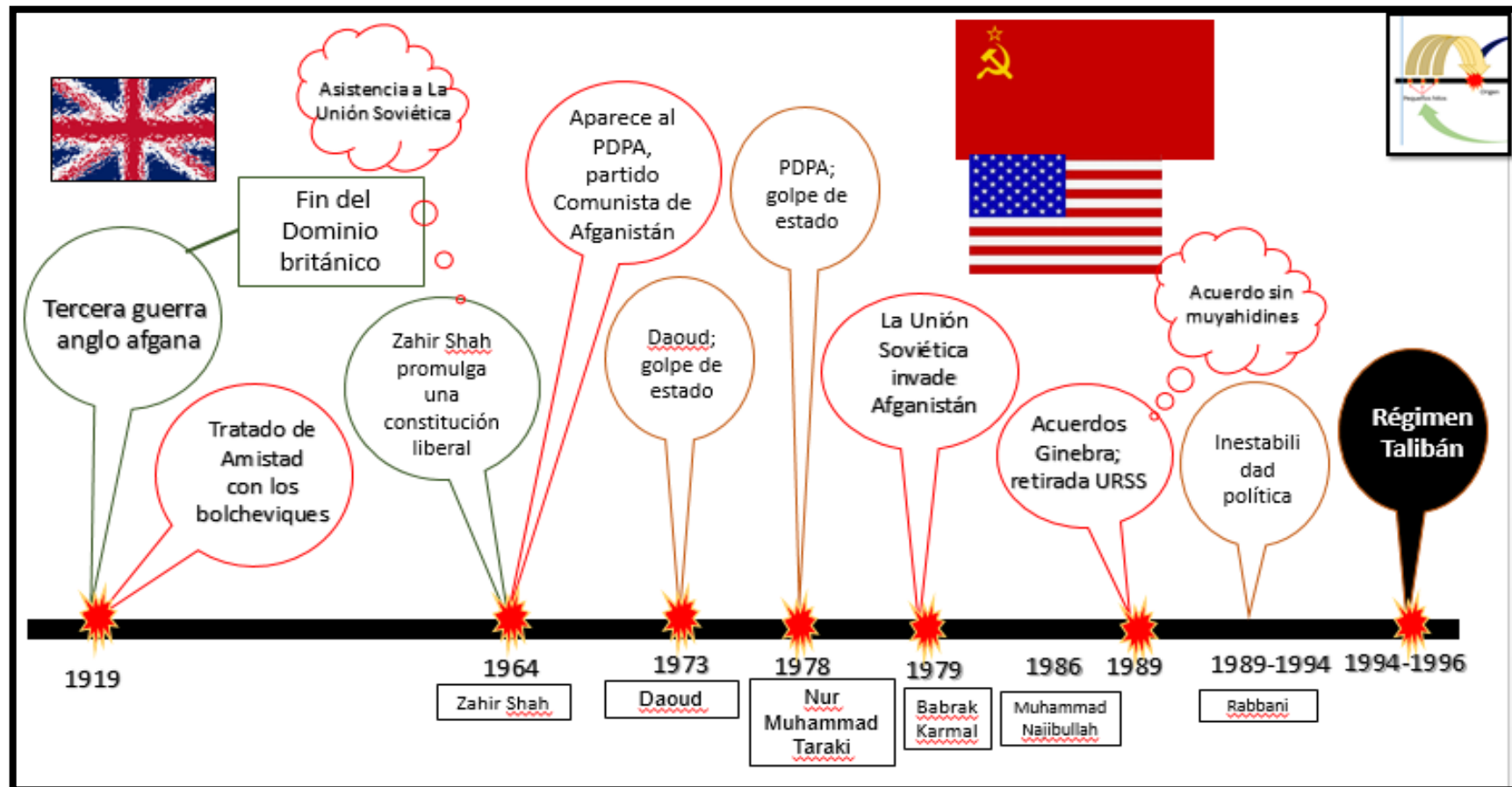


Ilustración 13: Evolución de Afganistán desde 1919 hasta el golpe de Estado Talibán

2.2 La reciente guerra civil de Afganistán.

El 27 de septiembre de 1996, después de múltiples ataques intensos y sangrientos en Kabul, los talibanes se apoderaban de la capital y expulsaban a los miembros del gobierno afgano. El entonces presidente Rabbani huyó y continuó gobernando el tercio norte del país con el resto de su gabinete. A partir de ese momento, las fuerzas anti-talibanes, especialmente la Alianza del Norte, comenzaban la lucha para recuperar el control del país. Ciertamente se producía un choque de identidades, una identidad basada en la interpretación radical de la Sharia y la otra en una interpretación más moderada. A pesar de la oposición a los talibanes, a principios de 1997, los talibanes habían ganado el control de aproximadamente el 90 por ciento del Estado afgano. El nombre del país se cambió oficialmente a Estado Islámico de Afganistán y también se cambió la bandera. Los símbolos más importantes del Estado tomaban una forma que daba una identidad especial al “nuevo” Afganistán. Los talibanes consolidaban el control de Afganistán a lo largo de 1998 y principios de 1999. En marzo de 1999, las fuerzas talibanes se apoderaban del área de Dara-e-Soof en la provincia norteña de Samangon, que estaban en manos de las fuerzas de oposición dirigidas por el tayiko Ahmad Shah Massoud, jefe de la Alianza del Norte.

Durante tres años, numerosos intentos de negociaciones entre los talibanes y las fuerzas de oposición no tuvieron éxito. Sin embargo, del 11 al 14 de marzo de 1999, Maulvi Wakil Ahmed Mutawakkil de los talibanes y Muhammad Younus Qanooni de la oposición de la Alianza del Norte se reunieron en Ashgabat, la capital de Turkmenistán. Allí llegaron a un acuerdo para intercambiar prisioneros de guerra y continuar las negociaciones de alto el fuego. Lo más importante es que también acordaron establecer un gobierno de coalición que representase a todas las partes. Sin embargo, a principios de abril de 1999, los talibanes anunciaban que no continuarían las conversaciones de paz, lo que provocó una oleada de violencia en todo el país. Después de años de lucha contra los soviéticos y una identidad muy fuerte basada en el fundamentalismo religioso,

los talibanes no podían aceptar gobernar con una comunidad a la que consideraban inferior, corrupta y abandonada de la mano de Dios.

Mientras tanto, los países vecinos y las organizaciones internacionales hacían un llamamiento a ambos lados del conflicto para reconciliar sus diferencias de forma no violenta. El “Grupo Seis más Dos”, formado por los países vecinos Paquistán, Tayikistán, Irán, China, Uzbekistán, Turkmenistán, Estados Unidos y Rusia, se reunió en Tashkent, Uzbekistán, a finales de julio para tener una reunión con los líderes talibanes y el ex gobierno de Afganistán en un esfuerzo por llegar a un acuerdo. La Declaración de Tashkent expuso que no había una solución militar al conflicto y pidió un alto el fuego y negociaciones inmediatas. Además, se intercambiarían prisioneros y se prometía ayuda humanitaria por parte de la Comunidad Internacional. Todos los miembros del Grupo de los Seis más Dos, excepto Turkmenistán, firmaron la Declaración de Tashkent. A pesar de las buenas intenciones, los talibanes no podían firmar el citado acuerdo; hacerlo sería confirmar que sus medios no estaban justificados y que la Jihad, de cierta forma, no era la mejor forma para conseguir sus objetivos políticos. Su identidad interior que se identificaba como los salvadores de Afganistán y de los líderes hacia la fe verdadera no se veía correspondida desde el exterior, que pedía que los talibanes firmaran un acuerdo en el que reconocían oficialmente que no eran los verdaderos herederos legítimos de Afganistán, sino que el control del país sería compartido con la etnia tayika.

A principios del año 2000, la guerra civil en Afganistán continuó sin una solución real a la vista. Los talibanes controlaban la mayor parte del territorio del país; sin embargo, debido a los importantes intereses de algunos de los vecinos de Afganistán en limitar la propagación del islam fundamentalista en Asia central, la oposición, encabezada por la Alianza del Norte, siguió recibiendo apoyo militar, económico y político. Tanto Estados Unidos como Rusia veían a los talibanes como un enemigo contra su seguridad y a Afganistán como un territorio en el que miles de terroristas podían ser entrenados sin control. Pese a ello, el aparato de la diplomacia talibán se puso en marcha, obteniendo numerosos apoyos y

permisos para abrir embajadas de numerosos países, incluidas democracias europeas.

El año 2000 resultó ser un año clave para el régimen talibán en Afganistán. Políticamente, el régimen avanzó rápidamente para obtener la aprobación tácita de los gobiernos de todo el mundo. Los representantes de los talibanes fueron recibidos por los principales gobiernos del planeta; abriendo embajadas en capitales clave. Funcionarios clave del régimen Talibán, en particular el ministro de Relaciones Exteriores Wakil Mutawakil, realizaron una serie de visitas a Europa en un intento por convencer a los gobiernos de la necesidad de levantar las sanciones impuestas por las Naciones Unidas en 1999.

La confrontación, entre Estados Unidos y los talibanes por un lado y entre Rusia y los talibanes por el otro, tomó un perfil más agudo cuando las dos mayores potencias del mundo culparon a los talibanes de apoyar actos de terrorismo y albergar a terroristas, por lo que presionaron a las Naciones Unidas para imponer medidas adicionales. Afganistán iba camino de convertirse en un santuario de terroristas y una amenaza grave para la seguridad mundial; por parte de los servicios secretos de las grandes potencias era de sobra sabido la buena relación entre los talibanes y grupos terroristas de primer orden, como Al Qaeda e incluso el Estado Islámico.

Por aquel entonces, Estados Unidos pidió a los talibanes que entregaran al empresario saudí Osama bin Laden, a quien Estados Unidos culpó por los mortíferos atentados perpetrados en Kenia y Tanzania en agosto de 1998, que se cobraron más de 300 vidas. Bin Laden llevaba años buscando venganza contra EE. UU a quien culpaba de la situación de desamparo que vivía Palestina, que cada vez tenía menos apoyo por parte de la administración americana. Bin Laden había estado viviendo en Afganistán durante cinco años bajo el refugio y la protección de los talibanes, que se habían negado a entregarlo a Estados Unidos diciendo que no había pruebas suficientes que lo relacionaran con los atentados. La disputa entre los Estados Unidos y los talibanes sobre este tema

ya había visto varios momentos críticos, especialmente en 1998 cuando aviones Estadounidenses bombardearon posiciones en Afganistán donde se suponía que se escondía bin Laden.

Rusia, por otro lado, acusó a los talibanes de apoyar a los rebeldes islámicos en la república de Chechenia, donde el ejército ruso estuvo librando una batalla con los separatistas musulmanes durante tres años. Rusia apuntó que varios de los combatientes chechenos fueron entrenados y armados en Afganistán y que varios mercenarios, de varios países islámicos de todo el mundo, también fueron entrenados en Afganistán y posteriormente enviados para luchar contra soldados rusos en Chechenia. Rusia culpaba al gobierno talibán de ser cómplice de entrenar a terroristas y de no tomar las medidas adecuadas para frenar esas actividades. Una vez más, los talibanes negaron estar involucrados, de ninguna de las maneras, en el asunto checheno.

Para resolver el conflicto, las dos potencias más poderosas del mundo recurrieron a las Naciones Unidas para "castigar" a los talibanes. Presentaron una resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU en la que pedían más sanciones contra el régimen talibán. La resolución pedía un embargo de armas contra los talibanes, el cierre de las oficinas de relaciones exteriores de los talibanes fuera de Afganistán, la congelación de los activos de los talibanes fuera del país y la prohibición de los viajes de funcionarios talibanes al exterior; además de endurecer la prohibición de vuelos internacionales a Afganistán. La resolución fue discutida calurosamente en el Consejo de Seguridad de la ONU, donde algunos países, en particular Francia, dudaban en aceptar nuevas sanciones contra los talibanes, alegando que las sanciones solo dañarían a la población afgana.

En este sentido, los franceses fueron acusados de defender sus intereses comerciales al oponerse a sanciones. Se alegó que Francia quería aprovechar los recursos petroleros masivos de Asia Central y utilizar el territorio de Afganistán para construir un oleoducto con el fin de transportar el petróleo y el

gas de la región a mercados deficientes en energía del sur de Asia. A pesar de estas acusaciones, Francia finalmente votó a favor de imponer nuevas sanciones, que incluían la prohibición de la venta de armas a los talibanes. Paquistán, el más firme partidario de los talibanes, también se opuso a las sanciones.

Por otro lado, también se creía que el ejército pakistaní estaba involucrado en el entrenamiento y el armado de los talibanes; unos talibanes que compartían la visión de la interpretación de la Sharia con sus vecinos del otro lado de la línea Durand. Paquistán, en defensa de los talibanes, defendió que nuevas sanciones podrían frustrar cualquier esfuerzo de paz y aislar aún más a los talibanes. Sin embargo, la postura de Paquistán estaba focalizada en mantener en el poder a un régimen contrario al indio; un régimen que bajo ninguno de los casos pudiera estrechar lazos con la India, enemigo desde décadas de Paquistán. China, miembro permanente del Consejo de Seguridad y fuerte aliado de Paquistán, se abstuvo en la votación, junto con Malasia. Indudablemente, un juego geopolítico se intuía en las Naciones Unidas, en la que el ciudadano afgano era el que más pagaba las consecuencias. Finalmente, las sanciones no lograban la unanimidad del Consejo de Naciones Unidas.

Mientras los talibanes avanzaban en la parte norte de Afganistán, los vecinos de del norte expresaron temores de que la batalla pudiera extenderse a Tayikistán, un pequeño Estado que limita con Afganistán en el norte. La región sufrió un duro golpe en el verano de 2000 cuando un grupo islámico, entrenado, armado y con base en Afganistán, atacó a las fuerzas gubernamentales en Kirguistán y Uzbekistán. Los ataques, aparentemente lanzados desde Tayikistán, tenían como objetivo crear un Estado Islámico independiente en el valle de Ferghana que atraviesa los tres países. Kazajstán, el mayor de los países de la región, acusó a los talibanes de financiar el terrorismo y el tráfico de drogas para difundir el extremismo islámico en toda la región. Para sorpresa de los talibanes, sus acciones en Afganistán también tenían sus consecuencias fuera de su área

geográfica, lo que proporcionaba quejas constantes de la comunidad internacional.

Mientras tanto, Rusia y la India formaron un grupo de trabajo conjunto sobre los talibanes. Ambos países tenían serios problemas debido a los militantes islámicos. Al igual que Rusia, la India se enfrentó a mercenarios de Afganistán que se infiltraron en la región de Jammu y Cachemira y lanzaron una "Jihad" contra el gobierno. El grupo de trabajo, que se formó durante la visita del presidente ruso Vladimir Putin a la India en octubre de 2000, se encargó de desarrollar sugerencias para contener a los talibanes y su influencia sobre los militantes. A pesar de ello, Rusia ya estaba trabajando en estrecha colaboración con las repúblicas de Asia Central como Kazajistán, Uzbekistán y Tayikistán para contener a los talibanes militarmente. Fruto de este trabajo, Rusia desplegó cerca de 20.000 de sus tropas en las fronteras del norte de Afganistán para evitar la infiltración de militantes islámicos de Afganistán en los países de Asia Central. Este intento de avanzar por parte de los talibanes hacia Asia central suponía un duro golpe para Rusia, pues Rusia considera a la mayoría de los países al norte de Afganistán como dentro de su influencia de seguridad.

En el frente occidental, Irán desplegó cerca de 50.000 soldados en su frontera con Afganistán como gesto de apoyo a la oposición afgana y también para ejercer presión militar sobre los talibanes. Los talibanes al ser sunitas y los iraníes chiitas tenían un resentimiento mutuo de años de desencuentros que la comunidad hazara, de creencia chiita, había pagado durante décadas. China también se interesó activamente en la situación debido a los problemas en su propia región autónoma de Xinxiang-Ughuir, dominada por musulmanes, que limita con Afganistán en el este. El gigante asiático también quería asegurarse de que los militantes islámicos ayudados por los talibanes que operaban en su territorio fueran contenidos.

El verano de 2000 fue testigo de una de las batallas más feroces de los últimos años; mientras tanto la comunidad internacional observaba con nerviosismo

cómo los talibanes lograban progresar rápidamente en el campo de batalla en las primeras semanas. Los talibanes lograron hacerse con el control del estratégico desfiladero de Takhar en el noreste de Afganistán y siguieron a esta victoria crucial con la conquista de la ciudad de Taloqan; esto suponía la mayor y más grave derrota para la Alianza del Norte, el grupo general de fuerzas anti-talibanes en Afganistán. Los talibanes intentaron mantener su impulso atacando el valle crítico de Panjsher, literalmente el último bastión de las fuerzas de oposición. Sin embargo, la oposición, liderada por Ahmed Shah Masoud, pudo rechazar el ataque de los talibanes y mantener su posición más fuerte en el país. Massoud se convertía en ese momento en un enemigo clave de los talibanes, circunstancia que pagaría con su vida posteriormente.

Massoud culpó de la caída de Taloqan y Takhar a la traición de la facción Gulbuddin Hekmatyar de la alianza y también al papel desempeñado por Paquistán en la última ofensiva talibán. Se sabía que Paquistán era el más firme partidario de los talibanes y supuestamente les proporcionó no solo apoyo político, sino también diplomático y armamentístico. Los funcionarios del Departamento de Estado de los Estados Unidos a menudo acusaron al ejército paquistaní de estar involucrado en las operaciones de los talibanes. Las derrotas de la Alianza del Norte dieron lugar a amplias consultas con líderes internacionales sobre su estrategia futura para contrarrestar los logros de los talibanes. Massoud se reunió con el caudillo uzbeko y otro oponente de los talibanes, Abdul Rashid Dostum, e Ismail Khan y Maulvi Atta Muhammad en la ciudad iraní de Mashad en octubre de 2000 para discutir la situación en las partes de Afganistán controladas por los talibanes.

Por otro lado, las victorias de la oposición también fueron significativas, ya que se creía que éstas habían recibido una cantidad significativa de ayuda táctica y militar de Rusia y otros países de la región. El rearme de la oposición se llevó a cabo a un ritmo febril tras las graves derrotas que los talibanes encajaron a la oposición a principios del verano de 2000. Como de costumbre, la población civil se llevó la peor parte de los combates entre los talibanes y la oposición; una

guerra sin cuartel en la que las víctimas eran los derechos humanos y la población civil. Por otro lado, Afganistán se enfrentaba a graves sequías debido a la falta de lluvias durante varios años, que influyó notablemente en la ya maltrecha economía afgana, provocando situaciones de extrema hambruna y precariedad por doquier.

2.3 El fallo democrático afgano.

En noviembre de 2000, el enviado especial de las Naciones Unidas para Afganistán, Francesco Vendrell, convenció a ambas partes de celebrar unas rondas de conversaciones de paz. La primera ronda se celebró en la capital turcomana, Ashgabat, el 11 de diciembre de ese mismo año. Las conversaciones, que finalmente resultaron ser conversaciones directas y cara a cara entre las facciones en guerra, duraron tres horas y se centraron en la necesidad de establecer un gobierno de coalición. También discutieron las posibilidades de un alto el fuego a largo plazo antes de establecer las condiciones previas para formar un acuerdo administrativo en el país. Por otro lado, los talibanes también advirtieron que si Naciones Unidas imponía sanciones adicionales, no participaría en ninguna iniciativa de paz posterior.

En febrero de 2001, el líder talibán Mohammed Omar ordenó la destrucción de todas las estatuas que existían en el país; definiendo las estatuas como anti islámicas debido a su significado religioso. Los talibanes identificaron dos gigantescas estatuas de Buda en la ciudad central afgana de Bamiyán como sus primeros objetivos. Las estatuas databan del período Maurya de la India del siglo III d.C. A pesar de los llamamientos de la comunidad internacional, incluidas las Naciones Unidas y la UNESCO, los soldados talibanes bombardearon las estatuas con fuego antitanque durante casi una semana, reduciendo a escombros el patrimonio cultural del país.

La destrucción de los Budas de Bamiyán resultó ser el último acto calculado de destrucción del patrimonio afgano por parte de los talibanes; destruyendo cualquier símbolo no islámico destruían también cualquier resquicio cultural que frenara la identidad de una nación basada en el fundamentalismo. A principios de septiembre de 2001, los talibanes lograron una gran victoria, cuando Ahmad Shah Massoud⁷, el jefe militar de la Alianza del Norte, resultó gravemente herido en un intento de asesinato. Dos musulmanes que se hicieron pasar por periodistas llevaron a cabo el ataque a Massoud, detonando una bomba que estaba escondida en la cámara de televisión que portaban los periodistas, lo cual provocó varias muertes e hirió de gravedad a Massoud, quien fue trasladado de inmediato a un hospital en el vecino Tayikistán. Massoud no sobrevivió a sus heridas y murió unos días después. A Massoud se le concedió un funeral de Estado, celebrado en su propia ciudad natal en el valle de Panjsher, al que asistieron miles de sus seguidores y los líderes de la Alianza del Norte.

La Alianza del Norte culpó a los talibanes por el asesinato y dijo que el complot había sido para hacer estallar a todo el liderazgo de la Alianza; los talibanes habían conseguido una gran victoria pues Massoud era un líder de prestigio internacional. La muerte de Massoud fue, con mucho, el revés más grave para la Alianza del Norte desde el comienzo del conflicto afgano. Fue Massoud, casi sin ayuda de nadie, quien dirigió las operaciones militares de la Alianza contra los talibanes desde el principio. Su muerte podría haber supuesto una completa derrota militar de la Alianza; los talibanes habían atacado el componente racional de la resistencia, todo un comandante en jefe en términos de Clausewitz. Muerto el comandante en jefe de la Alianza del Norte, los talibanes eran más fuertes que

⁷ Ahmad Shah Massoud es considerado como el principal líder contra el régimen talibán. Fue el jefe de la Alianza del Norte durante muchos años y de él se tienen opiniones muy confrontadas. Por un lado, sus seguidores lo juzgan como un líder muy moderado que buscaba un Afganistán próspero y con valores occidentales. Por otro lado, existen críticos que afirman que no era más que un señor de la guerra con numerosos asesinatos, crímenes de guerra, maltrato de prisioneros, etc., a sus espaldas. Fuera cual fuese la realidad, su asesinato fue un claro golpe a favor del régimen talibán. Fue declarado Héroe Nacional por el Presidente Hamid Karzai. En mayo de 2012 el Parlamento declaró en conmemoración a su muerte el día 9 de septiembre de cada año como Día de los mártires y Ahmad Shah Massoud.

nunca. En efecto, no sólo habría muerto un general incisivo y experimentado, sino que la muerte de Massoud también podría haber provocado disputas entre los líderes de la Alianza sobre la sucesión a Massoud. Sin embargo, no fue así. Los ataques terroristas del 11 de septiembre en los Estados Unidos iban a alterar drásticamente el equilibrio de poder en Afganistán; los talibanes siguiendo el código pastunwali no entregarían a Bin Laden a Estados Unidos, lo que posteriormente supondría su caída del poder en Afganistán. Para los talibanes entregar a Bin Laden era como rendirse a occidente, perder su thymòs, su deseo de reconocimiento interior, ante un Estado extranjero que, por si fuera poco, no respetaba los principios del islam como igual a sus valores liberales.

El presente de Afganistán no puede entenderse in profundizar en lo que fue la invasión americana después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Como es sabido, el 7 de octubre de 2001, una coalición de fuerzas internacionales, encabezada por Estados Unidos, declaró la guerra al gobierno talibán. Tras los ataques del 11-S, Estados Unidos y sus aliados llevaron a cabo una acción militar con el objetivo principal declarado de eliminar a Afganistán como refugio seguro para los terroristas internacionales o en palabras de George Bush: "la guerra contra el terror". Los abusos de los derechos humanos que fueron muy publicitados por occidente, en particular su trato a las mujeres, también ayudaron a reforzar el apoyo público y político a la guerra contra el terror.

Tan pronto como sucedieron los ataques mortales en Nueva York y Washington D.C., la atención se focalizó hacia el régimen talibán de Afganistán, que había estado albergando y protegiendo a Osama bin Laden; el hombre más buscado en Estados Unidos incluso antes de los ataques a las torres gemelas. En cuestión de días, investigadores y expertos de la CIA de Estados Unidos se centraron en bin Laden como el líder de los ataques. En breve, Estados Unidos acusó a bin Laden y su red terrorista Al-Qaida de planear y ejecutar los ataques mortales que se cobraron miles de vidas. Consecuentemente, Estados Unidos instó al régimen talibán a entregar a Bin Laden para que pudiera ser juzgado en

suelo americano por los actos terroristas. Sin embargo, los talibanes rechazaron la demanda. Primero argumentaron que bin Laden no tenía ni los medios ni la tecnología para llevar a cabo los ataques terroristas de tan elevada envergadura. Los talibanes también apuntaron que como bin Laden era un invitado, y siguiendo el código pastunwali de los pastunes, no se le podía obligar a salir del país. Aunque este es un punto poco discutido en el ámbito académico, tal y como se detalla en 4.4.1, el citado código prohíbe “echar de su casa” a una persona que haya sido invitada, aunque ésta sea culpable de un delito; y este era el argumento que los talibanes esgrimían para proteger a bin Laden.

Los talibanes también resistieron la creciente presión de sus pocos aliados en el mundo - Paquistán, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos - para cooperar con las autoridades Estadounidenses. Hacia finales de septiembre, los talibanes comunicaron que celebrarían una reunión de líderes religiosos para decidir el destino de bin Laden. La reunión finalmente decidió dejar en manos de bin Laden si quería salir o no de Afganistán. El estancamiento diplomático y político con los talibanes llevó a Estados Unidos y sus aliados a buscar la opción militar. Estados Unidos y Gran Bretaña comenzaron a enviar sus fuerzas a la región; miles de soldados, a bordo de sus barcos o transportados por aviones, fueron transportados desde bases tan lejanas como Bahrein, Corea del Sur y el sudeste asiático. Estados Unidos también utilizó bases en Turquía para prepararse para los eventuales ataques. Mientras la coalición liderada por Estados Unidos se preparaba para “entrar en escena”, también lo estaban las fuerzas anti-talibanes, especialmente la Alianza del Norte, que finalmente veían una posibilidad real de derrocar a los talibanes.

El actor principal de las fuerzas anti-talibanes, la Alianza del Norte, cooperó con el ejército americano en su objetivo de derrocar a los talibanes. Ahora, más que nunca, tenían opciones reales de llegar al poder en Afganistán. La Alianza ofreció recursos de inteligencia y pidió un esfuerzo de guerra coordinado contra los talibanes. La Alianza del Norte y otras fuerzas anti-talibanes también ofrecieron miles de soldados para enfrentarse a los talibanes en batallas terrestres; algo

para lo que ni Estados Unidos ni sus aliados estaban preparados al principio de la campaña.

La acción militar de las fuerzas Estadounidenses fue mínima, básicamente ésta se basó en apoyo aéreo a unidades indígenas de la Alianza del Norte. A los pocos días del comienzo de la guerra, la mayoría de los talibanes huyeron a Paquistán o se ocultaron entre la población local. La estrategia militar americana se basó en ataques aéreos a objetivos clave junto con un pequeño número de fuerzas de operaciones especiales Estadounidenses que apoyaban a las facciones indígenas anti-talibanes. En noviembre de 2001, la Alianza del Norte ocupó Kabul y los talibanes se trasladaron a Kandahar el mes siguiente. En otoño e invierno de 2001, las noticias internacionales mostraron imágenes de afganos jubilosos celebrando la caída de los talibanes. En mayo de 2003, Estados Unidos anunció el fin de las principales operaciones de combate; comenzaba un escenario asimétrico en el que no siempre gana el más poderoso y en el que una estrategia bien definida era clave para el éxito de la misión.

2.4 La guerra contra el terror

“El ataque tuvo lugar en suelo Estadounidense, pero fue un ataque al corazón y al alma del mundo civilizado. Y el mundo se ha unido para librar una guerra nueva y diferente, la primera, y esperamos que sea la única, del siglo XXI. Una guerra contra todos aquellos que buscan exportar el terror y una guerra contra los gobiernos que los apoyan o protegen”.

Presidente George W. Bush, 11 de octubre de 2001

El 7 de octubre de 2001, casi un mes después de los ataques terroristas de Estados Unidos, Estados Unidos y Gran Bretaña entraban en guerra contra el régimen talibán y Al-Qaida. Los primeros ataques se lanzaron desde barcos Estadounidenses y británicos que se habían trasladado al Mar Árabe, al sur de

la costa de Paquistán. Tal y como se podía intuir en las declaraciones del entonces presidente norteamericano George Bush, la estrategia americana se centró casi exclusivamente en el derrocamiento del régimen talibán, bajo la excusa de la “guerra contra el terror” y la búsqueda de bin Laden.

El presidente de Estados Unidos, George W. Bush, utilizó por primera vez el término "guerra contra el terrorismo" el 16 de septiembre de 2001, y luego "guerra contra el terror" unos días después en un discurso formal ante el Congreso (Bush, Address to a Joint Session of Congress and the American People, 2001). En el último discurso, George Bush declaró: "nuestro enemigo es una red radical de terroristas y todos los gobiernos que los apoyan" (Bush, Transcript of President Bush's address to a joint session of Congress on Thursday night, September 20, 2001, 2001). El término se usó inicialmente para enfocarse en los países asociados con al-Qaeda. Los objetivos de la campaña eran principalmente grupos armados fundamentalistas islámicos sunitas, siendo los grupos más destacados Al-Qaeda, el Estado Islámico, los talibanes, Tehrik-i-Taliban en Paquistán y diversos grupos terroristas con relaciones con los anteriores.

Quizás la frase que mejor resume la estrategia norteamericana en Afganistán es la pronunciada ante el Congreso por George Bush: “Nuestra guerra contra el terrorismo comienza con Al Qaeda, pero no termina ahí. No terminará hasta que todos los grupos terroristas de alcance mundial hayan sido encontrados, detenidos y derrotados” (Bush, Address to a Joint Session of Congress and the American People, 2001). En otras palabras, la estrategia inicial americana se basaba en la derrota militar del adversario; una estrategia insuficiente para reconstruir un país asolado por siglos y siglos de invasiones y guerras civiles.

Desde un punto de vista exclusivamente militar, la guerra contra el régimen talibán fue bastante fácil para el ejército americano. Con la ayuda de bombardeos de precisión de las fuerzas aéreas estadounidenses, la Alianza del Norte pudo “cantar” victoria en cuestión de días. Sin embargo, los rápidos avances logrados

por la Alianza del Norte sobre el terreno en Afganistán no eran el tipo de noticias que Paquistán deseaba escuchar. Las relaciones entre la Alianza del Norte y Paquistán siempre habían sido frías o abiertamente hostiles debido al supuesto papel desempeñado por Paquistán en el armado y entrenamiento de los talibanes. Al ver los logros militares de la Alianza del Norte, el presidente de Paquistán, Pervez Musharraf, comenzó a expresar temores sobre la estabilidad de Afganistán, afirmando que Paquistán deseaba un gobierno amigo en Kabul; este gobierno amigo era, paradójicamente, el formado por una etnia pastún y no por la etnia tayika que dominaba la Alianza del Norte. Para calmar los temores de Paquistán, Estados Unidos instó a la Alianza del Norte a no entrar en Kabul hasta que se hubiera formado un gobierno interino para reemplazar a los talibanes. Sin embargo, la maquinaria militar de la Alianza del Norte continuó su marcha y el 13 de noviembre Kabul cayó ante la Alianza, haciendo realidad los peores temores de Paquistán. La influencia de Paquistán sería una constante en el conflicto en Afganistán, siendo acusado en numerosas ocasiones por parte del presidente de Afganistán, Karzai, de dar apoyo logístico y militar a los talibanes.

2.5 Afganistán después de la caída de los Talibán; el inicio de una gobernanza fallida.

La caída de Kabul precipitó los esfuerzos internacionales para encontrar un régimen interino que fuera aceptable para todos y traer estabilidad a un Afganistán devastado por la guerra y hasta, por lo menos, que el país pudiera celebrar elecciones democráticas. Unas elecciones democráticas que serían el primer paso para legitimar un Estado fallido sin la identidad política necesaria de sus ciudadanos. Para democratizar el proceso, las Naciones Unidas invitaron a varias facciones afganas a comenzar las negociaciones sobre la estructura y composición de una administración interina en Afganistán. En el proceso quedó claro que la Alianza del Norte tendría una participación significativa, lo que llevó

a Paquistán a enfatizar una vez más la necesidad tener una administración interina "bien representada" que reflejara la verdadera composición de la sociedad afgana. Paquistán esperaba poder incorporar a líderes pastunes pro Paquistán a la administración transitoria. Paquistán sería un factor a tener muy en cuenta en toda la negociación para el proceso democrático y, en la línea Durand, un claro refugio para tanto excombatientes como para terroristas y su entrenamiento.

Las negociaciones para un gobierno post-talibán en Afganistán comenzaron en la ciudad alemana de Bonn en la última semana de noviembre. Las cuatro principales facciones afganas opuestas a los talibanes asistieron a las conversaciones; los talibanes quedaban fuera de los acuerdos de reconstrucción del país, lo que suponía un incorregible error durante las negociaciones de Bonn. Las negociaciones tuvieron un comienzo difícil ya que las posiciones y los intereses de las cuatro facciones (pastunes, uzbekos, tayikos y hazaras) a menudo entraban en conflicto. Cada uno de los grupos quería tener el máximo poder en el gobierno interino y, por supuesto, varios líderes competían por el codiciado puesto de jefe del gobierno de transición. Además, grupos influyentes como la Alianza del Norte querían tener tantos puestos importantes en el gabinete como fuera posible.

Las discusiones por la formación de gobierno, que duraron más de una semana, finalmente dieron como resultado un acuerdo el 4 de diciembre. Los pactos marcaban un marco legal y político para una administración post-talibán y asentaban las bases para una Constitución con una clara influencia occidental que entraría en conflicto con costumbres centenarias de una gran parte de la sociedad afgana más conservadora. Después de numerosos intentos por todas las partes, las delegaciones que representan a la Alianza del Norte, los exiliados leales al ex rey Mohammad Zahir Shah y otros grupos de exiliados firmaron un acuerdo que establecía un consejo de gobierno interino de 29 miembros.

A diferencia de la mayoría de los acuerdos de paz, Bonn no obligó a las facciones en guerra a deponer las armas; no siguió la doctrina de Naciones Unidas del DDR (Desmovilización, Desarme y Reintegración); tampoco instituyó un proceso para establecer la verdad o la rendición de cuentas por crímenes pasados. Más bien, marcó una clara continuación de una política de captación de “señores de la guerra” para lograr los objetivos Estadounidenses y de occidente. Estos señores de la guerra, a falta de una implantación de una misión DDR de la ONU, siguieron disfrutando de ejércitos de mercenarios y del poder local basado en el favoritismo y fragantes injusticias que contrariaban los principios de la Constitución afgana. Por otro lado, Al Qaeda y los talibanes fueron excluidos de este proceso y muchas de las facciones anti-talibán seguían siendo armadas por Estados Unidos para luchar contra los terroristas.

El acuerdo de Bonn legitimó aún más a estos señores de la guerra otorgándoles posiciones prominentes y poder dentro del gobierno interino; fue como legalizar a delincuentes con el propósito de instaurar rápido una democracia con tintes occidentales. Un atajo que traería consecuencias nefastas durante los siguientes años en Afganistán. Aunque hubo intentos de incluir disposiciones en el acuerdo de Bonn que negarían la amnistía a los criminales de guerra, muchos participantes de Bonn (incluidos aquellos que serían vulnerables a una investigación) bloquearon tales medidas (OXFAM, 2009). El más que probable motivo de esta oposición es que ellos mismos también habían cometido crímenes de guerra y, evidentemente, no querían rendir cuentas por sus delitos. Por si fuera poco, también se bloqueó con éxito cualquier disposición que exigiera el desarme de los ejércitos de mercenarios (Barnett Rubin, 2003). Como resultado, el texto del acuerdo de Bonn no contenía ninguna referencia a ningún acuerdo para desarmar y desmovilizar a los combatientes⁸. En junio siguiente,

⁸ Aun así, se iniciaron dos procesos de desarme y desmovilización de combatientes: Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) y Disolución de Grupos Armados Ilegales (DIAG). El proceso de DDR desarmó a unos 60.000 excombatientes desde 2003, aunque el mismo ha sido criticado por la corrupción y la debilidad de las medidas de reintegración. DIAG, que tenía como objetivo disolver los grupos armados ilegales para 2007, tuvo aún menos éxito. Se disolvieron

una Loya Jirga⁹ de "emergencia" proporcionó información representativa en el gobierno de transición. La autoridad y la Constitución afgana se aprobaron en enero de 2004. Paradójicamente, la propaganda occidental tildaba el proceso como un éxito de la democracia.

2.5.1 El gobierno Transitorio de Afganistán

Las facciones que formaron parte de la Loya Jirga acordaron que el nuevo jefe de la administración interina de Afganistán fuera un miembro de una tribu de Kandahar, que hablaba inglés con fluidez, que había estudiado en el extranjero y dirigido tropas en su tierra natal contra la milicia islámica. Sin embargo, Hamid Karzai, inicialmente había apoyado la creación de los talibanes en 1994 como una alternativa a la anarquía de los señores de la guerra que gobernaron su natal Kandahar. En 1995, los talibanes le pidieron a Karzai que fuera su representante permanente en las Naciones Unidas. En ese momento, Karzai se apartó del movimiento religioso porque según él estaba muy influenciado por Paquistán.

Durante la ocupación soviética de Afganistán en la década de 1980, Karzai buscó asilo político en Paquistán. Cuando los insurgentes islámicos tomaron el poder del régimen pro-Moscú en 1992, Karzai se convirtió en viceministro de Relaciones Exteriores de Afganistán; considerado como un puesto en el exilio. Karzai dejó el gobierno de Rabbani en los primeros años, desilusionado por las disputas entre los grupos del gobierno.

menos de 400 grupos armados; se estima pueden haber 3.000 grupos armados ilegales activos en Afganistán; <http://www.crisisgroup.org/home/index.cfm?id=3290&l=1>

⁹ Una loya jirga (pashto: لویجر لویه, "gran asamblea") es un tipo especial de jirga, o asamblea legal, en pashtunwali, el código de leyes tradicional del pueblo pastún. Se organiza principalmente para elegir un nuevo jefe de Estado en caso de muerte súbita, adoptar una nueva Constitución o resolver problemas nacionales o regionales. Es anterior a las leyes escritas o fijas de la actualidad y es favorecido principalmente por el pueblo pastún, pero en menor medida por otros grupos cercanos que han sido influenciados por pastunes. En Afganistán, las loya jirgas se han organizado desde al menos principios del siglo XVIII, cuando las dinastías Hotaki y Durrani se asentaron en el poder.

Las facciones de la Loya Jirga acordaron pedir al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que considerase el despliegue de una fuerza de seguridad internacional. El acuerdo también preveía que los combatientes afganos finalmente se integraran en un ejército afgano regular. Zahir Shah, ex rey de Afganistán y líder de una de las facciones, expresó su satisfacción con el acuerdo negociado por las Naciones Unidas y regresó a Kabul a principios de 2002. El acuerdo estipulaba que Zahir Shah debía establecer en seis meses una Loya Jirga, o gran consejo tradicional, para trazar el futuro del país. El ex rey no tendría un cargo oficial, pero el rol de convocante subrayaba su condición de “padre de la nación”. Zahir Shah, que proviene del principal grupo étnico pastún de Afganistán, fue derrocado del poder en un golpe incruento en 1973 y había vivido exiliado en Italia desde entonces.

Mientras tanto, después de semanas de numerosos debates y discusiones, la Alianza del Norte y las otras facciones afganas acordaron permitir que una fuerza internacional de mantenimiento de la paz se desplegara en Afganistán para garantizar la paz y también para brindar seguridad a la nueva administración interina. Los líderes afganos habían retrasado la entrada de la fuerza multinacional diciendo que no querían ninguna presencia militar extranjera en Afganistán y que las fuerzas militares afganas serían suficientes para garantizar la paz. Sin embargo, la comunidad internacional, especialmente Estados Unidos y Gran Bretaña, no estaban de acuerdo con ese planteamiento; fundamentalmente por el miedo a que Afganistán cayera en manos de organizaciones terroristas. Finalmente, se acordó permitir una fuerza de mantenimiento de la paz de 5000 soldados en Afganistán, pero con una acción limitada para mantener la paz y ayudar a la administración afgana a conservar la ley y el orden en el país. Las fuerzas de mantenimiento de la paz reunidas para este propósito fueron dirigidas por Gran Bretaña incluían miembros de las fuerzas armadas de varios otros países, incluidos Francia y Alemania.

Las fuerzas de Estados Unidos también tomaron el control de instalaciones clave en todo el país y establecieron su base principal en la base aérea de Bagram, en

las afueras de Kabul. El secretario de Estado de Estados Unidos, Colin Powell, afirmaba que "en el futuro previsible, los Estados Unidos mantendrán una presencia militar y seguirán "persiguiendo a Al-Qaida, los talibanes y Osama bin Laden". Una vez más, la estrategia americana se basaba en la derrota de los grupos terroristas; en otras palabras, una estrategia basada en la seguridad.

A pesar del entusiasmo reinante, las dos primeras tareas del gobierno interino de Karzai requerían un esfuerzo titánico: conservar la unidad en el gobierno en el país, y mantener la paz en un país devastado por la guerra y fracturado, donde la amargura arraigada en el período del régimen talibán estaba lejos de olvidarse. Un país en que la palabra gobernanza era inexistente e irrealizable en un futuro cercano, donde los servicios básicos no existían y donde la población más joven no tenía ningún tipo de trabajo. La única salida para subsistir era el tráfico de drogas o unirse a la resistencia talibán, que si disponía de medios económicos para captar personal. La seguridad era importante, pero ni mucho menos bastaba en un escenario muy tribal de etnias divididas que habían protagonizado guerras civiles y que se miraban con recelo las unas a las otras.

Mantener la unidad del gobierno requeriría un acto de equilibrio muy duro por parte de Karzai; el gobierno estaba compuesto por una colección de varios grupos y tribus cuyos intereses no siempre podían coincidir y, a veces, eran completamente antagónicos. Incluso antes de que el gobierno se hiciera cargo, las tensiones entre varios grupos se hicieron evidentes en varios aspectos. Además, existían grupos de presión muy poderosos, también denominados lobbies, que tenían que ser controlados por Karzai. El más importante de ellos era el lobby de los narcóticos. En los últimos tiempos, Afganistán se había convertido en uno de los mayores productores de heroína y los talibanes solían utilizar el dinero de la droga tanto para financiar la compra de armas como para sobornar a los líderes de la oposición. Ahora, cuando Karzai trató de eliminar la producción de la "amapola" afgana, se vio obligado a enfrentarse a milicias narcotraficantes muy poderosas. Esta prometía ser otra área en la que el gobierno afgano finalmente requeriría asistencia internacional.

En junio de 2002, Hamid Karzai fue elegido por la Loya Jirga como nuevo jefe interino del país; la reconstrucción de la infraestructura del país y el mantenimiento de la estabilidad política serían sus responsabilidades más importantes en un país que estaba entre los cinco países más pobres del mundo. La comunidad internacional, obsesionada con mantener la seguridad y evitar que Afganistán cayera en manos de terroristas no acertaba en analizar las profundas divisiones en la sociedad afgana.

En la cumbre en Alemania en diciembre de 2002, Karzai diseñó sus planes para un ejército nacional, compuesto por alrededor de 70.000 soldados. Un año después de la caída del régimen talibán en Afganistán, Karzai también señalaba que la ayuda internacional era necesaria para lograr estos fines y, en última instancia, crear estabilidad en Afganistán. Además de las cuestiones de seguridad, Karzai explicó que Afganistán también necesitaba una infraestructura financiera, económica y judicial; un marco constitucional dentro del cual pudieran desarrollarse las elecciones de 2004; un programa para hacer frente a las drogas ilícitas; un sistema para investigar los abusos contra los derechos humanos; y una solución al creciente problema de los refugiados. En otras palabras, Karzai estaba reclamando ayuda para formar un Estado basado en la gobernanza, en el que la seguridad e infraestructuras eran claves pero no los únicos elementos imprescindibles. Pese a ello, la OTAN enfocaría todo su poder militar en el mantenimiento de la seguridad, lo que en última instancia provocaría una mayor polarización del régimen talibán.

En su primera misión fuera de Europa, la OTAN asumió el control del mantenimiento de la paz en Afganistán y comenzó su misión en la ciudad capital de Kabul en agosto de 2003. La participación de la OTAN fuera de Europa no tenía precedentes, pero ilustraba un cambio de orientación de la defensa a hacer frente a la amenaza del terrorismo internacional. La OTAN debía liderar los esfuerzos de mantenimiento de la paz de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés) de forma indefinida. Las

actividades de la ISAF en Afganistán, bajo un mandato de las Naciones Unidas, se limitaban a la capital y estaban bajo el control de Alemania y los Países Bajos.

Con la apertura de la "Loya Jirga" o Gran Asamblea el 14 de diciembre de 2003, 500 delegados de todo Afganistán empezaron a discutir sobre la nueva Constitución del país. La reunión fue convocada por el ex rey del país, Zahir Shah. Los delegados incluyeron una gran cantidad de actores políticos afganos, como ex comunistas, combatientes muyahidines, líderes tribales y exiliados; todos los grupos posibles menos los talibanes que habían sido bloqueados por Estados Unidos principalmente. Después de un breve período de conversaciones, comenzaron las diferencias. En particular, hubo una división sobre la cuestión de si la presidencia de Afganistán debería mantenerse como la principal fuente de poder político o, si el poder presidencial debería equilibrarse con el de un parlamento. Sin embargo, para la primera semana de 2004, la Loya Jirga de Afganistán aprobó la nueva Constitución del país, que preveía una presidencia fuerte centralizada y, supuestamente, consolidaba el proyecto de Estado-nación étnicamente diverso. Aunque no se hizo público, la influencia de occidente era evidente. Como se detalla en 4.1.1, el proyecto comenzaría a rodar con la aprobación de una Constitución que declaraba a Afganistán como una república islámica cuya religión oficial era el islam y sus tradiciones las marcadas por la Sharia y, a su vez, dedicaba todo un capítulo a los derechos humanos de claro tinte occidental. A pesar de la "democratización" de la Constitución afgana, la misma estaba llena de contradicciones con la tradición más conservadora afgana y con la propia Sharia.

2.5.2 Primeras elecciones pos Talibán.

En octubre de 2004, finalmente, tuvieron lugar las primeras elecciones presidenciales en Afganistán. Durante el período previo a las elecciones se registró un considerable aumento de la violencia; un intento a la desesperada de los talibanes de hacer fracasar el proceso. Durante meses, civiles y distintas

ONGs fueron atacadas por facciones talibanes, quienes intentaron implementar algún tipo de rechazo a las elecciones respaldadas por Estados Unidos y occidente. En un país como Afganistán, con un alto nivel de analfabetismo, los votantes tuvieron que aprender sobre los procedimientos electorales a través de dibujos animados y carteles explicativos. Debido al gran número de refugiados en Paquistán e Irán, muchos de los votos se tuvieron que hacer por correo, y hubo ataques dirigidos contra numerosas mujeres que votaban en las urnas. La resistencia de una gran parte de la sociedad a las elecciones, liderada por los talibanes, comenzaba a tomar forma en Afganistán.

El día de las elecciones, a pesar de la violencia registrada semanas antes de la votación, los afganos acudieron a las urnas para elegir una legislatura “democrática”. Dos días antes, más de 20 personas murieron por ataques suicidas de facciones del derrocado régimen talibán. Desde la comunidad internacional, las elecciones legislativas fueron vistas como el último paso oficial en el proceso de democratización que comenzó con la ofensiva liderada por Estados Unidos en Afganistán, que expulsó del poder al régimen fundamentalista talibán. El presidente Hamid Karzai afirmaba: "Estamos haciendo historia. Es el día de la autodeterminación para el pueblo afgano. Después de 30 años de guerras, intervenciones, ocupaciones y miseria, hoy Afganistán está avanzando, haciendo una economía, creando instituciones políticas".

A pesar de las palabras de Karzai, las elecciones de Afganistán no fueron todo lo “limpias” que suponen un proceso democrático. Días después, hubo numerosas acusaciones de fraude por parte de los candidatos que se oponían a Karzai; afirmando que la tinta que se ponía en manos de los votantes para mostrar que habían votado podía ser fácilmente lavada, lo que suponía un claro fraude electoral debido a que muchos de ellos votaban dos veces. Además estaba claro que muchos de los votantes desconocían el sentido del voto e incluso qué candidatos se presentaban (The Guardian, 2004). A pesar de las evidentes fallas, muchos candidatos retiraron sus demandas para un nuevo recuento, confiando en los informes generalmente positivos por parte de

observadores internacionales. Sin embargo, las Naciones Unidas pidió una investigación sobre posibles irregularidades y posteriormente certificó los resultados. A finales de octubre de 2004, se hizo evidente que, Hamid Karzai, había ganado la presidencia en las primeras elecciones democráticas de Afganistán, con más del 55 por ciento de los votos emitidos a su favor. Los rivales reconocieron la derrota, la endeble democracia afgana comenzaba a dar sus primeros pasos.

En diciembre de 2005, Afganistán celebró su sesión inaugural de la nueva legislatura en la capital, Kabul, por primera vez en más de 30 años. La presencia de mujeres parlamentarias era motivo de consternación entre los políticos conservadores, mientras que a otros no les complacía la presencia de “señores de la guerra” en el cuerpo legislativo; ciertamente, existía una elevada polaridad con la presencia de mujeres en la cámara, circunstancia que jamás había sucedido en la historia de Afganistán y que muchos consideraban como una interferencia de occidente en asuntos de la identidad afgana. Sin duda, la diversidad de representantes presentaba desafíos para el futuro del Estado de Afganistán. La sesión inaugural comenzó con una lectura del Corán y también un breve discurso del ex rey Zahir Shah, derrocado en un golpe de Estado en 1973. A la breve sesión inaugural asistieron el vicepresidente de los Estados Unidos, Dick Cheney, así como varios otros dignatarios extranjeros.

2.5.3 Un inicio sin identidad

Cinco años después del derrocamiento del régimen talibán en el otoño de 2006, Afganistán seguía siendo un país muy inestable. De hecho, la violencia atribuida a los talibanes se intensificó en 2006 en comparación con los años anteriores, lo que sugería que la facción extremista islámica estaba volviendo a tener poder en la región. Con el objetivo de disminuir la violencia, el 8 de enero de 2006, el presidente Karzai afirmaba que estaba a favor de conversaciones de paz con el mulá Muhammad Omar, líder del derrocado movimiento talibán; sin embargo,

también señaló que el líder talibán eventualmente tendría que rendir cuentas por sus acciones durante la época del brutal régimen islámico. Rendir cuentas no entraba en los planes de los talibanes y era un proceso imposible. A pesar de las intenciones de su presidente, Afganistán no tenía la infraestructura judicial ni los medios y garantías de justicia como para iniciar un proceso al estilo de los juicios de Núremberg. En resumidas cuentas, los talibanes saldrían impunes de los crímenes cometidos durante años de terror de Estado.

Mohammed Hanif, un portavoz autoproclamado de los talibanes, rechazó la oferta, diciendo que tales propuestas tenían la intención de debilitar la voluntad de vencer del verdadero gobierno de Afganistán. Otra figura del movimiento Talibán, el exministro de Defensa Mullah Obaidullah Akhund, rechazó de manera similar la oferta de Karzai y definió al presidente afgano como "un títere Estadounidense". Otra vez la etnia pastún más combativa y radical, como lo habían sido los muyahidines contra la Unión Soviética, comenzaba su resistencia a una intervención extranjera en Afganistán. En la propia etnia pastún surgía dos facciones opuestas; por un lado la representada por Karzai que se apoyaba en la mayoría de la comunidad pastún y acataba parte de los valores occidentales y, por otro lado, la más conservadora que consideraban a occidente como otro imperio como los muchos anteriores que pretendía anular la identidad del pueblo afgano.

En marzo de 2006, la cuestión de la libertad religiosa pasó a un primer plano de la política afgana cuando Abdul Rahman, un converso al cristianismo, fue encarcelado y juzgado por rechazar el Islam. Según la ley islámica Sharia, que está reconocida en la Constitución afgana, Rahman podría ser incluso ejecutado. Sin embargo, los críticos de esta medida extrema argumentaron que la Constitución afgana también reconocía la libertad de religión y consagraba los derechos humanos (ver marco teórico o el apartado 4.1.1). El asunto provocó una protesta internacional contra la intolerancia y radicalidad del gobierno afgano. Varios países occidentales condenaron la posibilidad de que Rahman fuera ejecutado por sus creencias, amenazando con retirar sus tropas en

Afganistán si la situación no se resolvía de una manera que respetara los derechos humanos de Rahman. De hecho, incluso el Papa Benedicto XVI, entró en la refriega para solicitar que el presidente afgano Hamid Karzai mostrara clemencia hacia Rahman. En la misma línea, La administración Bush presionó al presidente Hamid Karzai para que resolviera el caso, pero Karzai se resistió citando la separación de los poderes ejecutivo y judicial (Munad, 2006). Evidentemente, este no era el primer caso en que la Constitución pro occidental afgana entraba en conflicto con los valores conservadores religiosos de gran parte de la sociedad afgana, pero ponía de manifiesto la controversia que suscitaba dos identidades tan distintas: una basada en el islam y otra en los principios occidentales basados en la participación política y en los derechos humanos.

Por su parte, el presidente Karzai se enfrentó a una situación muy compleja. Tuvo que equilibrar el llamado a la adhesión a los principios democráticos por parte de Occidente con la línea dura e implacable postura de sus propios electores religiosos. Quizás, tratando de eludir el debate por completo, se esperaba que los fiscales en Afganistán volvieran a examinar el caso, lo que posiblemente condujera a su desestimación sobre la base de que Rahman era demasiado inestable mentalmente para ser juzgado. Otro posible argumento se centró en la naturaleza cuestionable de la ciudadanía de Rahman. Dado que había pasado muchos años viviendo en Alemania, donde aparentemente se convirtió del Islam al cristianismo; por ello, algunos argumentaron que Rahman pudiera no ser considerado como ciudadano afgano sujeto a la ley de ese país.

La desestimación del caso sobre la base de un tecnicismo sin duda habría impedido la ejecución de Rahman; sin embargo, difícilmente resolvería la cuestión filosófica de cómo resolver el dilema de la democracia y los derechos humanos en un país de identidad islámica conservadora. En este sentido, académicos y politólogos han señalado las contradicciones inherentes en la ley de Afganistán y han exigido algún tipo de reconciliación entre los derechos democráticos y los mandatos islámicos. A pesar de todo, Rahman finalmente fue

considerado mentalmente incapaz de ser juzgado por el cargo de apostasía; lo que no significa que prevaleciera en ese caso los derechos humanos frente al fanatismo religioso. Poco después de que se conociera este hecho, surgieron noticias de su desaparición. Tiempo después, se reveló que había huido a Italia, donde aparentemente se le concedió asilo. El primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, confirmó que Rahman se encontraba a salvo en suelo italiano. Mientras tanto, los parlamentarios afganos respondieron a la noticia con enojo, ya que habían exigido que permaneciera en el país (BBC, 2006).

En el segundo semestre de 2006, la presencia de la ISAF se amplió gradualmente para cubrir todo el país. A medida que la ISAF se expandía hacia el este y el sur, sus tropas se involucraron cada vez más en la lucha contra una insurgencia creciente en 2007 y 2008. La ISAF fue una de las coaliciones más grandes de la historia y es la misión más retardada de la OTAN hasta la fecha. En su apogeo, la fuerza tenía más de 130.000 efectivos, con tropas de 51 países de la OTAN y países socios. Sin embargo, la presencia de tropas de la OTAN no hizo más que complicar la situación en Afganistán, ante unos talibanes-pastunes que no hacían más que potenciar su identidad de combate contra el agresor extranjero; tal y como había sucedido durante siglos en Afganistán.

El 12 de mayo de 2007, Mullah Dadullah, principal comandante militar de los talibanes en Afganistán, fue abatido por tropas de la OTAN. La Alianza afirmó que había muerto durante los enfrentamientos en la provincia de Helmand. Dadullah había ganado notoriedad por sus brutales actos de terrorismo, que incluyeron atentados, decapitaciones y secuestros de ciudadanos civiles. Era el militante talibán de mayor rango que había sido asesinado en los últimos tiempos por parte de las fuerzas internacionales. Su cuerpo fue exhibido en la ciudad de Kandahar, donde funcionarios de los talibanes confirmaron su muerte. Sin embargo, tanto la OTAN como los talibanes sabían que pronto sería reemplazado por otro líder. La estrategia de “eliminar” el liderazgo de los talibanes o al Qaeda no daría los frutos esperados en toda la campaña militar de Afganistán. Los talibanes y Al Qaeda tuvieron siempre la capacidad de reponer

rápidamente a sus estructuras de mando, por lo que la estrategia de decapitar el liderazgo de los terroristas tampoco fue acertada por parte del ejército americano.

Mientras tanto, dos alemanes junto con varios afganos locales también fueron tomados como rehenes durante el mismo período. Ambos alemanes habían estado trabajando en un proyecto de desarrollo de infraestructura vinculado a Naciones Unidas, y fueron asesinados porque Alemania se negó a cumplir con las demandas talibanes de retirar sus tropas, unas 3.000, de Afganistán. La canciller Ángela Merkel dejó en claro que Alemania no aceptaría el "chantaje" de los talibanes. El Papa Benedicto XVI entró en la contienda política para criticar a los secuestradores talibanes de quienes dijo que actuaban en contra de "las reglas más básicas de la civilización". La estrategia asimétrica de los talibanes comenzaba a tomar forma en la que hasta personal occidental trabajando para ONGs o la ONU podía ser utilizada como herramienta política.

En la primera semana de agosto de 2007, el presidente afgano Hamid Karzai viajó a los Estados Unidos para reunirse con el presidente George W. Bush. La reunión fue considerada como una "sesión de estrategia" con respecto al resurgimiento de los talibanes y al-Qaida en Afganistán. Con ese fin, Estados Unidos prometió 10 mil millones de dólares en fondos destinados a fortalecer las fuerzas de seguridad afganas. Sin embargo, la verdadera razón de la visita era que el líder afgano quería discutir el creciente número de civiles que morían como resultado de los daños colaterales de las operaciones militares de las fuerzas de la coalición. Además, se esperaba que Karzai pidiera a Bush que ejerciera presión sobre Paquistán para que intensificara sus esfuerzos para frenar a los combatientes extremistas transfronterizos. En el trasfondo también estaba la cuestión de Irán. Mientras que Estados Unidos había expresado su preocupación por la posible participación de Irán en el suministro de armas a los talibanes. Sin embargo, Karzai había presentado a Irán como un aliado en sus causas; "un partidario de Afganistán, en el proceso de paz que tenemos y la lucha contra el terrorismo". Irán, Estados Unidos, Paquistán, los talibanes hacían

de Afganistán un lugar muy complejo, donde los distintos polos de poder tenían objetivos contrapuestos.

En la Ilustración 14 se pueden observar las influencias geopolíticas en Afganistán. En ella se aprecia que la etnia pastún está dividida en tres fracciones: la de ideología comunista, que estuvo en el poder durante la invasión soviética; la fracción menos radical, que está representada por Hamid Karzai y estudiosos afganos ciertamente simpatizantes con occidente; y la más radical islamista, en la que se encuentran los talibanes. La complejidad de los distintos actores es muy elevada, debido principalmente a la mezcla de intereses geopolíticos, étnicos, religiosos, ideológicos y raciales. La ecuación se hace incluso más compleja con la entrada en escena de países como Irán, que choca con los intereses de Estados Unidos en general, pero que en este caso tienen un enemigo común: los talibanes. Sin embargo, Paquistán, que es una potencia con armamento nuclear (de ahí su relevancia para que sea un país estable) tiene una relación de apoyo a la facción más radical de los pastunes, la islamista y, mayormente representada por los talibanes.

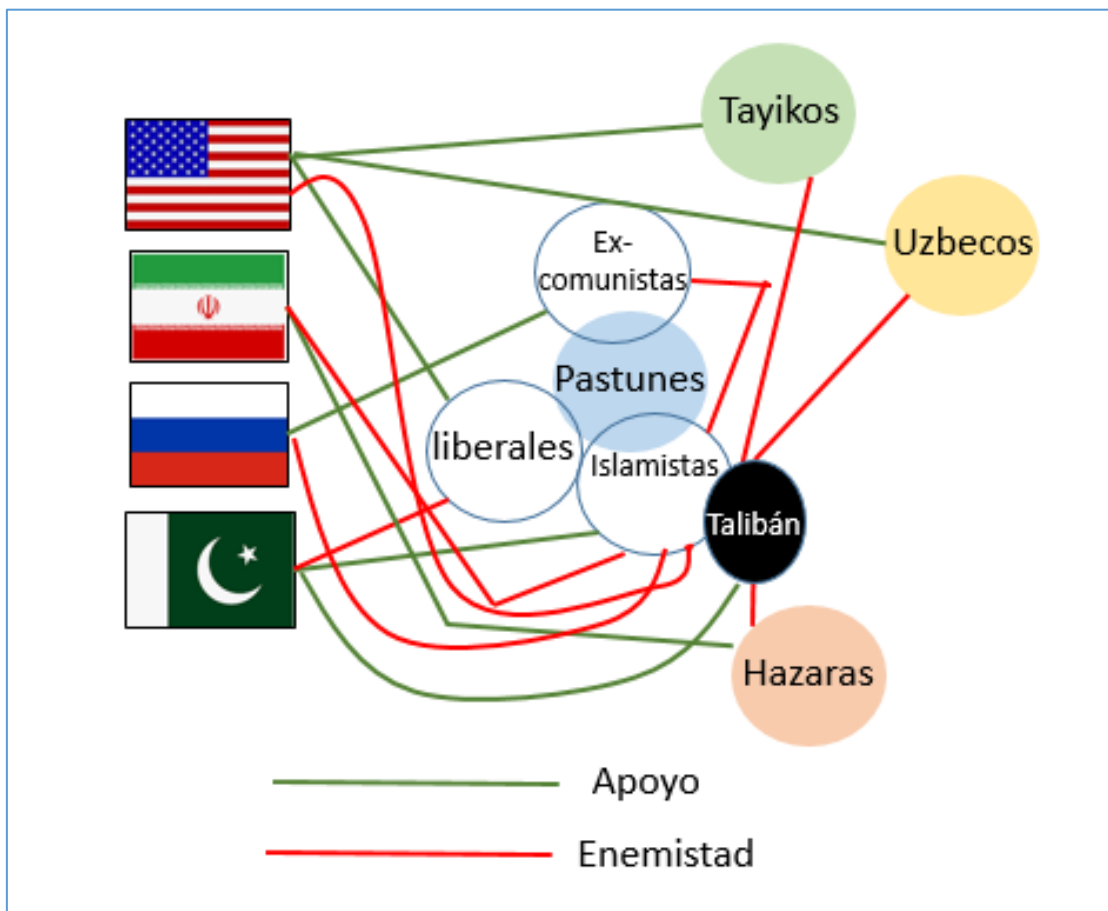


Ilustración 14: las relaciones geopolíticas en Afganistán (sistema de sistemas).

Si bien Afganistán y Paquistán comparten vínculos étnicos y culturales, las relaciones entre los dos países se volvieron vuelto cada vez más tensas a medida que militantes islámicos extremistas atravesaban la región transfronteriza con impunidad, a menudo llevando a cabo ataques en ambos lados de la frontera, a través de la línea Durand¹⁰. Karzai había pedido a menudo a Paquistán y a la comunidad internacional en general que se ocupasen de este problema, sin obtener ningún resultado (Guardian, 2008). El grave problema era que los talibanes conseguían en Paquistán un “espacio santuario”, en donde

¹⁰ La línea Durand fue establecida el 12 de noviembre de 1893 por los británicos cuando forzaron al emir Abdur Rahman Khan a firmar un acuerdo para establecer la frontera entre su país y la India, que entonces era una británica. La frontera fue trazada mediante la Línea Durand, que recibe su nombre gracias a Mortimer Durand, que entonces era el secretario para los asuntos exteriores del gobierno de la India británica. En total, se trata de una línea de unos 2430 km de longitud.

tenían casi una libertad absoluta de movimiento. En un escenario tan complicado como el de una guerra asimétrica, el disponer de un espacio en el que podían encontrar refugio y entrenarse, fue una de las claves de la “victoria” talibán en el conflicto.

En medio de esta compleja situación en Afganistán, Karzai desafió activamente a los Estados Unidos y otras potencias occidentales a abandonar su país si no podían aceptar sus propuestas de hacer un trato con los talibanes, o a participar ellos mismos en un “cambio de régimen” en Afganistán. En una conferencia de prensa en la capital afgana de Kabul enfatizó la necesidad de un acuerdo con los talibanes: "Quiero protección para el mulá Omar (jefe del régimen talibán en la sombra), entonces la comunidad internacional tiene dos opciones: sacarme o irse si no están de acuerdo. Y ambas son buenas opciones". Paradójicamente, el posible acuerdo de paz de Doha ya era planteado por Karzai más de una década antes, con los talibanes también como protagonistas.

En marzo de 2009, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, presentó una nueva estrategia en Afganistán. Se trataba de un nuevo enfoque de política exterior para hacer frente a la amenaza planteada por los terroristas de al-Qaida que operaban en el área comprendida desde Afganistán hasta Paquistán. El presidente Obama explicaba que la nueva estrategia surgía de una "cuidadosa revisión de políticas" que fue como resultado de consultas con comandantes militares, diplomáticos, gobiernos regionales, socios estratégicos, aliados de la OTAN y organizaciones no gubernamentales (The New York Times, 2009).

Obama argumentaba que la nueva estrategia estaría cuidadosamente circunscrita con objetivos claros y que no sería una estrategia para mantenerse perpetuamente en Afganistán. En este sentido, argumentó que el esfuerzo de Estados Unidos en Afganistán era solo para enfrentar a “nuestro enemigo común” y no buscaba “controlar el país o dictar su futuro”. Dando una revisión a la estrategia americana, el presidente Obama dijo durante una entrevista en el programa de televisión CBS el 22 de marzo de 2009 que debía haber una

"estrategia de salida" con respecto a la política de Estados Unidos en Afganistán: "Tiene que haber una sensación de que esto no es una deriva perpetua" y enfatizó que la misión central era asegurar que al-Qaida no pudiera llevar a cabo ataques contra Estados Unidos. Posteriormente, menos de una semana después, el presidente Obama volvía a enfatizar la estrategia: "Así quiero que el pueblo Estadounidense comprenda que tenemos un objetivo claro y enfocado: interrumpir, desmantelar y derrotar a al-Qaeda en Paquistán y Afganistán" (The White House, 2009). Aunque la estrategia definía dos objetivos claros, desmantelar a al-Qaeda, dejaba muy de lado el proceso de reconstrucción de Afganistán, el cual ya ni siquiera aparecía en las palabras del presidente Obama.

Como anteriormente, el presidente de Estados Unidos volvió a enfatizar la amenaza de Al Qaeda al plantear la nueva estrategia, y señaló que se necesitaban esfuerzos considerables en la región de Afganistán y Paquistán para hacer frente a ese terreno "cada vez más peligroso". Flanqueado por la secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, y el secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert Gates, el presidente Obama describió una situación compleja y peligrosa en la que los extremistas resurgentes estaban consolidando el control de la zona fronteriza entre Afganistán y Paquistán. De hecho, describió a esa zona como "el lugar más peligroso del mundo" (The White House, 2009).

El presidente Obama argumentó que la estrategia de Estados Unidos debía estar directamente relacionada con la amenaza que representa al-Qaida para Estados Unidos y sus aliados. El presidente Obama enfatizaba que la amenaza terrorista no estaba dirigida únicamente hacia Estados Unidos, sino también a los afganos en sus propias casas, así como a toda la comunidad internacional. Con este fin, Obama argumentaba: "Este no es simplemente un problema Estadounidense. Ni mucho menos, en cambio, es un desafío de seguridad internacional del más alto orden". En consecuencia, el líder de los Estados Unidos pidió a la OTAN y otros aliados que ayudaran en ese esfuerzo. Sin embargo, como argumenta Anthony Cordesman la estrategia de Obama se basaba en un "mito simplificador":

básicamente la estrategia se centró en Al Qaeda y sus afiliados y planteó la posibilidad del control extremista sobre las armas nucleares de Paquistán (Cordesman, 2009).

Afganistán no era el único país en la estrategia de aumentar la seguridad de Obama. Obama pretendía que los esfuerzos de Estados Unidos contra al-Qaida también se extenderían a Paquistán; para ello los EE. UU aumentaron los gastos en Paquistán con el fin de reconstruir escuelas, carreteras y hospitales. Sin embargo, el presidente Obama argumentaba que no otorgaría un "cheque en blanco" a Paquistán, que tendría que demostrar su compromiso de derrotar a al-Qaida y los extremistas que lo utilizaban como "santuario". Según Reuters News, el gobierno de Afganistán acogió con satisfacción la nueva estrategia de Estados Unidos y, en particular, respaldó el enfoque regional. Un portavoz presidencial, Humayun Hamidzada, afirmaba que el presidente afgano Hamid Karzai acogió con satisfacción "el reconocimiento del aspecto regional del problema en Afganistán y específicamente el reconocimiento de que la amenaza de Al Qaeda emanaba principalmente de Paquistán" (Aljazeera, Karzai welcomes new US strategy, 2009).

La "nueva" estrategia de Obama complacía al presidente Karzai al incluir a Paquistán como una zona de relevancia en la lucha contra al Qaeda. Karzai, prácticamente desde que jugara el cargo, había denunciado la laxitud de Paquistán en la lucha contra los terroristas en su país. Los talibanes parecían pasar a un segundo plano y Paquistán entraba de lleno en el enfoque de los americanos como posible refugio de terroristas. Evidentemente, los esfuerzos y declaraciones de Karzai tenían su recompensa, especialmente con la inserción de Paquistán en la estrategia americana. Sin embargo, la estrategia seguía basándose en restablecer la seguridad en Afganistán; el complejo espectro político formado por etnias enemigas desde siglos o la influencia en la asamblea de los señores de la guerra y criminales de guerra no era una cuestión prioritaria para occidente. En resumen, todo se jugaba a una carta: el desmantelamiento de Al Qaeda.

En mayo de 2009, el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert Gates, anunció el reemplazo del general David McKiernan, el comandante de las fuerzas americanas en Afganistán. El nuevo comandante en jefe sería el general Stanley McChrystal, cuya experiencia como especialista en contrainsurgencia proporcionaría, aparentemente, la visión y el liderazgo necesarios en la lucha contra los talibanes y, especialmente, contra al-Qaeda. La medida fue parte de un cambio estratégico de la administración Obama para no solo fortalecer las fuerzas armadas sobre el terreno, sino también para utilizar métodos no militares para luchar contra los talibanes; especialmente mediante una estrategia militar basada en la contrainsurgencia (COIN). De hecho, el anuncio del secretario Gates se produjo en un momento en el que Estados Unidos iba a aumentar su presencia militar en Afganistán. Ese movimiento, sin embargo, encontró resistencia en Afganistán; el presidente afgano Hamid Karzai estaba bajo presión de reducir las operaciones de combate en su país, a raíz de un ataque aéreo de Estados Unidos que había dejado 150 muertos. En este sentido la visión del conflicto entre Karzai y Obama chocaban casi de lleno.

2.5.4 La fallida consolidación democrática en Afganistán

Los afganos acudieron por segunda vez a las urnas el 20 de agosto de 2009, a pesar de que la violencia orquestada por los talibanes asolaba Afganistán. Se desplegaron cientos de miles de tropas en todo el país para proteger a los votantes y trabajadores electorales. A pesar del despliegue, la evolución de la situación de seguridad obligó a posponer la votación hasta el 20 de agosto de 2009. Una de las causas del retraso fue el aumento de la violencia entre los militantes talibanes resurgentes y las Fuerzas del gobierno afgano en las regiones sur y este del país. Al igual que en las primeras elecciones afganas, dos identidades chocaban de lleno otra vez: o tradición o democracia.

El manifiesto electoral de Karzai incluyó conversaciones con grupos de insurgentes y, por medio de esas conversaciones, su gobierno logró llegar a un

acuerdo de alto el fuego con los insurgentes talibanes en la remota provincia de Badghis, en el noroeste, cerca de la frontera con Turkmenistán. El gobierno afirmó que pretendía forjar acuerdos similares con los talibanes en otras partes del país y así, garantizar unas elecciones sin víctimas mortales. Este enfoque fue duramente criticado por opositores en el país y en el extranjero, especialmente a la luz de la creciente ola de violencia de los talibanes en Afganistán. Si bien el cuadro de Karzai argumentaba que forjar estos vínculos podría ayudar a reducir la violencia, los críticos afirmaban que el presidente en funciones estaba tratando de apuntalar el apoyo entre la base fundamentalista de la población por objetivos electorales. Como en casi todos los casos, los objetivos políticos electorales estaban por encima de cualquier otra premisa, y los votos de las facciones más radicales de los pastunes tenían el mismo valor que los de los moderados.

Ciertamente, durante la campaña electoral, Karzai intentó ganarse el favor de votantes radicales, pero que eran claves para una victoria electoral. En este intento, el asunto más controvertido fue la aprobación de una legislación que afectaba a las mujeres chiitas afganas y que permitía la violación legalizada dentro del matrimonio; una disposición contraria a los derechos más básicos de la identidad occidental pero que seguía la tradición más conservadora islámica. Sin embargo, este intento tuvo un efecto social entre la población chií de Afganistán, de etnia hazara, provocando la indignación de los grupos de derechos humanos y la comunidad internacional en general. Bajo la indignación y la presión internacional, el primer borrador del proyecto de ley fue revocado. Entre los que registraron una condena contra esta legislación propuesta se encontraban el propio presidente de Estados Unidos, Barack Obama, y el primer ministro del Reino Unido, Gordon Brown. Sin embargo, el borrador final también contenía disposiciones represivas que contravenían la Constitución afgana y los tratados internacionales. Específicamente, permitía a los hombres negar a sus esposas el alimento y el sustento si se negaban a cumplir con las demandas

sexuales de sus maridos. Otra vez los principios liberales y los más conservadores islámicos entraban en conflicto.

La versión final también otorgaba la tutela de los niños exclusivamente a sus padres y abuelos, y obligaba a las mujeres a obtener permiso de sus maridos para trabajar. Sin embargo, la nueva legislación fue apoyada por el clérigo chiíta de línea dura, el ayatolá Mohseni. Debido a que Mohseni ha sido visto como un actor influyente entre la población chií, que representa el 20 por ciento de la población afgana, hubo sugerencias de que el apoyo de Karzai a la ley enmendada podía ser parte de su plan electoral para obtener el apoyo de este bloque de votantes. Human Rights Watch condenó enérgicamente el apoyo silencioso del gobierno a esta ley diciendo que Karzai "hizo un trato impensable para vender a las mujeres afganas en apoyo de los fundamentalistas en las elecciones del 20 de agosto" (Human Rights Watch, 2009). Estos episodios, además del ciudadano acusado de apostasía, evidenciaban la falta de cultura democrática y la debilidad de la Constitución afgana que no se lograba imponer a la voluntad del presidente para ganar unas elecciones electorales.

En septiembre de 2009, los resultados preliminares de las elecciones indicaron que Karzai había recibido más del 50 por ciento de los votos emitidos, lo suficiente para evitar una segunda vuelta. La Comisión Electoral Independiente publicaba que el principal rival de Karzai, Abdullah Abdullah, estaba en un distante segundo lugar con el 28 por ciento. Sin embargo, el resultado de las elecciones se vio empañado por una sensación de ilegitimidad a medida que salían a la luz las crecientes denuncias de irregularidades electorales. Al igual que en 2004, la sensación de fraude se apoderaba de la sociedad afgana, que veía como las elecciones no servían para potenciar los derechos humanos y las libertades prometidas por occidente.

El 21 de octubre de 2009, el presidente Hamid Karzai aceptó a "regañadientes" la aceptación de una segunda vuelta presidencial; en medio de un clamor creciente para establecer un gobierno creíble en Afganistán y de afirmaciones

de que la primera ronda fue un claro de fraude electoral. El gobierno de Obama en Estados Unidos, que ha estado sopesando si enviar o no más tropas a Afganistán, dejó en claro que no habría acción hasta que se estableciera un gobierno legítimo. En una entrevista con CNN, el jefe de gabinete de la Casa Blanca, Rahm Emanuel, dijo que sería "imprudente" tomar tal decisión sin determinar a fondo si el gobierno al mando de Afganistán era legítimo o no. Esta opinión se interpretó como una sanción tácita para una segunda vuelta en la carrera presidencial, con miras a eliminar las dudas sobre quién era el verdadero ganador de las elecciones.

El 31 de octubre de 2009, Abdullah Abdullah se retiró de la segunda vuelta de las elecciones, argumentando falta de transparencia y legitimidad de las elecciones. La Comisión Electoral Independiente (IEC) respondió cancelando la segunda vuelta de las elecciones del 7 de noviembre de 2009 y declarando a Karzai como el ganador por defecto. El portavoz de la IEC Azizullah Lodin, dijo: "Declaramos a Hamid Karzai, que [sic] obtuvo la mayoría de votos en la primera ronda y [dado que] es el único candidato para la segunda ronda, debe ser declarado presidente electo de Afganistán". Posteriormente, Abdullah Abdullah calificó este anuncio como "ilegal": "La decisión anunciada por la llamada Comisión Electoral Independiente el lunes es ilegal y estoy decidido a continuar mi lucha por los ciudadanos afganos".

Hasta bien entrado septiembre de 2009, en medio de unas elecciones presidenciales muy competitivas y caóticas, Afganistán se encontraba en un Estado de inestabilidad y sumido en una enorme violencia; los talibanes llevaban a cabo ataques sistemáticos en todo el país. Por otro lado había un gran clamor sobre si un gobierno sin legitimidad y sin respaldo popular podría funcionar con paz y estabilidad. De hecho, las hostilidades políticas y las tensiones se sumaban a los complejos problemas que ya existían en el país. Por si fuera poco, en el plano internacional, los países con tropas en Afganistán estaban reevaluando su compromiso estratégico. La opinión de los ciudadanos de los países con tropas en Afganistán, incluido los Estados Unidos, se empezaban a plantear la

efectividad y los objetivos de la estancia en Afganistán; el apoyo al envío de más tropas e incluso al mantenimiento estaba en el punto más bajo desde que empezó la invasión en 2001. Esta tendencia se mantendría durante los años siguientes, hasta que los países comenzaron a retirar sus tropas en 2012; como se puede apreciar en Ilustración 15, el apoyo americano a las tropas en Afganistán decayó notablemente con el tiempo, en 2012 sólo el 32% del público apoyaba que Estados Unidos debería mantener tropas en Afganistán hasta que la situación se estabilizase, mientras que el 60% está a favor de retirar las tropas lo antes posible. Esta falta de apoyo de la ciudadanía a la guerra afgana era incluso más acusada en Europa, que veía como un caso perdido y muy distante el de la seguridad de Afganistán. Este bajo apoyo de la ciudadanía al mantenimiento de las tropas en territorio afgano era una coyuntura que todos los dirigentes políticos, incluido Barack Obama, aprovecharían para la retirada masiva de tropas de Afganistán.



Ilustración 15: Apoyo de la población americana desde 2008 hasta 2012. Fuente: Pew Research Center

A principios de noviembre de 2009, como resultado del deterioro de la situación de seguridad, las Naciones Unidas anunciaban que evacuarían a cientos de su personal internacional de Afganistán. De hecho, cinco funcionarios extranjeros de las Naciones Unidas fueron asesinados en Kabul por militantes de al-Qaeda sólo una semana antes. La polaridad de la situación suponía que los terroristas se enfocaran cada vez más en objetivos civiles, y miembros de la ONU pasaban a ser parte de ellos. Un portavoz de las Naciones Unidas confirmaba que alrededor de 600 miembros del personal serían reubicados en zonas seguras dentro de Afganistán o en otros lugares fuera de Afganistán. La medida podría complicar los esfuerzos de Estados Unidos y otras potencias occidentales para estabilizar el país, ya que existía una clara necesidad de asistencia civil para acompañar los esfuerzos de las tropas militares.

Mientras la violencia dominaba Afganistán, Barack Obama estaba considerando su nueva política en Afganistán. El general Stanley McChrystal, comandante en jefe de Estados Unidos y la OTAN en Afganistán, afirmaba que Estados Unidos corría el riesgo de fracasar en la guerra de Afganistán si no se revertía el impulso del resurgimiento Talibán. En particular, McChrystal argumentaba que se necesitaban más tropas para ayudar a apoyar a las fuerzas de seguridad afganas que se estaban preparando para tomar el control total de la seguridad del país. Otra vez la estrategia basada en la seguridad dominaba la aproximación americana al problema.

En octubre de 2009, el general Stanley McChrystal, presentó oficialmente un conjunto de posibles opciones a los responsables políticos, con el objetivo de frenar el avance del resurgimiento de los talibanes. Entre las propuestas dadas al Estado Mayor Conjunto, estaba una opción para desplegar entre 30.000 y 40.000 soldados adicionales y entrenadores de combate en Afganistán. Si bien el contenido real de la propuesta se había mantenido confidencial, el propio McChrystal argumentó que se necesitaban más tropas para ayudar a apoyar a las fuerzas de seguridad afganas que se estaban preparando para tomar el control total de la seguridad del país en 2013.

Antes de considerar la solicitud de McChrystal, la Casa Blanca afirmó que quería someter su política en la región de Afganistán y Paquistán a una revisión estratégica general. Lo que estaba en juego para la administración Obama era la cuestión de si seguir por el camino con la misión existente, y quizás con un imperativo extendido de construcción de la nación, el cual estaría destinado a asegurar la cooperación de la población afgana y de Paquistán. Por otro lado, estaba la cuestión si la misión debería ser reestudiada, tal vez con operaciones militares reducidas, y concentrarse en atacar a los terroristas de al-Qaida en la zona fronteriza entre Afganistán y Paquistán.

En la Casa Blanca había una clara división entre aquellos que querían que el presidente aceptara rápidamente los deseos de McChrystal y proyectar más tropas a Afganistán, y la base liberal del Partido Demócrata, que había exigido que el presidente Obama pusiera fin a la guerra en Afganistán.

En la primera parte de noviembre de 2009, el presidente Barack Obama, rechazó las cuatro opciones de la revisión estratégica que habían sido presentadas por sus asesores de seguridad. Obama, muy influenciado por su partido, exigía una clara estrategia de salida de Afganistán, muy en armonía con la opinión americana que veía a Afganistán como un problema del pasado. El embajador de Estados Unidos en Afganistán, Karl W. Eikenberry, envió varios mensajes clasificados a Washington expresando preocupación por el despliegue de más tropas en Afganistán, en un momento en que el gobierno de Karzai en Kabul fue reelegido en medio de acusaciones de fraude electoral y graves acusaciones de corrupción. Para Eikenberry la principal causa del resurgimiento de los talibanes fue el clima de corrupción y mala gestión del gobierno, lo cual no se podía arreglar con un aumento de tropas. Eikenberry argumentaba que los dirigentes afganos era incapaces de ser un medio eficaz y, en consecuencia, aconsejó al presidente Obama en contra del aumento de tropas en Afganistán (Eikenberry, 2013).

El 1 de diciembre de 2009, durante un discurso televisado, el presidente Obama confirmó un aumento de unos 30.000 soldados a Afganistán, con un calendario acelerado a partir de finales de 2009 y alcanzando su punto más alto a mediados de 2010. El presidente explicaba que la misión en cuestión se centraría en "interrumpir, dismantelar y derrotar" a Al Qaeda en Afganistán, y negarles cualquier otro refugio seguro en Afganistán bajo los auspicios de los talibanes. Las tropas también tendrían la tarea de entrenar a las fuerzas de seguridad afganas, para poder ceder el control de la seguridad a fuerzas indígenas afganas. Con ese fin, el presidente Obama señalaba que el otro componente central de la misión era estabilizar Afganistán para que el pueblo afgano pronto pudiera asumir la responsabilidad de su propia seguridad. Como ya había ocurrido anteriormente, la palabra seguridad dominaba la estrategia americana, con su centro de gravedad focalizado en al Qaeda.

Al mismo tiempo, el presidente señaló que se esperaba que el redespliegue de las fuerzas Estadounidenses comenzara en un año vista y finalizara a mediados de 2011; siempre que se produjeran circunstancias favorables sobre el terreno. De esta manera, el año 2011 parecía ser un aspecto central de la estrategia de salida de Afganistán. En ese sentido, el presidente enfatizaba en que estaba ordenando el despliegue más rápido posible de tropas adicionales a Afganistán, con el fin de facilitar las condiciones para una salida responsable del país. Al final, el presidente dijo que el objetivo era "unirnos para terminar la guerra con éxito... por la seguridad común".

Una semana después de que el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, ordenara el envío de otras 30.000 tropas a Afganistán como parte de una nueva estrategia, la OTAN anunció que 25 países habían prometido un total de alrededor de 7.000 tropas más para apoyar el esfuerzo de guerra liderado por Estados Unidos. En rueda de prensa tras las conversaciones con presidentes y primeros ministros de los países de la OTAN, el secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, resumía la implicación de occidente: "Las naciones están respaldando sus palabras con hechos. Al menos 25 países enviarán más

fuerzas a la misión en 2010. Han ofrecido alrededor de 7.000 nuevas tropas. Eso es solidaridad en la acción y va a tener un efecto poderoso en el terreno." Rasmussen también comentaba sobre la nueva hoja de ruta para las operaciones, teniendo en cuenta que la nueva misión de la OTAN incluiría la ayuda amplificada y la formación de las fuerzas de seguridad afganas, en consonancia con la estrategia esbozada por el presidente Obama.

La especulación sobre si el aumento de la fuerza de las tropas era necesaria para combatir el resurgimiento de los talibanes, sobre todo en el este de Afganistán, fue un asunto recurrente en la política de los países que estaban presentes en el terreno. Las bajas civiles durante las batallas entre las fuerzas de la OTAN y los talibanes también fue una fuente duradera de consternación tanto para las autoridades afganas, como para las fuerzas internacionales que operaban en Afganistán. Además, la inquietud por el desarrollo de las elecciones presidenciales de 2009 despertó gran preocupación en la comunidad internacional. En consecuencia, el objetivo central de la intervención militar internacional en Afganistán se había convertido en un asunto cada vez más importante del debate político de alto nivel, con cada vez más voces a ambos lados del Atlántico que pedían una estrategia de salida.

Como se señaló anteriormente, el 1 de diciembre de 2009, el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, ordenó a otros 30.000 soldados a Afganistán. Las tropas se encargarían de la lucha contra los elementos extremistas islámicos, así como la formación de las fuerzas de seguridad afganas, con el objetivo de potenciar los cuerpos de seguridad afganos. El 11 de enero de 2010, el general McChrystal afirmaba que las fuerzas talibanes en Afganistán estaban sintiendo la presión del aumento de tropas en el país. McChrystal afirmaba que creía que el impulso del Talibán en Afganistán se vio obstaculizado por el reciente aumento de tropas americanas y de la OTAN. En una entrevista con ABC News, afirmaba que se hacían progresos, "aunque todavía no era una misión acabada".

El 19 de enero de 2010, el secretario de Defensa de los Estados Unidos, Robert Gates, afirmaba que era muy poco probable que el plan del presidente afgano Hamid Karzai destinado a la reconciliación con los líderes talibanes tuviera éxito. El secretario Gates argumentaba que si bien era plausible que algunos militantes talibanes pudieran aceptar la oferta de Karzai de reintegrarse a la sociedad afgana con empleos y beneficios, tal plan no podría incluir a líderes talibanes más radicales y que habían cometido actos de barbarie contra los derechos humanos, como el esquivo Mullah Muhammad Omar. El secretario Gates argumentaba: "Me sorprendería mucho ver la reconciliación con el mulá Omar. Y creo que nuestra opinión es que hasta que los líderes talibanes vean un cambio en el escenario y comiencen a ver que no van a ganar; además, es probable que de una reconciliación significativa en los niveles superiores no llegue nunca".

Por otro lado, general Stanley McChrystal, argumentaba que el éxito de la operación no se centró tanto en la acción militar o incluso en el elemento sorpresa, sino en la capacidad del gobierno para convencer a los civiles de que podría proporcionarles bienestar. Es decir, el éxito real de la misión se mediría en la capacidad del gobierno afgano para demostrar que podría asumir la posición de liderazgo clave en la región, en lugar de que los militantes talibanes y los narcotraficantes desempeñaban, en muchas ocasiones, ese papel.

En junio de 2010, la relación geopolítica de Afganistán con Paquistán ocupó un papel central. En cuestión estaban las revelaciones de que el servicio de inteligencia paquistaní, conocido como ISI, había estado presuntamente financiando, entrenando y proporcionando refugio a los talibanes afganos. Durante varios años, había habido sospechas sobre una relación clandestina entre las dos entidades. De hecho, en un informe publicado por la London School of Economics, el apoyo a los talibanes afganos se tituló como "política oficial de ISI" (RATH, 2011).

El 23 de junio de 2010, el presidente de Estados Unidos Barack Obama anunciaba, contra todo pronóstico, que el general Stanley McChrystal,

comandante de las fuerzas de Estados Unidos en Afganistán, era relevado de sus funciones, nombrando al general David Petraeus, comandante del Comando Central de Estados Unidos, para tomar el mando de la guerra en Afganistán contra el resurgimiento de los talibanes y Al Qaeda. El presidente Obama explicó que había decidido sustituir McChrystal "con gran pesar". Obama argumentaba que McChrystal no "cumplía con la norma que debe ser establecido por un general al mando." Sin embargo, la verdadera razón eran ciertas observaciones peyorativas atribuidas a McChrystal y sus ayudantes sobre el mando civil americano, que fueron publicados en una revista americana muy conocida: Rolling Stone. El presidente Obama advirtió que algunos de los sentimientos expresados por McChrystal y sus ayudantes a través del artículo de Rolling Stone "socavaba el control civil de los militares que está en el centro de nuestro sistema democrático." (Hatings, 2010). En un momento de resurgimiento de los talibanes, la Casa Blanca se enfrentaba a la destitución de uno de sus comandantes en jefe, un bajo apoyo ciudadano y en declive del mantenimiento de tropas en Afganistán, un gobierno afgano que no daba señales de mejoría en temas de seguridad y un apoyo internacional en declive.

Cabe señalar que la estrategia de guerra de Afganistán (luchar contra el resurgimiento de los talibanes y Al Qaeda; mejorar la seguridad en Afganistán, y desarrollar la estabilidad en ese país como una alternativa a una cultura de la guerra) se fundó en los principios de contrainsurgencia (COIN). Los objetivos a largo plazo de la estrategia COIN implican no sólo la limpieza de la esfera de la insurgencia por los militares, sino también el imperativo político de la sustitución de la base del poder insurgente por un gobierno más estable. Sin embargo, aunque la teoría COIN si contemplaba la relevancia de apoyar el estamento político y buscar la estabilidad necesaria para gobernar un país, esta premisa nunca fue parte de la estrategia de la administración Obama, ni la anterior de Bush ni la posterior de Donald Trump.

Una estrategia eficaz COIN, por lo tanto, requiere una estrecha colaboración de la esfera militar, política, económica y diplomática en la zona de conflicto. Por

ello, las críticas vertidas por McChrystal sobre los miembros de alto rango de la administración de Obama no ayudaron al clima de cooperación efectiva, donde el apoyo de las esferas de poder es crítico para el éxito de la misión. Por ello, la decisión del presidente Obama de nombrar al general Petraeus como el reemplazo de McChrystal fue considerado positivamente por los políticos de ambos lados en los Estados Unidos, así como el gobierno de Karzai en Afganistán, que estaba preocupado por los efectos sobre el esfuerzo de guerra.

La selección de Petraeus, un militar célebre gracias a su administración gestión en Irak, y uno de los autores clave de la estrategia de contrainsurgencia moderna de Estados Unidos en zonas de guerra, suponía una nueva esperanza en Afganistán; quizás el enfoque puramente basado en la seguridad podría dar un giro de 180 grados, pero eso no fue así. La afirmación del presidente de que había "un cambio de personal, pero no un cambio en la política" aumentaba aún más el amplio apoyo a su decisión, pero suponía un fracaso en materia de reconstrucción política del país afgano. A su vez, el secretario general de la OTAN, Rasmussen, afirmaba que la estrategia de la guerra afgana de la Alianza se mantendría sin cambios.

Poco después del nombramiento de Petraeus, la atención se centró en el cronograma adjunto a la estrategia de Afganistán. Cuando el presidente Obama describió por primera vez su plan para desplegar 30.000 soldados adicionales en Afganistán, también señaló que Estados Unidos comenzaría un redespiegue de esas tropas para 2011. Además con el mal escenario económico mundial, en los Estados Unidos y otros países de la OTAN surgieron dudas sobre si el esfuerzo de guerra mantenido en Afganistán era un esfuerzo económicamente viable. Ciertamente, la misión de guerra y contrainsurgencia requiere un desembolso sustancial de recursos al que pocos gobiernos (incluido Estados Unidos) podrían comprometerse de manera realista a largo plazo (Eikenberry, 2013). Para complicar aún más las cosas, el número de muertos de las fuerzas de la OTAN aumentaba sin cesar, en una guerra que duraba casi una década.

El establecimiento de la doctrina COIN implicaba la idea de eliminar del panorama político los insurgentes, seguido por el establecimiento de un gobierno basado en una eficaz gobernanza como alternativa a la cultura de guerra. Sin embargo, la eliminación de ese personal de una zona a menudo da como resultado la reubicación de los terroristas en otro lugar; lo que supone una persecución perpetua del enemigo a batir. Ciertamente, el establecimiento de una gobernanza más estable, que ha tenido cierto éxito en el Iraq políticamente más maduro, no se puede trasladar fácilmente a la orientación cultural mayoritariamente tribal de Afganistán, que no tiene un legado sólido de gobernanza y cuyas identidades políticas se basan notablemente en la inclinación étnica y en las tradiciones conservadoras del islam. Estos factores contribuyeron a que se hiciera cada vez más hincapié en una salida de Afganistán en 2011. Sin embargo, en el otro lado de la ecuación, los defensores de la contrainsurgencia argumentaban que los objetivos de la misión podrían requerir una ampliación del plazo más allá de 2011. Sin consenso sobre el tema, la situación en Afganistán supuso que se hicieran preguntas más profundas sobre la estrategia y la misión en un territorio tan complejo.

El esfuerzo bélico estuvo en la cima de la agenda política el 1 de agosto de 2010, cuando Holanda dio por concluida su misión en Afganistán. Si bien era poco probable que la retirada de menos de 2.000 tropas holandesas afectara las operaciones de la OTAN sobre el terreno en Afganistán, llamó la atención sobre las crecientes dudas de los ciudadanos sobre el esfuerzo bélico de los países participantes de la OTAN. De hecho, las objeciones a la guerra en los Países Bajos habían sido la causa de la caída del gobierno holandés solo unos meses antes. Canadá fue el siguiente en retirar sus 2.700 soldados en 2011 y Polonia indicó que sus 2.600 soldados regresarían a casa en 2012. Esto suponía una mayor responsabilidad de las tropas Estadounidenses en Afganistán, a pesar de que el presidente de Estados Unidos, Barack Obama, había prometido comenzar el redespiegue a mediados de 2011. Sin embargo, antes de esa fecha, Estados Unidos estaba aumentando sus fuerzas en Afganistán como parte de una táctica

de aumento temporal, similar al enfoque adoptado en Irak. Como fue el caso en Irak, el objetivo era tomar el control de áreas clave a través de operaciones ofensivas, expulsando a militantes y terroristas y, en última instancia, mejorando el panorama de seguridad. Esa mayor seguridad, a su vez, permitiría al gobierno aumentar su eficacia y generar confianza en la ciudadanía; un error como se analizará más adelante.

Aproximadamente a mediados de 2010, el presidente afgano Hamid Karzai anunció que las empresas de seguridad privada americanas tendrían que poner fin a sus operaciones y abandonar Afganistán en un plazo de cuatro meses. El presidente dijo: "después de una revisión exhaustiva y legal, estoy aprobando la anulación de las empresas de seguridad nacionales y extranjeras dentro de cuatro meses". El presidente Karzai oficializó el ultimátum al firmar un decreto en la capital afgana de Kabul. La decisión probablemente ayudaría a la posición del líder afgano en un país donde tiene que equilibrar una difícil balanza entre una población con vínculos con los talibanes y una presencia internacional de soldados que ayudaban a estabilizar el país. En el caso de Karzai, se produjeron varios episodios trágicos en los que las acciones de contratistas privados provocaron la muerte de civiles afganos inocentes (Human Rights Watch, 2011). Estos accidentes provocaron la ira de los afganos locales que culpaban a la presencia extranjera en el país de los actos de violencia, a pesar de que la mayoría de las muertes se debían a los talibanes. Los talibanes, como parte de su estrategia asimétrica utilizaban estos episodios para potenciar su propaganda contra el "diablo invasor" americano.

Afganistán tenía programado celebrar elecciones parlamentarias el 18 de septiembre de 2010. En juego estaban los 249 escaños de la Wolesi Jirga de Afganistán o la cámara baja del parlamento, una prueba de la creciente estabilidad en un Afganistán asolado por el conflicto antes de la retirada de los aproximadamente 140.000 miembros de la OTAN. El día de las elecciones participó alrededor del 40 por ciento del electorado, presumiblemente como resultado de las preocupaciones de seguridad predominantes. La democracia

hacía estragos y los ciudadanos no estaban entusiasmados de las elecciones, tal y como mostraban su bajo índice de participación.

Pronto empezaron a circular informes sobre irregularidades electorales. Una vez más, tal y como había sucedido en las elecciones presidenciales de 2009, una de las quejas se centró en que la tinta que se usaba para marcar los dedos y evitar que se repitiera la votación era lavable; claramente, si uno podía lavar la tinta, existía una alta posibilidad de fraude electoral. Según la Fundación de Elecciones Libres y Justas de Afganistán, este problema fue generalizado con informes sobre el problema de la tinta proveniente de 2.950 colegios electorales en todo el país. Además, hubo informes de tarjetas de votación falsas, lo que también sugirió la posibilidad de un mayor fraude de votos.

Los resultados de las elecciones no se anticiparon antes de finales de octubre de 2010. En la última semana de septiembre de 2010, una semana después de la votación, los funcionarios electorales afganos ordenaron recuentos en siete provincias. El recuento se sumó a las inquietudes por el fraude, que se confirmaron en octubre de 2010 cuando los funcionarios electorales descalificaron más de un millón de papeletas, avergonzando efectivamente al gobierno del presidente Hamid Karzai, que prometió una elección justa en contraste con el fiasco que rodeó la carrera presidencial.

Mientras tanto, marzo de 2011 estuvo marcado por el plan de retirada de las fuerzas internacionales de las operaciones en Afganistán después de casi una década de operaciones militares. Con la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) liderada por Estados Unidos y la OTAN preparándose para dar un paso atrás en su papel en la lucha contra los talibanes y las fuerzas de al-Qaida, el 16 de marzo de 2011, el gobierno afgano anunció que estaba listo para asumir el control de la seguridad. El portavoz del Ministerio de Defensa afgano, el general Zahir Azimi admitió que las fuerzas de seguridad afganas tenían problemas en cuanto a reclutamiento, entrenamiento y equipamiento. La transferencia de la responsabilidad de seguridad de las tropas dirigidas por la

OTAN a las fuerzas afganas estaba programada para comenzar el 21 de marzo de 2011 y se llevó a cabo de forma escalonada hasta 2014.

El 22 de marzo de 2011, el presidente afgano Hamid Karzai aclaró esta postura al señalar que siete áreas del país serían transferidas a la jurisdicción de las fuerzas de seguridad afganas en julio de 2011. Se esperaba que la transición mitigaría las tensiones entre Afganistán y la comunidad internacional, debido a bajas civiles causadas por operaciones militares. De hecho, en febrero de 2011, varios niños murieron como resultado de una operación dirigida por la OTAN en la provincia de Kunar, lo que llevó al comandante de la OTAN en Afganistán, el general David Petraeus, y al secretario de Defensa de Estados Unidos, Robert Gates, a ofrecer disculpas por separado a Afganistán.

Con el asesinato de Osama Bin Laden por las fuerzas especiales de Estados Unidos en mayo de 2011, el argumento de algunos sectores era que Estados Unidos podía declarar de manera convincente la victoria y acelerar su retirada de Afganistán antes de 2014, o al menos redistribuir un contingente significativo de tropas. A mediados de junio de 2011, al-Qaida, anunció que Ayman al-Zawahri sería su nuevo líder. Zawahri era el adjunto de Bin Laden y ahora estaba siendo elegido para asumir el cargo principal, debido a la muerte de Bin Laden. Una declaración de al-Qaida anunciando el plan de sucesión ofreció pocos detalles sobre la forma en que Zawahri fue seleccionado como el nuevo jefe del enclave terrorista. Sin embargo, la declaración incluyó manifestaciones retóricas sobre un esfuerzo continuo para "conquistar infieles" y trazó conexiones entre los movimientos de protesta en el Medio Oriente y África del Norte y su agenda yijadista global.

2.5.5 La transición hacia el liderazgo afgano en

El 12 de julio de 2011, Ahmad Wali Karzai, hermano del presidente afgano Hamid Karzai, fue asesinado en Kandahar. Ahmad Wali Karzai, conocido por ser un personaje poderoso en la parte sur del país, fue asesinado a tiros por su propio

guardaespalda en su casa. Inmediatamente después de que se conociera la noticia del asesinato, los talibanes se atribuyeron la responsabilidad del ataque y lo caracterizaron como uno de sus mayores logros en una década.

El 20 de septiembre de 2011, el ex presidente de Afganistán Burhanuddin Rabbani fue asesinado en un ataque con bomba en su casa en la ciudad capital de Kabul. La casa de Rabbani estaba ubicada en el exclusivo barrio de Wazir Akbar Khan, cerca de la Embajada de los Estados Unidos. Según el Ministerio del Interior afgano, el ataque a la casa de Rabbani fue llevado a cabo por dos terroristas suicidas. Otros cuatro funcionarios murieron en el ataque, mientras que un asesor principal del presidente Hamid Karzai, Mohammed Masoon Stanekzai, también resultó gravemente herido.

Rabbani, de etnia tayika, fue un actor clave en los muyahidines que pusieron fin a la ocupación soviética de Afganistán en las décadas de 1980 y 1990. Luego desempeñó como presidente de Afganistán desde 1992 hasta 1996 cuando los talibanes tomaron el poder. Después del ascenso de los talibanes, ocupó el cargo de jefe nominal de la Alianza del Norte, que estuvo envuelta en una guerra civil con los talibanes hasta que ella misma fue derrotada en un esfuerzo liderado por Estados Unidos en diciembre de 2001.

Recientemente, Rabbani trabajaba como presidente del Consejo Superior de la Paz, que se había encargado de las negociaciones de paz con los talibanes. En ese puesto, Rabbani había funcionado como un mediador clave. De hecho, Rabbani se estaba reuniendo con dos miembros del Talibán en diversas negociaciones de paz cuando la bomba explotó en su propia casa. Este suceso no pudo interpretarse de otra manera que como un golpe al proceso de paz en Afganistán y un recordatorio del peligro constante y la inestabilidad que sacudía en el país. Claramente, había facciones islámicas extremistas en Afganistán que estaban decididas a socavar, incluso destruir, los esfuerzos de llegar a un acuerdo de paz. Los talibanes, pese a la opinión general, no son un grupo unido;

sino que existen facciones más radicales que otras que pueden poner en tela de juicio cualquier intento de negociación.

A principios de octubre de 2011, el presidente afgano Karzai adoptó un tono severo al acusar a Paquistán de jugar un "doble juego" en la lucha de su país contra los terroristas. Acusó a Paquistán de no cooperar en cuestiones de seguridad; a raíz de los hallazgos de una investigación que afirmaba que conexiones entre al-Qaida y los talibanes fueron responsables del asesinato de Rabbani. La investigación también culpó a la agencia de inteligencia de Paquistán por su participación en el asesinato del estadista afgano. Estos fueron similares a las afirmaciones hechas por Estados Unidos de que la red Haqqani¹¹ con sede en Paquistán había orquestado el asedio de Kabul en septiembre de 2011, que incluyó ataques a la embajada de Estados Unidos y la sede de la OTAN. Estados Unidos también sugirió la complicidad de la agencia de inteligencia de Paquistán en el sitio de Kabul. Por su parte, las autoridades paquistaníes siguieron negando cualquier conexión con grupos militantes, a pesar de las múltiples pruebas que vinculaban a la inteligencia paquistaní con los talibanes y elementos islamistas extremistas. Por otro lado, la red Haqqani negó su culpabilidad en el asesinato de Rabbani.

Cabe señalar que a principios de noviembre de 2011, surgieron informes de que la administración Obama estaba considerando un cambio acelerado de la misión militar de Estados Unidos en Afganistán; pasando de un papel de liderazgo en cuanto a la lucha contra el terrorismo a un papel de asesoramiento. Este cambio supondría profundas implicaciones para la estrategia de Estados Unidos en Afganistán, lo que podría reducir las tareas de combate de Estados Unidos en

¹¹ La Red Haqqani (también conocido como clan Haqqani) es un grupo de insurgentes islámicos activos en Afganistán y Paquistán con buenas relaciones con los talibanes. El nombre es debido a su fundador, Jalaluddin Haqqani, quien fue su guía hasta su muerte junto con su hijo Sirajuddin. La OTAN y el Ejército Estadounidense consideran a ese grupo una de las amenazas más importantes en la guerra de Afganistán. Se estima que este grupo lo forman entre 5.000 y 15.000 hombres, quienes combaten en línea con los Talibán pero también participan en secuestros, extorsión y sobre todo tráfico de drogas.

terreno afgano mucho antes de 2014, cuando finalmente se retirarían las tropas restantes.

A pesar de los rumores de una retirada inminente, los Estados Unidos y su aliado más cercano, el Reino Unido, indicaron que el calendario para poner fin al compromiso en Afganistán permanecería intacto. Los líderes de ambos países confirmaron que sus respectivos países terminarían sus misiones de combate en Afganistán a mediados o finales de 2013. Antes de esa fecha, 23.000 soldados Estadounidenses regresarían de Afganistán en septiembre de 2012 (10.000 ya habían regresado en junio de 2011), como prometió el presidente Obama. Por su parte, el Reino Unido enviaría 500 soldados británicos a casa a principios del otoño de 2012. Estos movimientos garantizarían que las fuerzas Estadounidenses y británicas pasarían de los roles de liderazgo de combate a las capacidades de apoyo y entrenamiento para la segunda mitad de 2013, con la completa terminación de las operaciones de combate de la OTAN en 2014.

El presidente de Estados Unidos, Obama, argumentó que su intención era garantizar un final "responsable" de la guerra en Afganistán: "Tenemos una estrategia que nos permitirá poner fin de manera responsable a esta guerra. Estamos haciendo una transición constante hacia los afganos que se están preparando para liderar la seguridad en Afganistán. Y eso nos permitirá para traer nuestras tropas a casa. Ya tenemos programado retirar 23.000 soldados para fines de este verano... después de los 10.000 que retiramos el año pasado. Y mientras tanto, continuaremos el trabajo de devastar el liderazgo de al-Qaida y negarles un refugio seguro."

Cabe señalar que Francia iba a retirar 1.000 de sus soldados de Afganistán a finales de 2012, dejando unos 3.000 "en el país". Bélgica había comenzado a retirar la mitad de su fuerza a principios de 2012. Noruega también inició la retirada de tropas de Afganistán y estaba buscando una salida completa. España dijo que 2012 marcaría el inicio de su retirada de tropas de Afganistán, con una

salida completa programada para 2014. Canadá retiró sus tropas de combate en 2011, y ya había hecho su transición a un papel de entrenamiento en Afganistán.

En marzo de 2012 la Casa Blanca confirmó el calendario de salida de las tropas de Afganistán y señaló que Estados Unidos tendría alrededor de 68.000 soldados en Afganistán en 2013. Obviamente, este calendario también significaría que la fecha límite de la culminación de las operaciones de combate de la OTAN en Afganistán en 2014 era inamovible. Mientras tanto, las conversaciones de paz estaban en la agenda en Afganistán en junio de 2013 entre el gobierno afgano y los talibanes. Sin embargo, menos de 24 horas después de que los talibanes abrieran una oficina en Qatar, y antes de que pudiera comenzar la discusión, el gobierno afgano se alejó de la mesa de negociaciones. Cabe señalar que Afganistán también interrumpió las conversaciones con Estados Unidos sobre la cooperación militar futura más allá de 2014, cuando estaba previsto que las fuerzas Estadounidenses se retiraran por completo de Afganistán.

Antes de la retirada de las tropas, numerosos funcionarios de Estados Unidos y la OTAN eran partidarios de las negociaciones bilaterales entre el gobierno de Afganistán y los talibanes; se buscaba forjar algún tipo de acuerdo de alto el fuego entre las dos partes, a la espera de tener un futuro estable. Sin embargo, las propuestas de paz terminaron en fracaso y el esfuerzo quedó en nada. El presidente afgano, Karzai, protestó por el acercamiento de Estados Unidos a los talibanes, que aparentemente consideraba objetable. En particular, a Karzai le preocupaba el título de la oficina de los talibanes en Qatar (emirato en vez de república), así como la bandera talibán ondeando sobre el recinto de la oficina. Un portavoz del presidente Karzai dijo "Nos oponemos al título - el Emirato Islámico de Afganistán - porque tal cosa no existe. Desde el punto de vista del presidente Karzai, los talibanes intentaban presentarse a sí mismos como un gobierno en el exilio. En consecuencia, el presidente afgano dejó en claro que no participará en conversaciones de paz a menos que esas actividades fueran "dirigidas por Afganistán".

El 13 de agosto de 2013, los talibanes secuestraron a una miembro del parlamento en Afganistán. Fariba Ahmadi Kakar fue secuestrada en la provincia central de Ghazni cuando ella y sus tres hijas atravesaban una zona rural del país. Posteriormente, los niños fueron liberados en una operación en la que participaron las fuerzas conjuntas de la inteligencia afgana y la OTAN; sin embargo, Kakar permaneció en cautiverio de los talibanes y fue trasladada a un nuevo escondite. Los talibanes exigieron que cuatro extremistas islamistas de sus filas fueran liberados de la cárcel a cambio de Kakar.

La inquietante acción marcó la primera vez que un miembro del parlamento había sido atacado o secuestrado por extremistas islamistas en Afganistán. Dicho esto, Afganistán estaba experimentando un aumento de la violencia contra las mujeres, siendo las mujeres afganas los objetivos preferidos. Significativamente, un mes antes, en julio de 2013, una mujer policía de alto rango fue asesinada a tiros cuando se dirigía al trabajo en la provincia sureña de Helmand. En agosto de 2013, hubo un intento de asesinato contra la familia de una senadora, Rooh Gul, que se saldó con su hija muerta. Debido a estos acontecimientos, aumentaba el miedo de que la opresión hacia las mujeres, tan común en el Afganistán gobernado por los talibanes antes de su caída en 2001, estuviera regresando. Mientras que la opresión de la mujer se administró bajo los auspicios del temido "Ministerio de Vicios y Virtudes" durante el período del régimen talibán, las mujeres habían seguido siendo perseguidas por los talibanes en Afganistán, que ahora recurrían a medios violentos.

Mientras tanto, alrededor del mismo período en febrero de 2014, surgieron informaciones en Afganistán sobre supuestas conversaciones entre el gobierno del presidente Karzai y los talibanes. Un portavoz del gobierno de Karzai, Aimal Faizi, lo corroboraba en una entrevista con el New York Times: "Puedo confirmar que los talibanes están más dispuestos que nunca a unirse al proceso de paz. Se han establecido contactos y también estamos en contacto con ellos".

El 5 de abril de 2014 Se celebraron elecciones presidenciales en Afganistán. La cuestión era quién sería el sucesor del presidente saliente Hamid Karzai, quien había desempeñado como jefe de Estado afgano desde 2002. Había grandes esperanzas de que las elecciones de 2014 estuvieran libres de las controversias que empañaron el proceso anterior. Además, muchos en la comunidad internacional esperaban un nuevo líder afgano que fuera menos volátil que Karzai, quien se hizo famoso por sus comentarios destemplados, incluidas sus amenazas de "unirse a los talibanes".

A pesar de las esperanzas de un gobierno más fuerte y seguro en Afganistán, los meses previos a las elecciones prometían ser difíciles. En enero de 2014, dos activistas electorales que trabajaban para un candidato presidencial, Abdullah Abdullah, fueron asesinados a tiros en la ciudad occidental de Herat. Los dos trabajadores electorales fueron asesinados cuando salían de una oficina de campaña. Cabe señalar que Abdullah Abdullah impugnó las elecciones anteriores y tenía la intención de volver a presentarse a las elecciones de 2014. El portavoz de Abdullah Abdullah, Sayed Fazel Sangcharaki, abordó la cuestión de las muertes de los trabajadores de la campaña de la siguiente manera: "Este incidente al comienzo de la campaña electoral es una mala señal, ya que o las fuerzas de seguridad son incapaces de brindar seguridad para la campaña electoral o no se toman su trabajo en serio". Mientras tanto, los talibanes dejaban en claro que tenían la intención de interrumpir el proceso electoral. Sin embargo, las elecciones estaban preparadas para comenzar y había varios candidatos listos para competir en la carrera.

Los principales contendientes incluyeron a las siguientes personas:

- Qayum Karzai, el hermano mayor del presidente saliente Karzai, era el que tenía más probabilidades de extender el legado de su hermano. Su plataforma de campaña se centraba en abordar la corrupción; sin embargo, la corrupción había sido una plaga para el actual régimen de

Karzai, por lo que era difícil determinar en qué se diferenciaría un nuevo régimen de Karzai.

- Zamay Rassoul, confidente cercano del presidente saliente Karzai y exministro de Relaciones Exteriores y educado en Francia. Había respaldado el proceso de paz con los talibanes. Al igual que Qayum Karzai, la base de apoyo de Zamay Rassoul estaba entre su comunidad pashtún.
- Asraf Ghani Ahmadzai, un antropólogo educado en los Estados Unidos que también se había desempeñado como ministro de Finanzas en el gabinete; era visto como pro-occidental y con mayor probabilidad de firmar un pacto de seguridad con Estados Unidos.
- Abdullah Abdullah, un exoftalmólogo, que fue asesor del difunto líder guerrillero Massoud; ahora estaba abierto a las negociaciones con los talibanes, pero no a cualquier precio; había sido un defensor de los derechos de las mujeres en Afganistán. Su base de apoyo se encontraba en la comunidad tayika y el norte del país.
- Abdul Rahim Wardak, ex comandante guerrillero y ex ministro de Defensa; que había adoptado una postura firme contra los talibanes
- Abdul Rassoul Sayyaf, un hábil orador y notorio ex señor de la guerra que luchó contra la ocupación soviética; era conocido como un islamista de línea dura con la dudosa distinción de haber invitado al terrorista Osama bin Laden y al-Qaida a Afganistán; sin embargo, en tiempos más recientes, se había opuesto a los talibanes.

A pesar del clima de violencia y derramamiento de sangre preelectoral, e independientemente de las amenazas de los talibanes a los votantes, las elecciones presidenciales de 2014 en Afganistán se desarrollaron con éxito, lo que evocó una sensación de alivio entre los afganos y los observadores internacionales. El presidente saliente, Karzai, que esperaba continuar con su

influencia en el poder a través de una victoria de Roussol, elogió las elecciones: "Hoy demostramos al mundo que este es un país impulsado por el pueblo, en nombre del pueblo, agradezco a las fuerzas de seguridad, la comisión electoral y las personas que ejercieron la democracia y... gracias a ellos pasamos otra página en la gloriosa historia de Afganistán".

Los resultados no se conocieron durante varias semanas debido al difícil terreno montañoso en algunas partes del país donde se habían utilizado burros para transportar las papeletas. Para la última semana de abril de 2014, con el recuento de votos completo, Abdullah Abdullah había mantenido su ventaja de más del 10 por ciento sobre su rival más cercano, Ashraf Ghani. Abdullah Abdullah aseguró la pluralidad de votos con alrededor del 45 por ciento, mientras que Ashraf Ghani tenía el 31,5 por ciento del apoyo; el candidato pro Karzai, Zalmi Rassoul, estaba en un distante tercer lugar con un 11,5 por ciento.

Sin ningún candidato asegurando una mayoría absoluta, la contienda presidencial se encaminaba a una segunda vuelta. Con ese fin, se estableció una segunda vuelta para el 28 de mayo de 2014, entre Abdullah Abdullah y Ashraf Ghani. Sin embargo, había especulaciones de que los dos hombres podrían formar un gobierno de unidad, excluyendo así la posibilidad de una segunda vuelta. No obstante, a mediados de mayo de 2014, semanas antes de la segunda ronda de votaciones programada, Abdullah Abdullah obtuvo el apoyo de un rival clave: el candidato pro Karzai en la primera ronda, Zalmi Rassoul. A principios de junio de 2014, Abdullah Abdullah consolidó el apoyo de ex rivales al ganarse el respaldo del círculo íntimo del ex señor de la guerra, Abdul Rasul Sayyaf. Si bien el propio Sayyaf optó por permanecer neutral, sus dos compañeros de carrera vicepresidenciales dejaron en claro que estaban apoyando a Abdullah Abdullah.

Anteriormente, se había especulado con que la segunda ronda podría retrasarse hasta mediados de junio de 2014, si se consideraba necesario. Esa noticia pronto se formalizó con la nueva fecha de segunda vuelta fijada para el 14 de junio de

2014. Mientras tanto, los talibanes prometían interrumpir la segunda ronda electoral, se tuvo conocimiento de que estaban reclutando combatientes islámicos radicales, presumiblemente con miras a llevar a cabo ataques suicidas durante la segunda vuelta electoral. De hecho, la última semana de mayo de 2014, Afganistán estuvo marcada por una serie de ataques suicidas, tiroteos y atentados con bombas en las carreteras.

La Comisión Electoral Independiente de Afganistán anunció pronto sus resultados preliminares de la segunda ronda de las elecciones presidenciales, y señaló que Ashraf Ghani obtuvo el 56,44 por ciento de los votos en comparación con el 43,56 por ciento de Abdullah Abdullah. Consciente de la controversia sobre manipulación de votos que ha rodeado la contienda presidencial, el presidente de la comisión electoral, Ahmad Yousuf Nouristani, reconoció que hubo "errores técnicos" y "deficiencias" en la elección, que incluyeron fraude y otras violaciones. Independientemente de la naturaleza mesurada del anuncio del resultado de las elecciones, Fazel Rahman Orya, portavoz del equipo electoral de Abdullah, criticó duramente a la Comisión Electoral Independiente de Afganistán. Dijo que el organismo electoral "no tenía legitimidad" y condenó los resultados como "ilegales" e "ilegítimos". Poco después, el grupo de Abdullah Abdullah calificó el resultado de las elecciones como un "golpe" contra el pueblo, y el propio Abdullah Abdullah declaró la victoria. En un discurso de victoria en Kabul, Abdullah Abdullah enunció: "estamos orgullosos. Respetamos los votos de la gente. Fuimos los ganadores... No aceptaremos un resultado fraudulento, ni hoy, ni mañana, nunca". Mientras tanto, sus partidarios pidieron el establecimiento de un gobierno paralelo si Ashraf Ghani finalmente asumiera el cargo.

Con Ghani en contra de un gobierno de poder compartido, y con la base de Abdullah Abdullah preparada para establecer su propio centro de poder, Afganistán estaba en camino de una catástrofe política, algo que el Estado en crisis devastado por la guerra y desafiado por la seguridad no podría soportar. En general, la comunidad internacional había contemplado la contienda

presidencial en Afganistán para elegir un sucesor de Karzai como una prueba democrática y de solidez del Estado; sin embargo, la creciente crisis electoral sugirió que pasar esa prueba de legitimidad y solidez sería difícil. De hecho, si Abdullah Abdullah no estaba dispuesto a aceptar resultados electorales ciertamente cuestionables, o si Ashraf Ghani se mostraba frío ante la noción de un gobierno de coalición, Afganistán podría verse nuevamente sumido en la agitación política en un momento en que las potencias internacionales se estaban preparando para retirar sus tropas.

Con este escenario, el secretario de Estado de Estados Unidos, John Kerry, tenía previsto reunirse con los dos contendientes presidenciales, Abdullah Abdullah y Ashraf Ghani, así como con el presidente afgano Hamid Karzai. Estaba por verse si la presencia de Kerry haría avanzar las negociaciones entre las distintas partes, aunque Washington estaba claramente dispuesto a usar su peso para presionar a Afganistán para que resolviera el problema. De hecho, el Secretario de Estado Kerry señaló oficialmente que los medios violentos o "extra constitucionales" para resolver la crisis electoral darían lugar a que Estados Unidos retirara su ayuda, militar y financiera, a Afganistán.

A mediados de julio de 2014 John Kerry negoció un acuerdo con éxito destinado a poner fin al estancamiento de las elecciones. Según el acuerdo de Kerry, Abdullah Abdullah y Ashraf Ghani habían acordado un recuento completo de todos los votos emitidos en la ronda de "segunda vuelta" del 14 de junio de 2014 de las elecciones presidenciales. Una vez finalizado el recuento, que sería supervisado por Naciones Unidas, ambos candidatos tendrían que respetar el resultado independientemente de quién fuera declarado ganador. Entonces se esperaba que ese ganador formara un gobierno de unidad. El acuerdo de Kerry esencialmente resolvió la crisis electoral, aseguró que se realizaría un nuevo conteo en condiciones transparentes y estableció el camino para lo que antes se creía inverosímil: la formación de un gobierno de unidad nacional inclusivo.

El resultado de las elecciones se anunció finalmente en la tercera semana de septiembre, cuando Ashraf Ghani fue nombrado ganador y, por lo tanto, nuevo presidente de Afganistán. Este anuncio fue simultáneo sobre un difícil acuerdo de reparto del poder que le daría a Abdullah Abdullah el derecho, como el segundo ganador de la mayoría de votos, a nombrar un director ejecutivo. Este puesto se compararía más fácilmente con el papel de un primer ministro en una democracia parlamentaria con un presidente y un primer ministro. Era concebible que Abdullah pudiera nombrarse a sí mismo para el papel. El anuncio de Ghani como presidente, junto con el acuerdo del reparto del poder, puso fin al caos y la disonancia que ha marcado las históricas elecciones presidenciales afganas.

Por su parte, Ghani se comprometió a poner fin a la inestabilidad política y la agitación que ha sumido a Afganistán y dijo: "La estabilidad de Afganistán es lo más importante para nosotros. Construyamos esta nación y dejemos el pasado atrás". Ghani también indicó que se abordaría el importante problema institucional de corrupción de Afganistán: "Nuestro enfoque estará en el mérito en todos los sectores del gobierno, y no habrá lugar para el nepotismo. Será un gobierno de transparencia, rendición de cuentas y asumir la responsabilidad". Una vez que asumió la presidencia, Ghani prometió firmar el acuerdo de seguridad que permitiría a las tropas Estadounidenses permanecer en Afganistán y ayudar en la amenaza terrorista que emanaba de los Talibanes y otras entidades terroristas islámicas que operaban en el país.

Como era de esperar, los talibanes condenaron el acuerdo de reparto del poder como producto del control de Estados Unidos e indicaron que haría su parte para continuar desestabilizando Afganistán. El portavoz de los talibanes, Zabihullah Mujahid, emitió una declaración por correo electrónico que comenzó de la siguiente manera: "Instalar Ashraf Ghani y formar una administración falsa nunca será aceptable para los afganos. Los estadounidenses deben comprender que nuestro suelo y nuestra tierra nos pertenecen y que todas las decisiones y acuerdos los toman los afganos, no el secretario de Relaciones Exteriores o el embajador de Estados Unidos. Rechazamos este proceso Estadounidense y

prometemos continuar con nuestra jihad hasta que liberemos a nuestra nación de la ocupación y hasta que allanemos el camino para un gobierno islámico puro".

El comienzo de noviembre de 2015 en Afganistán estuvo marcado por los horribles asesinatos de siete miembros de la comunidad minoritaria hazara del país en la provincia sureña de Zabul. Las víctimas incluían mujeres y niños y ocurrieron durante un período en el que militantes talibanes y combatientes del Estado Islámico se vieron envueltos en combates. Las Naciones Unidas condenaron el asesinato como un crimen de guerra. Si bien se desconocían los agresores reales en los asesinatos de las siete personas, había habido un patrón de secuestro seguido por asesinato de hazaras en Afganistán a lo largo de numerosos años. Específicamente, los talibanes y al-Qaida, que suscriben una interpretación extremista del Islam sunita, consideran a los chiitas hazaras como apóstatas y culturalmente distintos en comparación con la comunidad etnocultural pastún dominante. Como tal, miles de hazaras fueron objeto de masacre por estos dos grupos terroristas islamistas durante la década de 1990. Sin embargo, en años más recientes, los talibanes habían reenfocado sus ataques en los intereses del gobierno de Afganistán respaldado por Occidente en lugar de las minorías étnicas y religiosas, como los hazaras.

El repunte de los ataques dirigidos contra hazaras en los últimos años marcaba una especie de cambio. La tendencia se atribuyó al surgimiento de otros grupos extremistas islamistas, como simpatizantes del notorio enclave terrorista Estado Islámico. El enfrentamiento étnico del pasado asolaba otra vez Afganistán, lo cual podría suponer una guerra civil mucho más sangrienta y compleja. El 23 de julio de 2016, dos ataques terroristas golpearon una manifestación de la minoría Hazara, principalmente chiita de Afganistán, en la capital afgana de Kabul, matando al menos a 80 personas e hiriendo a cientos. El doble ataque suicida fue posteriormente reivindicado por el grupo terrorista del Estado Islámico. En una declaración de responsabilidad transmitida por la una agencia de noticias, el Estado Islámico declaró: "Dos combatientes del Estado Islámico detonaron

cinturones explosivos en una reunión de chiitas en la ciudad de Kabul en Afganistán". El hecho de atacar a la minoría chiita hazara sugirió que la naturaleza sectaria de tales ataques que ahora se estaba extendiendo a Afganistán desde el Medio Oriente.

Hasta ese momento, el conflicto sectario no había sido un factor en Afganistán. Se temía que estas dos explosiones constituyesen una especie de cambio de estrategia del terrorismo más radical. El 31 de mayo de 2017, un camión bomba en la capital afgana de Kabul dejó decenas de muertos y cientos más heridos. El 13 de abril de 2017, Estados Unidos desató el dispositivo no nuclear más grande que jamás había usado en combate, contra un sistema de túneles utilizados por el Estado Islámico en Afganistán. Conocida como "la madre de todas las bombas", la GBU-43 / B Massive Air Blast (MOAB) fue lanzada desde un avión MC-130 en el distrito de Achin de la provincia de Nangarhar, en el este de Afganistán, cerca de la frontera con Paquistán.

El presidente de Estados Unidos, Donald Trump, calificó el bombardeo como "una misión muy exitosa". Trump también afirmó que el uso del MOAB en el sistema de túneles del Estado Islámico era una prueba de que su política exterior en unos meses fue más efectiva en la lucha contra el terrorismo que la del presidente Barack Obama durante su mandato de ocho años: "Si miras lo que sucedió durante las últimas ocho semanas y lo comparas realmente con lo que sucedió durante los últimos ocho años, verás que hay una diferencia tremenda". El general retirado Estadounidense Mark Hertling, quien era el comandante de las tropas americanas en Afganistán, expresó su indignación en la CNN en respuesta a la afirmación de Trump, diciendo que era "un insulto" para los militares que sirvieron durante esos ocho años para defender la libertad".

El 21 de agosto de 2017, el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, anunció un aumento en las tropas desplegadas en Afganistán, continuando efectivamente el conflicto militar más prolongado de Estados Unidos, más que el de Vietnam. Durante un discurso en una base militar cerca de Washington,

Trump afirmaba que pretendía evitar que Afganistán se convirtiera en un refugio seguro para los terroristas islamistas que pretenden atacar a Estados Unidos. Con este fin, Trump dijo que los terroristas en Afganistán "necesitan saber que no tienen dónde esconderse, que ningún lugar está fuera del alcance de las armas Estadounidenses". "Nuestras tropas lucharán para ganar". Sin embargo, Trump no explicó lo que quería decir con ganar, ni detalló una estrategia específica para lograr ese objetivo. Tampoco se anunció el cronograma del despliegue de las tropas Estadounidenses en Afganistán.

Referente a la estrategia americana, Trump señaló que su posición sobre el compromiso con Afganistán había evolucionado con el tiempo y estaba influenciada por sus asesores militares y de seguridad nacional. Con este fin, dijo, "Mi instinto original era retirarme". Claramente, su punto de vista cambió sobre el asunto, y la presencia americana estaría asegurada con la presidencia de Trump. Por otro lado, los comentarios de Trump sobre Paquistán sugirieron un enfoque más agresivo hacia ese país cuando declaró: "Ya no podemos guardar silencio sobre los refugios seguros de Paquistán". Paquistán tiene mucho que ganar si se asocia con nuestro esfuerzo en Afganistán. Tiene mucho que perder si sigue albergando a terroristas".

Referente a los talibanes, debido a numerosos ataques terroristas perpetrados por los talibanes el presidente Donald Trump anunció a través de Twitter, el 7 de septiembre de 2019, que había cancelado las conversaciones secretas con los talibanes, que se llevarán a cabo en suelo Estadounidense en Camp David. Trump afirmó que los talibanes habían calculado mal al llevar a cabo los ataques como un medio de intento de apalancamiento antes de las conversaciones de paz. El 8 de septiembre de 2019, un portavoz de los talibanes negó la afirmación de Trump sobre una reunión secreta en Camp David. El portavoz de los talibanes dijo que existía un compromiso de que cualquier acuerdo que pudiera alcanzarse se anunciaría en Qatar. Además, el portavoz del movimiento islamista extremista dijo que los tuits de Trump eran "falsos" y dañaban su credibilidad.

Los ataques de los talibanes en Afganistán continuaron a raíz del abandono de las conversaciones de paz y en el período previo a las elecciones presidenciales afganas. El 17 de septiembre de 2019, los terroristas suicidas talibanes llevaron a cabo dos ataques separados, matando a cerca de 50 personas en total. Un ataque pareció tener como objetivo una manifestación en la provincia de Parwan por el presidente Ashraf Ghani, que buscaba un segundo mandato de cinco años en el cargo. Ese atentado suicida mató a 26 personas e hirió a otras 42; sin embargo, el presidente salió ileso. El otro ataque fue llevado a cabo por un atacante suicida solitario en la ciudad capital de Kabul. En ese caso, 22 personas murieron y otras 38 resultaron heridas.

El 28 de septiembre de 2019 se celebraba, después de meses de retraso, las cuartas elecciones presidenciales en Afganistán. Los principales candidatos incluían al actual presidente Ashraf Ghani, como político independiente, que buscaba otro mandato de cinco años en el cargo, y Abdullah Abdullah, el actual director ejecutivo y el candidato de la Coalición Nacional de Afganistán. Cabe señalar que Ghani y Abdullah habían gobernado juntos Afganistán a través de un frágil acuerdo de reparto del poder vigente desde 2014. Otros candidatos incluyeron, entre otros: Gulbuddin Hekmatyar, ex primer ministro, ex señor de la guerra y actual líder de Hezb. -e Islami, Rahmatullah Nabil, el ex Jefe de la Dirección Nacional de Seguridad, Faramarz Tamanna, el ex Director General del Centro de Estudios Estratégicos, y Shaida Mohammad Abdali, el Embajador en India.

El día de las elecciones, los afganos acudieron a las urnas después de semanas de violencia llevada a cabo por los talibanes. De hecho, se informó que más de 170 civiles murieron y más de 300 resultaron heridos en ataques en los que participaron los talibanes antes de las elecciones. Una vez cerrados los centros de votación, se inició la tarea de contar los votos. Los resultados de las elecciones preliminares no se esperaban hasta mediados de octubre de 2019. Sin embargo, los dos candidatos principales perdieron poco tiempo en reclamar la victoria respectivamente.

Las afirmaciones simultáneas de victoria recordaron las elecciones anteriores de 2014, cuando los candidatos tuvieron esta misma reacción, lo que provocó una crisis política que terminó en un acuerdo de poder compartido negociado por el exsecretario de Estado de los Estados Unidos, John Kerry, en nombre de la administración Obama.

Debido a los muchos problemas que habían plagado las elecciones parlamentarias, así como al renovado intento de entablar conversaciones de paz con los talibanes, las elecciones presidenciales programadas originalmente para abril se retrasaron dos veces. Las elecciones finalmente se llevaron a cabo el 28 de septiembre, pero, en medio de las amenazas de los talibanes y la falta de confianza en el proceso electoral, la participación fue significativamente menor que en las elecciones presidenciales anteriores. Poco después de las elecciones, los principales contendientes, Ghani y Abdullah, declararon que habían recibido la mayoría de los votos.

Según los resultados preliminares, contra los que apeló el subcampeón Abdullah Abdullah, el titular Ashraf Ghani fue reelegido con el 50,64% de los votos. Después de retrasos por diversos motivos, Ashraf Ghani fue declarado ganador en los resultados finales el 18 de febrero de 2020 (Mujib Mashal, 2020). Abdullah Abdullah rechazó los resultados y decidió establecer su propio gobierno paralelo y una toma de posesión separada. Sin embargo, Ghani prestó juramento oficialmente para un segundo mandato el 9 de marzo de 2020. La crisis política que siguió no se resolvió hasta el 16 de mayo de 2020, cuando Ghani y Abdullah firmaron un acuerdo de reparto de poder en el que Ghani seguiría siendo presidente y Abdullah lideraría las conversaciones de paz con los talibanes cuando estos comenzaran (BBC, 2020).

2.5.6 El acuerdo de paz

El 17 de diciembre de 2018, Estados Unidos, Arabia Saudita y Paquistán se reunieron con los talibanes en Abu Dhabi para discutir cómo hacer avanzar el

proceso de paz. Pocos días después, Estados Unidos anunció su intención de retirar miles de sus tropas de Afganistán, una medida que muchos interpretaron como una señal de la seriedad de Estados Unidos para alcanzar un acuerdo de paz y poner fin a la guerra. Sin embargo, el gobierno central de Afganistán no había sido informado de la decisión antes de que se anunciara, y los funcionarios afganos expresaron conmoción por la falta de coordinación de los Estados Unidos con el gobierno legítimo. Sin embargo, señalaron que, de todos modos, las fuerzas afganas ya manejaban la mayoría de las operaciones de seguridad del país. Las conversaciones con los talibanes, aunque a veces inestables, continuaron en 2019, y los niveles de tropas Estadounidenses se mantuvieron durante las negociaciones (Petrov, 2020).

Días después de que se dieron a conocer los resultados de las elecciones, Estados Unidos y los talibanes anunciaron que habían llegado a un acuerdo: Estados Unidos retiraría sus tropas durante los 14 meses siguientes con la condición de que los talibanes prosiguieran las negociaciones de paz con el gobierno afgano y evitar que al-Qaeda y el Estado Islámico en Irak y el Levante (ISIL; también llamado Estado Islámico en Irak y Siria, ISIS) operasen dentro de Afganistán. El acuerdo se firmó el 29 de febrero de 2020, después de una reducción de la violencia de ambas partes durante una semana. En agosto, el gobierno afgano acordó un intercambio de prisioneros con los talibanes, cumpliendo una condición previa clave, prometida en el acuerdo entre Estados Unidos y los talibanes de febrero, para que comenzaran las conversaciones de paz entre el gobierno y los talibanes.

Entre las disposiciones importantes del acuerdo, 29 de febrero de 2020, incluían un compromiso de Estados Unidos de retirar eventualmente todas las tropas Estadounidenses e internacionales de Afganistán; un compromiso por parte de los talibanes de evitar que al-Qaeda y otros grupos terroristas usen el territorio afgano para amenazar a Estados Unidos y sus aliados; y una promesa de ambos partes para apoyar las negociaciones de paz intraafghanas. Como parte del acuerdo, Estados Unidos prometió disminuir el número de fuerzas

Estadounidenses de aproximadamente 14.000 a 8.600 soldados, reducir proporcionalmente el número de otras fuerzas internacionales en Afganistán y trabajar con ambas partes para liberar a los prisioneros.

Desde un principio hubo problemas notables con el acuerdo; como, por ejemplo, no haber incluido al gobierno afgano en las negociaciones. A pesar de tales problemas, un acuerdo de paz que evitase que Afganistán vuelva a convertirse en un refugio para el terrorismo internacional permitiría a Estados Unidos retirar sus fuerzas y reducir su asistencia para la seguridad y el desarrollo; que superó los 800.000 millones de dólares entre 2019 y 2020 (Jones, 2020). El acuerdo permitiría a los Estados Unidos concentrarse en la competencia por el liderazgo mundial con China y Rusia, y focalizar esfuerzos debido a las presiones presupuestarias causadas por la pandemia del coronavirus (COVID-19).

Sin embargo, lograr un acuerdo de paz aceptable no será fácil. No está claro si los talibanes se toman en serio la posibilidad de llegar a un acuerdo o si sus líderes están negociando simplemente para que las tropas Estadounidenses se retiren; esto permitiría a las fuerzas talibanes derrocar al gobierno afgano casi sin resistencia. Incluso si los talibanes están negociando de buena fe, es necesario resolver problemas importantes; por ejemplo el reparto del poder político, el papel del Islam frente a la Constitución, los derechos de la mujer, etc. Los derechos de la mujer parecen ser siempre un escollo en las negociaciones con los talibanes que tradicionalmente han maltratado a la mujer sistemáticamente y basándose en una interpretación radical de la Sharia. Dados estos desafíos, el riesgo de que el proceso de paz colapse o se detenga indefinidamente es significativo.

En cualquier caso, la presión interna de EE. UU. Para retirar las fuerzas Estadounidenses de Afganistán probablemente se intensifique en los próximos años; Afganistán ya es la guerra más longeva en la que se ha involucrado los EE. UU. Algunos republicanos y demócratas ya abogan por una retirada completa de las fuerzas Estadounidenses, independientemente del resultado de

las negociaciones (Jones, 2020). La retirada de tropas sin un buen acuerdo que exija a los talibanes ciertos mínimos sería un error, especialmente si los talibanes se hacen con el poder en Afganistán. El acuerdo de paz es una herramienta que los talibanes pueden utilizar para legitimar su gobierno en frente de la opinión internacional; lo que elevaría el conflicto a un conflicto híbrido, como se ha discutido en el apartado 1. Por otro lado, Estados Unidos todavía tiene intereses de seguridad claves en Afganistán; como, por ejemplo, evitar que el país se convierta en un santuario para grupos terroristas internacionales como al-Qaeda y el autoproclamado Estado Islámico; evitar la inestabilidad regional mientras Rusia, Irán, Paquistán e India compiten por la influencia en Afganistán; y minimizar la probabilidad de una gran crisis humanitaria. El derrocamiento del gobierno afgano por los talibanes probablemente también sería una bendición para los extremistas islamistas, alcanzarían un poder que han estado buscando durante casi dos décadas. Finalmente, una retirada precipitada de Estados Unidos sin un acuerdo de paz probablemente plantearía serias dudas sobre la credibilidad de Estados Unidos por parte de sus aliados. En otras zonas del planeta como en el Pacífico, donde China no hace más que crecer geopolíticamente, su credibilidad como actor global se vería claramente afectada.

CAPÍTULO III

3 LA ESTRATEGIA OCCIDENTAL Y AFGANISTÁN.

“Nuestra guerra contra el terrorismo comienza con Al Qaeda, pero no termina ahí. No terminará hasta que todos los grupos terroristas de alcance mundial hayan sido encontrados, detenidos y derrotados

George Bush, presidente de los Estados Unidos.

En este punto se analiza la estrategia de EE. UU y la OTAN en su intento de estabilizar Afganistán; en la fase del posconflicto. La estrategia seguida, especialmente por los Estados Unidos, pueden ser una referencia para futuros escenarios parejos, en el que el ciudadano y no las instituciones deben ser el primer objetivo a tener en cuenta. La estrategia americana fue variando a lo largo del desarrollo del conflicto; sin embargo, su mayor componente siempre estuvo dentro del campo de la seguridad, dejando a un lado la reconstrucción política y de identidad nacional. Aunque el planeamiento occidental de las campañas militares ha evolucionado considerablemente hacía un enfoque más integral, durante el conflicto de Afganistán se careció de una buena integración de todos los instrumentos de poder que disponía tanto los Estados Unidos como la OTAN, por ejemplo, el diplomático, político, económico, etc. Consecuentemente, el enfoque basado en el instrumento militar fue una catástrofe cuyas consecuencias duran todavía.

El presidente George W. Bush dio a conocer la estrategia de reconstrucción de Afganistán en un discurso en el Instituto Militar de Virginia una vez que el régimen talibán había sido derrocado: "Debemos ayudar a construir un Afganistán que esté libre de este mal y sea un lugar mejor para vivir, estamos trabajando dentro de las mejores tradiciones de George Marshall". La argumentación del entonces presidente americano se basaba en el Plan Marshall posterior a la Segunda Guerra Mundial que supuso un notable progreso de Occidente y especialmente de Europa. El plan Marshall fue un éxito, en parte, porque Europa ya tenía una identidad política parecida a la americana y porque la aproximación liberal americana era similar a la identidad política de la mayoría de europeos o, por lo menos, la aproximación basada en los valores americanos era entendible para la mayor parte de los ciudadanos; las distintas identidades que entraron en contacto, la americana y las europeas, tenían muchos aspectos en común. Sin embargo, el escenario afgano era mucho más complejo que el europeo; un escenario para el que las fuerzas armadas americanas no estaban preparadas. Posiblemente, no lo estuvieran ninguna fuerza militar del planeta.

La respuesta al posconflicto en Afganistán se basó en la percepción del estamento militar de cómo el problema estaba dentro del paradigma de la seguridad nacional. En general, las fuerzas armadas de cualquier país son profundamente reacias a desviarse de su propósito principal: la protección de la seguridad a través de la proyección de la fuerza. El primer paso es proporcionar seguridad y todo lo demás viene después. Por lo tanto, en la mayoría de los casos, la respuesta de un ejército se basa en aquel campo que mejor conocen, que no es otro que la seguridad y la defensa.

La guerra es la base de la cultura del estamento militar; es la "*raison d'être*" de cualquier fuerza militar. La razón de ser de los ejércitos está en la defensa de la integridad territorial y su ordenamiento jurídico de una amenaza exterior. Cualquier cometido fuera de este amplio ámbito es una agenda distinta de la naturaleza de su entrenamiento o preparación. Para ser una fuerza preparada, cada rama de un ejército competitivo tiene estrictas cadenas de mando y normas de comportamiento reglamentadas. En el caso de los Estados Unidos es exactamente como lo detallado anteriormente; es una organización diseñada para actuar en materia de defensa y seguridad mediante el uso de la fuerza si ésta es necesaria. En la historia de la humanidad nunca ha existido un ejército que se prepare para el posconflicto en una determinada guerra; los ejércitos nunca se han preparado para que sus miembros hagan de profesores, diplomáticos o bomberos. Esta no es su "*raison d'être*".

Como cualquier soldado, las tropas Estadounidenses, junto con los funcionarios civiles del Departamento de Defensa, responden a los problemas de política exterior siguiendo la cultura militar y ciertas rutinas y procedimientos orientados a la seguridad y defensa. En el caso de Afganistán, como no podía ser de otra manera, los soldados americanos siguieron los procedimientos de sus manuales militares y del entrenamiento que habían recibido. La ejecución de la operación de invadir Afganistán, desde un punto de vista militar, fue todo un éxito; es menos de un mes el régimen talibán era derrocado.

Una vez que quedó claro que Al Qaeda era responsable de los ataques contra las Torres Gemelas y el Pentágono, el presidente George W. Bush dio un ultimátum a los talibanes: "entreguen a los terroristas, o... compartan su destino" (Draper, 2007). Como es sabido, los talibanes se negaron a cumplir con esa demanda, lo que resultó en el lanzamiento de la Operación Libertad Duradera en octubre de 2001; la maquinaria militar americana entraba en escena. En la invasión se desplegaron equipos de la CIA y de las Fuerzas Especiales para identificar objetivos militares que posteriormente serían batidos por la Fuerza Aérea de los EE. UU., en coordinación con la alianza del Norte. Esta nueva forma de hacer la guerra sustituyó a una presencia terrestre sustancial de Estados Unidos, en gran parte porque el establecimiento militar en general, y el Secretario de Defensa en particular, no estaban dispuestos a enviar un gran número de tropas Estadounidenses. Rumsfeld dejó en claro que a las fuerzas armadas Estadounidenses no les interesaba "ir con grandes fuerzas convencionales" (Geoffrey Wawro, 2010) . Por ello, Estados Unidos adoptó una estrategia que implicaba una mínima inversión de presencia militar para obtener la máxima recompensa. No siendo del todo una guerra asimétrica como la descrita en el apartado 1.4, si es cierto que los talibanes tuvieron que hacer frente a un ejército con grandes capacidades aéreas, como el americano, y otro con tácticas de guerrilla y con una caballería que en vez de tanque tenía caballos.

Desde un primer momento, la eliminación de los talibanes y la captura de Osama bin Laden y otros miembros de la dirección de Al Qaeda fueron los objetivos principales de la estrategia militar americana. Los militares no tenían la intención de comprometerse con una ocupación prolongada de Afganistán. La "máxima prioridad es sacudir el árbol de Bin Laden", afirmaba el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld: "no estamos invadiendo; no nos vamos a quedar". George Tenet, el director de la CIA, se unía a las palabras de Rumsfeld "No estamos invadiendo... no estamos ocupando, el Mullah Omar traicionó al pueblo afgano. Dejó entrar a estos forasteros. Ese es el problema" (CFR, 2021).

Tras asumir el cargo de Secretario de Defensa, Rumsfeld consideraba al ejército Estadounidense como una estructura obsoleta propia de la Guerra Fría, la cual para el secretario era innecesariamente lenta y se apoyaba en un número ingente de personal para conseguir los objetivos militares. Para evolucionar la forma de hacer la guerra, Rumsfeld abogó por confiar en armamento de precisión y la tecnología de la información; definidas no por el tamaño, sino por la movilidad y la velocidad. Rumsfeld argumentaba que el poder militar era necesario "para mantener la disciplina en el mundo", y que una fuerza móvil basada en la alta tecnología lo haría posible (Moens, 2003). Quedaba claro que la idea del secretario de Defensa era lograr sus objetivos políticos de la guerra del terror sin dejar una amplia huella militar en Afganistán.

A pesar de la poca presencia militar en un primer momento, las decisiones estratégicas se tomaban según la estrategia militar y no la política. En vez del eterno principio clausewiano de que la guerra es una continuación de la política, en este caso, parecía ser al revés; la política era una continuación de la guerra. En las reuniones del Consejo de Seguridad Nacional, paradójicamente, el estamento militar tenía el poder de desestimar las reservas o desacuerdos de las agencias civiles; lo que confirmaba la prevalencia de una estrategia militar frente a cualquier otra. Por lo tanto, los funcionarios del Pentágono, arrastrados por los militares, abogaron por soluciones orientadas al combate, pero ignoraron los problemas políticos de Afganistán: la corrupción rampante, sus problemas entre etnias, etc. La capacidad de los altos mandos militares para eclipsar la diplomacia representó un cambio de paradigma con respecto a la década de 1990. En una época posterior al 11 de septiembre, observa Ahmed Rashid, la diplomacia se convirtió en "prerrogativa del Departamento de Defensa" en lugar del dominio del Departamento de Estado' (Rashid, 2007). La diplomacia, por lo tanto, estaba al servicio de la estrategia militar en Afganistán y no al revés. Debido a la naturaleza unilateral y expedicionaria de la invasión, el Pentágono toleró las propuestas del Departamento de Estado a la comunidad internacional, pero no le permitió circunscribir su estrategia de invasión. Desde la perspectiva

del establecimiento militar, una coalición internacional era conveniente pero no era, ni mucho menos, necesaria; a pesar de que la OTAN invocó su cláusula de defensa mutua por primera vez en la historia, los Estados Unidos no necesitaban la ayuda de los miembros de la Alianza. De manera similar, el papel de las Naciones Unidas solo era apropiado siempre que no interfiera con el derecho de Estados Unidos a usar la fuerza militar. En su entonces memorable máxima, Rumsfeld argumentaba que "la misión es quien determina la coalición; no es la coalición quien debe determinar la misión (Bennis P. , 2001).

Como consecuencia de los planes de invasión liderados por los militares, la campaña de bombardeos contó con poco asesoramiento, o ninguno, de la comunidad internacional. Se llevó a cabo de manera eficaz y eficiente, y produjo una impresionante demostración de proyección de fuerza del ejército americano: todos los objetivos estratégicos del Pentágono fueron destruidos en apenas un mes (Bennis, 2001). Sin embargo, la demostración de fuerza americana no iba a ser un desfile militar desde un principio. Cuando se informó en los medios de comunicación que la campaña de bombardeos había causado un gran número de víctimas civiles y un desplazamiento generalizado de la población, la presión de la Casa Blanca alentó al estamento militar a considerar las repercusiones humanitarias de la invasión. Consecuentemente, se respondió con ostentosas entregas de alimentos que claramente se llevaron a cabo con fines políticos internos más que con un interés genuino en ayudar a la población rural de Afganistán (Keane, 2006). La Fuerza Aérea de los Estados Unidos esparció más de un millón de paquetes de ayuda por Afganistán en lo que el presidente Bush anunció que era "la entrega de ayuda humanitaria más rápida de la historia de la guerra". Sin embargo, en el terreno, la victoria tuvo un precio, ya que reforzó la posición de señores de la guerra violentos y avariciosos que, posteriormente, ingresarían en el gobierno y contribuirían a la inestabilidad política del país.

Durante la invasión, desde las etapas de planificación hasta la ocupación de Kabul, la política de Estados Unidos hacia Afganistán no evolucionó más allá de una operación militar. Por lo tanto, las operaciones militares a corto plazo se

llevaron a cabo de forma unilateral y el Pentágono rechazó por innecesaria cualquier participación más amplia de la coalición internacional. Las Naciones Unidas o las agencias civiles Estadounidenses, que podían ser una alternativa a un enfoque puramente militar, no se tuvieron en cuenta, por lo que el débil gobierno afgano no tardó en colapsar. Los militares se enfocaban en potenciar la seguridad del país exclusivamente, y eso no era suficiente.

La Operación Libertad Duradera, aparentemente, supuso una guerra basada en "fuerzas americanas más ligeras, inteligentes y ágiles; una guerra en la que Rumsfeld se vanagloriaba porque "se podía hacer más con menos" (The Washington Post, 2001). El ejército de Estados Unidos había logrado sus objetivos iniciales, pero sin una estrategia más profunda que abarcara el futuro político de Afganistán. En diciembre de 2001 Rumsfeld afirmaba que Afganistán era "un trato hecho" (US Department of State, 2001), lo cual se demostraría después que era una afirmación "muy a la ligera" teniendo en cuenta la poca gobernanza y la falta de identidad política de Afganistán antes de la invasión.

Aunque después de la derrota militar del régimen talibán la Casa Blanca expresó su deseo de continuar con la construcción de Afganistán, la capacidad de las fuerzas armadas americanas para adaptarse a esa nueva estrategia era una misión muy compleja, debido, esencialmente, a la idiosincrasia del estamento militar. En mayor o menor medida, las dudas sobre la naturaleza humanitaria y la política de actuación se vieron agravadas por el hecho de que los militares percibían que Afganistán era solo uno de varios frentes de batalla en la Guerra Global contra el Terrorismo (GWOT, por sus siglas en inglés)). Afganistán no era el único país en el que Estados Unidos tenía intereses para su lucha contra el terror, sino que la amenaza terrorista estaba ciertamente controlada en el país afgano. Como resultado, su preferencia era prepararse para un combate mayor y no dispersar sus esfuerzos en operaciones de estabilidad; las que se consideraban de segundo nivel, por lo que restaban valor a su misión principal.

Para el establecimiento militar, la construcción de la nación no estaba dentro de sus objetivos militares; su primer objetivo era vencer militarmente a los enemigos de los Estados Unidos; especialmente a aquellos que podían suponer una amenaza para su seguridad. En este sentido, una vez “vencidos” los talibanes, Afganistán ya no era una amenaza para su seguridad y eso suponía derivar su atención hacia otros escenarios más peligrosos. Por ejemplo, pudo orientar a los comités interinstitucionales para que se centraran "exclusivamente en asegurar que el despliegue militar Estadounidense en la región se desarrollara sin problemas" (Dobbins, 2008).

En 2004, año en el que surgió una violenta insurgencia liderada por los talibanes que amenazaba con extenderse a todo el país. Entonces, los militares reconocieron que Afganistán requería un compromiso más profundo que iba más allá de simples operaciones de combate (Keane, 2006). Tres años habían pasado para que la estrategia americana se focalizara en objetivos más profundos que aquellos que se basan exclusivamente en la seguridad. Posteriormente, la narrativa del Pentágono se basó más en la relevancia de la construcción de la nación afgana hasta que se anunció, por parte de la administración Obama, un plan para una retirada de las tropas americanas en 2011. Desde aquel entonces, Afganistán entraría en una espiral de violencia que dura hasta hoy en día.

A partir de 2006, cinco años después del derrocamiento de los talibanes, la retórica del mando militar dio un giro considerable; sugirió la idea de la complejidad de la construcción de la nación afgana y la necesidad de una estrategia integral de todo el gobierno y no basada exclusivamente en el componente militar (Bacevich, 2008). Cada vez era más evidente que la victoria en un escenario tan complejo como el de Afganistán no se medirá en términos de las guerras del pasado; la gobernanza y la seguridad de la población serían los parámetros en los que se mediría el éxito. Los famosos desfiles, con miles de personas jubilosas luciendo pancartas y banderas, de después de la Segunda Guerra Mundial no iban a ser el caso en Afganistán, tal como advirtió el

embajador Eikenberry en su primer encuentro con el general McChrystal por el año 2008.

Con el objetivo de dar un cambio a la estrategia americana, Donald Rumsfeld fue relevado como Secretario de Defensa. La Revisión Cuadrienal de Defensa de 2006 propuso que los funcionarios de todos los rangos colaboraran con otras agencias Estadounidenses y las alentó a ayudar a las agencias civiles en áreas como seguridad, gobernabilidad y reconstrucción. De manera similar, el Manual de Campo del Ejército (FM 3-07) indicaba que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos tenían el mandato de proporcionar "la seguridad y el control necesarios para estabilizar un área operativa", lo que sentaría "una base para la transición al control civil" (Wade Markel et al., 2011). A pesar de este interés aparentemente renovado en la construcción de la nación afgana, la guerra siguió siendo la principal preocupación del estamento militar, basándose esta en la lucha contra la insurgencia según la reciente publicada doctrina americana. La Doctrina Contrainsurgente (COIN), encabezada primero por McChrystal y especialmente después por David Petraeus, se centró en ganarse los "corazones y las mentes" de la población afgana; en esencia, la búsqueda del "trabajo social con armas " (Bacevich, 2008).

En términos generales, la doctrina COIN diseñada por el general Petraeus enfatizaba la necesidad de proteger a la población civil, eliminar a los líderes insurgentes y su infraestructura, y ayudar a establecer un gobierno de nación anfitriona legítimo y responsable capaz de brindar servicios de primera necesidad. En esencia, esta estrategia no se basaba en una aproximación exclusivamente militar, pero el cambio de "rumbo" hacia una aproximación más civil y social a la vez que militar quizás llegaba demasiado tarde; ciertamente, habían pasado cinco años en las que la falta de gobernanza, la debilidad de las instituciones afganas, la corrupción y la pobreza reinaba en todo el país, y la propaganda de Al Qaeda culpando a occidente empezaba a llegar a la población. El "Field Manual" 3-24 también aclara la gran duración y el costo de las campañas COIN: "Las insurgencias son prolongadas por naturaleza. Por lo tanto,

las operaciones COIN siempre exigen un gasto considerable de tiempo y recursos". Paradójicamente, esta indicación del manual COIN iba a resumir el periodo de casi dos décadas de guerra contra al Qaeda y los talibanes. Como Sun Tzu la afirmaba veinte siglos antes, "ningún país se ha beneficiado nunca de una guerra larga", Estados Unidos no iba a ser tampoco el caso.

La aparente validación de la doctrina COIN en Irak aumentó su valía en el seno de la administración americana; si la doctrina COIN había funcionado en Iraq, al menos sobre el papel, ¿por qué no lo haría en Afganistán? Cuando la administración de Obama llevó a cabo una revisión integral de la estrategia de Afganistán en 2009, algunos líderes militares, reforzados por algunos analistas civiles de influyentes institutos de pensamiento (think tanks en inglés), señalaron el "Field Manual" 3-24 como el manual imprescindible para el éxito en Afganistán (Eikenberry, 2013). Cuando el presidente ordenó el despliegue de 30.000 soldados adicionales en Afganistán a fines de 2009, el ejército logró garantizar que los principales principios de la doctrina COIN también se incorporaran al plan operativo de la campaña; al igual que en Iraq, Afganistán entraba dentro de los parámetros de la doctrina COIN.

El objetivo declarado en la doctrina era proteger al pueblo afgano empleando el método de "limpiar, mantener y construir"; en otras palabras, expulsar a los insurgentes, mantenerlos fuera y utilizar el espacio y el tiempo resultantes para establecer un gobierno legítimo que pudiera crear fuerzas de seguridad competentes y mejorar la economía afgana (Eikenberry, 2013). En este sentido, los defensores de la doctrina COIN, afirmaron que la capacidad del gobierno afgano aumentaría de manera constante, los niveles de asistencia estadounidense e internacional disminuirían y la insurgencia eventualmente sería derrotada (Eikenberry, 2013). En todas y cada una de estas predicciones se equivocaron.

3.1 La Doctrina COIN

El plan de la estrategia COIN para Afganistán se basaba en tres pilares fundamentales: el primer pilar era proteger a la población, un objetivo claro, alcanzable y decisivo; en segundo lugar, un alto apoyo diplomático de gobiernos de otras naciones aumentarían sustancialmente la capacidad y legitimidad del gobierno afgano; en tercer lugar, un enfoque basado en la doctrina COIN por parte de Estados Unidos sería consistente con el enfoque político-militar del presidente afgano Hamid Karzai. Sin embargo, los tres supuestos fueron ciertamente decepcionantes, lo que, a su vez, hizo que la campaña de contrainsurgencia fuera cada vez más incoherente y difícil de alinear con los objetivos políticos tanto de la administración americana como de la afgana. Desgraciadamente, la doctrina COIN fracasó en Afganistán.

Según señala el Field Manual 3-24, el primer principio de la doctrina COIN es la necesidad de asegurar a la población indígena en áreas consideradas centros de gran interés político, económico y militar. Mediante unas fuerzas competentes de seguridad extranjera y afganas, surgiría un buen gobierno, se arraigaría el Estado de derecho y aumentaría la prosperidad. Así, una vez consolidada la seguridad, el resto vendría después. Un pueblo más seguro y satisfecho se apoyaría a un estamento político legítimo elegido por los ciudadanos; el sentimiento nacional aumentaría como consecuencia de mayores servicios y mayor atención al ciudadano e, irremediablemente, la paz y la estabilidad vendrían después.

Sin embargo, cualquier esfuerzo de contrainsurgencia depende principalmente de la nación anfitriona y de las personas que residen en esa nación; cada sociedad tiene que aportar soluciones a sus propios problemas. Estos problemas no pueden estar gestionados continuamente por tropas extranjeras, pues los propios ciudadanos del país comienzan a ver a sus fuerzas de seguridad como “marionetas” del ejército extranjero. Así es imposible que exista un sentimiento nacional común que identifique a todos los ciudadanos con un gobierno auto suficiente que es capaz de proteger y “cuidar” a sus ciudadanos.

Los objetivos de mantener la seguridad eran ciertamente alcanzables e identificables. En este sentido, muy probablemente, se necesitaba proteger al pueblo afgano de los insurgentes talibanes y de la delincuencia reinante por la falta de seguridad. La seguridad era un elemento clave pero no el único que era necesario para estabilizar Afganistán. Sin embargo, también existían preguntas bastante más complejas, como por ejemplo, ¿Qué se debía hacer con los narcotraficantes criminales, los jefes de policía locales deshonestos o los señores de la guerra que eran impunes ante la ley? ¿Qué hacer con las rivalidades étnicas que han supuesto guerras civiles a lo largo de décadas? ¿Cómo potenciar la falta de identidad nacional y conciliar políticamente a comunidades divididas por factores tribales o étnicos? Todas estas preguntas eran parte de los problemas de Afganistán después de casi una década de guerra, y la doctrina COIN no parecía ser la mejor herramienta para resolverla, como así quedó demostrado posteriormente.

En Afganistán no sólo eran los talibanes quienes buscaban el poder para gobernar el país; también existían comunidades étnicas que tenían los mismos objetivos. Ciertamente, existían enfrentamientos étnicos de siglos de antigüedad, muy difíciles de comprender desde un punto de vista occidental, pero que, sin embargo, estaban como una condición latente que pudiera desencadenar un episodio de violencia en cualquier momento. Además, las tasas tan altas de desempleo hacían que los más jóvenes tuvieran como única salida para encontrar un trabajo el enrolarse en la esfera talibán. Los talibanes tenían más recursos económicos que el Estado debido al contrabando de drogas, la delincuencia, la extorsión, etc. Lamentablemente, estos recursos los utilizaban para el reclutamiento de jóvenes desesperados por un futuro con pocas expectativas. En la mayoría de las ocasiones, la única salida para que los jóvenes encontraran trabajo era ingresar en los talibanes o al Qaeda.

La asistencia de atención médica básica se cita con frecuencia como un servicio que los talibanes no podían ofrecer, al carecer de estructuras sanitarias una vez que el régimen había caído. Era un punto débil que podía aprovechar el nuevo

gobierno afgano para “ganarse los corazones” de la gente. Por ello, para que el gobierno afgano pareciera comparativamente más eficaz, ¿debería protegerse a la población contra las enfermedades? En caso afirmativo, ¿Tenía el gobierno la suficiente infraestructura para proteger a sus ciudadanos? Estas no eran preguntas hipotéticas, sino más bien desafíos muy reales con los que las fuerzas militares estadounidenses, el personal diplomático civil y los especialistas en desarrollo en Afganistán luchaban a diario mientras buscaban implementar la doctrina COIN.

"Proteger a la población" es una guía de acción vaga que deja muchos interrogantes abiertos, en la que el aumento del esfuerzo se considera un fin en sí mismo. Proteger a la población con un enfoque exclusivo en la seguridad no supone que funcionen las instituciones del Estado y se promueva la gobernanza. La seguridad es quizás el primer paso de un enfoque integral pero ni mucho menos es el único. Sin embargo, los partidarios de la doctrina COIN creían que un enfoque aplicado de manera vigorosa y simultánea a nivel nacional, provincial y de distrito regional reduciría constantemente el terreno en el que se encontraban los talibanes y causaría inevitablemente su derrota militar y sobre todo política. Una vez derrotados, la gobernanza sería “coser y cantar”, pues el cimiento más importante, el de la seguridad, ya estaban instalado. Sin embargo, esta teoría tenía sus lagunas y una muy clara era la especialización y entrenamiento de su personal. A todo el personal militar, se le instruye en el manejo de la fuerza aplicada a un determinado objetivo militar que, evidentemente, se centra en la seguridad y defensa; contrariamente, en el caso de Afganistán, el personal militar debía estar preparado en numerosos campos que en los que no tenía el mínimo entrenamiento. En palabras del experto en contrainsurgencia francés de mediados del siglo XX, David Galula, "las tareas de un trabajador social, un ingeniero civil, maestro de escuela, enfermero, se pueden asignar al personal militar, pero sólo mientras no pueda ser reemplazado, porque es mejor confiar las tareas civiles a los civiles". Por falta de recursos o por falta de personal, estas tareas que describe Galula fueron

asignadas a las tropas americanas y, aunque no en todas, en la mayoría de ellas carecían de la preparación necesaria.

A esta dificultad hay que añadir el elevado precio que supone un despliegue en el extranjero. En este sentido, se estima que el gobierno de Estados Unidos gastaba alrededor de 1 millón de dólares por año por soldado desplegado en Afganistán (BBC, 2020). En el periodo de mayor número de tropas americanas desplegadas (alrededor de 100.000 soldados en el teatro de operaciones), el coste era de alrededor de 100 mil millones de dólares al año; una cifra que ni siquiera los Estados Unidos se podía permitir. Según el Departamento de Defensa de Estados Unidos, el gasto militar total en Afganistán (desde octubre de 2001 hasta septiembre de 2019) fue de 778.000 millones de dólares. A todo esto había que añadir la falta de preparación del personal desplegado; lógicamente, era una misión harta compleja el exigir a personal americano, sin las habilidades lingüísticas adecuadas y con solo una comprensión superficial de la cultura afgana podría, en despliegues de seis o doce meses, aportar en las aldeas remotas afganas todo lo que les pide el manual COIN. Karl Eikenberry argumenta, en su ensayo "*the limits of the conterinsurgency*" que "el típico marine de 21 años que tiene dificultades para ganarse el corazón y la confianza de su suegra, es imposible que haga lo mismo con un anciano tribal etno-céntrico pastún".

Lamentablemente, en las primeras etapas de una campaña de contrainsurgencia, el único actor con las capacidades y los recursos necesarios para realizar esas tareas son las fuerzas armadas. No existe otra organización, que no sea la militar, capaz de entrar en un terreno tan complejo como Afganistán en el que existen hostilidades declaradas y un gran componente de terrorismo. Sin embargo, las actividades sociales y aquellas básicas para la vida, como los alimentos, la electricidad, etc., son una necesidad desde el primer momento de la intervención en Afganistán. Como se ha argumentado, las fuerzas armadas no son un instrumento preparado para realizar estas exigencias, más encuadradas dentro de organizaciones civiles como ONG especializadas, la

Cruz Roja, etc. Por ello, aunque en un principio si tienen que ser las fuerzas armadas quienes realicen esas actividades, éstas deben ser relevadas tan pronto como sea posible. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que este relevo en la requerida capacidad civil no podría haber llegado dentro de las propias fuerzas armadas, ya que carecen del entrenamiento y la capacidad necesaria. Ningún departamento o agencia del gobierno de los EE. UU. y de ningún otro país realizará las inversiones necesarias para desarrollar habilidades altamente especializadas que solo se utilizarían brevemente y en raras ocasiones.

Para cubrir el vacío de las capacidades del posconflicto necesarias en un escenario tan complejo como Afganistán, no se utilizaron organizaciones con personal civil expertas y entrenadas para estas situaciones. Por ello, el ejército de los Estados Unidos fue el designado para desarrollar esas capacidades en el terreno; es decir, un despliegue integral, en el que era necesario un conocimiento profundo en numerosos campos como la diplomacia, sanidad, política, etc., sin un entrenamiento previo. Este esfuerzo, aunque bien intencionado, simplemente hizo muy poco para allanar el camino para el establecimiento de una buena gobernanza afgana con prosperidad económica. Además, si bien las fuerzas militares si son competentes para establecer y entrenar a fuerzas militares afganas y, en menor medida, fuerzas policiales, en un periodo de tiempo relativamente pequeño; en el caso de los plazos necesarios para construir instituciones civiles bien organizadas, como un servicio social de necesidades básicas o un sistema de justicia que funcione, los periodos son mucho más extensos.

Las instituciones de un gobierno civil requieren personal con más preparación específica que la que pueda tener el estamento militar. En un caso como el de Afganistán, existen problemas burocráticos complejos que, por otro lado, son más susceptibles a la interferencia de la política interna, como es la difícil distribución étnica del país. Las tasas de crecimiento del gobierno local y la sociedad civil están restringidas sociológicamente y, en algún momento, agregar

dosis cada vez mayores de recursos y asistencia extranjera se vuelve contraproducente. Por ello, la gobernanza tiene que ser un proyecto liderado por los propios ciudadanos del país y no por actores externos que, en la mayoría de los casos, no tienen una conciencia situacional del problema y su estancia está limitada para un determinado periodo. Para Gaula es clave que la población crea que el “contrainsurgente tiene la voluntad, los medios y la capacidad de ganar” (Galula, 2006). La voluntad es difícil que sea la misma que un insurgente que defiende su “patria”, pero los medios y las capacidades tienen que estar en el lugar de los hechos durante el tiempo que sea necesario, normalmente décadas.

Los expertos coinciden que los conflictos se concluyen sólo cuando las partes están de acuerdo con los términos de un compromiso político. Esto no significa que no exista violencia posterior al compromiso o voluntad de pacto, pero si es un primer paso hacia una paz prometedora. Por el contrario, los partidarios de la doctrina COIN focalizaban su análisis en la lucha entre los insurgentes y el gobierno de la nación anfitriona. Para ellos, la terminación del conflicto se logra principalmente mediante la derrota o la cooptación de los insurgentes. En cierta medida este enfoque está muy influenciado con la derrota militar decisiva del oponente, como la mayoría de las campañas militares que se basan en modelos simétricos. Sin embargo, rescatando a Clausewitz, el tratadista prusiano parece acertar cuando afirma que, “en la guerra, la victoria nunca es definitiva” (Clausewitz, 2010). En efecto, la victoria militar no significa que el conflicto haya terminado y, en el caso de Afganistán, la máxima de Clausewitz es del todo acertada. EL conflicto puede continuar por otros medios que no son los clásicos enfrentamientos entre los ejércitos de dos oponentes.

Sea cual sea la respuesta a la terminación del conflicto, es evidente que es necesaria una aproximación diferente a la estrategia planteada en Afganistán, donde las principales causas de inseguridad surgen de la ausencia de reconciliación nacional (anterior al ascenso de los talibanes en varias décadas), junto con la presencia de una gobernanza ineficaz y corrosiva durante décadas. Seguir ciegamente la doctrina COIN llevó al ejército de los Estados Unidos a

obsesionarse con derrotar a la insurgencia mientras se le daba poca importancia a la política afgana, a la complejidad de las etnias y a sus instituciones de gobierno. La doctrina COIN era una buena referencia para derrotar a la insurgencia pero no un modelo para la estabilidad de una nación tan compleja como la afgana después de siglos y siglos de invasiones y guerras civiles.

Siguiendo la doctrina COIN, los líderes militares Estadounidenses se obsesionaron con convencer al presidente afgano, Karzai, de que utilizara sus fuerzas de seguridad en derrotar a los talibanes. El argumento era que aumentando la capacidad de las fuerzas afganas, éstas ganarían la confianza del pueblo y estabilizarían el país, llegando todo lo demás inmediatamente. Esta era, sin lugar a dudas, una aproximación claramente militar, sin tener en consideración otros ámbitos clave de la nación en reconstrucción, como la política, el desarrollo institucional, los derechos de las víctimas del conflicto, la sanidad, etc. Por ello, los principales esfuerzos deberían haberse centrado en ayudar a Karzai a lograr una paz inclusiva y a construir un aparato estatal adecuado. Karzai podría haberse convertido en un líder de todos los afganos, pero la continua presencia extranjera y el enfoque en la seguridad supuso que esto no fuera posible.

La doctrina americana COIN establecía que a medida que una campaña de contrainsurgencia empieza a tener éxito, el "gobierno proporciona seguridad a sus ciudadanos, mantiene y construye su legitimidad a través de una gobernanza eficaz, con lo que puede gestionar y satisfacer las expectativas de toda la población de la nación". Desafortunadamente, la suposición de que los programas de asistencia para el desarrollo producirían una gobernanza eficaz y la legitimidad popular resultó ser incorrecto en Afganistán. Al fin y al cabo, la doctrina COIN simplificaba muchos aspectos de la complejidad de un escenario como el afgano. La seguridad, como se ha discutido, es un paso necesario pero no el único para que un país desarrolle todas sus capacidades. En un sistema occidental, el presidente de una república democrática suscribe un contrato implícito con el electorado por medio de unas elecciones democráticas y, en la

mayoría de las democracias, un rendimiento de cuentas. Este contrato permite a la administración del presidente recaudar impuestos a cambio de proporcionar servicios esenciales a la ciudadanía, como seguridad, justicia, atención médica y educación. Si se considera que el valor de los beneficios recibidos es insuficiente, es probable que el presidente o su sucesor sean derrotados en las próximas elecciones, dando lugar a una nueva administración también elegida democráticamente. La rendición de cuentas ejecutiva y los incentivos para mejorar la eficacia se integran así en el sistema político en el que la buena gobernanza es un pilar ineludible. Esta teoría, sin embargo, no fue el caso en la administración de Karzai en Afganistán.

Las fuerzas armadas americanas tenían los recursos y la influencia para mediar y persuadir a Karzai de que tomara decisiones difíciles de Estado; sin embargo, la cúpula militar se enfocó en las acciones militares y el desarrollo de las Fuerzas de Seguridad Nacional afganas más que en la reforma política y económica. La mayoría asumió que una vez conseguida la derrota de los insurgentes talibanes, la buena gobernanza seguiría inevitablemente, dando lugar a elecciones y políticas centradas en el desarrollo del país. Esta hipótesis errónea también dañó la credibilidad de Estados Unidos delante de los ciudadanos afganos, que veía a los Estadounidenses menos como protectores y más como partidarios de un débil e incompetente gobierno de Karzai (Eikenberry, 2013).

La doctrina COIN afirma que "los comandantes militares de Estados Unidos y el gobierno de la nación anfitriona, juntos, deben diseñar el plan para atacar la estrategia de los insurgentes y enfocar el esfuerzo colectivo en reforzar o restaurar la legitimidad del gobierno". Siguiendo este principio de la doctrina, la estrategia político-militar empleada en Afganistán durante la mayor parte de la operación en Afganistán no cumplió con el criterio de restaurar la legitimidad del gobierno. Los comandantes militares Estadounidenses diagnosticaron el problema de Afganistán como una insurgencia autóctona; aunque agravada por el acceso de los insurgentes a los santuarios en Paquistán. Por el contrario, Karzai y muchos de sus compatriotas diagnosticaron el problema como un

extremismo militante, exportado de Paquistán debido a la etnia pastún que habita a ambos lados de la línea Durand. Por lo tanto, mientras los comandantes militares Estadounidenses argumentaban que la campaña de contrainsurgencia larga y costosa en Afganistán era necesaria para derrotar de manera decisiva a Al Qaeda en la región de Asia central y meridional, Karzai, por otro lado, siempre sostuvo que la supuesta insurgencia era principalmente un producto "hecho en Paquistán" y que Islamabad estaba exportando para conseguir sus objetivos políticos (Jonathon Burch, 2011). Estados Unidos, ciertamente, no quería afrontar el problema de "Pastuntán" a ambos lados de la línea Durand, ya que Paquistán es un país con armamento nuclear al que no podían desestabilizar políticamente por los riesgos que se corrían.

A finales de 2001, después de la intervención americana, el régimen talibán fue desmantelado, pero no destruido; pudo refugiarse en Paquistán casi con total impunidad. Con la ayuda de los servicios militares y de inteligencia paquistaníes, el liderazgo de los talibanes comenzó a reconstituirse a través de la Línea Durand; más allá, por lo tanto, del alcance del ejército Estadounidense (Khalil, 2016). Al principio, los afganos observaban esos acontecimientos con perplejidad, luego con frustración y finalmente con rabia, especialmente su presidente Karzai. Inicialmente estaban desconcertados sobre por qué el gobierno y el ejército de Estados Unidos se negaban a admitir públicamente que el centro de gravedad de los talibanes afganos se había desplazado de Kabul a Islamabad (Eikenberry, 2013). Posteriormente, llegó más frustración a las esferas políticas afganas cuando se dieron cuenta de que Estados Unidos no atacaría a los talibanes afganos dentro de Paquistán debido a la inquietud de Washington de que las violaciones de la soberanía de Islamabad pusieran en riesgo objetivos estratégicos más importantes.

Estados Unidos y otras fuerzas de la OTAN-ISAF, generalmente, lograron mejorar la seguridad en sus áreas de operación, pero siempre en áreas muy localizadas en las que hubiera grandes núcleos de población. En un país tan rural como Afganistán, esto no era suficiente. Sin embargo, lo que a Karzai le

importaba era lograr los objetivos políticos que se basaban en recuperar la soberanía de facto de Afganistán, fortalecer la legitimidad y el control político y llevar la paz y la estabilidad a su país. Para Karzai, la forma de guerra de los militares Estadounidenses no parecía acercarlo a ninguno de estos objetivos (Eikenberry, 2013).

La constante queja de Karzai sobre la comunidad internacional que establece "instituciones gubernamentales paralelas" sin potenciar las instituciones afganas fue un buen análisis de la situación real de Afganistán y que resumía en parte la intervención americana. Las instituciones paralelas dominadas por "extranjeros" no desarrollan la propia capacidad de los ciudadanos "locales", que no llegan a desarrollar la gobernanza requerida una vez la misión extranjera finaliza. En efecto, el crear instituciones paralelas no potenció el crecimiento de la gobernanza o la política orgánica de Afganistán, ni reforzó la legitimidad de la administración de Karzai. Como argumenta el célebre antropólogo Thomas Barfield: "El pasado del país sugiere que un gobernante, para tener éxito, tendrá que convencer a los afganos de que no está en deuda con los extranjeros, aunque convenza a estos mismos extranjeros de que financien su Estado y su ejército" (Barfield, 2012). En otras palabras, la población afgana tiene que estar convencida de que es el propio gobierno afgano quien dirige el país y no al contrario, que era el caso en Afganistán.

Debido a la excesiva implicación americana en las instituciones afganas, Karzai a menudo criticaba al Ejército Nacional Afgano por ser unos "mercenarios" Estadounidenses y no una auténtica fuerza nativa capaz de proporcionar la seguridad requerida (Shanker, 2013). Con frecuencia reprendió a sus ministros de gabinete y jefes de agencias (cuyas oficinas realmente estaban invadidas por asesores y mentores extranjeros) como "espías y lacayos" Estadounidenses; lo que podía hacer pensar al pueblo afgano que era un títere apuntalado por una coalición extranjera. Cuantos más recursos arrojaban los Estadounidenses al territorio afgano, más se sentía obligado Karzai a pulir sus propias credenciales

nativistas, arremetiendo contra lo que en numerosas ocasiones calificó de perniciosa influencia Estadounidense.

Debido a la necesidad argumentada por Karzai de potenciar las fuerzas de seguridad afganas, la relación del estamento militar con el presidente Karzai estuvo siempre lleno de contradicciones; lo que supuso una clara dificultad para estabilizar el país y fomentar su progreso. La estrategia de Estados Unidos adolecía de una grave contradicción interna. Su ejército afirmó tener un plan ganador que pretendía contar con el apoyo del jefe del Estado y comandante en jefe afgano. Sin embargo, esto fue la realidad de la situación en Afganistán. Karzai no estaba de acuerdo ni intelectualmente ni políticamente con los pilares claves de la campaña COIN. El resultado fue que, si bien los comandantes militares Estadounidenses trabajaron incansablemente para persuadir al presidente afgano mediante presentaciones objetivas, deferencia y humor ocasional de que el plan estaba funcionando, nunca llegaron a considerar que Karzai podría no estar de acuerdo con el plan trazado. Esta disfunción entre dos figuras claves en el posconflicto afgano fue una de las principales causas del fracaso en la estabilización del país. La política y la fuerza militar estaban en desacuerdo, una falla descomunal en la trinidad Clausewiana en la que es clave la subordinación de lo militar a los objetivos políticos y no al contrario.

Las lecciones aprendidas en otras campañas militares parecidas resultan vitales para el éxito del posconflicto en cualquier “nueva guerra” como la calificaría Mary Kaldor. Por ejemplo, las lecciones aprendidas en Vietnam, no todas, pero si muchas de ellas eran de aplicación en el caso afgano. Vietnam no tenía la misma división étnica que Afganistán pero mucha de la estrategia de Vietnam del Norte se basó en la insurgencia asimétrica y algunos escenarios eran muy similares. Vietnam fue un claro enfrentamiento de guerra por delegación y, aunque el régimen posterior al fin de la guerra fue un gobierno pro comunista, al menos éste supo dar una identidad nacional al país que sirvió para frenar otra guerra civil. Si la intervención en Vietnam duró casi dos décadas, era simplemente una ilusión que Afganistán, con todo su pasado histórico de guerras e intervenciones

militares fallidas, fuera a ser una campaña de unos meses o como mucho un año o dos. Las estrategias en estos casos deben tener una planificación larga en el tiempo, en el que las condiciones de gobernanza son las que marcan la pauta y no viceversa.

La experiencia de Estados Unidos en Afganistán debería servir como recordatorio de que la guerra debe librarse solo si existen objetivos políticos claros, que determinen la estrategia militar y que aquellos no cambien continuamente. Rescatando a Clausewitz, "la guerra es una continuación de la política" y nunca la política debe estar a merced de los objetivos militares. En el planeamiento de la campaña es evidente que los responsables tienen que estar informados por expertos militares; sin embargo, los objetivos políticos deben ser decididos por líderes civiles responsables que diseñen una aproximación integral y no solamente mediante el instrumento militar. Por ello, los líderes militares no deben ser necesariamente criticados como los responsables del fracaso político una vez el régimen talibán fue derrocado. Por ello, los líderes civiles deben ser los que diseñen la estrategia para llenar el vacío político del país en pos conflicto y potenciar su gobernanza. Como ya se ha discutido, irremediablemente, una aproximación exclusivamente militar al posconflicto puede garantizar el aumento de la seguridad pero no el funcionamiento de instituciones claves como la representación civil en la vida política, la institución jurídica, el parlamento, etc.

Como argumentaba el tratadista militar chino Sun Tzu, "nunca ha habido una guerra prolongada de la que un país se haya beneficiado" (Tzu, S. IV a. C). Esta afirmación de Sun Tzu parece estar totalmente alineada con las intervenciones militares en Vietnam y Afganistán, en las que el tiempo jugaba en contra del apoyo del pueblo americano a la continuación de la guerra; las sociedades liberales tienden a disminuir su apoyo a campañas militares prolongadas en las que no se perciba una solución en el corto plazo. En el caso de Afganistán, en un escenario sin límites ni restricciones por parte de las autoridades civiles y con recursos financieros casi ilimitados, los líderes de las fuerzas armadas Estadounidenses propusieron una estrategia militar basada en la seguridad que

no potenció la gobernanza en Afganistán (Eikenberry, 2013). Citando la lógica de la doctrina COIN, los líderes militares Estadounidenses insistieron en que no había alternativa a adoptar una estrategia válida destinada a mejorar rápida y simultáneamente la seguridad, la gobernanza, el sistema judicial, la economía, los estándares educativos, la prestación de atención médica, y más necesidades vitales en Afganistán.

El paradigma COIN se aplicó con tal celo que el pensamiento crítico estaba ausente en la mayoría de las decisiones de los líderes militares; la seguridad como dogma de cambio fue uno de los mayores errores en la estrategia americana. Basado en una aproximación exclusiva militar, la doctrina "COIN" evolucionó hacia una doctrina incontestable, convirtiéndose en el fin y no el medio para alcanzar la gobernanza del país.

Como resumen de la intervención militar durante el pos conflicto, existen unas lecciones aprendidas que son claves. Es evidente que los Estados frágiles y fallidos seguirán poniendo en peligro la seguridad internacional y de los Estados Unidos. El uso incondicional de la doctrina militar, a menos que esté limitada políticamente, siempre conducirá a una aproximación exclusiva en la que las acciones decisivas civiles pasan a un segundo plano y excesivamente tarde, cuando la mayor parte de excombatientes solo tiene como salida para poder costearse la vida el ingresar en la insurgencia. El instrumento militar es clave en el posconflicto, pero no es el único. Es más, muy probablemente, una de las lecciones aprendidas tanto en Iraq como en Afganistán es que debe estar relegado a un segundo plano, donde la gobernanza basada en la potenciación de las instituciones civiles genuinas "indígenas" es indispensable. En resumen, "la guerra es como un verdadero camaleón" y "hay que evaluar muy bien en qué tipo de guerra se combate", pues de este análisis dependerá que se alcancen los objetivos políticos deseados, que son los que dictan el curso de la guerra y posterior paz. (Clausewitz, 2010).

CAPÍTULO IV

4 EL GOBIERNO AFGANO Y SU IDENTIDAD

“Mi prima me secuestró y me vendió al comandante talibán, independientemente del hecho de que yo era una mujer casada y estaba embarazada de cuatro meses de mi primer marido. El día que di a luz a mi primer hijo, el comandante talibán ordenó que lo mataran porque no era el padre; se considera inaceptable según la ley islámica. El niño fue torturado en frente de mí. Estaba indefenso e inmóvil después del parto y no pude salvarlo.

Solo pude escucharle llorar de dolor cuando le rompieron los brazos y le torcieron el cuello. Pensaron que había muerto y dejaron su cuerpo a mi lado. Mi pequeño sobrevivió a la terrible experiencia, pero sucumbió a la muerte al día siguiente. Permanecí bajo el control del comandante talibán y fui torturado por toda su familia. Me usaban como esclava y tenía que hacer todas las tareas de la casa. Mi salud se deterioró y cuando estuve postrada en la cama, me enviaron a vivir con mis padres, donde me recuperé lentamente. Cuando supe que mis padres pensaban enviarme de regreso con el comandante talibán, intenté suicidarme. Afortunadamente, me salvaron a tiempo y me trasladaron al hospital y luego a un refugio para mujeres. Sé que, si regreso, mis padres me enviarán de regreso con el comandante talibán”.

Testimonio recogido por Naciones Unidas de una mujer afgana entregada por su familia a los talibanes

En este capítulo se analizan los indicadores más relevantes de la situación actual de Afganistán. Por ejemplo, el estamento político de Afganistán, el grado de corrupción de las instituciones, la economía, acceso a la educación, las etnias y sus distintas identidades, etc. Este capítulo es clave para entender la situación actual en el país y poder comprender las identidades que existen en Afganistán y hacen casi imposible una consumación de la democracia o de los valores occidentales. Democracia o identidad es una de las claves para responder a la pregunta de esta tesis y, consecuentemente, es necesario conocer las distintas identidades que forman el plano social y político de Afganistán. Existen muchos grados de democracias en el mundo y clasificarlas es una tarea que se discute continuamente en las ciencias políticas y en el derecho. Este debate está fuera del alcance de esta tesis, pero es de común acuerdo que una democracia se debe basar en ciertos requisitos irrenunciables y fundamentales como son el respeto de los derechos humanos, la igualdad ante la ley y la libertad de expresión. Estos principios, que en occidente se dan por defecto, no forman parte de las distintas entidades étnicas afganas y, por lo tanto, entran en conflicto con cualquier proceso democrático que se quiera instalar en el país. En el fondo, el conflicto reside entre la identidad de las comunidades afganas y los valores de la democracia.

En 2014, Afganistán se enfrentó a dos grandes retos interrelacionados. Primero fue la retirada de la mayoría de las tropas internacionales. El 1 de enero de 2015, las Fuerzas de Seguridad y Defensa Nacional de Afganistán asumieron oficialmente todas las responsabilidades relacionadas con la seguridad y la defensa en Afganistán. En segundo lugar, fue la primera transición de poder a través de unas elecciones democráticas en la historia del país; Karzai dejaba de ser presidente y Afganistán tenía delante de sí el reto de realizar una transición de poder democrática o caer en otra guerra civil sin cuartel y sin gobierno. Después de la retirada de las tropas internacionales, se suponía que el nuevo gobierno afgano se centraría en desarrollar políticas efectivas relacionadas con

los aspectos sociales, económicos y de seguridad. Sin embargo, las elecciones de 2014 provocaron un aumento de las tensiones étnicas y entre partidos.

Debido a numerosos casos de fraude y de denuncias de falta de transparencia electoral, existía una posibilidad de que las elecciones de 2014 dieran lugar a un estallido grave de la violencia. Los dos principales candidatos presidenciales, Abdullah Abdullah y Ashraf Ghani, estaban en desacuerdo sobre los resultados de las elecciones. Finalmente, con el apoyo del Secretario de Estado de Estados Unidos, John Kerry, acordaron compartir el poder y formaron conjuntamente el Gobierno de Unidad Nacional (NUG). El nuevo gobierno estuvo dirigido por el presidente Ashraf Ghani, con Abdullah Abdullah como director ejecutivo. Sin embargo, el estancamiento político y la falta de consenso político dentro del NUG continuaron socavando la confianza pública en su funcionamiento, así como en la eficiencia del gobierno, especialmente durante los primeros dos años de gobierno. Aun así, la asistencia internacional permitió al NUG cubrir su falta de recursos internos, por lo que la situación se pudo mantener estable durante unos años.

Como era de esperar, la de seguridad no mejoró después de la retirada de las fuerzas internacionales, debido principalmente a la desunión dentro del ejecutivo y los problemas políticos que rodeaban al gobierno. A pesar de los desafíos de una economía débil, una corrupción desenfrenada, disputas de poder y una creciente insurgencia, el NUG sobrevivió hasta las elecciones de 2019. La transición militar tuvo lugar después de que terminaran la misión ISAF de la OTAN, lo que presentó al NUG desafíos que no podía atender. La retirada de las tropas internacionales requirió una reforma fiscal y de seguridad de las estructuras estatales; y esta no se llegó a materializar nunca.

El resurgimiento de los talibanes había puesto al gobierno central bajo una inmensa presión. La seguridad seguía siendo un gran problema en el país, que a su vez afecta sustancialmente la situación sociopolítica; más del 40% del país sufría las consecuencias del conflicto entre el gobierno y los talibanes. Las

fuerzas de la OTAN que permanecen en el país brindaban únicamente asesoramiento sobre el desarrollo de estrategias y entrenamiento de tropas y, sólo en algunas ocasiones, realizan ataques aéreos contra objetivos talibanes. En 2017, el número total de tropas Estadounidenses estacionadas en Afganistán era de 8.400. Aunque autosuficiente en términos de recursos de personal, el ejército afgano seguía dependiendo financiera y militarmente de la OTAN.

En la cumbre de la OTAN de 2016 en Varsovia, los países occidentales prometieron 4.5 mil millones de dólares por año hasta 2020 para apoyar al ejército afgano. Además, la conferencia de Ginebra de 2018 sobre Afganistán, la comunidad internacional prometió otros 535 millones de dólares para Afganistán. A pesar de esto, la actual situación económica es débil y el creciente poder de los insurgentes continúa amenazando al Estado afgano, que depende principalmente del apoyo externo para abordar los déficits internos.

Según el Institute for Economics & Peace, con sede en Sídney, Afganistán es el país menos pacífico del mundo por segundo año consecutivo, seguido de Siria, Irak, Sudán del Sur y Yemen. Todos, excepto Yemen, han sido clasificados entre los cinco menos pacíficos desde al menos 2015. Siria, Sudán del Sur, Afganistán y Venezuela incurrieron en el mayor costo económico proporcional debido a la violencia en 2019, equivalente al 60, 57, 51 y 48 por ciento del PIB, respectivamente. A pesar de la firma del acuerdo de paz entre los EE. UU. y los talibanes en febrero de 2020, los ataques violentos continuaron solo días después de la firma del citado acuerdo y es una constante hoy en día.

Afganistán también ha experimentado el mayor deterioro en la región impulsado por una creciente tasa de homicidios, un claro aumento de las importaciones de armas, un desolador aumento del número de refugiados y desplazados internos y un compromiso más débil con la financiación de mantenimiento de la paz de la ONU. Afganistán es uno de los pocos países donde el número de muertes no ha disminuido en los últimos años, y el alcance y la intensidad del conflicto han aumentado desde 2014; es ahora el país con el mayor número total de muertes

por conflictos internos (IEP, 2020). Un análisis reciente de *Care International* muestra que el riesgo de Las vulnerabilidades socioeconómicas serán nueve veces mayores y el riesgo de inseguridad alimentaria grave será cuatro veces mayor entre los países frágiles en comparación con aquellos con bajo riesgo inicial (Care international, 2020). Entre los frágiles se encuentra Afganistán, que también tiene un riesgo muy alto de escasez de alimentos debido a la pandemia COVID-19.

En este capítulo se detalla el sistema político de Afganistán, derivado de la Constitución de 2004 y en conflicto con la Sharia, los derechos humanos y el código pastunwali. A raíz de la Constitución de 2004, Afganistán se convirtió en un Estado extremadamente centralizado con un gobierno con sede en Kabul; fuera de la capital el sentimiento político de la población es apenas inexistente y esto ha supuesto que se hayan desarrollado identidades basadas en la etnia y no un sentimiento nacional común. Para entender este razonamiento, este capítulo explora el sistema político afgano derivado de la citada Constitución. Desde 2004 Afganistán ha desarrollado un sistema bicameral que forma la asamblea de la nación, una asamblea que, aunque elegida democráticamente, está llena de contradicciones entre la propia Constitución y las leyes y costumbres tradicionales del islam.

Parte del método de esta tesis se basa en los sistemas de sistemas; en este sentido, tanto la política, como la economía y la seguridad interfieren unas en otras, formando la complejidad que se estudian en los sistemas de sistemas. Un problema político tiene consecuencias en la economía y viceversa, lo que no hace más que confirmar la necesidad de una aproximación sistémica al estudio. En un país como Afganistán establecer una cierta seguridad se torna clave, pues la misma afecta a la economía y también al estamento político. El objetivo de este capítulo es detallar las contradicciones del sistema político, la débil economía afgana y la inexistente seguridad que reina en el país.

4.1 El estamento político de Afganistán

Las instituciones gubernamentales establecidas durante el reinado de ‘Abd al-Rahmān (1880-1901) sentaron las bases para el Estado afgano moderno. Dieron primacía a un fuerte control militar centralizado del gobierno de Kabul, que perdura hasta día de hoy, y señalaron la primacía de los pastunes como grupo gobernante del país. En la práctica, sin embargo, los gobiernos afganos nunca han logrado extender su gobierno hasta llegar al nivel local. Los distintos gobiernos han estado reunidos y focalizados en la capital y apenas han llegado, mediante su función administrativa, hacia zonas alejadas de Kabul. Esta realidad ha significado que los influyentes líderes locales y diversos señores de la guerra no desafiarían al Estado: y el Estado, a su vez, se abstuviera de intentar interferir con ellos. Esta falta de influencia por parte del Estado en zonas rurales ha impulsado la identidad tribal en detrimento de la identidad nacional. Cualquiera que sea el régimen en el poder, un alto grado de autonomía regional ha permitido que las áreas locales realicen actividades económicas conforme a sus meros intereses y sigan las leyes y costumbres tribales y localizadas (Dupree, 2020).

Para gestionar la poca capacidad de administración del gobierno, el país se dividió administrativamente en provincias, cada una encabezada por un gobernador designado desde Kabul. Las provincias se subdividieron en distritos y sub distritos encabezados por funcionarios también designados por el gobierno central. Los gobiernos también trabajaban a través de órganos consultivos, en gran parte informales, a nivel local, en los que destacan los consejos comunitarios (shūrās) y asambleas tribales (Jirgas). La mayoría de esas formas de gobierno han seguido funcionando independientemente de los cambios en la política nacional. Las asambleas tribales y los consejos comunitarios han desarrollado la identidad política de la mayoría de los ciudadanos afganos, sobre los que Kabul ha tenido una pírrica influencia.

En ausencia de un gobierno central eficaz, las comunidades afganas desarrollaron sus propias normas sociales; en su mayoría basadas en costumbres tribales; entre ellas destaca la ley tribal pastún, conocida como el código pastunwali. Con el advenimiento de los talibanes, los tribunales islámicos y una administración de justicia islámica mediante la interpretación de la ley por parte del clero ('ulamā') adquirió mayor categoría e incluso buena fama en la población afgana, agotada de gobiernos incompetentes con una corrupción desbocada. Estos cambios ampliamente remplazaron la autoridad que una vez ejercieron los líderes locales tradicionales, o khans (Dupree, 2020).

En el plano económico-político, Afganistán ha dependido demasiado de las subvenciones extranjeras y los impuestos a las exportaciones que de los impuestos internos para financiar su limitado alcance de actividades económicas. Al igual que los Estados con una débil administración central, las instituciones afganas han estado en mejores condiciones para distribuir recursos que en recolectarlos. El intento de establecer un Estado más sólido en Afganistán ocurrió durante los primeros años del gobierno comunista que comenzó en 1978 y finalmente condujo a la guerra civil y al caos. Tras el colapso del régimen comunista en 1992, los organismos de seguridad del gobierno se disolvieron rápidamente; aumentando el tribalismo y la administración gestionada por poderosos líderes locales cuando no señores de la guerra. Las facciones individuales de muyahidines, anteriormente financiadas por potencias extranjeras, como los Estados Unidos, que perseguían derrocar al régimen comunista, mantuvieron sus propias milicias y se enfrentaron por el control de la capital y del mundo rural.

El control del gobierno central se extendió poco más allá de la propia capital, y la ley y el orden se rompieron casi por completo. El surgimiento de los talibanes se debió principalmente a la falta de seguridad y al agotamiento de la población tras años de guerra civil; motivo por el que al comienzo de la entrada de los talibanes, éstos fueron recibidos con cierta esperanza por gran parte de la población afgana. Bajo el gobierno de los talibanes, que en 1998 se extendía por

todo Afganistán menos en una pequeña zona del noreste, las carreteras eran seguras y la seguridad personal mejoró para la mayoría de los afganos. Sin embargo, los devotos talibanes también vigilaron de cerca cualquier signo de falta de fe y ejecutaron duros castigos a los presuntos delincuentes que no cumplían con la Sharia; una interpretación radical de la Sharia era el sello de la identidad política de los talibanes. Aunque su etnia era la pastún, dejaron de lado el código pastunwali, con el objetivo de que la Sharia pudiera impregnar también las otras etnias no pastunes. Como resultado de un largo periodo de inestabilidad política y numerosas guerras civiles, Afganistán era un Estado fallido cuando Estados Unidos lo invadió en septiembre de 2001. Posteriormente, occidente lideraría un proceso político con una identidad completamente distinta a la de los talibanes y que chocaba con la mayoría de costumbres conservadoras del país.

El estamento político actual de Afganistán se basa principalmente en la declaración el 12 de noviembre de 2001, tras la cual el Consejo de Seguridad aprobó por unanimidad la Resolución 1378 el 14 de noviembre de 2001. La Resolución expresaba el apoyo a los esfuerzos del pueblo afgano para establecer un nuevo gobierno de transición, que se fundamentaría en un gobierno multiétnico y plenamente representativo basado en el respeto de los derechos humanos. Por otro lado, la Resolución insistía en el apoyo a la lucha contra el terrorismo internacional y el tráfico ilícito de drogas, el regreso de los refugiados y la prestación de asistencia humanitaria urgente. La resolución también afirmaba que la ONU continuaría desempeñando un papel crucial en la reestructuración del Afganistán de la posguerra. Lakhdar Brahimi¹², Representante Especial del Secretario General de la ONU, inició el proceso democrático afgano en esa dirección, otorgando legitimidad a la Conferencia de

¹² Lakhdar Brahimi es miembro de The Elders; un grupo de líderes mundiales que trabajan por la paz mundial, de la Comisión para el Empoderamiento Jurídico de los Pobres; la primera iniciativa mundial centrada en tratar la exclusión y la pobreza, y de la Fundación para el Liderazgo Global, una organización que trabaja para promover los buenos gobiernos en todo el mundo.

Bonn, que sería la encargada de establecer la hoja de ruta del posterior gobierno afgano.

Los pasos políticos logrados en la Conferencia de Bonn estuvieron fuertemente influenciados por la rápida evolución de la situación militar en Afganistán. El rápido colapso de los talibanes a manos de las fuerzas de la Alianza del Norte, respaldada por el poder aéreo estadounidense, otorgó a los grupos no pastunes, que constituyen la Alianza del Norte, un papel potencialmente dominante en la remodelación del Afganistán en la posguerra. Esto era inaceptable no solo para los grupos pastunes sino también para Paquistán e incluso para los Estados Unidos. Por lo tanto, los Acuerdos de Bonn, de alguna manera, no solo frenaron las ambiciones políticas de los grupos no pastunes, sino que también permitió que grupos pastunes pro Estadounidenses, liderados por Hamid Karzai, desempeñaran un papel trascendental en la configuración de las políticas de Afganistán.

El diplomático Lakhdar Brahimi interactuó en Bonn con unos 23 miembros que representaban a varios grupos afganos a favor de la coalición, persuadiéndoles de que aceptaran un acuerdo sobre los arreglos provisionales en Afganistán en espera del restablecimiento de las instituciones gubernamentales permanentes. En diciembre de 2001, destacados líderes afganos, procedentes tanto de la Alianza del Norte como de las propias fuerzas de resistencia de Hamid Karzai, se reunieron en Bonn, Alemania, para consensuar los planes de un nuevo gobierno. El acuerdo fue firmado el 5 de diciembre de 2001, tuvo a Lakhdar Brahimi como principal testigo (Mani, 2002). El Consejo de Seguridad respaldó el Acuerdo de Bonn en su Resolución 1383 el 8 de diciembre de 2001, y pidió a todos los grupos afganos que implementaran el acuerdo en su totalidad y cooperaran con la Autoridad Provisional que debía tomar posesión del cargo el 22 de diciembre de 2001.

El Acuerdo de Bonn otorgó a la Autoridad Provisional de Afganistán un período de seis meses para gobernar el país a partir del 22 de diciembre. En el proceso,

la ONU participó activamente en la tarea de reconstrucción del Afganistán posconflicto, mientras que la acción militar para someter a los talibanes y Al Qaeda aún estaba en desarrollo. Por aquel entonces, se convocó una Loya Jirga (Gran Consejo) de emergencia para seleccionar una Autoridad de Transición para dirigir Afganistán en espera de la elección de un gobierno plenamente representativo en 2004. El proceso de representación en la Loya Jirga fue bastante elaborado y se basó en dos pasos diferenciados. En el primer paso, se seleccionaron entre 40 y 60 representantes a nivel de distrito. En el segundo, representantes de varios distritos se reunieron para seleccionar al delegado que les representaría en la Loya Jirga. De los 1.500 delegados en la Loya Jirga, dos tercios fueron elegidos por el pueblo afgano y el resto por varios grupos influyentes (Singh K. R., 2008).

El Acuerdo de Bonn, establecido bajo los auspicios de la ONU, creó el marco sobre el que se construiría la futura nación afgana. Condujo a la creación de la Autoridad Provisional afgana y estableció la Comisión Constitucional afgana. El acuerdo supuso, además, el establecimiento de los sistemas legales y judiciales actuales de Afganistán. Estos principios guiaron al gobierno afgano a través de la adopción de la Constitución en 2004 y la transición de la autoridad interina a un gobierno formal posteriormente.

4.1.1 La Constitución de Afganistán

En el nombre de Allá, el Más Benefactor, el Más Misericordioso Alabado sea Allá, el Amador y Sustentador de los Mundos; y la paz y la alabanza sean con Muhammad, Su último mensajero y sus discípulos y seguidores

We the people of Afghanistan:

Constitución de Afganistán de 26 de enero de 2004

El proceso de redacción de la Constitución se puso en marcha con la elección, el 14 de diciembre de 2003, de Sibghatullah Mujaddedi como presidente de la Loya Jirga "constitucional". Mujaddedi Había luchado contra los soviéticos como líder de un partido moderado llamado Frente de Liberación Nacional Afgano y fue durante un breve período presidente de Afganistán en 1992. La Loya Jirga se convocó en Kabul para discutir y aprobar la nueva Constitución que fue inaugurada formalmente por el ex -Rey Zahir Shah el mismo día.

El proceso de elaboración de la Constitución no fue sencillo. La Loya Jirga, una vez reunida, debatió el proyecto de Constitución durante casi tres semanas. Cuestiones como una estructura presidencial altamente centralizada en oposición a una forma de gobierno parlamentaria, así como la fórmula unitaria de gobierno frente a otra federal se debatieron enérgicamente. Sin embargo, otras cuestiones como las religiosas estuvieron más claras desde el inicio de la Loya Jirga. La Constitución estableció al Islam como religión del Estado y prohibió las leyes que contradijeran a los principios del Islam. Por contrapartida, también incluyó disposiciones que garantizaban la igualdad de género y los derechos de las minorías religiosas. Estas disposiciones de corte liberal estarían en contradicción desde el momento en que se aprobó la Constitución con numerosas disposiciones y costumbres afganas, provocando episodios de confrontación fragante entre ellas.

Debido a la tradición cultural afgana, muchos afganos continúan creyendo que "la más alta manifestación de la voluntad del pueblo de Afganistán" reside en la institución de la Loya Jirga. Como asamblea nacional especialmente convocada, tradicionalmente ha tenido el poder de enmendar e interpretar la Constitución, declarar la guerra y adoptar decisiones sobre los asuntos nacionales más críticos. Distintas "Loya Jirgas" han desempeñado un papel importante en la política afgana desde la caída de los talibanes; en las últimas décadas fue en 2002 el momento más relevante cuando se reunió para establecer un gobierno de transición; y en 2003 para ratificar una nueva Constitución. A nivel local,

también las Loya Jirgas han resuelto disputas de sus ciudadanos conforme a leyes y tradiciones conservadoras musulmanas.

Debido a que la Loya Jirga está estrechamente relacionada las tradiciones afganas y la monarquía, es más venerada por la comunidad pastún dominante, que desde un principio buscaba un gobierno más étnicamente representativo que el que se instaló inicialmente tras el derrocamiento de los talibanes. Al ser la etnia dominante, los pastunes querían que en la Constitución tuviera un gran peso la cuestión étnica, cosa que no sucedió y, consecuentemente, entraría en conflicto con disposiciones del código pastunwali de los pastunes y la propia Sharia.

Teniendo en cuenta la arraigada tradición islámica en Afganistán, la cual se había radicalizado durante las últimas dos décadas debido al adoctrinamiento de la teología islámica, la nueva Constitución legitimó formalmente un lugar prominente para el Islam en la ética socio-económica y política del país. El Preámbulo habla de una fe firme en "Dios Todopoderoso" y la creencia en la religión sagrada del Islam; de hecho, el artículo 1 define a Afganistán como una República Islámica. En relación con la primacía del islam, la Constitución establece que la bandera de Afganistán tiene como insignia un mehrab y un púlpito en blanco, así como las frases: "No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta" y "Alá es grande". Según el artículo 149, las disposiciones que tratan del Islam en la Constitución no pueden modificarse y todos los juramentos del cargo deben tomarse en el nombre de Dios.

La influencia occidental en la Constitución es evidente en las disposiciones relativas a los derechos y deberes fundamentales de los ciudadanos (Singh K. R., 2008). El capítulo 2, que comprende 37 artículos, está dedicado casi de lleno a los derechos humanos. El artículo 22, por ejemplo, dispone que los ciudadanos de Afganistán, ya sean hombres o mujeres, tienen los mismos derechos y deberes ante la ley; lo que supuso todo un cambio respecto a constituciones anteriores. La disposición de la igualdad entre hombres y mujeres, toda una

novedad en un país como el afgano, se incluyó en la versión final de la Constitución, ya que esta disposición no estaba en el borrador inicial del documento. Pese a este contratiempo, la inclusión de las mujeres como iguales a los hombres era todo un hito en la política afgana. A pesar de que esta igualdad es una obviedad en la cultura occidental, era una novedad para la mayoría de los afganos y, en su lado más radical, una irrupción de occidente en la historia y cultura afgana.

En el artículo 24 de la Constitución se establece que la libertad es un derecho natural del ser humano; y la libertad y la dignidad del ser humano son inviolables. En la misma línea que el anterior, el artículo 29 prohíbe la tortura de seres humanos, afirmación que va en contra de la interpretación más radical de la Sharia y que había sido costumbre realizarla por parte de los talibanes. También la Constitución otorga libertad de expresión (artículo 34), para formar organizaciones sociales y partidos políticos (artículo 35), así como para realizar manifestaciones pacíficas (Artículo 36), etc. Sin embargo, estas organizaciones, políticas o no, nunca podrán promover estatutos o manifiestos en contra de la ley islámica, que prevalece incluso por encima de la Constitución para numerosos grupos étnicos de Afganistán.

Según el artículo 43, la educación es un derecho de todos los ciudadanos y el Estado promete educación gratuita; donde están incluidas niñas y mujeres, pese a la oposición de grupos radicales que abogaban por retirar este derecho de la Constitución afgana. A pesar del texto constitucional, las mujeres que tienen educación superior y viven en Kabul o en ciudades provinciales pueden ser consideradas "occidentalizadas" y que han contravenido las normas culturales, religiosas y sociales que se esperan de las mujeres afganas. Dependiendo de su entorno social, pueden estar sujetos a la violencia de la sociedad y de grupos armados. Además, a medida que se destacan más en la vida política y social, es más probable que se hable de ellas en su comunidad, lo que aumenta la probabilidad de violencia contra ellas (UNAMA Afganistán, 2019). Las mujeres que son defensoras de derechos humanos o activas en la vida pública, o aquellas

que están empleadas en roles no tradicionales son blanco de elementos antigubernamentales radicales que no reconocen la Constitución y abogan por una interpretación radical de la Sharia.

Por otro lado, la Constitución, en su artículo 58, prevé el establecimiento de una Comisión Independiente de Derechos Humanos para supervisar la “observancia de los derechos humanos y también para el avance de los derechos humanos”. A pesar de que la Comisión ha recibido contribuciones financieras de los gobiernos de Afganistán, Australia, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Noruega y Suiza, el gobierno afgano ha sido muy criticado por su impasividad ante violaciones contra los derechos humanos realizadas en todo el país.

Debido a la influencia de occidente, especialmente por parte de los Estados Unidos, los redactores de la Constitución propusieron una forma de gobierno presidencial sin apenas representación de las regiones y provincias de Afganistán. Éste fue uno de los principales errores a la hora de implementar un sistema político en Afganistán; pues fuera de Kabul, la sensación de participación ciudadana en la vida política del país es muy baja, debido, principalmente, a que todo se concentra en un sistema muy centralizado. En este sentido, apenas un poco más de la mitad de los habitantes de zonas rurales se siente representado por el sistema político de Afganistán (The Asia Foundation, 2020).

La monarquía recibió una “despedida” simbólica en la Constitución, relegada a una figura representativa en el proceso de la creación de la nueva nación afgana. El artículo 156 del proyecto de Constitución (y el artículo 158 del texto final) dice que el título de Padre de la Nación y los privilegios otorgados por la Loya Jirga de 2002 a su Majestad Muhammad Zahir Shah, ex rey de Afganistán, serán conservados para él durante su vida. En otras palabras, la monarquía dejará de existir una vez que el rey fallezca. Así, la monarquía no tiene ningún papel en la Constitución de Afganistán, ni tampoco en la evolución política del país.

La Constitución otorga todos los poderes y funciones del Jefe de Estado al presidente. El artículo 1 de la Constitución convierte a Afganistán en un Estado

unitario, en el que no existe más nación que la afgana. Así, como Jefe de Estado, el presidente disfruta de amplios poderes; similar a una Constitución occidental presidencialista. Estos poderes eran casi absolutos según el proyecto de Constitutivo, pero la versión final, que surgió después de un largo debate en la Loya Jirga, propuso un sistema de controles y equilibrios, principalmente por la Wolesi Jirga (la Casa del Pueblo). El capítulo tercero de la Constitución declara a Afganistán como un sistema de gobierno presidencial. En su artículo sesenta y uno, declara que el presidente es elegido por un período de cinco años mediante votación directa de todos los votantes. Para ser elegido presidente, el candidato debe obtener al menos el 50 por ciento de los votos. Si ninguno de los candidatos logra obtener el 50 por ciento de los votos, los dos primeros candidatos deben volver a competir en una segunda vuelta, de modo que uno de ellos pueda ser declarado ganador. El presidente cuenta con el apoyo de dos vicepresidentes, que forman parte del proceso electoral, es decir, son elegidos directamente por el pueblo.

Dado que la Constitución afgana prevé una forma unitaria de gobierno, no hay autonomía provincial; las zonas rurales de Afganistán, el 90% del país, apenas tienen representación política. La administración del país se basa en unidades centrales, cada una encabezada por un ministro, y unidades de administración locales que se establecen en las provincias. Su número, áreas, etc., aún no están reguladas. Según el artículo 136, se dispone que estas provincias se definan en base a la población, las condiciones sociales y económicas y la ubicación geográfica. El artículo 137 subraya además el carácter centralizado de la administración. Dice que el gobierno, conservando el principio de centralismo, delegará cierto tipo de autoridad en las unidades administrativas locales para agilizar y promover la economía, asuntos sociales y culturales, y aumentar la participación de la población en el desarrollo de la región. Así, la Constitución introduce un nuevo concepto de participación popular, no en la toma de decisiones sino en la implementación.

Los consejos provinciales están integrados por representantes elegidos por un período de cuatro años mediante votación directa y secreta, según establece el artículo 183 de la Constitución. El organismo sólo tiene una función consultiva y trabaja para "asegurar los objetivos del desarrollo" marcados por el gobierno central. Afganistán se compone de 34 provincias, siendo éstas las principales divisiones administrativas. Cada provincia abarca varios distritos o, por lo general, más de 1.000 pueblos. Los gobiernos provinciales están dirigidos por un gobernador designado por el presidente de Afganistán y cada provincia está representada en el gobierno por dos miembros de la Casa de los Ancianos. Uno es elegido por el consejo provincial por un período de cuatro años, mientras que el segundo es elegido por los consejos de distrito por un período de tres años. A pesar de la legitimidad del proceso, según el experto en seguridad internacional, Dipali Mukhopadhyay, muchos de los gobernadores provinciales son antiguos señores de la guerra o caudillos que se han incorporado al sistema político (Dipali, 2014).

La Constitución también establece los consejos de distrito (mandato de tres años) y los municipios. Los distritos son unidades administrativas de nivel secundario, un nivel por debajo de las provincias. El gobierno afgano publicó su primer mapa de distrito en 1973, cuando reconoció 325 distritos (Minor Civil Ashraf et al, 1973). En los años siguientes se agregaron distritos adicionales mediante escisiones y algunos se eliminaron mediante fusiones. En junio de 2005, el gobierno afgano publicó un mapa con un total de 398 distritos (Universidad de Princeton, 2019)

El capítulo V de la Constitución trata de la Asamblea Nacional. La Asamblea es el máximo órgano legislativo y es la manifestación de la voluntad del pueblo, que representa a toda la nación, tal y como viene dispuesto en el artículo 81. Se compone de dos cámaras: la Wolesi Jirga (Casa del Pueblo) y la Meshrano Jirga (Casa de los Ancianos). La Casa del Pueblo es la cámara que lleva la mayor carga de la legislación en el país, es similar a la Cámara de los Comunes en el modelo de Westminster, o al congreso de los Diputados en España. Consta de

249 delegados elegidos directamente por voto único e intransferible. Los miembros son elegidos por distrito y sirven durante cinco años. La Constitución garantiza que, por lo menos, 64 delegadas deben ser mujeres. Los nómadas kuchi eligen a 10 representantes a través de una circunscripción nacional única. La Cámara del Pueblo tiene la responsabilidad principal de redactar y ratificar las leyes y aprobar las acciones del presidente. Las primeras elecciones a la Wolesi Jirga se celebraron en septiembre 2005, cuatro años después de la caída del régimen talibán. Las últimas elecciones de la Wolesi Jirga de 2010 se celebraron el 1 de septiembre 8 de 2010 (Gobierno de Afganistán, 2021).

La Meshrano Jirga, la Casa de los Ancianos, está compuesta por miembros elegidos y nominados tanto por los consejos como por el presidente. Cada consejo provincial elige a una persona por un período de cuatro años. Cada consejo de distrito elige a una persona por un período de tres años. El presidente nombra al tercio restante de los miembros por un período de cinco años. Estos miembros, supuestamente, deben ser expertos y personas con experiencia y, además, deben incluir dos representantes cada uno de las secciones de discapacitados y de los Kochis¹³. El mismo artículo dice que la mitad de estos miembros nombrados por el presidente deben ser mujeres.

En la Ilustración 16 se resume el complejo sistema político de Afganistán. En ella se puede observar la influencia en el proceso de redacción de la Constitución afgana tanto por parte de occidente, mediante los acuerdos de Bonn, como de los Estados Unidos. Es importante tener en cuenta que los talibanes no formaron parte de la redacción de la Constitución y que la monarquía, que ha tenido un papel clave en la historia de Afganistán, tampoco jugó un papel predominante, más bien representativo. Por otro lado, Afganistán está sujeto a un proceso electoral para nominar a su presidente, así como a los miembros de la Casa del Pueblo o Wolwsi Jirga.

¹³ Los kochis son nómadas y seminómadas, crían principalmente ovejas y cabras.

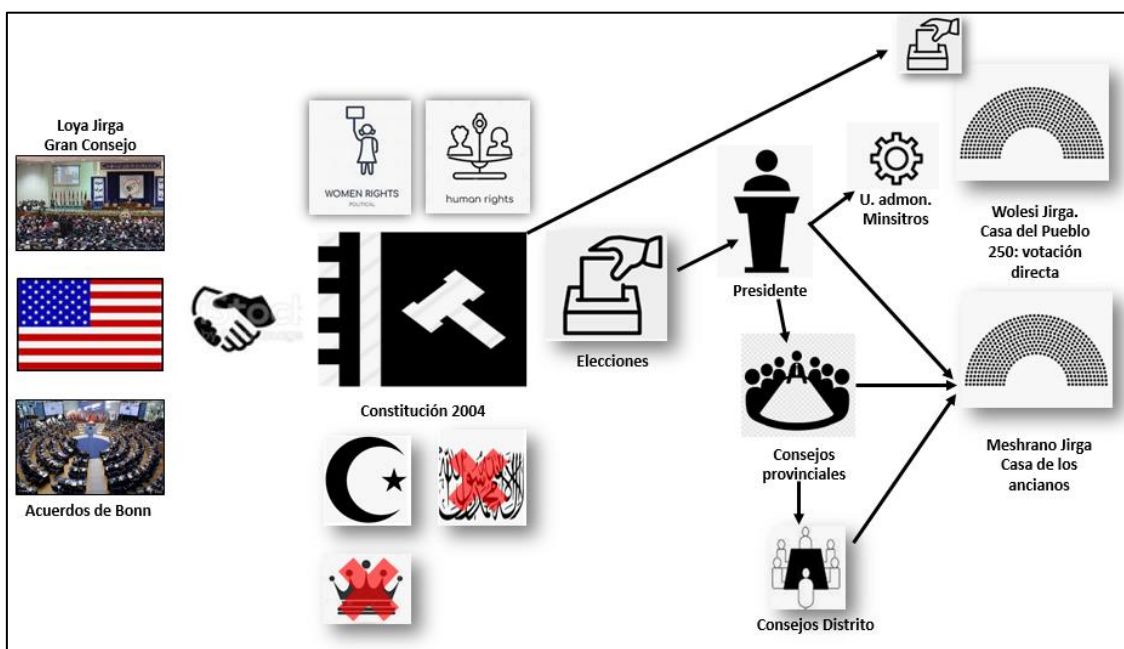


Ilustración 16: Estamento político de Afganistán; occidente vs tradición..

Según el artículo 99, la Asamblea Nacional tiene la facultad de ratificar, modificar y/o derogar leyes o decretos legislativos, aprobar planes de desarrollo económico, social, cultural y tecnológico, así como presupuestos estatales, crear, modificar unidades administrativas (provincias y distritos), ratificar tratados internacionales, etc. Cualquier comisión de cualquiera de las dos cámaras puede interrogar a un ministro respecto a sus labores como representante público. Las leyes deben ser aprobadas por ambas Cámaras y respaldadas por el presidente. En caso de que el presidente no esté de acuerdo, el documento se enviará de vuelta para su reconsideración a la Wolesi Jirga dentro de los 15 días. Si se vota por mayoría de dos tercios, se considera aprobado (artículo 94). Por lo tanto, la Cámara Baja ha recibido, en virtud de la Constitución final, el poder de invalidar al presidente.

La Constitución también prevé un mecanismo para la resolución de conflictos entre las dos Cámaras. En caso de que la decisión de una Cámara sea rechazada por la otra, se constituirá una comisión combinada compuesta por igual número de miembros de cada Cámara para resolver el problema. La decisión del comité se hará cumplir después de su aprobación por el presidente.

En caso de que el comité no pueda resolver el problema, la resolución rechazada se considera nula. Sin embargo, en caso de que la Wolesi Jirga haya aprobado la resolución antes, puede aprobarse en la próxima sesión de la Wolesi Jirga si la mayoría de sus miembros la vota (Artículo 101). Por lo tanto, el organismo elegido por sus ciudadanos ha recibido, al menos sobre el papel, mayores poderes en virtud de la Constitución.

La Constitución otorga más poderes a la Asamblea Nacional, en particular a la Cámara Baja (Wolesi Jirga) para controlar el "absolutismo presidencialista" como se sugirió en el proyecto de Constitución. En virtud del artículo 50, el Estado está obligado a adoptar las medidas necesarias de una administración sólida "previa autorización de la Asamblea Nacional". El presidente tiene que determinar las políticas fundamentales del Estado "con la aprobación de la Asamblea Nacional" (artículo 50). El presidente nombra a funcionarios importantes como ministros, miembros de la Corte Suprema, el Fiscal General, el Director del Banco Central, etc., pero siempre con la aprobación de la Wolesi Jirga" (artículo 64).

La Constitución reconoce la diversidad étnica en Afganistán y, sin embargo, no hace ningún esfuerzo por neutralizar las secuelas de las ancestrales disputas entre etnias. Con todo, el artículo 4 de la Constitución si enumera los diversos grupos tribales de Afganistán. La lista incluye pastunes, tayikos, hazaras, uzbekos, turcomanos, baluchis, pashais, nuristaníes, aymaqs, qirghiz, qizilbash, gujurs, brahwuis e incluso árabes. En el proyecto de Constitución, solo el pasto y el dari fueron reconocidos como idiomas oficiales del Estado. Sin embargo, la versión final también hizo concesiones a otros idiomas al agregar lenguas turcas (uzbeka y turcomano), el baluchi, el pashai, el nuristani y el pamiri (alsana); los cuales son idiomas oficiales en áreas donde la mayoría los habla.

Aunque la Constitución de Afganistán fue un éxito a los ojos de occidente, el error más grave fue un intento de imponer una fórmula muy centralizada de gobierno, en un Estado muy dividido por lealtades geográficas, étnicas y tribales; donde los grupos étnicos y tribales tienden a extenderse a los Estados vecinos.

El impacto de esta diversidad se habría minimizado si la Constitución hubiera previsto una estructura para compartir el poder bajo una fórmula federal; donde las zonas más alejadas de la capital, Kabul, también tuvieran representación y participación política. Sin embargo, la Constitución no prevé una forma significativa de autonomía provincial. Aunque los miembros de los consejos provinciales son elegidos directamente por un período de cuatro años, el artículo 139 deja bien claro que el consejo solo puede asesorar a la administración central sobre los asuntos que son de su competencia. La Constitución ha reducido estos órganos al nivel de unidades administrativas, con todos los poderes concentrados en Kabul. Como afirma Shahabuddin Syed, un influyente político y diplomático indio, "Uno duda si el modelo centralizado funcionará en Afganistán, teniendo en cuenta los grupos étnicos sustanciales que ocupan regiones geográficamente distintas y una historia de señores de la guerra apoyados por ejércitos regionales, con un ejército 'nacional' aún por tomar forma" (Syed, 2004).

El intento del gobierno de Kabul, bajo el entonces presidente Hamid Karzai y ahora bajo el liderazgo de Ghani, se enfrenta al reto de dominar a los caudillos habituales, o señores de la guerra, en sus áreas de influencia. Unos señores de la guerra que han luchado contra las fuerzas soviéticas durante años y que tienen un gran poder militar y económico. Muchos de ellos se habían resistido a los combatientes talibanes-Al Qaida de someterlos y finalmente ayudaron a las fuerzas de la coalición a derrocar a los talibanes y a luchar contra al Qaeda.

4.1.2 El poder legislativo en Afganistán

La entidad legislativa a nivel estatal de Afganistán, conocida como Asamblea Nacional, se creó en diciembre de 2005, cuando se reunió oficialmente por primera vez. La Asamblea Nacional es un organismo bicameral de 351 escaños compuesto por una cámara baja, la Wolesi Jirga o casa del Pueblo, y una cámara alta, la Meshrano Jirga o Casa de los Ancianos. De acuerdo con la Constitución

de 2004, que reconoce la primacía de la Asamblea Nacional sobre los consejos locales provisionales y tribales, además la asamblea legislativa supervisa los presupuestos ejecutivo y estatal, inicia leyes, crea unidades administrativas, ratifica tratados internacionales y confirma la acción militar.

La Wolesi Jirga, o Casa del Pueblo, es la más grande y representativa de las dos ramas de la Asamblea Nacional. Sus 249 representantes son elegidos directamente de 34 distritos electorales. Aproximadamente 6,5 millones de votantes y 2.835 candidatos participaron en las elecciones inaugurales de septiembre de 2005 para elegir los primeros candidatos de la nueva cámara. La Wolesi Jirga es también la más poderosa de las dos ramas de la Asamblea Nacional. La Constitución faculta a este poder legislativo la mayor autoridad reguladora y de supervisión. Dichas funciones incluyen la confirmación de todos los nombramientos ejecutivos a nivel de gabinete, la regulación de la política monetaria a través de la supervisión del Banco Central y la autoridad para presentar cargos contra el presidente y los miembros de la Asamblea Nacional.

Aunque la Wolesi Jirga cuenta con una membresía joven y preparada, se pueden plantear serias dudas sobre su representatividad. La participación de votantes en las últimas elecciones fue ciertamente baja: los candidatos electos recibieron solo una pequeña parte de los votos y las ciudades más pequeñas y las zonas rurales quedaron infrarrepresentadas. Los partidos políticos, por otro lado, continúan al margen de la legislatura y las elecciones legislativas, y las tasas de gobernabilidad (el porcentaje de legisladores reelegidos) no han cambiado acentuadamente desde 2010 y continúan siendo bajas. La representación femenina en la legislatura se mantiene en alrededor del 28 por ciento; sin embargo, incluso este logro se debe casi únicamente al número de escaños legislativos reservados para mujeres según la Constitución de Afganistán.

En general, la composición étnica de la Wolesi Jirga no ha experimentado cambios dramáticos en las últimas tres elecciones y sigue siendo una representación más basada en la etnia que en los intereses generales. Ningún

grupo étnico ha podido asegurar la mayoría de los escaños, aunque los pastunes han mantenido una mayor representación constante, tal y como se detalla en la Ilustración 17. Su aportación disminuyó del 47 por ciento en 2005 al 38 por ciento en 2010, pero se recuperó al 45 por ciento en el año 2018. La parte de los escaños tayikos, en general, se mantuvo constante, aunque aumentó ligeramente en 2010 y 2018 en relación con la de 2005. Esto también es cierto para la participación de los uzbekos, aunque en su caso se percibe una disminución menor entre 2005 y 2018. La disminución en la participación de los hazara en los escaños ganados en 2018 se debe probablemente a que no se celebraron elecciones en la provincia de Ghazni, donde en 2010 los candidatos Hazaras ganaron todos los escaños disponibles (United States Institute of Peace, 2020)

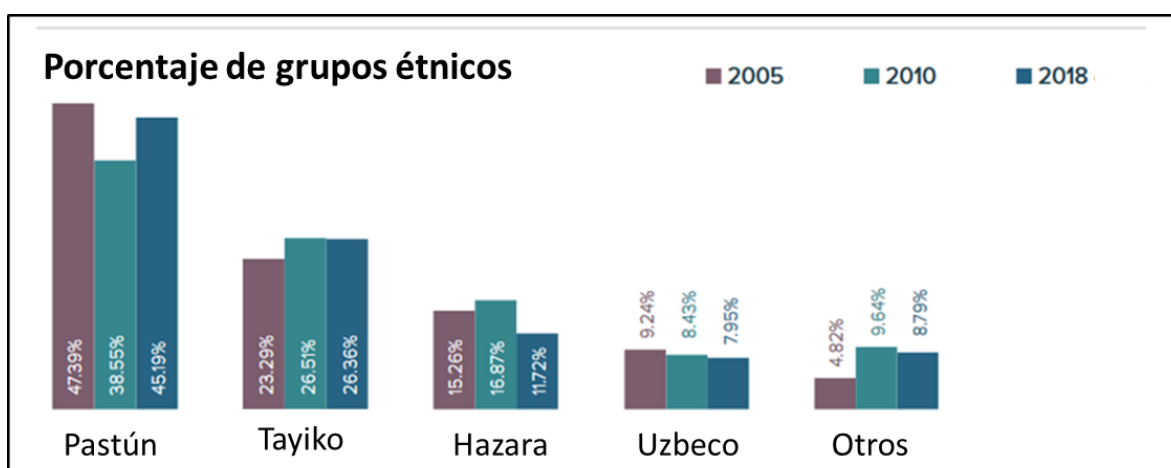


Ilustración 17: distribución étnica de la Wolesi Jirga, fuente: JSTOR

Como se ha comentado, el alcance de la representación femenina en la Wolesi Jirga se debe en gran parte a la disposición constitucional que reserva al menos sesenta y ocho de los escaños del cuerpo para mujeres. Las candidatas representaron el 12, 15 y 16 por ciento del total de candidatos en las elecciones de 2005, 2010 y 2018, respectivamente, como se puede observar en la Ilustración 18. En cada elección, sin embargo, ganaron del 27 al 28 por ciento de los escaños, que es casi idéntica a la porción de escaños que se les garantiza bajo el Artículo 83 de la Constitución. Sin esta cuota, las candidatas hubieran

ganado muchos menos escaños: aproximadamente el 8, 7 y 5 por ciento de los escaños en 2005, 2010 y 2018, respectivamente.

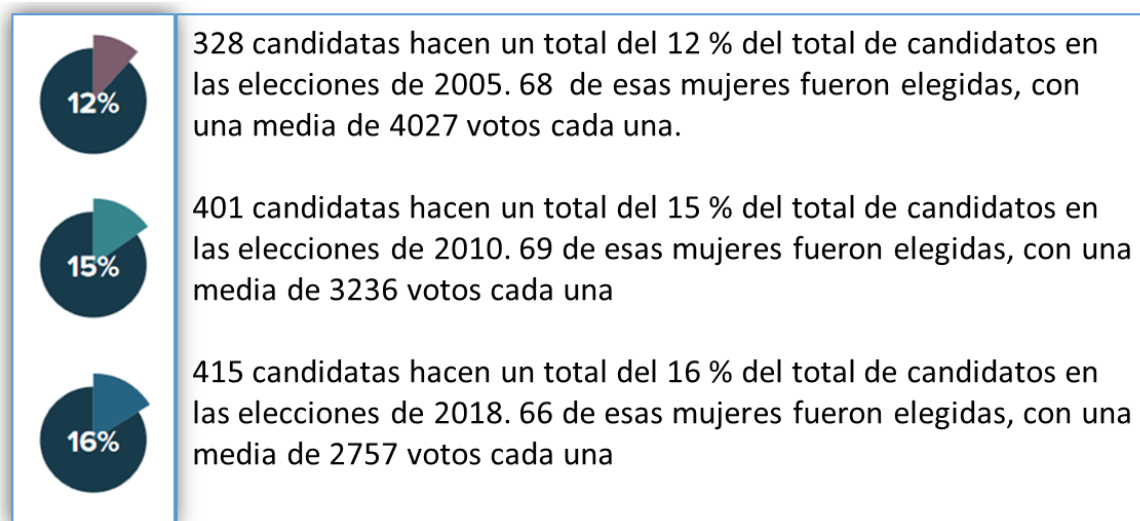


Ilustración 18: representación de la mujer en la Wolesi Jirga.

La Meshrano Jirga, o Casa de los Ancianos, es un organismo muy influyente, debido a su autoridad para dirigir la legislación. Todas las presentaciones presupuestarias e iniciativas legislativas pasan primero por los comités de la Meshrano Jirga para su revisión antes de su presentación a la Cámara Baja. Dado que los altos líderes de las tribus dominan la Meshrano Jirga, incluidos muchos ex muyahidines, este organismo tiende a aplicar su propia inclinación políticamente conservadora en la legislación. Los 102 miembros de la Meshrano Jirga provienen de estructuras políticas provinciales y tribales existentes. Sus primeras elecciones, celebradas en septiembre de 2005, dieron como resultado una composición étnica comparable a la de la Cámara Baja, con predominio de pastunes, tayikos, chiitas hazara y uzbekos. A pesar de tal diversidad étnica, la Meshrano Jirga se considera una organización políticamente cohesionada. Esta cohesión es posible en parte por el proceso de elección, que favorece a los candidatos progubernamentales: un tercio de sus miembros son elegidos de los consejos provisionales por períodos de cuatro años, un tercio son elegidos de

los consejos de distrito locales para períodos de tres años, y un tercio son nominados por el presidente por períodos de cinco años.

La Asamblea Nacional representa un importante avance democrático para la política afgana; sin embargo, todavía tiene varios obstáculos que superar. El principal impedimento que enfrenta la Asamblea Nacional es su marginación por parte del poder ejecutivo. El sistema de voto único e intransferible instituido por el presidente Karzai para las elecciones de 2005 dio lugar a que los partidos políticos fueran en gran medida excluidos de la Asamblea Nacional; el sistema de votación favorecía a los candidatos que se presentaban independientemente de los partidos políticos registrados. Esto supone que haya una baja cultura política como se entiende en occidente y que los partidos políticos tengan poco protagonismo en las elecciones. De hecho, actualmente, solo el 12 por ciento de los miembros están afiliados oficialmente a algún partido político.

Otra fuente de inestabilidad para la Asamblea Nacional es la cuestión de la elegibilidad de los candidatos. Las leyes electorales prohíben la membresía a cualquier individuo que lidere o sea miembro de fuerzas militares o grupos armados no oficiales. El cumplimiento de esta disposición crea un conflicto de intereses entre los miembros, ya que representan a los distritos electorales gobernados por esos líderes de grupos paramilitares a quienes se les prohíbe ocupar cargos de representación.

Las instituciones democráticas del Afganistán siempre se han enfrentado a una doble amenaza de insurgencia y a la inclusión de antiguos partidos rebeldes en las instituciones democráticas. En este sentido, el aumento de la inestabilidad y la inseguridad socavan sustancialmente la legitimidad de las instituciones democráticas en Afganistán. En la era posterior a los talibanes se han celebrado, mediante una relativa calma, teniendo en cuenta la situación general del país, elecciones presidenciales, parlamentarias y provinciales. Sin embargo, las elecciones siguen siendo cuestionables. A nivel local, las decisiones políticas siguen las premisas de los actores locales, los gobernadores provinciales y los

poderosos señores de la guerra. A su vez, esto afecta a los procedimientos y procesos democráticos que pierden legitimidad ante el ciudadano.

Por ejemplo, el ex gobernador provincial de Balkh, Atta Noor, que gobernó la provincia de 2004 a 2018, era conocido como el rey del Norte, porque podía ignorar las decisiones de las autoridades centrales con impunidad. Además, Fazal Hadi Muslimyar (presidente de la Cámara Alta) y Zahir Qadeer (un miembro del parlamento afgano) influyen en las decisiones del gobierno en Nangarhar. Como resultado, el ciudadano parece dudar de la competencia del sistema político. Según la Fundación Asia (2018), solo el 40% de los afganos tienen confianza en el parlamento, en comparación con una tasa media del 67% en otros países. Si bien el gobierno de Afganistán ha intentado introducir reformas, el sistema patrón-cliente basado en la lealtad y el origen étnico permanecen intacto y prospera cada vez más.

La inclusión de antiguos partidos rebeldes en el proceso democrático y la amenaza cada vez mayor de la insurgencia empeoran las cosas. Sin embargo, la mayoría de los actores políticos, con la excepción de los militantes locales de IS-Khorasan y los talibanes, afirman estar comprometidos con la democracia. Incluso los partidos políticos islamistas sostienen que las elecciones brindan un medio legítimo para perseguir el poder político, lo cual supone un cambio de mentalidad importante. En consecuencia, todos los partidos políticos se prepararon para las elecciones presidenciales de 2019; que desde el punto de vista del número de partidos políticos que se presentaron fue un éxito. Sin embargo, al mismo tiempo, la pregunta sigue siendo cuán fuerte es realmente el compromiso con las instituciones democráticas o si, realmente, la voluntad de participar obedece a la búsqueda de poder para romper el sistema desde dentro.

Otro problema es la dependencia del Estado de los hombres fuertes locales. Por lo general, éstos persiguen sus intereses de manera autoritaria y el Estado les otorga una discreción sustancial. Esta situación afecta la percepción que tiene la población del Estado como fiel comisario del poder popular. Sin embargo, en

general, la población y los representantes políticos coinciden en que las instituciones democráticas justas y estables son el mejor método para representar los intereses de todos los grupos étnicos y potenciar la justicia en Afganistán. Aun así, la corrupción y la falta de compromiso de los ciudadanos con un sistema político muy fracturado sigue siendo uno de los escollos que tendrán que hacer frente en los próximos años, pues de lo contrario el frágil Estado democrático afgano podría colapsar y sumirse en otro periodo de guerra civil e inestabilidad.

4.1.3 El poder judicial de Afganistán

Afganistán tiene un sistema legal pluralista en el que múltiples fuentes de derecho interactúan entre sí (ALEP, Stanford Law School, , 2017). La justicia se apoya sobre la base de una mezcla de códigos legales superpuestos y a veces contradictorios (Rahbari, 2018), que incluyen la Constitución de 2004, el derecho internacional, el derecho estatutario, los reglamentos y la Sharia, y el derecho consuetudinario formado por leyes tradicionales e informales (ALEP, Stanford Law School, , 2017). La sociedad altamente diversa de Afganistán incluye fracciones urbanas, rurales y tribales, cada uno de los cuales tiene normas y mecanismos, normalmente distintos, para resolver disputas; sin embargo, los afganos utilizan, principalmente, dos sistemas para obtener justicia: a través del Estado y a través de sistemas no estatales como las Jirgas locales o los eruditos del islam que dictan justicia (Nojumi, 2014). La Constitución reconoce al Islam como la religión oficial del Estado, y los principios islámicos se reflejan en la Constitución de Afganistán. El artículo 130 de la Constitución explica la jerarquía de las leyes de Afganistán, disponiendo que: “en los casos bajo consideración, los tribunales aplicarán las disposiciones de esta Constitución así como otras leyes. Si no hay ninguna disposición en la Constitución u otras leyes sobre un caso, los tribunales, de conformidad con la jurisprudencia de Hanafi y, dentro de los límites establecidos por esta Constitución, gobernarán de una manera que

obtenga justicia de la mejor manera. Ciertamente, la Constitución reconoce a la rama jurídica sunita Hanafi como fuente de jurisprudencia. Una escuela jurídica ciertamente dura con los postulados de la ley islámica, por ejemplo, prescribe que la apostasía se castiga con la muerte, el encarcelamiento o la confiscación de bienes.

Afganistán promulgó un nuevo Código Penal en 2017 para reemplazar la legislación de 1976. El nuevo Código Penal fue aprobado mediante Decreto Legislativo Presidencial el 15 de mayo de 2017 y entró en vigor en febrero de 2018. El Código Penal de 2017 tiene como objetivo modernizar y armonizar el derecho penal (United States Department of State, 2018), que databa de más de dos décadas. El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) señaló que la nueva El Código combina diez antiguas leyes penales separadas y las disposiciones penales de 33 leyes de otros ámbitos (ICRC, 2017). El nuevo Código también incorpora todos los delitos en virtud de la Convención de las Naciones Unidas contra la Corrupción, la Convención de las Naciones Unidas contra los Crímenes Organizados Transnacionales (UNTOC) y sus tres protocolos. Además, incorpora el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional (CPI), incluidos los crímenes de guerra, los crímenes de lesa humanidad y el genocidio (UN, Afghanistan, 2018).

Como norma general, muchas de las disputas en Afganistán, que van desde desacuerdos sobre la pertenencia de la tierra hasta actos delictivos, se resuelven fuera del sistema judicial formal; en instituciones informales como Jirgas y Shuras locales. El castigo otorgado por estos organismos se basa en gran medida en el concepto de retribución y el tipo de castigo puede diferir significativamente, pero generalmente se decide de una manera que es igual a la forma en que el perpetrador lastimó a la víctima; una especie de “ojo por ojo” (ALEP, Stanford Law School, , 2017).

El Departamento de Estado de los Estados Unidos (USDOS) señaló que, a lo largo de 2019, los mecanismos de justicia tradicionales permanecieron el

principal recurso para la mayoría de afganos, especialmente en las zonas rurales. Sin embargo, en las principales ciudades, los tribunales estatales suelen decidir sobre los casos penales; aunque en la mayoría de ellos se administra la justicia de manera desigual, adoptando una combinación de leyes codificadas, la Sharia y normas consuetudinarias locales. Para resolver los casos civiles, los ciudadanos recurren frecuentemente al sistema informal, el mecanismo de mediación gubernamental a través de la oficina Huquq (derechos civiles) del Ministerio de Justicia o, en algunos casos, a través de negociaciones entre las partes facilitadas por personal judicial o abogados privados.

El artículo 29 de la Constitución prohíbe el “castigo contrario a la dignidad humana”, y Afganistán es parte de la Convención de las Naciones Unidas contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Crueles, Inhumanos o Degradantes (UNCAT) desde 1987. Sin embargo, los castigos corporales por parte del Estado de derecho afgano, debido al sistema legal pluralista por el cual las leyes islámicas y civiles interactúan entre sí, son ciertamente habituales ya que el sistema permite los jueces y tribunales individuales determinar cómo prescribir castigos bajo cualquiera de los códigos (Rahimi, 2019). En 2015, Human Rights Watch afirmó que numerosos tribunales de distrito afganos utilizaban regularmente el castigo corporal durante casos por delitos de adulterio, y señaló que algunos jueces de distrito mantenían un látigo en su oficina.

Las interpretaciones tradicionales y locales de las leyes islámicas se entrelazan y combinan en los procesos de resolución de disputas tradicionales, lo que supone que el ciudadano normal tenga la sensación de que existan dos tribunales paralelos. Basándose en prácticas tradicionales, costumbres locales y religión, los mecanismos de justicia informal han existido en Afganistán durante siglos (Norway, LandInfo, Afghanistan, 2011). Numerosas fuentes señalan que los mecanismos de resolución de disputas tradicionales e informales son sistemas complejos, no son monolíticos, y debe entenderse que involucran a numerosos actores de la justicia, desde Jirgas y shuras, hasta académicos

religiosos, juristas, miembros de la comunidad, ONG e instituciones nacionales (ALEP, Stanford Law School, , 2017).

En 2017, el académico Neamat Nojumi explicó que las costumbres y el derecho consuetudinario continúan desempeñando un papel valioso e importante en la sociedad afgana (European Asylum Support Office, 2020). Los individuos dentro de una familia se adhieren a las costumbres, mientras que el derecho consuetudinario abarca los principios normativos a los que se adhiere una comunidad, y esas tradiciones difieren entre los distintos grupos étnicos de Afganistán. Por ejemplo, tayiko, hazara, uzbeko y turcomano siguen códigos sociales diferentes a los pastunes en relación con el matrimonio, la herencia y las apariciones públicas; aunque existen algunos problemas que se superponen en todos los grupos, como la discriminación de género y las prácticas de enemistades de sangre (European Asylum Support Office, 2020).

A lo largo de 2019, los mecanismos de justicia tradicional siguieron siendo el principal recurso para muchos afganos, especialmente en las zonas rurales donde el sistema legal formal a menudo no existe y los ancianos y shuras locales son el medio principal para resolver tanto los asuntos penales como las disputas civiles. Según el USDOS, estas instituciones informales y los talibanes también impusieron castigos sin tener en cuenta el sistema legal formal (USDOS, 2020). Según la encuesta de 2019 de la Fundación Asia, más del 46% de los afganos han solicitado shuras o Jirgas para resolver sus disputas, un 41,5% ha recurrido a los tribunales estatales y alrededor del 25% al departamento de Huquq (The Asia Foundation, 2020). La preferencia en cuanto a petición reveló una división urbano-rural: los habitantes rurales apelaron más a las Shuras o Jirgas (48%), mientras que los residentes urbanos prefirieron apelar a los tribunales estatales y al departamento de Huquq (alrededor del 52% y 30% respectivamente). La encuesta encontró además que el La gran mayoría de los afganos cree que las Shuras y Jirgas locales son justas y en las que se puede confiar (81,2%), que siguen las normas y valores locales (74,4%), que esas instituciones son efectivas para impartir justicia (74,2%) y que resuelven los casos rápida y eficientemente

(73,2%). Estos altos índices indican que, a pesar del esfuerzo en implementar y promocionar instituciones jurídicas, los ciudadanos afganos prefieren un sistema más acorde con su propia identidad y que esté basado en las tradiciones del país, las cuales son más comprensibles que las leyes de influencia occidental.

En 2017, el Dr. Nojumi señaló además que la diversidad de la justicia no estatal proviene principalmente de la segmentación de la población en sectores urbanos, rurales y tribales, y que los principios de aplicación se basan en normas aceptadas a cada contexto particular (European Asylum Support Office, 2020). Además Nojumi argumenta que, en los centros urbanos dentro de los distritos de la ciudad o en el centro de los distritos rurales, las personas a menudo tienen la opción de acceder a mecanismos estatales y no estatales mientras que en las periferias de las ciudades y distritos rurales acceder al sistema de justicia estatal está limitado o es casi imposible de acceder. Dentro del cinturón tribal de Afganistán, principalmente al otro lado de la frontera con Paquistán y en parte con Irán, la justicia no estatal forma el sistema legal dominante. Dentro de estas localidades, las comunidades tribales afganas tienen la presencia de una generación de "conocimientos tradicionales" (Jirgamar) cuya finalidad es la solución de controversias y que es valorada por los ciudadanos de esas zonas como muy efectiva.

Además de lo anterior, a la tradición en Afganistán hay que añadirle los códigos éticos de las distintas etnias que conviven en el país, lo que hace que el sistema judicial sea aún más complejo. Entre los pastunes, las enemistades de sangre surgen del principio de badal, la justicia retributiva, que es el componente central del código pastunwali¹⁴. En ocasiones se requiere la restauración del honor mediante la venganza o que aquellos que cometen una injusticia contra el honor del otro deben compensar a aquellos que han sido ofendidos. Si bien el código pastunwali es dominante en las comunidades tribales pastún, su práctica

¹⁴ Los conceptos centrales en Pashtunwali giran en torno a las nociones de honor (nang) y vergüenza, así como de hospitalidad (melmastiya) y dignidad (ghairat).

también se puede observar entre los no pastunes y entre otros grupos étnicos. Asimismo, el Pastunwali tiene variaciones tribales y regionales (ILF, 2004).

Las enemistades de sangre ocurren particularmente en áreas donde el gobierno y el Estado de derecho son débiles o inexistentes, donde hay fácil acceso a las armas, lo que lleva a una rápida escalada de violencia (Waheed A. , 2017). Debido a la falta de fuerzas policiales, en la mayoría de las áreas rurales, algunos incidentes relativamente menores relacionados con disputas por la tierra pueden escalar rápidamente a la violencia (Giustozzi, 2019). Como señaló Neamat Nojumi en 2017, en algunos casos, cualquier homicidio o matanza, que no se mitiga, puede conducir potencialmente a una disputa de sangre que dure décadas (N Nojumi, 2017), independientemente de la presencia o ausencia del gobierno.

Las “enemistades de sangre” por venganza pueden ser el resultado de violencia personal o irregularidades que se consideran que atentan contra el honor, disputas relacionadas con la tierra o conflictos y relaciones familiares. Ser percibido como 'deshonroso' es una de las transgresiones más graves para hombres pastunes y sus familias (Norwegian Refugee Council, 2020). En la sociedad pastún, la vergüenza está fuertemente relacionada con el comportamiento de una mujer, ya que se cree que refleja la reputación de su familia y, específicamente, un mal comportamiento de la mujer puede avergonzar a los todos los miembros masculinos de una familia (Siddique A. , 2017). Debido a que los hombres son los responsables del acopio de honor y reputación a través de la protección de sus propiedades y familias (Norway, LandInfo, Afghanistan, 2011), tienen el deber de proteger el honor de las mujeres (nang) bajo su responsabilidad. No proteger el honor de las mujeres significa una pérdida de respeto por los compañeros dentro de la comunidad; el namus (honor social de la familia) se convierte en una causa frecuente de conflictos.

El asesinato por venganza ocurre principalmente entre pastunes, pero en los casos que involucran el honor de las mujeres, ocurre entre todas las etnias que

lo ven como una transgresión delictiva (Waheed A. , 2017). Las disputas de sangre no se basan únicamente en el código pastunwali y pueden ocurrir entre otros grupos étnicos. Según Ahmad Waheed, los enfrentamientos y las disputas ocurren y es probable que se desarrollen entre diferentes grupos étnicos que viven en la misma zona: por ejemplo, los hazara y los grupos nómadas, o en las regiones donde los grupos pastún y tayiko o uzbekos tienen límites comunes (Waheed A. , 2017). Entre los pastunes, la venganza es parte del pastunwali; sin embargo, Abubakar Siddique argumenta que incluso fuera los pastunes, muchas formaciones tribales diferentes utilizan la venganza cuando ocurren disputas de sangre (Sediqi, 2019).

Tamiéb Thomas Ruttig argumenta que, aunque las disputas de sangre no se limitan a situaciones que surgen de conflictos por determinados recursos, la mayoría de las disputas suceden dentro de ciertos subgrupos étnicos. Por ejemplo, en el caso de la sociedad pastún, estos subgrupos comprenden la familia principal, la familia extendida, la subtribu del 'clan' y la tribu (Ruttig, 2017). Ahmed Waheed señala la rivalidad entre primos (turboor) de las familias pastunes como un factor que intensifica las disputas de sangre (Waheed A. , 2017). La adherencia al código pastunwali, según lo observado por Neamat Nojumi, se desvanece en los centros urbanos y no es efectiva ni impuesta entre los pastunes de zonas urbanas. Bajo el pastunwali, la venganza no tiene por qué ser inmediata (Rzehak, 2011); contrariamente, las disputas pueden durar generaciones y afectar a tribus o comunidades enteras.

En el lado oficial del sistema judicial, el papel del poder judicial afgano está claramente definido en la Constitución. El Stera Mahkama (Tribunal Supremo) es el tribunal superior representado por un tribunal principal y ocho jueces y está organizado en varios departamentos. Además, hay varios tribunales subordinados (por ejemplo, el Tribunal de Apelaciones, los tribunales primarios y los tribunales especiales), que se ocupan de diferentes cuestiones. Sin embargo, a nivel nacional, el poder judicial no puede someter el poder estatal al Estado de derecho; un claro fallo de la democracia afgana. Por ello,

habitualmente, el sistema judicial afgano padece de una cierta falta de confianza pública debido a los altos niveles de corrupción y su elevado favoritismo. Además, la falta de juicios públicos y especialmente la falta de transparencia en las decisiones de los tribunales socavan la credibilidad del poder judicial. Como resultado, los ciudadanos afganos tienden a utilizar los tribunales de la Sharia de los talibanes, que son rápidos y baratos, en lugar del sistema judicial estatal, que es lento y, dependiendo de la zona, en ocasiones inaccesible.

Afganistán es un país en el que predominan los mecanismos de justicia informal, especialmente a nivel local. El artículo 116 de la Constitución afgana se establece que el poder judicial es un órgano independiente del sistema político, que incluye el Tribunal Supremo, el Tribunal de Apelación y los Tribunales Primarios. Debido a problemas estructurales y deficiencias en la formulación de políticas y la falta de profesionales formados, el poder judicial está extremadamente exhausto. Entre otras cosas, esto hace que el sistema judicial estatal sea corrupto, ineficiente y lento. Además de la falta de profesionalismo y de las estructuras judiciales inmaduras, la falta de asistencia del gobierno juega un papel fundamental en el mal desempeño del poder judicial.

Una encuesta de la Fundación Asia (2018) encontró que el 45,4% de los afganos utilizan Jirga (asambleas de líderes) o shura (consejos comunitarios) locales tradicionales para resolver disputas. Además, el 81,4% de ellos cree en la equidad de estos foros en la toma de decisiones (IEP, 2020). Según la Fundación Asia, se considera que las Jirgas locales son más efectivas que los tribunales estatales, ya que resuelven los casos de manera rápida y eficiente. Según la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán (AIHRC), el gobierno afgano ha realizado algunos esfuerzos para mejorar la situación judicial. Sin embargo, debido a la situación de seguridad, el acceso universal a las instituciones judiciales sigue siendo problemático. Según AIHRC, no hay tribunales primarios en 47 de los 398 distritos, lo que deja espacio para los sistemas tradicionales paralelos, muchos de estos liderados por talibanes. Además, este sistema paralelo ofrece a los insurgentes mucho margen para

promover ideas contradictorias con la justicia y para presentar a los tribunales de la Sharia como una alternativa más sensata y eficiente.

Los gobiernos de Afganistán posteriores a los talibanes se han basado en las configuraciones de poder existentes para reforzar la legitimidad y entregar bienes públicos de manera efectiva. Por lo tanto, existe un fuerte nexo entre la estructura estatal afgana y los hombres de poder locales y señores de la guerra. El clientelismo y la política clientelar de los hombres de poder locales afectan, en consecuencia, la estructura administrativa del Estado. Aunque el gobierno afgano ha intentado reformar las áreas de la administración pública y la prestación de servicios, Afganistán tiene un largo camino por recorrer para garantizar la transparencia en las oficinas públicas.

En una encuesta de la Fundación Asia de 2018 se publicó que el 70,6% de los encuestados piensa que la corrupción es un problema fundamental. Sin embargo, los funcionarios corruptos rara vez son procesados debido a problemas burocráticos y a la situación de inseguridad rampante. Una de las figuras más controvertidas de las elecciones presidenciales de 2014, Zia-ul-Haq Amarkhail, se convirtió más tarde en asesor principal del gobierno. Amarkhail, quien anteriormente fue jefe de la Secretaría de la Comisión Electoral Independiente de Afganistán, fue acusado de manipular los resultados de las elecciones y salió impune. En otro caso, Qaisari y Ali Pur fueron arrestados por trata de personas, pero fueron puestos en libertad rápidamente; lo que provocó una gran indignación entre la población afgana y numerosas protestas en casi todo el país (Aljazeera, Afghan militia commander freed after 'several killed' in protests, 2018). Afganistán necesita mecanismos tanto independientes como objetivos para enjuiciar eficazmente el abuso de cargos y a los hombres de poder corruptos. Sólo de esta forma se podrá devolver la confianza, muy deteriorada, de los ciudadanos afganos en la justicia del país.

En 2006, según datos de la *ASIA Foundation*, sólo una quinta parte de los afganos encuestados dijeron que acudirían a un tribunal del gobierno para

resolver sus disputas. Esto mejoró con el tiempo, y casi la mitad de los afganos respondieron a la misma encuesta anual y dijeron que usarían los tribunales estatales en 2018 (the Asia Foundation, 2018). Sin embargo, la encuesta de 2018 aún encontró que la mayoría de los afganos consideraban que la justicia estatal era ineficaz, corrupta y de difícil acceso. Parte del problema es que el sistema legal y el código introducido después de 2001 fueron en su mayoría de inspiración occidental, lo que dificulta que algunos afganos, en particular los de áreas rurales o sin educación formal, lo entiendan y aborden (Suhrke, 2009)

La distancia también es un obstáculo que, a su vez, agrava otros desafíos para instalar un sistema judicial fiable en Afganistán. Para acceder a un tribunal, la mayoría de afganos tiene que gastar tiempo y dinero para llegar al centro de una ciudad o distrito, para participar en un proceso burocrático confuso, costoso y lento; los tribunales gubernamentales pueden tardar años en pronunciarse sobre un caso. Sin embargo, el problema más importante ha sido la corrupción sistémica (Singh D. , 2015). La mayoría de afganos piensa que las conexiones sociales y los sobornos a menudo deciden quién gana y quién pierde. Debido a esto, muchos afganos se han basado en el clásico método de resolver disputas entre particulares, especialmente en las zonas rurales. Lamentablemente, estos mecanismos tienen deficiencias importantes. En algunas aldeas, los ancianos son vistos como árbitros justos y capaces de resolver la mayoría de las disputas, mientras que en otras, los mecanismos tradicionales pueden ser poco más que fraudes ineficaces de búsqueda de resultados pactados para los que tienen influencia y poder local, entre ellos los famosos señores de la guerra.

Por otro lado, el Estado afgano ha sido en numerosas ocasiones antagonista de los mecanismos informales, por temor a que puedan socavar la autoridad estatal. Esto, a su vez, ha limitado la aplicabilidad y legitimidad de los acuerdos de consenso entre las partes afectadas (Swenson, 2017). En la adjudicación de disputas sobre tierras y recursos en particular, numerosos afganos consideraran que los talibanes respondían mejor a las necesidades de la comunidad que el propio gobierno. Los tribunales de la Sharia han aumentado la legitimidad de los

talibanes, han socavado al Estado y les han dado una ventaja en lo que David Kilcullen denomina "la guerra por el control competitivo" (Kilcullen, 2011). En este sentido, los talibanes solo necesitan ser vistos como menos incompetentes que el gobierno, algo que han logrado ampliamente con sus tribunales dirigidos por ellos mismos y con una aplicación estricta de la Sharia; una ley que al menos es bien entendida por el ciudadano. A diferencia del sistema gubernamental, los tribunales talibanes son ampliamente accesibles en las zonas rurales, tienen procedimientos sencillos que son fáciles de seguir, tienen jueces que normalmente resuelven las disputas rápidamente y, paradójicamente, unos niveles más bajos de corrupción según la ciudadanía (Weigand, 2020).

Los talibanes descartan la Constitución afgana como referencia del sistema judicial de Afganistán, y la califican como un producto copiado de occidente e impuesto a una sociedad musulmana, en lugar de basarse en los principios del Islam (Haress, 2019). En 2020, en los territorios bajo control talibán, el grupo continuó operando un sistema judicial paralelo, sobre la base de una interpretación estricta de la Sharia (USDOS, 2020); sin embargo, también se sabe que muchos comandantes talibanes imponen castigos arbitrarios sin hacer referencia a la propia Sharia.

Para comprender la estructura judicial que proponen los talibanes es importante subrayar que la Sharia no es un código legal en el sentido occidental, sino un código moral que enfatiza la armonía social y otorga un peso significativo a las circunstancias de un caso determinado. La Sharia se basa en el Corán, hadices o dichos del profeta, otros textos islámicos, analogías y costumbres locales. Sin embargo, la interpretación y aplicación de estas fuentes se deja a los eruditos religiosos; que en este caso son los talibanes con mayor prestigio de cada zona.

Según entrevistas con funcionarios talibanes y participantes en estos tribunales, así como un análisis de algunas de sus decisiones escritas, los jueces talibanes parecen depender de una combinación de fuentes y pruebas para manejar disputas; dependiendo de la naturaleza del tema específico en cuestión

(Weigand, 2020). No obstante, es importante señalar que de los talibanes animan a los jueces talibanes a consultar el Majallat al-Ahkam al-Adliyya, la codificación del Imperio Otomano de la jurisprudencia de Hanafi, para obtener orientación sobre disputas civiles¹⁵. El majallat consolida y aclara la orientación islámica sobre contratos, agravios y algunos principios de procedimiento civil (excluyendo la ley de familia y divorcio). El desarrollo del majallat representa un punto de inflexión significativo en la evolución de la Sharia, ya que adaptó las tradiciones islámicas al Estado-nación. Esto formó la base de los primeros códigos legales en Líbano, Irak, Siria, Kuwait y Turquía, y el desarrollo legal fuertemente influenciado en Egipto, Argelia, Túnez y Marruecos (Mallat, 2007). Varios funcionarios judiciales talibanes se refirieron a la majallat como una fuente a la que consultaban con frecuencia, particularmente para resolver disputas sobre negocios, deudas, herencias y propiedad. Sobre la herencia, en particular, el resultado de la mayoría de los casos parecía ser más o menos consistente con las normas islámicas establecidas contenidas en el majallat.

Los tribunales talibanes operan en un sistema de tres niveles, reflejando la estructura de los tribunales gubernamentales de Afganistán y muy influenciado por occidente. Los tribunales primarios fijos, el primer nivel, operan en la mayoría, si no en todos, de los distritos donde existe una influencia significativa de los talibanes. Por lo general, estos tribunales se encuentran en lugares bien conocidos y escuchan reclamos uno o dos días programados por semana. Los tribunales deciden sobre cuestiones tanto de los talibanes como de las zonas controladas por el gobierno. Los tribunales de nivel provincial, el segundo nivel,

¹⁵ Al-Majallah al-Ahkam al-Adaliyyah fue el código civil del Imperio Otomano a finales del siglo XIX y principios del XX. Fue el primer intento de codificar una parte de la ley islámica del imperio otomano. El código fue elaborado por una comisión encabezada por Ahmet Cevdet Pasha, publicado en dieciséis volúmenes (que contienen 1.851 artículos) desde 1869 hasta 1876 y entró en vigor en el año 1877. En su estructura y enfoque estaba claramente influenciado por las codificaciones europeas anteriores. Cubriendo la mayoría de las áreas de derecho civil, eximió el derecho de familia, que seguía siendo un dominio del derecho religioso. La sustancia del código se basó en la tradición legal hanafi que gozaba de estatus oficial en el Imperio, expresada en forma de código europeo. Sin embargo, también incorporó otros dictámenes jurídicos que se consideraron más adecuados al momento

se ocupan de las apelaciones y los casos complejos. El tribunal provincial también puede ocuparse de casos muy politizados (por ejemplo, si un comandante talibán está implicado y los jueces locales pueden tener miedo de fallar en su contra, o ser incapaces de ser imparciales) o excesivamente complicados (por ejemplo, disputas ancestrales por unas determinadas tierras). El tercer nivel, que es el que menos se entiende de forma clara, es el tribunal de apelación final (es decir, para las apelaciones secundarias); una especie de Tribunal Supremo.

Durante el trabajo de campo en Faryab, Herat y otros lugares por la Oficina del refugiado de Noruega, los investigadores detallaron una descripción de los tribunales talibanes bastante sofisticada, y sorprendentemente consistente (Norwegian Refugee Council, 2020); en las entrevistas realizadas a los usuarios del sistema judicial talibán, la mayoría dijo estar satisfecho con la experiencia y el resultado. Los relatos de los entrevistados sugirieron firmemente que los tribunales talibanes tuvieron éxito, en parte, porque otras opciones eran comparativamente pobres y sus experiencias previas fueron muy insatisfactorias. Los entrevistados enfatizaron ampliamente algunas ventajas críticas de los tribunales talibanes. La primera fue su relativa accesibilidad, los tribunales a menudo estaban cerca y eran de fácil acceso para las posibilidades del afgano medio; los procesos eran simples y ampliamente entendidos; y la gente hizo hincapié en el grado en que todos, incluso los trabajadores del gobierno, podían llevar sus reclamos a un tribunal talibán y recibir una audiencia imparcial.

En segundo lugar, los entrevistados a menudo hablaron sobre la rapidez relativa de los tribunales talibanes. En ocasiones, hubo casos en los que imperativos militares y las políticas locales retrasaban las decisiones, pero esto no parecía tan común como en los tribunales estatales. En tercer lugar, la gente enfatizó la equidad y la relativa falta de corrupción en los tribunales talibanes; un entrevistado de Faryab dijo que en los tribunales gubernamentales, "si alguien es rico o de perfil alto será liberado. Contrariamente, si alguien es pobre, nadie

preguntará por él. En los tribunales talibanes no es así. Tanto ricos como pobres son iguales. Todos son iguales” (Norwegian Refugee Council, 2020).

La cuarta razón, y quizás la más sorprendente, es que algunos encuestados enfatizaron la importancia de la naturaleza islámica de los tribunales. El hecho de que los tribunales se basaran aparentemente en la ley islámica moldeó las percepciones del ciudadano normal. Este fundamento religioso los hizo más fiables y legítimos. Los procesos de los talibanes se basaron en normas islámicas familiares y los participantes consideraban, en su mayoría, estos procesos como racionales y apropiados. Más sorprendente aun es que las mujeres, especialmente aquellas involucradas en divorcios y casos familiares, parecían valorar particularmente la legitimidad islámica de los tribunales (Norwegian Refugee Council, 2020). En varios casos de divorcio, las sentencias de los talibanes proporcionaron cierta protección y un grado de elección que las mujeres sentían que no podían obtener por ningún otro medio. El hecho de que el divorcio se concediera "de acuerdo con la Sharia" parecía hacer que el divorcio fuera más aceptable y menos vergonzoso en la opinión de mujeres entrevistadas por la Oficina del refugiado de Noruega en comparación con un divorcio que se solicita en los tribunales estatales.

La mayoría de los afganos que se ven envueltos en un proceso judicial, en última instancia, prefieren una solución práctica, más que ideológica. Por esta razón muchos argumentan que es mejor llevar un caso a los tribunales talibanes. Paradójicamente, los talibanes, a diferencia de las autoridades estatales o tradicionales, resuelven más rápidamente y con menos burocracia los problemas de la gente común en Afganistán. Los tribunales talibanes se están generalizando cada vez más en Afganistán y son razonablemente coherentes en forma y proceso, motivo por el cual cada vez son más los ciudadanos que recurren a ellos.

Ilustración 19 se detalla las diferencias entre el sistema judicial oficial propuesto por el Estado afgano y el paralelo que se da principalmente en zonas rurales y

que también es promovido por los talibanes. En el lado oficial, promovido por el Estado se encuentra el sistema que emana de la Constitución, el cual está claramente influido por occidente y por la separación de poderes de las democracias occidentales. Este sistema, si bien es más garantista a largo plazo, y más en línea con los valores y principios de las democracias occidentales, tiene sus desventajas en el país afgano. Por un lado, los procedimientos son largos y no están al alcance de todos los ciudadanos: bien sea por su difícil acceso, por la lentitud del proceso, o por la corrupción que asola la mayor parte de la función pública en Afganistán. En el otro lado está el sistema paralelo basado en las shuras y Jirgas, asambleas con siglos de tradición en la historia del país y con un alto prestigio y satisfacción dentro de la ciudadanía afgana (the Asia Foundation, 2018). La principal ventaja de este sistema paralelo y basado en las tradiciones es su rapidez y fácil acceso para los ciudadanos de zonas rurales. Sin embargo, estos procesos se basan mucho en decisiones parciales que no siempre responden a los mismos criterios, además de estar también bajo la sombra de la corrupción. Sea como fuere, la principal debilidad del sistema judicial afgano es que el sistema patrocinado por el gobierno no llega a toda su población y, más grave aún, es que goce de poco prestigio en zonas rurales, donde se prefiere al sistema tradicional basado en la Sharia.

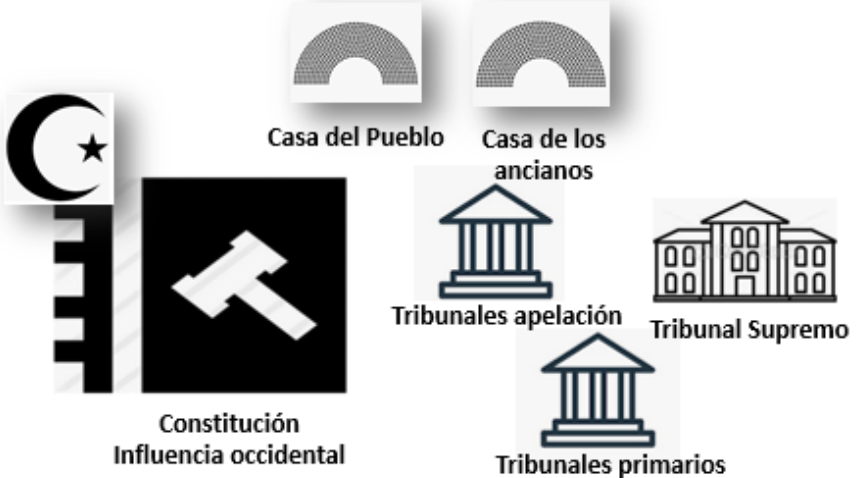

SISTEMA MODERNO	 <p>Constitución Influencia occidental</p> <p>Casa del Pueblo Casa de los ancianos</p> <p>Tribunales apelación Tribunal Supremo</p> <p>Tribunales primarios</p>	<p>Ventajas</p> <ul style="list-style-type: none"> • Sistema conforme a la ley • Derechos Humanos garantizados • Mismas normas para todos • Principios universales • Separación de poderes • Existen ciertas garantías justicia 	<p>Inconvenientes</p> <ul style="list-style-type: none"> • Tradición exclusiva occidental • Difícil comprensión ciudadano • Lentitud proceso • Burocracia • Difícil accesibilidad • Corrupción y favoritismo
SISTEMA TRADICIONAL	 <p>Corán</p> <p>Cultura islámica</p> <p>Tradición y Sharia</p> <p>Jirga: asamblea de líderes</p> <p>Shura: Consejos comunitarios</p> <p>Código Pashtunwali</p> <p>Talibanes</p>	<p>Ventajas</p> <ul style="list-style-type: none"> • Sistema conforme a la tradición país • shuras o jirgas: mayor comprensión ciudadano • Mayor alcance zonas rurales • Mayor prestigio en población 	<p>Inconvenientes</p> <ul style="list-style-type: none"> • Código Pashtunwali; exclusivo pastunes • sistemas complejos • Lentitud proceso • Juez decide sin referencias claras • Distintos códigos éticos según etnias

Ilustración 19: Diferencias de los dos sistemas judiciales en uso en Afganistán

4.1.1 El poder ejecutivo ejecutivo.

“En el nombre de Dios, Misericordioso, juro por el nombre de Dios Todopoderoso que obedeceré y protegeré la santa religión del Islam, respetaré y supervisaré la implementación de la Constitución y otras leyes, salvaguardar la independencia, soberanía nacional e integridad territorial de Afganistán y, al buscar a Dios La ayuda y el apoyo del Todopoderoso a la nación, ejerceré mis esfuerzos hacia la prosperidad y el progreso del pueblo de Afganistán ”.

Juramento constitucional del presidente de Afganistán

El juramento como presidente de Afganistán viene especificado en la Constitución e introduce que el primer compromiso del presidente es proteger la religión del islam; además de esto, en el citado juramento la palabra dios aparece en un total de tres ocasiones. Las funciones del presidente, recogidas en la Constitución, muestran la gran influencia de occidente en la redacción de la misma; de hecho, las funciones del presidente se asemejan a las de cualquier Estado occidental centralizado, en la que el presidente y sus ministros tienen un elevado poder ejecutivo. Este poder centralizado se manifiesta en un claro detrimento de las zonas rurales o periféricas que, como se ha discutido, tienen una baja o nula influencia política fuera de las elecciones generales. En el fondo, el partido ganador de las elecciones generales tiene el control ejecutivo sobre todo el país, circunstancia que, dada la fragmentación étnica de Afganistán, supone que exista también una cierta segmentación política.

El presidente tiene dos vicepresidentes, primero y segundo, que son nombrados directamente por el jefe del ejecutivo. El presidente es elegido por el pueblo afgano al recibir más del cincuenta por ciento de los votos emitidos por los votantes, mediante voto libre, secreto y directo, en lo que se conoce como elecciones generales, las cuales siempre han estado bajo la sospecha de corrupción. A pesar de todo, desde 2004 se han producido un total de cuatro

elecciones presidenciales, en las cuales el vencedor siempre ha sido de etnia pastún.

Unas de las peculiaridades de la Constitución afgana son las distintas exigencias para ser presidente de Afganistán que, en algunos casos, chocan con los requisitos occidentales. Según el artículo sesenta y dos de la Constitución, el presidente debe tener, entre otras, las siguientes calificaciones: debe ser ciudadano de Afganistán, musulmán, nacido de padres afganos y no podrá ser ciudadano de otro país; no tendrá menos de cuarenta años el día de la candidatura; no podrá haber sido condenado por crímenes de lesa humanidad, acto delictivo o privación de los derechos civiles por los tribunales; y no podrá ser elegido por más de dos mandatos como Presidente. Si estas exigencias se aplicaran en Estados Unidos, dejando a un lado el criterio religioso, Barack Obama hubiera sido descartado, al no tener los dos padres americanos. El hecho de que sea un requerimiento el ser musulmán también choca con los valores occidentales, el hecho de ser musulmán parece estar en armonía con la identidad política de la mayoría de los votantes.

La Constitución, según establece el artículo sesenta y cuatro, le concede al presidente las siguientes funciones más distintivas: determinar las líneas fundamentales de la política del país con la aprobación de la Asamblea Nacional; ser el Comandante en Jefe de las fuerzas armadas de Afganistán; declarar la guerra y la paz con el aval de la Asamblea Nacional; nombrar a los Ministros, al Fiscal General, al Jefe del Banco Central, al Director de Seguridad Nacional, así como el Jefe de la Cruz Roja con el aval de la Casa del Pueblo, y su destitución y aceptación de resignación; nombrar al Magistrado de la Corte Suprema así como a los magistrados de la Corte Suprema con el aval de la Casa del Pueblo; nombrar también a los jefes de los representantes políticos de Afganistán en los Estados extranjeros y en organizaciones internacionales. En resumen, las potestades del presidente corresponden a un sistema muy centralizado en el que son claves el presidente del ejecutivo y los ministros nombrados por él. Los ministros, a su vez designan a los jefes de distintas administraciones locales o

regionales, las cuales gestionan la administración del país. Consecuentemente, no existen gobiernos regionales o provinciales elegidos por los ciudadanos que puedan, de alguna forma, contrarrestar el poder central del Estado.

Para el control presidencial, el artículo sesenta y nueve de la Constitución dispone que el presidente sea responsable ante la Cámara del Pueblo en lo referente a acusaciones de crímenes de lesa humanidad y la traición nacional, los cuales serán exigidos por un tercio de todos los miembros de la Casa del Pueblo. Si esta demanda es aprobada por dos tercios de los Casa del Pueblo, la Casa del Pueblo convocará la Loya Jirga en el plazo de un mes. Si la Loya Jirga, por mayoría de dos tercios, aprueba la acusación, el Presidente será liberado del servicio y el asunto se remite a un tribunal especial, que será compuesto por el Presidente de la Casa de los Ancianos, tres miembros de la Casa de Personas y tres miembros de la Corte Suprema designados por la Loya Jirga.

El artículo setenta y uno establece que el Gobierno estará integrado por Ministros que actúan bajo la dirección del Presidente. El número de ministros así como sus funciones son regulados por ley y suele establecerse en torno a 25 ministerios. Referente a los requisitos para ser ministro destaca que tendrán educación superior, experiencia laboral y buena reputación. A la vez, no pueden haber sido condenado por crímenes de lesa humanidad, acto delictivo o privación de derechos civiles por un tribunal.

Los Ministros ejercen sus funciones como jefes de unidades administrativas dentro del marco legal que se apruebe. Por lo tanto, las zonas más alejadas de Kabul dependen completamente de la correspondiente unidad administrativa para tener contacto con la política del gobierno. Una unidad administrativa en la que cuyo jefe es designado por el gobierno y, lógicamente, ejerce según las indicaciones del gobierno central. En este sentido, es muy común que en regiones cuya mayoría de ciudadanos sean de etnia no pastún, bien sea hazara, uzbeca o tayika, el jefe de la respectiva administración sea de etnia pastún, en consonancia con la etnia del presidente de Afganistán. Por ello, esta excesiva centralidad de la administración afgana supone que la mayoría de las etnias no

se sientan representadas y que el poder legítimo del Estado, en la mayor parte del territorio, dependa de las elecciones presidenciales. Por ello, existe una gran precariedad de identidad nacional en Afganistán, ya que en un país tan tribal solamente se sienten representados los ciudadanos quienes su candidato étnico gana las elecciones. Este hecho supone, como lógica consecuencia, que los ciudadanos se apoyen más en poderosos líderes locales o señores de la guerra que, paradójicamente, defienden más sus intereses.

4.2 La economía en Afganistán

Anterior al 2001, Afganistán era un país extremadamente pobre y dependiente de la ayuda extranjera. Sin embargo, tras la invasión liderada por Estados Unidos se produjo un notable aumento de la actividad económica nacional, así como una importante asistencia para el desarrollo económico internacional. Esta mayor actividad supuso un mayor acceso al agua, electricidad, saneamiento, educación los servicios de salud; además hubo un crecimiento constante de los ingresos del gobierno hasta 2014. Después de recuperarse de la sequía de 2018 y crecer 3.9% en 2019, la inestabilidad política, el vencimiento de los compromisos financieros internacionales y la pandemia de COVID-19 han provocado una adversidad significativa en la economía afgana, con una contracción proyectada del 5%.

Más de dos decenios de conflicto han destruido gran parte de la limitada infraestructura de Afganistán y han interrumpido los patrones normales de actividad económica del país. Sin embargo, con la invasión americana de 2001 y hasta su retirada en 2014, la economía mejoró notablemente, mostrando fuertes signos de recuperación. Con la ayuda de la comunidad internacional, el gobierno afgano logró hasta 2014 un progreso impresionante en la reconstrucción de instituciones y la implementación de políticas macroeconómicas sólidas. Desde que se lanzó con éxito la nueva moneda en

octubre de 2002, el tipo de cambio se ha mantenido estable y la moneda afgana se ha fortalecido a lo largo de los años.

En general, a pesar de años de crecimiento económico, la situación del Afganistán sigue siendo notablemente difícil. Sus desventajas geográficas (sin litoral y montañoso), los daños causados por décadas de conflicto y la alta dependencia de la economía de la agricultura, que es extremadamente vulnerable a las condiciones climáticas adversas, contribuyen a que Afganistán sea uno de los países más pobres del mundo. Además, su situación de seguridad ha empeorado, la incertidumbre política es alta y la implementación de políticas a menudo se ha visto obstaculizada por la corrupción, una capacidad administrativa muy limitada y las grandes tensiones políticas. Mirando hacia el futuro, continuar las reformas económicas y ejercer la voluntad política para implementarlas será fundamental para promover el crecimiento sostenible y la reducción de la pobreza.

En febrero de 2013, el FMI describía las perspectivas económicas de Afganistán como ampliamente positivas; el crecimiento y la inflación del país fueron mejores de lo esperado que en 2012. En marzo de 2013, Reuters informaba que el departamento de impuestos y aduanas de Afganistán recaudó 1.640 millones de dólares en 2013, más de 14 veces lo recaudado una década antes. Los procedimientos de aplicación más estrictos del país habían llevado a que la relación entre impuestos y PIB del país alcanzara más del 11 por ciento, incluso más alta que la del vecino Paquistán. Esto significaba que, de acuerdo con la retirada de tropas de la OTAN planificada para 2014 del país y la reducción esperada de la ayuda de los donantes, Afganistán estaba avanzando hacia su objetivo de independencia aumentando sus ingresos. Sin embargo, estos ingresos iban a sufrir un notable retroceso con la salida de las tropas internacionales del suelo afgano, como se puede apreciar en la Ilustración 20, la renta per cápita del ciudadano afgano se redujo considerablemente.

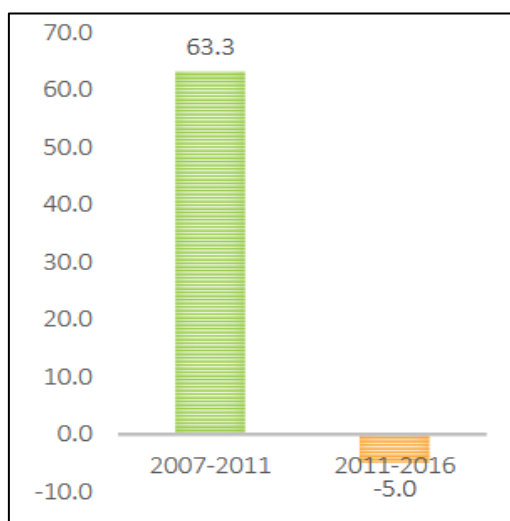
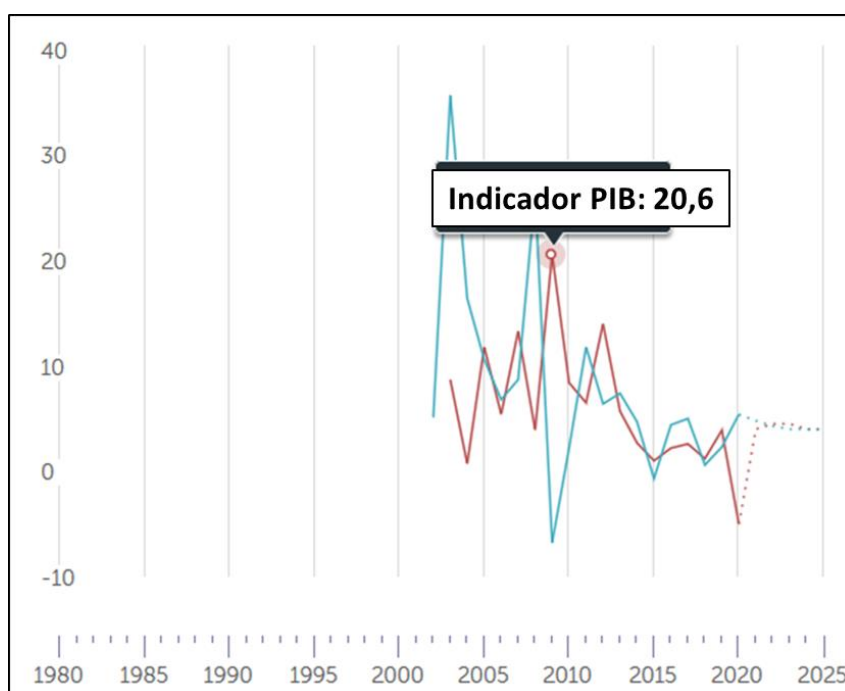


Ilustración 20: % variación renta per cápita de Afganistán 2007-2011 vs 2011-2016

La tasa de crecimiento de Afganistán se desaceleró notablemente en 2013. En general, la actividad económica se vio afectada por las incertidumbres políticas y de seguridad y la reducción de las tropas internacionales. Estas incertidumbres redujeron la confianza, desalentaron la inversión privada y frenaron la actividad económica. El crecimiento se desaceleró en dos dígitos en 2012 a un estimado de 3.6 por ciento en 2013; ver Ilustración 21, donde se aprecia un aumento del PIB del 20,6 % en 2012 con un 8% en 2013.



La actualización económica de Afganistán del Banco Mundial de abril de 2015 señaló que el crecimiento económico empezó a desacelerarse en 2014; además debido a la retirada de tropas, también se redujo por la lentitud de las reformas, que estaban reduciendo la confianza de los inversores y consumidores en la economía (FMI, 2016). Las perspectivas de crecimiento para 2015 siguieron siendo débiles, ya que se esperaba que las condiciones climáticas desfavorables para la producción agrícola y los efectos rezagados de 2014 socavarían la recuperación económica. La desaceleración económica, agravada por el aumento de las vulnerabilidades de la gobernanza y las debilidades en la aplicación de impuestos y aduanas, resultó en una disminución significativa de los ingresos internos desde 2014 (The world Bank, 2014).

En agosto de 2016, la campaña de Afganistán para limpiar millones de minas terrestres dejadas por la invasión soviética y el aumento de la violencia supuso que la economía estuviera en peligro de estancarse. La financiación internacional destinada a la remoción de minas en 2016 fue de 22 millones de dólares, una pequeña parte de los 85 millones de dólares que habían prometido las Naciones Unidas. Debido a la crisis económica en Afganistán, en octubre de 2016 en la conferencia de Bruselas, numerosos países donantes se comprometieron a aportar anualmente 3.800 millones de dólares adicionales en ayuda al desarrollo a Afganistán de 2017 a 2020.

La reducción de las fuerzas de seguridad internacionales que empezó en 2012 ha seguido teniendo un impacto negativo en el crecimiento económico, ya que una parte sustancial del comercio, especialmente en el sector de servicios, se ha ocupado de la presencia de tropas internacionales en el país. Para sostener la economía afgana, en junio de 2017, el Banco Mundial aprobó un financiamiento por valor de más de 500 millones de dólares para Afganistán con el objetivo de apoyar una serie de programas diseñados para mejorar la economía y ayudar a mejorar los servicios en cinco capitales provinciales.

En 2017, la tasa de crecimiento de Afganistán fue solo marginalmente superior a la media de 2014-2016, tal y como se puede apreciar en la Ilustración 22. La reducción de las fuerzas de seguridad internacionales que comenzó en 2012 continuó afectando negativamente el crecimiento económico, ya que una parte sustancial del comercio, especialmente en el sector de servicios, se había notablemente beneficiado de la presencia de tropas internacionales en la mayoría del país.

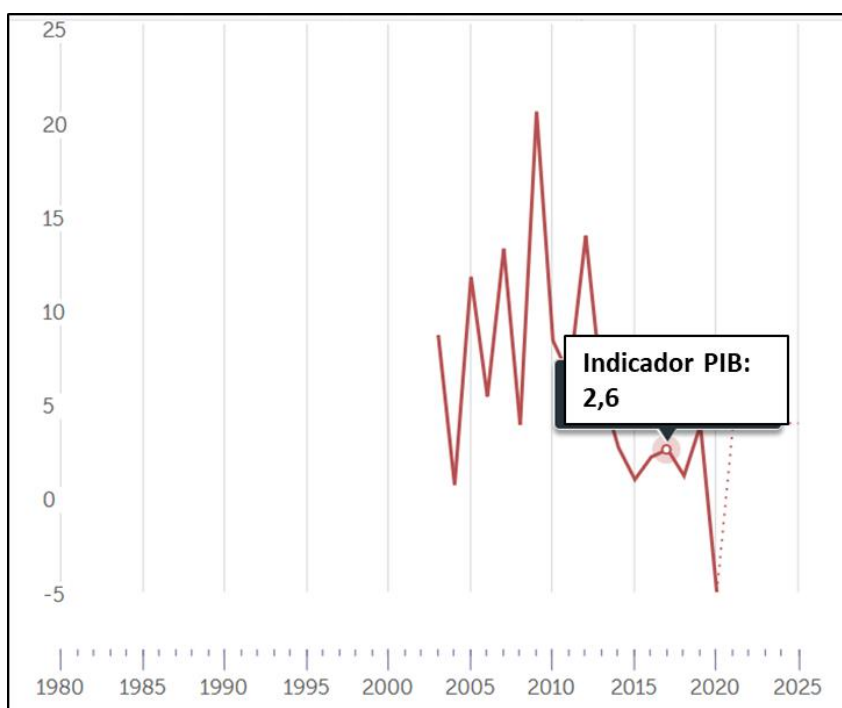


Ilustración 22: Evolución del PIB de Afganistán en 2017. Fuente FMI

En mayo de 2018, la Encuesta sobre las condiciones de vida de Afganistán (ALCS), un estudio conjunto de la Unión Europea y la Organización Central de Estadísticas de Afganistán, encontró que la tasa de pobreza nacional había aumentado al 55 por ciento en 2016-17 desde el 38 por ciento en 2011-12. La economía se había estancado y la insurgencia talibán se había extendido, lo que había supuesto que más de la mitad de la población viviera con menos de un dólar al día. Según Shubham Chaudhuri, director del Banco Mundial para Afganistán, "Las altas tasas de pobreza representan el efecto combinado del estancamiento del crecimiento económico, el aumento de las presiones

demográficas y el deterioro de la situación de seguridad" (Chaudhuri, 2019). Por otro lado, esta desaceleración económica ha ido acompañada de un deterioro de la seguridad desde 2014 y la actividad económica (medida por los nuevos registros de empresas) se ha visto afectada negativamente, tal y como se puede observar en la Ilustración 23; el número de firmas y empresas registradas ha caído considerablemente.

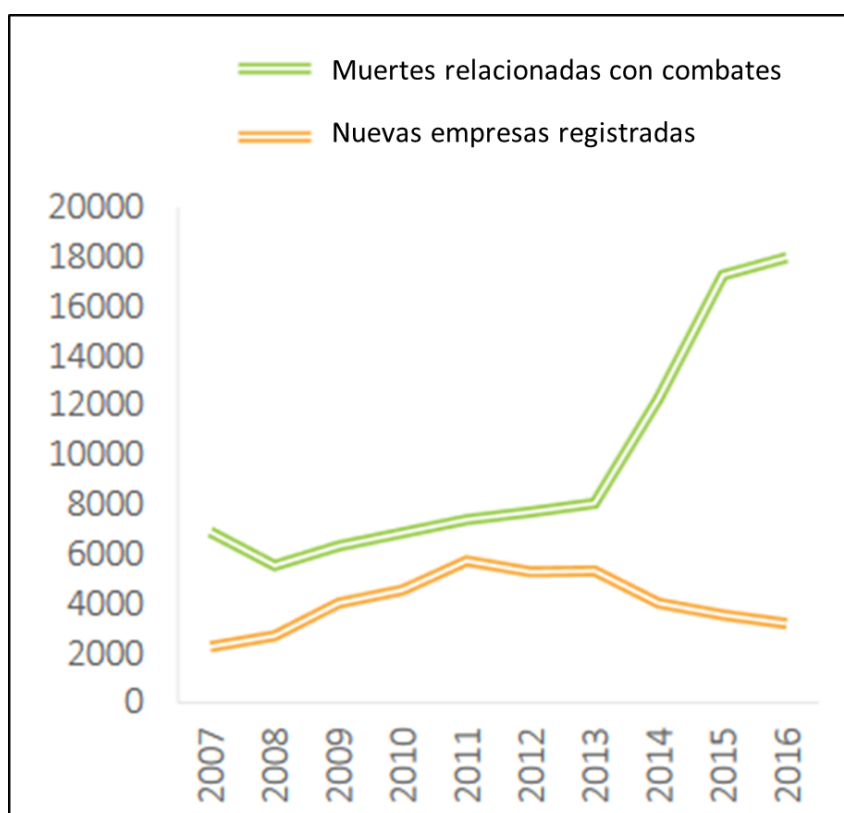


Ilustración 23: Número de empresas registradas desde 2007 hasta 2016. Fuente: Banco mundial

La Ilustración 24 muestra el PIB per cápita y el crecimiento anual del PIB entre 2007 y 2016. Entre 2007 y 2012, el PIB per cápita aumentó de 381 dólares a 691, con un crecimiento económico promedio de 11,2 por ciento anual. Por el contrario, la economía afgana creció un promedio del 2,1 por ciento entre 2013 y 2016, y el PIB per cápita en 2016 se mantuvo en 100 dólares, muy por debajo de sus niveles de 2012. Esta desaceleración económica ha ido acompañada de un deterioro de la seguridad desde 2014; por este motivo, la actividad económica se vio afectada negativamente, como se aprecia en la Ilustración 23.

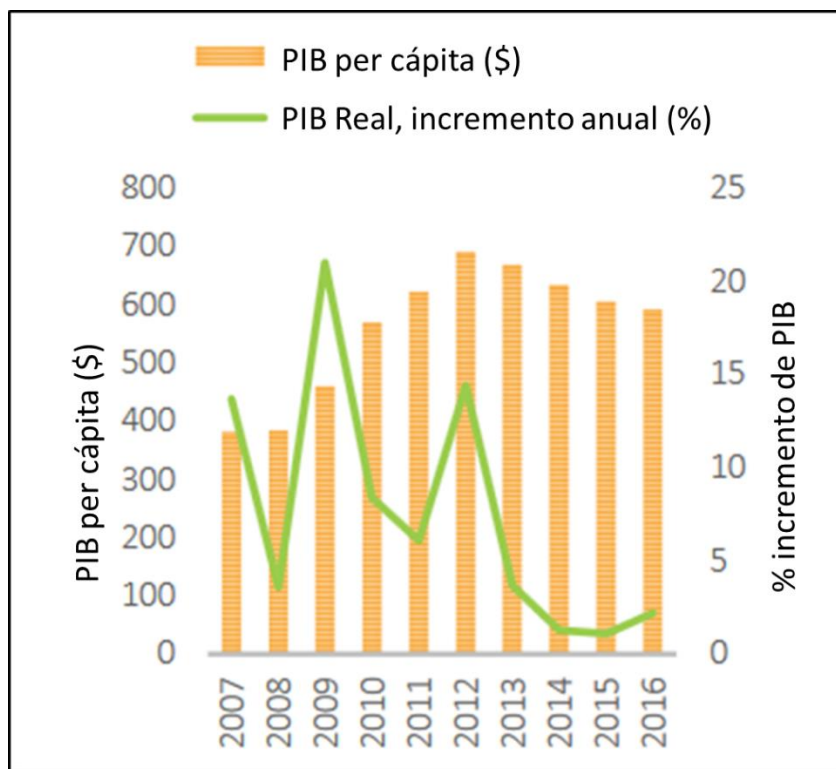


Ilustración 24: Aumento económico y per cápita 2007-2016. Fuente banco Mundial

Según datos del Banco Mundial, una severa desaceleración en el crecimiento económico de Afganistán caracterizó el período entre 2012 y 2016 (Banco Mundial, 2018). Esta fuerte desaceleración puede atribuirse a los efectos combinados de la reducción de las fuerzas militares internacionales y una fuerte caída en el gasto internacional asociado, la reducción de la ayuda y el aumento de los conflictos e inestabilidad política. Estas tendencias se reflejan en la creciente vulnerabilidad de la población afgana, ya que el deterioro generalizado del bienestar se evidencia en el fuerte aumento de las tasas de pobreza al 55% en 2016-17. Ciertamente, persisten muchas desigualdades en Afganistán, entre regiones, ciudades y zonas rurales, y afganos ricos y pobres. Las tasas de pobreza aumentaron en todas las regiones entre 2011-12 y 2016-17 y el deterioro del bienestar se experimentó en todo Afganistán (Banco Mundial, 2018).

En la Ilustración 25 se detallan las tasas de pobreza nacional, urbana y rural según el Banco Mundial. Estas tasas miden la proporción de la población cuyo

gasto mensual per cápita cae por debajo de la línea de la pobreza. A nivel nacional, estas tasas de recuento aumentaron del 34 por ciento en 2007-08 al 38 por ciento en 2011-12, seguido de un fuerte aumento al 54.5 por ciento en 2016-17. La pobreza rural sigue siendo consistentemente más alta que la pobreza urbana, aunque el deterioro del bienestar se ha generalizado en todas las áreas. Estas tendencias son consistentes con la gran contracción económica que ha experimentado el país desde 2012; como también se puede apreciar en la Ilustración 20.

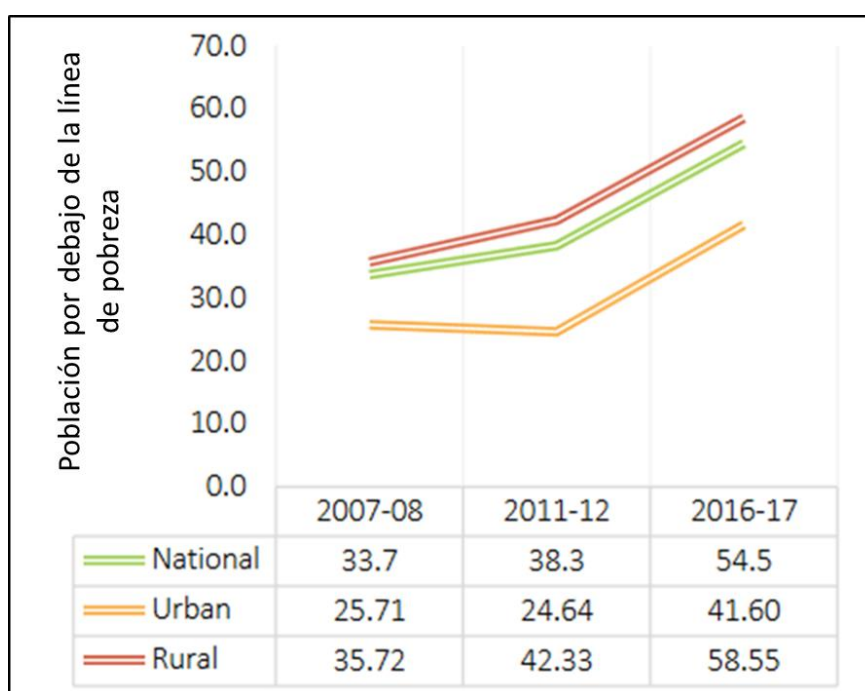


Ilustración 25: Aumento de la pobreza de 2007 hasta 2017 en Afganistán. Fuente: Banco Mundial.

Dado que el crecimiento económico supuso un enorme golpe al crecimiento de la población, el país experimentó un gran aumento en el número de personas pobres, tal y como se detalla en la Ilustración 26. En 2016-17, casi 13 millones de afganos rurales vivían por debajo del umbral de pobreza, lo que colocaba a Afganistán dentro de los cinco países más pobres del mundo. Así mismo, la pobreza urbana se generalizó, y el número de pobres urbanos se había más que duplicado desde 2007; el 18% de los pobres de Afganistán vive actualmente en áreas urbanas (Ilustración 26). El aumento de la pobreza urbana desde 2011 se concentró en Kandahar, Kabul, Herat, Balkh y Kunduz. En 2016-17, estas

provincias juntas representaron el 80 por ciento de los pobres en zonas urbanas, y Kabul por sí sola representó aproximadamente la mitad de todos los pobres que residen en ciudades. En parte, esta tendencia puede ser impulsada por los desplazados internos y los repatriados que se dirigen a los centros urbanos en busca de seguridad, empleo y servicios. Si esta tendencia continúa, es probable que aumente la presión sobre los centros urbanos en un futuro, haciéndose la situación insostenible.

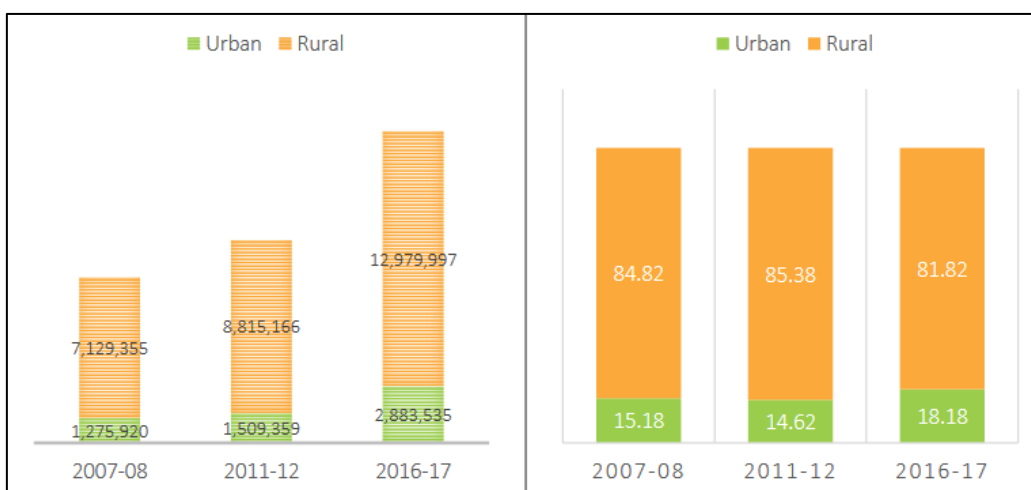


Ilustración 26: Aumento de la pobreza en Afganistán y comparación entre zona urbana y rural. Fuente: Banco Mundial.

También durante 2018, Afganistán sufrió una sequía que afectó negativamente a su sector agrícola, el pilar de su economía. El país ya tenía uno de los niveles más bajos de capacidad de almacenamiento de agua del mundo. En 2018, la sequía en el país había desplazado a cientos de miles de personas y también obligó a los agricultores a vender ganado y herramientas para sobrevivir. Muchos agricultores en general no pudieron plantar cultivos durante el 2018 debido a la sequía. Posteriormente, en un giro casi cruel del destino, el país se vio muy afectado por las inundaciones en marzo de 2019. "Las fuertes lluvias mataron al menos a 63 personas y destruyeron o dañaron más de 12.000 hogares, afectando a 119.600 personas", según la Oficina de las Naciones Unidas para la Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA).

Las perspectivas económicas de Afganistán para el futuro inmediato se han visto trastornadas por la propagación del coronavirus, que amenaza con colapsar el sistema de salud del país. Los modelos gubernamentales han advertido sobre la posibilidad de que una parte significativa de la población se infecte, especialmente si no se siguen las pautas de mitigación. En el caso de Afganistán, la actividad económica local se ha visto afectada y los bloqueos por parte de socios comerciales clave, como India y Paquistán, pueden frenar las exportaciones. También existe una clara posibilidad de que, en caso de que el coronavirus provoque un trastorno económico importante en los países donantes, la financiación de la ayuda exterior de Afganistán podría caer considerablemente.

El FMI pronostica que el crecimiento se reanude en 2021, a una tasa cercana al 4,5 por ciento. Fuera de los problemas inmediatos relacionados con el virus, el entorno de seguridad y la inestabilidad política de Afganistán siguen siendo los principales impedimentos para el desarrollo económico del país. La persistencia de los grupos militantes y el papel cada vez menor de las fuerzas de seguridad internacionales contribuyen a un alto grado de incertidumbre sobre la estabilidad futura del país. A largo plazo, la incertidumbre sobre el futuro de Afganistán seguirá preocupando a los posibles inversores extranjeros.

El Banco Mundial coloca a Afganistán en el puesto 173 en su encuesta sobre la facilidad para hacer negocios. Las debilidades estructurales están obstaculizando el progreso en el desarrollo del país. El informe SIGAR al Congreso de los Estados Unidos en enero de 2019 señaló que los marcos legales y regulatorios de Afganistán están "subdesarrollados e implementados de manera irregular". Según el mismo informe, el país enfrenta una corrupción sistémica y una falta de voluntad política para abordar la corrupción y la reforma estructural (Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction (SIGAR), 2019). Estos problemas, así como el entorno de seguridad, reducen el atractivo de Afganistán como destino de capital extranjero.

Desde la transición de Afganistán en 2014, cuando las fuerzas afganas asumieron el control de la seguridad de manos de las fuerzas internacionales, la economía afgana ha experimentado un crecimiento lento persistente: un crecimiento anual del 1,4% en 2015, 2,3% en 2016, 2,7% en 2017 y 1,0% en 2018, el nivel más lento desde 2001 (Banco Mundial, 2019). La ayuda oficial internacional, uno de los principales impulsores de este crecimiento, cayó de 6.500 millones de dólares en 2010 a 4.300 millones de dólares en 2015 y ha seguido cayendo desde entonces (Aghan Ministry of Finance , 2019).

Según las encuestas anuales realizadas por la “Asia Foundation”, en 2019, el 23,9% de los encuestados reportó un ingreso de menos de 5,000 afganis por mes; el 65.8% tiene un ingreso de 5,001-20,000afganis por mes; y el 9.0% tiene un ingreso superior a 20,000 afganis por mes. Como se puede apreciar en la Ilustración 27, el grupo de ingresos más altos ha ido creciendo a lo largo de los años, mientras que el grupo de ingresos más bajos se ha ido reduciendo constantemente. Sin embargo, el ritmo de crecimiento no es lo suficientemente alto como para reducir los grandes niveles de pobreza.

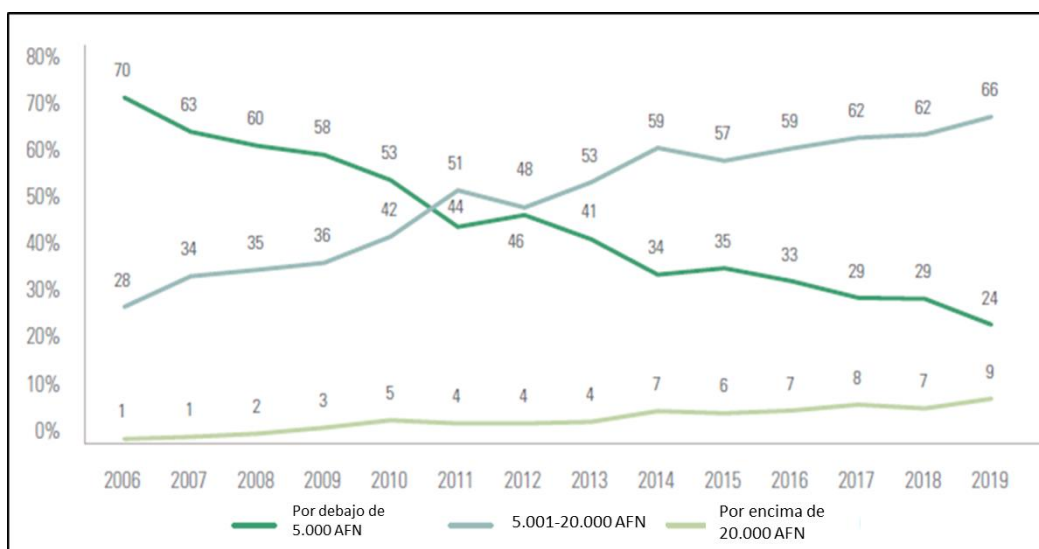


Ilustración 27: Media de ingresos afganos según la "Asea Foundation" de 2019

La pobreza se ha vuelto más profunda y generalizada debido a las condiciones de sequía, los desplazamientos internos y el bajo crecimiento económico. La mayor parte de la población pobre vive en zonas rurales afectadas por la sequía

que azota Afganistán durante años, lo que ha provocado un gran aumento del número de desplazados, que ha alcanzado un nivel récord de 298.000 personas. Aproximadamente el 54% de la población vive ahora por debajo del umbral nacional de pobreza, en comparación con el 38,3% en 2011-12. La pobreza está indisolublemente ligada a la calidad y cantidad del empleo en la economía, especialmente cuando no existe una red de seguridad social para los desempleados.

Casi una cuarta parte de la fuerza laboral está desempleada en Afganistán, y el 20,5% de los que están trabajando están subempleados (Central Statistics Organization (CSO), , 2018). El desempleo es notablemente más alto para las mujeres que para los hombres en todas las categorías de edad y niveles educativos (Anirban Dasgupta, 2019) . Entre todos los grupos de edad, los jóvenes (de 15 a 24 años) y las personas mayores (de 65 años o más) sufren niveles más altos de desempleo que otros. A pesar de la sequía que provocó una reducción de la producción agrícola y la amenaza de un aumento de los precios internos de los alimentos, la inflación se mantuvo moderada en 2018 debido a los menores precios de los alimentos y hortalizas en la mayor parte del país y al aumento de las importaciones de esos artículos (Habiburahman Sahibzada, 2019).

El actual acuerdo de reparto del poder de los partidos políticos tras las elecciones presidenciales de septiembre de 2019, así como los actuales ataques de los talibanes y las conversaciones de paz, han exponenciado la inestabilidad económica afgana. Esta inestabilidad, junto con el vencimiento de la subvención y la asistencia internacionales, pone en peligro las recientes ganancias fiscales y ha elevado el número de personas desplazadas internamente. En noviembre de 2020, Afganistán se aseguró 12.000 millones en ayuda internacional adicional para 2021-2025, gran parte de la cual está condicionada al progreso del acuerdo de paz con los talibanes. Además, Afganistán sigue experimentando la afluencia de afganos repatriados, principalmente de Irán, lo que ejerce una presión significativa sobre las instituciones económicas y de seguridad.

Al igual que sucede en la política de Afganistán, muchas de las relaciones de mercado y económicas tienen lugar entre sus comunidades étnicas, sin que estas tengan relación con el estado. El Estado, prácticamente, solamente llega a zonas cercanas de la capital Kabul. En la Ilustración 28 se puede observar que la mayoría de las relaciones económicas se dan lugar entre las distintas comunidades de Afganistán, siendo un factor muy desestabilizante la economía basada en el opio que está casi localizado en el sur de Afganistán donde los talibanes tienen un mayor control. Como se discute en el capítulo 5, esta falta de economía de mercado en Afganistán, y la falta de relaciones económicas en todo el país hace que no se fomente una identidad nacional. Aunque existen relaciones comerciales con Irán y Paquistán, el gran reto del Estado afgano es establecer un sistema económico que potencie las relaciones entre sus ciudadanos, circunstancia que también es muy compleja debido a la falta de infraestructura y de seguridad.

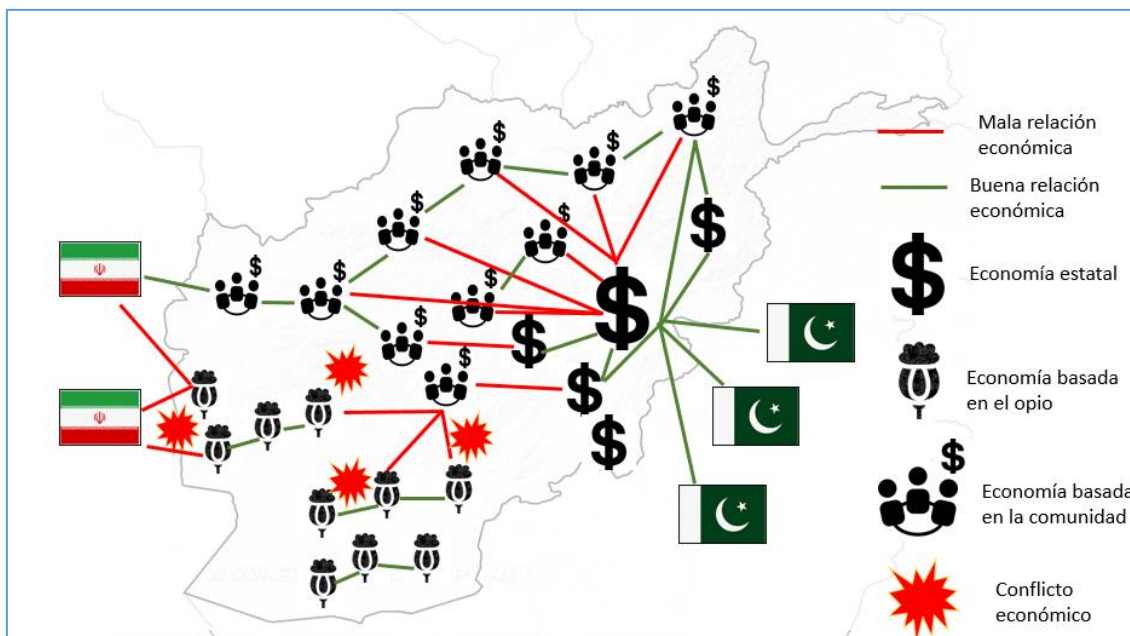


Ilustración 28: Relaciones económicas de Afganistán interpretado como un sistema de sistemas. Elaboración propia. Fuente Business insider.

Si bien el crecimiento agrícola afgano sigue siendo constante, el reciente crecimiento industrial y de servicios se ha visto enormemente afectado por los cierres comerciales debidos al COVID-19. Aunque el comercio con China se ha

expandido rápidamente en los últimos años, Afganistán sigue dependiendo en gran medida de la India y el Paquistán como socios exportadores; sus socios importadores son más diversos ahora que en el pasado. Además, Afganistán todavía lucha por hacer cumplir de manera efectiva los contratos comerciales, facilitar la recaudación de impuestos y permitir un mayor comercio internacional para las empresas nacionales.

El futuro de la economía de Afganistán dependerá de muchos factores pero los más importantes se centran en asegurar acuerdos económicos internacionales, muchos de los cuales dependen del progreso de la paz con los talibanes; continuar expandiendo la recaudación de ingresos del gobierno mediante la generación de impuestos que permita crecer a la estructura del Estado; contrarrestar la corrupción y superar los desafíos de la política nacional; y desarrollar un sector privado fuerte y seguro que pueda potenciar la economía.

4.3 La seguridad en Afganistán

En la actualidad, desde un punto de vista de la defensa nacional y la soberanía, no existen amenazas manifiestas a la seguridad nacional de Afganistán. Sin embargo, las relaciones con otros Estados y distintos imperios han tenido una profunda influencia en el desarrollo de la historia de Afganistán. En 1979, la Unión Soviética invadió Afganistán, poniendo en marcha una cadena de acontecimientos que han sido claves en la configuración del Estado moderno; quizás esta invasión haya sido la que más haya modelado la situación actual de Afganistán. Entre otros países, Paquistán, Arabia Saudita y Estados Unidos respaldaron a un grupo de combatientes de la resistencia, conocidos generalmente como muyahidín, quienes, después de una década de lucha, expulsaron a las fuerzas soviéticas del país.

Posterior a la invasión soviética, siguieron intensas luchas internas, ya que los grupos indígenas lucharon entre sí para llenar el vacío de poder dejado por las

superpotencias para hacerse con el control de político de Afganistán. En 1996, los talibanes, en su mayoría pastunes de una marca altamente ortodoxa del Islam sunita, habían extendido un gobierno efectivo sobre la mayor parte del país. A pesar de sus éxitos militares, sólo un conjunto de países, incluidos Paquistán, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos, reconocieron la legitimidad de los talibanes (Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos retiraron su apoyo después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos).

Como ya se ha descrito en el capítulo 2, después de que el gobierno talibán se negara a entregar al líder terrorista Osama ben Laden a raíz de los ataques de al-Qaeda el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos invadió Afganistán. El liderazgo talibán perdió rápidamente el control del país y se trasladó al sur de Afganistán y al otro lado de la frontera con Paquistán. A partir de ahí, han librado una insurgencia contra el gobierno respaldado por Occidente de Kabul, especialmente contra las tropas de la coalición internacional y las fuerzas de seguridad nacionales afganas.

Después de casi dos décadas de guerra, y en su quinto año de ser responsable de asegurar el país, las Fuerzas de Seguridad de Afganistán (ANDSF, por sus siglas en inglés) siguen enfrentándose a importantes desafíos para controlar el territorio y defender los centros de población, mientras que los talibanes siguen disputando distritos y llevando a cabo ataques suicidas en las principales ciudades. En 2019, solo el 53,8 por ciento de los distritos afganos estaban bajo control o influencia del gobierno; el 33,9 por ciento en disputa; y el 12,3 por ciento restante bajo control o influencia de los talibanes (Global Conflict Tracker, 2021). La ANDSF sigue sufriendo numerosas bajas y, aunque las fuerzas armadas estadounidenses han clasificado las cifras reales, los altos funcionarios afganos estiman que durante varios meses de 2018 morían entre treinta y cuarenta miembros de la ANDSF al día. 2018 también registró un número récord con 10.993 víctimas civiles, y la ONU documentó 3.804 muertes y 7.189 heridos (UNAMA, 2019). Aunque en 2019 se registró un ligero descenso, con 3.403

civiles muertos y 6.989 heridos, las bajas civiles superaron las 10.000 por sexto año consecutivo; con lo que se elevó el total de víctimas civiles documentadas por la ONU desde 2010 a más de 100.000 personas.

En la Ilustración 29 se puede observar que el gobierno de Afganistán nunca ha tenido un control sobre la mayor parte del territorio de Afganistán, ni tampoco sobre su población (Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction , 2019). En los últimos cinco años apenas ha conseguido controlar dos tercios de país afgano, lo que representa la falta de seguridad en Afganistán. Es llamativo que más de un diez por ciento del territorio afgano esté controlado por insurgentes, especialmente liderados por talibanes y Al Qaeda. Estas zonas se caracterizan por ser un amplio territorio en el que se cultivan drogas, especialmente opio y en donde predomina la aplicación del fundamentalismo islámico.

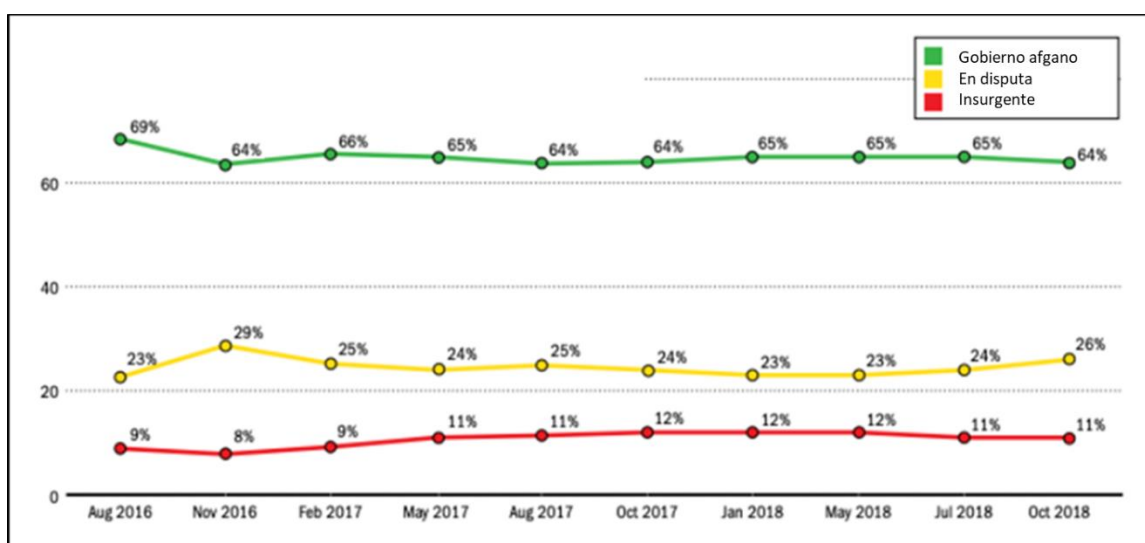


Ilustración 29: Control de la población o influencia en los últimos años. Fuente SIGAR

Además de un bastión en la provincia sureña de Helmand, de importancia estratégica, los talibanes controlan o disputan territorios en casi todas las provincias de afganistán y siguen amenazando a varias capitales de provincia en todo el país. En mayo de 2018, los talibanes tomaron brevemente la capital de la provincia de Farah, y en agosto de 2018 capturaron la capital de la provincia de Ghazni, y mantuvieron la ciudad durante casi una semana antes de que las

tropas estadounidenses y afganas recuperaran el control. Además del aumento de tropas estadounidenses en 2017 y las misiones de combate, el ejército estadounidense cambió su estrategia para incluir el objetivo de las fuentes de ingresos de los talibanes, así como de los combatientes, llevando a cabo una campaña aérea contra laboratorios de drogas y sitios de producción de opio. Después de más de doscientos ataques aéreos contra las redes de transporte y producción de drogas de los talibanes, la campaña finalizó a finales de 2018, cuando la administración de Trump comenzó las negociaciones con los talibanes (Hennigan, 2019).

El ejército Estadounidense comenzó a atacar las instalaciones de narcóticos de los talibanes con ataques aéreos y redadas de Operaciones Especiales en noviembre de 2017, cuando la producción de opio saltó a niveles récord en Afganistán. En ese momento, los comandantes estadounidenses estimaron que los talibanes operaban hasta 500 laboratorios de drogas, lo que ayudó a financiar la insurgencia de casi dos décadas.

Desde entonces, aviones de guerra Estadounidenses y afganos han lanzado más de 200 ataques destinados a inhabilitar las redes de producción, procesamiento, comercio y transporte de narcóticos de los talibanes. Sin embargo, el tráfico de drogas ha prosperado y no se ha conseguido reducir. Debido a que los ataques aéreos no eran efectivos, estos fueron disminuyendo hasta suprimirse. Solo se llevaron a cabo dos ataques aéreos en los últimos tres meses de 2018, que marcaron el final de la campaña, según el último informe del SIGAR.

En total, la campaña aérea apenas afectó al negocio de la droga. Los ataques negaron a los talibanes una estimación de 42 millones de dólares, mientras negaban alrededor de 200 millones a "aquellos involucrados en el tráfico ilegal de drogas en Afganistán" (SIGAG 49th Quarterly Report , 2020). Sin embargo, el organismo de control del gobierno de EE. UU argumenta que es difícil determinar el impacto financiero con certeza porque "no se lleva a cabo ninguna

verificación terrestre para pesar y evaluar las cantidades de los productos realmente destruidos mediante un ataque aéreo".

Mientras tanto, la producción de opio en Afganistán alcanzó niveles récord en los últimos dos años. La ONU informó de 1.015 millas cuadradas de cultivo neto de la "amapola" en 2018, lo que resultó en 6.400 toneladas de producción de opio. Esa cifra supone más del doble que cuando Estados Unidos invadió Afganistán en 2001. El tráfico de narcóticos es tan generalizado que incluso funcionarios afganos y autoridades provinciales a menudo controlan las redes de drogas en las regiones occidental, suroeste y norte del país, según el SIGAG (SIGAG 49th Quarterly Report , 2020).

En la Ilustración 30 se detalla la plantación de opio en Afganistán, así como su evolución a lo largo de los años (datos de la Oficina de las Naciones Unidas contra las drogas y el crimen, UNODC por sus siglas en inglés). En comparación con el año 2000-2001 la producción es más o menos 4 veces superior. La superficie total de cultivo de opio en Afganistán se estimó en 263.000 (242.000 - 283.000) hectáreas en 2018, una disminución del 20% en comparación con el año anterior. Es la segunda medida más alta desde el comienzo del monitoreo de Naciones Unidas y del registro de la adormidera de 1994. El nivel de 2018 supera el tercer nivel más alto de 2014 en un 17% (UNODC, 2018). La mayor parte del cultivo de adormidera se realizó en la región sur (69%), seguida de la región occidental (12%). Las regiones del Este y del Norte representaron el 8% y el 7% del cultivo total, respectivamente. Las regiones nororiental y central juntas representaron el 4% del cultivo total. Esta distribución pone de manifiesto que las zonas con menos control gubernamental fueron aquellas con mayor plantación del opio, como se puede apreciar en la Ilustración 31.

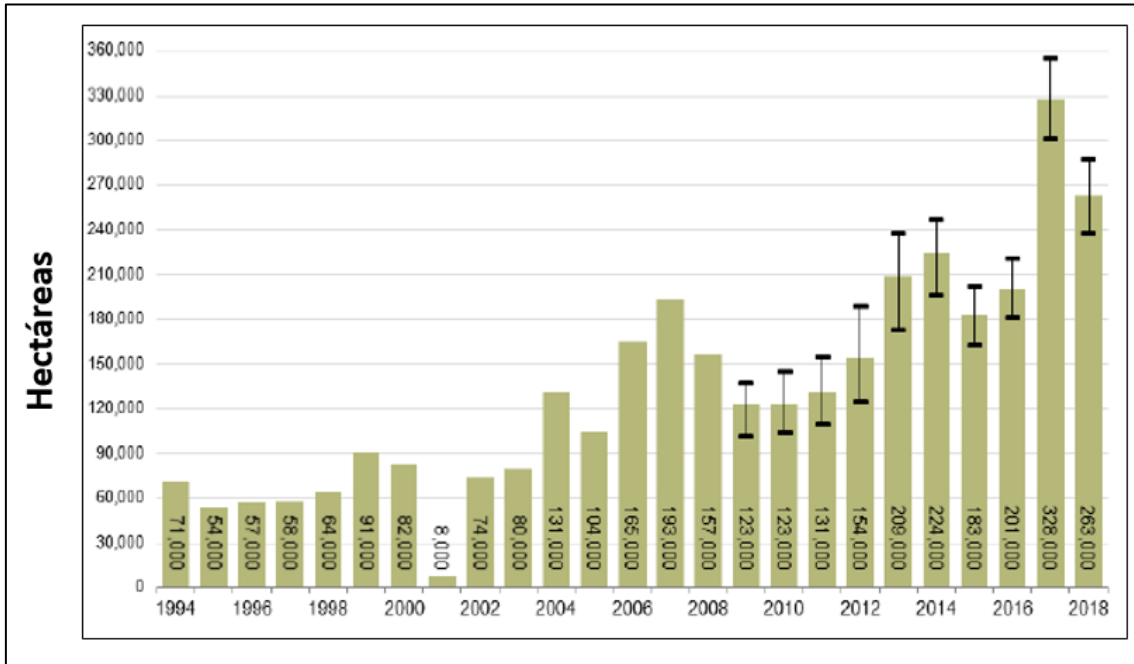


Ilustración 30: evolución del número de hectáreas de opio plantadas en Afganistán. Fuente UNODC

Durante muchos años, el “jarabe de opio” derivado de los vastos campos de amapola del Afganistán se introdujo de contrabando en otros países para transformarlo en heroína o morfina. Ahora, gran parte de ese refinamiento tiene lugar en instalaciones rudimentarias en Afganistán. Los talibanes, antes de ser derrocados por Estados Unidos en 2001, se apoderaron del mercado de las drogas. Se estima que el tráfico de opio representa el 65% de los ingresos de los talibanes, según funcionarios Estadounidenses (SIGAG 49th Quarterly Report , 2020).

Gran parte de los centros de expansión en el sur de la provincia de Helmand, donde prospera la producción de opio y la insurgencia talibán. La ONU encontró que los talibanes se habían aprovechado considerablemente de "la cadena de suministro en cada etapa del comercio de narcóticos" al cobrar un impuesto del 10% sobre el cultivo de opio de los agricultores y actuar como "los principales garantes del tráfico de opio crudo y heroína fuera de Afganistán" (UNODC, 2018). Esta distribución del opio y la financiación a través de él por parte de los talibanes, no hacen más que confirmar la falta de control del gobierno afgano en la seguridad del país.

En la Ilustración 31 se detalla el control de los distintos distritos de Afganistán por parte del gobierno y de los talibanes. En gris claro las zonas de control del gobierno, que apenas suponen 133 distritos de los 395 del total, lo que viene a ser un tercio de los distritos totales del país. En rojo son las zonas en las que no hay un claro “ganador” por el control del distrito. Con más de 187 distritos en disputa (FDD’s long war journal, 2021), supone que casi 14 millones de afganos viven en una zona sin un control efectivo de la administración y, lo más grave, bajo un nivel de seguridad despreciable.

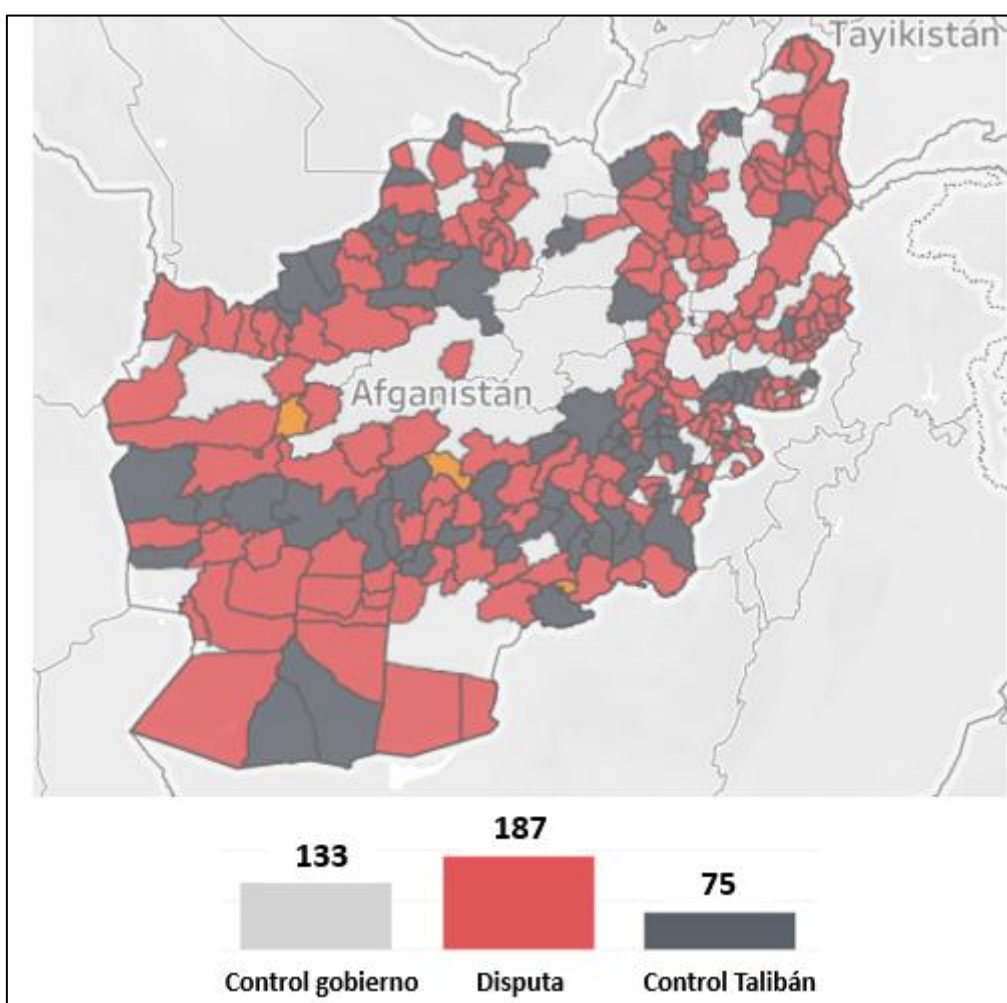


Ilustración 31: control de distritos en Afganistán. Fuente: FDD’s long war journal

Si bien los talibanes han cooperado con redes delictivas en Afganistán desde 1990, su participación en actividades delictivas, incluido el tráfico de estupefacientes, la minería ilícita, la complicidad con las "mafias del transporte"

y el secuestro bajo rescates, han aumentado en los últimos años. La escala y coordinación de esta cooperación con redes mafiosas no es nueva y se basa en décadas de relación entre los talibanes y otros actores involucrados en conductas delictivas. En ocasiones, los talibanes han intentado generar recursos directamente actuando como un organismo criminal. En otras ocasiones, han obtenido ingresos de redes delictivas o en cooperación con ellas. Esta tendencia tiene consecuencias reales para la paz y la seguridad en el Afganistán, ya que alienta a aquellos dentro del movimiento talibán que tienen los mayores incentivos económicos a oponerse a cualquier proceso significativo de reconciliación con el nuevo gobierno. Resulta mucho más rentable y eficaz establecer contactos y operar con los talibanes que con el gobierno de Afganistán.

Desde 2001, los talibanes han desarrollado un sistema complejo, sólido y multifacético para la generación de activos en Afganistán y en la región. Cada vez más actúan más como "padrinos" que como un "gobierno a la espera". En consecuencia, los talibanes ya no dependen de una única corriente financiera para financiar sus actividades. Además de esto, las donaciones de benefactores fuera de Afganistán continúan desempeñando un papel en las finanzas los talibanes (Naciones Unidas, 2015). Dentro de Afganistán, los talibanes generan activos de una multitud de fuentes. Lo hacen mediante el cultivo de adormidera y la producción y transporte de estupefacientes, así como mediante la inversión en empresas, la participación en operaciones de blanqueo de capitales, el secuestro bajo rescate, la extorsión de empresas afganas, la explotación ilegal de recursos naturales y la participación en otras operaciones delictivas (UNODC, 2018).

Los talibanes mantienen una estrecha relación de larga duración con la economía ilegal de narcóticos en Afganistán. Ya durante el surgimiento del movimiento talibán a principios de la década de 1990, los observadores internacionales notaron un aumento repentino y abrupto de los activos a disposición de los talibanes y especularon sobre su origen. Muchos asumieron

que el aumento de activos se debió únicamente a un aumento en las donaciones de donantes privados con sede en los países del Golfo. Otros argumentaron que los activos fueron generados por una “mafia de camiones” controlada por los talibanes en Afganistán. Por último, los más críticos de los talibanes acusaron a las partes interesadas regionales y mundiales de financiar directamente a los talibanes. Desde entonces, se han publicado informes de líderes talibanes anteriores y actuales que aclaran la situación. Estas biografías demuestran claramente que, desde el principio, el movimiento talibán recibió financiación crucial a través de cárteles de narcóticos encabezados por tres miembros de la tribu Noorzai: Hajji Bashar Noorzai, Hajji Birgit y Hafizullah Khan (Gall, 2014). La financiación de Hajji Bashar Noorzai fue crucial para el movimiento y Noorzai siguió siendo un importante asesor del Mullah Omar, que figuraba como Mohammed Omar Ghulam Nabi hasta el final del régimen (Risen, 2007).

Muchos interlocutores afganos han alegado que los principales miembros de los talibanes acumularon arsenales masivos de las cosechas de 1999 y 2000 y los vendieron con una ganancia significativa en 2001, lo que les valió para financiar la resistencia talibán contra la invasión americana. El tráfico de opio y heroína fuera del Afganistán aumenta significativamente el valor de las drogas y, por lo tanto, es fundamental para la generación de activos dentro de la economía de los narcóticos ilegales. De esto también se benefician los talibanes. Según funcionarios afganos, los talibanes son uno de los principales garantes del tráfico de opio crudo y heroína desde Afganistán (Mansfield, 2014). A pesar de que el opio y el tráfico de drogas es un recurso muy beneficioso para la financiación de los talibanes, éste no es el único. En los últimos años, especialmente desde 2014, la extracción de minerales y de recursos naturales también se ha convertido en una actividad con grandes beneficios para los talibanes.

La explotación de los recursos naturales es esencial para el futuro económico del Afganistán. En el discurso de inauguración que pronunció el 29 de septiembre de 2014, el presidente de Afganistán, Ashraf Ghani Ahmadzai, destacó que "la importante ubicación de las aguas, los recursos naturales y humanos del país

provocarán un profundo cambio económico en el país". Este tema ha generado una cantidad significativa de literatura de una amplia gama de organizaciones (Blankenship, 2013)¹⁶. Una cantidad creciente de artículos sobre el asunto también ha examinado el asunto relativo a la gobernanza dentro de Afganistán y la explotación de los recursos naturales (Wilton Park, 2014). Según las Naciones Unidas, todo indica que la penetración de los talibanes en el sector de recursos naturales es bastante profunda y la extorsión en ese sector es bastante generalizada; los talibanes amenazan regularmente a las empresas mineras y extractivas en todo el país.

En el sector de la extracción, existen tres formas principales de participación de los talibanes. En la primera, los talibanes parecen estar directamente involucrados en la extracción de recursos naturales en el país. En la segunda, los talibanes extorsionan o tratan de extorsionar activos de operaciones mineras autorizadas y no autorizadas por el gobierno. En la tercera, los talibanes actúan como "proveedores de servicios" para operaciones mineras sin licencia en el país (UNODC, 2018). En todos los casos, los talibanes generan el máximo beneficio.

Para poder operar de esta manera, los talibanes necesitan tener un control directo y sostenido sobre el territorio en el que se ubican las minas, así como las rutas por las que se pueden suministrar los materiales explosivos para las minas y a través de las cuales los minerales se pueden sacar del país por medio de contrabando. A pesar de no poder controlar el territorio donde se encuentran estos recursos, los talibanes también se benefician de la extracción de recursos naturales, piedras preciosas y semipreciosas. En estas áreas, se puede observar el segundo tipo de participación de los talibanes; extorsionan activos de las

¹⁶ Por ejemplo: Oli Brown and Erin Blankenship, *Natural Resource Management and Peacebuilding in Afghanistan* (United Nations Environment Programme, May 2013); Renard Sexton, *Natural Resources and Conflict in Afghanistan: Seven Case Studies, Major Trends and Implications for the Transition* (Afghanistan Watch, July 2012); Abdul Ghafar Rassin, *A Comprehensive Study of Marble Industry in Afghanistan* (Afghanistan Investment Support Agency, Kabul, April 2012); Melissa Skorka, "Afghanistan's untold success story", *Foreign Policy*, 22 October 2013; and Mining Communication Ltd. "*Mining Journal Special Publication Afghanistan*", London 2006.

operaciones mineras utilizando su capacidad para crear inseguridad e infligir violencia dirigida a empresas y partes interesadas del sector privado. Un ejemplo de esta forma de proceder es la situación que rodea a las minas de lapislázuli en el distrito de Kuran wa Munjan en la provincia de Badakhshan. Este distrito meridional de Badakhshan no tiene ningún significado militar o político particular para el movimiento talibán. Según datos oficiales del Gobierno de Afganistán, la población del distrito es casi 100% tayika, lo que indica que el distrito puede considerarse un bastión de las fuerzas que se oponen a los talibanes. Sin embargo, los esfuerzos militares regulares y sostenidos de los talibanes para mantener el control de las carreteras que dan acceso a las minas de lapislázuli en 2013 y 2014 han supuesto que la mina sea controlada por los talibanes (Bober, 2016). Según especialistas del sector consultados por Naciones Unidas en Kabul en noviembre de 2014, los talibanes extorsionan anualmente alrededor de 1 millón de dólares a empresarios que desean explotar las minas de Kuran wa Munjan. Estos empresarios están dispuestos a pagar esta cantidad a cambio de que se les permita extraer minerales sin temor a los ataques de los talibanes. En cierta manera, al igual que las mafias, los talibanes son los que proporcionan la seguridad, no el gobierno, y requieren un pago por ello.

Aunque actualmente no hay datos oficiales disponibles del gobierno sobre la cantidad de lapislázuli extraído por año, los especialistas de la industria asumen que el total es de entre 200 y 300 camiones por año. En consecuencia, una estimación sugiere que los talibanes pueden ganar una cifra entre 240,000-360,000 dólares por año de las operaciones de transporte (Wilton Park, 2014). Otra forma de participación de los talibanes en el sector extractivo del Afganistán, los grupos talibanes locales actúan como cuasi "proveedores de servicios" para las operaciones mineras sin licencia. Por ejemplo, existen operaciones de extracción de rubíes sin licencia en Jagdalak, provincia de Kabul. Aquí, los talibanes parecen actuar como facilitadores de las operaciones mineras, proporcionando "seguridad" al impedir que las fuerzas gubernamentales tomen el control del área que rodea las minas. Para este "servicio", los talibanes exigen alrededor del 15% de los ingresos de las diversas operaciones mineras

(Shaheed, 2020). En cierto modo, los talibanes o bien realizan las operaciones de minado para la extracción de recursos naturales, o bien realizan las operaciones de transporte o, como última vía, proporcionan la seguridad requerida como si de un Estado se tratase.

Estas situaciones de descontrol en el gobierno provocan una sensación de inseguridad muy grande no sólo en la población afgana, sino también en países y empresas extranjeras que deseen invertir en Afganistán. La incertidumbre en torno al futuro de la asistencia de los posibles donantes internacionales ha afectado a la economía afgana. Si bien Estados Unidos y sus aliados se han comprometido a ofrecer apoyo a Kabul, la transición a una economía en tiempos de paz corre el riesgo de desestabilizar aún más a la sociedad afgana al incrementarse el déficit presupuestario y aumentar las tasas de desempleo. Esta desestabilización se ve aún más agravada con los distintos conflictos étnicos del país, que datan de varios siglos de antigüedad.

4.4 Etnia e identidad.

En las últimas décadas, se ha prestado mucha atención a ciertas identidades colectivas, basadas en ciertas particularidades como la raza, etnia, nacionalidad, religión, género, sexualidad, etc. Existen numerosos artículos, libros, ensayos, estudios, tesis y literatura en general que estudian el fenómeno de las identidades y sus efectos en las distintas sociedades en todo el mundo. Este tipo de identidades colectivas normalmente buscan el reconocimiento por la sociedad y el respeto hacia una forma de pensar y vivir de un grupo de personas a las que se les puede llamar comunidad. Estas comunidades tienen unas determinadas características que la diferencian de otras comunidades; por lo tanto, son únicas y genuinas.

Cuando comunidades muy grandes de individuos comparten ciertas características comunes, como la religión, la cultura o la lengua, se forma lo que

se ha definido en el marco teórico como civilización. La historia humana es la historia de las civilizaciones. Huntington argumenta que es imposible pensar la evolución de la humanidad sin tener en cuenta a las distintas civilizaciones que han existido a lo largo de la historia. La trama de la historia se puede explicar a través de “sucesivas generaciones de civilizaciones: desde las antiguas sumeria y egipcia a la clásica y mesoamericana, a la occidental e islámica, y a través de las manifestaciones sucesivas de las civilizaciones china e hindú. A lo largo de la historia, las civilizaciones han proporcionado a las personas sus identidades más amplias” (Huntington, 1993). La civilización romana, por ejemplo, es clave para poder entender la Europa actual, como también lo es la civilización japonesa para entender la historia de Asia. Las causas, y las influencias de las civilizaciones son claves para entender las identidades de las distintas zonas del mundo; entre ellas Afganistán.

La identidad de un individuo es un proceso complejo que se desarrolla durante toda la vida; como diría el filósofo Heráclito es un proceso en constante evolución. Aunque es improbable que una identidad de un giro de 180 grados, existen casos que así lo atestiguan. Por ejemplo, en el caso de los nacionalismos excluyentes, existen individuos que han pasado de un bando al otro y viceversa. Políticos de cierta fama han posado con banderas que representan identidades opuestas, y ciudadanos de un origen determinado evolucionan hacia una identidad totalmente opuesta a la del origen inicial. Esto no hace más que confirmar que la identidad de una persona es un proceso, como se argumentaba al principio, en constante evolución que está sujeta a ciertos cambios que, en la mayoría de los casos, el propio individuo no es el que decide, pues existen acontecimientos y fuerzas externas que no puede controlar. La identidad de una persona, por lo tanto, está muy influenciada del entorno en el que desarrolla su día a día. La identidad es, en cierta manera, un fenómeno social.

En Afganistán, como en cualquier parte del mundo, cada individuo se define a sí mismo con un conjunto de identidades personales que reflejan sus relaciones, profesión, género, raza, etnia, lugar de nacimiento, etc. (Smith, 1996). Gilles

Dorrnsoro analizó las distintas características de los grupos étnicos de Afganistán. Dorronsoro argumenta que “en Afganistán, la identidad de cada individuo se define por una serie de afiliaciones como ser miembro de la comunidad islámica, miembro de un grupo local y miembro de su familia” (Dorrnsoro, 2005). Debido a la fragmentación geográfica de Afganistán y, especialmente, a la debilidad del Estado, este tipo de relaciones se dan con elevada frecuencia, lo que estimula este tipo de identidades en la que la comunidad y la familia tienen una influencia dominante y en el que el Estado pasa a un segundo plano. La identidad de un ciudadano afgano está influenciada por factores familiares y de sus relaciones sociales más próximas pero no del estado central de Kabul.

Debido a las particularidades históricas, sociales y culturales de Afganistán, los miembros de los grupos étnicos tienen un gran sentido de pertenencia a su grupo respectivo, sin ningún deber o compromiso con el Estado afgano. Consecuentemente, a menudo, sus identidades se potencian creando lazos comunes y definiendo sus relaciones con otras personas que pertenecen al mismo grupo (Friese, 2002). Estos lazos comunes se amplifican a medida que existe una mayor conexión social y una dependencia entre ellos en la que el Estado central no es capaz de interferir. Las necesidades diarias de las personas que forman el grupo las soluciona el propio grupo, y no el Estado. Sobre esta idea de pertenencia grupal, hay una sensación de igualdad con las personas que forman ese determinado grupo, y una sensación de desigualdad o de sentimiento exógeno con aquellos que están fuera de sus límites imaginarios (Friese, 2002). Por lo tanto, este sentimiento de pertenencia y de identidad grupal hace que se formen grupos sectarios que no tienen apenas relación con el Estado central, lo que perjudica a la identidad de Afganistán como país y que, por otro lado, potencia el sectarismo basado en identidades étnicas. El Estado como agente exógeno no tiene apenas influencia en la identidad del ciudadano afgano.

Si bien cada uno de estos grupos étnicos se identifica a sí mismo de una forma particular, como argumenta Akeel Bilgrami, su sentido de identidad propia no

está necesariamente ligado con la percepción que otros individuos externos u otros grupos étnicos tienen de ese grupo en particular (Bilgrami, 2006). En ocasiones, debido a esta perfección distinta de una misma identidad, la objetividad y la subjetividad se contradicen. En este sentido, existen muchos aspectos de las identidades étnicas en Afganistán que pueden servir de ejemplo para comprender la contradicción entre una identidad subjetiva y una objetiva. Cada grupo étnico tiene una propia narrativa genealógica sobre el origen de su grupo, que es una percepción subjetiva, la cual proporciona una cierta identidad a ese grupo. Por ejemplo, Anwar-ul Haq Ahady argumenta que los pastunes de Afganistán y Paquistán afirman tener un antepasado común, conocido como Abdul Rashid Qais; tienen un código social compartido, el pastunwali, que define sus deberes y responsabilidades, además de una lengua común: el Pastún (Ahady, 1995). Este antepasado común les proporciona una identidad particular, ya que afirman firmemente ser la población indígena y genuina de Afganistán. Al verse a sí mismos como población indígena, definen a otros grupos étnicos como personas que comenzaron a residir en Afganistán en diferentes épocas de la historia, pero que ciertamente llegaron después de su comunidad pastún. Por el contrario, los otros grupos étnicos rechazan la afirmación de que los pastunes sean la población indígena originaria de Afganistán. Esta identidad de ser los “verdaderos” ciudadanos afganos ha supuesto que tengan cierta propensión para controlar la política del país. Además, esa identidad subjetiva de ser la población genuina de Afganistán se convierte en una identidad política, pues para ellos, el hecho de ser “los genuinos” les proporciona legitimidad para dirigir el país. La identidad del grupo se convierte en una identidad política que busca unos determinados objetivos políticos para su grupo identitario.

Al igual que argumentan los pastunes, otros grupos étnicos afganos manifiestan su propia genealogía al afirmar ser los verdaderos pueblos indígenas de Afganistán. Por ejemplo, algunos tayikos enfatizan acerca del cambio de la identidad afgana a la identidad khorasani para todos los grupos étnicos de Afganistán (Kamjo, 2007). Otro ejemplo parecido se da con la comunidad hazara; algunos hazaras creen que no pertenecen al grupo étnico turco mongol, como

afirman los pastunes, sino que son descendientes del Imperio Kushani que construyeron las estatuas de Buda en la provincia de Bamyan en el año 350 d. C. Más recientemente, algunos hazaras han argumentado que, según el libro de Zoroastro Avesta, son el pueblo indígena de Afganistán (Keyani, 2011)

Además de lo anterior, existen numerosas percepciones subjetivas por parte de todos los grupos étnicos de Afganistán; sin embargo, algunas de estas percepciones subjetivas son un elemento clave en la identidad de una nación determinada. De hecho, algunos académicos sostienen que un mito genealógico existente para un grupo étnico no es un fenómeno inusual, pero es necesario para que una nación y un grupo étnico sobrevivan como comunidad a lo largo de los años (Mayall, 1992). Efectivamente, en occidente también existen mitos o acontecimientos históricos que dan una identidad a una nación; por ejemplo, Estados Unidos se basa en la rebelión de las colonias contra los británicos como hito fundacional del país; Francia se identifica con la revolución francesa como la creación de un Estado moderno basado en la igualdad, libertad y fraternidad; y España en la reconquista de los reyes católicos como inicio de la nación española. En Afganistán no existe un mito fundacional que una a cada una de las distintas identidades políticas del país.

Además del concepto de percepción subjetiva de un individuo o un grupo que moldea una determinada identidad, existen académicos que argumentan la identidad como un concepto dinámico, argumentando que la misma identidad puede adaptarse para diferentes propósitos en diferentes contextos. Algunas identidades son de naturaleza invariable, no se pueden moldear, mientras que otras son 'instrumentales' y, por lo tanto, se moldean dependiendo de factores coyunturales (Smith, 1996). Las identidades invariables se caracterizan porque son fijas, neutrales y estáticas; como pueden ser las relaciones con un padre o un hijo, o las de un alumno y un profesor. Las identidades variables, al contrario que las fijas, se caracterizan por su adaptación a determinadas circunstancias sociales o de una determinada comunidad o grupo. Un padre y un hijo siempre seguirán siendo padre e hijo, pero una relación social determinada, como jefe y

empleado, puede cambiar si se producen una serie de acontecimientos. Así, existen unas identidades invariables y otras identidades que son variables dependiendo de la coyuntura social existente en un determinado momento. .

La etnia de una persona es una identidad invariable, pues no se puede cambiar de etnia; al igual que tampoco se puede cambiar de raza. Estas identidades estáticas permanecen invariables en el tiempo. Contrariamente, las identidades "instrumentales" son construcciones sociales que cambian de acuerdo con el contexto sociopolítico y el propósito al que sirven (Smith, 1996). Por ejemplo, dependiendo del contexto sociopolítico, los miembros de un grupo étnico pueden utilizar su etnia/secta para unir a sus miembros y crear una alianza política con otros grupos étnicos diferentes. Un ejemplo de este tipo de identidad de construcción social es la Alianza del Norte que, en su lucha contra los talibanes, puede acaparar a varios grupos étnicos distintos que, en cierto sentido, modifican su identidad particular influenciadas por un determinado contexto histórico coyuntural; en este caso el derroque del régimen talibán como objetivo primordial, dejando las rivalidades de las etnias en un segundo plano.

Cuando los talibanes tomaron el control de la provincia de Kandahar en Afganistán en 1994, utilizaron su identidad étnica pastún para legitimar su grupo entre los pastunes, y utilizaron la misma identidad para aplastar las oposiciones de otros grupos étnicos, especialmente contra los sunitas tayikos y uzbekos. Además, su origen étnico así como su identidad religiosa sunita influyeron en sus acciones políticas contra los chiitas hazaras, quienes en la interpretación de los talibanes eran considerados como infieles (Rashid, 2000). En estos casos, la etnia era una construcción social que se moldeaba según el momento histórico.

Tal y como argumenta Gilles Dorronsoro, el contexto en el que se utilizan las identidades como instrumentos políticos es significativo para comprender el comportamiento de individuos o grupos (Dorronsoro, 2005). La implicación de tales características de identidad supone que, ciertamente, se puede esperar un comportamiento diferente de los miembros del mismo grupo étnico en Afganistán, dependiendo del contexto político del momento. En un determinado

momento histórico, como la posible firma de un acuerdo de paz, puede explicar el acercamiento entre los talibanes más moderados y los pastunes, así como la posible alianza contra tayikos, uzbekos y hazaras para hacer frente a un posible gobierno talibán en la sombra.

Resumiendo lo discutido en los párrafos anteriores, existen cuatro aspectos que son especialmente relevantes en este estudio:

- En primer lugar, cada grupo étnico afirma ser indígena en Afganistán a expensas de la historia de otros grupos étnicos; lo que supone un desacuerdo en los orígenes de la nación afgana. Existe una identidad subjetiva que no es común entre las distintas etnias.
- En segundo lugar, algunos miembros de un mismo grupo étnico no están de acuerdo sobre el origen, la evolución y el desarrollo de su historia. Por ejemplo, los talibanes no tiene la misma visión de la Sharia que muchos de los pastunes, pese a que comparten la misma etnia.
- En tercer lugar, como argumenta Linda Alcoff, algunas de las identidades étnicas y sectarias de los grupos étnicos de Afganistán son relacionales y contextuales, los cuales pueden depender del contexto histórico y político del momento (M. Linda & Mohanty Alcoff, 2006).
- En cuarto lugar, las identidades étnicas existentes en Afganistán son importantes porque las identidades tienen una evolución constante, que requiere una comprensión de la historia, de la sociedad y de la política. Además, es clave tener en cuenta los factores que causaron y sostuvieron la política de identidad en este país a lo largo de la historia (Moya, 2006), tal y como se ha descrito en el punto 2.

En la Ilustración 32 se detalla gráficamente las identidades invariables, como la de un padre y un hijo, y, por otro lado, cómo puede variar una identidad dependiendo de condiciones exógenas: la coyuntura histórica del momento o un contexto político determinado. Una misma identidad puede sufrir ciertas modulaciones como consecuencias de factores exógenos. Por ejemplo, la intervención de imperios en Afganistán ha moldeado la identidad de numerosos

ciudadanos indígenas que lucharon contra los “invasores”. Muchos de ellos, cuando se acabó el contexto histórico coyuntural, moldearon su identidad, en algunos de los casos hacia un extremismo muy violento y radical, como fue el caso de los muyahidines pasándose al bando de los talibanes una vez derrotada la Unión Soviética.

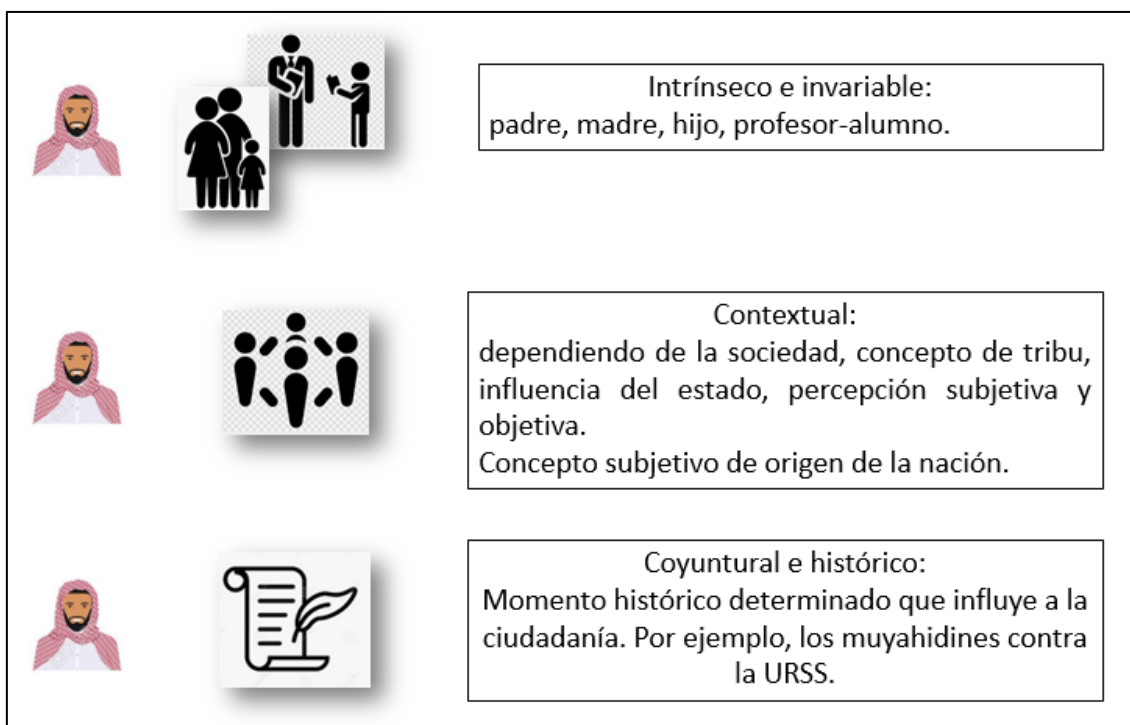


Ilustración 32: Identidades según factores intrínsecos y exógenos. Elaboración propia

En el caso de Afganistán cabe hacerse la siguiente pregunta, ¿hasta qué punto las "identidades" limitan la libertad, la capacidad de hacer una vida individual, y hasta qué punto permiten la individualidad? La respuesta a esta pregunta ha sido objeto de debate durante décadas por parte de académicos, investigadores, pensadores, historiadores, políticos, etc. La respuesta a esta pregunta no es parte de esta investigación, pero sí es clave conocer las distintas identidades que existen en Afganistán. En Afganistán, más que en cualquier otra parte del mundo, y debido a su historia sangrienta de revanchas entre etnias, el concepto de identidad y reconocimiento tiene una gran relevancia. Cualquier etnia, por

pacífica y ética que sea, busca un reconocimiento en la sociedad, lo cual no es otra cosa que una afirmación de su particularidad, de su identidad única y su diferenciación respecto a otras etnias.

La ética de la Identidad se basa tanto en las afirmaciones de la individualidad (la tarea de hacer una vida) como las afirmaciones de la identidad; estas categorías sociales y a menudo abstractas a través de las cuales nos definimos. El tipo de vida que uno debe llevar es un tema que ha preocupado a pensadores morales y políticos desde Aristóteles. En Afganistán, las etnias enlazan las obligaciones morales con las lealtades colectivas y la individualidad con la identidad de un grupo. En otras palabras, la etnia marca el camino de cómo vivir a los ciudadanos de Afganistán. Por ello, el respeto a la etnia y a su identidad no solamente significa el respeto a una determinada comunidad política basada en un tipo de gobierno, sino a una manera de entender la vida. Respetar una etnia es, en Afganistán, respetar una forma de entender y vivir la vida y de respeto de la dignidad.

En la definición más básica de lo que es una etnia se puede afirmar que es un grupo que conserva las costumbres, lengua u opiniones sociales a lo largo de un determinado periodo de la historia. Citando a Ganguly y Tarases una etnia es “un grupo unido por una herencia cultural común, una semejanza racial, una religión común y la creencia de una historia compartida, que estimulan un fuerte sentimiento psicológico de pertenencia grupal” (Charles-Philippe, 2008). Este grupo, a su vez, se diferencia de otro grupo con costumbres y cultura distintas y tienen un sentido de unidad, de interdependencia, de destino común, que les permite afrontar los problemas cotidianos a los que se enfrenta su grupo. Así los grupos étnicos, poseen una identidad existencial que va más allá de cualquier sistema político coherente y que no se sustenta sobre complejas teorías emancipadoras.

La diversidad de Afganistán en cuanto a etnias supone que sea un país heterogéneo en ese sentido. La naturaleza heterogénea del Estado afgano supone que sus miembros se encuentren divididos en mundos distintos

generados en torno a la etnia, la lengua, la religión y la cultura. Así, desde la perspectiva de la vertebración, Afganistán es un país con una vertebración deficiente. La etnia, la lengua, la religión y la cultura son elementos definidores del confuso concepto de nación; si existe mucha diversidad es muy complejo que se articule un concepto fuerte de nación. Como apunta Carl Schmitt: “Todo antagonismo u oposición religiosa, moral, económica, étnica o de cualquier clase se transforma en oposición política en cuanto gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y enemigos (Schmitt). Las identidades políticas de Afganistán tienen aspectos comunes entre ellas, como la religión, pero también muy diferentes, como la lengua o la cultura. Estas diferencias, debido a la falta de identidad nacional, en muchos casos llegan a casos extremos, provocando una baja colaboración entre ellas que construye un círculo vicioso.

A pesar de la relevancia del factor étnico en Afganistán, actualmente no existen datos actuales fiables sobre las etnias existentes en el país; aunque diferentes censos han apuntado a algunas estimaciones aproximadas de la población. Sin embargo, estimaciones anteriores han colocado a la población pastún en un 42%, la tayika un 27%, la hazara un 9%, la uzbeka un 9%, la turcomana un 3%, la baluchi un 2% y otros grupos que constituyen el 8% restante. Aunque no con tanta relevancia como la diversidad étnica, en Afganistán existen dos Idiomas principales: Dari (dialecto farsi, 50% de la población) y el pashtu (35%). Además la población de Afganistán también habla distintos Idiomas turcos (principalmente uzbeko y turcomano) y otros idiomas minoritarios como Aimaq, Ashkun, Baluchi, Gujari, Hazaragi, Kazaki y Moghili, Pashai, Nuristani y Pamiri (alsana).

En general, la vida política del Afganistán siempre ha estado dominada por la etnia de los pastunes; que supone más de un tercio de la población. Los pastunes son abrumadoramente sunitas, con la excepción de la tribu pastún turi, que son chiitas. Un gran número de la comunidad tayika también son sunitas, aunque existen también tayikos imami chiíes que viven en el oeste de Afganistán

y los tayikos de Badakshan, que son ismaelitas. La mayoría de los ciudadanos de etnia hazara son chiitas, aunque los hazaras de Shibar son ismaelitas chiitas con una pequeña minoría sunita.

Afganistán, en su Constitución, reconoce a 14 grupos étnicos entre los 27 millones de habitantes del país: pastunes, tayikos, hazaras, uzbekos, balochis, turcomanos, nooristanis, pamiris, árabes, gujars, brahuis, qizilbash, aimaq y pashai. Pocos grupos étnicos son exclusivos de Afganistán; la mayoría ellos tiene poblaciones significativamente más grandes en los países vecinos. Esta diversidad y falta de homogeneidad étnica ha supuesto que gobernar Afganistán haya sido siempre un desafío mayor. Mantener la armonía entre estos grupos es uno de los mayores problemas que enfrenta Afganistán en la actualidad y un factor clave para determinar si su futuro será de paz y reconciliación o de conflicto y discordia (Siddique A. , 2012).

El grupo más grande, los pastunes, tiene más miembros en el vecino Paquistán, a lo largo de la línea Durand. Los tayikos, los uzbekos y los turcomanos son mucho más numerosos en los países contiguos de Asia central al norte. Sin embargo, como pueblo, los afganos tienen un cierto sentido de nacionalidad, a pesar de la falta de una cultura nacional uniforme (the Asia Foundation, 2018). Su historia compartida, junto con el desarrollo histórico único del país, distingue claramente a los diversos grupos étnicos que viven en el Afganistán de los de los países limítrofes. Sin embargo, también existen vínculos de ciudadanos afganos con conflictos étnicos en países vecinos, en particular Paquistán.

Las etnias del país están distribuidas por zonas específicas de Afganistán, tal y como se puede apreciar en la *Ilustración 33*. Los principales grupos étnicos se encuentran dispersos por todo el país de la siguiente manera: los pastunes, el grupo mayoritario, se concentran principalmente en el sur y el sureste, pero también viven en todo el Estado; los tayikos habitan principalmente el norte y el noreste y la región de Kabul; los hazaras viven en el centro (Hazarajat) y en Kabul; los uzbekos en el norte y en el centro; los ciudadanos de etnia Aimaq en

el oeste; los turcomanos en el norte; lo Baluchis en el oeste y suroeste; y Nuristanis en el este.

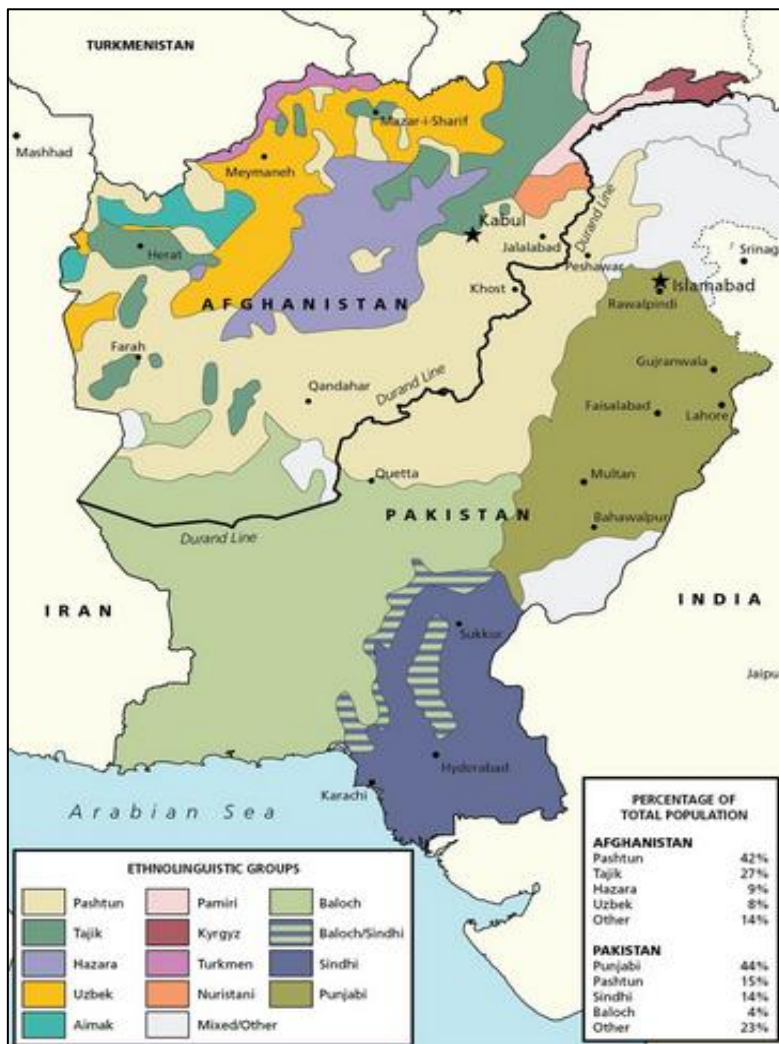


Ilustración 33: distribución étnica de Afganistán. Fuente National Geographic.

En el apartado de las religiones, cabe destacar el Islam con un 99,7% (sunitas 84 %-90%, chiitas 10-15 %), y otras religiones con menor representación: como el hinduismo, judaísmo. Con respecto a las minorías religiosas, la Constitución sostiene que es el Estado el que protege la libertad religiosa del ciudadano. En el artículo 2 se reconoce al Islam como la religión del Estado y que "los seguidores de otras religiones son libres de ejercer su fe y realizar sus ritos religiosos dentro de los límites de las disposiciones de la ley". Esta cláusula única

se ha calificado de inadecuada porque no existen disposiciones de ley que protejan la libertad de religión o creencias de las minorías en Afganistán. De hecho, la jurisprudencia que establece duras penas por blasfemia y apostasía, las cuales se han utilizado para hostigar a las minorías religiosas afganas. A continuación se describen las etnias más características de Afganistán, como son los pastunes, los tayikos, los uzbekos y los turcomanos y los hazaras.

4.4.1 Los pastunes

Los pastunes son el grupo étnico más numeroso en Afganistán y, por lo tanto, si Afganistán evoluciona hacia una democracia representativa es probable que mantengan su influencia en la política del país. En el periodo pos talibán, aunque el primer presidente, Hamid Karzai, pertenecía a una prominente familia pastún de Kandahar (sur este de Afganistán), el gobierno central estaba dominado en gran parte por los uzbekos y tayikos de la Alianza del Norte. Esta posición menos privilegiada en la administración y ausencia real de poder, creó una evidente insatisfacción entre los pastunes. Los pastunes siempre han buscado, de una forma u otra, tener una importante representación política, o si no gobernar todo el país en Afganistán. El sucesor de Karzai, el presidente Ashraf Ghani, también es pastún; sin embargo, cuando asumió el cargo en 2014, señaló su intención de romper las barreras étnicas eliminando su apellido tribal de los documentos oficiales. Pese a sus buenas intenciones, Afganistán sigue siendo un país en donde la etnia domina la esfera política, como así lo ha sido en los periodos cuando los distintos imperios no han sido capaces de gobernar el país.

Los pastunes han sido siempre la comunidad étnica dominante en Afganistán y han luchado activamente para mantener su hegemonía a lo largo de la historia afgana. Además, las continuas invasiones de Afganistán por potencias extranjeras han potenciado su identidad de etnia dominante y guerrera y han portado la bandera de la lucha contra el invasor extranjero. Esta continua lucha ha supuesto que los pastunes tengan una cierta identidad de lucha y, en algunos casos un thymòs exagerado cercano a la megalotimia, entendiendo la megalotimia como una identidad de superioridad frente a las otras etnias de

Afganistán. Esta megalotimia es claramente un rasgo de la identidad de algunos pastunes y la amplia mayoría de los talibanes, especialmente en su relación con lo hazaras, a los que prácticamente tratan de esclavos. Anterior a la invasión soviética, los pastunes constituían alrededor del 40 por ciento de la población afgana. Después de la invasión soviética, aproximadamente el 85 por ciento de los más de 3 millones de refugiados afganos en Paquistán eran pastunes. Este hecho es clave para entender el refugio de los talibanes a lo largo de la línea Durand que separa Afganistán de Paquistán en su lado este.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Afganistán fue testigo de una cierta estabilidad, con un gobierno regido en su mayoría dominado por pastunes. Fue entonces cuando la idea de "Pastunistán" empezó a tomar forma, definido por algunos como un Estado pastún independiente o una región autónoma dentro de Paquistán; pero visto por otros como un Estado potencialmente unificado de todos los pastunes. Esta idea se convirtió en un asunto clave de política exterior para Afganistán durante muchas décadas y es un asunto latente que todavía sigue despertando recelos en Paquistán.

Hace más de medio siglo, las libertades políticas otorgadas por la Constitución de 1964 permitieron la formación de grupos de izquierda e islamistas. Aunque en los grupos políticos de izquierda existía un gran número de etnias distintas, los pastunes también tuvieron una gran papel en la evolución de la ideología comunista muy influenciada por la Unión Soviética. Durante la misma época, la etnia jugó un papel también destacado en los alineamientos políticos que se producían a raíz de la Constitución de 1964. El partido Setam-e Milli¹⁷ surgió

¹⁷ Settam-e-Melli fue un movimiento político en Afganistán, dirigido por Tahir Badakhshi. La organización estaba afiliada al Movimiento de Países No Alineados y se opuso tanto a la monarquía afgana como al Partido Democrático Popular de Afganistán, alineado con los soviéticos. Sus seguidores eran en su mayoría hablantes de la lengua persa. La mayoría de sus miembros no eran pastunes (tayikos, uzbekos y otras minorías); el movimiento ha sido calificado de diversas formas: como un grupo separatista anti-pastún y como un grupo separatista tayiko y uzbeko. La información sobre Settam-e-Melli es vaga y contradictoria, pero parece haber sido una mutación izquierdista anti-pastún. El grupo fue fundado en 1968 por Tahir Badakhshi, un tayiko que anteriormente había sido miembro del Comité Central del Partido Democrático Popular de Afganistán que se separó del partido. El grupo enfatizó "la lucha de clases militante y la movilización masiva de campesinos" y reclutó a tayikos, uzbekos y otras minorías de Kabul y las provincias del noreste.

como una organización decididamente anti-pastún cuyo objetivo era el derrocamiento de lo que describieron como el dominio pastún de Afganistán. Por otro lado, Afghan Millat¹⁸, un partido político nacionalista pastún, abogó por una mayor “pastunización” de Afganistán e incluso aspiró a unir a todos los pastunes, incluso más allá de la línea Durand que hace frontera con Paquistán.

Los pastunes siempre han desempeñado un papel central en la política afgana y su posición dominante ha sido un catalizador importante que ha desencadenado distintos conflictos en Afganistán. Por ejemplo, los pastunes eran la mayor parte de la coalición muyahidín que luchó contra las tropas soviéticas y se pusieron al régimen del presidente Muhammad Najibullah. Tras la retirada soviética y el colapso del régimen, el presidente Burhanuddin Rabbani favoreció notablemente a la minoría tayika; mientras que las tropas de la oposición encabezadas por Gulbuddin Hekmatyar y las de los talibanes eran principalmente pastunes.

Durante el régimen talibán, la población sufrió una pobreza extrema, acompañada de una gran inseguridad alimentaria. Esto produjo una elevada migración interna y externa a gran escala; sin embargo, algunas comunidades pastún fueron tratadas favorablemente y protegidas contra las difíciles condiciones que sufría el país. Aunque los pastunes estaban en el poder, la mayoría de la comunidad pastún siguió sufriendo discriminación. Esto fue particularmente notable para las familias pastunes que habían sido trasladadas al norte más de 100 años antes por Amir Abdur Rahman Khan, como parte de un esfuerzo de consolidación del Estado. La comunidad pastún del norte de Afganistán quedó a merced de los tayikos y uzbekos, que son los grupos étnicos predominantes en la zona. Ha habido informes de masacres étnicas en Mazar-e-Sharif en 1997 y 1998 y continuos informes de violencia dirigida contra los

¹⁸ El Partido Social democrático Afgano también conocido como Afghan Mellat es un partido político de Afganistán fundado por Ghulam Mohammad Farhad (intelectual germanófilo) en marzo de 1966. Es un partido nacionalista que se autodefine dentro del ámbito socialdemócrata. Defiende los intereses del grupo étnico pastún, que es el único grupo étnico que le da apoyo. Postula la pastunización de Afganistán y la creación del Gran Afganistán, así reclama el Paquistán de habla pastún, le Pastuntán.

pastunes (ya sean partidarios de los talibanes o no) como venganza por los excesos del régimen talibán (Minority Rights, 2020).

La estructura social de los pastunes se basa en el código pastunwali, que es una mezcla de un código de honor tribal e interpretaciones locales de la Sharia. Los pastunes creen que su código social el “pastunwali” produce “hombres”, que son superiores a los producidos bajo el modelo occidental, y no desean que los “forasteros” les impongan un nuevo sistema social” (Thomas H. Johnson and M. Chris Mason, 2008). El código requiere hablar pastún y adherirse a las costumbres establecidas por la comunidad. La hospitalidad, la protección de sus huéspedes, la defensa de la propiedad, el honor familiar y la protección de los familiares de género femenino son algunos de los principios más importantes para los pastunes. “Melmastia” (hospitalidad) es un componente clave del código Pastunwali: "Melma" significa un invitado. En el código, la hospitalidad se ofrece a cualquier huésped; trascendiendo raza, religión y situación económica. También significa que una vez bajo el techo del anfitrión, un invitado no debe ser lastimado ni entregado a un enemigo (Ali, 2008). Un aspecto importante del código pastunwali enfatiza la autoridad personal y la libertad. Se requiere que las mujeres usen prendas que cubran todo el rostro y que sean largas, conocidas como burka. La cultura pastún también es célebre por su música, bailes, poesía y narración tradicionales

Los pastunes es la etnia que mantiene como todavía válidas distintas costumbres antiguas que, en cierta manera, se recogen en el código pastunwali. Por ejemplo. Los pastunes se basan a menudo en la Jirga de la comunidad o localidad para hacer cumplir las disputas y la toma de decisiones locales; así como para aislar a las mujeres de todos los asuntos que no estén relacionados con la vida doméstica. La Jirga es obedecida sin cuestionar por los pastunes; para ellos es el más alto nivel de decisión y sus sentencias son directamente aplicables. En esencia, la Jirga es una asamblea de ancianos tribales, que toman decisiones sobre cuestiones basadas en la tradición pastún. En las regiones tribales, la Jirga

todavía se utiliza como tribunal para delitos penales; para los pastunes perder el respeto a un anciano tribal es un pecado imperdonable.

La mayoría de los pastunes dependen de la agricultura (trigo de regadío) y la ganadería como fuente de ingresos; algunos de los pastunes participan en el comercio de estos y otros productos básicos. La reubicación de la población y la pobreza causada por la falta de estabilidad en casi todo el país ha provocado un aumento del tráfico de drogas, principalmente opio a través de Paquistán a Europa y a América del Norte. Las difíciles condiciones de vida junto con la falta de agua potable y atención médica contribuyen a una corta esperanza de vida de sólo unos 46 años. Sin embargo, los pastunes que viven en el área de Kabul parecen disfrutar de un nivel de vida ligeramente mejor en comparación con aquellos de las zonas rurales.

A pesar de su pasado dominio político, los pastunes nunca han formado un grupo homogéneo; de hecho, muchos pastunes han sido víctimas de la opresión a manos de las élites de su propia comunidad. El poder y el liderazgo es quizás lo que más divide a los pastunes. La interferencia en los asuntos ajenos ha causado conflictos entre las sub-tribus a lo largo de su historia. Sin embargo, a pesar de sus luchas internas, generalmente se han unido para formar un frente unificado cuando son desafiados por amenazas externas o interferencia de un gobierno central no pastún. La política de Paquistán ha apoyado principalmente a los pastunes, especialmente en los últimos tiempos, pero no respalda la reivindicación de la libre determinación de los 13 millones de pastunes que viven en la provincia de Khyber Pakhtunkhwa, situada más allá de la línea Durand, por temor a perder parte de su territorio.

Aunque en ocasiones se confundan a los talibanes con los pastunes, sus intereses y códigos sociales no han sido nunca los mismos. Cuando los talibanes se enfrentaron a poderosos señores de la guerra y milicias no pastunes, algunos observadores afganos e internacionales tendieron a describirlos como "nacionalistas pastunes" que querían revivir un Estado centralizado dominado por los pastunes en Afganistán. Sin embargo, uno de los primeros actos de los

talibanes después de capturar Kabul en septiembre de 1996 fue para matar a Najibullah y colgar su cadáver en exhibición pública. Según el ex funcionario talibán Waheed Mozhdah, los talibanes justificaron su asesinato (era de etnia pastún) como un acto para complacer a Alá y no como resultado de diferencias étnicas y tribales (Waheed M. , 2001). Los talibanes no complacieron a ningún segmento de la sociedad afgana después de capturar Kabul en septiembre de 1996, tampoco a la etnia pastún. Debido a sus rígidas políticas y su interpretación radical del islam nunca se ganaron un apoyo público abrumador entre los pastunes. Además, los talibanes se oponían a todas las élites políticas pastunes en los regímenes que los precedieron. Se oponían a la corriente nacionalista dominante del antiguo régimen monárquico y, a diferencia de los comunistas, no tenían un enfoque global en el desarrollo material como medio de progreso social.

Muchos comandantes muyahidines pastún lucharon contra los talibanes durante numerosos años. De hecho, muchos muyahidines de Kandahar se unieron señores de guerra tayikos para luchar contra los talibanes. Los altos comandantes pastunes del sur y este de Afganistán se aliaron con Ahmed Shah Massoud, tayiko y comandante de la Alianza del Norte, durante el período en el poder de los talibanes. Aunque la mayoría de los talibanes procedían de las confederaciones tribales pastunes del sur de los ghilzai y los durrani, la participación en la política tribal tradicional seguía siendo un anatema para ellos. Muchas redes talibanes se organizaron sobre la noción de solidaridad tribal. Si bien algunos académicos los consideraban adheridos al pastunwali, los talibanes se oponían a aspectos importantes de los narkh locales, o derecho consuetudinario, en varias regiones pastún. Sus objetivos centrales, a los que se adhirieron firmemente, eran aplicar la ley islámica Sharia y llevar su propia visión de la paz al Afganistán. En resumen, los talibanes no comulgaban con los principios del código social pastún el "pastunwali; sino que buscaban una unión política de Afganistán basada en una interpretación radical del islam.

4.4.2 Los Tayikos de Afganistán.

La mayoría de los tayikos son musulmanes sunitas y hablan una forma de dari (dialecto farsi) cercana al idioma nacional de Irán. A diferencia de los pastunes, no tienen una estructura social específica, y los patrones de lealtad de los afganos tayikos evolucionan alrededor de la aldea y la familia; la vida de la comunidad es muy importante para ellos (Minority Rights, 2020).

Los tayikos representan alrededor del 27% de la población afgana, lo que los convierte en el segundo grupo étnico más grande de Afganistán después de los pastunes. Constituyen la mayor parte de la élite de Afganistán, con una considerable riqueza acumulada dentro de la comunidad. Como resultado de esta riqueza y de sus altos niveles de educación, ejercen una influencia política significativa dentro de Afganistán. Siendo de origen asiático central, mantienen un parentesco con los 7 millones de tayikos étnicos que viven en el vecino Estado de Tayikistán. Si bien eran principalmente urbanos en la era pre soviética, vivían en Kabul y sus alrededores y en la región montañosa de Badashkshan en el noreste. Actualmente viven en diferentes áreas en todo el Estado; como se puede observar en Ilustración 33, se concentran principalmente en el norte, noreste y oeste de Afganistán.

Los estrechos vínculos entre los tayikos y la dinastía Durani de Afganistán brindaron a muchos tayikos la oportunidad de acumular riqueza y acceder a la educación moderna. Sin embargo, como estaban estrechamente vinculados al régimen derrocado con apoyo soviético en 1978, sufrieron una gran represión durante ese periodo; granjas tayikas en Kabul y sus alrededores fueron bombardeadas y se vieron obligadas a evacuar o movilizarse para defenderse. La movilización dio lugar a la formación de varios grupos de resistencia, el más destacado de los cuales fue el de Ahmed Shah Massoud de Panjshir, asesinado poco antes del 11 de septiembre de 2001.

Las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Asia Central, incluido Tayikistán, apoyaron la invasión de Afganistán por Moscú en 1979. Muchos ciudadanos de

la actual Tayikistán sirvieron junto a las tropas rusas en Afganistán. Sin embargo, el apoyo político y militar de Tayikistán al ejército soviético lo convirtió en un objetivo para los muyahidines afganos, apoyados por Estados Unidos, Paquistán y Arabia Saudita, que lanzaron ataques contra el régimen soviético en 1987. Miles de tayikos y uzbekos también se unieron en secreto a la yihad afgana, pese a que el liderazgo de la rebelión siempre estaba en el lado de los pastunes. Luchando al lado de líderes afganos-tayikos muyahidines, como Ahmad Shah Massoud y Burhanuddin Rabbani y su Jamiat-e Islami, muchos de estos tayikos fueron introducidos al islamismo y al nacionalismo tayiko.

En 1996, los talibanes, respaldados por Arabia Saudita y Paquistán, tomaron Kabul y obligaron al gobierno de Rabbani a huir al norte de Afganistán. Rabbani y Massoud se unieron a los grupos de oposición uzbeko y hazara para formar el Frente Islámico Unido para la Salvación de Afganistán, también conocido como la Alianza del Norte. Rusia e Irán, que vieron el surgimiento de los talibanes como una amenaza para su seguridad, apoyaron a esta coalición dominada por Tayikistán.

Los tayikos, aunque influyentes en la política afgana, solo han gobernado Afganistán durante dos breves períodos, primero en 1929 cuando Habibullah Kalakani gobernó Afganistán durante nueve meses y la segunda vez en 1992 cuando Burhanuddin Rabbani se convirtió en presidente en virtud del Acuerdo de Peshawar, y que posteriormente fue expulsado de Afganistán por los talibanes en 1996.

En los últimos años, los tayikos se están movilizando cada vez más políticamente y muchos están asociados con el partido Jamiat-e Islami, una facción político-militar fundamentalista islámica de Afganistán. Desde 1968 el líder oficial ha sido Burhanuddin Rabbani, hasta que fue asesinado en su casa por los talibanes. La mayoría de sus seguidores son de etnia tayika del norte y oeste de Afganistán. Su comandante principal y más famoso fue Ahmad Sah Massoud, asesinado por Al-Qaeda. Durante el régimen de los talibanes, los tayikos y otros grupos étnicos

fueron reprimidos y muchos murieron después de que los talibanes tomaran el control de la ciudad norteña de Mazar-i-Sharif en 1998 (Minority Rights, 2020).

La situación política de los tayikos cambió radicalmente en 2001 cuando Estados Unidos encabezó una coalición para derrocar al gobierno talibán dominado por los pastunes. Aunque dirigido por un pastún, Hamid Karzai, el gobierno interino establecido en 2002 estaba dominado por tayikos étnicos. Desde entonces tienen una gran representación política en Afganistán, por lo que es poco probable que los tayikos organicen una rebelión a gran escala contra el Estado afgano. No obstante, los tayikos que pertenecen a grupos armados siguen participando en la guerra entre comunidades étnicas; principalmente contra los pastunes. Hasta que el gobierno central sea lo suficientemente fuerte como para contener los conflictos entre etnias, es probable que estos enfrentamientos continúen. Los tayikos están representados a nivel nacional por una variedad de organizaciones y partidos políticos, aunque el dominante sigue siendo el Jamiat-e Islami.

Dado que no se permitió la participación de ningún partido político en las elecciones legislativas de 2005, todos los candidatos tayikos se presentaron individualmente. Como resultado, su grupo étnico está representado por tayikos que no están alineados con ningún grupo político específico. Si bien los tayikos no han participado en una rebelión armada desde el derrocamiento de los talibanes, los que pertenecen a grupos armados han mantenido un nivel relativamente alto de conflicto comunal con los pastunes. Además de esta rivalidad, los tayikos son conscientes de la discriminación a la que se enfrentan en las zonas pro-talibanes debido a su papel destacado en el derrocamiento del régimen talibán. Por este motivo, muchos tayikos, junto con otras minorías afganas no pastunes, son particularmente cautelosos referente a la inclusión de los talibanes en cualquier negociación de paz y temen el resultado de cualquier compromiso con los talibanes; que probablemente resultaría en una mayor discriminación contra los tayikos debido a su destacada oposición a los talibanes.

4.4.3 Los Uzbecos y turcomanos

El origen los turcomanos proviene de las tribus de habla turca que surgieron de Oghuz Khan, allá por los siglos VII y VIII. Los turcomanos son musulmanes sunitas de tradición Hanafi y están estrechamente relacionados con la población del oeste de Turquía, e idénticos a la población musulmana mayoritaria de Turkmenistán. Originalmente los turcomanos son una sociedad puramente tribal, y han adoptado un estilo de vida semi-nómada en los últimos años. Los turcomanos de Afganistán tienen su origen entre las tribus turcas de Asia Central que llegaron a Afganistán como refugiados en las décadas de 1920 y 1930 junto con muchos miles de Uzbekos, para escapar de la represión de la Unión Soviética debido a su participación en la infructuosa revuelta de Basmachi¹⁹.

Los uzbekos también son un grupo étnico de habla turca. Se cree que surgieron en Asia Central en el siglo III a. C., y algunos afirman ser posibles descendientes de Genghis Khan. Los uzbekos tienen ascendencia turca y son, en la gran mayoría, musulmanes sunitas de la tradición Hanafi²⁰, y tienen una identidad principalmente más cultural que religiosa. Su idioma es el uzbeko y aunque es su propio dialecto turco, está estrechamente relacionado con el que habla la minoría musulmana uigur de Xinjiang, China. Aunque su número exacto es incierto, se estima que los uzbekos son un 9% y los turcomanos un 3%; constituyen un total de alrededor del 12% de la población.

Tanto los uzbekos como los turcomanos viven en la parte norte de Afganistán, ocupando la mayor parte de las tierras cultivables del Afganistán en el norte; en su mayoría son agricultores que cultivan cereales y hortalizas. Además,

¹⁹ La Revuelta de los Basmachí (en ruso Восстание басмачей) o Basmáchestvo (Басмачество) fue un levantamiento ocurrido en la región del Turquestán contra el control del Imperio ruso que continuó contra el dominio de la Rusia soviética y afectó a amplias zonas en Asia Central. La oposición al Gobierno soviético duró de 1918 a 1924 y persistió en centros aislados hasta 1926

²⁰ La escuela hanafí (en árabe حنيفة) es una de las cuatro escuelas de pensamiento (madhabs) o jurisprudencia (fiqh) dentro del islam sunni. Fundada por Abu Hanifa Al-Nu'mān ibn Thābit (árabe: ثابِت بن النُّعْمَان) (699 - 765); aunque está considerada la escuela más abierta a las ideas modernas, al mismo tiempo, sigue algunas de las interpretaciones más estrictas de las leyes islámicas.

producen artesanías y subproductos animales que aportan considerables ingresos complementarios a sus comunidades. La producción de algodón también ha contribuido significativamente a la riqueza de estos dos grupos. Sin embargo, una parte muy importante de su economía y fama se basa en la confección de alfombras, considerada principalmente como un trabajo de mujeres. Debido a su relativa prosperidad, los uzbekos y los turcomanos no han dependido del gobierno central y no han realizado un gran esfuerzo para obtener influencia política ni en el pasado ni en el presente.

Durante la entrada del régimen talibán de 1998, la economía del norte de Afganistán se vio arduamente dañada, además de la campaña de terror talibán en aquella zona. Las consecuencias de esto no solo fueron el sometimiento y la represión, sino que también resultó importante en el cierre de la frontera con Uzbekistán por parte del gobierno uzbeko, lo que provocó una pérdida significativa de comercio y, por lo tanto, reducción de la independencia socioeconómica de los tanto turcomanos como uzbekos. Para sofocar el dominio pastún, los soviéticos, durante su ocupación de Afganistán, adoptaron una política de divide y vencerás, especialmente en las áreas del norte donde los uzbekos tenían una influencia política significativa. Esto fue relativamente eficaz para frenar la influencia en todo Afganistán de los pastunes, que eran la principal resistencia contra los soviéticos en Kabul.

De acuerdo con la política afgana durante la invasión soviética, a los uzbekos y, en menor medida, a los turcomanos se les dio un cierto grado de autonomía y se les entrenó para luchar contra los muyahidines en caso de necesidad. Por primera vez en la historia de Afganistán, excepto durante los períodos de anarquía y rebelión, los uzbekos, junto con los tayikos y los hazaras, ejercieron plena autonomía administrativa y política. Después de la retirada soviética, durante la guerra civil en Afganistán, los uzbekos, junto con los hazaras y los tayikos, buscaron activamente una representación política adecuada en el Kabul, mientras conservaban la forma de autonomía a la que se habían acostumbrado en sus respectivas áreas. Los uzbekos no tenían su propia organización política

hasta que el general Abdul Rashid Dostum desertó del régimen de Najibullah y, mediante el control de las provincias del norte, se convirtió en un portavoz autoproclamado de los derechos de los uzbekos en Afganistán.

A diferencia de los uzbekos, los turcomanos intentaron evitar la confrontación permaneciendo neutrales durante las décadas de conflicto en Afganistán. Como resultado, no tuvieron líderes o señores de la guerra poderosos que los representaran políticamente durante y después de la guerra civil y el proceso de reconstrucción moderno. En consecuencia, permanecieron al margen de la corriente social y política principal del Afganistán. Históricamente han sido excluidos de los procesos de toma de decisiones e ignorados por la clase dominante. No han tenido representación para defender sus derechos y, en general, nunca han estado debidamente representados en las estructuras administrativas del Estado.

4.4.4 La etnia hazara

Se cree que los hazaras se asentaron en Afganistán al menos desde el siglo XIII. Históricamente, los chiitas hazaras son el grupo étnico minoritario más discriminado en el Estado y su situación ha mejorado poco a pesar de los cambios recientes. Si bien el presidente Karzai nombró a seis hazaras para su gabinete, no parece haberse consolidado una reducción en la discriminación que sufre la mayoría de la población hazara de Afganistán. Obligados a emigrar a Kabul en la segunda mitad del siglo XX debido a la persecución, su bajo estatus socioeconómico ha creado una división de clase y de étnica entre ellos y el resto de la sociedad afgana.

Las presiones económicas y la represión social y política han hecho que los hazaras se combinen con otros grupos minoritarios chiíes durante las décadas de 1960 y 1970 y desempeñen un papel destacado en la prolongada guerra civil de las dos últimas décadas. Durante la resistencia a mediados de la década de

1980, los hazaras mantuvieron su propio grupo de resistencia, algunos de los cuales tenían vínculos con Irán.

Según estimaciones relativamente recientes los hazaras constituyen alrededor del 9 % de la población. Anteriormente fueron el grupo étnico afgano más grande y constituyeron casi el 67 por ciento de la población total del Estado antes del siglo XIX. A finales del siglo XIX, en 1893, más de la mitad fueron masacrados cuando se perdió su autonomía a raíz de la Segunda Guerra Anglo-Afgana, cuando el Emirato afgano firmó el Tratado de Gandamak; mujeres y ancianos hazaras fueron vendidos como esclavos, y los reyes afganos mantuvieron como concubinas a muchas jóvenes hazaras. Los orígenes de la comunidad hazara son muy debatidos, la palabra Hazara significa "mil" en persa, pero dadas las características físicas típicas de los hazaras, la teoría actual respalda su descendencia de los soldados mongoles del imperio de Genghis Khan en el siglo XIII (European Asylum support Office, 2020).

La mayoría de los hazaras viven en Hazarajat (o Hazarestan), 'tierra de los hazara', que está situada en el escarpado núcleo montañoso central de Afganistán con una superficie de aproximadamente 50.000 kilómetros cuadrados; y otros viven en las montañas de Badakhshan (Minority Rights, 2020). A raíz de la campaña contra ellos a finales del siglo XIX, muchos hazaras se asentaron en el oeste de Turquestán, en las provincias de JauzJan y Badghis. Las dos décadas más recientes de guerra han alejado a muchos hazaras de su territorio tradicional para vivir en la periferia del país, muy cerca de Irán y Paquistán.

Los hazaras hablan un dialecto del dari (dialecto farsi) llamado hazaragi y la gran mayoría sigue los postulados chiitas del Islam. Un número significativo también son seguidores de la secta Ismaili, mientras que un pequeño número son musulmanes sunitas. Dentro de la cultura afgana, los hazaras son famosos por su música y poesía y de los proverbios. La poesía y la música son principalmente folclóricas y se han transmitido oralmente de generación en generación. En 1880, la comunidad hazara estaba compuesta por nobles terratenientes, campesinos

y artesanos. La estructura de clases sociales era la de las clases dominantes y gobernantes, que a su vez se basaba en la propiedad de los medios de producción, como animales, tierra y agua. (The Joshua project, 2020).

La discriminación sistemática, así como la violencia selectiva a menudo repetida y el desplazamiento resultante, han llevado a la comunidad hazara a perder gran parte de su posición en la jerarquía social del Afganistán moderno. Su participación en mano de obra no calificada ha dado lugar a una mayor estigmatización, siendo un claro indicador de ello la baja tasa de matrimonios interétnicos con hazaras. Quizás, como consecuencia de esto, los hazaras han estado relativamente aislados de otras influencias culturales y su identidad se ha mantenido relativamente sin cambios a lo largo de la historia.

Los hazaras tienen familias nucleares y el marido se considera el cabeza de familia, excepto en el caso de la muerte del marido, cuando la mujer se convierte en la persona más importante de la familia. A nivel nacional, los hazaras tienden a ser más progresistas en lo que respecta a los derechos de las mujeres a la educación y la participación pública. Las mujeres hazara con estudios, en particular las que regresaron del exilio en Irán, suelen ser tan activas como los hombres en los ámbitos cívico y político. Contrariamente a las costumbres pastunes, las familias hazara consideran indispensable la educación de sus hijas.

Como grupo étnico, los hazaras siempre han vivido al borde de la supervivencia económica en Afganistán. Aunque se cree que la reciente persecución de los hazaras fue instigada exclusivamente por los talibanes, esta ha existido durante siglos, durante los cuales los hazaras fueron expulsados de sus tierras, vendidos como esclavos y carecían de acceso a los servicios esenciales disponibles para la mayoría de la población. Uno de los principales factores de la persecución continua de los hazaras es su fe religiosa chií, sus orígenes étnicos distintivos, así como sus raíces económicas y políticas separadas de las otras etnias. Por ello, la etnia hazara sea la que más busque el reconocimiento en igualdad de condiciones a los demás, o isotimia; una igualdad que lleva siglos sin producirse

y que ha dado lugar a violaciones continuadas de los derechos humanos de la comunidad hazara.

En Afganistán, la minoría chií, independientemente de su origen étnico, se ha enfrentado a una persecución a largo plazo por parte de la mayoría de la población sunita. Desde la década de 1880 en adelante, y especialmente durante el reinado de Amir Abdul Rahman (1880-1901), sufrieron una severa represión política, social y económica, ya que los líderes sunitas declararon la Jihad contra todos los chiíes de Afganistán. Cuando el emir pastún Rahman comenzó a extender su influencia desde Kabul a otras partes del país, los hazaras fueron el primer grupo étnico en rebelarse contra su expansionismo. Las tribus pastunes fueron enviadas a las tierras altas centrales para aplastar la revuelta. Según Syed Askar Mousavi, después del aplastamiento del Levantamiento Hazara "miles de hombres, mujeres y niños Hazara fueron vendidos como esclavos en los mercados de Kabul y Kandahar, mientras que los pastunes hicieron numerosas torres con cabezas de hazaras como advertencia a otros que pudieran desafiar el gobierno del emir Amir (Bussi, 2017). A pesar de las numerosas atrocidades cometidas contra los hazara, este grupo étnico no ha buscado una revancha sistemática y sangrienta contra otra etnias en Afganistán, lo que les ha convertido, paradójicamente en aun más vulnerables.

La persecución de los hazaras continuó a lo largo del siglo XIX y durante la monarquía cuando, durante el proceso de "pastunización" de Afganistán, supuso que los hazaras ocultasen sus identidades para obtener la ciudadanía del Estado afgano. Se cree que hasta la década de 1970, incluso algunos maestros religiosos sunitas predicaron que la matanza de hazaras era la clave del paraíso. Esta etiqueta de malos musulmanes ha perseguido durante siglos a los hazaras y ha supuesto que hayan sido víctimas de matanzas e injusticias y fisuras de los derechos humanos. Su creencia chiita será una dificultad para el desarrollo de su comunidad, especialmente en aquellas zonas donde pueden encontrarse comunidades sunitas que se opongan a la forma chiita de interpretar el islam.

Económicamente, Hazarajat (zona de Afganistán donde viven más Hazaras) se mantuvo sin el desarrollo de carreteras, escuelas o clínicas. Los hazaras han expresado típicamente su desacuerdo con las políticas de discriminación abierta en su contra desde la década de 1970 a través de un movimiento de oposición unificado; el principal partido hazara, Hizb-e Wahdat (Partido de la Unidad), que se estableció en 1988.

En 1992, después de que los muyahidines asumieran el poder, estallaron los enfrentamientos entre los distintos grupos étnicos en Afganistán, durante los que Amnistía Internacional denunció la muerte de muchos civiles desarmados y la violación de muchas mujeres hazara. En febrero de 1993, cientos de residentes hazara en el distrito de Afshar de Kabul Occidental fueron masacrados por fuerzas gubernamentales bajo la dirección de Rabbani y Massoud, junto con Ittehad-i-Islami. Los combates vieron la devastación total de grandes áreas de Kabul, en particular las habitadas por hazaras (minority Rights, 2020).

Entre 1992 y 1995, Abdul Ali Mazari²¹, de etnia hazara, se convirtió en el primer líder político en hablar a nivel internacional a favor y en nombre de los hazaras, al presentar su caso ante la ONU y la comunidad internacional. Unificó al pueblo hazara al unir las muchas secciones, fuerzas y clases dentro de la sociedad hazara y chií. Mazari firmó un acuerdo con los líderes talibanes en 1993, pero fue brutalmente asesinado por ellos en 1995. Después de que los talibanes tomaran el poder en 1996, declararon la yihad contra los chiitas hazaras. En los años que siguieron, los hazaras se enfrentaron a una represión y persecución particularmente severas, incluida una serie de asesinatos en masa en el norte de Afganistán, donde miles de hazaras perdieron la vida o se vieron obligados a huir de sus hogares. En consecuencia, los hazaras formaron parte de las fuerzas

²¹ Abdul Ali Mazari (Dari: *مزاری عبد الله علی*) (1946 - 13 de marzo de 1995) fue el líder político del partido Hezb-e Wahdat durante y después de la guerra afgano-soviética. Mazari era de etnia hazara, y creía que la solución a las divisiones internas en Afganistán estaba en un sistema federal de gobierno, con cada grupo étnico teniendo un derecho constitucional específico y capaz de gobernar su propia tierra y gente. Fue asesinado por los talibanes en 1995 y, póstumamente, recibió el título de "Mártir de la unidad nacional" en 2016.

de la Alianza del Norte que se opusieron a los talibanes y tomaron el poder después de la caída de los talibanes en 2001.

Un momento clave en la historia reciente de los hazara es la destrucción de los Budas de Bamyán por los talibanes en 2001. Las estatuas gigantes de Buda habían sido durante mucho tiempo fundamentales para la identidad de la comunidad Hazara. Aunque no fue construido por los propios hazaras, quienes solo llegaron a tener una identidad etnolingüística basada en la región algunos siglos después, tienen sus propios mitos asociados con las estatuas, a pesar de no tener ninguna relación con el budismo. Los medios de comunicación internacionales han catalogado este hecho como una afirmación de la lectura extrema del Islam por parte de los talibanes, según la cual la representación de rasgos humanos en el arte está prohibida. El ataque a las estatuas también fue una demostración del dominio talibán sobre los hazaras y su "patria". La destrucción fue, de hecho, parte de una campaña más amplia de los talibanes para suprimir los derechos y la identidad de los hazaras; un acto contra la dignidad y la identidad de la etnia de su comunidad.

En una orden privada a sus comandantes en 2001, el líder talibán Mullah Mohammed Omar ordenó específicamente que se destruyera el patrimonio cultural de los hazaras y se prohibiera la celebración hazara del Año Nuevo persa, Jashn-e Nouroz. La orden también incluía el despojo forzoso de tierras, la propaganda anti-chií y las restricciones a las mujeres hazara, que en general mantenían más libertad en su sociedad que otros grupos afganos.

Desde el derrocamiento de los talibanes en 2001, la situación de los hazaras en Afganistán ha mejorado considerablemente. Los hazaras son una de las minorías étnicas nacionales reconocidas en la nueva Constitución afgana y se les ha otorgado pleno derecho a la ciudadanía afgana. Sin embargo, sólo dos hazaras obtuvieron escaños en el gabinete inicial del presidente Hamid Karzai, y el único representante de su principal partido político, Hizb-e Wahdat, obtuvo el cargo de vicepresidente.

A pesar de su representación política, los hazaras todavía se enfrentan una discriminación persistente en muchas áreas del país. Un tema clave para la comunidad hazara es el clima general de impunidad de aquellos que cometieron atrocidades, tanto pasadas como presentes, y que eluden la justicia. Los hazaras también muestran una clara preocupación por el resurgimiento de los talibanes, a quienes consideran una amenaza directa para su comunidad. Debido a la gravedad de su persecución bajo el régimen talibán, los líderes hazara han insistido, junto con los líderes de otros grupos minoritarios, en ser incluidos en todas las negociaciones con los talibanes. Con la presencia cada vez mayor de grupos islamistas extranjeros, como el Estado Islámico en Irak y Siria (ISIS), activos en el país durante varios años, los ataques contra las minorías religiosas han ido en aumento. Al ser chiíes y, por tanto, una minoría religiosa y étnica visible, los hazaras son particularmente vulnerables.

Los atentados suicidas con bombas contra eventos públicos de la etnia hazara han tenido lugar con creciente regularidad, la mayoría de los cuales han sido reclamados por grupos que declaran lealtad al ISIS. Estos incluyen, en julio de 2016, el asesinato de 85 personas en una protesta pacífica compuesta en su mayoría por Hazaras (BBC, 2015). Este fue el ataque más letal contra civiles desde 2002 y tuvo como objetivo a los hazara por su identidad religiosa chií. Otros ataques incluyen un atentado con bomba en diciembre de 2017 que dejó al menos 41 muertos y otros 80 heridos en un barrio de Hazara en el oeste de Kabul y un asalto en marzo de 2018 que resultó en la muerte de al menos nueve personas.

Las mujeres Hazara, tradicionalmente, han disfrutado de más libertad en su sociedad que otros grupos étnicos. En el período posterior a los talibanes, se han beneficiado considerablemente de las reformas políticas y educativas. Sin embargo, la influencia de las leyes contra la comunidad chiita ha amenazado esa libertad. En 2009, se aprobó la controvertida Ley del Estatus Personal cita, que despojaba a las mujeres chiitas, muchas de las cuales son hazara, de algunos de sus derechos básicos consagrados en la Constitución; incluido permitir que

su esposo le niegue el sustento básico por no tener relaciones sexuales con él; prohibir que las mujeres trabajen sin permiso de sus maridos y negar a las mujeres la custodia de sus hijos. Según varios relatos, la ley fue redactada por un poderoso clérigo chií y aprobada por líderes conservadores de la comunidad chií, que evidentemente atacaron los derechos de las mujeres chitas (Minority Rights, 2020).

La pobreza y la inseguridad han supuesto que muchos hazaras emigren a ciudades como Kabul. Como resultado, se ha elevado notablemente el número de hazaras que reside actualmente en Kabul, y muchos se concentran en una zona superpoblada, Dasht-e Barchi. Aunque la vida en Kabul ha mejorado relativamente desde 2001, han seguido ocupando trabajos de categoría inferior y se enfrentan a una dura discriminación, incluso en el acceso a las instalaciones y la prestación de servicios esenciales.

En la Ilustración 34 se aprecian las distintas relaciones entre las etnias principales que existen en Afganistán. Esta ilustración se detalla lo que se ha discutido como un sistema de sistemas. Como se puede apreciar, los pastunes no tienen buenas relaciones con casi ninguna de ellas, mientras que las restantes tienen una relativa buena relación entre sí. Lo más característico del gráfico es que los talibanes tampoco tienen una relación muy fluida dentro de la etnia pastún. Muchos pastunes también han luchado contra los talibanes cuando éstos gobernaban y una vez que proclamaron la Yihad contra el gobierno legítimo de Afganistán. Otro factor a tener en cuenta es que los hazara son la única etnia chiita en todo Afganistán, por lo que existe una cierta discriminación hacia ellos, especialmente por parte de los talibanes y los pastunes. Estos últimos son los únicos que siguen el código pastunwali, por lo que tienen una particular visión cómo tiene que ser la sociedad afgana. Como se aprecia en Ilustración 34 existen muchos puntos que desestabilizan el país, entre ellos destaca las relaciones de Irán, Paquistán y EE. UU con las distintas etnias que configuran el puzle de Afganistán.

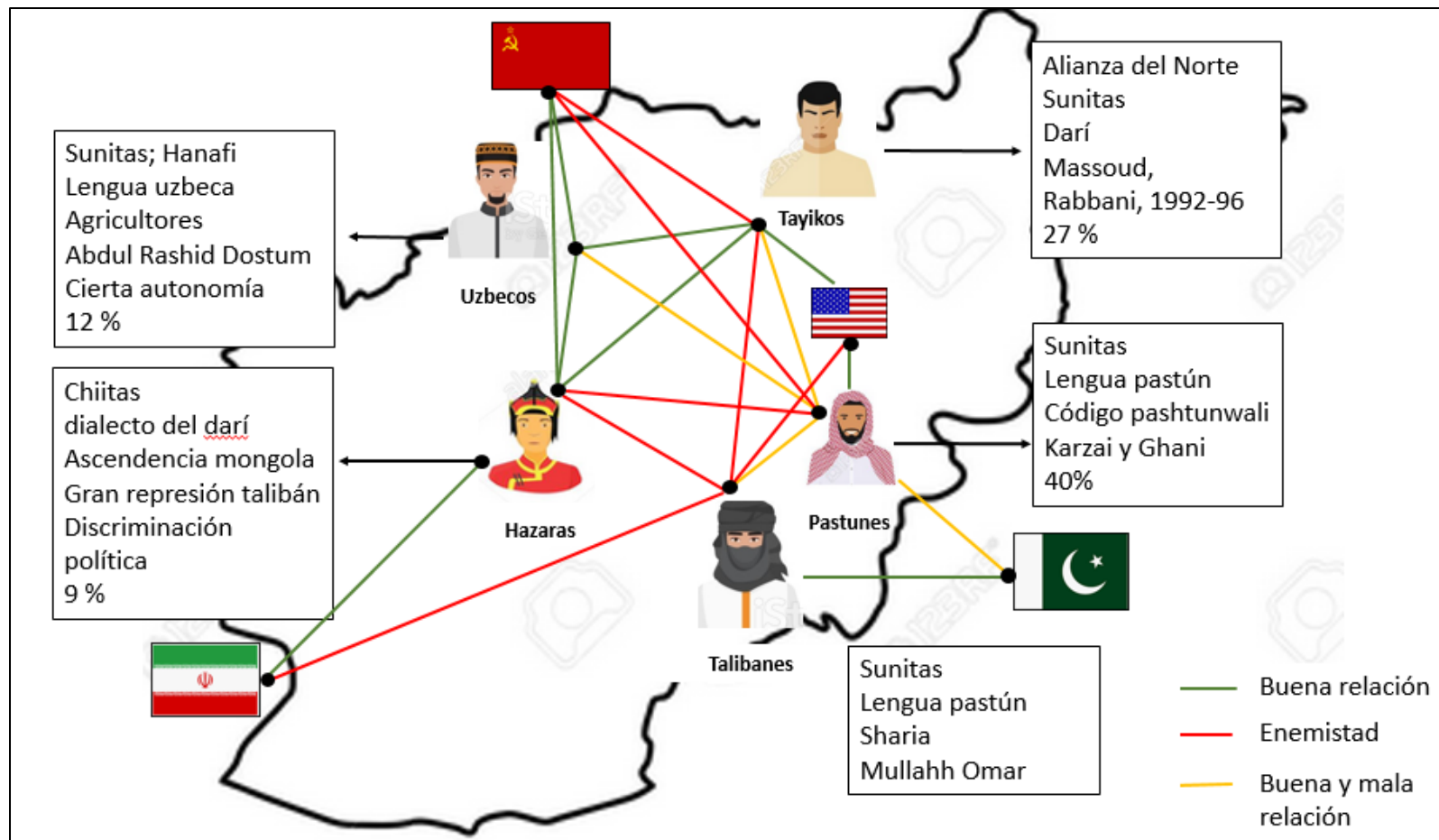


Ilustración 34: las relaciones entre las distintas etnias en Afganistán

4.4.5 Los talibanes

Después de más de dieciocho años de guerra, en febrero de 2020, Estados Unidos y los talibanes firmaron un acuerdo para “trazar un camino hacia la paz”. Una paz que después de casi dos décadas de guerra parece ser la única solución al conflicto en el que los verdaderos perdedores no son ni los talibanes ni EE. UU sino la población afgana que ha sufrido las consecuencias de una guerra “sin cuartel” en la que el fenómeno del terrorismo ha sido el claro protagonista. Como parte más importante del acuerdo se incluye una retirada significativa de las tropas estadounidenses de Afganistán y, en contrapartida, los talibanes se comprometen a no proporcionar refugio a terroristas. También se pide el inicio de negociaciones sobre el futuro de Afganistán entre los talibanes y el gobierno afgano, que al principio fue en gran parte marginado durante las conversaciones entre Estados Unidos y los talibanes. Este posible acuerdo supone una vuelta al centro de la política afgana por parte de los talibanes, solo que esta vez con una cierta legitimación occidental. Los talibanes en caso de acuerdo, serán reconocidos como una parte legítima de la solución al conflicto.

El movimiento de los talibanes disfrutó de un gran apoyo popular en la era post-soviética, al prometer imponer cierta estabilidad y el imperio de la ley después de cuatro años de conflicto (1992-1996) entre grupos rivales de muyahidines. Incluso años después de su caída del poder, los talibanes contaron con cierto apoyo de la población. La organización Asia Foundation publicó en 2009 que la mitad de los afganos, en su mayoría pastunes y afganos rurales, simpatizaban con los grupos armados de oposición, principalmente los talibanes (the Asia Foundation, 2009). Por aquel entonces, el apoyo afgano a los talibanes y grupos aliados se debió en parte a la falta de gobernanza y de identidad nacional del Estado afgano, como ya se ha discutido en 2.5. y en 5.1. Sin embargo, diez años después, en 2019, la *Asia Foundation* publicó que solo el 13,4 por ciento de los afganos sentía simpatía por los talibanes (the Asia Foundation, 2019). A medida

que las conversaciones de paz entre Estados Unidos y los talibanes cobraron impulso, una gran mayoría de afganos afirmó que apoyaba el proceso de paz y el 64 % creía que la reconciliación con los talibanes era posible. Ciertamente, después de tantos años de guerra civil, la paciencia del pueblo afgano estaba cerca de llegar a su fin y, después de tanto sufrimiento, el ciudadano medio afgano piensa que es mejor una paz débil que una guerra sin desenlace.

Los talibanes son un grupo fundamentalista islámico predominantemente pastún que gobernó Afganistán desde 1996 hasta 2001, momento en el que los Estados Unidos derrocaron al régimen por proteger a al-Qaeda y Osama bin Laden. Aunque, desde un punto de vista occidental, no es una justificación convincente, los talibanes se ampararon en el código pastunwali para rechazar la extradición de bin Laden a EE. UU. Este código centenario de la etnia pastún no permite expulsar a una persona si ésta ha sido "invitada"; como así lo era Osama Bin Laden en Afganistán. Los talibanes entraron en Kandahar en noviembre de 1994 para pacificar la ciudad sureña asolada por la delincuencia y, en septiembre de 1996, tomaron la capital, Kabul; siendo presidente de Afganistán Burhanuddin Rabbani, un afgano de etnia tayika a quien consideraban anti pastún y corrupto.

En el año 1994, los talibanes declararon a Afganistán como un emirato islámico, con el mulá Mohammed Omar, un clérigo y veterano de la resistencia antisoviética, encabezando el país como amir al-mu'minin, o "comandante de los fieles". Cuando las fuerzas Estadounidenses invadieron Afganistán en octubre de 2001, los talibanes fueron derrocados rápidamente; abriéndose un nuevo capítulo de la historia del país. Omar y muchos de sus principales ayudantes escaparon a los territorios fronterizos de Paquistán, país que ha sido acusado en numerosas ocasiones de proporcionar refugio y apoyo a los talibanes. A partir de entonces, los talibanes libraron una insurgencia de corte asimétrico contra el gobierno afgano y contra los Estados Unidos. Como resultado de la insurgencia, los talibanes han resistido las operaciones del ejército americano de tres administraciones Estadounidenses distintas. Como se puede ver en Ilustración

35 y en la Ilustración 36, Afganistán se ha convertido en una guerra que ha matado a más de 2.000 Estadounidenses y 1.100 soldados de la OTAN; más de 43.000 civiles han muerto y se estima que 45.000 soldados y policías afganos murieron en los últimos cinco años.

	Afghanistan	Pakistan	Iraq	Syria/ISIS³
US Military ⁶	2,298 ⁷	— ⁸	4,572 ⁹	7 ¹⁰
US DOD Civilian ¹²	6		15	1
US Contractors ¹³	3,814	90	3,588	17 ¹⁴
National Military and Police ¹⁶	64,124 ¹⁷	9,129 ¹⁸	48,337- 52,337 ¹⁹	51,483 ²⁰
Other Allied Troops ²²	1,145	—	323	11,000 ²³
Civilians	43,074 ²⁴	23,924 ²⁵	184,382- 207,156 ²⁶	49,591 ²⁷
Opposition Fighters	42,100 ²⁹	32,737 ³⁰	34,806- 39,881 ³¹	67,065 ³²
Journalists and Media Workers ³⁴	67	86	277	75
Humanitarian/NGO workers ³⁵	424	97	63	185
TOTAL	157,052	66,064	276,363- 308,212	179,424
TOTAL (rounded to nearest 1,000)	157,000	66,000	276,000- 308,000	179,000

Ilustración 35: Bajas en Afganistán, Paquistán e Iraq desde octubre de 2001 hasta octubre de 2019. Fuente: Departamento de defensa americano

OPERATION ENDURING FREEDOM U.S. CASUALTY STATUS^{3,4}					
OEUF U.S. Military Casualties	Total Deaths	KIA	Non-Hostile	Pending	WIA
Afghanistan Only ³	2,218	1,833	385	1	20,093
Other Locations ⁴	130	12	118	0	56
OEUF U.S. DOD Civilian Casualties	4	2	2	0	
Worldwide Total	2,352	1,847	505	1	20,149

KIA: matados en combate. WIA: heridos en combate.

Ilustración 36: Datos de heridos en combate y muertos en combate tropas americanas. Fuente: Departamento de Defensa EE. UU

La Misión de Asistencia de la ONU en Afganistán (UNAMA) documentó, en los primeros nueve meses de 2019, 8.239 víctimas civiles (2.563 muertos y 5.676

heridos); lo que supone unos niveles similares de daño experimentado por la población civil de Afganistán desde 2014 hasta el presente. Recientemente, en un informe de la UNAMA se detalló un número sin precedentes de víctimas civiles. En este informe también se señala que el uso combinado de artefactos explosivos improvisados suicidas y no suicidas fue la principal causa de víctimas civiles, y representó el 42% del total general. Los enfrentamientos terrestres fueron la segunda causa principal de víctimas civiles (29%), seguidos de los ataques aéreos (11%), que causaron la mayoría de las muertes de civiles en el periodo entre 2014 y 2019 (UNAMA, 2019).

Durante su gobierno, los talibanes impusieron un sistema de justicia inflexible al consolidar el control territorial en todo el país. Como ya se ha discutido en 4.1.3, la jurisprudencia de los talibanes se extrajo del código tribal preislámico de los pastunes, el pastunwali y de las interpretaciones de la Sharia coloreadas por las austeras doctrinas wahabíes de sauditas; que ha sido descrita como una doctrina ultraconservadora, reformista y fundamentalista.

Durante el gobierno talibán en Afganistán, el régimen descuidó notablemente los servicios sociales y otras funciones estatales básicas, especialmente cuando el Ministerio para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio impuso prohibiciones sobre el comportamiento que los talibanes consideraban no islámico. Las imposiciones más características de los talibanes requerían que las mujeres usaran el burka o chadri de la cabeza a los pies; se prohibió la música y la televisión; y se encarcelaba a hombres cuyas barbas consideraba demasiado cortas.

El régimen estuvo aislado internacionalmente desde sus inicios. Solo Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y Paquistán reconocieron el gobierno talibán. Según numerosos analistas, Islamabad apoyó a los talibanes como una fuerza que podría unificar y estabilizar Afganistán al tiempo que evitaba la influencia india, iraní y rusa. Los talibanes se formaron a principios de la década de 1990 por muyahidines afganos, o guerrilleros islámicos, que habían resistido

la ocupación soviética de Afganistán (1979-1989) con el respaldo encubierto de la CIA y su contraparte paquistaní, la dirección de inteligencia inter servicios (ISI, por sus siglas en inglés). A los muyahidines se unieron miembros muy jóvenes de tribus pastunes que estudiaron en centros de internamiento o en seminarios pakistaníes; talibán es pastún para "estudiantes".

Los talibanes, a pesar de haber sido derrocados del gobierno de Afganistán, han mantenido siempre una estructura que representa a un Estado en la sombra; que se basa en un consejo de liderazgo que está por encima de otros órganos de menor rango. El consejo de liderazgo supervisa nueve comisiones, similares a los ministerios que existían antes del derrocamiento del régimen, y tres órganos administrativos a través de los cuales los talibanes operan como un gobierno en la sombra. Las comisiones se enfocan en áreas que incluyen economía, educación, salud y divulgación. La comisión militar es una de las que más poder tiene en la estructura talibán; nombra gobernadores en la sombra y comandantes de campo de batalla para cada una de las treinta y cuatro provincias de Afganistán. La comisión política, encabezada por el cofundador de los talibanes, Mullah Abdul Ghani Baradar, tiene su sede en Doha, Qatar y ha formado parte de las negociaciones con Estados Unidos.

En la Ilustración 37 se puede apreciar la jerarquía de la estructura de mando del gobierno en la sombra de los talibanes. El jefe es llamado el "comandante de los fieles" y su puesto es único y ejercido por Mawlawi Haibatullah. Éste a su vez tiene a dos "jefes" que están justo por debajo de su jerarquía y se encargan de los temas de ideología y religiosos y monitorizan la insurgencia. El consejo de jefes funciona como la oficina central que monitoriza las comisiones y decide sobre asuntos de política. En cuanto a las comisiones existen nueve de ellas, incluidas las comisiones militares, la política y tres órganos administrativos. Como último escalón están los gobernantes en la sombra. Cada provincia tiene un gobernante en la sombra y un comandante de campo, quienes son elegidos

por la Comisión. En resumen, los talibanes tienen toda una estructura de Estado cuyo objetivo, lógicamente, es volver a gobernar en Afganistán.



Ilustración 37: Estructura de mando del gobierno Talibán. Fuente CFR

Con esta estructura en la sombra, los talibanes también tienen relaciones con otros países, que son señalados por muchos como colaboradores; especialmente se hace referencia a Paquistán, en la que su población pastún del oeste juega un importante papel. Aunque Islamabad niega las acusaciones, muchos expertos aseguran que Paquistán continúa proporcionando refugio a los militantes talibanes en las áreas tribales occidentales del país para tratar de contrarrestar la influencia de India en Afganistán. Por otro lado, Paquistán lucha contra su propio grupo insurgente, Tehrik-e-Taliban Pakistan, comúnmente conocido como los talibanes paquistaníes, que es distinto del grupo afgano. Esta presunta implicación de Paquistán hace mucho más compleja la ecuación geopolítica afgana, ya que Paquistán es un país con armamento nuclear y su desestabilización podría ser un grave peligro para la seguridad mundial.

Pese a que los talibanes no publicitan su relación con al Qaeda, se sospecha que los talibanes todavía tienen fuertes vínculos con la organización terrorista.

Por ejemplo, en un informe de la ONU de 2020 (ONU, 2020) se afirma que los talibanes brindan protección a al-Qaeda a cambio de recursos y capacitación, y además advierte que Al-Qaeda tiene hasta seiscientos combatientes en Afganistán, principalmente en varias provincias orientales (ONU, 2020). Por otro lado, los talibanes también han luchado contra el autoproclamado Estado Islámico, que es un rival de al-Qaeda y tiene aproximadamente 2.500 miembros en Afganistán (Council of Foreign Relations, 2020).

En la Ilustración 38 se detallan las distintas relaciones de disputa y de violencia en Afganistán entre las etnias principales del país. Aunque en un principio la influencia de los talibanes estaba limitada al sur y el este del país, a lo largo de los años y, apoyándose en señores de la guerra y en distintas mafias locales, los talibanes han conseguido tener una cierta influencia en la mayoría de Afganistán. Especialmente existen zonas más violentas que otras como lo es la capital Kabul y el norte de Afganistán, donde tradicionalmente comenzó la oposición a los talibanes con la alianza del Norte. La zona sur y este del país están dominadas por los pastunes y los talibanes que comparten el mismo grupo étnico pero que en ocasiones entran en conflicto. En el centro de Afganistán, donde existe mayoría de los hazaras y, pese a estar bajo un relativo control bajo el gobierno central, es el lugar donde se han cometido las mayores violaciones de los derechos humanos contra la comunidad hazara. La influencia de los talibanes en casi la totalidad del país ha supuesto que los atentados terroristas también se distribuyan por casi la totalidad del país, por lo que cada vez existen zonas seguras donde poder desarrollar cualquier proyecto político (GTI, 2020).



Ilustración 38: Zonas de mayor conflictividad en Afganistán. Basado en datos de National Geographic y GTR. Elaboración propia

Pese a que se abre un futuro de cierta esperanza en Afganistán con motivo de las negociaciones de paz, muchas cuestiones deberán resolverse durante las discusiones “intra-afghanas”, por ejemplo: la forma en que se compartirá el poder con los talibanes; lo que sucederá con las instituciones democráticas y la Constitución de Afganistán; cómo se juzgarán los crímenes cometidos por los talibanes contra los ciudadanos afganos; y cómo se protegerán los derechos de las mujeres. También quedan dudas sobre si los combatientes talibanes serán desarmados y reintegrados en la sociedad, tal y como establece la doctrina DDR de las Naciones Unidas. El desarme es una disposición particularmente difícil de llevar a cabo en cualquier acuerdo de paz, debido a la desconfianza de ambas partes en la otra y el temor de quedarse indefensos ante un posible adversario (James Dobbins, 2020). Además de esto, es de alta preocupación quién dirigirá el ejército del país; el hecho de que los talibanes puedan tener el control del ejército no parece ser una buena solución dada la historia reciente de Afganistán.

Afganistán es actualmente una república islámica, que está dirigida por un presidente y obtiene legitimidad del sufragio universal y de conformidad con las leyes y normas internacionales. Sin embargo, los talibanes quieren establecer un gobierno islámico en Afganistán, basado en los principios de un emirato, que estaría dirigido por un líder religioso y obtendría su legitimidad mediante distintos clérigos. Los analistas no están de acuerdo sobre los motivos de los talibanes y lo que realmente buscan durante las negociaciones del acuerdo de paz. Algunos expertos y políticos afganos temen que el acuerdo entre Estados Unidos y los talibanes sea solo un intento de sacar a las fuerzas estadounidenses de Afganistán y que podría desencadenar un nuevo conflicto que eventualmente permitiría a los talibanes recuperar el control del país. Según argumenta Bill Roggio, editor de Long War Journal, para los talibanes, "la paz no significa el fin de los combates, significa el fin de la ocupación estadounidense", "una vez que Estados Unidos se haya ido, los talibanes trabajarán para ajustar cuentas y restablecer el emirato islámico" (Ward, 2020).

CAPÍTULO V

5 IDENTIDAD O DEMOCRACIA

Los objetivos de las nuevas guerras “están relacionados con la política de identidades, a diferencia de los objetivos geopolíticos o ideológicos de las guerras anteriores” por una nueva división política entre “un cosmopolitismo basado en valores incluyentes, universalistas y multiculturales, y la política de las identidades particularistas...basada en una identidad concreta sea nacional, de clan, religiosa o lingüística...la nueva política de identidades consiste en reivindicar el poder basándose en etiquetas.

Kaldor, Mary. Las nuevas guerras

En este apartado se detallan las políticas de identidad en el contexto político de Afganistán; un Estado no occidental y débil en la gobernanza. Para ello, en este punto son claves dos variantes de identidad: la identidad étnica y la identidad tribal. Estos dos tipos de identidades, como se discute en este capítulo han sido la base de la construcción de distintas identidades políticas, que han buscado su máxima expresión a costa del detrimento de las otras. Para los pastunes, su llegada al poder significaba enfrentarse a los tayikos y uzbekos y viceversa; los tayikos y uzbekos necesitaban reducir a los pastunes para llegar al poder. Por lo tanto, es necesario explorar las relaciones de los diferentes grupos étnicos y tribales teniendo en cuenta las características de las principales etnias de Afganistán detalladas en el apartado 4.4. La clave en este punto es confirmar o refutar si, en Afganistán, es posible una conciliación entre sus identidades políticas con un Estado democrático basado en los derechos humanos, la libertad religiosa y la separación de poderes. En otras palabras, si es posible conciliar identidad política y democracia en Afganistán.

La falta de unión del pueblo afgano ha sido una de las causas de la injerencia de potencias extranjeras en Afganistán; por ejemplo, las guerras anglo-afganas o la invasión de la URSS en 1978. En la época anterior al comunismo de 1978, la política de identidad en Afganistán se basaba en gran parte en una orientación tribal. Por aquel entonces, según Anim Saikal, el Estado afgano estaba formado por confederaciones tribales (Saikal, 2004), en las que se produjeron rivalidades políticas entre algunas tribus por conseguir el poder y también dentro de las propias etnias. Debido a esto, desde el siglo XVIII y hasta casi hoy en día, las élites tribales se unieron mediante alianzas específicas con el proyecto de llegar al poder político. Estas alianzas tribales se caracterizaron por tener una profunda brecha entre los gobernantes y los ciudadanos, lo que finalmente condujo a una cultura política tribal en el país, en la que el Estado no tenía casi ninguna importancia en la vida del ciudadano corriente.

A raíz de la invasión de la Unión Soviética, las identidades que se oponían a un gobierno central tomaron cada vez más protagonismo. En un proceso que Girard

René califica como de némesis opuesta, la identidad contraria a la ideología comunista se basó en la interpretación aún más radical de los principios islámicos. La ideología comunista y las políticas radicales del PDPA fueron consideradas por los muyahidines afganos como amenazas a su identidad basada en los valores sociales y culturales de la sociedad afgana. La ideología patrocinada por la URSS no reconocía a la cultura islámica como igual, sino que los ciudadanos afganos eran considerados como inferiores. Los muyahidín, por lo tanto, justificaron su resistencia política contra el PDPA, respaldado por los soviéticos, sobre la base de su ideología islámica y su necesidad de reconocimiento; el thymòs. Sin embargo, al igual que el PDPA y debido a la fragmentación étnica y tribal de Afganistán, los muyahidines también estaban divididos internamente en grupos étnicos sectarios, lingüísticos y regionales.

Las diferencias en la percepción de uno mismo y de los demás (internos y externos), pueden desencadenar episodios violentos o incluso en un conflicto armado. Estas diferencias de percepción, combinadas con la desigualdad económica existente, sentaron las bases para la relación conflictiva entre y dentro de estos diversos grupos afganos que lideraron la Yihad afgana contra la Unión Soviética, las guerras civiles afganas y, posteriormente, el ascenso al poder del régimen talibán. Aunque parecían un grupo unido, el único nexo de unión era el de un enemigo común; cuando este enemigo desapareció, florecieron las diferencias tribales que, en último caso, condujo a matanzas, vendettas y conflictos violentos durante décadas.

El régimen talibán, con su intento de fortalecer la dominación pastún y crear un Estado islámico, basado en su propia interpretación estricta de la Sharia islámica, intentó reforzar las políticas de identidad de orientación religiosa en Afganistán. Sin embargo, este intento talibán de unir las distintas identidades políticas terminó en fracaso. De hecho, las políticas de identidad étnica y sectaria han seguido siendo una característica dominante de la sociedad y la política de Afganistán en la década posterior a los talibanes. Esta falta de unidad de identidad política se ha confirmado en numerosos episodios recientes en

Afganistán, por ejemplo: la composición étnica y sectaria de la Conferencia de Bonn de 2001, la presencia de lealtad étnica y sectaria en el elecciones presidenciales y en las relaciones diarias de la sociedad civil afgana.

En la actualidad el predominio de las políticas de identidad étnica y sectaria refuerza su importancia en el proceso de construcción del Estado. La política de identidad tribal y sectaria es clave porque ha socavado una reconciliación en Afganistán y el desarrollo de una identidad nacional común. También ha llevado a una situación política en la que existe un creciente interés entre el pueblo afgano por un gobierno representativo en el que las etnias y los grupos tribales estén representados. Las identidades basadas en las etnias han configurado una identidad política, que buscan su reconocimiento; en ocasiones en detrimento de las otras etnias. Esta creciente búsqueda de reconocimiento ha radicalizado a la generación joven y ha socavado el desarrollo de la capacidad estatal para realizar su labor de Estado y solucionar los problemas del ciudadano afgano. Esta falta de identidad política nacional ha diluido la confianza del pueblo afgano y de la comunidad internacional en la competencia de la autoridad central afgana. En otras palabras, las políticas de identidad étnica y sectaria, combinadas con otros factores como las continuas amenazas a la seguridad de los talibanes y otros grupos insurgentes, han socavado gravemente el proceso de construcción del Estado.

5.1 Política e identidad en Afganistán

La mayoría de los conflictos tienen su origen como consecuencia de disputas entre dos formas distintas de ver el mundo, por ejemplo: el Islam y el cristianismo, los católicos y protestantes en Irlanda del Norte, el comunismo y el liberalismo, la izquierda y la derecha, etc. Entre estas dos formas existe una rivalidad irreconciliable que, en su máxima expresión, provoca un conflicto que deriva en una guerra. En Afganistán, siguiendo este razonamiento, tiene una especial relevancia la disputa entre los valores islámicos y los valores occidentales

exportados por las democracias liberales que, en las dos últimas décadas, han intervenido en el conflicto afgano. Repasando la historia de Afganistán, el pueblo afgano ha estado continuamente en conflicto con distintos actores, en su mayoría potencias que han intentado conquistar Afganistán; de aquí la conocida etiqueta de “la tumba de los imperios”.

Con la caída del muro de Berlín, la democracia y el liberalismo triunfaron sobre los regímenes no democráticos; especialmente sobre el fascismo y el comunismo. El liberalismo pasó a ser el orden con más influencia, la cual llegó hasta lugares tan remotos como Afganistán. A finales del pasado siglo, las democracias tuvieron una amplia propagación y numerosos gobiernos, fundamentalmente los países de la ex Unión Soviética, cambiaron sus formas de gobierno autoritarias por democracias más o menos desarrolladas. Fukuyama llamó a este periodo como “el fin de la historia y el último hombre”. En el futuro, Fukuyama pronosticaba que las democracias liberales ya no se enfrentarían a ningún rival, por lo tanto, en el curso de la historia se perdería la noción del conflicto, “llevando a la historia a su fin” (Fukuyama, *Identidad*, 2018). Este “fin de la historia” era ciertamente contrario a la argumentación de Samuel Huntington en su libro “*el choque de las civilizaciones*”; la historia para Huntington se podía analizar como un choque continuo de distintas civilizaciones entre sí. Ciertos acontecimientos de la década de los noventa y principios del siglo XXI refutaron en cierta medida la predicción y el optimismo de Fukuyama sobre el dominio de la democracia liberal. Afganistán es un claro ejemplo de choque de civilizaciones que han moldeado su historia y las identidades de sus distintas tribus y etnias que han habitado durante siglos en aquella árida y montañosa tierra que se sitúa entre las civilizaciones persa e india.

En los últimos años, el intento por democratizar Afganistán mediante un modelo liberal supuso un enfrentamiento de las identidades políticas indígenas contra la identidad política occidental. La democracia liberal chocaba de frente con las distintas identidades políticas de Afganistán, formadas a lo largo de los siglos y con un profundo sentido religioso en la interpretación de la política y de cómo se

tiene que organizar un Estado. La identidad de un ciudadano pastún, por ejemplo, es muy distinta de la de un ciudadano americano o europeo. A identidad del ciudadano pastún se basa en el código conservador pastunwali y la identidad del europeo o americano en los valores liberales de occidente.

Uno de los primeros argumentos en contra de la afirmación de Fukuyama fue el conflicto bélico en la antigua Yugoslavia, que dio lugar a que la OTAN entrara en una operación militar por primera vez en su historia. De manera similar, muchos otros eventos que ocurrieron en los años siguientes no respaldaron realmente las predicciones de Fukuyama. Se suponía que los ataques terroristas en los Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, además de otros, no tendrían lugar en un mundo en el que, en teoría, la democracia liberal se expandiría universalmente. Sin embargo, los ataques a las torres gemelas si sucedieron y numerosas guerras de índole étnica y religioso también tuvieron lugar. Numerosos de estos eventos fueron argumentos para el crítico más conocido de Fukuyama, Samuel Huntington. En un resumen simplificado, el conflicto moderno del fundamentalismo religioso contra la expansión de la democracia liberal podría considerarse una evidencia que cuestiona las hipótesis de Fukuyama (Padour, 2020) y, como lógica consecuencia, dar la razón a Huntington.

Fukuyama preveía que la democracia liberal se expandiría globalmente sin competencia y no pronosticó un mayor islamismo radical que ha dominado zonas como Afganistán, Siria e Iraq en los últimos años. El fallo de las democracias en el panorama internacional supuso que Fukuyama revisara *“El fin de la historia y el último hombre”* y escribiera su última obra, *“Identidad”*, en la que su visión de la globalización del mundo liberal dio un giro de 180 grados.

El concepto central en el que se basa Francis Fukuyama en su libro *“Identidad”* es en el término griego thymòs; que es una de las tres partes que forma el alma de Platón, que el filósofo griego detalló en el capítulo cuarto de *“la Republica”*. Platón divide el alma en tres escalones jerárquicamente organizados: la parte

intelectual o racional (*nous*), la parte irascible o espirtosa (*thymòs*) y la concupiscible o apetitiva (*epithumia*) (Platón, 2018). Esta división que Platón hace del alma también es comparable con la ciudad como ente político, en la que existen los comerciantes, los guerreros o guardianes de la ciudad y los magistrados o dirigentes.

Según Platón, el primero de los tres componentes del alma es el deseo o *epithumia*. El deseo es la necesidad emocional de un hombre que le impulsa a seguir sus instintos más básicos que sólo se pueden controlar mediante la prudencia. Si el deseo fuera el único componente del alma, es inevitable que un hombre, carente de opiniones y motivado sólo por sus deseos, no encontraría nunca el progreso. Para Platón, cualquier ciudad, en la que solo se rigiese por el deseo de sus ciudadanos se hallaría en un caos absoluto. Si el hombre solamente se guiara por el deseo nunca llegaría a ser justo y, por lo tanto, reinaría la penumbra y la sinrazón. Los seres humanos actuando irrazonablemente, estando sujetos a sus deseos, seguramente chocarían en los callejones sin salida de sus distintos intereses. La *epithumia*, entendido como el deseo incontrolado del ser humano, la identifica Clausewitz con la pasión irracional del pueblo en su ya citada trinidad, que en el ámbito de la guerra la relaciona con la violencia y el odio que expresan unos pueblos a otros. La violencia para Clausewitz es controlada mediante el elemento racional de su trinidad que corresponde al componente político.

La razón es el segundo componente que está en la cúspide de la trinidad de Platón, el *nous*. Gracias a la razón (*nous*), uno puede controlar o regular sus emociones hasta cierto punto; mediante la templanza uno puede controlar los deseos del hombre y no dejarse guiar únicamente por ellos. Por lo tanto, la necesidad emocional en forma de deseo se complementa con la razón, que parece estar en gran parte detrás del progreso humano. Sin embargo, la razón por sí sola no sería suficiente para el progreso y el éxito de la humanidad. De hecho, muchas mujeres y hombres destacados durante la historia de la humanidad no habrían llegado a ser tan importantes si no hubieran tenido el

deseo de hacer cosas extraordinarias. Sin embargo, este fenómeno no solo está presente en las élites, sino que también forma parte de todos los individuos que, en distinta medida, y con la relación de deseo y razón, participan en el progreso histórico de la humanidad.

La razón, argumenta Platón, que se manifiesta en la prudencia y la templanza, es la mayor cualidad de los magistrados de las ciudades que, a su vez, son quienes administran la ciudad con el objetivo de la búsqueda de la justicia; “la templanza es como un cierto orden y moderación de los placeres y de los deseos...que se trata del dominio de sí mismos” (Platón, 2018). La parte racional del alma o el “*nous*” de Paltón Clausewitz la identifica con el elemento racional en su trinidad, que forma parte del componente político al cual se subordinan los intereses de la guerra. Siguiendo el argumento de Platón, si la irracionalidad del deseo marcara el devenir de la guerra, ésta se convertiría en un fin en sí misma, llegando hacia los extremos de la total destrucción del enemigo que, en la guerra real, nunca se manifiesta.

La parte irascible o del espíritu es el otro componente clave de la trinidad del alma, lo que Platón denomina *thymòs*. En la trinidad de Clausewitz el *thymòs* representa la parte del ejército, que es el componente no racional para el tratadista prusiano. La parte irascible del alma lo describe Platón en su libro IV de la República en el siguiente pasaje de Leoncio cuando se lo cuenta a Adimanto: “Me contaron una cosa que tengo por verdadera, y es la siguiente: Leoncio, hijo de Aglaion, volviendo un día del Píreo, percibió de lejos, a lo largo de la muralla septentrional, unos cadáveres tendidos en el lugar destinado a las ejecuciones de los reos, y sintió a la vez un deseo violento de aproximarse para verlos y un temor mezclado de aversión a la vista de semejante cuadro. Al pronto resistió y se tapó la cara, pero cediendo al fin a la violencia de su deseo, se dirigió hacia los cadáveres, y abriendo los ojos cuanto pudo, exclamó: «¡Y bien, Desgraciados, gozad anchamente de tan magnífico espectáculo! (Platón, 2018). La “violencia del deseo” es la tercera parte del alma que en numerosas ocasiones Paltón la identifica con el cólera. Esta manifestación del espíritu del alma es

como consecuencia de la falta de reconocimiento del guerrero que, debido a su propia naturaleza, tiene como principio natural la defensa de los ciudadanos. Los guerreros que describe Platón no buscan justicia ni dinero, simplemente necesitan un reconocimiento de su compromiso por la protección de las ciudades; el *thymòs* es el orgullo del guerrero que no tiene sentido sin el reconocimiento de su labor por la sociedad. En el fondo, su identidad interior necesita un reconocimiento del exterior.

Para Platón, cuando estos tres aspectos están en armonía, cada uno en su lugar, tiene lugar la justicia: la cuarta virtud. La justicia, por lo tanto, puede pensarse como la armonía de los tres componentes del alma. En relación con esta argumentación, Platón plantea que existen tres tipos de hombres, aquellos que aman la sabiduría, aquellos que aman la victoria y aquellos que aman el lucro. Tomando esto como referencia, las personas con un *thymòs* exagerado y que no son reconocidas, argumenta Francis Fukuyama, son las que entran a formar parte de las políticas de resentimiento y moldean una identidad que se basa en un nacionalismo radical y del odio a los otros. Este *thymòs* exuberante es una de las particularidades de la etnia pastún y, como se discutirá más adelante, es una de las claves para comprender la situación actual de Afganistán y su compleja gobernabilidad.

Según Fukuyama, el *thymòs* estaba detrás del nacimiento y difusión de la democracia en los siglos XIX y XX; sin embargo, también es la causa del fenómeno de las llamadas identidades políticas en busca de reconocimiento, que se resume en la demanda de dignidad y las políticas del resentimiento que dominan la geopolítica de este siglo. Paradójicamente, en cierto sentido, estas identidades están detrás de los problemas actuales que enfrentan las democracias en todo el mundo; y también están detrás de numerosas zonas de la tierra donde ocurren las mayores crisis humanitarias. La paradoja, por tanto, es que el mismo *thymòs* que estuvo detrás del nacimiento de la democracia es hoy una seria amenaza y un obstáculo para la libertad y su expansión global.

Como se ha discutido respecto al tercer componente del alma humana, el *thymòs* está asociado, especialmente en las sociedades tradicionales, con los guerreros para Platón y con el componente militar para Clausewitz. *Thymòs* captura el orgullo interior de un guerrero, que es, sin embargo, manifestado hacia el mundo como un medio de reconocimiento externo. Por lo tanto, incluye dimensiones tanto internas como externas; para que exista un reconocimiento tiene que haber un deseo de ese reconocimiento y una respuesta por parte de los individuos de la sociedad que reconocen esa particularidad interior. En otras palabras, la satisfacción de la dimensión interna del *thymòs* ocurre a través de su dimensión externa.

El respeto por la sociedad y el reconocimiento del estatus heroico satisfacen el *thymòs* del guerrero. *Thymòs* por lo tanto, puede percibirse como una necesidad de reconocimiento o identificación por el mundo exterior de un determinado individuo. Basado en el *thymòs*, cualquier persona percibe su posición en el mundo. Sin embargo, los ciudadanos comunes, los sujetos, los trabajadores no tenían este valor en las sociedades tradicionales, pues esta necesidad de reconocimiento está muy relacionada con el progreso y la interacción de sociedades y civilizaciones distintas. Hace unas décadas, el papel en la sociedad de una persona le era atribuido desde su nacimiento y permanecía invariable durante toda su vida. Si alguien había nacido en una familia de panaderos, heredaría esta profesión de sus padres y la ejercería a lo largo de su vida. El panadero estaba satisfecho con este papel porque creció como panadero y ejerció siempre esa profesión; sin tener otras demandas y necesidades que las de mantenerse a sí mismo y a su familia. No abordó aspectos como el orgullo o el respeto de la sociedad; su papel era hacer panes y mantener a su familia. El orgullo y el respeto eran cosas de los guerreros. Sin embargo, en países en continuas guerras y con invasiones exteriores, el *thymòs* es más común que en otros lados del mundo, por el mero hecho de tener que defender su honor y luchar continuamente por el reconocimiento del mundo exterior; lo que se puede resumir como con el reconocimiento de su identidad. Las continuas invasiones

que han sufrido el pueblo afgano hacen que su historia sea particularmente especial; es difícil encontrar un país que haya sido continuamente invadido por distintas potencias hegemónicas de muy distintas culturas. La etiqueta de la “tumba de los imperios” puede parecer una cualidad romántica para algunos, pero detrás de esta etiqueta existen siglos y siglos de guerras que han moldeado la identidad de la mayoría de la población de Afganistán, especialmente de las etnias más combativas contra los invasores externos, como han sido los pastunes y tayikos.

La identidad es un concepto muy amplio. Existen un cuantioso número de identidades distintas; no es lo mismo la identidad que pueda tener un africano de Sudán del Sur con la de un afgano pastún de Kabul. La identidad del ciudadano occidental está muy influida de los procesos políticos democráticos, los derechos humanos, la libertad de expresión y de culto, etc. Estas características de occidente influyen a cualquier ciudadano en el sentido de que su identidad está más dirigida hacia el respeto de los demás, la conciencia de Estado, el respeto a los poderes del Estado y el acatamiento de las normas de las instituciones. Sin embargo, en otras zonas del mundo como Afganistán, estas características no han influido de la misma forma en la sociedad y, por lo tanto, no han tenido la misma trascendencia en el ciudadano afgano. La identidad del ciudadano afgano, muy probablemente, esté muy influenciada por las continuas guerras, las injusticias de la des gobernanza, la corrupción de un Estado endémico, las invasiones extranjeras, las guerras civiles, etc. Esto tiene como lógica consecuencia que las identidades de un ciudadano occidental y de un ciudadano afgano sea completamente distintas, ya que han tenido una evolución opuesta a lo largo de la historia. Cuando existen identidades opuestas que entran en contacto, es muy probable que se produzca un conflicto de identidades que, en ciertas ocasiones, puede derivar en un conflicto armado.

En el año 1998 el escritor Amin Maalouf, premio Príncipe de Asturias de las Letras, escribía que «todas las matanzas que se han producido en los últimos años, así como la mayoría de los conflictos sangrientos, tienen que ver con

complejos y antiquísimos contenciosos de identidad (Maalouf, 2009). En este sentido, también argumenta Luis Velasco que “ a lo largo de las últimas décadas el estudio de la asimilación de las identidades colectivas por parte de los miembros de las sociedades, ya sea de manera individual o gregaria, se ha convertido en un importante campo de estudio en todos los ámbitos de análisis de las ciencias sociales: politólogos, antropólogos, psicólogos e historiadores han identificado en el ámbito de creación de las identidades colectivas el origen de un gran número de conflictos políticos y sociales” (Velasco, 2018). La presencia de las identidades en la política y su impacto social se ha incrementado notablemente con la globalización y, en Afganistán, con las continuas invasiones y guerras civiles a las que ha estado sometido el país.

En los procesos de formación de los Estados, la política ha buscado determinados elementos religiosos, étnicos, lingüísticos, históricos y culturales que pueden desarrollar una determinada identidad para establecer una explícita cohesión social y así dar forma a las llamadas identidades nacionales. Sin embargo, la búsqueda de esta homogeneidad siempre ha producido un rechazo por parte de aquellos ciudadanos que no compartían esa pretendida identidad común nacional; en algunos casos, llegando a desarrollar una identidad opuesta, como si de un proceso mimético se tratara. Esta oposición a una identidad homogénea, en ocasiones, se ha visto acentuada por factores derivados de la pobreza, la corrupción o la delincuencia y han provocado la aparición de identidades excluyentes, de corte integrista y fundamentalista. Regularmente, estas identidades excluyentes se han convertido en una amenaza para la paz, la estabilidad y la cohesión política en muchas partes del mundo.

Las entidades excluyentes son características de Estados fallidos que no han sido capaces de homogeneizar una identidad nacional común entre las distintas comunidades que forman el citado Estado fallido. Ante el colapso de un Estado, las distintas identidades quedan inmersas en un “dilema de seguridad” y reaccionan buscando su maximización a costa de las otras; para conseguir su supervivencia es necesario que las otras identidades sean más débiles, pues no

existen recursos suficientes para todas. En esta línea, Ives Terson señala que los genocidios resultan más propios de las sociedades plurales en las que se mantiene una desigual participación en el Estado que no tiene los suficientes recursos para cubrir las necesidades de los distintos grupos de identidad. En estos casos, la memoria colectiva se materializa en torno a un pasado histórico de enfrentamientos; la identidad de las partes se encuentra especialmente cimentada no en lo que les une sino en lo que les diferencia, generándose a partir de ese punto ciclos de polarización y extrema violencia (Terson, 1995). En este sentido, Afganistán ha sido un durante la mayor parte de su historia un Estado fallido, en la que las luchas entre sus etnias ha sido el claro protagonista de su sangrienta historia. La falta de recursos y pobreza ha maximizado la lucha “sin cuartel” entre las etnias afganas, derivando en numerosos periodos de guerras civiles. Debido a estas luchas, las relaciones entre etnias apenas han existido durante siglos, por lo que los ciudadanos han limitado sus relaciones a las de su comunidad.

La conciencia de la propia identidad se moldea a lo largo del tiempo mediante las ideas y creencias que tiene el sujeto sobre sí mismo, sobre el mundo, sobre otras personas, así como acerca de sus relaciones con ellos. En ciertas partes del mundo, como Afganistán, el ámbito en el que se mueve una persona es muy pequeño, por lo que su identidad fuera de un determinado grupo es muy limitada. Su identidad se alimenta continuamente como la única realidad que existe. Esta realidad es su estrecha comunidad, pues tiene muy poco contacto con el mundo exterior. Así los pastunes se relacionan con pastunes, los tayikos con tayikos y así sucesivamente.

En el pasado, esta circunstancia ocurría en determinadas zonas de los países occidentales, pero con el desarrollo, la globalización y el progreso es difícil encontrar una identidad exclusiva y excluyente en países desarrollados; sin embargo, la existencia de identidades excluyentes y tribales es una constante en países poco desarrollados y globalizados; como es el caso de Afganistán. El Estado no llega a los ciudadanos para que estos tengan una identidad política

estatal o un sentimiento de pertenencia a una nación; la mayoría de los ciudadanos tienen en común las costumbres de su propia comunidad, fuera de ésta “la vida no existe”. Por lo tanto, la identidad política de los ciudadanos está más ligada a una identidad étnica y tribal; no existe una identidad nacional que manifieste una homogeneidad entre las distintas etnias que componen el país afgano. Así, existe una competición notable entre los ciudadanos de distintas etnias y, como consecuencia de ello, existen injusticias que perduran durante siglos y siglos.

La segunda mitad del siglo XX fue testigo del surgimiento de movimientos políticos a gran escala, como por ejemplo: el auge del feminismo en Europa, los derechos civiles de los negros en los Estados Unidos, la liberación del colectivo LGTBI, los movimientos indígenas estadounidenses, etc. Estos movimientos se basan en afirmaciones sobre las injusticias cometidas contra ciertos grupos sociales. Estos movimientos sociales se sustentan y fomentan bajo una creencia de injusticia hacia un determinado grupo de personas que tienen una identidad común. La opresión, la falta de reconocimiento social, la explotación, la falta de derechos fundamentales, el rechazo social, la marginación, etc., forman parte del vocabulario más común de estos grupos.

La política de identidad que puede derivar en un conflicto está íntimamente relacionada con la creencia de que algunos grupos sociales están oprimidos; es decir, que la propia identidad como mujer o como afroamericana, por ejemplo, la hace particularmente vulnerable al imperialismo cultural, la violencia, la explotación, la marginación o la impotencia (Young I. M., 1990). Las políticas de identidad más reaccionarias tienen como argumento una cierta revancha frente a una narrativa que degrada o deshonra los sentimientos de una determinada comunidad. En este sentido, esta política de identidad busca, de diversas formas, la reparación o transformación de ciertos relatos o leyendas que previamente estigmatizaban la pertenencia a un grupo. En el sur de Estados Unidos una persona de color era estigmatizada como alguien que solo servía para tareas del campo y, en ciertos periodos de su historia, se llegaba incluso a esclavizarlos. El

recuerdo de estos episodios de la historia, así como ciertos sucesos de violencia contra un determinado colectivo por las fuerzas del orden, explica, en cierta medida, el estallido social que se produjo en EE. UU con la muerte de George Floyd. La mayoría de los participantes de las manifestaciones en EE. UU compartían una misma identidad política forjada durante décadas o siglos.

La “política de identidad” se refiere a una serie de acciones políticas que van desde el multiculturalismo, los movimientos feministas, los movimientos de homosexuales y lesbianas y los recientes conflictos violentos étnicos (Cressida, 2009), los movimientos de “black lives matter”, los altercados pos electorales en EE. UU protagonizados por Qanon, y otros movimientos sectarios de distinta índole que se promocionan en las redes sociales. El origen de la identidad de una determinada comunidad es fundamental para comprender las políticas de identidad; ya que existen identidades que se consideran a sí mismas como víctimas de una falta notable de reconocimiento a lo largo de la historia.

Como defiende Rosalind Brunt, hay quienes entienden la política de identidad como la política del reconocimiento de una determinada identidad (Brunt, 1989). Como ya se ha discutido, Francis Fukuyama argumenta que en caso de no darse ese reconocimiento, estas políticas de búsqueda de reconocimiento puede pasar a políticas de resentimiento (Fukuyama, Identidad, 2018) y, consecuentemente, a estallidos sociales. Las políticas de resentimiento es una de las principales consecuencias de los nacionalismos radicales que se dan en gran parte de Europa, Estados Unidos y también en Afganistán. En este sentido, Axel Honneth argumenta como indispensable el reconocimiento mutuo de uno mismo y el otro para respetar diferencias sociales, culturales e ideológicas (Honneth, 1995). De no darse este reconocimiento mutuo es muy probable que existan episodios de violencia que, en el peor de los casos, podrían suponer un conflicto a gran escala.

El reconocimiento mutuo, por lo tanto, es esencial en la estrategia de reconstrucción de un Estado en ciertos lugares en los que existen identidades

contrapuestas. Afganistán es un claro ejemplo de identidades políticas opuestas. Revisando la historia de Afganistán, ésta se basa en enfrentamientos entre etnias a lo largo de siglos, que difícilmente tienen solución si no es con el reconocimiento mutuo de las distintas identidades étnicas que forman la complejidad del país y que intentan influir en su política.

Algunos estudiosos sostienen que la política de identidad es clave para comprender la evolución de los Estados y la defienden como un instrumento clave para el cambio social (Sanchez, 2006) y para el "reconocimiento" social (Brunt, 1989). Igualmente, Francis Fukuyama, y Marion Young defienden que la política de identidad es necesaria para identificar las diferencias sociales (Young M. , 1990). Estas diferencias sociales en un país como Afganistán son las que deben dictar el funcionamiento del Estado y no al revés. En otras palabras las distintas entidades políticas son la referencia para construir un Estado y no el Estado para construir una determinada identidad política que no existe.

René Girard, en su libro "*achever Clausewitz*" define la identidad como un duelo que se presenta como una lucha del reconocimiento de identidades opuestas que se manifiesta mediante una acción mimética. Un proceso mimético es para Girard la clave de las identidades opuestas (Girard, 2007); como lo fueron el mundo liberal y el comunismo en la guerra fría y como, en cierta medida, han protagonizado los pastunes contra los distintos imperios que han intentado sin éxito conquistar Afganistán. En su búsqueda de reconocimiento, la etnia pastún se ha enfrentado a los distintos imperios invasores de Afganistán; como consecuencia, han formado una identidad particular basada en la lucha por el control de la política afgana y por el reconocimiento de su *thymòs* frente a los invasores y frente a las otras etnias de Afganistán.

El alcance de los movimientos políticos que pueden describirse como políticas de identidad es amplio, por ejemplo: las luchas por el reconocimiento y la justicia social de grupos de ciudadanos dentro de las democracias capitalistas occidentales, los movimientos por los derechos de los indígenas en todo el

mundo, los proyectos nacionalistas o las demandas de autodeterminación regional, las demandas de determinados grupos étnicos de un país, etc. Está fuera del alcance de esta tesis el ofrecer estudios históricos o sociológicos de los diferentes movimientos sociales que podrían describirse como políticas de identidad; sin embargo, las distintas etnias principales de Afganistán, pastún, hazara, uzbeka o tayika, se consideran identidades políticas propias, pues cada identidad tiene su propia argumentación en cuanto a su reconocimiento como etnia desfavorecida que merece un reconocimiento especial de las otras. Este reconocimiento de las etnias como iguales, y de su *thymòs*, debería haber sido un aspecto clave en la estrategia de reconstrucción de Afganistán que, sin embargo, nunca se tuvo en consideración. La estrategia de reconstrucción, como se comentó en el apartado 0, se basó en el fortalecimiento de la seguridad y las identidades políticas eran una segunda o tercera prioridad.

La reconstrucción de los Estados es una misión que forma parte de las intervenciones occidentales; sin embargo, la influencia de las políticas de identidad se analiza en muy pocas ocasiones en la reconstrucción de los Estados. Como norma general, la reconstrucción del Estado se focaliza en el restablecimiento de las instituciones estatales y la mejora de las capacidades del Estado. Desde la década de los ochenta, el potenciar las instituciones se percibe como una respuesta competente a la fragilidad del Estado en el que se ha intervenido (Wennmann, 2010).

Durante décadas, la reconstrucción de un Estado solía ser un proceso exógeno de actores externos al propio país en reconstrucción; un proceso "de arriba hacia abajo" en el que las fuerzas externas dictaban las formas, los procesos de reconstrucción y los tipos y condiciones de las instituciones estatales (Edward, 2010). El proceso exógeno viene a significar que las instituciones del país a reconstruir, muy probablemente, estarían muy influenciadas por los actores que participan en el proceso. El proceso de "arriba abajo" se focaliza primero en las instituciones y después en el ciudadano y sus particularidades; es decir, las identidades políticas no se consideran, pues es un "dogma" el considerarlas

como una sola. En el proceso exógeno de construcción del Estado, a menudo se priorizaban los intereses de los Estados y organizaciones exógenas sobre las necesidades y tradiciones locales; por lo tanto, no se tenían en cuenta las culturas ancestrales que dominan la historia del país. Así, el modelo “de arriba hacia abajo” de construcción del Estado, a través de su énfasis en el desarrollo de instituciones formales, ha ignorado sustancialmente el papel de los actores “informales”, así como el lugar de las culturas, identidades políticas y los valores tradicionales locales en el país (Lambach, 2010).

Estas aproximaciones basadas en una estrategia que únicamente se centra en las instituciones y, en la mayoría de las ocasiones, al estilo occidental, han sido un fracaso en numerosos casos; Afganistán es uno de ellos. Por ello, existe la imperiosa necesidad de comprender el lugar de las políticas de identidad en los procesos de construcción del Estado, ya que estas políticas tienen el potencial de priorizar el contexto local sobre los intereses de los Estados exógenos que participan en el proceso de reconstrucción; además, las políticas de identidad tienen el potencial de examinar las relaciones de poder entre las etnias y los pequeños grupos que pueden fomentar o restringir el proceso de construcción del Estado. Si en este análisis es muy probable que las instituciones del Estado no funcionen y, por lo tanto, el Estado se convierta en un Estado fallido.

En la formación de las identidades individuales y de grupo, existe un cierto debate académico referente a cuáles son los procesos más significativos por la que se forman esas identidades. Algunos académicos, como Liz Bondi y Rosaura Sánchez han enfatizado en las causas materiales (Bondi, 1993), (Sanchez, 2006). En contraposición a los anteriores, Paul Sawyer e Ronald Inglehart han defendido factores sociales, culturales, lingüísticos, religiosos y tecnológicos (Sawyer, 2006) (Inglehart, 1981). Sin embargo, lo realmente importante del debate sobre las políticas de identidad es si realmente tiene trascendencia en una sociedad; especialmente en las sociedades de Estados fallidos. Como se detallará más adelante, la identidad o identidades en un país es clave para entender su política y, en el caso de Afganistán, tiene aún más relevancia debido

a la fragilidad de sus instituciones y falta de gobernanza en todo el país. La falta de gobernanza en Afganistán supone que las identidades étnicas dominen también las identidades políticas de sus ciudadanos y, por lo tanto, sean una pieza clave en la reconstrucción del Estado.

Tener en cuenta las diferencias de las distintas identidades políticas que existen en un determinado Estado, es básico para comprender la diversidad social en la que los miembros de varios grupos desarrollan una comprensión mutua e integral de los problemas que conciernen a toda la sociedad. Si estos problemas son comunes a todos grupos de un determinado país, se forma de alguna manera una identidad común. Además, si el Estado implementa políticas para acabar con esos problemas el sentimiento nacional aumenta, a pesar de las circunstancias de pobreza o de falta de conexión social. El problema surge cuando no existe un Estado capaz de implementar políticas o acciones contra esos problemas; entonces el efecto es el contrario. La falta de gobernanza, el hambre o la corrupción política son problemas endémicos del Estado afgano que merman la identidad nacional afgana del ciudadano corriente. El hecho de que Afganistán sea el país con peor desarrollo en índices de paz y seguridad debería afectar a todos sus ciudadanos por igual, independientemente de la etnia o raza. Sin embargo, estos problemas no afectan por igual a unos grupos y a otros; por ejemplo, la etnia hazara es la que más sufre los problemas de seguridad, con asesinatos y violaciones por el mero hecho de pertenencia a un determinado grupo étnico con una rama del islam chiita que no es la mayoritaria en Afganistán.

Los contextos occidentales en los que se estudian las políticas de identidad tienen sus propias tradiciones históricas, prácticas culturales y condiciones sociales. Sin embargo, el factor más diferenciador de occidente respecto a otros países es que occidente tiene un sistema de seguridad muy superior, especialmente si se compara con Afganistán. Como mínimo, los Estados occidentales tienen un Estado capaz de proporcionar seguridad, bienestar, recursos económicos y un marco legal para sus ciudadanos; y también tienen la capacidad de proteger y defender los derechos soberanos y los intereses de su

Estado. En otras palabras, tienen una autoridad central relativamente más fuerte que la mayoría de los Estados en desarrollo. Por lo tanto, las dinámicas de las políticas de identidad de occidente no son válidas en aquellos lugares de Estados débiles o fallidos. Afganistán, al ser casi un Estado fallido, no puede tener las mismas dinámicas de políticas de identidad que la mayoría de Estados europeos o de los Estados Unidos. Para complicar aún más la ecuación de las identidades políticas, en Afganistán no todas las etnias tienen una única identidad política, lo que supone que exista aún más polarización entre sus ciudadanos.

En ocasiones existe una tendencia a generalizar sobre el comportamiento y las características de los miembros de un grupo étnico, religioso o sectario sin tener en cuenta que cada miembro es también único. Por lo tanto, pueden existir dentro de la identidad de un grupo otras identidades que quitan cierta armonía a ese grupo, en el sentido de que existen ciertas diferencias que pueden ser importantes entre sus miembros. Por ejemplo, dentro de los pastunes hay distintas opiniones respecto al código pastunwali o el seguimiento estricto de la Sharia. Unos moldean su identidad siguiendo un estilo de vida más enfocado hacia el islamismo, mientras que otros siguen más el código pastún pastunwali. Esto explica que algunos pastunes estén completamente en contra de los talibanes, otros estén un poco a favor y otros tantos ingresen en el grupo. Cualesquiera que sean los porcentajes de esos grupos, lo que está claro es que la identidad talibán no alcanza a todos los pastunes de Afganistán.

El resultado de las elecciones presidenciales afganas revela dos puntos importantes que enfatizan la relevancia de la identidad política en el contexto de las etnias. La mayoría de la población, a la hora de ejercer su derecho a voto, muestra más lealtad hacia su respectivo grupo étnico. Esto se debe a que el recuerdo de décadas de guerra y conflicto todavía domina gran parte del pensamiento y la toma de decisiones de la población civil. En tal contexto, votar por su respectivo candidato étnico tiene la ventaja de apoyar a un miembro interno contra uno externo (Friese, 2002). Por ejemplo, la mayoría de los hazaras vota por los candidatos hazara porque se percibe que pertenecen a su propio

grupo étnico; sucede lo mismo en el caso de los pastunes, uzbekos o tayikos. En otras palabras, la comunidad de sentimientos, o la pertenencia a identidades lingüísticas, étnicas y/o sectarias, todavía domina las decisiones políticas.

Un aspecto clave de la falta de identidad política común en Afganistán ha sido, y es, la debilidad del propio Estado afgano. Afganistán, durante toda su historia, no ha conseguido tener un gobierno fuerte central que satisfaga las necesidades de sus ciudadanos. Esto ha sido en parte por las continuas invasiones sufridas, como se describe en el apartado 2, como por otros problemas internos en el gobierno: la corrupción, las guerras civiles, etc. La principal diferencia entre Suecia y países como Sudán o Afganistán es la capacidad que tiene el Estado en influenciar a sus ciudadanos. El primero tiene una autoridad central fuerte mientras que Sudán y Afganistán tienen una autoridad central débil. Se considera que un Estado es fuerte cuando tiene la capacidad de penetrar en la sociedad, regular las relaciones sociales, extraer recursos y apropiarse o utilizar los recursos de determinadas formas. Las funciones básicas para que un Estado se considere sólido son proporcionar seguridad y orden; defender su soberanía e intereses nacionales; respetar el Estado de derecho y satisfacer las necesidades básicas de su población (Fukuyama, *Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq*, 2004)

Georg Sorensen en su discusión sobre los Estados menos desarrollados, describe un Estado débil en este sentido: “a nivel nacional, sus instituciones son ineficaces y no llegan al ciudadano; y a nivel local, distintos grupos buscan acceder sin un procedimiento claro, y en ocasiones segado, a recursos estatales y a la ayuda internacional”. Por ello, en zonas como Afganistán, la relación entre el Estado y la sociedad es nefasta en el sentido de que el ciudadano "identifica al Estado como una fuente de pillaje, amenaza y explotación" (Sorensen, 2004). En un Estado débil, la mayoría de la gente no está incluida en las políticas del gobierno y, si existen instituciones a nivel nacional, simplemente las desconocen. Un Estado frágil es incapaz de proporcionar seguridad, administrar sus asuntos; además, siempre está sujeto a la inestabilidad interna y la interferencia de

potencias externos. Sus ciudadanos, en tales circunstancias, en lugar de depender de la burocracia estatal, encuentran redes locales para sobrevivir, ya sea mediante familiares, parientes, tribus, grupos étnicos y/o religiosos.

George Sorensen resume el impacto en la identidad en un Estado central débil argumentando que en tal Estado "ni el sentimiento de pertenencia a una comunidad de ciudadanía ni la de un Estado se desarrollan en ningún momento" (Sorensen, 2004). En estos Estados, las relaciones sociales, legales y políticas entre sociedad y Estado son frágiles y la identidad nacional no se desarrolla. En cambio, hay un aumento en el valor de las identidades étnicas en la sociedad, dificultando aún más el desarrollo de una identidad nacional (Sorensen, 2004). Por lo tanto, la débil capacidad del Estado afgano para realizar sus funciones básicas requeridas es central en la falta de desarrollo de tasas altas de identidad nacional. En otras palabras, para tener una identidad nacional es necesario que el Estado funcione, que todos los ciudadanos tengan una sensación de amparo, de respuesta del Estado ante las dificultades; en resumen, que exista una mínima gobernanza.

Académicos y expertos coinciden en que Afganistán ha tenido, durante toda su historia, un Estado central frágil y un bajo nivel de gobernanza (Saikal, 2004), (Maley, 2009), (Barfield, 2012). William Maley argumenta que, por ejemplo, las políticas de identidad en Afganistán se han centrado en las relaciones dominantes entre los gobernantes y los gobernados, lo que ha supuesto una notable falta de percepción de legitimidad de los ciudadanos hacia su gobierno (Maley, 2009). G. Marvin Weinbaum afirma que existe un casi nulo alcance y una profundidad limitada de la autoridad central afgana a la hora de satisfacer las necesidades básicas de seguridad de sus ciudadanos (Weinbaum, 2006). Amin Saikal explica cómo un Estado afgano débil ha allanado el camino para la interferencia e influencia externa de potencias regionales y globales en los asuntos del país (Saikal, 2004), (Barfield, 2012). Barnett Rubin utiliza la expresión de "Estado rentista" para describir la debilidad del Estado afgano que, por un lado, ha dependido de la ayuda del mundo exterior y ha demostrado una

gran incapacidad para utilizar su poder coercitivo como Estado y el poder de su infraestructura de manera efectiva (Barnett Rubin, 2003). Todos ellos coinciden en un análisis, Afganistán nunca ha sido un Estado tal y como se entiende en occidente.

El Estado afgano, en numerosas ocasiones, no puede atender las exigencias más básicas de sus ciudadanos, por lo que el Estado no es considerado como un mecanismo de ayuda. Las redes locales como la tribu, el clan y la religión dominan las rivalidades políticas y, en gran medida, reducen la probabilidad de establecer fuertes "lazos de derechos y obligaciones" entre el Estado y el ciudadano (Sorensen, 2004). En una sociedad así, se desarrolla una economía moral en el que un individuo no depende de las instituciones estatales para subsistir, sino que busca la ayuda de parientes, clanes y tribus para encontrar trabajo, pagar las tasas escolares, los gastos corrientes, etc. Esta economía moral, en última instancia, se traduce en una pérdida de confianza casi total del ciudadano hacia el Estado.

En Afganistán, la economía moral" se fortalece con el paso del tiempo y proporciona cierta seguridad a la sociedad; existe una ausencia de programas estatales de bienestar de ayuda al ciudadano, que son los estándares de un Estado occidental. Conforme los ciudadanos van ejerciendo más y más una ayuda basada en la tribu, más se pierde la identidad del ciudadano de pertenencia a un Estado. Por otro lado, es la religión la única salida a los problemas cotidianos del ciudadano afgano, situación que hace que se fortalezca la pertenencia a un grupo y a la confrontación con otros grupos que no tienen los mismos valores; por ejemplo, los valores occidentales basados en los derechos humanos frente a la tradicional ley islámica o Sharia. Así, cada vez más, la identidad política del ciudadano afgano se focaliza en tradiciones conservadoras, la Sharia y, en los casos más radicales, aparecen grupos fundamentalistas.

El Estado afgano está inmerso en una situación de pobreza generalizada, en la que la economía local es la norma que no logra expandirse fuera de grupos

limitados de población (ver 4.2). Hamzeh Waezi sostiene que Afganistán no solo es económicamente pobre sino que “una cultura de la pobreza” está muy extendida en el país (Waezi, 2002). Esta cultura de la pobreza tiene dimensiones tangibles y no tangibles. Por un lado existe una profunda desigualdad de ingresos entre la población rural y urbana, y entre el la élite y la población en general. En el lado no tangible, el ciudadano está desvinculado de las instituciones estatales; tienen una sensación de desesperanza, consternación y miedo y, a menudo, se sienten marginados, discriminados y silenciados. Por este motivo, argumenta Oscar Lewis que los ciudadanos son hostiles a las instituciones gubernamentales, rara vez confían en la policía y tienen "poco potencial de protesta y de participación en movimientos políticos dirigidos contra el orden existente" (Lewis, 1996). Ante este panorama tan complejo, el intento de occidente de implementar una democracia en Afganistán no hacía más que chocar con la mayoría de las identidades políticas afganas.

5.2 La democracia y la identidad política en Afganistán.

Resumiendo el punto anterior, se puede afirmar que la falta de un Estado fuerte que haya promovido una identidad política nacional es la causa de la falta de sentimiento nacional común en afganistán. Sin embargo, la incidencia de occidente y su apuesta por una democracia con ciertos aspectos liberales ha supuesto que el *thymòs* del ciudadano afgano, y especialmente el de los pastunes, haya reaccionado llevando al extremo el enfrentamiento ideológico entre el islam y occidente. Ciertamente, la Constitución aprobada en 2004 en Afganistán, a raíz de las conferencias de Bonn, han supuesto numerosas contradicciones entre los valores occidentales y la tradición afgana basada en el islam y, particularmente, en la Sharia. La elección entre democracia o identidad es una encrucijada en la que se encuentra Afganistán en estos momentos, pues es muy difícil conciliar una sociedad muy conservadora con tradiciones basadas

en una interpretación casi fundamentalista del islam con los principios democráticos de su Constitución. Ciertamente, la identidad política del ciudadano afgano ha estado moldeada por los principios de la tradición islámica y, particularmente, por la Sharia y el Corán. El objetivo de este capítulo es responder a la pregunta si es posible conciliar las identidades de Afganistán con los valores que se detallan en la Constitución de Afganistán.

Entendida como la norma de más alto valor jurídico del Estado, la Constitución de Afganistán declara la religión del islam como la “religión de la república islámica del islam” (Constitución de Afganistán, 2004). La Constitución pese a ser la norma de más alto rango de cualquier sistema jurídico, la de Afganistán entra en varios conflictos con la ley islámica tradicional musulmana. La ley islámica, también llamada Sharia, se caracteriza por su “adaptación” a lo largo de la historia a distintas necesidades o costumbres de aquellas regiones donde se expandía el islam. Durante el paso de los siglos, en distintas regiones del imperio islámico se desarrollaron tradiciones legales regionales divergentes, que fueron reproducidas en círculos de estudio, o *ḥalqah*²². Los círculos de estudio más activos se encontraban en el Hejaz²³ e Irak, aunque lugares como Siria y Egipto también tuvieron cierto protagonismo en el desarrollo y discusión del islam. El islam también llegó a Afganistán y forma parte de casi la totalidad del ciudadano afgano. Es islam, además de ser la referencia en cuanto a la fe del musulmán, también forma parte del código jurídico político de la mayoría de estados musulmanes y Afganistán es uno de ellos. Con la aprobación de la Constitución en 2004, muchos de los postulados del islam entraron en discrepancia con la Carta Magna. La pregunta sobre si el islam o la Constitución es preferente en el sistema jurídico afgano es una pregunta que todavía se plantean juristas, historiadores y políticos.

²² Llamado así porque el maestro estaba, por regla general, sentado en un estrado o cojín con los alumnos reunidos en semicírculo ante él.

²³ Una región en la costa occidental de la Península Arábiga

La Constitución afgana establece que, en virtud del artículo 130, “En los casos bajo consideración, los tribunales aplicarán las disposiciones de esta Constitución y otras leyes. Si no hay ninguna disposición en la Constitución u otras leyes sobre un caso, los tribunales, de conformidad con la jurisprudencia de Hanafi y, dentro de los límites establecidos por esta Constitución, gobernarán para que se obtenga justicia de la mejor manera (Constitución de Afganistán, 2004). El Dr. Neamat Nojumi, un académico de la Universidad George Mason con argumenta que Las leyes afganas se estructuran en tres niveles interrelacionados: la Constitución y las leyes estatutarias aprobadas por el Parlamento, las leyes de la Sharia aprobadas sobre la base de los volúmenes legales determinados por el Ministerio de Justicia y el derecho consuetudinario. Nojumi explica que existe una estructura y enfoque jerárquico en la aplicación de las leyes; la Constitución sitúa la ley estatutaria por encima de la Sharia y el derecho consuetudinario. En la práctica, los jueces están obligados a aplicar las leyes estatutarias, a menos que no sean suficientes, en cuyo caso el juez puede aplicar la versión permitida de la Sharia y, si eso no es suficiente, el juez puede aplicar los principios consuetudinarios, siempre que no contradigan el sistema legal o violar los derechos básicos de los ciudadanos (EASO, 2017). Aunque la estructura legal parece estar clara, la jurisprudencia consuetudinaria tiene especial relevancia en distintas zonas de Afganistán, que sólo se explican mediante la evolución histórica de la Sharia y su relación con distintas culturas durante la expansión del islam.

Con el surgimiento de la cultura jurídica escrita, las tradiciones regionales se enfrentaron a la necesidad de justificar sus doctrinas de manera sistemática y de comprometerse con las tradiciones de otras regiones. Estas tradiciones se empezaron a plasmar en libros, con lo que se produjo una clara expansión del islam pero también perdiendo la homogeneidad de unos sitios a otros; debido a la distinta interpretación del islam de los distintos “maestros o eruditos” del islam. La interpretación del islam, por lo tanto tiene sus raíces en los inicios de la religión

y es una de las identidades principales de la civilización islámica que también influye en la identidad política de los distintos países musulmanes.

Gracias a la plasmación en los libros, las doctrinas de las escuelas regionales se volvieron “expedicionarias” y pudieron expandirse más allá de sus ubicaciones originales. Como resultado, el lugar de la interpretación puramente teórica de los expertos pasó a los individuos responsables de su elaboración y codificación, formando distintas identidades pero manteniendo una identidad común basada en los principios fundamentales del islam. En particular, la escuela de Medina se asoció con Mālik ibn Anas, el jurista más prominente de Medina a finales del siglo VIII, y llegó a ser conocida como la escuela Mālikī, y la escuela de Kūfah se convirtió en la escuela Ḥanafī, llamada en honor a su mayor jurista, el contemporáneo Abū Ḥanifa de Mālik, que fundó su escuela durante el siglo VIII. La escuela del jurista Hanifa es la principal referencia de los sunitas, principal rama del islam que domina casi el 90% de los ciudadanos de Afganistán y que influye notablemente en su identidad política.

La aplicación de la ley religiosa del islam ha moldeado la identidad política de todos los musulmanes del mundo a lo largo de la historia; la ley islámica no es solo un conjunto de normas como las podemos entender en occidente, sino que es un mandato divino de conducta e interpretación de la vida. La ley religiosa del Islam se considera la expresión del mandato de Dios para los musulmanes y, en su aplicación, constituye un sistema de deberes que incumben a todos los musulmanes en virtud de sus creencias religiosas. Al ser un mandato de Dios, ninguna otra norma o código de conducta hecho por el hombre puede contradecirla; por lo tanto, bajo este principio, la ley islámica está siempre por encima de la Constitución afgana. Esta jerarquía entra en conflicto con la identidad política occidental en lo referente a la concepción de un Estado que, en la amplia mayoría de los casos, se caracteriza por ser aconfesional, donde los derechos humanos son claves. También entra en conflicto referente a lo que afirma el Dr. Neamat Nojumi referente a la jerarquía de las leyes; la Sharia entra en conflicto con la constitución porque para la mayoría de los afganos es mucho

más que una “simple ley”. Conocida como la Sharia (literalmente, "el camino que conduce al abrevadero"), la ley islámica representa un camino de conducta divinamente ordenado que guía a los musulmanes hacia una expresión práctica de su convicción religiosa en este mundo y con la meta del favor divino en el más allá. En línea con el “mandato divino”, la Constitución afgana deja claro la prevalencia de la ley islámica en su artículo tercero: “ninguna ley contradice los principios y disposiciones de la santa religión del islam en Afganistán” (Constitución de Afganistán, 2004)

Para comprender las diferencias de las identidades políticas de un occidental y un ciudadano afgano es imperativo conocer la naturaleza y significado de la ley islámica, particularmente las dos mayores diferencias respecto a un sistema liberal occidental. Fundamentalmente, la Sharia se diferencia de los sistemas legales occidentales en dos aspectos principales. En primer lugar, el alcance de la Sharia es mucho más amplio que las leyes occidentales; la ley islámica regula la relación del individuo no sólo con los vecinos y con el Estado, que es el límite de la mayoría de los demás sistemas legales de occidente, sino también con Dios y con la propia conciencia del individuo; en este sentido la ley islámica regula la identidad referente a quien soy del ciudadano. La ley islámica no solo regula la identidad política del creyente sino su manera de entender la vida, su relación con los demás y con el mundo.

Las prácticas rituales, como las oraciones diarias (ṣalāt), la limosna (zakāt), el ayuno (ṣawm) y la peregrinación (hajj), son una parte integral de la Sharia y generalmente ocupan los primeros capítulos de los manuales legales del mundo islámico. Estos rituales modelan la identidad del ciudadano islámico, en el sentido que sus ritos crean una identidad común en cualquier país de creencia del islam. Las prácticas rituales son más que un código de conducta o un conjunto de leyes o normas; las prácticas rituales son deberes que crean una identidad común entre todos los ciudadanos que la practican, pues todos se deben a los mismos principios que moldean sus conductas. Estas costumbres también influyen en la política del Estado, pues es el Estado también quien debe

promover los rituales del mundo islámico. Por lo tanto, se crea una identidad que va más allá que la propia del individuo: se crea una identidad política pues existe una relación reglada entre el individuo y el Estado. Además, esta identidad política está protegida por la ley más relevante de la cultura islámica; la Sharia.

La Sharia se ocupa tanto de los estándares éticos como de las reglas legales, indicando no sólo lo que un individuo tiene derecho o está obligado a hacer por ley, sino también lo que debe, en conciencia, hacer o abstenerse de hacer. Esta amplitud de obligaciones no tiene paralelismo en ningún código legal occidental que, mayormente, se basa en la libertad de expresión, los derechos humanos, la igualdad ante la ley y el imperio de ésta. La Sharia va más allá que las normas y leyes occidentales, pues desarrolla un código ético y social. En resumen, La Sharia no es, por tanto, simplemente un sistema de leyes, sino también un código de conducta integral que abarca tanto las actividades públicas como las privadas.

La segunda gran distinción entre los sistemas legales Sharia y occidentales es consecuencia del concepto islámico de la ley como expresión de la voluntad divina. Esta divinidad está claramente reflejada en la Constitución afgana en sus artículos primero, segundo y tercero que contienen expresiones como: “la religión sagrada”, la santa religión del islam”, etc. Una divinidad que tiene siglos de tradición y que es una característica de la religión del islam. Con la muerte del Profeta Muhammad en 632, se puso fin a la comunicación directa de la voluntad divina a los seres humanos, y los términos de la revelación divina fueron fijados e inmutables; existen principios que marcó Mahoma que son indiscutibles y que forman parte de la civilización islámica. Esto supone que los principios fundamentales del islam son inmutables pese a que daten de hace más de catorce siglos. La concepción de la Sharia es, por lo tanto, de continuidad inmutable. Sin embargo, la revelación se puede interpretar de diversas formas y, con el tiempo, la diversidad de posibles interpretaciones ha producido una amplia gama de posiciones sobre casi todos los puntos de la ley. En el período pre moderno, los ‘ulamā’ (eruditos religiosos musulmanes) tenían el monopolio de la interpretación de la ley, pero, desde el siglo XIX, su monopolio ha sido

desafiado por elites y laicos occidentalizados, generando distintas identidades políticas debido a las distintas interpretaciones de las palabras de Mahoma.

En la Ilustración 39 se resume, de forma genérica, las diferencias fundamentales entre la identidad política del islam y la identidad política occidental. Como se puede observar, la identidad política de occidente se basa en la Constitución como pieza clave de un Estado. La identidad política occidental está muy ligada a los derechos humanos, la separación de poderes de Montesquieu, los procesos electorales, la igualdad ante la ley, la jerarquía de las leyes y, últimamente, por corrientes como los derechos de la comunidad homosexual y el feminismo. Por otro lado, en la misma ilustración se detallan las principales características de la identidad política musulmana. Como pieza angular se encuentra el Corán, libro que se relaciona con la palabra divina de Alá. Derivado del Corán, la identidad política islámica está ligada a la cultura musulmana, las tradiciones, los mandatos de Dios recogidos en el Corán, la vida religiosa y, en mucho de los casos, la interpretación del Corán por parte de eruditos o líderes religiosos. En resumen, son dos identidades políticas que, en ocasiones, son contrapuestas.

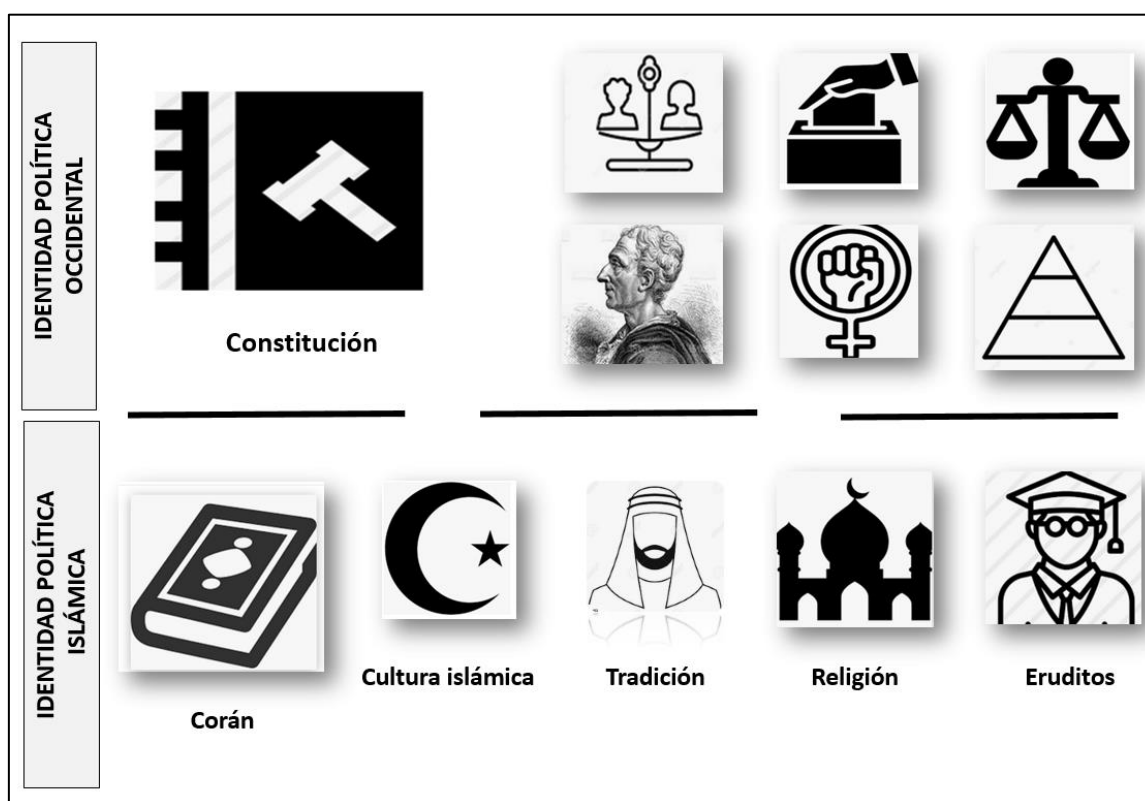


Ilustración 39: Diferencias entre las identidades políticas occidentales e islámicas

Como se detalla en la Ilustración 39, un elemento importante de la identidad política islámica es la aportación de los líderes religiosos o eruditos. La interpretación de estos líderes tiene consecuencias muy importantes en la vida de millones de creyentes del islam y, como lógica consecuencia, también influye en su identidad política. La cuestión de qué interpretaciones se vuelven normativas en un momento dado es compleja; no existe un procedimiento establecido o un proceso de comunicación e implementación normativa. Esta complejidad supone que muchas de las interpretaciones supongan una cierta parcialidad en un momento dado y que los líderes religiosos alcancen el estatus de juez en ciertos procesos jurídicos. Por establecer un paralelismo en el mundo occidental, es como si un sacerdote o el cura de una parroquia pudiera dictar sentencia en un desacuerdo de cualquier tipo; incluso, en los casos más extremos, condenar a una persona a la pena capital.

Los primeros estudios occidentales sobre la ley islámica defendían el argumento de que, si bien la ley islámica dio forma a las sociedades musulmanas, esta última no tenía ninguna influencia sobre la ley islámica. La sociedad islámica, en un principio, parecía obedecer a los postulados de la ley islámica sin poder desviarse de la misma; en otras palabras, la sociedad no podía influir en la norma “dictada de Dios”. Sin embargo, esta posición se ha vuelto insostenible a lo largo de la historia; muy probablemente por la globalización y la influencia de otras civilizaciones, especialmente la occidental. Las presiones sociales y los intereses comunitarios han jugado un papel importante en la determinación de la práctica de la ley islámica en contextos particulares, tanto en el período pre moderno como, en mayor medida, en la era moderna. Esto ha dado lugar que el islam se haya dividido en distintas ramas; las más conocidas, los sunitas y chiitas que mantienen importantes diferencias en materia de doctrina, rituales, leyes, teologías, el papel de la mujer en la sociedad, los derechos humanos la y organización.

Los sunitas son mayoría entre los musulmanes (se estima que entre el 86% y el 90% pertenecen a esta corriente) y se ven a sí mismos como la rama más tradicional y ortodoxa del Islam. En este caso, la identidad política de los sunitas está muy ligada a las prácticas derivadas de las acciones del profeta Mahoma y sus allegados; la interpretación de la palabra de Dios tiene un margen muy estrecho en la rama sunita. Por otro lado, existe la rama de los chiitas. Los chiitas iniciaron como una facción política; literalmente "Shiat Ali" o el partido de Ali²⁴. Los chiitas basan su identidad política en la tradición del martirio, de sus rituales de duelo y, principalmente cuentan con una jerarquía de clérigos que practican una interpretación abierta y constante de los textos islámicos. Contrariamente a los sunitas, la interpretación de la Sharia es, dentro de unos límites, más flexible.

²⁴ El Ali en cuestión era el yerno del profeta Mahoma y los chiitas reclaman su derecho, y el de sus descendientes, a liderar a los musulmanes

Estas dos identidades dentro del islam, tienen una gran influencia no solo en Afganistán sino que también en la geopolítica mundial. Muchas de las alianzas de los Estados árabes se basan en el componente sunita/chií, pues esa diferencia en la interpretación de la ley islámica no es solamente un componente religioso tal y como lo entiende occidente; en realidad es una manera de entender la vida que, evidentemente, tiene repercusiones en la política y en la identidad política de los ciudadanos islámicos. Esta rivalidad sunita/chiita explica las tensas relaciones a lo largo de la historia entre la chiita Irán y la sunita Arabia Saudí, entre otras.

En el caso concreto de Afganistán, la rama sunita domina el país, con menos de un 12 % de creyentes chiitas, representados en su mayoría por la etnia hazara. Esta identidad chiita de los hazaras y sunita de los pastunes explica las continuas persecuciones, violaciones y asesinatos que han sufrido la comunidad hazara durante las últimas décadas en Afganistán. Unos eventos que se han visto acentuados por la radicalidad extrema de los talibanes, tanto como cuando estaban en el gobierno como actualmente. En resumen, las dos ramas chiitas y sunitas representan dos identidades políticas en ocasiones contrapuestas que, en su máxima expresión, pueden suponer enfrentamientos violentos entre ambos grupos. Por ejemplo, en enero de 2016, el gobierno de Arabia Saudí ejecutó a un clérigo chiita acusado de terrorismo “en el que las diferencias entre las dos ramas tenían un claro peso de fondo” (BBC News, 2016). Sin embargo, las dos ramas tienen una identidad muy similar si las comparamos con otras culturas o civilizaciones, por ejemplo como la civilización occidental. Estas diferencias suponen que exista un choque de identidades entre el occidental y el ciudadano afgano.

5.3 El choque de occidente con la identidad afgana

A pesar de que las revelaciones del Corán establecieron normas básicas de conducta, el Corán no es en ningún sentido un código legal completo: solo alrededor del 10 por ciento de sus versos tratan sobre cuestiones legales. Durante su vida, Mahoma, como juez supremo de la comunidad, resolvió los problemas legales que surgieron interpretando y expandiendo las disposiciones generales del Corán, estableciendo así una tradición legal que continuaría después de su muerte. Con la rápida expansión del reino islámico bajo los sucesores políticos de Mahoma, la política musulmana se volvió más compleja administrativamente y entró en contacto con las leyes e instituciones de las tierras que los musulmanes conquistaban. Esta entrada en contacto, supuso que existieran interpretaciones distintas del Corán, ya que con la muerte de Mahoma, eran los jueces y eruditos los encargados de aplicar las directrices del Corán. La expansión del islam fue más veloz que la implementación de un sistema jurídico común en todas las zonas. Por lo tanto, los jueces debían interpretar el Corán conforme a su criterio ya que no existía, en numerosas ocasiones, instrucciones claras en el Corán sobre asuntos específicos.

Con el nombramiento de jueces, o qadís, en las distintas provincias y distritos, se creó un poder judicial organizado. Los qadis fueron responsables de dar efecto a un creciente *corpus de derecho administrativo y fiscal*, y adoptaron pragmáticamente elementos e instituciones de la ley romano-bizantina y persasasánida en la práctica legal islámica en los territorios conquistados (Shamsy, 2013). Dependiendo de la discreción del cadí individual, las decisiones judiciales se basaban en las reglas del Corán cuando eran relevantes, pero el enfoque nítido en el que se sostenían las leyes coránicas en el período de Medina se perdió con la expansión del islam a otras regiones del mundo. Sin embargo, la forma de castigar ciertos tipos de delitos se mantuvieron en la mayoría de las regiones conquistadas y se mantuvieron durante siglos hasta la actualidad. Pese a las críticas de la sociedad internacional, recientemente se han ejecutado a mujeres, acusadas de adulterio, mediante la lapidación; castigos que datan de códigos legales de más de diez siglos de antigüedad.

A pesar de las protestas contra la crueldad de las más radicales interpretaciones de la Sharia, penas y ejecuciones contra los derechos fundamentales de las personas siguen teniendo lugar en Afganistán. En 2015, once años después de que la Constitución afgana entrara en vigor, un hombre y una mujer afganos declarados culpables de adulterio y recibieron 100 latigazos frente a una multitud que filmaba el castigo y que después subiría el video a plataformas sociales para publicitar el escarmiento (Reuters, 2015). Aunque este episodio entra en contradicción con la Constitución afgana, concretamente con el artículo seis que defiende la preservación de la dignidad humana y los derechos humanos, esto es una práctica común en ciertas zonas de Afganistán que, en la mayoría de los casos, queda impune. En estos casos, existe una clara polaridad de la identidad política occidental y la particular identidad política mayoritaria de Afganistán, muy influenciada por la Sharia y las tradiciones del islam. Es evidente, que ninguna democracia liberal permitiría un “espectáculo público” para punir comportamientos del ámbito privado; sin embargo en Afganistán si es posible.

Otra de las cuestiones más chocantes con los valores de occidente es el fundamentalismo religioso en Afganistán. A pesar de que la Constitución recoge la libertad de expresión, en el ámbito religioso no es tan flexible y, por ejemplo, declara que el presidente del gobierno tiene que ser obligatoriamente de confesión musulmana. Aunque la apostasía no la señala como un delito, diversos episodios demuestran que tanto la libertad de culto como de expresión son y seguirán siendo un problema en Afganistán. El caso de Rahman, el ciudadano afgano que renunció al islam y se convirtió al cristianismo confirma la profunda identidad religiosa de la mayoría de los afganos y, especialmente de las élites del gobierno y de la asamblea nacional. En este caso concreto del señor Rahman, el propio parlamento de Afganistán insistió en que no se le permitiera salir del país, ya que consideraba que su liberación era contraria a las "leyes dominantes" de Afganistán, por haber cometido apostasía. Los clérigos habían pedido que fuera juzgado bajo la ley islámica que, según interpretaciones conservadoras, se podía aplicar la ejecución como castigo por “su pecado”.

Durante los días que duró la crisis cientos de personas se manifestaron protestando por la interferencia occidental, que al final consiguió que el acusado se exiliara a Italia.

La Constitución afgana indica que el Islam es la religión del Estado, aunque los miembros de otras religiones pueden practicarla libremente dentro de los "límites de la ley" (Constitución de Afganistán, 2004). Ni el Código Penal de 1976 ni la Constitución de Afganistán tratan explícitamente cuestiones de apostasía, blasfemia o conversión. Sin embargo, La conversión del Islam a otra religión sí se considera apostasía según la ley islámica (USDOS, International Religious Freedom Report for 2016 - Afghanistan, 2017), incluido el abandono del Islam por el ateísmo (ALEP, 2012). Según la ley islámica, a las personas que abandonen la fe se les dará tres días para retractarse o se enfrentarían al castigo por apostasía. Sin embargo, el proceso para retractarse bajo la Sharia no está claro. La base de datos de Death Penalty Worldwide (DPW) de la Facultad de Derecho de la Universidad de Cornell señala que retractarse "no elimina realmente la pena por existir como un" apóstata "" (DPW, Cornell University Law School, 2012). La escuela de Hanafi la más influyente en Afganistán, prescribe que la apostasía se castiga con la muerte, el encarcelamiento o la confiscación de bienes (USDOS, International Religious Freedom Report for 2016 - Afghanistan, 2017).

El caso del Sr. Rahman causó una gran conmoción internacional, especialmente en los países occidentales, que apelaron al presidente Hamid Karzai de Afganistán a que actuara a favor del Sr. Rahman. Por otro lado, la administración Bush también presionó al presidente Karzai para que resolviera el caso; sin embargo, Karzai se resistió, citando la separación de los poderes ejecutivo y judicial. Alemania, Italia y Canadá, que tenían tropas en Afganistán, y otros países expresaron sus preocupaciones sobre el destino de Rahman y amenazaron con la retirada de sus soldados. Aunque al final Rahman no fue juzgado, el mero hecho de que si pudiera haberlo sido confirma la primacía en

Afganistán de la aplicación de la Sharia en su forma más radical, frente a la Constitución afgana que, teóricamente, debe observar los derechos humanos.

La pena de muerte por apostasía es todavía un sujeto de debate de académicos, juristas e historiadores. La pena de muerte por apostasía se basa en su esencia en un *Hadiz*²⁵ que se le atribuye a Mahoma quien dijo: "Quien cambie de religión, mávalo". Esta declaración, sin embargo, parecería contradecir numerosos versículos del Corán que garantizan la libertad de creencia, algunos de los cuales incluyen "No hay coacción en la religión" y "Quien quiera puede creer y quien quiera negar".

Aunque el Hadiz mencionado anteriormente está extendido en el islam, también se algunos argumentan que el Profeta Mahoma nunca ordenó que se aplicara la pena de muerte a personas que se sabía que habían apostatado. Entre esas personas es conocida la historia de un hombre beduino que llegó a Medina (durante una época de poder político y militar para los musulmanes) para anunciar su Islam, pero apostató y abandonó la ciudad poco tiempo después sin recibir ninguna sanción por su posterior rechazo (Alalwani, 2014). Estas contradicciones entre un hadiz y otro desconcierta a jurídicos y políticos occidentales, que ven como ciertos clérigos y eruditos del islam más radical pueden sancionar con la pena de muerte a un ciudadano por el mero hecho de abandonar la religión musulmana.

La Sharia tiene castigos mucho más dolorosos que los códigos penales de occidente. Esto es especialmente frecuente en zonas donde existe un mayor fundamentalismo y ha sido una especial práctica de los talibanes en el sur de Afganistán y en aquellas áreas donde los talibanes tienen un mayor control. En febrero de 2020, La Comisión Independiente de Derechos Humanos de Afganistán (AIHRC) investigó ciertas imágenes de video que mostraban a una mujer afgana siendo lapidada hasta la muerte. El clip de dos minutos muestra a

²⁵ literalmente significa un dicho o una conversación, que para el Islam representa los dichos y las acciones del profeta Mahoma

un grupo de hombres arrojando piedras a una mujer cubierta que yace en un hoyo cavado en el suelo. En el video se puede escuchar a una multitud de espectadores gritando "¡Golpéala!". Aunque el video suscitó numerosas críticas por parte del presidente Ghani, el mismo no hace más que confirmar que estas prácticas son todavía comunes en Afganistán por parte de los grupos más radicales, en la mayoría de los casos los talibanes. La fecha en la que se produce el crimen, febrero de 2020, es también significativa pues sucede cuando se están llevando a cabo las conversaciones para un acuerdo de paz (Bezahn, 2020).

Dentro de la Sharia, existe una cierta clasificación de los delitos que son más significativos y que pueden llegar a tener un castigo más severo; en algunas ocasiones contra los propios derechos más fundamentales de una persona, lo que choca enormemente con los valores occidentales. Los delitos contra otra persona, desde el homicidio hasta el asalto, se castigan con represalias (qiṣāṣ), y el delincuente está sujeto exactamente al mismo trato que haya sufrido la víctima; es lo que comúnmente se conoce por "ojo por ojo y diente por diente". Este tipo de delito se considera una "falta civil" más que un delito en el sentido técnico, ya que no es el Estado, sino solo la víctima o la familia de la víctima quien tiene derecho a enjuiciar y optar por una indemnización de dinero o de sangre (diyāh). Dentro de los castigos más severos, el castigo es fijo (ḥadd) para un determinado número de delitos específicos: muerte por apostasía, amputación de la mano por robo; amputación de la mano y el pie por robo en la carretera; muerte por lapidación por relaciones sexuales extramaritales (zinā) cuando el delincuente está casado y 100 latigazos cuando el delincuente no está casado; 80 latigazos por una acusación no probada de falta de castidad (qadhf) y por beber cualquier bebida prohibida por la Sharia. Más allá de los delitos hadd, tanto la determinación de los delitos como las decisiones sobre el castigo que se les imponen quedan a la discreción del ejecutivo o de los tribunales.

Como se ha detallado en el párrafo anterior, existen contradicciones fragantes entre los valores occidentales, reflejados en el ordenamiento jurídico de los países occidentales liberales, y los valores tradicionales islámicos que están

representados en la Sharia. Esta contradicción también se pone de manifiesto en ciertos artículos de la Constitución afgana de 2004, que tiene una clara influencia de las democracias liberales que participaron en las conferencias de Bonn. El ya citado artículo sexto, que defiende los derechos humanos, es totalmente contradictorio a las penas que exige la Sharia. Los derechos humanos es una declaración a favor de la vida y de la dignidad y, es una obviedad que, la lapidación, la tortura o las penas físicas van en contra de estos principios. Sin embargo, no es menos cierto que la propia Constitución afgana permite la pena capital, concretamente en su artículo veintitrés. Es difícil encontrar algún país liberal democrático que todavía mantenga el más alto castigo; si bien, algunos Estados americanos la mantienen, en la mayoría de los casos no la aplican. Esta diferencia insalvable entre los derechos humanos y los castigos de la Sharia es una de las mayores dificultades que tienen los países islámicos para desarrollar un Estado democrático tal y como lo entiende occidente. Unas dificultades que se muestran infranqueables teniendo en cuenta la identidad política afgana de siglos y siglos de evolución.

No menos significativo es la potestad de venganza a la que pueden atender las víctimas en ciertos casos de delitos graves, la cual es garantizada por la Sharia. Al igual que en los más oscuros tiempos de Europa, Afganistán aplica castigos de sangre en la que el criminal puede llegar hasta morir, a manos de la familia de la víctima, como si se tratase de un ajuste de cuentas entre dos familias de la “mafia”. Este tipo de “vendettas” incentivan que las familias de los afectados entren en largos episodios de venganza, donde el resentimiento y el odio hace que la violencia llegue a los extremos. Esta violencia llegada a los extremos explica lo episodios más violentos que han sido parte de la historia de Afganistán y en los que se han producido crímenes contra la humanidad y violaciones continuadas de los derechos humanos.

Es evidente que existe una clara contradicción entre los principios de los derechos humanos que supuestamente recoge la Constitución afgana y la ley islámica de la Sharia. Es una contradicción que tiene una elevada complicación

desde el punto de vista jurídico, pues las dos normas se contradicen una con la otra. Es una complejidad y un auténtico enredo jurídico que el artículo tres de la propia Constitución afirme que “ninguna ley contraviene los principios y disposiciones de la santa religión del islam en Afganistán” (Constitución de Afganistán, 2004). Categóricamente, la propia Constitución afgana reconoce la supremacía de la Sharia en cuanto al ordenamiento jurídico del país.

Desde un punto de vista occidental, la Constitución de un Estado, forma parte de los principios inmutables del Estado y está por encima de cualquier religión, código ético o costumbre contraria a ésta. La identidad política occidental está muy arraigada en estos principios; sin embargo, no ocurre lo mismo en países profundamente islámicos y, Afganistán es uno de ellos. En estos países la identidad política, como ya se ha discutido, está muy arraigada a las tradiciones islámicas y, en este sentido, la Sharia es una referencia. Para un ciudadano afgano, a miles de kilómetros de Kabul, con una amplia identidad política basada en el islam y en la tradición, le es muy difícil comprender los valores constitucionales de tinte occidental aprobados desde Kabul. Esta contradicción, muy probablemente, sea una constante en los próximos años, sino décadas, en Afganistán.

Las relaciones familiares es otra de las particularidades de la ley islámica Sharia y la polaridad con la perspectiva occidental en este punto. Las relaciones familiares se basan en una perspectiva patriarcal según tradiciones ancestrales de la ley islámica. Por ejemplo, los padres tienen derecho a “donar en matrimonio” a sus hijas, ya sean menores o adultas. Sin embargo, los juristas coinciden en que una mujer adulta que ya no es virgen debe dar su consentimiento explícito para contraer matrimonio (Shamsy, 2013). La cuestión de si una hija virgen tiene derecho a oponerse a un matrimonio apalabrado por su padre ha sido objeto de debate entre los juristas, dado que existe un dicho de Mahoma ampliamente aceptado parece implicar este derecho de oposición a un matrimonio pactado. Algunos juristas han sostenido que la objeción de la hija debe tenerse en cuenta, pero que no es vinculante, mientras que otros han

considerado que tal objeción excluye el matrimonio (Shamsy, 2013). En la ley Hanafí y chiita, una mujer adulta puede concluir su propio contrato matrimonial, pero su tutor puede anular el matrimonio si ésta se ha casado por debajo de su condición social. Es decir, sólo es efectivo un matrimonio cuando la mujer mantiene su estatus social y, si es por debajo, debe tener el consentimiento del padre. El derecho de un padre a forzar a su hija a contraer matrimonio es una clara transgresión de los derechos individuales de las personas que, una vez más vienen recogido en la Constitución afgana. Sin embargo, la intromisión de los familiares en el matrimonio de una hija ha sido una constante en países de una amplia tradición musulmana y, en este sentido, Afganistán lo es actualmente.

En lo que respecta a los derechos de las mujeres, "Baad" es una de las prácticas consuetudinarias más abusivas en Afganistán; donde las niñas o mujeres son entregadas a una familia agraviada para "compensar" un crimen; un castigo generalmente decidido por una Jirga local. Human Rights Watch entrevistó a varios miembros de una Jirga en un proceso de este tipo que argumentaron que el "baad" es una forma de justicia más "reparadora" que los asesinatos por venganza o la confiscación de propiedades. Similar a este razonamiento, un miembro de la Jirga con base en Herat afirmó: "en lugar de matar al hermano (en venganza), era mucho mejor dar a una chica como baad. Aunque la chica fue asesinada de alguna manera, si mataban al hermano, la enemistad entre las dos tribus podría continuar durante siglos" (Human Right Watch, 2011).

Baad es un delito en virtud del artículo 517 del Código Penal afgano de 1976, pero el artículo sólo se aplica a las viudas y mujeres mayores de 18 años; es decir, que por debajo de 18 años un afgano puede "entregar" a su hija a cambio de la condonación de una pena o por un ajuste de cuentas. Esta utilización de la mujer como mercancía de cambio ha sido una constante en Afganistán durante siglos y forma parte de la costumbre de la mayoría de los ciudadanos afganos. En algunos países islámicos, con más contacto estrecho con occidente, estas costumbres han ido desapareciendo a lo largo de los años. Lamentablemente, en Afganistán existen zonas rurales donde no se ha tenido este contacto con

otras culturas y, como lógica consecuencia, la utilización de las mujeres como “moneda de cambio” es una costumbre habitual y muy arraigada en la cultura de esas zonas. Paradójicamente, estas costumbres, que han moldeado la identidad política del ciudadano afgano, están en total desacuerdo con la Constitución de 2004.

El artículo veintidós de la Constitución establece que “los ciudadanos de Afganistán, hombres y mujeres”, tienen los mismos derechos y deberes ante la ley” (Constitución de Afganistán, 2004). El citado artículo da poco margen a la interpretación y deja claro que las mujeres tendrán exactamente los mismos derechos y deberes que los hombres. Por lo tanto, si un hombre no puede utilizarse como moneda de cambio, tampoco debería serlo una mujer, pues es un principio constitucional. No obstante, esto es muy difícil que ocurra en Afganistán, al menos en las próximas décadas. Turquía ha sido el único país en abandonar completamente la tradición islámica en el ordenamiento jurídico nacional. En 1926 Turquía reemplazó La Sharia por el Código Civil suizo (elegido por su simplicidad y modernidad) en su lugar. Sin embargo, ningún otro país musulmán ha seguido este ejemplo hasta ahora.

El “mercadeo” de mujeres es una constante en culturas basadas en tradiciones ancestrales islámicas, las cuales, en la identidad política de un ciudadano afgano, tienen prevalencia sobre un código legal con una clara influencia occidental. Rescatando a Fukuyama y el *thymòs* de Platón, la imposición del código ético occidental como si fuera un estamento de moralidad superior ha supuesto el efecto contrario en una gran mayoría de la ciudadanía afgana, especialmente de la etnia pastún, que siente su *thymòs* doblegado por occidente. Su identidad de siglos de tradición se ve en peligro o criticada por unos valores que pretenden cambiar su estilo de vida, la de sus padres y abuelos y la de sus ancestros durante siglos y siglos; parafraseando a Huntington es un choque civilizacional muy grande como para que no existan desacuerdos. En el caso extremo del resentimiento hacia occidente están los talibanes, que repetidamente utilizan a la mujer como un objeto de cambio para alcanzar sus

intereses políticos. Los talibanes siguen siendo profundamente misóginos y muy probablemente no cambien nunca, pues el cambio supondría un ataque directo contra su thymòs. Su régimen de 1996 a 2001 fue conocido por negar a las mujeres y niñas el acceso a la educación, el empleo, la libertad de movimiento y la atención médica, y por someterlas a violencia, incluidos azotes públicos o ejecución por lapidación (Barr, 2020). Es muy difícil que una comunidad como la talibán pueda adaptar su “manera de ver la vida” hacia unos valores occidentales que, según ellos, no siguen la palabra de Dios. La mujer, muy probablemente, será la más afectada si al final tiene lugar un acuerdo de paz en el que los talibanes lleguen al poder.

Otro punto de desencuentro con la identidad política de occidente es que en el derecho de familia islámico tradicional, los maridos tienen derecho a la poligamia y pueden estar válidamente casados al mismo tiempo con un máximo de cuatro esposas. La poligamia es una práctica que no está penada en occidente pero que con movimientos sociales como el feminismo han realizado numerosas críticas contra su práctica. En la tradición islámica, al contraer matrimonio, el marido está obligado a pagar a su esposa una dote, cuyo montante puede fijarse por acuerdo o por costumbre. Durante el matrimonio, el hombre obligado a mantenerla y apoyarla, siempre que ella no muestre obstinación hacia él. Estas tradiciones pueden comulgar, en cierta medida, con la ética occidental liberal; sin embargo, existen otros privilegios del marido hacia la mujer que claramente traspasan la frontera de los derechos humanos. Por ejemplo, una esposa que rechaza el dominio de su marido abandonando el hogar familiar sin causa justa pierde su derecho a la manutención y es una causa de divorcio.

El divorcio, conocido como khul', requiere que la esposa pague alguna contraprestación económica al marido por su liberación, por lo general, la devolución de la dote. Además, de acuerdo con todas las escuelas, excepto la escuela Ḥanafī, una esposa puede obtener un decreto judicial de divorcio sobre la base de algún delito matrimonial cometido por el esposo, como crueldad, deserción o falta de provisión. Sin embargo, sólo el marido tiene el poder de

poner fin a un matrimonio unilateralmente mediante el repudio (ṭalāq) de su esposa. Ṭalāq es un proceso extrajudicial en el que un marido puede repudiar a su esposa a voluntad, y el motivo para hacerlo no está sujeto al escrutinio de la corte ni de ningún otro organismo oficial. Un repudio repetido tres veces constituye una disolución definitiva e irrevocable del matrimonio. Esta jerarquía del hombre respecto a la mujer contradice los principios fundamentales y los principios democráticos de la igualdad ante la ley; sin embargo, estas prácticas están fundamentadas en la Sharia y en tradiciones históricas del islam y son muy difíciles de cambiar. En el caso particular de Afganistán, la tradición es también un factor a tener en cuenta, ya que la tradición es un elemento clave en la identidad política del ciudadano afgano.

Además de la Sharia, como se ha discutido en el apartado 4.4.1 existe un código, llamado pastunwali que modula las tradiciones y el comportamiento social de los pastunes. Este código, como se detalla a continuación, entra en conflicto con los valores democráticos occidentales que, en cierta medida, inspira la Constitución de Afganistán.

5.4 El pastunwali y los valores democráticos

El pastunwali es un código ético no escrito y un estilo de vida tradicional para el pueblo pastún que ha sido la pieza angular de la identidad de su comunidad. Según los pastunes, el código pastunwali ha existido desde tiempos prehistóricos y ha servido de referencia para modular el estilo de vida de su pueblo. Este código todavía tiene vigencia hoy en día, principalmente en áreas tribales rurales (la mayor parte del este de Afganistán y el noroeste de Paquistán). Las tribus nativas pastún han habitado la región de conocida Pastunistán (región dividida por la línea Durand) desde al menos el primer milenio antes de Cristo. Debido a que gran parte de su territorio es montañoso, el pueblo pastún mayormente ha permanecido sin gobierno ni control, por lo que

desde siglos han podido desarrollar una identidad política independiente de los postulados de Kabul. A falta de un gobierno fuerte que dictara las normas de la sociedad, fueron los propios pastunes de las regiones montañosas quienes hicieron sus propias normas de conducta durante siglos. A diferencia de la Sharia, que es un código escrito y que ha sido discutido e interpretado por juristas, el pastunwali no está escrito ni documentado y se ha transmitido de padres a hijos a lo largo de la historia.

Las reglas de pastunwali se aceptan como dogma de ley en Afganistán y Paquistán (principalmente en y alrededor de la región de la línea Durand), incluso en algunas de las comunidades pastunes alrededor del mundo. Algunos afganos no pastunes y otros también han adoptado su ideología o prácticas para su propio beneficio y también para la obtención de objetivos políticos. Por otro lado, muchos pastunes que habitan en zonas más rurales, con una mayor influencia de las políticas de Kabul, tienden a ignorar las reglas del pastunwali la mayor parte del tiempo. En resumidas cuentas, aunque el código pastunwali es una referencia para muchos pastunes, el código no es aceptado por todos los pastunes que habitan en Afganistán y fuera de él.

Pasadas de generación en generación, las reglas del pastunwali guían conductas tanto individuales como comunitarias; es decir, a la vez que moldear las identidades individuales de sus seguidores, también influye en la identidad política de los pastunes, pues en sus postulados se incluyen comportamientos sociales y comunitarios que buscan un reconocimiento del exterior. El pastunwali es socialmente practicado por la mayoría de los pastunes y ayuda a promover la identidad pastún basada en las tradiciones y postulados que mantiene el código. Al igual que la Sharia, el pastunwali influye en la identidad política de las comunidades que lo practican y, como se detallará a continuación, tienen grandes fisuras con los valores occidentales democráticos.

Los pastunes adoptan una antigua identidad tradicional, espiritual y comunitaria vinculada a un conjunto de compilaciones morales y reglas de comportamiento.

Estas reglas de comportamiento se manifiestan, muchas de ellas en la Sharia y otras en el código pastunwali. Esto supone que ciertos pastunes tengan identidades políticas contrapuestas; pues unos siguen la Sharia mientras que otros optan por el código pastunwali. Los talibanes, para poder llegar a controlar un país como Afganistán, en el que el islam y la Sharia tienen una mayor expansión por el territorio, eligieron la Sharia como referencia de identidad política, a pesar de que algunos de los postulados del pastunwali contradicen la Sharia. Sin embargo, la mayoría de los pastunes que no se identificaban con los talibanes, siguieron fieles al pastunwali. Como rasgos más relevantes del pastunwali, el código promueve la hospitalidad, el perdón, la justicia basada en la venganza y la fe del islam.

El código pastunwali contempla la hospitalidad como una de sus claves en la sociedad pastún, que principalmente promueve mostrar un profundo respeto a todos los “visitantes” y hacerlo sin ninguna esperanza de remuneración económica. La hospitalidad no debe interpretarse de la manera en que lo haría un ciudadano occidental. Por ejemplo, según el código, una vez que el invitado esté bajo el techo del anfitrión, el invitado no debe ser lesionado ni entregado a un enemigo. Esto es independientemente de la relación entre el invitado y el anfitrión; ya sean familiares o no, el invitado siempre tiene el derecho a la protección, que se la debe proporcionar el anfitrión. En este sentido, el refugio tiene prioridad sobre el delito, por lo que incluso el enemigo que viene en busca de refugio debe defendido de sus perseguidores. Esta hospitalidad llevada a los extremos entra en contradicción con la mayoría de los valores occidentales del imperio de la ley. Por ejemplo, un criminal que busque refugio y lo encuentre, está en una posición de ventaja, ya que el anfitrión no puede entregarlo a sus perseguidores, por mucha razón que tengan estos últimos.

La hospitalidad llevada a los extremos del código pastunwali explica el rechazo a entregar a Osama Bin Laden por parte de los talibanes, a pesar del reclamo de los Estados Unidos después de los atentados de septiembre de 2011. Siguiendo el código pastunwali, pese a las irrefutables pruebas contra Bin Laden como

autor intelectual de los atentados de la torres gemelas, el régimen talibán se encontraba en una clara encrucijada. Siguiendo los postulados del código pastunwali, Bin Laden era un invitado y, como tal, el código impedía su entrega a los Estados Unidos. También se podía invocar el asilo que recoge el código pastunwali además de la hospitalidad; por lo que Bin Laden se beneficiaba de dos principios infranqueables del código pastún. El concepto de "Nanawatai" (santuario) es un pilar del código Pastunwali. Este concepto permite a una persona buscar refugio en la casa de otro. Una vez que alguien busca refugio de sus enemigos, el anfitrión pastún está obligado por honor a mantener esa protección, ya sea a costa de su propia familia o fortuna. Así, siguiendo el código pastunwali, Bin Laden era un invitado al que los talibanes quienes estaban obligados a ofrecerle protección, incluso a costa de ir a la guerra contra el país más poderoso del mundo.

Ciertamente, el imperio de la ley en el que se basa la identidad política occidental requería una entrega rápida para que Bin Laden fuera juzgado por la justicia. Sin embargo, el choque de identidades políticas contrapuestas se produjo entre dos sistemas casi antagónicos: uno basado en el imperio de la ley y otro en las tradiciones milenarias de una comunidad como la pastún. Tal desacuerdo tuvo consecuencias inmediatas para la geopolítica mundial, el estallido de una guerra, y consecuencias sociales y humanitarias para Afganistán y toda la región con la caída del régimen talibán y posterior guerra civil.

La justicia es otro de los pilares del código pastunwali que tiene rasgos muy afines con la venganza cuando se ha cometido un delito o un crimen de sangre. El código busca que el malhechor rinda cuentas por sus actos injustos, y que estas cuentas puedan ser cobradas por la víctima o sus familiares, lo que se denomina "badal". En otras palabras, "Badal" significa "buscar justicia o vengarse del malhechor". Para esta venganza, no hay límite de tiempo para encontrar la particular justicia; por lo que se dan casos que determinados episodios duran décadas entre distintas personas y sus familiares. Esta falta de caducidad de un crimen o delito supone que clanes y familias guarden rencores los unos sobre

los otros durante periodos de tiempo muy extendidos, lo que trae consigo que existan episodios de violencia que tienen su origen en antiguas reyertas que no llegaron a solucionarse.

El badal es un derecho y un deber que es de obligatorio cumplimiento por parte del que ha sido perjudicado. Si no se ejerce el badal, el ofendido o su familia son consideradas despojados de su honor; una de las peores etiquetas que puede sostener una familia en Afganistán. Un pastún sin honor es como un guerrero sin thymòs, es una persona que lo ha perdido todo y es una de las mayores vergüenzas para un pastún. El ejercicio de este principio puede llevar a generaciones de familias a episodios de derramamiento de sangre, enemistades, etc. Un badal suele terminar con un badal. En otras palabras, el ciudadano puede “tomarse la justicia por su mano”. Esta forma de aplicarla justicia entra también en conflicto con los principios de derecho democráticos y con el principio constitucional de que es el Estado, y no el individuo, quien administra la justicia.

Otra de las causas por la que el código pastunwali sea utilizado por los pastunes es la falta de competencia de la justicia, la lentitud de los procesos, la dificultad de acceso, y los principios occidentales de muchas de sus sentencias que no son comprendidas por la mayoría de los afganos. Sin embargo, un código de tradición milenaria tiene más reconocimiento en la comunidad que un modelo occidental que responde a una identidad política completamente distinta que la pastún. El código pastunwali es mejor entendido para un pastún rural que las leyes de Kabul de inspiración occidental.

El código pastunwali también reconoce a Alá como el verdadero Dios, siendo el único en el que se puede tener fe. Para este código no existe la libertad religiosa sino que seguir los principios de la religión del islam es obligatorio desde el nacimiento; no contempla otra posibilidad que no sea la creencia en el islam. El respeto hacia otras religiones depende de las zonas y los distintos clanes pero en los más radicales están considerado como apostasía y motivo de la pena

capital. Un pastún desde su nacimiento tiene que seguir el islam, no siendo posible cualquier otra creencia.

Al igual que sucediera con el caso de Rahman, el código pastunwali es muy preciso en este sentido y no acepta el abandono del islam como religión única y verdadera. Aunque la Sharia también incluye la apostasía como pena capital, el código pastunwali no ofrece ninguna duda a ese respecto y, los talibanes, se basaban en este código y en la interpretación radical de la Sharia para cometer miles de asesinatos durante su reinado. Para los talibanes, “el que abandona la fe del islam no puede seguir viviendo y merece la muerte”.

Además de las contradicciones detalladas con los valores liberales, el código también pone su foco en el comportamiento de la mujer. La vergüenza en el código pastunwali está relacionada con el comportamiento de las mujeres, el cual, en la sociedad pastún, se considera como el reflejo de la reputación de sus familias y de los miembros masculinos especialmente. Las mujeres no pueden atesorar honor o mejorar la posición de la familia; solo los hombres pueden hacer esto protegiendo sus propiedades y sus familias. Por lo tanto, la protección del honor de la mujer de la familia es una preocupación primordial de los hombres pastunes y, según el concepto de Namus, es deber de los hombres proteger el honor de las mujeres de las que son responsables; no hacerlo da como resultado una pérdida de respetabilidad a los ojos de los demás y, por lo tanto es un deshonor.

Las mujeres afganas de las zonas rurales están especialmente obligadas a adherirse a estrictos códigos de conducta; si no son acompañadas por un tutor masculino pueden ser etiquetadas como inmorales. En la sociedad afgana, las niñas o mujeres que se considera que han perdido el honor, o que se sospecha que no eran vírgenes antes del matrimonio, pueden ser castigadas por su familia, jefes tribales y ancianos, o enfrentarse a la vergüenza pública o el divorcio por parte de su esposo. La percepción de pérdida del honor de una mujer a menudo da lugar a graves conflictos familiares; la mujer puede convertirse en víctima de

abuso, violencia o ser incluso asesinada por su cónyuge o familiares si se la considera despojada del honor.

La violencia de honor contra las mujeres es un fenómeno común en Afganistán y es una práctica socialmente aceptada; numerosas ONGs y la propia UNAM lo corroboran con los distintos informes relativos a los derechos de las mujeres. Los sucesos contra la dignidad de la mujer se cuentan por cientos y existen un elevado número que acaban tratadas como esclavas o incluso asesinadas. En el último informe de UNAMA cuenta como una mujer afgana es asesinada por el mero hecho de buscar justicia contra su marido por ser expulsada de su casa. Un cierto día, un hombre la había acompañado a reunirse con funcionarios administrativos del gobierno del distrito de Kohistan para reclamar justicia por haber sido expulsada de su casa por su marido, que había tomado a una segunda esposa. Miembros talibanes capturaron a ambos mientras iban de camino a la administración de justicia; posteriormente, los mantuvieron durante toda la noche en la casa del gobernador talibán en la sombra. Por orden de este último, y con el visto bueno del padre de la mujer, que también era miembro de los talibanes, ejecutaron a la mujer y dieron 40 latigazos al hombre por "cargos" de fuga.

Otro caso que documenta UNAMA es el que le sucedió a una mujer de 31 años que fue secuestrada en la provincia de Badghis por los talibanes. Este es el testimonio de la citada mujer: "Mi primo me secuestró y me vendió a un jefe talibán, independientemente del hecho de que estaba casada y embarazada de cuatro meses de mi primer marido. El día que di a luz a mi primer hija, el jefe talibán ordenó que la mataran, ya que él no era el padre - se consideraba inaceptable según la ley de la Sharia. La niña fue torturada frente a mí. Estaba indefensa e inmóvil después del parto y no pude salvarla. Solo pude escuchar a mi niña llorando de dolor cuando le rompieron los brazos y le torcieron el cuello; pensaron que ella había muerto y dejaron su cuerpo frente a mí. Mi pequeña sobrevivió a la terrible experiencia, pero sucumbió a la muerte al día siguiente. Permanecí bajo el control del comandante talibán y fui torturada por toda su

familia. Me usaban como una esclava y tenía que hacer todas las tareas de la casa. Mi salud se deterioró y cuando estuve postrada en cama, me enviaron a vivir con mis padres, donde me recuperé lentamente. Cuando supe que mis padres se estaban preparando para enviarme de regreso con el jefe talibán, intenté suicidarme. Afortunadamente, fui salvada a tiempo y me llevaron al hospital y después a un refugio para mujeres. Si vuelvo a mi casa, sé que mis padres me enviarán de regreso con el jefe talibán” (UNAMA, 2019).

Las mujeres también se ven afectadas de manera desproporcionada por efectos más amplios del conflicto, que impacta negativamente en una serie de derechos fundamentales, incluida la libertad de movimiento y el acceso a la educación, salud y justicia. La pérdida del miembro masculino de la familia también expone a las mujeres a la discriminación, la pobreza y la violencia; ya que los hombres son fundamentales para la supervivencia económica y seguridad de la unidad familiar en Afganistán. Las mujeres son particularmente vulnerables ya que necesitan protección y asistencia derivadas del conflicto, como por ejemplo: el desplazamiento forzado, la pérdida de medios de vida y acceso limitado a servicios básicos. La muerte de su marido, supone para la mujer que se acabe su sustento económico y social y, por lo tanto, su vida se vea arrastrada a la indigencia. Aparte de consecuencias físicas y psicológicas, las mujeres que pierden a sus maridos a menudo enfrentan al estigma y el rechazo de la familia y miembros de la comunidad, que se rigen por un código tan conservador como el pastunwali. Debido a estos factores, es probable que la violencia sexual contra las mujeres no pueda ser bien registrada, y la impunidad sigue siendo la norma para los perpetradores (UNAMA, 2019).

El código pastunwali no autoriza per se al abuso de las mujeres o promueve conductas contra los derechos humanos. Sin embargo, los talibanes se basan en él y en una interpretación radical de la Sharia para cometer crímenes contra la humanidad, especialmente contra las mujeres. El pastunwali, al ser un código no escrito, es ciertamente interpretable y, en su lado más radical, puede llegar a ser la herramienta para cometer claros atentados contra los derechos humanos

y la mujer. Un código que también incide de manera desmesurada de conductas de honor que recuerdan a tiempos medievales donde las muertes por motivos de ajustes de cuentas eran comunes, pero que hoy en día están en contra de los principios de cualquier sociedad occidental. Existe un profundo sentimiento en un sector muy importante de la población pastún que considera a la mujer como inferior desde el punto de vista moral y social. Esta percepción de la mujer choca con los principios que emanan de la Constitución afgana y, seguramente, continuarán siendo una fuente de conflictos con aquellos que interpretan la Sharia y el pastunwali como una referencia infranqueable.

La falta de libertad religiosa y la obligatoriedad del Islam es un asunto que seguirá provocando controversia durante los próximos años. El hecho de que una persona cambie de religión, como se ha comentado, es un acto de apostasía en algunas partes de Afganistán, lo que supone un profundo desacuerdo con la Constitución afgana, la libertad de expresión y los derechos humanos. Episodios en el que la apostasía suponga una sentencia de muerte han sucedido a lo largo de la historia de Afganistán y seguirán sucediendo. Ni siquiera el presidente Karzai pudo parar el proceso cuando un ciudadano afgano se convirtió al cristianismo, quien tuvo que buscar asilo en Italia para no ser juzgado por un tribunal estatal en Afganistán. La apostasía es un delito que, para los talibanes, se paga con la muerte y, muy probablemente, los talibanes seguirán aplicando “su código” cuando lleguen al poder en Afganistán. La identidad política de los pastunes más radicales dará forma a los futuros gobiernos en Afganistán cuando formen parte del gobierno y, lamentablemente, será con el patrocinio de la comunidad internacional, como consecuencia de una gestión en el posconflicto basada en la seguridad y no en la complejidad social existente en Afganistán.

CAPÍTULO VI

6 CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

La Guerra es una continuación de la política por otros medios.

Carl Von Clausewitz, De la Guerra

CONCLUSIONES

Afganistán es un país que, durante siglos, ha sido invadido por distintos imperios que buscaban bien proyectar su influencia hacia lo que hoy es la India o hacia lo que Harold Mackinder denominó el “*heartland*” de Eurasia. Su posición en el mapa mundial, pese a ser un país que no tiene salida al mar, ha supuesto que los Estados hegemónicos del momento hayan considerado a Afganistán como una pieza clave para mantener su seguridad. Por ello, el ciudadano afgano ha tenido que hacer frente a decenas de invasiones a lo largo de la historia que, sin duda, han configurado la particularidad de sus habitantes y las distintas culturas que existen en el país. Unas culturas que en términos de la narrativa liberal podría considerarse como una particularidad única y una ventaja singular pero que, en realidad, ha supuesto que Afganistán haya sufrido, durante la mayor parte de su historia, numerosos episodios de violencia que, en algunos casos, han derivado en guerras civiles y violaciones de los más básicos derechos humanos. La famosa afirmación de Hobbes de que “el hombre es un lobo para el hombre” es una realidad en el país afgano.

Las sucesivas guerras Guerra Anglo-Afganas que se libraron en el siglo XIX fueron los primeros momentos de la historia en el que Afganistán entraba en contacto con la civilización occidental. Un contacto que se libró con tres guerras casi sucesivas y con la retirada definitiva del imperio británico y, consecuentemente, un vacío de poder que Rusia evaluó como una oportunidad que no dejaría escapar; primero mediante la influencia y el apoyo a la creación de un partido comunista y después mediante una invasión militar. Ni los británicos primero, ni los soviéticos y americanos después consiguieron establecer un Estado basado en un modelo occidental, en el que el respeto de los derechos humanos es la principal baluarte para establecer una democracia.

La identidad de los afganos, basada en la costumbre y códigos éticos ancestrales, ha entrado continuamente en conflicto con los principios occidentales derivados de las Conferencias de Bonn en 2001 que, posteriormente, supusieron la base legal de la Constitución de 2004. La pregunta referente a la tensión entre la identidad la democracia ha sido una constante en

este trabajo y, como se ha discutido en el capítulo 4, la identidad de las etnias afganas, especialmente la pastún, no tienen muchos puntos en común con los valores occidentales. Esta discrepancia entre la cultura pastún y los principios constitucionales con tintes occidentales implementados en Afganistán ha sido un elemento de lucha constante que ha ido más allá de la frontera entre Paquistán y Afganistán.

Para Afganistán tanto la entrada del imperio británico como la del soviético no suponía nada distinto a lo que ya había sucedido durante siglos y siglos de invasiones. Sin embargo, el imperio británico dejaría una huella para la eternidad al trazar la frontera con la entonces India británica y el hoy Paquistán: la línea Durand. La etnia Pastún quedaba dividida en dos Estados distintos; su deseado “Pastuntán” o país de los pastunes pasaría a ser un sueño ilusorio. Aunque los británicos no eran conscientes en su momento, aquella línea iba a tener unas implicaciones realmente sorprendentes no solo para su seguridad, sino que también para la estabilidad mundial.

Si el mundo fuese más seguro o no con un país llamado Pastuntán es una pregunta que todavía se hacen expertos, políticos e historiadores. Con todo, lo que es de común acuerdo entre expertos es que con aquella línea imaginaria los pastunes se quedaron sin su patria. Sin embargo, es sabido que los pastunes, en la mayor parte de los gobiernos de Afganistán, han tenido un papel de liderazgo notable, especialmente durante el gobierno talibán. Su búsqueda de poder y reconocimiento de su thymòs ha supuesto centenas de miles de muertos y refugiados, en su mayoría civiles. A pesar de ello, el culpar a los pastunes de todos los problemas que existen en Afganistán sería un análisis sesgado y superficial. Por ejemplo, es evidente que la influencia y la invasión rusa y estadounidense también tienen consecuencias en la situación actual de Afganistán. Ambas intervenciones provocaron décadas de enfrentamientos en los que la población civil, en su mayoría, sufrió las consecuencias del combate entre muyahidines y soviéticos primero y estadounidenses y talibanes después.

CONCLUSIONES

La influencia rusa se empezó a hacer más evidente a partir de 1964, cuando el rey Zahir Shah promulgó una Constitución liberal en la que los partidos políticos eran un elemento clave en la "lucha" por el poder en Afganistán. El "experimento de la democracia" de Zahir permitió el crecimiento de partidos extremistas no oficiales tanto de derecha como de izquierda, en la que la Unión Soviética pudo influir notablemente con el apoyo al partido de corte comunista PDPA. La URSS entraba de lleno en la política afgana en un periodo de la historia en la que Afganistán era considerado por el Kremlin como una pieza importante en el tablero geopolítico de la Guerra Fría.

La invasión soviética tenía lugar años después, debido a la falta de armonía interna del PDPA que hacía imposible gobernar Afganistán. "La tumba de los imperios" era una proyección geopolítica natural para Moscú, que además formaba parte de la partida por la hegemonía mundial entre el orden liberal, liderado por los Estados Unidos, y el orden comunista, representado por la Unión Soviética. A pesar de su superioridad militar, La URSS iba a encontrar una resistencia feroz por parte de los combatientes de las montañas, más conocidos como muyahidines. Los muyahidines recibirían un importante apoyo internacional de países como Estados Unidos, Arabia Saudí y el Reino Unido. Por aquel entonces, una abrumadora mayoría de afganos se opuso al régimen comunista, ya fuese de forma activa o pasiva, con una especial mención a los citados muyahidines que, mediante el empleo de tácticas asimétricas, iban a hacer frente al todopoderoso ejército soviético. Los "muyahides" afganos (persona que hace el yihad) hicieron casi imposible que el régimen mantuviera un sistema de gobierno local fuera de los principales centros urbanos. Con la participación de la URSS, era evidente que la entrada en escena de Estados Unidos no se iba a hacer esperar. Zbigniew Brzezinski aprobaba la ayuda de la CIA a los insurgentes en Afganistán en julio de 1978. Paradójicamente, Estados Unidos estaba entrenando a su mayor enemigo de sólo dos décadas después, una ayuda en la que los americanos gastaron aproximadamente 40 mil millones de dólares.

CONCLUSIONES

El ideario comunista, ciertamente, tenía poca cavidad en la cultura afgana. Ninguna de las etnias dominantes de Afganistán (pastunes, uzbekos, tayikos o hazaras) tenía una identidad que se pareciera a los principios comunistas. Las tradiciones que modelan la identidad del ciudadano afgano están relacionadas con una profunda creencia en la fe musulmán, lo que iba a chocar violentamente con la secularidad del comunismo. La civilización eslava y la islámica tienen pocas características en común y su coexistencia iba a ser todo menos pacífica, como así sucedió. Una cosa era tener ciertas relaciones mediante distintos partidos políticos afganos de corte comunista y otra muy distinta era las de ser gobernados por la Unión Soviética. Esta circunstancia iba a entrar en conflicto con la mayoría de los ciudadanos afganos y, particularmente, con la comunidad pastún. Siglos de resistencia al invasor iban en contra de las intenciones de Moscú, que pagaría muy caro su aventura afgana. Aunque es cierto que es muy difícil de evaluar si la campaña afgana supuso el fin de la URSS, no es menos cierto que la derrota en Afganistán supuso un duro golpe que allanaría el camino a la caída del muro de Berlín.

Con la caída del muro de Berlín y el dominio absoluto de los Estados Unidos del panorama internacional, Afganistán vivió una época tranquila en cuanto a invasiones extranjeras. Estados Unidos era el único país que podía proyectar su poder a aquella zona del mundo, pero su política exterior americana se focalizaba principalmente en la expansión de la OTAN hacia el este de Europa una vez que Rusia se recuperaba de lo que Putin denominó “el mayor desastre geopolítico del siglo XX”; la desintegración de la URSS. Sorprendentemente, esta falta de intervención extranjera en Afganistán no iba a suponer que el país disfrutara de años de prosperidad como así podía esperarse. De hecho, el país iba a vivir uno de los capítulos más sangrientos de su historia con un régimen radical que cometería miles de crímenes contra la humanidad, especialmente contra las mujeres y la comunidad hazara, de los que la comunidad internacional guardaría silencio hasta los ataques de las torres gemelas de Nueva York.

CONCLUSIONES

Gobiernos corruptos, sesgados y sectarios se sucedieron en Afganistán tras la retirada soviética, lo que dio lugar a que, a finales de 1994, una fuerza llamada Talibán, compuesta principalmente por refugiados pastunes y muyahidines, con la intención de instalar un gobierno islámico basado en una fuerte interpretación de la Sharia, tomara el control de Afganistán. Con una fuerte identidad arraigada de las continuas guerras de Afganistán y, ciertamente apartada de las decisiones políticas del país, los talibanes buscaban principalmente su reconocimiento por parte de la sociedad, que ellos consideraban como una deuda impagada después de los continuos esfuerzos y sacrificios contra el “enemigo invasor” soviético. Ciertamente, los talibanes exportaban una identidad basada en un islam radicalizado en el que las mujeres no tenían otro papel que el de respeto absoluto a su marido, quien podía incluso matarla por medio de una mera acusación de adulterio, hubiese o no pruebas que demostrasen “su pecado”. Además de las mujeres afganas, la etnia hazara sería también perseguida por el mero hecho de su creencia chiita. A pesar de los fragantes crímenes de lesa humanidad, la comunidad internacional miraba hacia otro lado; lo más que por aquel entonces se hacía era presentar quejas en la Asamblea de Naciones Unidas contra las atrocidades más sanguinarias del gobierno talibán, que disfrutaba de voz en la mayoría de instituciones internacionales para exportar su narrativa.

Los talibanes no se iban a contentar con el control casi total del territorio de Afganistán; el país, bajo el “régimen del terror” llegó a ser el número uno mundial en contrabando de drogas, especialmente el del opio, con una producción que facilitaba la inversión talibán en armamento y sobornos de todo tipo. La economía afgana dependía casi exclusivamente del cultivo de las drogas y de su exportación al resto del mundo, del que los talibanes cada vez más sacaban partido para financiar su régimen y actividades maliciosas. Su vecino Paquistán, para no despertar el sentimiento de “la nueva Pastuntán” entre los pastunes, ejercía poco control al otro lado de la línea Durand, que con el tiempo se convertiría en un auténtico santuario para terroristas y un campo de

CONCLUSIONES

entrenamiento para Al Qaeda, liderada por entonces por Osama Bin Laden. Convencidos de una Jihad a nivel mundial, los talibanes cada vez se implicaban en el terrorismo internacional, y el régimen talibán era poco a poco considerado como un peligro para la seguridad mundial. Aun así, eran pocas las noticias que llegaban de aquel rincón del mundo que, a ojos de occidente, solamente eran daños colaterales de la Guerra Fría. Contrariamente a esta creencia, Afganistán se estaba convirtiendo en el principal foco mundial de las mayores atrocidades contra los derechos humanos por cuestiones religiosas y por diferencias étnicas irreconciliables. Afganistán era cualquier cosa menos un país gobernado con valores democráticos.

El mundo no cayó en la cuenta de quien eran los talibanes hasta el ataque de las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001. Aquella fecha quedó grabada para la historia de la humanidad que desencadenó “la guerra contra el terror” de la que todavía occidente está “pagando” sus consecuencias. Pocos pronosticaban dos décadas de intervención militar en Afganistán después de que el régimen talibán fuera derrocado en apenas tres semanas por el todopoderoso ejército americano y la Alanza del Norte. Sin apenas desplegar tropas en “territorio talibán” y mediante el uso del poder aéreo americano los talibanes no tuvieron otra opción que refugiarse en “Pastuntán”. Lo que parecía una victoria incontestable se iba a convertir en una guerra asimétrica en la que el componente terrorista iba a ser el protagonista “estrella” de las acciones de los talibanes y al Qaeda contra los americanos primero y contra la OTAN después. Empezaba una guerra en la que occidente simplemente no podía ganar, una guerra que no iba a ser una derrota sino una sangrante batalla tras batalla de desgaste. La voluntad de vencer, y no la tecnología o la capacidad militar, sería el elemento clave del escenario afgano.

Napoleón argumentaba que la propaganda y la voluntad de vencer suponen la mitad de la victoria en cualquier batalla. La propaganda es entendida como la narrativa que utilizan los distintos bandos para influir en las audiencias que forman parte de la guerra. En un escenario tan complejo como el de Afganistán,

en el que los combatientes talibanes y de Al Qaeda se mezclan con la población, era muy difícil que no existirán daños colaterales que, en la mayoría de los casos, suponían cuantiosas pérdidas de vidas humanas en el lado de la población civil. Estos daños colaterales y la difusión de las muertes de civiles fueron inteligentemente utilizados por los talibanes que publicaban estas tragedias en las redes sociales. Todas no, pero muchas de esos episodios se convertían en noticias de los canales más importantes de prensa y noticieros de televisión occidental, lo que, lógicamente, mermaba la opinión pública en cuanto el apoyo a la guerra “contra el terror”. Contrariamente a la paulatina decadencia del apoyo occidental a la guerra, los talibanes estaban cada vez más cerca de sus objetivos, lo que así se confirmaría con la invitación a la mesa de negociación del acuerdo de paz de febrero de 2019. Al final del “cuento”, los talibanes parecen haber hecho honor a la máxima de Clausewitz de que “la guerra es una continuación de la política por otros medios”. Ciertamente, si los talibanes consiguen el poder con el sello de la comunidad internacional, habrán conseguido sus objetivos mediante el empleo de una estrategia militar asimétrica. Una estrategia que ha supuesto miles de muertes de civiles, de desplazamientos de cientos de miles de afganos y de ataques terroristas casi a diario.

Clausewitz en su libro *De la Guerra* argumentaba que “el primer, el supremo, el juicio de mayor alcance que el general y el estadista deben tener en cuenta, es establecer... el tipo de guerra en el que se embarcan; no confundiéndola, ni tratando de convertirla, en algo ajeno a su naturaleza”. La naturaleza del arte de la guerra asimétrica, sin duda, sorprendió al ejército americano que la confundió o no supo adaptarse a un escenario tan complejo en el que el combatiente asimétrico elude, en la mayor parte del tiempo, cualquier tipo de enfrentamiento. La “niebla de la guerra” entendida como la dificultad en visualizar una posible estrategia se manifiesta de forma en la que la voluntad de vencer y la victoria por agotamiento del adversario son las principales características. No importa el entrenamiento de los combatientes o la tecnología del armamento, lo que

realmente es relevante es la residencia y la capacidad de evitar una acción decisiva por parte del oponente. René Girard, en su libro *achever Clausewitz*, acierta cuando argumenta que, en un escenario asimétrico, el que busca el combate busca la paz, mientras el que lo elude busca la guerra. Ciertamente, mediante la negación de una batalla decisiva al más puro estilo de Napoleón, los talibanes compraban su mejor arma, el tiempo. Rescatando a Sun Tzu, el tratadista militar chino predecía lo que iba a ser un problema grave para los Estados Unidos y es que “ningún país se ha beneficiado nunca de una guerra prolongada” (Tzu, S. IV a. C).

El conflicto armado simétrico es aquel en el que se usan modelos estratégicos militares análogos. Por el contrario, el conflicto armado asimétrico es aquel en el que se enfrentan contendientes con capacidades militares normalmente distintas y con diferencias fundamentales en sus modelos estratégicos. La idea de infligir bajas en el enemigo es básica y permanente en la guerra y es una máxima en enfrentamientos como el de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, en el contexto de una guerra asimétrica, no prima la intención de exterminar a las fuerzas rivales provocando numerosas bajas entre sus filas; lo que realmente importa es condicionar la política a través del miedo y la amenaza y trasladar así una sensación de fracaso entre las filas del oponente y, especialmente, entre la sociedad civil del adversario. Mediante el uso indiscriminado de terroristas suicidas, IEDs, la utilización de civiles como escudos humanos supuso que las fuerzas militares occidentales fueran poco a poco perdiendo la voluntad de vencer, pues el escenario exigía comportamientos y acciones militares que traspasaban su “código de conducta”. Para las democracias liberales, la protección de la población civil son principios irrenunciables que, en el caso de Afganistán, reducía notablemente su capacidad de combate.

Así, la estrategia americana estuvo enfocada en la derrota militar de los talibanes primero y de Al Qaeda después. Esta derrota basada en un enfoque exclusivo de la seguridad era simplemente imposible de llevar a cabo para vencer en afganistán. La seguridad argumenta el psicólogo Abraham Maslow, en su obra

“Una teoría sobre la motivación humana” defiende una jerarquía de necesidades humanas. El escalón más bajo de esta jerarquía se satisface las necesidades más básicas relacionadas con la fisiología humana; la alimentación, el descanso, el sexo, etc. Los seres humanos, a lo largo de su vida, desarrollan distintos escalones para llegar a la felicidad, que se consigue cuando se auto realizan y se acepta la realidad tal y como es. En el segundo escalón de esta pirámide jerárquica se encuentra la seguridad física, familiar, etc. Si la teoría de Maslow es correcta y, si no existe un primer escalón que garantice las necesidades más básicas de la población, el pasar al segundo escalón es un error considerable. En el caso de Afganistán éste era el principal problema, la población no tenía sus necesidades más básicas cubiertas como para preocuparse de la seguridad, pues ésta viene después que la primera y no viceversa.

Así pues, el principal problema de la estrategia americana no estaba en el estamento militar en sí, pues el régimen talibán fue derrocado en menos de tres semanas. El problema venía después con la fase de la estabilización del país, en el que también los militares serían la principal referencia de la estrategia americana y los que dispondrían de la mayor parte de los recursos tanto materiales como financieros. El estamento militar, debido a su propia idiosincrasia, entrenamiento y la forma en la que evalúa cualquier situación era muy difícil que no la enfocara como un problema de seguridad. Fundamentalmente, la estrategia americana después de la caída de los talibanes estuvo protagonizada por la “disrupción, desmantelación, y disuasión” de la amenaza terrorista, lo que de cierta manera resumió George Bush en su más que famosa frase de “la guerra contra el terror”. Sin embargo, una vez expulsado el gobierno talibán y controlado Afganistán desde el punto de vista de la seguridad, la estrategia americana si pivotaría hacia un intento de reconstrucción del país. Bush comparaba la reconstrucción del país con el entonces exitoso plan Marshall en Europa: "Debemos ayudar a construir un Afganistán que esté libre de este mal y sea un lugar mejor para vivir, estamos trabajando dentro de las mejores tradiciones de George Marshall".

CONCLUSIONES

A pesar de las buenas intenciones del plan Marshall afgano, Afganistán no era un escenario comparable al de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. La mayor parte de los ciudadanos del viejo continente había vivido bajo la acción de un Estado central fuerte y conocía la necesidad y las ventajas de que el gobierno del país se ocupara de sus ciudadanos. Esta identidad política, más o menos homogénea en toda Europa, era una clara ventaja a la hora de implementar la reconstrucción europea. Europa necesitaba ayuda y el plan Marshall encajaba perfectamente con las necesidades económicas y sociales del momento. Afganistán, después de siglos y siglos de guerras, y sin que nunca hubiera existido una identidad nacional entre sus ciudadanos, era un escenario muy distinto al europeo. Un plan basado en la promoción de las instituciones y la seguridad tenía un punto débil muy claro que, con el paso del tiempo, supondría un notable fracaso occidental. Este punto débil no era otro que la falta de identidad nacional del ciudadano afgano que confiaba más en su comunidad tribal que el frágil Estado central. Esta falta de identidad era una singularidad que la estrategia americana nunca contemplo como una de las claves en la reconstrucción del país.

Los militares norteamericanos, junto con los funcionarios civiles del Departamento de Defensa involucrados en la reconstrucción de Afganistán, enfocaron el problema siguiendo la cultura militar y ciertas rutinas y procedimientos orientados al combate. El establecimiento de la seguridad era el objetivo principal del plan, así como la derogación de los talibanes y la captura de Osama bin Laden y otros miembros de la dirección de Al Qaeda. El entonces Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, lo dejaba bien claro cuando afirmaba que las fuerzas armadas americanas no estaban invadiendo el país y que no sería una operación de larga duración. Simplemente, la Casa Blanca quería dejar claro que los terroristas de Al Qaeda no se podían esconder en ninguna parte del mundo, en Afganistán tampoco.

Con este planteamiento y la lucha contra el terrorismo fuera de las fronteras de los Estados Unidos, la misión de los funcionarios y militares americanos se

CONCLUSIONES

basaba en buscar soluciones orientadas al combate, ignorando los verdaderos problemas del ciudadano común de Afganistán: la corrupción rampante, los problemas entre las distintas etnias, la debilidad de las instituciones, etc. La capacidad del estamento militar para eclipsar la diplomacia representó un cambio de paradigma con respecto a la década de 1990; la diplomacia, por lo tanto, estaba al servicio de la estrategia militar en Afganistán y no al contrario. Debido a la naturaleza unilateral y expedicionaria de la invasión, el Pentágono toleró las propuestas del Departamento de Estado a la comunidad internacional, pero no le permitió circunscribir su estrategia de invasión en el ámbito de las Fuerzas Armadas. Así pues, eran los líderes militares quienes diseñaban la estrategia global en Afganistán, estando todos los instrumentos de poder del Estado americano al servicio del Departamento de Defensa.

De manera similar, el papel de las Naciones Unidas solo era apropiado siempre que no interfiera con el derecho de Estados Unidos a usar la fuerza militar en su objetivo de “eliminar” el terrorismo de Afganistán. En su ahora memorable dictamen, Rumsfeld advirtió que “la misión es quien determina la coalición; no es la coalición quien debe determinar la misión (Bennis P. , 2001). Así, las Naciones Unidas quedaron bloqueadas para implementar cualquier tipo de misión de mantenimiento de la paz, quedando reducida su participación a una misión de asistencia humanitaria en la que su capacidad de influencia y de toma de decisiones era mínima. Esta misión de la ONU se estableció en marzo de 2002 y dura hasta hoy en día; básicamente tiene por objetivo en documentar las numerosas violaciones de los derechos humanos que se suceden día tras día en Afganistán. Aunque no es ni mucho menos despreciable su labor, nunca pudo implementar su doctrina del desarme, desmovilización y reintegración en Afganistán, quedando relegada a un segundo plano en relación a las Fuerzas Armadas americanas.

No fue hasta el año 2006 que la Casa Blanca empezó a considerar un compromiso más profundo para hacer frente a una insurgencia que, liderada por los talibanes, no era derrotada en términos militares y que, cada vez parecía

tener más miembros dispuestos a “morir por la causa” pese a las supuestas victorias militares de las fuerzas armadas americanas y de la OTAN. El general McChrystal explicaba esta peculiaridad durante sus viajes en Europa en su intento de convencer a sus socios europeos de una mayor implicación en Afganistán. McChrystal afirmaba que cuando se abatía a un miembro de al Qaeda suponía que al menos dos personas más, bien familiares o conocidos, se sumaran a las filas terroristas; “si existen veinte terroristas y consigues eliminar a diez, el resultado es que hay dieciséis o más de ellos”. Esta particularidad del escenario en Afganistán escenificaba de alguna manera la voluntad de vencer del adversario que, evidentemente, era muy superior a la de un soldado americano a miles de kilómetros de su ciudad natal. Con el paso del tiempo esta diferencia en la voluntad de vencer cada vez se hacía más evidente, a lo que había que sumar la escasa atención que prestaba la sociedad americana al conflicto que, en 2009 llegaba a sus mínimos con una espectacular caída del apoyo civil a la intervención en Afganistán.

Esta falta de apoyo a la intervención americana se ponía de manifiesto con el último intento de la Casa Blanca por poner fin a la guerra de Afganistán, cuando el presidente Obama, después de casi una década de conflicto anunciaba un aumento considerable de tropas y a la vez su retirada dos años después. Quedaba claro, a raíz de las declaraciones del presidente, que una vez que Afganistán fuera controlado en términos de seguridad y los terroristas deslocalizados del país, Estados Unidos comenzaría la retirada de sus tropas, lo cual era lo mismo que asumir que la reconstrucción de Afganistán era un caso perdido. El más que conflictivo relevo del general McChrystal por el general Petraeus durante el mandato de Obama no hizo más que confirmar la aplicación de la doctrina de la contrainsurgencia basada en la seguridad en Afganistán, la doctrina COIN. Esta obsesión americana por la seguridad contradecía el dictamen de Clausewitz cuando afirma que “la guerra es una continuación de la política por otros medios”, pues en este caso sucedió todo lo contrario. La política era una continuación de las líneas de acción que marcaba la guerra. En otras

CONCLUSIONES

palabras, la administración americana ajustaba su política en función de la estrategia militar, que permanecía invariable en el ámbito de la seguridad.

El plan de la estrategia militar COIN, que en este caso suponía la estrategia política americana para Afganistán, se basaba en tres pilares fundamentales: el primer pilar, y el más importante era proteger a la población, un objetivo claro, alcanzable y decisivo para el que las fuerzas militares americanas estaban bien entrenadas; en segundo lugar, un alto apoyo diplomático de gobiernos de otras naciones aumentarían sustancialmente la capacidad y legitimidad del gobierno afgano, lo cual suponía un tremendo esfuerzo diplomático ya que no todos los países de la región aprobaban la intervención americana; en tercer lugar, un enfoque basado en la doctrina COIN por parte de Estados Unidos sería consistente con el enfoque político-militar del presidente afgano Hamid Karzai, lo cual era mucho esperar, pues Karzai estaba muy molesto con la actuación de su vecino Paquistán por su refugio de terroristas y la laxitud con la que la administración americana respondía ante sus peticiones de presionar a Islamabad en este sentido.

A pesar de los esfuerzos, los tres pilares de la estrategia COIN resultaron ser erróneos. La población de Afganistán pudo sentirse en ciertos segura frente al radicalismo talibán o frente al terrorismo de al Qaeda, pero esta sensación disminuyó considerablemente conforme las tropas americanas fueron replegándose de Afganistán durante la administración Obama. Los continuos atentados tanto en Kabul como en otras ciudades de Afganistán demuestran la falta de seguridad que reina actualmente en Afganistán y el fracaso de uno de los principales pilares de la estrategia COIN, la seguridad. El apoyo diplomático puede que existiera a nivel de la Asamblea de la ONU, sin embargo, la mayoría de los países de la OTAN comenzaron a retirar sus tropas en 2012 y, en enero de 2021 el número de soldados no americanos es ínfimo en comparación a lo que fue en el año 2009. Referente a la visión de Karzai del conflicto y su apoyo a la estrategia americana, es cierto que no existe un consenso académico si el presidente afgano apoyaba o no la doctrina COIN como principal estrategia para

reconstruir Afganistán. Pese a ello, lo que sí está muy claro es que sus continuas quejas referente al refugio talibán más allá de la línea Durand nunca fue tenido en cuenta por la Casa Blanca. Ciertamente, el hecho de que Paquistán fuera una potencia nuclear ataba de manos a la administración americana, que no podía permitirse que Paquistán se desestabilizase y que los terroristas pudieran controlar su arsenal nuclear. Esto era un alinea roja para Washington que no hacía más que empeorar las relaciones con Kabul.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede validar la primera hipótesis de esta investigación, ya que se ha evidenciado que la estrategia americana se basó en la derrota militar del adversario y en potenciar la seguridad del país; sin tener en cuenta la cultura afgana, su historia, costumbres, rivalidades étnicas, etc. Esta falta de visión integral no potenció la gobernanza del ya débil gobierno afgano. Así pues, el objetivo de los siguientes párrafos es confirmar o refutar si la segunda hipótesis de partida es válida. Para ello es necesario concluir la relevancia o no de la identidad nacional en un Estado en reconstrucción para conseguir una mínima pero suficiente estabilidad que permita a ese Estado, en este caso Afganistán, poder desarrollarse sin la necesidad de una continua intervención exterior.

La identidad nacional es una de las claves para el desarrollo de un país. La falta de una identidad común ha sido la causa del desmembramiento de muchos de los países en todo el mundo. Con la caída de la Unión Soviética en 1989 la poca identidad común de los países que formaban el pacto de Varsovia supuso que muchos de ellos ingresaran en organizaciones antagónicas al gigante comunista como la OTAN o la Unión Europea. La ruptura de la antigua Yugoslavia es otro claro ejemplo de falta de identidad común. Ciertamente, cuando Yugoslavia dejó de ser un único “bloque”, se desarrollaron identidades de países tan distintos como Serbia, Croacia o Bosnia. Un serbio ortodoxo tiene una identidad muy distinta a la de un católico croata, pues no solamente no comparten sus creencias religiosas sino también interpretan de distinta manera las relaciones que tiene que tener un ciudadano con el Estado. Un croata entiende mejor los

CONCLUSIONES

principios liberales en la relación con el Estado que un serbio que espera una relación más cercana por parte del gobierno; el serbio está más influenciado por la cultura rusa que el croata y esta influencia supone que tengas identidades distintas. La entrada de Croacia en la Unión Europea ha sido un acontecimiento en el que el resto de países de la Unión estaban completamente de acuerdo, pues la identidad del ciudadano croata se asemeja mucho a la de sus vecinos europeos. Sin embargo, es muy difícil que Serbia, con una identidad más cercana a Rusia, pueda alguna vez formar parte de las organizaciones liberales occidentales como lo son la OTAN y la Unión Europea. No obstante nadie duda que Serbia continuará siendo Serbia durante muchos años, ya que sus ciudadanos tienen una identidad nacional común que hace que el ex país yugoslavo no se desintegre. En el fondo, la identidad nacional de un país es un elemento clave para que ese país continúe unido y tenga un destino común, sea éste conforme a los principios liberales democráticos o no.

Si la identidad nacional es un elemento clave para que un país no se disocie, es necesario evaluar si Afganistán ha tenido o tiene una identidad nacional común que permita a sus ciudadanos tener una visión de futuro con un destino compartido. Cualquier país puede sufrir las más grandes de las calamidades durante un periodo determinado, pero lo que es innegable es que si sus ciudadanos tienen una identidad común, muy probablemente, continuaran como nación. Ejemplos de esto hay cientos a lo largo de la historia; Alemania puede ser un valioso ejemplo de la relevancia de la identidad común. A pesar de haber sido derrotada en dos guerras mundiales en el siglo XX, “humillada” con el tratado de Versalles de la Primera Guerra Mundial y partida en dos como consecuencia del repartimiento del mundo entre occidente y la URSS a partir de la Segunda Guerra Mundial, la identidad del pueblo alemán ha conseguido doblegar tan difíciles acontecimientos. Alemania es, hoy en día, una referencia mundial en casi cualquier ámbito e, indudablemente, sus ciudadanos tienen una gran identidad germana. Es evidente, que esta identidad de Alemania y de muchos países europeos y de otras partes del mundo es consecuencia de siglos

de historia que han permitido a sus ciudadanos desarrollar una idea de identidad común y de destino compartido que han sabido transmitir a generaciones de alemanes.

No deja de ser paradójico que Alemania haya sido derrotada en las dos últimas Guerras Mundiales y que actualmente sea uno de los países referencia en cuanto a los niveles de democracia, gobernanza, economía, solidaridad con los refugiados, etc. Sin embargo, Afganistán, “*la tumba de los imperios*” ha derrotado militarmente a todos aquellos Estados hegemónicos o imperios que, en su día, intentaron invadir Afganistán. Ni Alejandro Magno, ni Genghis Kan, ni el imperio indio ni el británico, ni la Unión Soviética, ni los Estados Unidos han conseguido controlar el país afgano. Sin embargo, a pesar de estas notables victorias, Afganistán es de los países más pobres del mundo, con menor índice de democracia y uno de los lugares más inseguros para vivir. Además de lo anterior, la identidad nacional en Afganistán es prácticamente nula.

La falta de identidad nacional en Afganistán es una consecuencia de su propia historia a lo largo de los siglos. Una historia de invasiones continuas y de guerras civiles que han supuesto que el pueblo afgano no esté unido en la búsqueda de un destino común. Afganistán no ha tenido ningún líder que supiera despertar un espíritu patrio y formar una nación, más bien ha sido todo lo contrario. Durante las numerosas invasiones, cuando el adversario era derrotado se producía un vacío de poder en el que los distintos señores de la guerra intentaban controlar el mayor territorio posible, sin que hubiera un proyecto de nación que uniera a todos los ciudadanos afganos cualquiera que fuese su etnia, religión o comunidad tribal. Por lo tanto, al no existir un proyecto político común no se ha desarrollado una identidad política homogénea en el país, aunque ésta sea una identidad débil. El problema en Afganistán, es que en toda su historia ningún gobierno ha tenido control de la mayor parte de su territorio, ni ha implementado un sistema administrativo que pudiera cubrir las necesidades más básicas de la pirámide de Maslow: el acceso a comida, agua, servicios básicos, etc. Estas necesidades básicas son cimientos necesarios para que un Estado pueda

CONCLUSIONES

desarrollarse y que sus ciudadanos lo contemplen como un instrumento que puede protegerles y ayudarles ante las adversidades sobrevenidas. Cuando el Estado no puede cubrir las necesidades más básicas de sus ciudadanos, no existe un “contrato social” entre ambos y las relaciones de respeto y confianza hacia las instituciones simplemente no existen. En estos casos, más que identidades comunes de dependencia se forman identidades excluyentes en el que la cooperación es casi inexistente.

Las entidades excluyentes son características de Estados fallidos que no han sido capaces de homogeneizar una identidad nacional común entre las distintas comunidades que forman el conjunto de la nación. Ante el colapso de un Estado, que no es capaz de proporcionar al ciudadano las necesidades básicas, las distintas identidades compiten unas contra otras por su supervivencia, ya que los recursos son limitados o están en manos de unos pocos. En el caso de Afganistán esto ha sido una constante por el que las distintas etnias han reaccionado buscando su maximización a costa de las otras; una competencia de suma cero en las que si uno gana es porque el otro pierde. En momentos de escalada de la violencia, se han llegado a cometer crímenes contra los derechos fundamentales que, en la mayoría de los casos, han quedado impunes. Las distintas identidades entran en una competición por los recursos, y tienen lugar enfrentamientos que no son investigados ni juzgados y, por lo tanto, se comenten numerosas atrocidades. La identidad en estos casos tiene mucho más valor que los valores democráticos. En este sentido, Afganistán ha evolucionado constantemente como un Estado fallido y sus luchas entre etnias ha sido también una parte de su sangrienta historia. La falta de recursos y pobreza ha maximizado la lucha “sin cuartel” entre las etnias afganas.

La existencia de identidades excluyentes y tribales es una constante en Afganistán. El Estado nunca ha llegado al “corazón” de los ciudadanos para que éstos tengan una identidad política nacional o un sentimiento de pertenencia a una comunidad común. La identidad política de los ciudadanos está más ligada

CONCLUSIONES

a una identidad étnica y tribal; no existe una identidad nacional que manifieste una homogeneidad entre las distintas etnias que componen el país afgano.

George Sorensen describe a los Estados menos desarrollados como aquellos que a nivel nacional no llegan a sus ciudadanos y a nivel local promueven procedimientos confusos de cómo llegar a los recursos; además la corrupción forma parte estructural del sistema. Afganistán, tanto a nivel nacional como local cumple con esta argumentación, por lo que el ciudadano "identifica al Estado como una fuente de pillaje, amenaza y explotación". Así, la mayoría de los ciudadanos no están incluidos en las políticas del gobierno y, si existen instituciones a nivel nacional, simplemente las desconocen o son prácticamente inaccesibles. En tales circunstancias, en lugar de depender de la burocracia estatal, encuentran redes locales para sobrevivir, ya sea mediante la ayuda de familiares, parientes, tribus, grupos étnicos y/o religiosos.

Ante esta situación ni la sensación de pertenencia a un Estado ni la de identidad nacional tienen ningún tipo de progreso, por lo que el ciudadano busca grupos cercanos en los que apoyarse en el día a día. Poco a poco el ciudadano va desarrollando una identidad común a la de su comunidad, que entra en conflicto con la identidad nacional. En estos Estados débiles, las relaciones sociales, legales y políticas entre sociedad y Estado son frágiles y la identidad nacional no se desarrolla. En cambio, hay un aumento en el valor de las identidades étnicas en la sociedad, dificultando aún más el desarrollo de una identidad política común. Por lo tanto, la débil capacidad del Estado afgano para realizar sus funciones básicas que debe ofrecer un Estado es clave en la falta de desarrollo de políticas que estimulen la identidad nacional. En otras palabras, para tener una identidad nacional es necesario que el Estado funcione, que todos los ciudadanos tengan una sensación de amparo, de respuesta del Estado ante las dificultades; en otras palabras, que exista una mínima gobernanza.

Los académicos y expertos utilizan la expresión de "Estado rentista" para describir la debilidad del Estado afgano que, por un lado, ha dependido de la

CONCLUSIONES

ayuda del mundo exterior y ha demostrado una gran incapacidad para utilizar su poder coercitivo como Estado y el poder de su infraestructura de manera efectiva. Afganistán se ha valido durante años de la ayuda internacional en forma de donaciones o créditos blandos para desarrollar unas instituciones que apenas llegaban a sus ciudadanos. La presencia de tropas internacionales hasta 2014 era una buena forma de ingreso, pero ésta desapareció cuando la mayoría de las tropas americanas se replegaron a los Estados Unidos. Así, sin dinero que provenía del gasto de tropas extranjeras bien pagadas en suelo afgano, se dejó de ingresar una buena cantidad de capital; en este escenario, la economía dejó de crecer a niveles de dos dígitos como lo había hecho durante casi una década y Afganistán volvió a la realidad de un Estado sin apenas presupuesto para sus políticas sociales. Así, el ciudadano cada vez se sentía más lejos de las pírricas políticas del gobierno central, especialmente en zonas rurales lejos de Kabul.

Ante esta situación de debilidad, las redes locales como la tribu, el clan y la religión dominaban las actividades políticas y, en gran medida, reducían la probabilidad de establecer fuertes "lazos de derechos y obligaciones" entre el Estado y el ciudadano. En un país como el de Afganistán, se ha desarrollado una economía moral en el que un individuo no depende de las instituciones estatales para subsistir, sino que busca la ayuda de parientes, clanes y tribus para encontrar trabajo, pagar las tasas escolares, los gastos corrientes, etc. Esta economía moral, en última instancia, se traduce en una pérdida de confianza casi total del ciudadano hacia el Estado. La relación entre el ciudadano normal y Kabul es muy esporádica y supone que el ciudadano experimente una sensación de foráneo en su propio país natal.

En vez de recular con el desarrollo del Estado, en Afganistán, la "economía moral" se fortaleció con el paso del tiempo, proporcionando cierta seguridad a la sociedad, que no tenía otra herramienta que ésta para subsistir. Los programas estatales sociales casi no existían y aquellos que conseguían implementarse estaban llenos de irregularidades y de procedimientos sesgados que favorecían a aquellos señores de la guerra con influencia política en el gobierno. Conforme

CONCLUSIONES

los ciudadanos iban ejerciendo más y más una ayuda basada en la tribu, más se perdía la sensación del ciudadano de pertenencia a un Estado. Por otro lado, la religión como única salida a los problemas cotidianos del ciudadano afgano hacía que se fortaleciera la pertenencia a un grupo local o tribal y la confrontación con otros grupos que no compartían los mismos valores. Así, en situaciones de desesperación y de desamparo, ante un gobierno que la mayoría de ciudadanos identificaba al gobierno como una “marioneta” de occidente, cada vez más, la identidad política del ciudadano afgano se focalizaba en tradiciones conservadoras, la Sharia y, en los casos más radicales, aparecieron numerosos grupos fundamentalistas que simpatizaban con los talibanes.

El ciudadano afgano, ante esta situación del país, tenía solamente un camino para poder hacer frente a las extremas dificultades diarias en un Estado fallido que ni siquiera era capaz de controlar la totalidad de su territorio. Este camino era unirse a un grupo local o comunidad en la que se pudieran ayudar unos a otros. Afganistán no estaba retrocediendo en el tiempo sino configurándose como siempre había sido durante toda su historia, un país tribal en la que la etnia y la religión eran las principales características del ciudadano afgano. El sistema occidental liberal basado en las elecciones libres, el rendimiento de cuentas, los derechos humanos y, últimamente movimientos como el feminismo o los derechos de las homosexuales, eran una utopía para un ciudadano que dependía de la comunidad local para su supervivencia y la de su familia. No solamente estos principios liberales estaban fuera del alcance de la mayor parte de los ciudadanos afganos, sino que muchos de ellos los consideraban como una trasgresión de occidente a su cultura ancestral que, en cierta medida, si comprendían y respetaban.

Las distintas imágenes que se pueden ver por internet de mujeres afganas emitiendo su voto debajo de un burka resumen las dificultades de implementar los valores occidentales en lugares donde la etnia y la comunidad local eran el contacto con la “globalización” de sus ciudadanos. En las distintas elecciones generales celebradas en las dos últimas décadas, no sólo era un reto el poder

CONCLUSIONES

llevar papeletas a todas las zonas remotas tapadas por enormes montañas, sino que la mayoría de las mujeres se jugaban la vida por el mero hecho de votar. Lo realmente paradójico es que la mayoría de votantes de las zonas rurales ni siquiera conocían a los candidatos, y su voto dependía en la mayoría de las veces del criterio del jefe tribal. Aunque se han realizado ya cuatro elecciones presidenciales desde la caída de los talibanes, la mayoría de los ciudadanos afganos no entiende lo que es un proceso electoral y no conoce a los candidatos que se presentan a las elecciones.

En occidente los procesos electorales sirven para que los políticos rindan cuentas con sus votantes y, en las democracias desarrolladas, el gobierno suele ser reelegido o no dependiendo de sus logros o fracasos. La corrupción es otro de los puntos clave en las sociedades avanzadas, donde existen ministros que han dimitido por copiar un párrafo de su tesis doctoral. El rendimiento de cuentas y la honestidad de los políticos son dos cuestiones de gran relevancia en los países nórdicos, Alemania o Dinamarca. Así, el ciudadano siente que su voto tiene un cierto valor, ya que se establece un contrato entre los gobiernos y los gobernados. En Afganistán cualquiera de estos requisitos es una entelequia. Para empezar, numerosos de los políticos de Kabul forman parte de tribus étnicas que sólo velan por sus intereses y, en muchos de los casos, los representantes públicos son señores de la guerra que luchan por sus beneficios en detrimento del ciudadano común. La corrupción está prácticamente sin control parlamentario o gubernamental y, los ciudadanos, hartos de la desgobernanza generalizada simplemente no se sienten representados por Kabul. Así, si cada elección general, en la que el ciudadano pone en peligro su propia vida sólo por el hecho de votar, es mejor no acudir a los centros de voto pues, cualquiera que sea el resultado, poco afecta a su vida diaria. Lo que sí que es importante para ellos es la comunidad local y su tribu, que es quien, al final del día, tiene la solución a sus problemas.

La identidad nacional de un país se puede medir, según argumenta Francis Fukuyama, según la calidad del gobierno. Un buen gobierno en el que sus

CONCLUSIONES

servicios estatales funcionen correctamente depende de la implicación y profesionalidad de sus funcionarios. En el caso de Afganistán, también es un factor clave que sus funcionarios tengan la certeza de que su seguridad personal no está en peligro cada vez que intenten tomar una decisión que, aunque justa, pueda afectar a los intereses de un determinado señor de la guerra quien, debido a los bajos niveles de seguridad, pueda tomarse la justicia por su mano. En las sociedades corruptas o mal estructuradas, como es el caso de Afganistán, políticos y burócratas corruptos desvían los recursos públicos hacia sus intereses personales o a los de una determinada comunidad en detrimento de otra que está más necesitada. Este tipo de conductas es una constante en Afganistán, y los gobiernos tanto de pastunes, como de tayikos, como de talibanes siempre han favorecido a sus comunidades por encima de las otras, lo que ha supuesto que el ciudadano medio pierda del todo la confianza en el gobierno de Kabul y desaparezca casi por completo la identidad nacional. Estas conductas han sido denunciadas continuamente por el SIGAR y, pese a que la situación ha ido mejorando con el tiempo, la situación está muy lejos de estar dentro de unos parámetros normales de gobernanza.

Un importante elemento para medir la identidad nacional es el desarrollo económico del país; los ciudadanos cuando experimentan un crecimiento económico sostenido sienten que existe un espíritu de equipo en el que la mayor parte de los ciudadanos se beneficia del crecimiento económico, en lugar de unas pequeñas élites. Este es el caso de economías asiáticas que, en las últimas décadas, han experimentados fuertes crecimientos de su PIB y, especialmente de sus exportaciones, como es el caso de Corea del Sur, Japón o China. Este tipo de orientación pública subyace en el “Estado Desarrollista” y ha sido mucho menos común en África subsahariana, Oriente Próximo y América Latina. En el caso de Afganistán se puede incluir en este último grupo en el que la poca riqueza generada se queda en manos de unos pocos que, en la mayoría de los casos, coincide con señores de la guerra o políticos corruptos de Kabul. El efecto en cuanto a la identidad nacional en estos casos es péfido, pues el ciudadano

común percibe al Estado como un ente corrupto que es controlado solamente por las élites que son las únicas beneficiarias de los recursos de todos. La confianza en el Estado desaparece, los ciudadanos dejan de cooperar entre ellos pues no existe una estructura más allá de su comunidad que permita un comercio o intercambio de bienes con garantías. De esta forma, la única manera de poder cubrir las necesidades más básicas es acudir a la comunidad, que es donde se forja la identidad de casi la totalidad del ciudadano afgano.

El sistema de justicia es otro de los elementos claves de un Estado para proporcionar identidad nacional a sus ciudadanos. Un sistema competente de justicia refuerza la idea de que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, una ley que alcanza a todo el territorio nacional y, lógicamente, sirve para ensalzar el espíritu de pertenencia a una comunidad común más allá de la local. En los Estados más desarrollados la justicia es un bien esencial y está al alcance de cualquier ciudadano. Basta con ir al juzgado de primera instancia a poner una denuncia y el ciudadano tiene la sensación de poder defender su causa. Por muy fuerte o poderoso que sea un concurrente, muy probablemente ganará el proceso aquel que lleve la razón o mejor defienda su causa. Si bien es cierto de que el poderoso tienen más recursos para permitirse un buen abogado, no es menos cierto que, en muchas democracias de occidente, día sí y día también se destapan casos de corrupción política en las que sus protagonistas acaban yendo a la cárcel y repudiados por la sociedad por haberse beneficiado de los recursos públicos. Aunque algunos corruptos suelen salir impunes de lamentables procesos de corrupción, el mero hecho de que puedan ser condenados a años de prisión hace que el ciudadano tenga una cierta sensación de justicia a nivel nacional. Esta sensación de justicia hace que la identidad nacional del ciudadano también se vea reforzada.

El problema de Afganistán en el ámbito de la justicia es que los procedimientos legales burocráticos son difícilmente entendibles para el ciudadano corriente, especialmente en las zonas rurales donde la Jirga ha sido tradicionalmente la referencia que impartía justicia. En zonas rurales es el “derecho de la costumbre”

CONCLUSIONES

el que ha prosperado, ya que éste es mucho más entendible para el afgano que aquel basado en leyes de notable influencia occidental liberal. Además de esto, los juzgados están en zonas pocos accesibles para la mayoría de los ciudadanos; no solamente están lejos de las zonas rurales, sino que llegar al local del juzgado supone varios días de viaje, lo que supone una cierta inversión económica que no siempre es posible. Los talibanes, que no aprueban los juzgados dependientes del gobierno, amenazan de muerte a aquel ciudadano que acuda a juzgados estatales, lo que supone un riesgo parecido al de votar en las elecciones. Ante esta situación los afganos, en su mayoría, elijen Jirgas de su propia comunidad o, incluso a veces, tribunales patrocinados por los propios talibanes. Sea como fuere, esta dificultad de acceder a la justicia va en detrimento de la ya baja identidad nacional del ciudadano, quien no establece una relación con el Estado en materia de justicia.

Lo anteriormente expuesto no hace más que confirmar que la falta de identidad nacional del ciudadano afgano es una causa principal de la decadencia de Afganistán como Estado y de su relación con el ciudadano. Durante la intervención americana, esta falta de identidad se ha visto agravada como consecuencia de una opinión pública que no concebía al Estado como una herramienta de justicia social, sino como una prolongación de la intervención americana. Esta falta de identidad nacional también es causa de las distintas identidades políticas del país que merman aún más la identidad nacional del ciudadano.

Las identidades políticas de Afganistán han estado muy influenciadas por la distribución geográfica de sus ciudadanos y las distintas identidades étnicas descritas en el apartado 4.4, que además, debido a la fragilidad del Estado afgano, es la principal referencia en cuanto a necesidades sociales y económicas del ciudadano. La identidad política basada en la identidad étnica ha supuesto que los afganos perciban que su futuro y el de sus familias estén muy ligado al propio de la etnia. Si la etnia que dirige la política de Kabul es pastún, como así ha sido en la mayor parte de la historia de Afganistán, la mayor parte de las

CONCLUSIONES

decisiones políticas se realizan para favorecer aquellas zonas donde son mayoritariamente pastunes. Para hacer aún más difícil la situación, el sentido de voto está también muy influenciado por la etnia del ciudadano. Un afgano de etnia uzbeca, muy probablemente, votará a los candidatos uzbekos que se presenten a las elecciones aunque el concurrente pastún sea más competente y preparado para el cargo. Así, el gobernante se siente obligado a proteger con sus políticas a los ciudadanos de su misma etnia, ya que es la única forma de asegurarse ser reelegido. Se entra entonces en una especie de espiral viciosa en la que lo único que importa es la etnia y no el desarrollo del país. La política de la identidad se convierte en el único factor a tener en cuenta en el gobierno del Estado, lo que supone que los ciudadanos que no pertenecen a la etnia gobernante vean a la administración como una fuente de injusticias. El ciudadano no pastún durante muchos años de su vida no se ha sentido reconocido por parte del Estado, ya que no se le ha tenido en consideración para el desarrollo de las políticas de Afganistán. Rescatando a Platón, su *thymòs* no se ha visto reconocido durante siglos y siglos de historia.

El reconocimiento mutuo de las distintas etnias existentes en Afganistán, por lo tanto, es esencial para la existencia de una identidad nacional de la que los ciudadanos del país se puedan sentir orgullosos. Este reconocimiento supondría una mayor posibilidad de establecimiento de los derechos de las etnias, de sus relaciones como comunidades distintas pero dispuestas a colaborar entre ellas y, al fin y al cabo, en la búsqueda de un destino común basado en ciertos principios democráticos. Sin embargo, este reconocimiento mutuo de las distintas etnias no ha sucedido en ningún momento de la historia afgana. En su búsqueda de reconocimiento, la etnia pastún se ha enfrentado a los distintos imperios invasores de Afganistán; como consecuencia, han formado una identidad particular basada en la lucha por el control de la política afgana y por el reconocimiento de su *thymòs* frente a los invasores y frente a las otras etnias de Afganistán. Este sentimiento de superioridad o de etnia elegida para dictar el futuro político de Afganistán ha sido una constante dentro de la etnia pastún, que

CONCLUSIONES

no han sabido reconocer el thymòs de las otras etnias, llegando en algunos casos al enfrentamiento o a la guerra civil. En algunos casos este exceso de querer controlar el país ha supuesto que determinadas comunidades se hayan radicalizado, como es el caso de los talibanes.

Los talibanes eran una comunidad relativamente localizada en el sur este del país que se caracterizaba por una radicalidad excesiva que proyectaba odio hacia las demás comunidades que no compartían sus valores, especialmente aquellas comunidades que no eran sunitas, por ejemplo, los hazaras. Pese a no ser una comunidad muy numerosa, la situación política de casi guerra civil y de falta de unidad nacional supuso que este grupo tuviera una “ocasión de oro” para expandir su influencia y llegar a controlar el país, como así sucedió. Años de corrupción y de lucha contra la Unión Soviética habían traído una elevada pobreza y sentimiento de desesperación en la población afgana que, en un principio, no vio con malos ojos la entrada de los talibanes. Los talibanes habían luchado ferozmente contra los soviéticos y querían su reconocimiento después de años de combate y de conseguir que el invasor fuera derrotado. Al igual que los guerreros de la antigua Grecia que describía Platón en la República, los talibanes querían su reconocimiento por parte de la ciudadanía afgana. Sin embargo, el reconocimiento para los talibanes era una cuestión de suma cero; es decir, los talibanes eran los verdaderos y únicos elegidos para dominar el poder político y convertir a una población que durante años había perdido los valores más fundamentales del islam. Cualquier ciudadano que no compartiera su ideario corría el riesgo de perder su vida, por lo tanto, el que quisiera vivir debía seguir los principios de la identidad talibán.

El régimen talibán, con su intento de fortalecer la dominación pastún y crear un Estado islámico, basado en su propia interpretación estricta de la Sharia islámica, intentó reforzar un sentimiento común más allá de su propia comunidad basado en los postulados más radicales de la Sharia; la interpretación más radical del islam “pasaba por encima” de cualquier principio democrático. Sin embargo, este intento talibán de unir las distintas identidades políticas terminó

CONCLUSIONES

en fracaso. La esperanza de la población de que los talibanes podrían traer cierta estabilidad después de años de guerra pronto se esfumaron, pasando a un clima muy deteriorado de seguridad y de políticas de terror implementadas por talibanes en las que un ciudadano corriente podía incluso ser asesinado por el mero hecho de no llevar la barba suficientemente larga. Durante años, la radicalidad llevada al extremo precipitó episodios de extrema violencia y de violación de los derechos humanos por doquier, especialmente contra la etnia hazara que se llevó la peor parte de todas por sus creencias chiitas. La mujer también perdió los pocos derechos que habían podido ganar durante siglos de lucha y de injusticias. Las lapidaciones por presunto adulterio se volvieron cada vez más comunes en todo el país, especialmente en aquellas zonas controladas por los talibanes. La Alianza del Norte, en su mayor parte de etnia tayika pero también de pastunes moderados, era la única organización que se atrevía a hacer frente a los talibanes pero, paradójicamente, no recibía ningún apoyo internacional. Así, el país se sumía en un caos casi absoluto sin que la comunidad internacional reaccionara.

El régimen talibán también se caracterizó por un notable aislamiento para poder expandir su política radical entre sus ciudadanos; un régimen muy basado en la Sharia radical y sin casi ningún valor democrático entre sus miembros. La política de aislamiento talibán también supuso que la economía se viniera abajo, dependiendo cada vez más el gobierno del contrabando de drogas y de armas. En este periodo talibán, el cultivo de la “amapola” creció notablemente, hasta llegar a ser el país líder mundial en el cultivo del opio. Ante la catástrofe económica y la falta de recursos de los ciudadanos, paradójicamente, miles de afganos se unieron al régimen talibán, no porque compartieran su ideario sino porque era la única forma de sobrevivir ante una economía casi dependiente del cultivo de drogas y con altos índices de paro juvenil. Poco a poco el número de talibanes iba aumentando, y para los jóvenes sólo habían dos elecciones: unirse al régimen o combatir contra él. La elección en la mayoría de las ocasiones dependía de la zona de residencia; si en ella existía un mayor control o no los

talibanes. La situación se hacía cada vez más insostenible y Afganistán pasó a ser también un refugio de terroristas que disfrutaban de inmunidad para entrenarse y formar campos de reclutamiento.

El régimen talibán no consiguió que aumentara la identidad nacional del Estado afgano. Por el contrario, la población se radicalizó entre dos bandos bien definidos: los talibanes y el resto. Dada la radicalidad del régimen talibán no existía otra salida que estar con ellos o contra ellos. La parcialidad, la incompetencia de las instituciones lideradas por los talibanes y el desastre económico suponía que la única forma de parar cualquier intento de rebelión era controlar a la población y cortar por completo sus libertades, no solo de asociación sino también de culto. En esta época del régimen más radical del mundo, una mujer podía enfrentarse a la muerte por el simple hecho de ir acompañada por alguien que no fuera su marido o por ser acusada de deshonor aunque no existieran pruebas contra ella. En estos episodios tan violentos y de grandes fracturas de los derechos humanos la identidad más radical de Afganistán se imponía en todo el país. Así, se producían miles de asesinatos y el pueblo afgano fue sometido a uno de los episodios más duros de su historia, en el que cualquier protesta contra el poder establecido era motivo de elevadas penas, e incluso de la muerte. El ciudadano no talibán veía al gobierno como una organización corrupta que había llevado a la ruina absoluta al país, un país desolado del que solo se podía recuperar mediante la lucha armada contra los talibanes. Así, en medio de este caos, la Alianza del Norte, formada por mayoría de afganos de etnia tayika pero también pastún, comenzó a liderar la lucha contra “el régimen del terror”. Años después, en un giro inesperado de los acontecimientos, los Estados Unidos se apoyarían en esta organización anti-talibán para derrocar al régimen.

Así la poca identidad nacional efectiva simplemente dejó de existir, pues el Estado basaba su relación con el ciudadano mediante la interpretación más radical posible de la Sharia y la coerción. La balanza entre identidad o democracia claramente viraba hacia la identidad. Aunque no todos los

CONCLUSIONES

ciudadanos compartían esa visión tan cruel del islam, las discrepancias entre las distintas comunidades muchas veces acababan en episodios de extrema violencia. Ante esta situación, los afganos que no comulgaban con los principios talibanes sólo podían confiar únicamente con el personal más cercano, por lo que el comercio volvió a modelos casi prehistóricos. Con el paso de los años el ciudadano se vio obligado a relacionarse únicamente con su comunidad, especialmente en aquellas zonas en el que la etnia pastún no era la dominante. La polarización de la sociedad afgana cuando los Estados Unidos invadieron Afganistán era casi absoluta; las etnias se miraban con el mayor de los recelos y existía una enorme desconfianza hacia un Estado central que no hacía otra cosa que promover la persecución del infiel.

La caída de los talibanes, como era de esperar, tampoco supuso la creación de una identidad nacional que buscara un futuro común compartido de todas las comunidades afganas. Las políticas de identidad étnica y sectaria han seguido siendo una característica dominante de la sociedad y la política de Afganistán en la década posterior a los talibanes, como se ha detallado en el apartado 5. Esta falta de unidad de identidad política se ha confirmado en numerosos episodios recientes en Afganistán. Por ejemplo, la composición étnica y sectaria de la Conferencia de Bonn de 2001 no hacía más que confirmar los distintos intereses de cada una de las etnias y de la falta de confianza de las unas en las otras; la presencia de lealtad étnica y sectaria en el elecciones presidenciales ha sido una constante desde el primer proceso electoral de 2004, en el que el voto ha estado orientado por las etnias. También las relaciones de la sociedad civil afgana se han desarrollado, ante la inexistencia de un Estado que se ocupe de todos los ciudadanos, según la distribución étnica en el país. Los hazaras se han relacionado con hazaras, los pastunes con pastunes y así sucesivamente. En resumen, la identidad política de Afganistán no se basa en la lucha de ideas como puede ser en occidente, sino en la etnia y en la comunidad donde habita el ciudadano. Finalmente, las políticas de identidad étnica y sectaria, combinadas con otros factores como las continuas amenazas a la seguridad de

los talibanes y otros grupos insurgentes, han socavado gravemente el proceso de construcción del Estado. Identidad y democracia tienen una mala relación en un país tan tribal y basado en las relaciones de la comunidad; al final, ciertamente, la decisión de identidad o democracia será una de las cuestiones que tendrán que dar respuesta el propio pueblo afgano.

Debido a la relevancia de las identidades políticas basadas en las etnias, la tercera hipótesis en la que una estrategia de “abajo a arriba” es más eficiente en un Estado como el de Afganistán queda claramente confirmada, pues la situación de baja identidad nacional y la poca competencia de las instituciones así lo atestiguan. Una estrategia de reconstrucción basada en las identidades políticas del ciudadano hubieran evitado las políticas de resentimiento de la mayor parte de las etnias que forman parte del complejo país afgano. La esperanza de que una vez restablecida la seguridad, la estabilidad política viniera después no fue suficiente para reconciliar un país con una larga historia de invasiones y guerras civiles. Al final, los pastunes fueron la principal etnia favorecida en el proceso de reconstrucción que, siguiendo una cultura basada en la etnia, favoreció continuamente los intereses de su comunidad, despertando una gran desilusión de las otras etnias y comunidades. La identidad nacional, mediante esta estrategia de reconstrucción nunca se promovió y, ante esta gran carencia, la reconstrucción del país afgano quedó en un fracaso de occidente. Un fracaso que se confirmará, muy probablemente, si se confirma la entrada en el gobierno de los talibanes con la legitimación de la comunidad internacional.

La tesis de esta investigación queda confirmada con las tres hipótesis de partida que previamente han sido también confirmadas. La tesis se basa en que la estrategia del posconflicto en Afganistán se basó en un intento de implementar la seguridad en Afganistán, donde no se tuvo en cuenta la falta de identidad nacional afgana, consecuencia de un país muy dividido étnicamente y de una extrema falta de gobernanza por parte de los distintos gobiernos de Kabul durante toda su historia. Lo anterior ha quedado claramente confirmado en los distintos apartados que se han analizado durante todos los capítulos, pero

CONCLUSIONES

especialmente en los apartados 5.2 , 5.3 y 5.4. La segunda parte de la tesis se basa en que La falta de identidad nacional supuso que en Afganistán existan distintas identidades políticas que exigían un enfoque más integral en la estrategia de reconstrucción del país, en el que los ciudadanos y no las instituciones eran la aproximación clave para el éxito de la misión. Esta afirmación es una constante del capítulo 5 y en parte de las conclusiones, por lo que se confirma también la tesis de partida.

Así pues, la tesis queda confirmada.

El futuro de Afganistán está en un momento trascendente; ciertamente, el acuerdo de paz, si este al final se lleva acabo, marcará un antes y un después en el país afgano que bien se tiene merecido el apodo de la “tumba de los imperios”. Después de más de un año de negociaciones directas, el gobierno de Estados Unidos y los talibanes firmaron un acuerdo de paz el 29 de febrero de 2020, en el que se estableció un cronograma para la retirada de las fuerzas estadounidenses de Afganistán, si los talibanes se comprometían a que el territorio bajo su control no fuera utilizado por grupos terroristas y a entablar negociaciones con el gobierno afgano.

A pesar de este nuevo acuerdo, todavía no existe un alto el fuego oficial; de hecho, Afganistán sigue siendo uno de los países con más violencia en todo el mundo. A lo largo de 2019 y en 2020, la violencia se prolongó en Afganistán a medida que Estados Unidos aumentó sus ataques aéreos y operaciones especiales contra los talibanes. Por otro lado, fuerzas talibanes continuaron llevando a cabo ataques contra objetivos del gobierno afgano, logrando avances territoriales y apuntando a las Fuerzas de Seguridad y Defensa Nacional afganas (ANDSF), sus bases y puestos de avanzada. Los talibanes también han llevado a cabo ataques de alto perfil en todo el país, incluso en Kabul. Ninguna parte del territorio afgano tiene unas mínimas condiciones de seguridad y la mujer ha experimentado un claro retroceso en cuanto a sus derechos y representación.

CONCLUSIONES

Debido a este escenario de violencia y de falta de seguridad, las perspectivas de las negociaciones entre el gobierno afgano y los talibanes siguen siendo inciertas. Con el cambio de la administración americana, es todavía dudoso si el presidente Biden seguirá los pasos de Trump o si diseñará una estrategia propia que pudiera deteriorar el posible acuerdo de paz o dejarlo en pausa. El propio gobierno afgano sigue dividido después de unas polémicas elecciones, lo que complica aún más las perspectivas de la conversación. Esta circunstancia abre unas más que interesantes posibles líneas de investigación para el futuro.

A lo largo de esta tesis se ha discutido el reto que supone el reconciliar unas comunidades afganas, muy basadas en las etnias, con el de un Estado central que pueda atender, sin sesgo y sin preferencias, a las necesidades de todas y cada una de las comunidades por igual. Un gobierno centralizado ha sido claramente un problema a lo largo de la historia de Afganistán, por lo que una línea de investigación abierta sería si realmente existe la posibilidad de que un gobierno federal, basado en las particularidades de cada territorio, fuese una herramienta para potenciar la identidad nacional afgana. Las distintas etnias se han asentado en Afganistán siguiendo un determinado patrón geográfico; por ejemplo, los hazaras están más distribuidos por el centro de Afganistán, los pastunes por el este, los tayikos en el norte, etc. Por lo tanto, esta línea podría ser del todo válida no solamente por la distribución geográfica per se, sino por la necesidad de potenciar una identidad nacional basada en las particularidades de las etnias. Los distintos gobiernos federales podrían, poco a poco, cooperar entre ellos aumentando la confianza y dejando de analizar la relación entre las distintas etnias como un juego de suma cero.

El posible acuerdo de paz abre numerosos interrogantes que, evidentemente, no se pueden prever hoy en día, pero que sin duda no tardaremos mucho en conocer sus repercusiones en el futuro de Afganistán y de la seguridad mundial.

A modo de conclusión final y, teniendo en cuenta el sistema de sistemas como metodología de esta tesis, en la Ilustración 40 se puede observar, de cierta

CONCLUSIONES

forma, la complejidad de la situación actual de Afganistán: una economía central que no llega a la ciudadanía en las zonas rurales; unas relaciones étnicas muy complejas, especialmente entre los pastunes y las demás; los talibanes controlando el sur de Afganistán y el opio como economía sumergida; las relaciones de Irán, Estados Unidos y Paquistán con las distintas etnias; la interpretación radical de la Sharia, el respeto de algunas etnias a la Constitución y el rechazo frontal de los talibanes, etc. En resumen, un sistema de sistemas que no hace más que confirmar la dificultad de “la tumba de los imperios”. Al final, teniendo en cuenta toda la complejidad de Afganistán y el posible acuerdo de paz con los talibanes, una simple frase de Carl Von Clausewitz puede servir de culmen a esta tesis: “En la guerra, la victoria nunca es definitiva”.

Fin

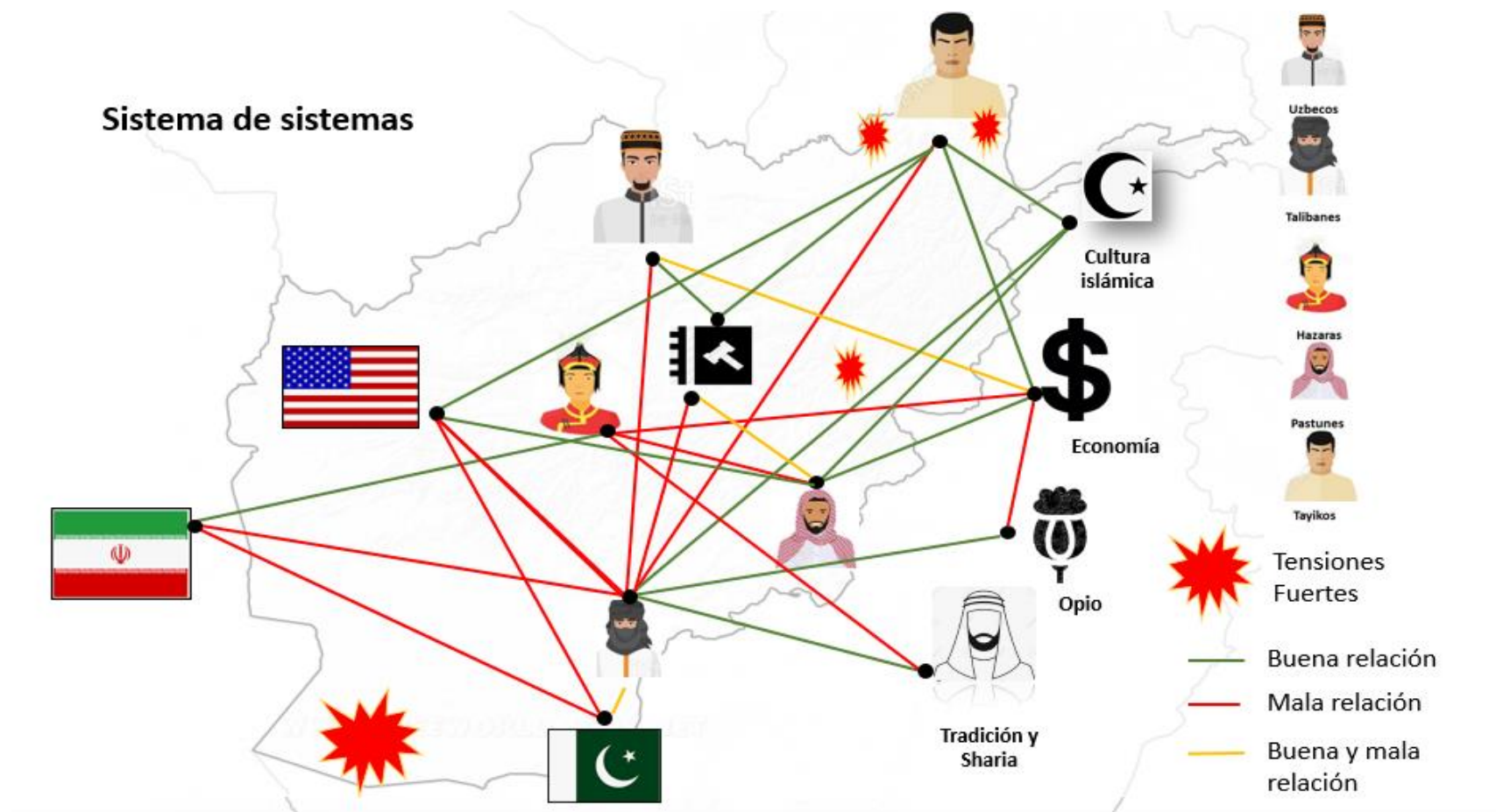


Ilustración 40: Sistema de Sistemas en Afganistán

Referencias

- Aghan Ministry of Finance . (2019). Citizens' Budget: A simplified version of the National Budget 1398 (MoF, Feb. 19, 2019),. [https://www.budgetmof.gov.af/images/stories/DGB/BPRD/National%20Budget/Fiscal_Year_1398/1398%20Citizen%20Budget%20\(English%20Version\).pdf](https://www.budgetmof.gov.af/images/stories/DGB/BPRD/National%20Budget/Fiscal_Year_1398/1398%20Citizen%20Budget%20(English%20Version).pdf).
- Ahady, A.-u. H. (1995). The Decline of the Pashtuns in Afghanistan". Asian Survey, July 1995, Vol. 35, No. 7, p. 621-634.
- Akhgar, R. F. (marzo de 2020). Dueling Afghan Leaders Both Declare Themselves President. The Diplomat, <https://thediplomat.com/2020/03/dueling-afghan-leaders-both-declare-themselves-president/>.
- Alalwani, T. Y. (2014). La Apostasía en El Islam. International Institute of Islamic Thought,.
- ALEP. (2012). Introduction to the Criminal Law of Afghanistan.
- ALEP, Stanford Law School, . (2017). An introduction to the Law of Afghanistan.
- Ali, Y. A. (2008). Understanding Pashtunwali. The Nation; <https://nation.com.pk/06-Aug-2013/understanding-pashtunwali>.
- Aljazeera. (marzo de 2009). Karzai welcomes new US strategy. <https://www.aljazeera.com/news/2009/3/28/karzai-welcomes-new-us-strategy>.
- Aljazeera. (2018). Afghan militia commander freed after 'several killed' in protests. <https://www.aljazeera.com/news/2018/11/27/afghan-militia-commander-freed-after-several-killed-in-protests>.
- Altares, G. (febrero de 2008). Más allá del Hindu Kush. Madrid: El país, https://elpais.com/diario/2008/02/16/babelia/1203122355_850215.html.
- Anirban Dasgupta, R. A. (2019). Employment Scenario in Afghanistan from 2007–08 to 2013–14 Asia-Pacific working paper series (International Labour Organization). https://www.ilo.org/newdelhi/whatwedo/publications/WCMS_681336/lang--en/index.htm.
- Ansar, M. (2019). "Youths, New Faces Make 70% Of Afghan Parliament," . Tolo News, <https://www.tolonews.com/afghanistan/youths-new-faces-make-70-afghan-parliament>.

- Arreguín-Toft, I. (2005). *How the Weak Win Wars: A Theory of Asymmetric Conflict* . Nueva York: Cambridge University Press.
- Bacevich, A. (2008). *The Limits of Power: The End of American Exceptionalism* . New York: Metropolitan Books, 95.
- Ballesteros, M. Á. (2016). *En busca de una estrategia de Seguridad Nacional*. Madrid: Ministerio de Defensa. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Banco Mundial. (2018). *Poverty in afghanistan*. Washington: <http://documents1.worldbank.org/curated/en/451111535402851523/pdf/AUS0000426-REVISED-ALCS-Poverty-Chapter-upload-v2.pdf>.
- Banco Mundial. (octubre de 2019). World Bank website, “GDP growth (annual %)—Afghanistan,” <https://data.worldbank.org/indicator/NY.GDP.MKTP.KD.ZG?locations=AF>.
- Barea, A. C. (2019). *Enfoque sistémico y planeamiento operativo: el emperador está desnudo*. . Madrid: Instituto de Estudios Estratégicos.
- Barfield, T. (2012). *Political Legitimacy in Afghanistan*. <https://www.mei.edu/publications/political-legitimacy-afghanistan>. Middle East Institute.
- Barnett Rubin. (febrero de 2003). “Transitional Justice in Afghanistan,” Anthony Hyman Memorial Lecture, School of International and African Studies, . Londres: University College, London.
- Barr, H. (2020). *A crucial moment for women’s rights in Afghanistan*. Hrw: <https://www.hrw.org/news/2020/03/05/crucial-moment-womens-rights-afghanistan>.
- BBC. (marzo de 2006). *Afghan convert 'arrives in Italy*. http://news.bbc.co.uk/2/hi/south_asia/4856748.stm.
- BBC. (2015). *Afghan Hazara killings spur thousands to march in Kabu*. BBC; <https://www.bbc.com/news/world-asia-34783511>.
- BBC. (2020). *Afghanistan war: What has the conflict cost the US?* BBC; <https://www.bbc.com/news/world-47391821>.

- BBC. (mayo de 2020). Afghanistan: Rival leaders Ghani and Abdullah in power-sharing deal. BBC; <https://www.bbc.com/news/world-asia-52699158>.
- BBC News. (enero de 2016). Cuáles son las diferencias entre sunitas y chiitas, el trasfondo del conflicto entre Arabia Saudita e Irán. https://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/01/160104_sunitas_chiitas_diferencias_iran_arabia_saudita_aw.
- Bearden. (diciembre de 2001). Afghanistan, Graveyard of Empires.”. New York: Foreign affairs, <https://www.foreignaffairs.com/articles/afghanistan/2001-11-01/afghanistan-graveyard-empires>.
- Bennis. (2001). US Foreign Policy and the War on Terrorism; BBC, “Aid Drops Target Civilians”. Londres: BBC.
- Bennis, P. (2001). US Foreign Policy and the War on Terrorism. Washington: Washington Post.
- Bezahn, F. (2020). Afghan Rights Group Investigating Video Of Woman Being Stoned To Death. <https://www.rferl.org/a/afghan-rights-group-investigates-video-of-woman-being-stoned-to-death/30414665.html>.
- Bilgrami, A. (2006). Notes Towards the Definition of 'Identity. Daedalus, Fall 2006, Vol. 135, No. 4, pp. 5-14.
- Blankenship, O. B. (mayo de 2013). Natural Resource Management and Peacebuilding in Afghanistan . (United Nations Environment Programme.
- Bober, A. (mayo de 2016). How Lapis Lazuli Turned One Afghan Mining District to the Taliban. <https://www.newsecuritybeat.org/2016/08/lapis-lazuli-turned-afghan-mining-town-taliban/>.
- Bondi, L. (1993). Locating Identity Politics. Londres: London & NY, Routledge, pp. 82-99.
- Breuilly, J. (1983). Nationalism and the State . Manchester: Manchester University Press.
- Britannica. (noviembre de 2020). *Khyber Pass*. Obtenido de <https://www.britannica.com/place/Khyber-Pass#ref251210>

- Brunt, R. (1989). *The Politics of Identity*. *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990s*, London, Lawrence & Wishart, pp. 150-15, in S. Hall and M. Jacques, 9.
- Burton, A. (2018). *On the first anglo-war, 1839-42: spectacle of disaster*. Obtenido de http://www.branchcollective.org/?ps_articles=antoinette-burton-on-the-first-anglo-afghan-war-1839-42-spectacle-of-disaster
- Bush, G. (septiembre de 2001). Address to a Joint Session of Congress and the American People. La Casa blanca, <https://georgewbush-whitehouse.archives.gov/news/releases/2001/09/20010920-8.html>.
- Bush, G. (21 de septiembre de 2001). Transcript of President Bush's address to a joint session of Congress on Thursday night, September 20, 2001. Atlanta: CNN, transcript, <http://edition.cnn.com/2001/US/09/20/gen.bush.transcript/>.
- Bussi, P. (2017). IL GENOCIDIO DEGLI HAZARA. *International magazine*: <https://web.archive.org/web/20191031042836/http://ilkim.it/il-genocidio-degli-hazara/>.
- Care international. (mayo de 2020). The 15 countries most at risk during coronavirus. <https://www.care.org.au/media/>.
- Central Statistics Organization (CSO), . (2018). *Afghanistan Living Conditions Survey 2016–17* . Kabul: <https://washdata.org/sites/default/files/documents/reports/2018-07/Afghanistan%20ALCS%202016-17%20Analysis%20report.pdf>.
- Cervera, C. (noviembre de 2014). *ABC, Historia*. Obtenido de *La guerra de España: la úlcera de Napoleón Bonaparte*: <https://www.abc.es/espana/20141101/abci-furia-espanola-desespero-napoleon-201410271410.html>
- CFR. (febrero de 2021). *The US war in Afghanistan*. <https://www.cfr.org/timeline/us-war-afghanistan>.
- Chaleco, J. (diciembre de 2001). *Fourth Generation War*. Obtenido de *The Atlantic*: <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2001/12/fourth-generation-warfare/302368/>
- Charles-Philippe, D. (2008). *La guerra y la paz*. Barcelona: Icara, p .184.

- Chaudhuri, S. (2019). Afghan Progress and the Road Ahead. *Georgetown Journal of International Affairs*,
<https://www.georgetownjournalofinternationalaffairs.org/online-edition/2019/3/18/dr-subham-chaudhuri-on-afghan-progress-and-the-road-ahead>.
- Clausewitz, C. V. (2010). *De la Guerra*. Viena.
- Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. (Noviembre de 2004). *Consejo de Seguridad 2004, recapitulación*. Obtenido de <http://www.un.org/es/documents/sc/scaction/2004/afganistan.shtml>
- Cordesman, A. (2 de diciembre de 2009). Obama's New Strategy in Afghanistan. CSIS:
<https://www.csis.org/analysis/obama%E2%80%99s-new-strategy-afghanistan>.
- Cosntitución de Afganistán. (2004). Kabul.
- Council of Foreign Relations. (2020). The taliban in Afghanistan. CFR:
<https://www.cfr.org/background/taliban-afghanistan>.
- Cressida, H. (2009). Identity Politics. *The Stanford Encyclopaedia of Philosophy* (Spring 2009 Edition), Edward N. Zalta (ed.), Available Online:
<http://plato.stanford.edu/archives/spr2009/entries/identity-politics>.
- Dipali, M. (2014). (2014). "Building a Theory of Strongman Governance in Afghanistan". *Warlords, Strongman Governors, and the State in Afghanistan*.
- Dobbins, J. (2008). *After the Taliban: Nation-Building in Afghanistan* . Washington, D.C.: Potomac Books.
- Dominguez, J. (21 de noviembre de 2018). *El Orden Mundial*. Obtenido de LAs mayores guerras desde 1900: <https://elordenmundial.com/mapas/las-mayores-guerras-desde-1900/>
- Dorrnsoro, G. (2005). *Revolution Unending: Afghanistan 1979 to the Present*. Nueva York: NY: Columbia University Press.
- DPW, Cornell University Law School. (diciembre de 2012). *Death Penalty Database – Afghanistan*. Cornell University Law School.
- Draper, R. (2007). *Dead Certain: The Presidency of George W. Bush* . (New York: Free Press, 156.

- Dupree, L. (2020). Afghanistan. Londres: Britannica, <https://www.britannica.com/place/Afghanistan>.
- EASO. (2017). Afghanistan, Individuals targeted under societal and legal norms. European Asylum Support Office.
- Edward, M. L. (2010). State-Building in Afghanistan: A Case Showing the Limits? *International Review of the Red Cross*, 2010, Vol. 92, No. 880, pp. 967-991.
- Eikenberry, K. W. (2013). "The Limits of Counterinsurgency Doctrine in Afghanistan: The Other Side of the COIN. New York: Foreign Affairs.
- European Asylum support Office. (2020). Individuals of Hazara ethnicity. EASO; <https://www.easo.europa.eu/country-guidance-afghanistan/2171-individuals-hazara-ethnicity>.
- European Asylum Support Office. (2020). Afghanistan Criminal law, customary justice and informal dispute resolution. Bruselas: European Commission.
- FDD's long war journal. (2021). Mapping Taliban Control in Afghanistan. FDD's. <https://www.longwarjournal.org/mapping-taliban-control-in-afghanistan>.
- FMI. (2016). Islamic Republic of Afghanistan At a Glance . <https://www.imf.org/en/Countries/AFG>.
- Friese, H. (2002). *Identities: Time, Difference and Boundaries*,. NY & Oxford, Berghahn Books.
- Fukuyama, F. (2004). *Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq*. Baltimore: The John Hopkins Uni. Press, pp. 1-18.
- Fukuyama, F. (2018). *Identidad*. Deusto.
- Gall, C. (abril de 2014). *The Wrong Enemy: America in Afghanistan, 2001-2014* . Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt.
- Galula, D. (2006). *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice* . Westport, : CT: Praeger.
- Geoffrey Wawro. (2010). *Quicksand, America's Pursuit of Power in the Middle East* . Nueva York: Penguin Press.
- Gerasimov, V. (2016). the value of Science is in the Foresight. *Military Review*, 23-29.
- Girard, R. (2007). *Achever Clausewitz*. Paris: Champs Essais.

- Giustozzi, A. (octubre de 2019). Nomad-settler conflict in Afghanistan today . AREU.
- Global Conflict Tracker. (enero de 2021). Asia/Afghanistan. GCT: <https://www.cfr.org/global-conflict-tracker/conflict/war-afghanistan>.
- Gobierno de Afganistán. (enero de 2021). Wolesi Jirga (House of People), National Assembly of the Islamic Republic of Afghanistan. Librería del Congreso de Afganistán; <https://www.loc.gov/item/lcwaN0015936/>.
- Guardian, T. (junio de 2008). Karzai threatens to send troops into Pakistan. <https://www.theguardian.com/world/2008/jun/16/afghanistan.pakistan>.
- Habiburahman Sahibzada, T. A. (2019). Afghanistan Development Update: Building Confidence Amid Uncertainty. Washington: <http://documents.worldbank.org/curated/en/546581556051841507/Building-Confidence-Amid-Uncertainty>.
- Hansard. (1839). *AFFAIRS IN THE EAST*. Obtenido de <http://hansard.millbanksystems.com/lords/1839/mar/19/affairs-in-the-east>
- Hares, G. (2019). Why the Taliban should read the Afghan Constitution. AAN.
- Hasiba Atakpal. (junio de 2019). “Critics Say Afghanistan Has a ‘Weak’ Parliament,” . Tolo News.
- Hatings, M. (22 de junio de 2010). The Runaway General: The Profile That Brought Down McChrystal. Rolling stones; <https://www.rollingstone.com/politics/politics-news/the-runaway-general-the-profile-that-brought-down-mcchrystal-192609/>.
- Hennigan, W. J. (febrero de 2019). The U.S. Sent Its Most Advanced Fighter Jets to Blow Up Cheap Opium Labs. Now It's Canceling the Program. Time, <https://time.com/5534783/iron-tempest-afghanistan-opium/>.
- hiro, D. (enero de 1999). The Cost of an Afghan ‘Victory. The nation.
- Honneth, A. (1995). The Struggle for Recognition: The Moral Grammar of Social Conflict . Cambridge, Polity Press.
- Human Right Watch. (2011). Afghanistan: Stop Women Being Given as Compensation. HRW: <https://www.hrw.org/news/2011/03/08/afghanistan-stop-women-being-given-compensation>.

- Human Rights Watch. (agosto de 2009). Derechos en riesgo para las mujeres afganas. Washington: Washington Post; <https://www.hrw.org/es/news/2009/08/19/derechos-en-riesgo-para-las-mujeres-afganas>.
- Human Rights Watch. (2011). World Report 2011: Afghanistan. HRW; <https://www.hrw.org/world-report/2011/country-chapters/afghanistan>.
- Huntington, S. P. (1993). The Clash of Civilizations? Foreign affairs, pp. 22-49.
- ICRC. (2017). Afghanistan Penal Code. Cruz Roja Internacional.
- IEP. (2020). Institute for Economics & Peace; measuring peace in a complex world. Sidney: Institute for Economics & Peace (IEP).
- ILF. (septiembre de 2004). The Customary Laws of Afghanistan.
- Inglehart, R. (1981). Post-materialism in an Environment of Insecurity. American Political Science Review, 1981, Vol. 75, No.4, pp. 880-900.
- James Dobbins, J. C. (2020). DDR in afghanistan. Rand Corporation: https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/perspectives/PE300/PE343/RAND_PE343.pdf.
- Javert, V. (febrero de 1998). Interview with Brzezinski. . París: La Nouvelle Observateur, Paris, 15–21, p. 76.
- Jonathon Burch, M. M. (2011). Karzai rules out early resumption of Taliban talks. Reuters, <https://www.reuters.com/article/us-afghan-pakistan-summit/turkey-wants-afghan-pakistan-summit-to-reduce-mistrust-idUSTRE79U4V720111101>.
- Jones, S. G. (julio de 2020). A Failed Afghan Peace Deal. Council on foreign relations; <https://www.cfr.org/report/failed-afghan-peace-deal> .
- Kaldor, M. (2013). In Defence of New Wars. Stability: International Journal of Security and Development, 2(1), p.Art. 4. DOI: <http://doi.org/10.5334/sta.at>.
- Kamjo, B. (2007). Wapasgiri Huwaiet Milli Khorasani (Getting Back Khurasani National Identity. Available Online: www.faratarazmarzha.org/maqalats-Kamjo.htm, .
- Karl Deutsch. (1963). “Nation-Building and National Development: Some Issues for Political Research”. New York: New York Atherton .
- Keane, C. (2006). Does bureaucratic does the thing. Nueva York: Roulledge.

- Keyani, F. (2011). Iranvija: Nakhustin Sarzamin-e Ahoraie", . Republic of Silence: www.urozgan.ir/fa-AF/article/1734/.
- Khalil, A. B. (2016). The Tangled History of the Afghanistan-India-Pakistan Triangle. The Diplomat, <https://thediplomat.com/2016/12/the-tangled-history-of-the-afghanistan-india-pakistan-triangle/>.
- Kilcullen, D. (2011). The accidental guerrilla. Oxford: Oxford University Press.
- Lambach, D. T. (2010). "Global Governance Meets Local Politics: On Western State-Building and the Resilience of Hybrid Political Orders", . Paper Presented at the Global Conference of the International Peace Research Association, Sydney, A.
- Lewis, O. (1996). The Culture of Poverty. <http://lenguai.xpbworks.com/f/Culture+of+Poverty.pdf>, .
- M. Linda & Mohanty Alcoff, P. S. (2006). "Reconsidering Identity Politics: An Introduction", in Alcoff, M. Linda et al, Identity Politics Reconsidered, . Palgrave Macmillan, pp. 1-9.
- Maalouf, A. (2009). Identidades asesinas. Madrid: Alianza editorial, p. 44.
- Mackinder, H. (1887). On the Scope and Methods of Geography. Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography, New Monthly Series, Vol. 9, No. 3 (Mar. 1887), pp. 141–174.
- Maley, W. (2009). The Afghanistan Wars (2nd Eds), . Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Mallat, C. (2007). Introduction to Middle Eastern law. Oxford: Oxford University Press.
- Mani, V. (enero de 2002). The Fifth Afghan War. Economic and Political Weekly. 37 (4), p. 295.
- Mansfield, D. (mayo de 2014). "'From bad they made it worse': the concentration of opium poppy in areas of conflict in the provinces of Helmand and Nangarhar" . Naciones Unidas.
- Maontagut, E. (8 de noviembre de 2018). *nuevatribuna.es*. Obtenido de La guerra en tiempos de Napoleón: <https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/guerra-tiempos-napoleon-historia-belica/20181108133238157285.html>
- Mark Galeotti. (28 de abril de 2020). *Berlin Policy Journal*. Obtenido de <https://berlinpolicyjournal.com/the-gerasimov-doctrine/>

- Massoud Ansar. (Octubre de 2019). MP Attendance too low to pass laws. Tolo News.
- Mayall, J. &. (1992). *Ethnicity is not Enough: Reflections on Protracted Secessionism in the Third World*. E.J. Brill Publisher, pp. 5-25.
- Minor Civil Ashraf et al. (1973). *Divisions Map 1:1,000,000 scale Afghan Demographic Studies*, Ministry of Planning,.
- Minority Rights. (2020). *Pastuns in Afghanistan*.
<https://minorityrights.org/minorities/pashtuns/>.
- minority Rights. (2020). *Hazaras in Afghanistan*.
<https://minorityrights.org/minorities/hazaras/>.
- Moens, A. (2003). *The Foreign Policy of George W. Bush: Values, Strategy and Loyalty* (. Londres: Ashgate.
- Moya, P. (2006). *What's Identity Got to Do With It? Mobilising Identities in the Multicultural Classroom*.
- Mujib Mashal, N. R. (febrero de 2020). Ghani Named Afghan Election Winner. His Opponent Claims Victory, Too. Nueva York: The New York Times,
<https://www.nytimes.com/2020/02/18/world/asia/afghanistan-election-ashraf-ghani.html>.
- Munad, S. M. (mayo de 2006). *Afghan Convert to Christianity Is Released, Officials Say*.
<https://www.nytimes.com/2006/03/28/world/asia/afghan-convert-to-christianity-is-released-officials-say.html>.
- N Nojumi, e. 2. (diciembre de 2017).
- Naciones Unidas. (2015). *Report of the Analytical Support and Sanctions Monitoring Team on specific cases of cooperation between organized crime syndicates and individuals, groups, undertakings and entities eligible for listing under paragraph 1 of Security Council resolution 2*. Nueva York: ONU.
- Nojumi. (2014). *The merits of non-state justice: An effective mechanism for a stable Afghanistan*.
- Norway, LandInfo, Afghanistan. (2011). *Blood feuds, traditional law (Pashtunwali)*.
- Norway, LandInfo, Afghanistan. (2011). *Blood feuds, traditional law (Pashtunwali)*.
- Norwegian Refugee Council. (mayo de 2020). *Rebel rule of law*.

- ONU. (2020). S/2020/415. United Nations:
<http://cdn.cnn.com/cnn/2020/images/06/01/n2011060.pdf>.
- OXFAM. (noviembre de 2009). *Afghan Experiences of Conflict, 1978 – 2009*. Oxfam international.
- Padour, F. (2020). *Identity according to Francis Fukuyama: An obstacle to the end of history*. Escendo.
- Pascual, L. (5 de abril de 2018). *Agencia EFE*. Obtenido de Napoleón, la estrategia militar al servicio de su ambición política:
<https://www.efe.com/efe/america/cultura/napoleon-la-estrategia-militar-al-servicio-de-su-ambicion-politica/20000009-3574619>
- Peace Research Institute Oslo. (2019). *Trends in Armed Conflict, 1946-2018*. *PRIO*, 1-4.
- Petrov, V. (2020). *Afghanistan*, Britanica. Los Ángeles: Britanica;
<https://www.britannica.com/place/Afghanistan>.
- Platón. (2018). *La República*. Madrid: Edimat libros.
- Rahbari. (2018). *From Normative Pluralism to a Unified Legal System in Afghanistan?* Cambridge University Press.
- Rahimi, M. (2019). *Afghanistan's new Penal Code: Whether or Not to codify Hudud and Qisas*. Texas: University of Texas School of Law.
- Rashid. (2007). *Descent into Chaos*, xlii. Nueva York.
- RATH, S. K. (2011). *Pakistan's Double Game*. JSTOR,
<https://www.jstor.org/stable/48505074?seq=1>.
- Reuters. (2015). *Afghan man and woman given 100 lashes in public for adultery*. Reuters,
<https://www.reuters.com/article/us-afghanistan-adultery/afghan-man-and-woman-given-100-lashes-in-public-for-adultery-idUSKCN0R13UE20150901?edition-redirect=uk>.
- Risen, J. (febrero de 2007). *An Afghan's path from US ally to drug suspect*, New York Times. New York Times.
- Ronald Reagan Presidential Library. (noviembre de 1987). *Remarks Following a Meeting With Afghan Resistance Leaders and Members of Congress*.
<https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/remarks-following-meeting->

- afghan-resistance-leaders-and-members-congress. Obtenido de <https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/remarks-following-meeting-afghan-resistance-leaders-and-members-congress>
- Ruttig, T. (2017). ., email, 27 September 2017, in EASO COI Report, Afghanistan Individuals targeted under societal and legal norms, . Bruselas: EASO COI Report.
- Rzehak, L. (marzo de 2011). Doing Pashto.
- Saikal, A. (2004). Modern Afghanistan: A History of Struggles and Survival, . London: Taouris.
- Sanchez, R. (2006). On a Critical Realist Theory of Identity. disponible en: https://link.springer.com/chapter/10.1057/9781403983398_3.
- Sawyer, P. (2006). Identities as Calling: Martin Luther King on War. USA, Palgrave Macmillan, pp. 69-77.
- Schmitt, C. (s.f.). El concepto de lo político. Opus citada, p. 67.
- Sedighi, A. Q. (mayo de 2019). “First session of Afghan parliament ends in brawl over new speaker. Reuters,<https://www.reuters.com/article/us-afghanistan-parliament-clash/first-session-of-afghan-parliament-ends-in-brawl-over-new-speaker->
- Shaheed, A. (septiembre de 2020). Taliban Attempt to Expand Presence in Surobi District. Tolo news; <https://tolonews.com/afghanistan-166631>.
- Shamsy, A. E. (2013). Sharī‘ah. Londres: Britannica, <https://www.britannica.com/topic/Shariah>.
- Shanker, A. J. (2013). Afghan Leader Says U.S. Abets Taliban’s Goal. The New York Times.
- Siddique, A. (2012). Afghanistan’s Ethnic Divides. Barcelona: CIDOB.
- Siddique, A. (diciembre de 2017). Skype interview, 11 August 2017, in EASO COI Report, Afghanistan Individuals targeted under societal and legal norms. ruselas: EASO COI Report.
- SIGAG 49th Quarterly Report . (octubre de 2020). October 30, 2020 Quarterly Report to Congress. Special Inspector general for Afghanistan reconstruction, <https://www.sigar.mil/quarterlyreports/index.aspx?SSR=6>.

- Singh, D. (2015). Explaining varieties of corruption in the Afghan justice sector' *Journal of Intervention and Statebuilding*. 9(2): 231–255.
- Singh, K. R. (3 de abril de 2008). *Post-War Afghanistan: Reconstructing a failed state*. Routledge, Strategic Analysis.
- Smith, J. H. (1996). *Ethnicity*. Oxford & NY, Oxford University Press.
- Sorensen, G. (2004). *The Transformation of the State: Beyond Myth of Retreat* . Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction . (julio de 2019). *Quarterly Report to the United States Congress* . Washington: <https://www.sigar.mil/pdf/quarterlyreports/2019-07-30qr.pdf>.
- Special Inspector General for Afghanistan Reconstruction (SIGAR). (2019). *Economic and Social Development, Report to the United States Congress*. <https://www.sigar.mil/pdf/quarterlyreports/2019-07-30qr-section3-economic.pdf>. States Congress (SIGAR, July 30, 2019), <https://www.sigar.mil/pdf/quarterlyreports/2019-07-30qr-section3-economic.pdf>.
- Suhrke, A. a. (2009). Negotiating justice sector reform in Afghanistan' *Crime, Law, Crime, Law and Social Justice* 51: 211–230.
- Swenson, G. (2017). Why US efforts to promote the rule of law in Afghanistan failed' *International. International Security* 42(1): 114–151.
- Syed, S. (febrero de 2004). Major Provisions of the Draft Constitution of Afghanistan. *Asian Politics*. 2 (10), p. 14.
- Ternon, Y. (1995). *El Estado criminal, los genocidios del siglo XX*. ISBN: 9788429740424.
- the Asia Foundation. (2009). *the Afghans in 2009*. <http://www.asiafoundation.org/resources/pdfs/Afghanistanin2009.pdf>.
- the Asia Foundation. (2018). *Afghan statistics*. san Francisco: <https://asiafoundation.org/where-we-work/afghanistan/>.

- the Asia Foundation. (2019). A survey of the Afghan people, 2019. The Asia Foundation:
https://asiafoundation.org/wp-content/uploads/2019/12/2019_Afghan_Survey_Full-Report.pdf.
- The Asia Foundation. (2020). A survey of the Afghan people. The Asia Foundation,
https://asiafoundation.org/wp-content/uploads/2019/12/2019_Afghan_Survey_Full-Report.pdf.
- The Guardian. (10 de octubre de 2004). Boycott row hits Afghan election over fraud claims.
<https://www.theguardian.com/world/2004/oct/10/afghanistan.declanwalsh>.
- The Guardian. (diciembre de 2019). Afghanistan president Ghani on track to win second term. Londres: The DiplThe Guardian,
<https://www.theguardian.com/world/2019/dec/22/afghanistan-president-ashraf-ghani-on-track-to-win-second-term>.
- The Joshua project. (2020). Hazara in Afghanistan.
https://joshuaproject.net/people_groups/12076/AF.
- The New York Times. (marzo de 2009). President Obama's Remarks on New Strategy for Afghanistan and Pakistan.
<https://www.nytimes.com/2009/03/27/us/politics/27obama-text.html>.
- The Washington Post. (19 de noviembre de 2001). Pentagon Briefing with Secretary Rumsfeld. https://www.washingtonpost.com/wp-srv/nation/specials/attacked/transcripts/rumsfeldtext_111901.html.
- The White House. (27 de marzo de 2009). Remarks by the President on a New Strategy for Afghanistan and Pakistan. Washington:
<https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/remarks-president-a-new-strategy-afghanistan-and-pakistan>.
- The world Bank. (2014). The London Conference on Afghanistan 2014. Londres:
<https://www.worldbank.org/en/news/speech/2014/12/04/london-conference-on-afghanistan-2014>.
- Thomas H. Johnson and M. Chris Mason. (2008). No Sign Until the Burst of Fire. International Security,

- https://www.researchgate.net/publication/236726435_No_Sign_until_the_Burst_of_Fire_Understanding_the_Pakistan-Afghanistan_Frontier.
- Tzu, S. (S. IV A.c). El arte de la Guerra. China: Independently published.
- U.S. Department of Defense. (junio de 2019). Enhancing Security and Stability in Afghanistan, Report to Congress. Washington: <https://media.defense.gov/2019/Jul/12/2002156816/-1/-1/1/ENHANCING-SECURITY-AND-STABILITY-IN-AFGHANISTAN.PDF>.
- UK essays. (noviembre de 2018). History Of India Afghanistan Relations Politics Essay. <https://www.ukessays.com/essays/politics/history-of-india-afghanistan-relations-politics-essay.php?vref=1>.
- UN, Afghanistan. (22 de Febrero de 2018). UN mission welcomes new penal code, urges measures to protect women from violence. Naciones Unidas.
- UNAMA. (febrero de 2019). AFGHANISTAN ANNUAL REPORT ON PROTECTION OF CIVILIANS IN ARMED CONFLICT: 2019. Naciones Unidas, UNAMA.
- UNAMA. (2019). Civilian casualties in Afghanistan spike to record-high levels . kabul: UN: <https://unama.unmissions.org/civilian-casualties-afghanistan-spike-record-high-levels-%E2%80%93-un-report>.
- UNAMA Afganistán. (2019). Afghanistan Protection of Civilians in Armed Conflict – Annual Report 2015. Naciones Unidas, UNAMA.
- United States Department of State. (2018). 2018 Human Rights Report – Afghanistan,. United State Govern.
- United States Institute of Peace. (julio de 2020). Legislature and Legislative Elections in Afghanistan: An Analysis. United States Institute of Peace, <https://www.jstor.org/stable/pdf/resrep25402.pdf?acceptTC=true&coverpage=false&addFooter=false>.
- Universidad de Princeton. (24 de febrero de 2019). "Administrative Boundaries : 398 Districts". Retrieved. Empirical Studies of Conflict program.
- UNODC. (2018). Afghanistan Opium Survey 2018. United Nations Office On Drugs and Crimes.

- US Department of State. (2001). THE UNITED STATES AND THE GLOBAL COALITION AGAINST TERRORISM, SEPTEMBER 2001-DECEMBER 2003. <https://2001-2009.state.gov/r/pa/ho/pubs/fs/5889.htm>.
- USDOS. (2017). International Religious Freedom Report for 2016 - Afghanistan. Department of State of EE. UU.
- USDOS. (2017). International Religious Freedom Report for 2016 - Afghanistan. Department Of State, EE. UU.
- USDOS. (marzo de 2020). Country Report on Human Rights Practices 2019 – Afghanistan. United States Department of State.
- Velasco, L. (2018). Identidades colectivas en el horizonte 2050 ¿Consenso o disenso? Instituto de Estudios Estratégicos.
- Wade Markel et al. (2011). Developing US Army Officers' Capabilities for Joint Interagency Intergovernmental and Multinational Environments. Washington DC: RAND, pp 36.
- Waezi, H. (2002). Afghanistan was Sazahai-e Naqis Huwiet-e Milli (Afghanistan and Incomplete Structures of National Identity), . Tehran, Iran.
- Waheed, A. (2017). Skype interview, 26 August 2017, in EASO COI Report, Afghanistan Individuals targeted under societal and legal norm,. EASO COI Report.
- Waheed, A. (diciembre de 2017). Skype interview, 26 August 2017, in EASO COI Report, Afghanistan Individuals targeted under societal and legal norms. Bruselas.
- Waheed, M. (2001). Afghanistan under five years of the Taliban control” . Kabul : Maiwand Publications.
- Ward, A. (2020). The US and the Taliban are inching closer to a peace deal. It could all still fall apart. VOX: <https://www.vox.com/2020/2/21/21147020/us-afghanistan-taliban-peace-deal-pompeo>.
- Weigand, J. a. (mayo de 2020). Taliban courts in the west and north-west of Afghanistan. Norwegian refugee Council.
- Weinbaum, G. M. (2006). Rebuilding Afghanistan: Impediments, Lessons, and Prospects" in Fukuyama, Francis, Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq, Baltimore. The John Hopkins Uni. Press, pp. 125-144.

- Wennmann, A. (2010). "Grasping the Strength of Fragile States: Aid Effectiveness Between 'Top-Down' and 'Bottom-Up' Statebuilding". http://graduateinstitute.ch/webdav/site/ccdp/shared/6305/Working%20paper_6_BD.pdf, Lastly Accessed 8 F.
- Wilton Park. (marzo de 2014). Beyond extractive sector transparency: driving prosperity and stability through good governance. conference report .
- Woodward. (2006). Bush at War, 102–130 and 19.
- Young, I. M. (1990). Justice and the Politics of Difference. Princeton: Princeton University.
- Young, M. (1990). Five Faces of Oppression, Justice and the Politics of Difference. Princeton: Princeton University Press.

CONCLUSIONES